

Las pirámides de Napoleón

best
seller

William Dietrich

Lectulandia

París, 1798. Ethan Gage parte hacia Egipto tras haber ganado un misterioso medallón que, supuestamente, perteneció a Cleopatra. Allí buscará las respuestas para comprender el poder que tiene ese objeto codiciado por todos: la llave de una puerta que aún no ha sido encontrada tras la que se encuentra el Libro de Thoth, en lo que se convertirá en una peligrosa y trepidante aventura.

A través de los ojos del protagonista, el lector vive la emoción de encontrar pirámides y templos, así como las angustias de las batallas y revueltas. Además, la narración incluye elementos muy sugestivos, como las series numéricas, la masonería, los dioses egipcios o el mencionado Libro de Thoth.

Lectulandia

William Dietrich

Las pirámides de Napoleón

Ethan Gage 01

ePub r1.3

Titivillus 03.02.15

Título original: *Napoleon's Pyramids*

William Dietrich, 2007

Traducción: Albert Solé

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi hija, Lisa

*¿Qué es Dios?
extenso, amplio, elevado y profundo.*

San Bernardo de Clairvaux



odo empezó con una buena racha en las cartas, y alistarme en una absurda invasión parecía la única salida. Gané una fruslería y casi perdí la vida, así que tomad nota de la lección. Jugar a las cartas es un vicio.

También es seductor, social y tan natural, podría argumentar yo, como el respirar. ¿O acaso el nacer no es una tirada de dados, en que la fortuna convierte a un bebé en campesino y a otro en rey? Tras la Revolución francesa, pasó a haber muchas más cosas en juego que antes, con abogados llenos de ambición que gobernaban en calidad de dictadores temporales mientras el pobre rey Luis perdía la cabeza. Durante el reinado del Terror, el espectro de la guillotina hizo que la mismísima existencia dependiera de la suerte. La muerte de Robespierre trajo consigo un auténtico delirio de alivio, y parejas borrachas bailaban sobre las tumbas del cementerio de Saint-Sulpice a los compases de una nueva danza alemana llamada vals. Ahora, cuatro años después, la nación se ha asentado en la guerra, la corrupción y la búsqueda del placer. La austeridad ha dado paso al brillante uniforme; el pudor, al *décolletage*; y mansiones que habían sido saqueadas vuelven a ser ocupadas para servir como salones intelectuales y cámaras de seducción. Ser noble todavía se considera delito, pero la riqueza revolucionaria ha creado una nueva aristocracia. Existe toda una camarilla de autoproclamadas «mujeres maravillosas» que se exhiben por todo París para alardear de su «lujo insolente y público libertinaje». Se dan bailes donde las damas lucen cintas rojas en el cuello para parodiar la guillotina. París cuenta con cuatro mil casas de juego; algunas tan sencillas que el cliente acude con su propio taburete plegable, y otras tan lujosas que tienen excusado dentro y sirven los *hors d'oeuvres* en bandejas sacramentales. Mis corresponsales americanos encuentran ambas prácticas igualmente escandalosas. Los dados y las cartas vuelan: *creps*, *trente-et-un*, *pharaon*, *biribi*. Mientras tanto los ejércitos acampan en las fronteras de Francia, la inflación raya en lo ruinoso y las malas hierbas crecen en los patios desiertos de Versalles. Así que arriesgar la bolsa en busca de un nueve durante una partida al *chemin de fer* parecía tan natural y carente de sentido como la vida misma. ¿Cómo iba yo a saber que el juego me llevaría hasta Bonaparte?

Si fuese una persona inclinada a la superstición, habría tomado nota de que la fecha, 13 de abril de 1798, caía en viernes. Pero era primavera en el París revolucionario, lo cual significaba que bajo el nuevo calendario del Directorio era el vigésimo cuarto día de germinal del año VI; y que aún quedaban seis días, y no dos, para la siguiente jornada de descanso.

¿Acaso alguna reforma ha sido más fútil? El arrogante desprecio del gobierno por la cristiandad implica que las semanas de siete días consten ahora de diez. La intención de la revisión es suplantarlo el calendario papal con una alternativa uniforme de doce meses de treinta días cada uno, basada en el sistema del antiguo Egipto. Las propias Biblias fueron hechas pedazos para la fabricación de cartuchos de papel durante los terribles días de 1793; y ahora la semana bíblica ha sido guillotizada, y el año empieza en el equinoccio de otoño y se pasa de cinco a seis festividades para equilibrar el idealismo con la órbita que describe nuestro planeta alrededor del Sol. No conforme con reglamentar el calendario, el gobierno ha introducido un nuevo sistema métrico para el peso y la medida. Incluso se han hecho propuestas para instaurar un nuevo reloj de exactamente 100 000 segundos cada día. ¡Razón, razón! Y el resultado es que ahora todos nosotros, incluso yo —científico aficionado, investigador de la electricidad, empresario, gran tirador y firme partidario de los ideales democráticos—, echamos en falta los domingos. El nuevo calendario es la típica idea lógica impuesta por personas inteligentes que prescindan del hábito, la emoción y la naturaleza humana; y precisamente por ello pronostica el fracaso de la Revolución. ¿Parezco clarividente? Para ser sincero, no estaba acostumbrado a pensar en la opinión popular de manera tan calculadora. Napoleón me enseñaría a hacerlo.

No, mis pensamientos estaban centrados en contar las cartas a medida que eran repartidas. Si hubiera sido un hombre amante de la naturaleza podría haberme mantenido alejado de los salones para disfrutar de los primeros atisbos de verdor en las hojas y del rojo de los brotes, y quizá contemplar a las damiselas en los jardines de las Tullerías o, al menos, a las prostitutas del Bois de Boulogne. Pero opté por los placeres de las cartas en París, esa ciudad gloriosa y maloliente hecha de perfumes y hedores, barrizales y monumentos. Mi primavera era luz de velas; mis flores, cortesanas de escote tan precariamente suspendido que las mercancías gemelas a las que servían de escaparate amenazaban con salirse de él en cualquier instante; y mis compañeros, una nueva democracia de político y soldado, noble desposeído y tendero recién enriquecido: ciudadanos todos. Yo, Ethan Gage, era el representante americano de la democracia de frontera en el salón. Disfrutaba de cierta consideración social gracias a que tuve por maestro al gran Benjamin Franklin, ya fallecido. Franklin me había enseñado lo suficiente sobre electricidad para que ahora yo pudiese divertir a la concurrencia accionando un cilindro con el que luego impartía una carga friccional a las manos de las más guapas, y retar a los hombres a que experimentasen la sacudida de un beso. Me había ganado una pequeña fama a través de exhibiciones de tiro que demostraban la precisión del rifle largo americano; había atravesado seis veces un plato de peltre puesto a doscientos pasos y, con un poco de suerte, había arrancado la pluma del sombrero de un general escéptico a cincuenta. Disponía de unos pequeños ingresos procedentes de intentar negociar contratos entre la Francia acosada por la guerra y mi propia recién nacida y neutral nación, una tarea que la costumbre revolucionaria de apoderarse de los navíos americanos volvía condenadamente

difícil. Pero lo que no tenía era ningún gran propósito más allá de disfrutar de las diversiones de la existencia cotidiana. Yo era uno de esos solteros que se llevan bien con todo el mundo sin echar raíces en ninguna parte mientras esperan que empiece el futuro. Mis ingresos tampoco eran lo bastante cuantiosos como para permitirme vivir cómodamente en el París inflacionario, así que intentaba aumentarlos a través de la suerte.

Nuestra anfitriona era la deliberadamente misteriosa *madame* d'Liberté, una de esas mujeres emprendedoras dotadas de mucha belleza y más ambición que habían emergido de la anarquía revolucionaria para deslumbrar con su ingenio y su fuerza de voluntad. ¿Quién iba a imaginar que las mujeres pudieran ser tan ambiciosas, tan inteligentes, tan fascinantes? *Madame* d'Liberté daba órdenes como un sargento mayor y, sin embargo, había adoptado la nueva moda de lucir vestidos clásicos para hacerles publicidad a sus encantos femeninos con telas tan diáfanas que quienes supieran adonde había que dirigir la mirada podrían detectar el triángulo oscuro que apuntaba hacia su templo de Venus. Los pezones atisbaban desde lo alto de su escote como soldados desde una trinchera, ambos realzados con un poco de colorete por si no nos hubiéramos percatado de su atrevimiento. Otra *mademoiselle* llevaba los pechos completamente expuestos, como frutas colgantes. ¿Les sorprende que yo me hubiera arriesgado a volver a París? ¿Quién no va a enamorarse de una capital en la que hay tres productores de vino por cada panadero? No queriendo ser menos que las mujeres, algunos representantes del sexo masculino lucían corbatas que les llegaban hasta el labio inferior, levitas con unas colas de bacalao que les descendían hasta las corvas, zapatillas delicadas como las patas de un gatito y anillos de oro que brillaban en sus orejas.

—Vuestra belleza sólo es eclipsada por vuestro ingenio —le dijo a *madame* uno de los habituales del salón, un marchante borracho llamado Pierre Cannard, después de que ella le hubiese cortado el suministro de coñac. Era el castigo que le imponía a Cannard por haber derramado la copa sobre su recientemente adquirida alfombra oriental, por la que había pagado demasiado dinero a unos monárquicos arruinados a fin de adquirir ese aspecto raído imposible-de-imitar que proclama la tacañería de los antepasados de los ricos.

—Los cumplidos no limpiarán mi alfombra, *monsieur*.

Cannard se llevó las manos al corazón.

—Pues vuestro ingenio es eclipsado por vuestra entereza, vuestra entereza por vuestra tozudez, y vuestra tozudez por vuestra crueldad. ¿No más coñac? ¡Con semejante dureza femenina, daría igual adquirir mis licores de un hombre!

Madame soltó un bufido.

—Habláis como nuestro nuevo héroe militar.

—¿Os referís al joven general Bonaparte?

—Un cerdo corso. Cuando la brillante Germaine de Staël le preguntó al advenedizo a qué mujer admiraba más, Bonaparte respondió: «A la que sea mejor

ama de casa».

La concurrencia rio.

—¡Desde luego! —gritó Cannard—. ¡Bonaparte es italiano, y sabe cuál es el lugar que le corresponde a una mujer!

—Así que ella lo intentó de nuevo, y le preguntó cuál era la mujer que representaba de manera más distinguida al sexo femenino. Y el muy bastardo respondió: «La que trae más hijos al mundo».

Rugimos, y fue una risotada colectiva que reveló nuestro desasosiego. Ciertamente, ¿cuál era el lugar de una mujer en la sociedad revolucionaria? A las mujeres se les habían otorgado toda clase de derechos, incluso el de divorciarse; y el Napoleón recién elevado a la fama sólo era uno entre un millón de reaccionarios que hubiesen preferido revocar inmediatamente todas esas innovaciones. ¿Y cuál, ya puestos a pensar en ello, era el lugar de un hombre? ¿Qué tenía que ver la racionalidad con el sexo y el enamoramiento, esas dos grandes pasiones francesas? ¿Qué tenía que ver la ciencia con el amor, o la igualdad con la ambición, o la libertad con la conquista? Todos íbamos a tientas en el año VI.

Madame d'Liberté había tomado como apartamento el primer piso encima de una tienda de sombreros de señora, lo había amueblado a crédito y había abierto sus puertas con tal premura que se podía oler la pasta del papel de pared junto con el humo de tabaco y la colonia. Unos sofás permitían entrelazarse a las parejas; cortinajes de terciopelo invitaban a la sensación táctil; un piano nuevo, mucho más en boga que el clavicordio aristocrático, proporcionaba una mezcla de melodías sinfónicas y patrióticas. Vividores, cortesanas, oficiales de permiso, comerciantes que trataban de impresionar a los cotillas, escritores, pomposos burócratas recién nombrados, informadores, mujeres que andaban a la caza de un matrimonio estratégico, herederos arruinados: todos ellos se podían encontrar allí. Entre los que se alineaban alrededor de la herradura del juego había un político que sólo ocho meses antes estaba en la cárcel, un coronel que había perdido un brazo en la conquista revolucionaria de Bélgica, un comerciante en vinos que se enriquecía abasteciendo a los nuevos restaurantes abiertos por los chefs sin patronos aristocráticos y un capitán del ejército que Bonaparte había comandado en Italia, el cual gastaba su botín tan deprisa como lo había obtenido.

Y yo. Había sido secretario de Franklin durante los tres últimos años que este pasó en París justo antes de la Revolución, había regresado a mi país para vivir unas cuantas aventuras en el comercio de pieles, me había ganado la vida como consignatario en Londres y Nueva York durante el apogeo del Terror, y ahora había vuelto a París con la esperanza de que la fluidez con que sabía hablar el francés pudiera ayudarme a cerrar acuerdos comerciales referentes a la madera, el cáñamo y el tabaco con el Directorio. Durante la guerra siempre surgen ocasiones de hacerse rico. También esperaba obtener alguna respetabilidad como «electricista» —una nueva, exótica palabra—, y siguiendo el ejemplo de Franklin en su curiosidad por los

misterios masónicos. Había dado a entender que podían tener alguna aplicación práctica. De hecho, algunos afirmaban que los Estados Unidos habían sido fundados por masones con vistas a algún propósito secreto, aún no revelado, y que la nuestra era una nación con una misión en mente. Desgraciadamente, la tradición masónica requería dar toda una serie de tediosos pasos para progresar en los grados. El bloqueo británico representaba un serio obstáculo para mis planes mercantiles. Y una cosa que la Revolución no había cambiado era el tamaño y el ritmo de la implacable burocracia francesa: era fácil conseguir una audiencia e imposible conseguir una respuesta. En consecuencia, yo disponía de mucho tiempo entre entrevistas que dedicar a otras actividades, como los juegos de azar.

Era una forma bastante agradable de pasar las noches. El vino era bueno; los quesos, deliciosos; y a la luz de las velas cada rostro masculino parecía esculpido a cincel, cada mujer una preciosidad. Mi problema aquel viernes trece no era que yo fuese perdiendo; al contrario, estaba ganando. A esas alturas los *assignats* y *mandats* revolucionarios ya habían perdido cualquier valor, meros papeles que tirar a la basura. Así que la pila de mis ganancias consistía no sólo en francos de oro y plata, sino que también incluía un rubí, la escritura de propiedad de una finca abandonada en Burdeos que yo no tenía ninguna intención de visitar antes de endosársela a alguien, y fichas de madera que representaban promesas de una cena, una botella o una mujer. Hasta uno o dos ilícitos luses de oro habían acabado en mi lado del tapete verde. La suerte me había sonreído hasta tal punto que el coronel me acusó de querer su otro brazo, el comerciante en vinos lamentó no conseguir que me emborrachase hasta perder el sentido y el político quiso saber a quién había sobornado yo.

—Simplemente cuento las cartas en inglés —intenté bromear, pero no lo encontraron gracioso porque se decía que Inglaterra era lo que Bonaparte, a su vuelta triunfal del norte de Italia, intentaba invadir ahora. Acampado en algún lugar de la Bretaña, veía llover y deseaba que la armada inglesa se marchase bien lejos.

El capitán recibió sus cartas, reflexionó unos instantes y se sonrojó, su piel una proclamación de sus pensamientos. Eso me recordó la historia de la cabeza guillotina de Charlotte de Corday, que según se cuenta enrojeció de indignación cuando el verdugo la abofeteó ante la multitud. Desde entonces, los científicos han debatido cuál es el instante preciso de la muerte; y el doctor Xavier Bichat ha recogido cadáveres de la guillotina e intentado reanimar sus músculos mediante la electricidad, como lo ha hecho el italiano Galvani con ranas.

El capitán quería doblar su apuesta, pero se vio frustrado por su bolsa vacía.

—¡El americano se ha quedado con todo mi dinero! —Yo era el que repartía las cartas en aquel momento, y me miró—. Crédito, *monsieur*, para un bravo soldado.

No estaba de humor para financiar una guerra de apuestas contra un jugador ilusionado con sus cartas.

—Un banquero cauteloso necesita alguna garantía colateral.

—¿Qué, mi caballo?

—No lo necesito en París.

—¿Mis pistolas, mi espada?

—Por favor, no quiero ser cómplice en vuestro deshonor.

El capitán puso mala cara, y volvió a mirar las cartas que tenía en la mano. Entonces le sobrevino la clase de inspiración que acarrea problemas a todo el que se encuentra a su alcance.

—¡Mi medallón!

—¿Vuestro qué?

Me mostró una aparatosa y pesada baratija que llevaba colgada, casi sin ser vista, dentro de su camisa. Era un disco de oro, perforado e inscrito con un curioso motivo de líneas y agujeros que tenía dos largos brazos a modo de ramitas suspendidos debajo. Parecía haber sido toscamente labrado a martillazos, como si lo hubieran forjado en el yunque del dios Thor.

—Lo encontré en Italia. ¡Fijaos en su peso y su antigüedad! ¡El carcelero al que se lo quité me dijo que había pertenecido a la mismísima Cleopatra!

—¿Conocía a la dama? —pregunté secamente.

—¡Lo supo de labios del conde Cagliostro!

Eso despertó mi curiosidad.

—¿Cagliostro? —El famoso curandero, alquimista y blasfemo, otrora niño mimado de las cortes de Europa, fue encarcelado en la fortaleza papal de San Leo y murió de locura en 1795. El año pasado, tropas revolucionarias tomaron la fortaleza. La participación del alquimista en el asunto del collar hace más de una década ayudó a precipitar la Revolución, pues hizo que la monarquía quedase como una institución estúpida y codiciosa. María Antonieta despreciaba a Cagliostro, a quien llamó hechicero y falsario.

—El conde intentó usarlo como soborno para escapar —prosiguió el capitán—. El carcelero se limitó a confiscárselo y, cuando asaltamos la fortaleza, me lo llevé. Quizá tenga poderes, es muy antiguo y ha pasado por muchas manos a lo largo de los siglos. Os lo venderé por... —contempló la pila de mis ganancias—, un millar de francos de plata.

—Bromeáis, capitán. Es una baratija interesante, pero...

—¡Es originario de Egipto, me lo dijo el carcelero! ¡Tiene un valor sagrado!

—¿Egipcio, decís? —Alguien había hablado con el ronroneo de un gran felino, cortés y lánguidamente divertido. Alcé la mirada para ver al conde Alessandro Silano, un aristócrata de ascendencia franco-italiana que había perdido una fortuna debido a la Revolución y, según se rumoreaba, ahora intentaba acumular otra en el bando de los demócratas, por lo que interpretaba toda clase de taimados papeles en las intrigas diplomáticas. Se rumoreaba que Silano era una herramienta del recientemente restituido Talleyrand, el ministro francés de Asuntos Exteriores. También aseguraba ser un estudioso de los secretos de la antigüedad, a la manera de Cagliostro, Kolmer o Saint-Germain. Algunos murmuraban que su rehabilitación en

los círculos gubernamentales debía bastante a las artes negras. El conde explotaba al máximo esa aureola de misterio, y cuando quería tirarse un farol en la mesa de juego aseguraba que podía acrecentar su suerte mediante la hechicería. Pero perdía con tanta frecuencia como ganaba, por lo que nadie sabía si tomárselo en serio.

—Sí, conde —dijo el capitán—. Y siendo quien sois, vos deberíais reconocer su valor.

—¿Debería? —Silano se sentó a nuestra mesa con su gracia habitual, rasgos saturninos, labios sensuales, ojos oscuros y unas cejas muy pobladas que le daban la inquietante apostura de un dios Pan redivivo. Al igual que el famoso hipnotizador Mesmer, hechizaba a las mujeres.

—Me refiero a la posición que ocupáis en el Rito Egipcio.

Silano asintió con la cabeza.

—Y al tiempo que dediqué a estudiar en Egipto. Capitán Bellaird, ¿verdad?

—¿Me conocéis, *monsieur*?

—Por vuestra reputación de valiente soldado. Seguí atentamente los boletines de noticias que llegaban de Italia. Si me honráis con vuestra conversación, me uniré a vuestra partida.

—Por supuesto —dijo el capitán, visiblemente halagado.

Silano se quedó sentado a nuestra mesa y las mujeres no tardaron en acudir, atraídas por su reputación de experto amante, duelista, jugador y espía. También se decía de él que había abrazado el tan desprestigiado rito de la francmasonería egipcia de Cagliostro, o logias fraternales en las que se aceptaba tanto a mujeres como a varones. Esas logias heréticas se entretenían con distintas prácticas ocultas, y corrían muchas historias picantes sobre oscuras ceremonias, orgías sin ropa y terribles sacrificios. Puede que una décima parte de ellas fuesen ciertas. Con todo, Egipto tenía fama de haber sido la cuna de la antigua sabiduría, y más de un místico había afirmado haber descubierto grandes secretos en misteriosos peregrinajes a esas tierras. Como resultado de ello, las antigüedades procedentes de una nación vedada a la mayoría de los europeos desde la conquista árabe, hacía once siglos, se habían puesto de moda. Decían que Silano había estudiado en El Cairo antes de que los gobernantes mamelucos empezaran a acosar a comerciantes y eruditos.

El capitán asentía vehementemente para consolidar el interés de Silano.

—¡El carcelero me dijo que los brazos que le cuelgan pueden indicar el camino a un gran poder! Un hombre instruido como vos, conde, podría entender su significado.

—O pagar mucho dinero por algo que no tiene ningún valor. Dejadme verlo.

El capitán se lo quitó del cuello.

—Fijaos en lo raro que es.

Silano cogió el medallón con sus largos y fuertes dedos de esgrimista y le dio la vuelta para examinar ambas caras. El disco era algo más grande que una hostia de comunión.

—No es lo bastante bonito para que lo llevase Cleopatra. —Cuando acercó el

medallón a una vela, la luz brilló a través de sus agujeros. Un surco finamente tallado se extendía a través de su círculo—. ¿Cómo sabéis que viene de Egipto? A juzgar por su aspecto, podría ser de cualquier lugar: asirio, azteca, chino, incluso italiano.

—¡No, no, tiene miles de años! Un rey de los gitanos me dijo que lo buscara en San Leo, donde Cagliostro había muerto. Aunque algunos dicen que vive como gurú en la India.

—Un rey de los gitanos. Cleopatra. —Silano le devolvió lentamente el medallón—. *Monsieur*, deberíais ser dramaturgo. Os daré doscientos francos de plata por él.

—¡Doscientos!

El noble se encogió de hombros, sin apartar la mirada del medallón.

Yo estaba intrigado por el interés de Silano.

—Dijisteis que me lo venderíais a mí.

El capitán asintió, ahora con la esperanza de que tanto el conde como yo hubiéramos mordido el anzuelo.

—¡Cierto! ¡A lo mejor es del faraón que atormentó a Moisés!

—En ese caso os daré trescientos.

—Y yo os daré quinientos —dijo Silano. Todos queremos lo que el otro quiere.

—Os daré setecientos cincuenta —respondí.

Los ojos del capitán iban y venían entre nosotros dos.

—Setecientos cincuenta y este *assignat* por valor de mil libras —enmendé.

—Lo cual quiere decir setecientos cincuenta y algo tan devaluado por la inflación que bien podría usarlo para limpiarse el trasero —contraatacó Silano—. Os daré los mil francos, capitán.

Su precio había sido alcanzado con tal rapidez que el soldado pareció vacilar. Al igual que yo, se preguntaba cuál podía ser el interés del conde. Mil francos eran mucho más que el valor de la cantidad de oro que había en el colgante. Por un instante, pareció sentirse tentado de volver a ocultar el medallón en su camisa.

—Ya me lo habíais ofrecido a mí por mil francos —dije—. Como hombre de honor que sois, consumad el intercambio o dejad la partida. Pagaré lo acordado y lo recuperaré antes de transcurrida una hora.

Ahora lo había retado.

—Trato hecho —dijo, cual soldado que acude en defensa de su estandarte—. Apostad esta mano y unas cuantas más después, y recuperaré el medallón a base de victorias.

Silano suspiró apesadumbrado ante el *affaire d'honneur*.

—Al menos dadme unas cuantas cartas. —Me sorprendió que se diese por vencido con tanta facilidad. Quizá sólo quería ayudar al capitán pujando conmigo y reduciendo mi pila de ganancias. O creía que podía ganar el medallón en la mesa de juego.

De ser así, se llevó una gran decepción. Aquella noche yo no podía perder. El soldado sacó un once; y luego perdió tres manos más al apostar cuando no tenía

ninguna posibilidad de ganar, porque nunca lograba recordar cuáles eran las figuras que se habían repartido.

—Maldición —musitó finalmente—. No entiendo cómo podéis tener tanta suerte. Me habéis dejado la bolsa tan vacía que tendré que volver a combatir.

—Eso os ahorrará la molestia de tener que pensar. —Me colgué el medallón al cuello mientras el soldado torcía el gesto, y luego me puse en pie para ir a buscar una copa y lucir mi trofeo ante las damas, como en una exhibición de reses de una feria rural. Cuando había besado ya a unas cuantas, el medallón resultó ser un estorbo; así que me lo metí dentro de la camisa.

Silano vino hacia mí.

—Vos sois el hombre de Franklin, ¿verdad?

—Tuve el honor de servir a ese estadista.

—Entonces quizá sabréis apreciar mi interés intelectual. Colecciono antigüedades. Todavía estoy dispuesto a compraros ese adorno para el cuello.

Por desgracia, una cortesana con el irresistible nombre de Minette, o Gatita, ya me había explicado en susurros lo hermosa que le parecía mi baratija.

—Respeto vuestra oferta, *monsieur*, pero tengo intención de mantener una larga conversación sobre historia antigua en los aposentos de una dama. —Minette ya se había ido para asegurarse de que su apartamento estuviera lo más acogedor posible.

—Comprendo que queráis indagar en el tema. Aun así, ¿me permitís sugeriros que necesitáis a un verdadero experto? Esa curiosidad tenía una forma muy interesante, y las marcas eran realmente curiosas. Los hombres que han estudiado las artes antiguas...

—Sin duda entenderán el gran aprecio que le tengo a mi nueva adquisición.

Silano se me acercó un poco más.

—*Monsieur*, he de insistir. Os pagaré el doble.

No me agradaba nada la persistencia del conde. Sus aires de superioridad herían mis sensibilidades americanas. Además, si tanto quería aquel medallón, entonces podía ser que su valor fuese todavía mayor.

—¿Se me permite insistir en que debéis aceptarme como el justo ganador y sugerir que mi asistente, cuyas formas también son de lo más interesantes, suministra precisamente la clase de servicios especializados de los que tengo necesidad? —Sin darle tiempo a contestar, le hice una reverencia y me fui.

El capitán, ahora borracho, vino hacia mí.

—No es prudente rechazar la oferta de Silano.

—Me pareció que nos dijisteis que el medallón tenía un gran valor, según vuestro rey de los gitanos y vuestro carcelero papal.

El oficial sonrió maliciosamente.

—También me contaron que el medallón estaba maldito.



ue un patético intento de venganza verbal. Me despedí de *madame* con una reverencia, y salí a una noche que las nuevas nieblas industriales de la era volvían un poco más oscura. Al oeste brillaba el resplandor rojo de las fábricas en rápida expansión de los suburbios parisinos, presagio de la época más mecánica en la que estábamos a punto de entrar. Un farolero aguardaba cerca de la puerta principal con la esperanza de que alguien contratase sus servicios, y me congratulé de que la suerte no pareciera querer abandonarme. La capa con capucha que llevaba impedía distinguir sus rasgos con claridad, pero reparé en que eran más oscuros que los de un europeo: sería un marroquí, supuse, que andaba en busca de la clase de empleo servil a que podía aspirar un inmigrante como él. Me hizo una ligera reverencia y habló con acento árabe.

—Parecís un hombre afortunado, *monsieur*.

—Estoy a punto de serlo aún más. Querría que me guiaras a mi apartamento, y luego a la dirección de una dama.

—¿Dos francos?

—Tres, si me mantienes alejado de los charcos. —Qué maravilla ser un ganador.

La luz era necesaria, dado que la Revolución había producido fervor por todo menos la limpieza y la reparación del adoquinado. Las alcantarillas estaban obstruidas; los faroles de las calles, a medio encender; y los socavones no cesaban de agrandarse. Tampoco ayudaba que el nuevo gobierno le hubiera cambiado el nombre a más de un millar de calles para conmemorar a los héroes revolucionarios, porque todo el mundo se perdía continuamente. Así que mi guía fue delante, el farol colgado de una vara que sostenía con ambas manos. Me fijé en que la madera de la vara había sido intrincadamente tallada, con surcos espaciados a los lados para poder agarrarla mejor; y en que el farol estaba suspendido de un nudo en forma de cabeza de serpiente. La boca del reptil sujetaba el pábilo del farol. Una pequeña obra de arte, supuse, del país nativo del portador.

Primero fui a mi apartamento, para poner a buen recaudo la mayor parte de lo que había ganado. Sabía que no debía llevar conmigo todas mis ganancias al aposento de una fulana, y dado el interés que todos habían mostrado por el medallón decidí que también sería mejor esconderlo. Tardé unos minutos en decidir dónde hacerlo, mientras el portador del farol esperaba fuera. Luego fuimos a la dirección de Minette, por las oscuras calles de París.

Aunque la ciudad no había dejado de ser magnífica en dimensiones y esplendor, pedía, como las mujeres de cierta edad, que no se la examinara con demasiada

atención. Grandes mansiones antiguas habían sido tapiadas. El palacio de las Tullerías estaba cerrado y desierto, con sus ventanas a oscuras como órbitas sin ojos. Los monasterios se hallaban en ruinas; las iglesias, cerradas; y nadie parecía haber aplicado una sola capa de pintura desde la toma de la Bastilla. Por lo visto, la Revolución había sido un desastre económico, salvo para los bolsillos de políticos y generales. Pocos franceses se atrevían a quejarse muy abiertamente, porque los gobiernos acostumbran a justificar sus errores. El mismo Bonaparte, entonces poco conocido oficial de artillería, había cubierto de metralla el último levantamiento reaccionario; lo cual le valió el ascenso.

Pasamos junto al terreno de la Bastilla, ahora desmantelada. Desde la liberación de la cárcel, veinticinco mil personas habían sido ejecutadas durante el Terror, diez veces esa cifra había huido al extranjero, y se habían construido cincuenta y siete prisiones nuevas que ocuparían su lugar. Sin ningún sentido de la ironía, el lugar donde había estado la antigua cárcel era conmemorado como un «manantial de regeneración»: una Isis entronizada que, cuando el artefacto funcionaba, manaba agua por sus pechos. Pude divisar en la lejanía los campanarios de Notre-Dame, rebautizada como el Templo de la Razón y que según se decía había sido construida sobre un templo romano dedicado a la misma diosa egipcia. ¿Habría tenido yo alguna premonición? Desgraciadamente, rara vez nos fijamos en lo que debemos. Cuando le pagué los honorarios al farolero, apenas reparé en que se quedaba allí unos instantes más de lo normal mientras yo entraba en el edificio.

Subí la escalera de madera que crujía y olía a orina hasta la morada de Minette. Su apartamento estaba en el nada codiciado tercer piso, justo debajo de las buhardillas ocupadas por sirvientas y toda clase de artistas. La altitud me dio una pista del escaso éxito de su oficio, sin duda casi tan afectado por la economía revolucionaria como la fabricación de pelucas y el pintar dorados. Minette había encendido una sola vela, cuya luz reflejaba el cuenco de cobre que usaba para lavarse las medias, y vestía una sencilla camisola blanca, con las cintas desatadas en la parte de arriba para invitar a una mayor exploración. Me recibió con un beso; el aliento le olía a vino y regaliz.

—¿Me has traído mi regalito?

La apreté contra mis pantalones.

—Deberías notar lo.

—No. —Hizo un mohín y me puso la mano en el pecho—. Aquí, junto a tu corazón. —Dibujó con el dedo el lugar donde el medallón hubiese debido reposar contra mi piel: su disco, sus brazos suspendidos, todo ello colgado de una cadena dorada—. Quiero llevarlo para ti.

—¿Y arriesgarnos a que nos den de puñaladas? —Volví a besarla—. Además, en la oscuridad no es prudente llevar encima cosas tan valiosas.

Las manos de Minette me exploraban el torso, para asegurarse.

—Esperaba un poco más de coraje por tu parte.

—Nos lo jugaremos a una apuesta. Si ganas, lo traigo la próxima vez.

—¿Qué apuesta? —susurró ella, con un zureo de paloma perfeccionado por la práctica profesional.

—El perdedor será el primero que llegue a la cumbre.

—¿Y las armas?

—Todas las que te puedas imaginar. —La inclinó un poco hacia atrás, la atrapé con la pierna que le había pasado alrededor de los tobillos y la deposité sobre la cama —. *En garde*.

Salí vencedor de nuestra pequeña contienda y, ante la insistencia de Minette en que volviéramos a librarla, gané una segunda y luego una tercera vez, hasta hacerla chillar. Al menos, eso creo; con las mujeres, nunca se puede estar realmente seguro. En todo caso, bastó para que ella no se despertara cuando me levanté de la cama antes del amanecer y dejé una moneda de plata sobre mi almohada. Puse un tronco en la chimenea para que la habitación aún estuviera caliente cuando Minette se levantara.

Cuando el cielo empezaba a grisear y los faroleros ya habían abandonado las calles, el pueblo llano de París se levantaba de la cama. Los carros de la basura desfilaban ruidosamente por las calles. Los hombres de los tablones cobraban sus honorarios por los puentes temporales que tendían sobre el agua estancada en las calles. Los aguadores llevaban cubos a las casas más elegantes. Saint-Antoine, el barrio donde yo vivía, no era ni elegante ni de dudosa reputación, sino más bien un reducto de las clases trabajadoras habitado por cerrajeros, artesanos, ebanistas y sombrereros. La confusión de olores procedentes de los tintoreros y las fábricas de cerveza evitaba que subiesen los alquileres. Lo envolvía todo el sempiterno olor parisino a pan, humo y estiércol.

Más que satisfecho de mi velada, subí las oscuras escaleras con la intención de dormir hasta mediodía. Así que cuando abrí la puerta de mis oscuros alojamientos y entré en ellos, decidí que iría a tientas hasta el colchón sin molestarme en encender una palmatoria. Visto el gran interés que había mostrado Silano por el medallón, me pregunté si no podría empeñarlo por una suma lo bastante grande para mudarme a un sitio mejor.

Entonces percibí una presencia. Me di la vuelta para encararme con una sombra entre las sombras.

—¿Quién va?

Hubo una súbita ráfaga de viento y me hice a un lado instintivamente, para luego sentir que algo pasaba silbando junto a mi oído y chocaba con mi hombro. El objeto era romo, sin que por ello el impacto fuera menos doloroso. Me encontré arrodillado en el suelo.

—¿Qué diablos? —La porra me había dejado el brazo insensible.

Entonces alguien me empujó y caí de lado, entorpecido por el dolor. ¡Yo no

estaba preparado para aquello! Di una patada de pura desesperación, y mi pie encontró un tobillo y arrancó un aullido que me proporcionó cierta satisfacción. Me arrastré sobre el costado y busqué a ciegas con las manos, hasta que mis dedos se cerraron sobre una pantorrilla. Tiré de ella, y el intruso acabó en el suelo conmigo.

—*Merde* —gruñó.

Un puño me golpeó la cara mientras me debatía con mi atacante, al tiempo que intentaba quitarme la funda de la espada de entre las piernas para poder desenvainarla. Esperaba una estocada por parte de mi oponente, pero no la hubo. En lugar de ello, una mano me buscó la garganta.

—¿Lo tiene? —preguntó otra voz.

¿Cuántos había?

Ahora disponía de un brazo y un cuello, y logré descargar un golpe sobre una oreja. Mi oponente soltó otro juramento. Tiré con todas mis fuerzas y su cabeza rebotó en el suelo. Mis piernas no paraban de agitarse y derribaron una silla que cayó estrepitosamente.

—¡*Monsieur Gage!* —llegó un grito desde abajo—. ¿Qué intentáis hacerle a mi casa? —Era mi casera, *madame Durrell*.

—¡Auxilio! —grité, o más bien jadeé, dado el dolor. Rodé a un lado, conseguí sacar la funda de la espada de debajo de mí y me dispuse a desenvainar el estoque—. ¡Ladrones!

—Por el amor de Dios, ¿quieres hacer el favor de ayudarme? —le dijo mi atacante a su compañero.

—Intento encontrarle la cabeza. No podemos matarlo hasta que lo tengamos.

Y entonces algo me golpeó, y todo se oscureció.

Recuperé el conocimiento con la mente llena de confusión y la nariz en el suelo. *Madame Durrell* estaba agachada sobre mí como inspeccionando un cadáver. Cuando me dio la vuelta y parpadeé, se sobresaltó.

—¡Vos!

—Sí, soy yo —gemí, y por unos instantes no pude recordar nada.

—¡Os han dejado hecho un desastre! ¿Cómo es que aún estáis vivo?

¿Qué hacía *madame Durrell* agachada sobre mí? Su melena pelirroja siempre me espantaba con la flamígera nube de rizos que le envolvía la cabeza, como si esta fuese un reloj al que se le hubieran salido los muelles. ¿Sería que ya había llegado el momento de pagar el alquiler? La guerra de calendarios me mantenía en un constante estado de confusión.

Entonces recordé el ataque.

—Dijeron que no se atrevían a matarme.

—¿Cómo os atrevéis a haceros visitar por semejantes rufianes! ¿Pensáis que podéis crear aquí en París una tierra salvaje como la que tenéis en América? ¡Pagaréis

hasta el último *sou* de lo que cuesten las reparaciones!

Me senté torpemente en el suelo.

—¿Ha habido daños?

—¡Un apartamento destrozado, una buena cama echada a perder! ¿Sabéis lo que cuesta hoy en día la clase de calidad que les ofrezco a mis inquilinos?

Empecé a ser consciente de lo que me rodeaba, y los primeros fragmentos de realidad lograron abrirse paso a través del gong en que se había convertido mi cabeza.

—*Madame*, yo soy más víctima que vos.

Mi estoque había desaparecido junto con mis atacantes. Mejor así, dado que lo llevaba más para lucirlo que por la utilidad que pudiera tener. Nunca me habían enseñado a usarlo, y encontraba muy molesto sentirlo chocar continuamente contra mi muslo al caminar. Si me hubieran dado a elegir, habría confiado en mi rifle largo o en mi tomahawk de los indios algonquinos. Había adoptado esa pequeña hacha durante mis días en el comercio de pieles, tras haber aprendido de los indios y los viajeros su utilidad como arma, escalpelo, martillo, podadora y cortacabos. No entendía cómo se las apañaban los europeos para pasar sin él.

—¡Cuando aporreé la puerta, vuestros compañeros de juerga me dijeron que os habíais emborrachado después de ir de putas! ¡Qué habíais perdido el control!

—*Madame* Durrell, esos hombres eran ladrones, no compañeros de juerga. — Miré a mi alrededor. Ahora que los postigos estaban abiertos y dejaban entrar toda la claridad matinal, vi que mi apartamento parecía haber sido alcanzado por una bala de cañón. Los armarios estaban abiertos; y su contenido, esparcido por el suelo como una avalancha. Había un mueble caído de lado. Mi magnífico colchón de plumas lo habían girado y rajado, y todavía quedaban trozos de plumón flotando en el aire. Una estantería yacía en el suelo, con mi pequeña biblioteca desparramada en torno a él. Mis ganancias a las cartas habían desaparecido de mi ejemplar ahuecado sobre el tratado de óptica escrito por Newton que Franklin me había regalado (seguramente no esperaba que lo leyese), y yo tenía la camisa rasgada hasta el botón del estómago. Sabía que no la habían hecho jirones para admirarme el pecho—. He sido invadido.

—¿Invasión? ¡Dijeron que vos los habíais invitado!

—¿Quién dijo eso?

—Soldados, rufianes, vagabundos... Llevaban capa y sombrero, y calzaban botas muy gruesas. Me dijeron que se había producido una discusión a causa de las cartas, y que vos pagaríais los daños.

—*Madame*, casi me asesinan. Estuve fuera toda la noche, vine a casa, sorprendí a un par de ladrones y me dejaron inconsciente de un golpe. Aunque no se me ocurre qué tenía yo para robar. —Miré los paneles de madera de las paredes y vi que uno de ellos había sido arrancado. ¿Estaba a salvo mi rifle escondido? Entonces se me fueron los ojos hacia el orinal, hediondo como de costumbre. Bien.

—Cierto, ¿por qué iban a molestarse unos ladrones con un pobretón como vos? —Me miró escépticamente—. ¡Un americano! Todos saben que los de vuestro país

no tenéis dinero.

Cogí un taburete caído en el suelo y me senté pesadamente. *Madame* Durrell tenía razón. Cualquier tendero del barrio podría haberles dicho a los ladrones que yo tenía muchas deudas pendientes. Tenían que haber sido mis ganancias, incluido el medallón. Hasta la próxima partida, habría sido rico. Alguien de la casa de juego me había seguido hasta aquí, sabiendo que enseguida me iría a ver a Minette. ¿El capitán? ¿Silano? Y yo los había sorprendido en flagrante delito con mi regreso al amanecer. ¿O habían esperado a que volviera porque no lograron encontrar lo que buscaban? ¿Y quién estaba al corriente de mis planes amorosos? Para empezar, Minette. No había tardado nada en pegárame. ¿Actuaba conchabada con algún bribón? Ese era un ardid bastante común entre las prostitutas.

—*Madame*, asumo la responsabilidad de todas las reparaciones.

—Me gustaría ver un poco de dinero que respalde esas palabras, *monsieur*.

—A mí también. —Me levanté del taburete y me costó mantenerme en pie.

—¡Tenéis que contárselo a la policía!

—Podré explicarme mejor cuando haya interrogado a alguien.

—¿A quién?

—A la joven que me llevó por mal camino.

Madame Durrell resopló y, sin embargo, me mostró un atisbo de simpatía. ¿Que un hombre haga el ridículo por una mujer? Eso es muy francés.

—¿Me dejaréis un rato a solas para poner bien mis muebles, reparar mi indumentaria y curar mis cardenales, *madame*? Pese a lo que podáis pensar, tengo un gran sentido del pudor.

—Lo que necesitáis es una buena cataplasma. Y mantener abrochado el cinturón de los pantalones.

—Por supuesto. Pero también soy un hombre.

—Bien —dijo, mientras se incorporaba—. Cada franco de lo que esto cueste será añadido a vuestro alquiler, así que más vale que recuperéis lo que habéis perdido.

—Podéis estar segura de que lo haré.

Me quité de encima a mi casera, cerré la puerta y empecé a juntar las piezas del rompecabezas. ¿Por qué no me habían matado? Porque no encontraron lo que andaban buscando. ¿Y si volvían, o si una *madame* Durrell impulsada por el afán de fisgonear decidía hacer su propia limpieza? Me cambié de camisa y acabé de arrancar el tablero que había al lado de mi aguamanil. Sí, mi rifle largo de Pensilvania estaba a salvo: demasiado evidente para ir cargado con él por una calle de París y demasiado conspicuo para empeñarlo, ya que podía ser relacionado con mi persona. Mi tomahawk también estaba allí, y lo guardé en mi lugar preferido, bajo el faldón de la chaqueta. ¿Y el medallón? Me dirigí hacia el orinal.

Allí estaba, sumergido en mis aguas residuales. Lo saqué de su escondite, me lavé en el aguamanil, y tiré los desperdicios y el agua sucia por la ventana que daba al oscuro jardín...

Tal como me esperaba, el orinal era el único sitio en el que no se le ocurriría mirar a un ladrón. En cuanto hube limpiado el medallón, me lo colgué al cuello y fui a encararme con Minette.

¡No era de extrañar que me hubiera dejado salir vencedor de nuestra competición sexual! ¡Esperaba hacerse con el medallón de otra forma, distrayéndome!

Volví sobre mis pasos, y compré algo de pan con las escasas monedas que me quedaban en el bolsillo. La mañana ya estaba bastante avanzada, y París se había llenado de gente: los vendedores callejeros se me acercaban con escobas, leña para la chimenea, café molido, molinillos de juguete y toda clase de ratoneras; pandillas de jóvenes esperaban cerca de las fuentes, donde obtenían dinero a cambio de agua mediante la extorsión; los niños que iban a la escuela desfilaban en pelotones uniformados; los carreteros descargaban toneles que hacían rodar al interior de los comercios; un teniente de mejillas sonrosadas salió de una sastrería, radiante en el uniforme del cuerpo de granaderos.

¡Sí, allí estaba la casa de Minette! Galopé escaleras arriba, resuelto a interrogarla antes de que despertara y tuviera ocasión de escabullirse. Sin embargo, nada más llegar a su rellano noté que algo iba mal. El edificio parecía hallarse curiosamente vacío. La puerta de Minette estaba entreabierta. Llamé con los nudillos, pero no hubo respuesta. Miré hacia abajo. El pomo estaba torcido y la madera, astillada. Cuando abrí la puerta de par en par, un gato huyó a la carrera con los bigotes teñidos de rosa.

Una ventana solitaria y las ascuas de la chimenea daban luz más que suficiente para que se pudiera ver. Minette estaba acostada en la cama tal como yo la había dejado, pero con la sábana apartada de su cuerpo desnudo y el estómago abierto por un cuchillo. Era la clase de herida que mataba lentamente y que daba a su víctima tiempo para suplicar o confesar. Un charco de sangre se había formado en el suelo de madera de debajo de la cama, y el gato lo había estado lamiendo.

Aquel asesinato no tenía ningún sentido.

¿Qué hacer? Nos habían visto hablar en susurros en la casa de juego, y había sido evidente que yo tenía intención de pasar la noche con ella. Ahora Minette estaba muerta, pero ¿por qué? Tenía la boca abierta y los ojos en blanco.

Fue entonces cuando reparé en ello, mientras oía un ruido de pesadas botas masculinas que subían por las escaleras. La punta del dedo índice de Minette relucía con el brillo de su propia sangre, y antes de morir había escrito algo con ella en las tablas de madera de pino. Ladeé la cabeza.

Era la primera letra de mi apellido, la G.

—*Monsieur* —dijo una voz desde el rellano—, estáis arrestado.

Me di la vuelta para ver a dos gendarmes, un cuerpo de policía formado en 1791 por los comités revolucionarios. Tras ellos había un hombre que me miraba como si sus sospechas acabaran de verse confirmadas.

—Ese es —dijo el tipo de piel cetrina que hablaba con acento árabe.

Era el hombre al que yo había pagado para que me llevase el farol.

Si bien el Terror había llegado a su fin, la justicia revolucionaria francesa aún tendía a guillotinar primero e investigar después. Más valía no ser arrestado. Dejé a la pobre Minette para correr hacia la ventana de su dormitorio, donde me encaramé en el alféizar para saltar al trozo de tierra fangosa que había debajo. Pese a la larga noche no había perdido mi agilidad.

—¡Alto, asesino! —Se oyó una detonación, y una bala de pistola silbó junto a mi oreja.

Salté una valla para gran alarma de un gallo, me abrí paso a patadas junto a un perro muy territorial, encontré un pasaje que conducía a una calle adyacente y corrí. Oí gritos, pero no sabría decir si eran de alarma, confusión o comercio. Afortunadamente, París es un laberinto de seiscientas mil personas, y no tardé en perderme de vista bajo las marquesinas de los mercados de Les Halles, donde el olor a tierra húmeda de las manzanas invernales, las zanahorias de vivo color anaranjado y las relucientes anguilas ayudaron a calmarme un poco tras la tremenda conmoción que me produjo aquel cuerpo acuchillado. Vi las cabezas de dos gendarmes que corrían por el pasillo de los quesos, así que fui en dirección contraria.

Me hallaba en el peor tipo de apuro posible, lo cual significa que no estaba del todo seguro de en qué consistía exactamente el apuro.

Que mi apartamento hubiera sido saqueado podía aceptarlo, pero ¿quién había matado a mi cortesana? ¿Los ladrones de los que en un primer momento había creído cómplice a Minette? ¿Para qué? Ella no tenía ni mi dinero ni mi medallón. ¿Y por qué iba a querer implicarme Minette escribiendo algo con un dedo manchado de sangre? Me sentía tan perplejo como asustado.

El hecho de ser un americano en París hacía que me sintiera especialmente vulnerable. Sí, habíamos dependido de la ayuda francesa para conseguir nuestra independencia. Sí, sus años como diplomático de nuestra nación hicieron del gran Franklin toda una celebridad aclamada por su ingenio, y su efigie sería reproducida en tal cantidad de naipes, miniaturas y tazas que el rey, en una rara muestra de agudeza real, mandó que lo pintaran dentro del orinal de una admiradora. Y sí, mi vínculo con el científico y diplomático me había granjeado unas cuantas amistades francesas muy bien situadas. Pero las relaciones entre nuestras naciones empeoraron rápidamente cuando Francia empezó a interferir en la navegación de nuestros barcos neutrales. Políticos americanos que, en un primer momento, habían acogido con entusiasmo el idealismo de la Revolución francesa se sintieron muy disgustados por el Terror. Si yo servía de algo en París, era intentando explicar una nación a la otra.

Vine a la ciudad por primera vez hace catorce años, a la edad de diecinueve; era la manera de que mi padre desligara mis emociones (y la fortuna que había ganado como naviero y consignatario marítimo) de Annabelle Gaswick y sus padres socialmente ambiciosos. Yo no tenía la certeza de que Annabelle estuviese embarazada, pero admitiré que era teóricamente posible. Annabelle no era la clase de

partido que mi familia deseaba para mí. Se decía que un dilema similar llevó al joven Ben Franklin de Boston a Filadelfia; y mi padre confiaba en que el anciano estadista comprendería mi situación. También ayudaba el que Josiah Gage hubiera servido en el Ejército Continental como mayor y, lo que es más importante, que fuera masón de tercer grado. Franklin, que había sido francmasón en Filadelfia, fue aceptado como miembro de la Logia de las Nueve Musas de París en 1777, y al año siguiente jugó un papel decisivo a la hora de lograr que Voltaire fuese iniciado en esa misma augusta congregación. Como yo ya había hecho unos cuantos viajes comerciales a Quebec, hablaba un francés pasable y sabía expresarme razonablemente bien por escrito (había iniciado mi segundo año en Harvard, si bien ya empezaba a estar un poco harto de todos aquellos clásicos llenos de moho, del tipo de mentalidad erudita que sólo piensa en sí misma y de los interminables debates sobre cuestiones para las que no existe respuesta), mi padre sugirió en 1784 que podría ser asistente del embajador americano. En realidad Franklin ya había cumplido los setenta y ocho, empezaban a fallarle las fuerzas y no tenía ninguna necesidad de mis ingenuos consejos, pero estaba dispuesto a ayudar a un hermano masón.

Una vez en París, el anciano estadista me cogió mucho cariño, pese a mi falta de ambición. Me familiarizó con la francmasonería y la electricidad.

«En la electricidad reside la fuerza secreta que anima el universo —me dijo—. En la francmasonería hay un código de conducta y pensamiento racionales que, seguido por todos, contribuiría enormemente a curar al mundo de sus dolencias».

La francmasonería, me explicó, había aparecido en Inglaterra a principios de nuestro siglo XVIII; aunque sus orígenes se remontaban al gremio de maestros de obras que habían recorrido toda Europa durante la construcción de las grandes catedrales. Sus habilidades les permitían encontrar trabajo donde quisieran y pedir un salario justo cuando lo hacían, algo nada desdeñable en un mundo de siervos. Sin embargo, la francmasonería se tenía por más antigua todavía y encontraba sus raíces en los caballeros templarios de las cruzadas, que establecieron sus cuarteles generales en el Monte del Templo de Jerusalén para luego convertirse en los banqueros y señores de la guerra de Europa. Los templarios medievales llegaron a ser tan poderosos que su fraternidad fue aplastada por el rey de Francia y sus líderes ardieron en la hoguera. Se decía que los supervivientes fueron quienes sembraron la semilla de nuestra orden. Como les ocurría a muchos grupos, los masones hallaban cierto orgullo en las persecuciones del pasado.

«Hasta los templarios que padecieron martirio descendían de grupos aún más ancestrales —dijo Franklin—. La masonería remonta su ascendencia a los hombres sabios del mundo antiguo, y a los carpinteros y maestros de obras que construyeron el templo de Salomón».

Los símbolos masónicos son los delantales y las herramientas de nivelación del maestro de obras, porque la fraternidad admira la lógica y precisión de la ingeniería y la arquitectura. Para poder ser miembro hay que creer en un ser supremo, aunque no

se especifica ningún credo; de hecho, los masones tienen rigurosamente prohibido hablar de religión o política en la logia. La masonería es una organización filosófica dedicada a la racionalidad y la indagación científica, fundada en la reacción librepensadora a las guerras religiosas entre católicos y protestantes de siglos anteriores. Sin embargo, también recurre al misticismo antiguo y a ciertos arcanos preceptos matemáticos. El que ponga tanto énfasis en la caridad y la probidad moral, en lugar de en el dogma y la superstición, hace que los conservadores religiosos encuentren sospechosas sus enseñanzas basadas en el sentido común. La exclusividad de la masonería la hace objeto de envidias y rumores.

—¿Por qué no la siguen todos los hombres? —le pregunté a Franklin.

—Demasiados humanos cambiarían de buena gana un mundo racional por uno supersticioso si les proporciona una buena posición social, calma sus temores o les depara alguna clase de ventaja sobre sus congéneres —me explicó el filósofo americano—. A la gente siempre le da miedo pensar. Y por desgracia, Ethan, la integridad siempre es prisionera de la vanidad, y el sentido común se ve fácilmente eclipsado por la codicia.

Yo apreciaba el entusiasmo de mi mentor, pero no tuve mucho éxito como masón. El ritual me cansa, y la ceremonia masónica parecía oscura e interminable. Había abundancia de largos discursos, aprenderse de memoria tediosas ceremonias, y vagas promesas de claridad que llegarían sólo cuando uno progresara en el grado masónico. En resumen, que la francmasonería era un aburrimiento y exigía más esfuerzo del que yo estaba dispuesto a hacer. Para mi consuelo, el año siguiente partí con Franklin rumbo a Estados Unidos, y la carta de recomendación que me escribió y mi dominio del francés llamaron la atención de un comerciante en pieles neoyorquino llamado John Jacob Astor al que le empezaban a ir muy bien las cosas. Como me habían aconsejado que mantuviera cierta distancia de la familia Gaswick —Annabelle se había casado con un platero en circunstancias bastante apresuradas—, enseguida aproveché la oportunidad de experimentar el negocio de las pieles en Canadá. Cabalgué con unos viajeros franceses hasta los Grandes Lagos, donde aprendí a cazar y disparar, y en un primer momento pensé que podría hallar mi futuro en el Gran Oeste. Pero cuanto más nos alejábamos de la civilización más la echaba de menos, y no sólo la de América, sino la de Europa. Un salón era un refugio de esa vastedad que amenazaba con engullirte. Ben decía que el Nuevo Mundo te guiaba hacia las verdades sencillas, en tanto que el Viejo Mundo te conducía hacia una sabiduría medio olvidada que sólo esperaba ser redescubierta. Pasó toda su vida dudando entre ambos, y a mí me ocurría lo mismo.

Así que descendí por el Misisipí hasta Nueva Orleans. Allí había un París en miniatura, pero abrasador, exótico, y modernamente decadente; una encrucijada de africanos, criollos, mexicanos y cherokees, de prostitutas, mercados de esclavos, yanquis que especulaban con terrenos y sacerdotes misioneros. La energía que irradiaba Nueva Orleans hizo que me entraran ganas de volver a las comodidades

urbanizadas. Me embarqué con rumbo a las islas francesas del azúcar, edificadas a costa de la incansable mano de obra esclava, y allí tuve mi primer contacto con la horrenda desigualdad de la vida y la tranquilizadora ceguera de las sociedades construidas sobre ella. Lo que distingue a nuestra especie no es sólo lo que los hombres son capaces de hacerles a otros hombres, sino la insistencia con que lo justifican.

Luego navegué en un barco cargado de azúcar hasta Le Havre, donde llegué a tiempo de saber que el pueblo había asaltado la Bastilla. ¡Qué inmenso contraste entre los ideales de la Revolución y los horrores que acababa de ver! Pero el caos que crecía rápidamente me mantuvo alejado de Francia durante años, mientras me ganaba la vida como representante comercial entre Londres, Estados Unidos y España. Mi meta era incierta; mi propósito, postergado. Me había convertido en un desarraigado.

Finalmente volví a París cuando el Terror hubo cesado, con la esperanza de encontrar oportunidades en aquella sociedad caótica y febril. Francia hervía con una sofisticación intelectual inalcanzable en casa. Todo París era una botella de Leyden, una batería llena de chispas almacenadas. ¡La sabiduría perdida que tanto anhelaba Franklin quizá pudiera ser redescubierta! París también tenía mujeres con un encanto considerablemente mayor que el de Annabelle Gaswick. Si me quedaba allí un tiempo, era posible que la fortuna diese conmigo.

Ahora, podría ser la policía la que diera conmigo.

¿Qué hacer? Recordé algo que Franklin había escrito: la francmasonería «hacía que hombres de los sentimientos más hostiles, las regiones más distantes y las condiciones más diversificadas corrieran en ayuda el uno del otro». Yo aún participaba ocasionalmente en las actividades masónicas, debido a los contactos sociales que eso procuraba. Francia tenía treinta y cinco mil miembros organizados en seiscientas logias, una fraternidad de hombres capaces tan poderosa que la organización estaba acusada de fomentar la Revolución y de conspirar para invertir su curso. Washington, Lafayette, Bacon y Casanova habían sido masones. Al igual que lo había sido Joseph Guillotin, quien inventó la guillotina como una forma de mitigar el sufrimiento en la horca. En mi país, la orden era un auténtico panteón de patriotas: Hancock, Madison, Monroe y hasta John Paul Jones y Paul Reveré habían sido masones; razón por la cual algunos sospechan que mi nación era una invención masónica. Yo necesitaba consejo y recurriría a mis hermanos masones, o a un masón en particular: el periodista Antoine Talma, quien había buscado mi amistad durante mis irregulares visitas a la logia, debido al extraño interés que sentía por América.

—Vuestros indios pieles rojas descienden de civilizaciones antiguas, ahora perdidas, que supieron encontrar esa serenidad que hoy en día se nos escapa —le gustaba teorizar a Talma—. Si pudiéramos demostrar que los pieles rojas son una de las tribus perdidas de Israel, o refugiados llegados de Troya, eso nos mostraría el camino a la armonía.

Obviamente él no había visto los mismos indios que yo, esos pieles rojas que

parecían tan implacables, ávidos y crueles como armoniosos; pero nunca había sido capaz de poner freno a sus especulaciones.

Antoine, un soltero que no compartía mi interés por las mujeres, era escritor y panfletista y se alojaba cerca de la Sorbona. Lo encontré sentado no a su escritorio, sino en uno de los nuevos cafés donde servían helados, cerca del Pont Saint-Michel, mientras hacía durar una limonada que según me aseguró tenía poderes curativos. Talma siempre tenía achaques, y experimentaba continuamente con purgantes y dietas para alcanzar la esquiva meta de la salud. Era uno de los pocos franceses que yo conocía capaces de comer la patata americana, que la mayoría de los parisinos consideraban apropiada únicamente para los cerdos. Al mismo tiempo, siempre se estaba lamentando de que no vivía la vida en toda su plenitud y anhelaba ser la clase de aventurero que veía en mí, sin arriesgarse a pillar un resfriado. (Yo había exagerado un tanto mis propias proezas y disfrutaba secretamente con sus halagos). Me hizo objeto de su cálido recibimiento habitual, con sus jóvenes facciones llenas de inocencia, su pelo alborotado incluso después de que se lo hubieran cortado a la nueva manera republicana y su chaqueta rosa de diario con botones plateados. Tenía la frente despejada, los ojos enormes y vivaces y la tez pálida como el queso.

Yo asentí educadamente ante su último remedio y pedí una bebida bastante más nociva, café, y algo de repostería. Los poderes adictivos del negro brebaje eran denunciados periódicamente por el gobierno para restar importancia al hecho de que fuese la guerra la que hacía que costara tanto obtener los granos.

—¿Podrías pagar tú? —le pregunté a Talma—. He tenido un pequeño contratiempo.

Me miró con más atención.

—Dios mío, ¿te has caído dentro de un pozo? —Sucio y lleno de morados, yo iba sin afeitar y tenía los ojos enrojecidos.

—Gané una partida de cartas. —Reparé en que sobre la mesa de Talma había media docena de billetes de lotería que no habían ganado ningún premio. La suerte de mi amigo en los juegos de azar no era comparable con la mía, pero el Directorio confiaba en el terco optimismo de gente como él para recaudar gran parte de su apoyo financiero. Mientras tanto los espejos con marcos dorados del café, que se reflejaban infinitamente unos a otros, hicieron que me sintiera demasiado visible—. Necesito un abogado honrado.

—Eso abunda tanto como un agente de la ley escrupuloso, un carnicero vegetariano o una prostituta virginal —replicó Talma—. Si probaras la limonada, quizá te ayudaría a corregir esos extravíos mentales.

—Hablo en serio. Una mujer que pasó la noche conmigo acaba de ser asesinada. Dos gendarmes intentaron arrestarme por su muerte.

Talma arqueó las cejas, no muy seguro de si yo estaba bromeando. Una vez más, había sabido cómo tentar su vena de observador. También sabía perfectamente que se preguntaba si no podría vender aquella historia a los periódicos.

—Pero ¿por qué?

—Tenían como testigo a un farolero cuyos servicios contraté. No era ningún secreto que los aposentos de esa mujer eran mi destino: hasta el conde Silano lo sabía.

—¡Silano! ¿Quién creería a ese canalla?

—Tal vez el gendarme cuya pistola disparó la bala que me ha rozado la oreja; ese fue quien lo creyó. Soy inocente, Antoine. Creía que Minette ayudaba a unos ladrones; pero cuando volví a su casa para encararme con ella, estaba muerta.

—Un momento. ¿Ladrones?

—Los sorprendí mientras ponían patas arriba mi apartamento, y me dejaron inconsciente. Anoche gané algo de dinero en las mesas de juego, junto con un extraño medallón, pero...

—Por favor, no vayas tan deprisa —dijo Talma, al tiempo que se palmeaba los bolsillos en busca de un trozo de papel—. ¿Un medallón?

Me lo saqué de la camisa.

—No puedes escribir sobre esto, amigo mío.

—¡No escribir acerca del medallón! ¡Es como si me dijeras que no puedo respirar!

—Hacerlo sólo serviría para empeorar mi situación. Tienes que salvarme en secreto.

Talma suspiró.

—Pero podría sacar a la luz una injusticia.

Puse el medallón sobre la mesa de mármol, oculto por mi torso a los ojos de los otros clientes, y lo deslicé hacia mi compañero.

—Mira: el soldado al que se lo gané dijo que provenía del antiguo Egipto. Silano mostró mucha curiosidad. Pujó para hacerse con él e incluso quería comprarlo, pero yo me negué a venderlo. No veo que valga la pena matar por él.

Talma contempló el medallón con los ojos entornados, le dio la vuelta y jugó con sus brazos.

—¿Qué son todas estas marcas?

Lo examiné más atentamente por primera vez. Ya he descrito el surco que corría a través del disco, como para indicar su diámetro. Arriba, el disco había sido perforado de manera aparentemente aleatoria. Abajo había tres series de marcas en zigzag, como si un niño hubiera querido dibujar una cordillera. Y, debajo de estas, había una especie de arañazos que formaban un pequeño triángulo.

—No tengo ni idea. Es extremadamente tosco.

Talma desplegó los dos brazos que colgaban del medallón para formar una v invertida.

—¿Y qué opinas de esto?

No necesitó explicarse. Parecía el símbolo masónico del compás, la herramienta de construcción usada para trazar un círculo. El simbolismo secreto de la orden solía

emparejar el compás con la escuadra de carpintero, una herramienta puesta sobre la otra. Si extendías los brazos del medallón todo lo que permitía su bisagra, dibujarían la circunferencia de un círculo de unas tres veces el tamaño del disco que había encima de ellos. ¿Sería alguna clase de herramienta matemática?

—No le veo ningún sentido —dije.

—Pero Silano, que pertenece al herético Rito Egipcio de la francmasonería, se mostró muy interesado. Lo cual significa que quizá tenga algo que ver con los misterios de nuestra orden.

Se decía que la imaginería masónica se inspiraba en la de los antiguos. Algunas imágenes eran herramientas de uso tan habitual como el malleto, la llana y la mesa de caballetes; pero había otras tan exóticas como el cráneo humano, los pilares, las pirámides, las espadas y las estrellas. Todas eran simbólicas y pretendían sugerir un orden en la existencia que yo no he logrado detectar en la vida cotidiana. En cada grado de la progresión masónica se explicaban más símbolos de ese tipo. ¿Acaso ese medallón era antecesor de nuestra fraternidad? No nos atrevíamos a hablar de ello en el café donde servían helados, porque los miembros de la logia prestaban un juramento de secreto; lo cual naturalmente hace que nuestro simbolismo se vuelva aún más fascinante para los no iniciados. Se nos ha acusado de toda clase de hechicerías y conspiraciones, cuando lo cierto es que nuestras ceremonias secretas consisten básicamente en pasearse por la logia ataviados con delantales blancos. Como declaró un ocurrente: «Aun cuando su secreto sea ese —que carecen de secreto —, es un gran logro mantenerlo en secreto».

—Sugiere el pasado remoto —dije, mientras volvía a colgármelo del cuello—. El capitán al que se lo gané aseguraba que había venido a Italia con Cleopatra y César y que había pertenecido a Cagliostro, pero lo valoraba tan poco que lo apostó en el *chemin de fer*.

—¿Cagliostro? ¿Y dijo que era egipcio? ¿Y Silano mostró interés?

—En ese momento no le di mayor importancia. Pensé que sólo lo decía para hacerme subir la puja. Pero ahora...

Talma reflexionó unos instantes.

—Puede que sólo se trate de una coincidencia. Una partida de cartas, dos crímenes.

—Puede.

Mi amigo tabaleó con los dedos sobre la mesa.

—Pero también podría ser que todo estuviese relacionado. El farolero conduce a la policía hasta ti porque calcula que tu reacción al saqueo de tu apartamento te arrastrará involuntariamente a la escena de un horrendo asesinato, lo cual hará posible un interrogatorio. Analiza la secuencia. Ellos esperan poder limitarse a robar el medallón. Pero no se encuentra en tu apartamento. Tampoco le ha sido entregado a Minette. Tú eres un extranjero de cierta posición, al que no se agrede a la ligera. Pero si se te acusa de asesinato y se te registra...

¿Minette había sido asesinada sólo para implicarme? Sentí que todo me daba vueltas.

—¿Por qué alguien puede desear tanto el medallón?

Talma estaba entusiasmado.

—Porque se avecinan grandes acontecimientos. Porque podría ser que esos misterios masónicos de los que tan irreverentemente te burlas por fin vayan a tener un efecto sobre el mundo.

—¿Qué acontecimientos?

—Dispongo de informadores, amigo mío. —Le encantaba alardear, fingir que conocía grandes secretos que por una u otra razón nunca llegaban a ser impresos.

—¿Así que estás de acuerdo en que soy víctima de un montaje?

—Claro que sí. —Talma me miró con expresión muy seria—. Has acudido al hombre adecuado. En tanto que periodista, busco la verdad y la justicia. En tanto que amigo, presumo que eres inocente. En tanto que hombre de letras que escribe sobre grandes temas, tengo contactos importantes.

—Pero ¿cómo puedo probarlo?

—Necesitas testigos. ¿Estaría dispuesta tu casera a atestiguar que eres un hombre de bien?

—No lo creo. Le debo el alquiler.

—¿Y ese farolero, cómo podemos encontrarlo?

—¡Encontrarlo! ¡Pero si lo que quiero es mantenerme alejado de él!

—Claro. —Volvió a reflexionar, mientras bebía sorbos de limonada—. Necesitas cobijo y tiempo para entender el significado de esta cosa. Los maestros de nuestra logia tal vez podrían ayudar.

—¿Quieres que me esconda en una logia?

—Quiero que estés a salvo mientras determino si este medallón podría depararnos una oportunidad muy poco habitual.

—¿Una oportunidad de qué?

Talma sonrió.

—He oído rumores, y rumores de rumores. Tu medallón quizá sea aún más oportuno de lo que piensas. Necesito hablar con las personas apropiadas, hombres de ciencia.

—¿Hombres de ciencia?

—Hombres próximos al joven general Napoleón Bonaparte, quien parece estar llamado a hacer grandes cosas.



El químico Claude-Louis Berthollet era, a la edad de cuarenta y nueve años, el alumno más famoso del guillotinado Lavoisier. A diferencia de su maestro, Berthollet había sabido congraciarse con la Revolución encontrando un nitrato que podía sustituir al salitre, tan necesario para la pólvora. Puesto al frente del nuevo Instituto Nacional que había sucedido a la Real Academia, había compartido con su amigo el matemático Gaspard Monge la labor de ayudar a saquear Italia. Fueron los estudiosos quienes asesoraron a Bonaparte sobre qué obras maestras, como la *Mona Lisa*, eran más merecedoras de ser transportadas a Francia. Eso había ayudado a hacer de ambos científicos los confidentes del general, y les permitía estar al corriente de secretos estratégicos. Su conveniencia política me recordó a un astrónomo que, cuando estaba haciendo mediciones para el nuevo sistema métrico, fue obligado a sustituir las banderas blancas que empleaba, vistas como un símbolo del rey Luis, por la tricolor. Ninguna profesión escapa a la Revolución.

—¿Así que no sois un asesino, *monsieur Gage*? —me preguntó el químico, con un levísimo atisbo de sonrisa. De frente despejada, nariz prominente, boca y barbilla adustas y ojos tristes siempre velados por los párpados, parecía el cansado propietario de una casa solariega que ve la creciente alianza entre la ciencia y los gobiernos con la misma sospecha que un padre al pretendiente de su hija.

—Os lo juro por Dios, por el Gran Arquitecto de los masones, o por las leyes de la química.

Las cejas de Berthollet se elevaron apenas una fracción de milímetro.

—Por lo que quiera que yo adore, supongo.

—Sólo intento transmitir mi sinceridad, doctor Berthollet. Sospecho que el asesinato fue cometido por un capitán del ejército o por el conde Silano, quien mostró cierto interés en un medallón que yo acababa de ganar a las cartas.

—Un interés de fatales consecuencias.

—Parece extraño, lo sé.

—Y la joven asesinada escribió la inicial de vuestro apellido, no la de ninguno de los suyos.

—Si es que la escribió ella.

—La policía afirma que la anchura de su última caligrafía se corresponde con la punta de su dedo.

—Lo único que hice fue acostarme con Minette y pagarle. Carecía de motivos para matarla, como tampoco ella los tenía para acusarme. Yo sabía dónde estaba el medallón.

—Ummm, sí. —Se sacó del bolsillo un par de gafas—. A ver...

Lo examinamos observados por Talma, quien tenía un pañuelo en la mano por si lograrse encontrar alguna razón para estornudar. Berthollet le dio la vuelta al medallón como habían hecho Silano y Talma y, finalmente, se retrepó en su asiento.

—Aparte de la pequeña cantidad de oro, no veo a qué viene tanto alboroto.

—Yo tampoco.

—No es una llave, un mapa o el símbolo de algún dios, y tampoco es muy atractivo. Me cuesta creer que Cleopatra llevara esto.

—El capitán dijo que simplemente le pertenecía. Como reina...

—Habrá tantos objetos atribuidos a Cleopatra como astillas de la cruz y frasquitos llenos de sangre son atribuidos a Jesucristo. —El científico sacudió la cabeza—. ¿Qué mejor manera de hinchar el precio de una tosca joya?

Estábamos sentados en el sótano del Hôtel Le Cocq, que era utilizado por una rama de la Logia Oriental de la francmasonería por su orientación este-oeste. Entre dos pilares había una mesa con un paño y un libro cerrado encima. Hileras de bancos se perdían en la penumbra, bajo los arcos de la bóveda. La única iluminación era el tenue parpadeo de las velas sobre jeroglíficos egipcios que nadie sabía interpretar y escenas bíblicas de la edificación del templo de Salomón. Una calavera puesta sobre un estante nos recordaba que somos mortales, pero no aportaba nada a nuestra discusión.

—¿Y vos respondéis de su inocencia? —le preguntó el químico a mi amigo masónico.

—El americano es un hombre de ciencia como vos, doctor —dijo Talma—. Estudió con el gran Franklin y también es electricista.

—Sí, la electricidad. Relámpagos, cometas que vuelan y chispas en un salón. Decidme, Gage, ¿qué es exactamente la electricidad?

—Bueno... —Yo no quería exagerar mis conocimientos ante un científico de tanto renombre—. El doctor Franklin pensaba que la electricidad era una manifestación de la potencia básica que anima al universo. Pero lo cierto es que nadie lo sabe. Podemos generarla haciendo girar una manivela y somos capaces de almacenarla dentro de un recipiente de cristal, así que estamos seguros de que existe. Pero ¿alguien sabe por qué?

—Precisamente. —El científico reflexionó en silencio, mientras le daba vueltas al medallón entre los dedos—. ¿Y si la gente sabía de su existencia, en el remoto pasado? ¿Y si controlaban poderes inalcanzables en nuestra época?

—¿Conocían la electricidad?

—Sabían cómo erigir monumentos extraordinarios, ¿no?

—Es interesante que Ethan encuentre este medallón y acuda a nosotros en este preciso punto del tiempo —añadió Talma.

—Y, sin embargo, la ciencia no cree en las coincidencias —replicó Berthollet.

—¿Punto del tiempo? —pregunté.

—No obstante, uno tiene que reconocer la oportunidad —admitió el químico.

—¿Qué oportunidad es esa? —quise saber yo, que empezaba a hacerme esperanzas.

—La de escapar a la guillotina uniéndose al ejército —dijo Berthollet.

—¡Qué!

—Al mismo tiempo, podéis ser un aliado de la ciencia.

—Y de la francmasonería —añadió Talma.

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Qué ejército?

—El ejército francés —dijo el químico—. Veréis, Gage, como masón y hombre de ciencia, ¿podéis jurar que guardaréis un secreto?

—¡No quiero ser soldado!

—Nadie os lo está pidiendo. ¿Lo juráis?

Talma me miraba expectante, el pañuelo en los labios. Tragué saliva y asentí con la cabeza.

—Por supuesto.

—Bonaparte ha abandonado el canal y prepara una nueva expedición. Ni siquiera sus propios oficiales conocen su destino, pero algunos científicos sí. Por primera vez desde Alejandro Magno, un conquistador invita a que los sabios acompañemos a sus tropas para investigar y dejar constancia de lo que vemos. La aventura no tiene nada que envidiar a las de Cook y Bougainville. Talma ha sugerido que vayáis con la expedición, él como periodista y vos como experto en electricidad, misterios antiguos y este medallón. ¿Y si es una pista valiosa? Vos formáis parte de la expedición, contribuís a nuestras especulaciones y, para cuando regreséis a Francia, todo el mundo habrá olvidado la infortunada muerte de una prostituta.

—¿Una expedición adónde? —Yo siempre había sido bastante escéptico acerca de Alejandro; puede que hiciera mucho en poco tiempo, pero murió cuando aún le faltaba un año para tener mi edad, un hecho que su profesión no recomendaba lo más mínimo.

—¿Adónde creéis vos? —dijo Berthollet, impaciente—. ¡Egipto! No sólo vamos allí para hacernos con una ruta comercial clave y abrir la puerta a los aliados que luchan contra los británicos en la India. Vamos a explorar el amanecer de la historia. Aquel lugar podría albergar secretos muy útiles. Y es mejor que las claves estén en nuestras manos, los hombres de ciencia, que en las del herético Rito Egipcio, ¿no?

—¿Egipto? —Por el fantasma de Franklin, ¿qué se me podía haber perdido a mí allí? Pocos europeos habían llegado a ver Egipto, envuelto como estaba en el misterio árabe. Yo tenía una vaga impresión de arena, las pirámides y fanatismo pagano.

—Cierto que no sois gran cosa ni como científico ni como francmasón —aclaró Berthollet—. Pero, en tanto que americano y hombre de la frontera, podríais ofrecer una perspectiva interesante. Tal vez vuestro medallón también sea un golpe de suerte. Si el conde Silano lo quiere, podría tener algún significado.

Yo no había oído mucho más allá de la primera frase.

—¿Por qué no soy gran cosa ni como científico ni como masón? —Me había puesto a la defensiva, porque estaba completamente de acuerdo con él, aunque no pensaba admitirlo.

—Vamos, Ethan —dijo Talma—. Lo que quiere decir Berthollet es que aún tienes que dejar tu impronta en el mundo.

—Lo que digo, *monsieur* Gage, es que a los treinta y tres años vuestros logros quedan muy por debajo de vuestra capacidad, y vuestra ambición carece de la debida diligencia. No habéis aportado informes a las academias, progresado en el grado masónico, acumulado una fortuna, creado una familia, llegado a ser propietario de una casa o producido escritos de mérito. Francamente, al principio me mostré bastante escéptico cuando Antoine sugirió vuestro nombre. Pero él cree que tenéis potencial; y nosotros, los racionalistas, somos acérrimos enemigos de los seguidores místicos de Cagliostro. No quiero que el medallón resbale de vuestro cuello guillotinado. Siento un gran respeto por Franklin y espero que algún día podáis llegar a seguir sus pasos. Así pues, podéis tratar de demostrar vuestra inocencia en los tribunales revolucionarios o podéis venir con nosotros.

Talma me agarró del brazo.

—¡Egipto, Ethan! ¡Piénsatelo!

Ir allí le daría un vuelco tremendo a mi vida, pero después de todo ¿cuánta vida tenía yo a la que dar un vuelco? Berthollet acababa de hacer una descripción irritablemente precisa de mi carácter, aunque me sentía bastante orgulloso de mis viajes. Pocos hombres habían llegado a ver una parte tan grande de Norteamérica como yo; o, eso también tenía que admitirlo, hecho tan poco con ella.

—¿Egipto no es ya propiedad de alguien?

Berthollet agitó la mano.

—De nombre forma parte del Imperio otomano, pero en realidad lo controla una casta renegada de guerreros esclavos llamada mamelucos que ignoran a Estambul. Apenas le pagan tributos, y oprimen a los egipcios corrientes. ¡Ni siquiera son de la misma raza que ellos! La nuestra es una misión de liberación, *monsieur* Gage, no de conquista.

—¿No tendremos que combatir?

—Bonaparte nos asegura que tomará Egipto con uno o dos cañonazos.

Bueno, eso era un poco optimista. Napoleón hablaba como la clase de general que o es un taimado oportunista o no ve dos en un burro.

—Ese Bonaparte, ¿qué opináis de él? —Todos habíamos oído cómo se lo colmaba de elogios después de sus primeras victorias, pero había pasado poco tiempo en París y era mayormente un desconocido. Corrían rumores de que, en el fondo, sólo era un advenedizo.

—Es el hombre con más energía que he conocido jamás, y o triunfará espectacularmente o fracasará espectacularmente —dijo Talma.

—O, como es el caso con muchos hombres ambiciosos, hará ambas cosas —

puntualizó Berthollet—. Su brillantez es innegable, pero es el criterio lo que hace la grandeza.

—Tendré que abandonar todos mis contactos comerciales y diplomáticos —dije yo—. Y salir corriendo como si fuese culpable de asesinato. ¿Es que la policía no puede encontrar al conde Silano y al capitán que perdió la partida? ¿Ponernos a todos en una habitación y dejar que la verdad salga a la luz?

Berthollet apartó la mirada. Talma suspiró.

—Silano ha desaparecido. Cuentan que el Ministerio de Asuntos Exteriores ha ordenado su protección —dijo mi amigo—. En cuanto a vuestro capitán, lo sacaron del Sena la otra noche, torturado y estrangulado. Naturalmente, dado que os conocíais y habéis desaparecido, sois el primer sospechoso.

Tragué saliva.

—Ahora el lugar más seguro para vos, *monsieur* Gage, está en el seno de un ejército.

Parecía prudente ir armado, si iba a unirme a una invasión.

Mi caro rifle largo, que se remontaba a mi estancia en el negocio de las pieles, seguía escondido en la pared de mi apartamento. Fabricado en Lancaster, Pensilvania, y con la culata de arce arañada y manchada por el uso, aún era un arma de fuego notablemente precisa, como yo había demostrado ocasionalmente en el Champ de Mars. Igual de importante: la curva de la culata era grácil como los miembros de una mujer; y la filigrana que adornaba sus partes metálicas, reconfortante como una bolsa de monedas. Mi rifle no era sólo una herramienta sino también un compañero fiel, servicial e incapaz de quejarse; tenía tonos azulados y olía a aceite de linaza, granos de pólvora y aceite para rifles. Su velocidad daba al pequeño calibre una potencia asesina a distancias mayores que un mosquete de cañón grande. La crítica, como siempre, era lo incómodo que resultaba manejar un arma de fuego que me llegaba a la barbilla. Se tardaba demasiado en recargarlo para que pudiera ser utilizado en las rápidas salvas masivas del combate europeo, y tampoco le podías calar una bayoneta. Pero la idea de estar de pie en una hilera de hombres, a la espera de recibir una bala, era inconcebible para nosotros, los americanos. El gran inconveniente de cualquier arma de fuego era la necesidad de recargar después de haber hecho un disparo, y la gran ventaja de un rifle preciso era que podías acertarle a algo con ese primer disparo. Lo primero que tenía que hacer, pensé, era ir a recoger mi arma de fuego.

—¡Tu apartamento es el primer lugar dónde te buscará la policía! —objetó Talma.

—Han pasado más de dos días. Hablamos de hombres más corruptos que un juez y a los que se les paga menos que a un alfarero. Me parece improbable que aún estén esperando. Iremos allí esta noche, sobornaremos a un vecino y abriremos la pared desde su lado.

—¡Pero tengo pasajes para la diligencia de medianoche con destino a Tolón!

—Hay tiempo de sobra, si me echas una mano.

Consideré prudente entrar en el edificio tal como había salido de él, por la ventana de un patio trasero. *Madame* Durrell seguiría al acecho aunque la policía ya se hubiera ido, y yo no me encontraba más cerca que antes de pagar las reparaciones y el alquiler. Ese anochecer, Talma me aupó de mala gana hasta un canalón para que pudiera mirar dentro de mi apartamento. Nada había cambiado, el colchón aún estaba hecho jirones y las plumas adornaban mi morada como copos de nieve. Sin embargo, el pestillo relucía, lo cual quería decir que habían cambiado la cerradura. Mi casera intentaba asegurarse de que yo saldara mis deudas antes de ir a recuperar mis cosas. Dado que mi suelo era su techo, decidí que lo mejor sería recurrir a un ataque oblicuo.

—Tú monta guardia —le susurré a mi compañero.

—¡Deprisa! ¡He visto a un gendarme en el callejón!

—Entraré y saldré sin hacer ni pizca de ruido.

Fui sigilosamente hacia el alféizar de mi vecino Chabon, un librero que cada tarde daba clase a los hijos de los nuevos aspirantes a triunfar en la vida. Tal como esperaba, Chabon había salido. La verdad es que no esperaba poder sobornar a un hombre dotado de su rígida y un tanto adusta rectitud, y contaba con su ausencia. Rompí uno de los paneles de cristal y abrí su ventana. Sabía que a Chabon no le haría ninguna gracia encontrar un agujero en su pared; pero, después de todo, yo estaba en una misión por Francia.

Su habitación olía a libros y humo de pipa. Aparté un pesado arcón de la pared contigua a mi apartamento y usé mi tomahawk para arrancar el panel de madera. ¿He mencionado que la pequeña hacha también podía actuar como cuña y palanca? Me temo que astillé unas cuantas planchas, pero no soy carpintero. Estaba haciendo más ruido de lo prometido, aunque si era rápido no pasaría nada. Vi mi cuerno de pólvora y el cañón de mi rifle.

Entonces oí el chasquido de la cerradura en mi propia puerta y unos pasos en mi apartamento. ¡Alguien había oído el ruido! Me apresuré a colgarme del hombro el cuerno de la pólvora, agarré el rifle y empecé a sacarlo lentamente de la pared, sin dejar de hacer equilibrios debido a lo incómodo del ángulo.

Ya casi lo tenía fuera cuando alguien agarró el cañón desde el otro lado.

Atisbé por el agujero. Vi ante mí la cara de *madame* Durrell, su roja cabellera aparentemente electrificada, su boca espantosamente llena de carmín fruncida en una mueca de triunfo.

—¿Pensáis que no me conozco vuestros trucos? ¡Me debéis doscientos francos!

—Que me dispongo a ganar en un viaje —susurré roncamente—. Haced el favor de soltar el rifle, *madame*, para que pueda saldar mis deudas.

—¿Cómo, asesinando a otra persona? ¡Pagad, o grito para que venga la policía!

—No he asesinado a nadie, pero necesito un poco de tiempo para aclarar las cosas.

—¡Empezad por pagar el alquiler!

—Tened cuidado, no quiero haceros daño. El rifle está cargado. —Era un hábito fronterizo adquirido de los viajeros.

—¿Creéis que me asustan los tipos como vos? ¡Este rifle es una garantía colateral!

Tiré, pero *madame* Durrell tiró ferozmente a su vez.

—¡Está aquí, ha venido a robar sus cosas! —gritó. Su presa era como las mandíbulas de un terrier.

Así que, impulsado por la desesperación, invertí abruptamente el movimiento y salí disparado a través del agujero que había abierto en la pared, con lo que arranqué unas cuantas planchas al irrumpir en mi propio apartamento. Caí sobre mi casera junto con el rifle, astillas y polvo de la pared.

—Lo siento. Quería hacer esto sin armar escándalo.

—¡Socorro! ¡Que me violan!

Fui hacia la ventana a trompicones, arrastrando conmigo a mi casera agarrada a una de mis piernas.

—¡Acabaréis en la guillotina!

Miré fuera. Talma había desaparecido del patio embarrado. Un gendarme ocupaba su lugar y alzaba la mirada hacia mí con cara de sorpresa. ¡Maldición! La policía no había sido ni la mitad de eficiente cuando fui a quejarme de que un carterista me había robado.

Así que empecé a tambalearme en dirección opuesta, y el intento de *madame* Durrell de morderme el tobillo quedó un tanto frustrado por la falta de más de unos cuantos dientes. La puerta estaba cerrada y la llave, seguramente en el bolsillo de mi casera, y no tenía tiempo para andarme con finuras. Abrí el cuerno, llené de pólvora la cazoleta del rifle, apunté y disparé.

La detonación sonó como un rugido en la habitación, pero al menos mi casera me soltó la pierna cuando la cerradura quedó hecha añicos. Abrí la puerta de una patada y corrí al pasillo. Una figura encapuchada y provista de una vara con cabeza de serpiente me cortó el paso en las escaleras, los ojos deslumbrados por el flogonazo del disparo.

Hubo un chasquido, y una espada de hoja muy fina emergió de la cabeza de serpiente.

—Entregádmelo y os dejaré marchar —susurró la figura encapuchada.

Titubeé, mi rifle vacío. Mi oponente permanecía plantado ante mí en una postura de piquero.

Entonces algo salió volando de la oscuridad inferior y se estrelló contra la cabeza del farolero, que se tambaleó. Me abalancé sobre él y usé el cañón de mi rifle a modo de bayoneta para hincarlo en su esternón, con lo que lo dejé sin aliento. Cayó hacia atrás y rodó escaleras abajo. Corrí tras él, salté sobre su cuerpo desplomado y salí a la calle, donde choqué con Talma.

—¿Es que te has vuelto loco? —me preguntó mi amigo—. ¡Hay policías por todas partes, y enseguida los tendremos aquí!

—Pero lo tengo —dije con una sonrisa—. ¿Con qué diablos le has dado?

—Con una patata.

—Así que sirven para algo, después de todo.

—¡Detenedlos! —gritó *madame* Durrell desde una de las ventanas que daban a la calle—. ¡Ha intentado abusar de mí!

Talma miró hacia arriba.

—Espero que tu rifle se merezca todas estas molestias.

Un instante después corríamos calle abajo. Otro gendarme apareció al final del callejón, así que Talma me metió en la entrada de una taberna.

—Otra logia —susurró—. Presentí que podíamos necesitarla. —Entró en la taberna y sacó rápidamente al propietario de entre las sombras. Un rápido apretón de manos masónico y Talma señaló una puerta que conducía al sótano—. Asunto urgente de la orden, amigo mío.

—¿Él también es francmasón? —preguntó el tabernero, señalándome con el dedo.

—Lo intenta.

El tabernero nos siguió y cerró la puerta tras nosotros. Luego nos detuvimos bajo unos arcos de piedra para recuperar el aliento.

—¿Hay alguna salida? —preguntó Talma.

—Tras los toneles de vino hay una reja. La alcantarilla es lo bastante grande para que se pueda pasar por ella y lleva a las cloacas. Unos cuantos masones escaparon así durante el Terror.

Mi amigo hizo una mueca, pero no se acobardó.

—¿Por dónde se va al mercado del cuero?

—Por la derecha, creo. —Nos detuvo con la mano—. Esperad, vais a necesitar esto. —Encendió un farol.

—Gracias, amigo. —Nos metimos detrás de sus toneles, arrancamos la reja del suelo y bajamos a la cloaca principal. Su alta bóveda de piedra se perdía de vista en la oscuridad en ambas direcciones, y nuestra tenue luz sólo iluminó un correteo de ratas. El agua estaba fría y olía muy mal. La reja tintineó en lo alto cuando nuestro salvador volvió a ponerla en su sitio.

Examiné mi chaqueta verde llena de manchas, la única decente que tenía.

—Admiro tu valor, Talma.

—Mejor esto y Egipto que una cárcel parisina. ¿Sabes?, Ethan, cada vez que estoy contigo ocurre algo.

—Interesante, ¿no te parece?

—Si muero de tisis, el último recuerdo que me llevaré al otro mundo será tu casera asomada a esa ventana mientras gritaba.

—Pues entonces no muramos. —Miré hacia la derecha—. ¿Por qué preguntaste por el mercado del cuero? Pensaba que la diligencia hacía su salida cerca del palacio

de Luxemburgo.

—Exacto. Si la policía encuentra a nuestro benefactor, los mandará en la dirección equivocada. —Señaló con el dedo—. Iremos hacia la izquierda.

Así llegamos: medio mojados, hediondos, y yo sin equipaje salvo por el rifle y el tomahawk. Nos lavamos lo mejor que pudimos en una fuente, mi chaqueta verde de viaje irremediabilmente sucia.

—Los socavones están cada vez peor —le explicó Talma al cochero sin mucha convicción. Nuestra ya lamentable apariencia se veía agravada por el hecho de que Talma había comprado los pasajes más baratos, en un intento de hacer economías que nos obligaba a viajar sentados en el banco trasero del carruaje, a la intemperie y cubiertos de polvo.

—Eso nos ahorra tener que responder a incómodas preguntas —razonó Talma. Como me habían robado casi todo el dinero, yo difícilmente podía quejarme.

Teníamos que aferrarnos a la esperanza de que la diligencia rápida nos acercara lo suficiente a Tolón antes de que la policía empezara a interrogar en los apeaderos, dado que nuestra extraña partida probablemente sería recordada. Cuando llegáramos a la flota de invasión de Bonaparte, estaríamos a salvo: yo llevaba conmigo una carta de presentación de Berthollet. Ocultaba mi identidad con el nombre de Gregoire y explicaba mi acento diciendo que había nacido en el Canadá francés.

Como Talma había hecho que le trajeran la maleta antes de acompañarme en mi aventura, le cogí prestada una camisa limpia antes de que la subieran al techo del carruaje. Mi rifle tuvo que ir a parar al mismo sitio, y me quedé con sólo el tomahawk encima para no sentirme indefenso.

—Gracias por la ropa extra —dije.

—Tengo mucho más que eso —alardeó mi compañero—. Traigo algodón especial para el calor del desierto, tratados sobre nuestro destino, varios cuadernos de anotaciones en cuero y un cilindro de plumas de ganso recién cortadas. Luego complementaremos mis medicinas con las momias de Egipto.

—Supongo que no creerás en esos curanderismos. —El polvo obtenido a partir de muertos triturados había llegado a ser un remedio muy popular en Europa, pero vender lo que parecía un frasquito lleno de polvo alentaba toda clase de fraudes.

—La escasa fiabilidad de que goza la medicina en Francia es la razón por la que quiero tener mi propia momia. Ya tendremos tiempo de vender lo que sobre una vez recuperada la salud.

—Un vaso de vino sienta mejor y no te complica tanto la vida.

—Al contrario, amigo mío, el alcohol puede llevar a la ruina. —La aversión que le tenía al vino era tan extraña para un francés como su afición a las patatas.

—Así que prefieres comerte a los muertos.

—Muertos a los que se preparó para la vida eterna. ¡Los elixires de los ancianos están en sus restos!

—¿Por qué están muertos, entonces?

—¿Lo están? ¿O alcanzaron alguna clase de inmortalidad?

Y con esa falta de lógica partimos. Nos acompañaban en la diligencia un sombrerero, un vinicultor, un cordelero de Tolón y un vista de aduanas que parecía resuelto a dormir mientras atravesábamos Francia. Yo me había hecho la esperanza de que contar con la compañía de una o dos damas, pero ninguna subió a la diligencia. Nuestro viaje sobre los caminos pavimentados franceses fue rápido, pero, como todos los viajes, también bastante tedioso. Dormimos buena parte de lo que quedaba de noche, y el día fue una rutina de breves paradas para cambiar de caballos, comprar comestibles de lo más mediocre y usar los retretes rurales. Yo no paraba de mirar atrás, sin ver ninguna persecución. Cuando me adormilé tuve sueños en los que *madame Durrell* me exigía que le pagase el alquiler.

No tardamos en aburrirnos, y Talma nos hizo pasar el rato con sus inagotables teorías de conspiraciones y misticismo.

—Tú y yo podríamos estar en una misión de importancia histórica, Ethan —me dijo, mientras nuestra diligencia traqueteaba por el valle del Ródano.

—Pensaba que sólo huíamos de mis problemas.

—Al contrario, tenemos algo vital que aportar a esta expedición. Entendemos los límites de la ciencia. Berthelot es un hombre que se rige por la razón, por el frío hecho químico. Pero nosotros, los francmasones, le tenemos mucho respeto a la ciencia y, sin embargo, sabemos que las más profundas respuestas a los mayores misterios están en los templos de Oriente. Como artista, percibo que mi destino es encontrar aquello a lo que está ciega la ciencia.

Lo miré con escepticismo, pues ya se había tragado tres panaceas contra la roña de las alcantarillas y quejado de retortijones; y pensaba que el hecho de que se le hubiera dormido la pierna anunciaba la inminencia de una parálisis irreversible. Su chaqueta de viaje era púrpura, militar como una zapatilla. ¿Y aquel hombre se disponía a embarcarse con rumbo a un bastión musulmán?

—Antoine, en Oriente existen enfermedades para las que ni siquiera tenemos nombre. Me asombra que vayas a ir allí.

—Nuestro destino tiene jardines, palacios, minaretes y harenes. Es el paraíso en la tierra, amigo mío, un almacén de la sabiduría de los faraones.

—Polvo de momia.

—No te burles. He sabido de curas milagrosas.

—Francamente, nunca he entendido por qué los masones no dejan de hablar de los misterios orientales —dije yo, al tiempo que cambiaba de postura en el asiento para estirar un poco las piernas—. ¿Qué se puede aprender de un montón de ruinas?

—Eso es porque nunca prestas atención en nuestras reuniones —me sermoneó Talma—. Los francmasones fueron los primeros eruditos que ha habido en la historia, los maestros de obras que edificaron las pirámides y las grandes catedrales. Lo que nos une es nuestra reverencia por el conocimiento, y lo que nos distingue es que queremos redescubrir las verdades del lejano pasado. Los antiguos magos conocían

poderes que hoy no podemos imaginar. Hiram Abiff, el gran artífice que construyó el templo de Salomón, fue asesinado por unos rivales envidiosos, y el Maestro Constructor lo hizo resucitar de entre los muertos.

Los masones tenían que representar ciertas partes de esa historia fantástica durante la iniciación, un ritual que me había hecho sentir bastante ridículo. Una versión de la historia sugería la resurrección, en tanto que otra apuntaba a una mera recuperación del cuerpo después de un vil asesinato; pero siempre me había parecido que ninguna de las dos tenía sentido.

—Talma, supongo que no te creerás todo eso.

—Tú sólo eres un iniciado. A medida que ascendamos grados, aprenderemos cosas extraordinarias. Hay mil secretos enterrados en los antiguos monumentos, y los pocos que tuvieron el valor de sacarlos a la luz llegaron a ser los mayores maestros que ha tenido la humanidad. Jesucristo. Mahoma. Buda. Platón. Pitágoras. Todos aprendieron el misterioso conocimiento egipcio de una gran era perdida en el pasado, de civilizaciones capaces de erigir monumentos que nosotros ya no sabemos cómo edificar. Grupos selectos de hombres —nosotros los francmasones, los caballeros templarios, los Iluminados, los seguidores de la Rosacruz, los Luciferinos— han intentado redescubrir ese conocimiento.

—Cierto, pero todas esas sociedades secretas suelen estar enfrentadas entre sí, como le ocurre a la francmasonería ortodoxa con el Rito Egipcio. Los Luciferinos, según tengo entendido, ponen a Satanás en pie de igualdad con Dios.

—Satanás no, Lucifer. Simplemente creen en la dualidad del bien y el mal, y en que los dioses muestran una naturaleza dual. En cualquier caso, no pienses que todos esos grupos me parezcan equiparables. Lo único que digo es que son conscientes de que el conocimiento perdido del pasado es tan importante como el descubrimiento científico en el futuro. El propio Pitágoras pasó dieciocho años estudiando con los sacerdotes de Menfis. ¿Y dónde estuvo Jesucristo durante un período de tiempo similar de su vida, sobre el que los evangelios guardan silencio? Hay quienes aseguran que también estudió en Egipto. En algún lugar de esas tierras está el poder para rehacer el mundo, restaurar la armonía y recapturar una edad de oro, que es la razón por la que el lema de los masones reza «Orden a partir del caos». Hombres como Berthollet irán a Egipto a examinar rocas y ríos porque se ven hipnotizados por el mundo natural. Pero tú y yo, Gage, percibimos el mundo sobrenatural subyacente. ¡La electricidad, por ejemplo! ¡No la vemos y, sin embargo, está ahí! Sabemos que el mundo de nuestros sentidos sólo es un velo. Los egipcios también lo sabían. ¡Si pudiéramos leer sus jeroglíficos, llegaríamos a ser los dueños del mundo!

Como todos los escritores, mi amigo tenía una intensa imaginación y ni pizca de sentido común.

—La electricidad es un fenómeno natural, Antoine. Es el relámpago en el cielo y sentir una sacudida en una atracción científica de salón. Hablas como ese charlatán de Cagliostro.

—Cagliostro era un hombre peligroso que quería usar los ritos para oscuros propósitos, pero nunca fue un charlatán.

—Cuando practicó la alquimia en Polonia lo pillaron haciendo trampas.

—¡Fue calumniado por quienes le tenían envidia! Muchos testigos dicen que Cagliostro curaba a enfermos que los doctores corrientes desesperaban de poder sanar. Se relacionaba con la realeza. Y puede que hubiera vivido unos cuantos siglos, como Saint Germain, que en realidad era el príncipe Ragoczy de Transilvania y conoció personalmente a Cleopatra y Jesucristo. Cagliostro estudió con ese príncipe. Él...

—Fue ridiculizado y perseguido y murió en una celda después de haber sido traicionado por su propia esposa, que tenía la reputación de ser la mujer más puta de Europa. Tú mismo has dicho que el Rito Egipcio no es más que un montón de bobadas ocultistas. ¿Qué prueba tenemos de que alguno de esos que dicen ser hechiceros haya vivido varios siglos? No dudo que haya cosas interesantes para aprender en tierras musulmanas, pero se me ha reclutado en calidad de científico, no de sacerdote. ¿Qué ha hecho tu Revolución, sino mofarse de la religión y el misticismo?

—¡Precisamente por eso hoy en día hay tanto interés por lo místico! La razón ha empezado a crear un vacío de prodigios. La persecución de que se hace objeto a lo religioso ha creado una sed de espiritualidad.

—No pensarás que el verdadero motivo de Bonaparte es...

—¡Calla! —Talma me señaló con la cabeza la pared del carruaje—. No olvides tu juramento.

Ah, sí. Se suponía que el líder de nuestra expedición y el destino final de esta eran secretos, aunque bastaba con escuchar nuestra conversación para adivinar de quién se trataba y adonde iríamos.

Asentí obedientemente, pues sabía que dado el estrépito que hacían las ruedas y el puesto que ocupábamos en la trasera de la diligencia, en cualquier caso era muy poco lo que se podía oír.

—¿Estás diciendo que esos misterios son nuestro verdadero propósito? —dije en voz más baja.

—Estoy diciendo que nuestra expedición tiene múltiples propósitos.

Me retrepé en el asiento y contemplé con expresión lúgubre las tétricas colinas de tocones creadas por el insaciable apetito de madera que tenían las nuevas fábricas. Parecía como si los mismos bosques estuvieran siendo reclutados para las guerras y el comercio generados por la Revolución. Mientras los industriales se enriquecían, los campos quedaban desnudos y un sudario de nieblas malolientes cubría las ciudades. Si los antiguos eran capaces de hacer las cosas por arte de magia limpia, más poder para ellos.

—Además, el conocimiento que buscamos es ciencia —prosiguió Talma—. Platón lo introdujo en la filosofía; Pitágoras, en la geometría; Moisés y Salomón lo

introdujeron en la ley. Todos son distintos aspectos de la Verdad. Algunos dicen que fue el último gran faraón nativo, el mago Nectanebo, quien se acostó con Olimpia y engendró a Alejandro Magno.

—Ya te he dicho que no quiero emular a un hombre que murió a los treinta y dos años.

—Puede que en Tolón conozcas al nuevo Alejandro.

O quizá Bonaparte fuera simplemente el nuevo héroe del momento, a sólo una derrota de distancia de la oscuridad. Mientras tanto, yo intentaría arrancarle el perdón por un crimen que no había cometido mostrándome todo lo obsequioso que pudiera sin que se me revolviere el estómago.

Salimos de la devastación, y el camino por el que circulábamos entró en lo que antaño había sido un gran parque aristocrático. El Directorio se lo había confiscado al noble o dignatario eclesiástico al que pertenecía. Ahora estaba abierto a toda clase de campesinos, furtivos y ocupantes ilegales, y pude entrever los toscos campamentos de los pobres entre los árboles, con delgadas cintas de humo que se elevaban de sus hogueras. Faltaba poco para el anochecer, y esperaba llegar pronto a una posada. Me dolía el trasero de tantas sacudidas.

De pronto salió un grito del pescante, y algo resonó estrepitosamente ante nosotros. Nos detuvimos con un brusco tirón de riendas. Había un árbol caído en el camino, y los caballos se encabritaban entre relinchos de confusión. El extremo del tronco parecía haber sido cortado a hachazos. Figuras oscuras habían empezado a emerger del bosque, con los brazos extendidos hacia el cochero y el ayudante que iban sentados en el pescante.

—¡Ladrones! —grité, mientras buscaba a tientas el tomahawk que todavía llevaba bajo la chaqueta. Mi habilidad a la hora de manejarlo estaba un poco oxidada, pero aún me sentía capaz de alcanzar un blanco a cinco metros de distancia—. ¡Deprisa, a las armas! ¡Quizá podamos mantenerlos a raya!

Pero cuando salté de la diligencia enseguida me vi acompañado por el vista de aduanas, quien había despertado de golpe, bajado de un ágil salto y, a modo de saludo, ahora empuñaba una enorme pistola que apuntaba a mi pecho. La boca de su cañón era grande como un grito.

—*Bonjour, monsieur Gage* —se dirigió a mí—. Tirad al suelo vuestra pequeña hacha de salvaje, si tenéis la bondad. He de volver a París o con vos o con vuestra baratija.



os ladrones, o agentes —demasiado a menudo unos y otros eran lo mismo en la Francia revolucionaria—, nos hicieron poner en fila como alumnos en el patio de una escuela y empezaron a despojarnos de todos nuestros objetos de valor. Contando al supuesto vista de aduanas, eran un total de seis, y cuando los estudié a la tenue luz di un respingo. Dos de ellos se parecían mucho a los gendarmes que habían intentado arrestarme en París. ¿También estaba allí el farolero? Yo no lo vi. Algunos de ellos empuñaban pistolas con las que apuntaban a los cocheros, mientras los demás se concentraban en nosotros, los pasajeros, a los que aligeraban de sus bolsas y sus relojes de bolsillo.

—¿Qué es esto, un nuevo sistema para cobrar tributos que se le ha ocurrido a la policía? —pregunté cáusticamente.

—¡Silencio! —El que mandaba me apuntó a la nariz con su arma, como si yo hubiera olvidado que la llevaba—. Ni se os ocurra pensar que no actúo en nombre de personas provistas de autoridad, *monsieur* Gage. Si no me entregáis lo que quiero, conoceréis a muchos más policías de lo que os conviene en los calabozos de una prisión estatal.

—¿Qué es lo que he de entregar?

—Creo que se llama Gregoire —añadió el sombrerero servicialmente.

Mi interrogador amartilló su pistola.

—¡Ya sabéis a qué me refiero! ¡Tiene que llegar a manos de estudiosos que sepan usarlo como es debido! ¡Abríos la camisa!

Me apresuré a obedecer y sentí el frío del aire en mi pecho.

—¿Lo veis? No tengo nada.

—¿Entonces dónde está? —preguntó él, al tiempo que fruncía el ceño.

—En París.

El cañón de la pistola se giró hacia la sien de Talma.

—Entregádmelo o le vuelo los sesos a vuestro amigo.

Antoine se puso blanco. Yo estaba seguro de que nunca antes le habían apuntado con un arma de fuego, y empezaba a sentirme realmente furioso.

—Tened cuidado con esa cosa.

—¡Contaré hasta tres!

—Antoine tiene la cabeza dura como una piedra. La bala rebotará en ella.

—Ethan —imploró mi amigo.

—¡Uno!

—Vendí el medallón para financiar este viaje —intenté.

—¡Dos!

—Lo usé para pagar el alquiler. —Talma se bamboleaba.

—¡Tr...!

—¡Esperad! Para vuestra información, está dentro de mi maleta, en el techo de la diligencia.

Nuestro atormentador volvió a dirigir el cañón de la pistola hacia mí.

—Francamente, me encantaría librarme de esa baratija. Sólo me ha traído problemas.

El villano alzó la mirada hacia el cochero.

—¡Tírame su maleta! —gritó.

—¿Cuál?

—La marrón —dije yo, mientras Talma me miraba boquiabierto.

—¡De noche todas las maletas son marrones!

—Por todos los justos y pecadores...

—Yo mismo subiré a cogerla.

El cañón de la pistola se me clavó en la espalda.

—¡Deprisa! —Mi enemigo miró camino abajo. No tardaría en llegar más tráfico, y tuve una agradable imagen mental de una carreta cargada de heno aplastándolo lento y deliberadamente bajo sus ruedas.

—¿Podrías hacer el favor de bajar el percutor? Vosotros sois seis y yo estoy solo.

—¡Cierra el pico o te pego un tiro, rasgo todas las maletas con un cuchillo y lo encuentro yo mismo!

Subí a la baca de los equipajes, en el techo de la diligencia. El ladrón me vigilaba desde abajo.

—Ah. Aquí está.

—¡Pásamela, perro yanqui!

Rebusqué entre los equipajes y cerré una mano alrededor de mi rifle, que estaba camuflado bajo las maletas más blandas. Sentí la tapita de latón de la polvorera en la que había introducido un cartucho y una bala, y la curva del cuerno de pólvora que contenía. Lamenté no haber vuelto a cargar el rifle después de haber disparado contra la puerta de mi apartamento, y me dije que ningún viajero de la frontera habría cometido ese error. Agarré la maleta de mi amigo con la otra mano.

—¡Cogedla!

La lancé, y supe apuntar bien. La maleta dio en la pistola con todo su peso, se oyó una detonación cuando bajó el percutor amartillado, y la bala redujo a partículas la colada de Talma. Maldito bandolero. Los caballos de la diligencia se encabritaron, y todos se pusieron a gritar mientras yo bajaba del techo por el lado opuesto al de los ladrones, rifle en mano al caer de pie sobre el margen del camino. Hubo otro disparo y un astillarse de madera sobre mi cabeza.

En vez de huir hacia el oscuro bosque, rodé por el suelo esquivando las ruedas que no paraban de rechinar mientras el carruaje se balanceaba estrepitosamente. Acostado boca abajo en su sombra, empecé a cargar febrilmente mi rifle, un truco que había aprendido de los canadienses. Mascar, escupir y embutir.

—¡Qué se escapa! —Tres de los bandidos rodearon corriendo la trasera de la diligencia y desaparecieron entre los árboles del lado por el que yo había saltado, seguros de que huía en esa dirección. Los pasajeros también parecían dispuestos a echarse a correr, pero uno de los ladrones les ordenó que no se movieran del sitio. El falso vista de aduanas intentaba recargar su pistola entre juramentos. Acabé de embutir la pólvora en mi rifle, saqué el cañón de debajo de la diligencia y le disparé.

El fognazo fue un resplandor cegador en la oscuridad. Cuando el bastardo se dobló sobre sí mismo, tuve un sorprendente atisbo de lo que había estado colgado dentro de su propia camisa y ahora acababa de quedar libre. Era un emblema masónico, sin duda expropiado por el Rito Egipcio de Silano, de compás y escuadra cruzados. La letra que había en el centro me resultaba muy familiar. ¡Por eso quería hacerse con el medallón!

Rodé por el suelo, me puse en pie y blandí mi arma por el cañón para golpear con todas mis fuerzas e incrustar la culata del rifle en otro ladrón. Hubo un satisfactorio crujido cuando cinco kilos de hierro y madera de arce se estrellaron contra el hueso. Saqué mi tomahawk. ¿Dónde estaba el tercer bergante? Entonces otra pistola se disparó y alguien aulló. Corrí hacia los árboles en dirección contraria a la que habían seguido los otros tres forajidos. El resto del pasaje, Talma incluido, también se apresuró a dispersarse.

—¡La maleta! ¡Coged su maleta! —gritaba entre gemidos de dolor el hombre al que le había disparado.

Sonreí. El medallón estaba a buen recaudo en la suela de mi bota.

Los bosques se habían quedado a oscuras y se hacían todavía más oscuros a medida que la noche iba cayendo. Troté lo mejor que pude, solo, con el rifle extendido ante mí como un bastón improvisado para evitar chocar con los árboles. ¿Y ahora qué? ¿Estaban conchabados los ladrones con algún brazo del poder gubernamental francés, o eran unos completos impostores? El que los mandaba llevaba el uniforme correcto y sabía de mi tesoro y mi posición, lo que sugería que alguien con conexiones oficiales —un aliado de Silano o un miembro del Rito Egipcio— me seguía el rastro.

Lo que me preocupaba no era sólo que el ladrón no hubiera vacilado a la hora de amartillarme una pistola delante de la cara. Dentro de su símbolo masónico, se me había recordado, estaba la letra habitual que se decía representaba a Dios, o la gnosis, el conocimiento, o quizá la geometría.

La letra G.

La inicial de mi apellido, la misma letra que la pobre Minette había escrito con su propia sangre.

¿Fue semejante emblema lo último que vio en este mundo?

Cuanto más impacientes estaban otros por hacerse con mi baratija, más resuelto

me sentía yo a conservarla. Tenía que haber alguna razón para tanta popularidad.

Me detuve entre los árboles para recargar, introduje la bala y luego agucé los oídos. Una rama se partió con un crujido. ¿Me seguía alguien? Si se acercaban, los mataría. Pero ¿y si era el pobre Talma, que intentaba dar conmigo en la oscuridad? Esperaba que se hubiera conformado con quedarse junto a la diligencia, pero no me atrevía a disparar o a gritar, ni tampoco a demorarme allí; así que me adentré un poco más en el bosque.

El aire primaveral era fresco, y la energía nerviosa de la evasión no tardó en evaporarse para dejarme aterido y hambriento. Había empezado a debatir conmigo mismo sobre si volvía al camino con la esperanza de encontrar una granja cuando vi el resplandor inmóvil de un farol, luego de otro y otro más, entre los árboles. Me agazapé y oí un murmullo de voces que hablaban en una lengua distinta del francés. ¡Se me ofrecía una forma de esconderme! Me había topado con un campamento de romaníes. Gitanos, o, como muchos pronunciaban la palabra, gipcianos, porque tenían fama de haber salido de Egipto. Los gitanos no hacían nada para desalentar esa creencia y aseguraban descender de los sacerdotes de los faraones, pese a que otros los consideraban una plaga de bribones nómadas. La antigua autoridad que se atribuían animaba a los enamorados y a los conspiradores a pagar dinero por sus augurios.

Una vez más, un sonido detrás de mí. Ahora mi experiencia en los bosques de América entró en acción. Me perdí entre el follaje y usé la sombra proyectada por uno de los faroles para envolverme con ella. Mi perseguidor, si eso es lo que era, llegó hasta mi posición sin reparar en mi presencia. Se detuvo en cuanto divisó las luces de los carromatos, reflexionó unos instantes como había hecho yo y luego avanzó, sin duda suponiendo que yo había buscado refugio allí. Cuando la claridad cayó sobre su rostro, no lo reconocí como un asaltante o un pasajero y me sentí más confuso que nunca.

Daba igual, ya que sus intenciones no podían estar más claras. Él, también, tenía una pistola.

Mientras el desconocido se acercaba sigilosamente al carromato más próximo, me coloqué detrás de él sin hacer ningún ruido. Se había puesto a contemplar la maravilla multicolor que era el *vardo* gitano más próximo, cuando el cañón de mi rifle se deslizó sobre su hombro para quedar apoyado en su cráneo.

—Me parece que no nos han presentado —dije en voz baja.

Se hizo un largo silencio. Luego dijo en inglés:

—Soy el hombre que acaba de contribuir a que no perdierais la vida.

Me sobresalté, sin saber si debía responder en mi lengua natal.

—*Qui êtes vous?* —inquirí finalmente en francés.

—*Sir* Sidney Smith, un agente británico que habla el francés con suficiente fluidez para darse cuenta de que vuestro acento es peor que el mío —respondió él, sin cambiar de lengua—. Apartad ese cañón de mi oreja y os lo explicaré todo, amigo

mío.

Yo estaba atónito. ¿Sidney Smith? ¿Acababa de tropezarme con el fugitivo de prisión más famoso de Francia, o con un impostor que había perdido el juicio?

—Primero dejad caer vuestra pistola —dije en inglés. Entonces sentí que algo afilado y puntiagudo me pinchaba la espalda.

—Como también vos debéis dejar caer vuestro rifle, *monsieur*, ahora que estáis en mi casa. —En francés nuevamente, pero esta vez con un claro acento oriental: un gitano. Media docena más emergieron de los árboles que nos rodeaban, las cabezas cubiertas con pañuelos o sombreros de ala ancha, fajas en las cinturas y botas de caña alta en los pies, el aspecto curtido y un tanto canallesco. Todos iban armados con cuchillos, espadas o garrotes. Los acechantes nos habíamos convertido en acechados.

—Tened cuidado —dije—. Puede que otros hombres me sigan. —Dejé mi rifle en el suelo, al tiempo que Smith entregaba su pistola.

Un hombre muy apuesto de tez morena se me plantó delante, espada en mano, y sonrió hoscamente.

—Ya no. —Se pasó un dedo por el cuello mientras recogía el rifle y la pistola—. Bienvenido al hogar de los romaníes.

Entrar en el círculo de claridad de las hogueras del campamento gitano era entrar en otro mundo. Sus carromatos con el techo en forma de barril y los colores de caja de acuarelas creaban un pueblecito élfico entre los árboles. Olía a humo, incienso y una comida lo bastante condimentada para ser exótica, en la que abundaban el ajo y las hierbas. Mujeres con vestidos de vivos colores, lustrosas melenas negras y aros dorados en las orejas levantaron la vista de pucheros humeantes para evaluarnos con ojos profundos e insondables como lagunas antiguas. Los niños permanecían acurrucados como diablillos vigilantes junto a las ruedas pintadas. Peludos ponis gitanos piafaban y bufaban desde las sombras. La luz de las lámparas lo inundaba todo de ámbar. En París todo era razón y revolución. Aquí había algo más antiguo, más primitivo y libre.

—Soy Stefan —dijo el hombre que nos había desarmado. Tenía los ojos oscuros y vivaces, un gran bigote, y una nariz rota en alguna antigua pelea que estaba tan arrugada como una cordillera montañosa—. No nos gustan las armas de fuego: cuesta comprarlas y mantenerlas; son ruidosas de usar, complicadas de recargar y fáciles de robar. Así que explicaos, vosotros que las habéis traído a nuestra casa.

—Yo iba camino de Tolón cuando le cortaron el paso a nuestra diligencia —dije—. Huyó de unos bandidos. Me detuve al ver vuestros carromatos y entonces lo oí a él —señalé a Smith—, que venía detrás de mí.

—Y yo —dijo Smith— intentaba hablar con este caballero después de haberle ayudado a seguir con vida. Disparé a un ladrón que le apuntaba. Entonces nuestro amigo huyó como un conejo.

Así que ese había sido el otro disparo que oí.

—Pero ¿cómo? —objeté—. Quiero decir: ¿de dónde habéis salido? No os conozco. ¿Y cómo podéis ser Smith? Todos piensan que huisteis a Inglaterra. —En febrero, el extravagante capitán de la marina británica, azote de la costa francesa, había escapado con ayuda femenina de la Prisión del Temple en París, construida a partir de un antiguo castillo de los caballeros templarios. No se lo había vuelto a ver desde entonces. Smith había sido capturado mientras intentaba robar una fragata francesa anclada en la desembocadura del Sena, y era un incursor tan notorio y temido que las autoridades se negaron a aceptar un rescate o intercambiarlo por otro prisionero. Grabados con su apuesta efigie se vendían no sólo en Londres, sino también en París. Ahora, afirmaba estar aquí.

—Os seguía con la esperanza de preveniros. El que me topara con vuestra diligencia poco después del momento de la emboscada no se debió a ninguna coincidencia; llevaba todo el día siguiéndola a un kilómetro y medio de distancia, con el plan de contactar esta noche con vos en la posada donde os alojarais. En cuanto vi a los bandoleros, me temí lo peor y me acerqué sigilosamente. Vuestra manera de escapar de ellos fue realmente brillante, pero os superaban en número. Cuando uno de los villanos os apuntó, le disparé.

Yo aún desconfiaba.

—¿Prevenirme de qué?

Miró a Stefan.

—Gentes de Egipto, ¿se puede confiar en vosotros?

El gitano se irguió, con los pies plantados en el suelo como si fuera a boxear.

—Mientras seas huésped de los romaníes, tus secretos no saldrán de aquí. Inglés, protegiste a este fugitivo como nosotros te protegimos a ti. También vimos lo que acaeció, y siempre hacemos distinción entre los criminales y sus víctimas. El ladrón que intentó seguiros no volverá con sus compañeros.

Smith sonrió de oreja a oreja.

—¡Bien, en ese caso todos somos compañeros de armas! Sí, escapé de la Prisión del Temple, y sí, tengo plena intención de volver pronto a Inglaterra. Ahora sólo espero que se hayan falsificado los documentos para hacerme a la mar por un puerto de Normandía sin ser descubierto. Nuevas batallas me aguardan. Pero mientras estaba preso en ese horrible edificio dediqué una parte de mi tiempo a hablar con el gobernador de la prisión, que era un estudioso de los templarios, y me fueron contadas toda clase de historias sobre Salomón y sus masones, Egipto y sus sacerdotes, y amuletos y poderes perdidos en la noche de los tiempos. Disparates paganos, pero de lo más interesantes. ¿Y si los antiguos conocían poderes ahora perdidos? Entonces, mientras me escondía tras la fuga, los monárquicos me trajeron rumores de que fuerzas francesas se están concentrando para una expedición al Oriente, y de que un americano había sido invitado a unirse a ellas. Ya había oído hablar de vos, señor Gage, y de vuestro conocimiento de la electricidad. ¿Quién no

hubiese oído hablar de un colaborador del gran Franklin? Varios agentes informaron no sólo de vuestra partida hacia el sur, sino también de que facciones rivales en el gobierno francés tenían especial interés en vos y cierto artefacto que llevabais: algo relacionado con las mismas leyendas que yo había oído de labios de mi carcelero. Facciones dentro del gobierno esperaban poder capturarlo. Parece que podríamos tener enemigos comunes, y se me ocurrió la idea de reclutaros para que me ayudarais antes de que ambos hubiéramos salido de Francia. Decidí seguiros discretamente. ¿Por qué razón iba a ser invitado un americano a una expedición militar francesa? ¿Y por qué iba a decidir él aceptar esa oferta? Se contaban historias sobre el conde Alessandro Silano, un apostante en una casa de juegos...

—Me parece que sabéis demasiado acerca de mí, señor, y os mostráis excesivamente dispuesto a repetir en voz alta lo que sabéis. ¿Con qué propósito?

—Averiguar los vuestros, y reclutaros para la causa inglesa.

—Estáis loco.

—Escuchadme antes de decidir. Stefan, mi nuevo amigo, ¿podríamos compartir un poco de vino?

El gitano accedió e impartió una seca orden a una hermosa muchacha llamada Sarylla de ondulante melena oscura, ojos líquidos, figura digna de la estatuaria de un museo y maneras seductoras. Supongo que era de esperar, ya que soy bastante apuesto. La muchacha trajo un odre de vino.

¡Dios, estaba sediento!

Niños y perros se acurrucaron entre las sombras junto a las ruedas del carromato mientras bebíamos, sin dejar de mirarnos fijamente, como si en cualquier instante fueran a salirnos cuernos o plumas. Una vez saciada su propia sed, Smith se inclinó hacia delante.

—Bueno, hay una joya o un instrumento que se encuentra en vuestro poder, ¿no?

Por todos los cielos, ¿también estaba Smith interesado en mi medallón? ¿Qué había encontrado en Italia el pobre capitán francés estrangulado? ¿Iba yo, también, a acabar estrangulado y arrastrado por el cauce de algún río porque había ganado aquella baratija en una partida de cartas? ¿Estaría realmente maldito aquel medallón?

—Os han informado mal.

—Y hay otros que quieren hacerse con él, ¿no es así?

Suspiré.

—Vos también andáis detrás del medallón, supongo.

—Al contrario, lo que quiero es asegurarme de que os libráis de él. Enterradlo. Ponedlo a buen recaudo en algún sitio. Tiradlo bien lejos, fundidlo, escondedlo o coméoslo; pero mantened ese dichoso objeto bien lejos de los ojos del mundo hasta que haya terminado esta guerra. Ignoro si mi carcelero del Temple sabía algo más que cuentos de hadas, pero todo lo que pueda inclinar la balanza de esta contienda en contra de la Gran Bretaña supone una amenaza para el orden civilizado. Si creéis que el objeto tiene algún valor monetario, haré que el almirantazgo se encargue de

compensaros.

—Señor Smith...

—*Sir* Sidney.

Su título de *sir* derivaba de un servicio mercenario que le había prestado al rey de Suecia, no a Inglaterra; pero tenía la reputación de ser bastante vanidoso y muy dado a hablar bien de sí mismo.

—*Sir* Sidney, lo único que compartimos es la lengua. Soy americano, no británico, y Francia se puso del lado de mi nación y en contra de la vuestra cuando llevamos a cabo nuestra revolución. Mi país mantiene una postura de neutralidad en el presente conflicto, y además no sé de qué me estáis hablando.

—Gage, escuchadme. —Se inclinó hacia delante como un halcón, viva imagen de la nerviosa concentración. Tenía la constitución de un hombre nacido para guerrear, erguido, de hombros muy anchos y un pecho robusto que se estrechaba en una firme cintura; y ahora que reparaba en su físico, me dije que las muestras de solicitud de Sarylla quizá fuesen dirigidas a él—. Vuestra revolución colonial tenía como meta la independencia política. La que ha habido en Francia afecta al orden mismo de la existencia. ¡Dios mío, un rey guillotinado! ¡Miles de personas enviadas a la ejecución! ¡Guerras desencadenadas sobre cada frontera francesa! ¡El ateísmo elevado a los altares! ¡Terrenos eclesiásticos expropiados, deudas ignoradas, propiedades confiscadas, la chusma en armas, anarquía y tiranía! Vos tenéis tanto en común con Francia como Washington con Robespierre. Vos y yo compartimos no sólo una lengua, sino una cultura y un sistema político de derecho y justicia. La locura que se ha adueñado de Francia va a sacar de quicio a toda Europa. Todos los hombres buenos son aliados, a menos que crean en la anarquía y la dictadura.

—Tengo muchos amigos franceses.

—¡Como yo! Es a sus tiranos a quienes no soporto. No os estoy pidiendo que traicionéis a nadie. Tengo la esperanza de que iréis adondequiera que vaya a llevaros ese jovencito llamado Napoleón. Lo único que os pido es que mantengáis en secreto la existencia de ese talismán. Guardáoslo para vos y no se os ocurra dárselo a Boney, o a ese Silano, o a cualquier otra persona que os lo pida. Considerad que el futuro comercial de vuestra nación irá unido inevitablemente al Imperio británico, no a una revolución abocada a la catástrofe. ¡Conservad vuestras amistades francesas! Pero tenedme por amigo también a mí, y así quizás algún día nos ayudaremos el uno al otro.

—¿Queréis que espíe para Inglaterra?

—¡Rotundamente no! —Pareció sentirse muy ofendido, y miró a Stefan como si el gitano debiera corroborar sus protestas de inocencia—. Simplemente os ofrezco ayuda. Marchaos a donde debáis y prestad atención a todo lo que tengáis ocasión de ver. Pero si llegáis a hartaros de Napoleón y decidís buscar ayuda, poneos en contacto con la armada británica y contad lo que cualquier hombre podría haber observado. Os daré un anillo de sello inscrito con el símbolo de un unicornio, mi escudo de armas.

Notificaré su autenticidad al almirantazgo. Utilizadlo como salvoconducto...

Smith y Stefan me miraron con expresión expectante. ¿Creerían que era idiota? Podía sentir el bulto del objeto en la suela falsa de mi bota.

—En primer lugar, no sé de qué me habláis —volví a mentir—. En segundo lugar, no estoy aliado con nadie, ni con Francia ni con Inglaterra. No soy más que un hombre de ciencia, que ha sido reclutado para observar fenómenos naturales mientras cierto problema legal que me ha surgido es aclarado en París. En tercer lugar, si yo tuviera eso de lo que me habláis os aseguro que no admitiría poseerlo, habida cuenta del letal interés que parece suscitar en todo el mundo. Y en cuarto lugar, toda esta conversación es inútil, porque lo que quiera que pudiera haber tenido en mi poder, y que nunca he tenido, ya no lo tengo, pues los ladrones se hicieron con mi equipaje cuando huí. —Ya está, pensé. Eso debería hacerlos callar de una vez.

Smith sonrió.

—¡Bravo! —gritó, al tiempo que me daba una palmada en el brazo—. ¡Ya sabía yo que teníais talento! ¡Así se habla!

—Y ahora nos daremos un banquete —dijo Stefan, como si también aprobase la forma en que yo había interpretado mi papel—. Contadme algo más acerca de las clases que os dieron en la Prisión del Temple, *sir* Sidney. Nosotros, los romaníes, remontamos nuestros orígenes a los faraones, y a Abraham y Noé. Es mucho lo que hemos olvidado, pero también mucho lo que recordamos; y a veces aún somos capaces de adivinar el futuro y doblegar los caprichos del destino. Aquí Sarylla es una *drabardi*, una adivina, y tal vez pueda pronosticaros el futuro. Venga, venga, sentaos y hablemos de Babilonia y Tiro, Menfis y Jerusalén.

¿Estaban todos perdidos en el mundo antiguo menos yo?

—Ay, cuanto más tiempo permanezca aquí, más peligro corréis todos —dijo Smith—. Lo cierto es que un destacamento de dragones franceses me sigue la pista. Quería tener unas palabras con vos, Ethan Gage, pero ahora he de seguir mi camino antes de que los dragones se topen con la diligencia, oigan la historia de mi oportuno disparo y vengan a buscarme por estos bosques. —Sacudió la cabeza—. No acabo de entender a qué viene toda esta fascinación por lo oculto, francamente. Mi carcelero, Boniface, era un tirano jacobino de la peor calaña; pero no dejaba de aludir a extraños secretos místicos. Todos queremos creer en la magia, por mucho que a los adultos se nos haya dicho una y otra vez que no deberíamos hacerlo. Un hombre instruido pensaría que todo eso no son más que fantasías y, sin embargo, a veces nos dejamos cegar por el exceso de instrucción.

Sonaba como lo que había dicho Talma.

—Los romaníes han guardado los secretos de nuestros antepasados egipcios durante siglos —dijo Stefan—. Sin embargo, no somos más que unos niños en lo que respecta a las antiguas artes.

Bueno, su relación con Egipto me parecía dudosa —su mismo nombre sugería Rumanía como una patria más probable—, pero no cabía duda de que eran un grupo

de lo más extraño y abigarrado, con tantos chales, chaquetas, fajas, joyas y pañuelos; a todo lo cual había que añadir algún que otro *ankh* por aquí y figuritas de Anubis, el dios con cabeza de chacal por allá. Sus mujeres quizá no fueran Cleopatra, pero no cabía duda de que eran muy hermosas. ¿Qué secretos de las artes amatorias podían conocer? Dediqué unos momentos a reflexionar sobre ello. Después de todo, soy un científico.

—*Adieu*, mis nuevos amigos —dijo Smith, y le dio una bolsa a Stefan—. He aquí el pago por llevar sanos y salvos hasta Tolón a *monsieur* Gage y ese talismán que no tiene. Él pasará desapercibido en vuestros lentos carromatos. ¿De acuerdo?

El gitano contempló el dinero, lanzó al aire la bolsa al aire para luego cogerla al vuelo y rio.

—¡Por esta cantidad lo llevaría hasta Estambul! Pero por un hombre perseguido, también lo haría sin cobrar nada.

El inglés le hizo una reverencia.

—Ya creo que lo harías, pero acepta la generosidad de la corona inglesa.

Ir con los gitanos me mantendría separado de Talma hasta que llegáramos a Tolón; pero razoné que eso sería menos peligroso tanto para mi amigo como para mí. Talma se preocuparía, aunque a fin de cuentas él siempre se preocupaba.

—Gage, volveremos a encontrarnos —dijo Smith—. Llevad mi anillo en el dedo; los gabachos no lo reconocerán, lo mantuve oculto en prisión. Hasta que llegue ese momento, andaos con mucho ojo y no olvidéis la rapidez con que el idealismo puede mudar en tiranía y los libertadores, en dictadores. Pasado el tiempo, puede que os encuentre en el bando de vuestra madre patria. —Luego se esfumó entre los árboles tan silenciosamente como había llegado, una aparición que nadie creería que se había cruzado en mi camino.

¿Volver a encontrarnos? No, si de mí dependía. Ni en sueños hubiese podido imaginar cómo Smith volvería a entrar en mi vida, a mil quinientos kilómetros de donde estábamos ahora. Ver que el fugitivo por fin se había ido sólo me inspiró alivio.

—Y ahora, a disfrutar del banquete —dijo Stefan.

El término «banquete» era una exageración, pero el campamento nos sirvió un suculento estofado que consumimos con la ayuda de gruesas rebanadas de pan. Me sentía a salvo entre aquellos extraños nómadas, aunque también estaba un poco asombrado por su pronta hospitalidad. No parecían querer nada de mí aparte de mi compañía, y me pregunté si realmente podían saber algo acerca de lo que había en la suela de mi bota.

—Stefan, no admito que Smith estuviera en lo cierto acerca de ese colgante. Pero si existiera semejante baratija, ¿qué podría tener para que los hombres la codiciaran hasta tal punto?

El gitano sonrió.

—No sería el medallón en sí mismo, sino el hecho de que pudiera ser alguna clase

de llave.

—¿Llave de qué?

El gitano se encogió de hombros.

—Sólo conozco las viejas historias. Lo que se suele contar es que, allá en los albores de la civilización, los antiguos egipcios se hicieron con un poder que estimaron demasiado peligroso hasta que los hombres no adquiriesen suficiente calidad intelectual y moral para usarlo apropiadamente; no obstante, dejaron una llave con forma de colgante. Dicen que Alejandro Magno recibió ese colgante cuando peregrinó al oasis desértico de Siwah, donde fue declarado hijo de Amón y Zeus antes de que se adentrara en Persia. Posteriormente, Alejandro conquistó todo el mundo conocido. ¿Cómo pudo llegar a hacer tanto tan deprisa? Murió a temprana edad en Babilonia. ¿De enfermedad? ¿O fue asesinado? Se rumorea que el general de Alejandro, Tolomeo, se llevó la llave a Egipto, con la esperanza de que eso lo haría dueño de grandes poderes, pero no logró entender el significado del símbolo. Cleopatra, la descendiente de Tolomeo, también la llevó consigo cuando acompañó a César a Roma. ¡Entonces César también fue asesinado! La pauta se repite a lo largo de la historia: grandes hombres que se hacen con el símbolo y encuentran su perdición. Reyes, papas y sultanes empezaron a creer que estaba maldito, en tanto que los magos y los hechiceros creían que podía conceder grandes poderes. Pero ya nadie recordaba cómo había que usarlo. ¿Era una llave para el bien o para el mal? La Iglesia católica lo lleva a Jerusalén durante las cruzadas, una vez más sin que ello sirva de nada; los caballeros templarios pasan a ser sus custodios y lo esconden, primero en Rodas y luego en Malta; hay búsquedas de un santo grial, tan confusas que sólo oscurecen la verdad de lo buscado. El medallón permaneció olvidado durante siglos hasta que alguien reconoció su significado. Ahora quizás haya venido a París... y luego haya entrado en nuestro campamento. Naturalmente, tú esto lo has negado.

La idea de que ese medallón trajese la muerte a todo el que entraba en contacto con él no me gustaba nada.

—¿De verdad piensas que un hombre corriente como yo podría tropezarse con esa llave?

—He empeñado cien fragmentos de la Veracruz y docenas de dedos y dientes de los grandes santos. ¿Quién puede decir lo que es real y lo que es falso?

—Puede que Smith esté en lo cierto. Suponiendo que yo lo tuviera, debería tirarlo. O dártelo.

—¡A mí no! —Parecía alarmado—. No estoy en situación de usarlo o entenderlo. Si las historias son ciertas, el medallón sólo adquirirá sentido en Egipto, donde fue hecho. Además, trae mala suerte al hombre equivocado.

—Eso puedo probarlo —confesé sombríamente. Una paliza, asesinato, escapatorias, un asalto a mano armada...—. Pero un sabio como Franklin diría que todo eso sólo son bobadas supersticiosas.

—O quizás usaría vuestra nueva ciencia para investigarlo.

Yo estaba impresionado por la aparente falta de codicia de Stefan, particularmente dado que sus historias habían dado nuevas alas a mi propia avaricia. Demasiadas partes distintas querían hacerse con aquel medallón, o querían que fuese enterrado: Silano, los bandidos, la expedición francesa, los ingleses y ese misterioso Rito Egipcio. Lo cual sugería que el medallón era tan valioso que yo debería empeñarme en tenerlo conmigo hasta que pudiera o librarme de él con un buen beneficio o averiguar para qué diablos servía. Eso suponía ir a Egipto. Y, mientras tanto, cubrirme las espaldas.

Miré a Sarylla.

—¿Podría aquí vuestra joven decirme la buena ventura?

—Es una señora del tarot. —Stefan chascó los dedos, y Sarylla fue por su baraja de cartas místicas.

Aunque había visto los símbolos con anterioridad, las ilustraciones de la muerte y el diablo no dejaban de ponerme nervioso. Sarylla dispuso unas cuantas cartas ante el fuego, reflexionó en silencio y le dio la vuelta a unas cuantas más: espadas, enamorados, copas, el mago.

Parecía perpleja, y no hizo ningún pronóstico. Finalmente, alzó una carta.

Era el loco, o bufón.

—Es él.

Bueno, me lo tenía merecido, ¿verdad?

—¿Ese soy yo?

Sarylla asintió.

—Y aquel a quien buscas.

—¿Qué quieres decir?

—Las cartas dicen que sabrás a qué me refiero cuando llegues a tu destino. Eres el loco que ha de buscar al loco, y llegar a ser sabio para hallar la sabiduría. Eres un buscador que debe encontrar al primero que busca. Lo demás, es mejor no saberlo. — Y guardó silencio. Lo bueno que tiene la profecía es que te permite ser tan vago como un contrato escrito en letra pequeña, ¿verdad? Bebí un poco más de vino.

Ya era más de medianoche cuando oímos aproximarse unas pesadas monturas.

—¡Caballería francesa! —siseó un centinela gitano.

Oí el tintineo de sus arneses, las ramas que se partían bajo sus cascos. Se apagaron todas las lámparas excepto una, y todos, menos Stefan, marcharon hacia sus carromatos. Sarylla me cogió de la mano.

—Tenemos que quitarte esas ropas para que puedas pasar por un romaní —susurró.

—¿Tienes algún disfraz para mí?

—Tu piel, bueno, era una idea. Y mejor Sarylla que la Prisión del Temple. Me apretó la mano y entramos sigilosamente en un *vardo*, donde sus delgados dedos me ayudaron a librarme de mi ropa manchada. La suya también cayó al suelo, y la forma

de Sarylla resplandeció en la tenue claridad. ¡Menudo día! Acostado en uno de los carromatos junto al cálido y sedoso cuerpo de Sarylla, escuché cómo Stefan hablaba en murmullos con un teniente de la caballería francesa. Oí las palabras «Sidney Smith», amenazas murmuradas entre gruñidos y luego un ir y venir de botas mientras las puertas de los carromatos eran abiertas de un manotazo. Cuando le tocó el turno a la nuestra, alzamos la vista en fingida somnolencia y Sarylla dejó que nuestra manta le resbalara de los pechos. Podéis estar seguros de que los dragones franceses echaron una buena mirada, pero no a mí.

Luego, cuando se iban los jinetes, escuché lo que Sarylla sugería que hiciéramos a continuación. Con maldición o sin ella, mi viaje a Tolón empezaba decididamente a mejorar.

—Muéstrame lo que hacen en Egipto —le susurré a Sarylla.



n mes después, el 19 de mayo de 1798, me hallaba en el alcázar del buque insignia francés *Orient*, con 120 cañones, junto al uniforme de general del hombre más ambicioso de Europa. Acompañados por un pequeño grupo de oficiales y sabios, contemplábamos el majestuoso desfile de 180 navíos que se hacían a la mar. La expedición egipcia acababa de ponerse en marcha.

El azul del Mediterráneo estaba blanco de velas, los navíos se mecían impulsados por una fresca brisa, y las cubiertas aún relucían debido al temporal que esperábamos que mantuviera apartado de nosotros al escuadrón británico supuestamente próximo. Los navíos se adentraban uno por uno en alta mar, más allá de la entrada al puerto de Tolón, y la espuma daba un juego de dientes a cada ola. Bandas militares habían subido a los alcázares de los navíos más grandes, y los instrumentos de sus secciones de metales relucían y competían en ruido mientras se alejaban del puerto, tocando patrióticas melodías francesas. Los cañones de las fortalezas de la ciudad retumbaron en un saludo, y treinta y cuatro mil marineros y soldados embarcados prorrumpieron en vítores mientras sus navíos pasaban junto al buque insignia de Bonaparte. El general ya había emitido un boletín que prometía a cada uno de ellos suficiente botín para comprar tres hectáreas de tierra.

Esto era sólo el principio. Convoyes más pequeños procedentes de Genova, la Ajaccio de Córcega y Civitavecchia en Italia añadirían más divisiones francesas a la fuerza de invasión enviada a Egipto. Cuando nos agrupáramos en Malta habría cuatrocientos navíos y cincuenta y cinco mil hombres, además de mil caballos, cientos de carros y piezas de artillería de campaña, así como trescientas lavanderas acreditadas de las cuales se esperaba que proporcionasen otro tipo de servicios destinados a elevar la moral de las tropas, y centenares de esposas y concubinas traídas de tapadillo. A bordo había también cuatro mil botellas de vino para el consumo de los oficiales y ochocientas de añadas selectas procedentes de la bodega personal de José Bonaparte, traídas para contribuir al esparcimiento de su hermano. Nuestro comandante también había mandado subir a bordo un magnífico carruaje de paseo con arnés doble que le permitiría inspeccionar El Cairo con la debida elegancia.

—Somos un ejército francés, no un atajo de ingleses —le había dicho Bonaparte a su plana mayor—. Vivimos en campaña mejor que ellos en un castillo.

La observación sería recordada con amargura en los meses venideros.

Yo había llegado a Tolón después de un tortuoso viaje con los gitanos en sus lentos carromatos. Había sido un agradable interludio. Los «sacerdotes de Egipto» me enseñaron a hacer trucos sencillos con las cartas, me explicaron el tarot y me contaron más historias de cavernas del tesoro y templos de poder. Por supuesto,

ninguno había estado jamás en Egipto o sabía si sus historias contenían una sola brizna de verdad, pero contar historias era uno de sus mayores talentos y una de sus principales fuentes de ingresos. Los vi predecir futuros llenos de optimismo a lecheras, jardineros y alguaciles. Lo que no obtenían con la fantasía, lo robaban; y cuando no lo robaban, pasaban sin ello. Acompañar a la banda de gitanos hasta Tolón fue una forma mucho más placentera de completar mi evasión de París que recorrer los caminos en la diligencia; aunque sabía que el hecho de que nos hubiéramos separado inquietaría a Antoine Talma. Sin embargo, no tener que escuchar las teorías masónicas del periodista supuso un gran alivio para mí, y fue muy triste decir adiós a la calidez de Sarylla.

El puerto había sido un auténtico manicomio de preparativos y nerviosismo, abarrotado como estaba de soldados, marineros, contratistas militares, taberneros y madamas de los distintos burdeles. Uno enseguida podía localizar a los sabios por sus sombreros de copa, inquietos y aprensivos, mientras deambulaban de un lado a otro calzando botas tan nuevas que aún se las veía un poco rígidas. Los oficiales parecían pavos reales en sus resplandecientes uniformes, y los soldados rasos se mostraban entre emocionados y fatalistas ante una expedición cuyo destino no les había sido anunciado. Yo permanecía razonablemente anónimo entre semejante gentío, mi chaqueta verde y mis ropas más gastadas y sucias que nunca; pero, por si las moscas, me apresuré a subir al *Orient* para mantenerme fuera del alcance de bandidos, anticuarios, gendarmes, faroleros o cualquier otra persona que pudiera suponer una amenaza. Fue a bordo donde por fin me reuní con Talma.

—¡Ya temía que iba a tener que adentrarme solo en los peligros y aventuras de Oriente! —exclamó él—. ¡Berthollet también ha estado muy preocupado! *Mon Dieu*, ¿qué pasó?

—Siento no haber tenido forma de avisarte. Me pareció mejor viajar de incógnito. Sabía que estarías preocupado.

El periodista me abrazó.

—¿Dónde está el medallón? —Pude sentir su aliento en la oreja.

—A salvo, amigo mío —dije yo, que a esas alturas ya había aprendido a andarme con cautela—. Razonablemente a salvo.

—¿Qué es eso que llevas en el dedo? ¿Un anillo nuevo? —Miraba el obsequio de Sidney Smith.

—Un regalo que me hicieron los gitanos.

Talma y yo nos pusimos al día mutuamente acerca de nuestras respectivas aventuras. Me contó que los bandidos supervivientes se habían dispersado, presas de la confusión, tras mi huida de la diligencia. Entonces llegó la caballería, a la caza de algún otro fugitivo —«en la oscuridad todo fue bastante incomprensible»—, y los jinetes se adentraron en los bosques. Mientras tanto, el cochero y su ayudante usaron el tiro de caballos para apartar el árbol que les cortaba el paso y los viajeros finalmente llegaron a una posada. Talma decidió que esperaría la diligencia del día

siguiente por si acaso yo salía del bosque. Como no lo hice, siguió camino hacia Tolón, temiéndome muerto.

—¡Gitanos! —exclamó, mientras me miraba con asombro—. Tú siempre encuentras ocasión de hacer travesuras, Ethan Gage. ¡Y la forma en que le disparaste a aquel hombre como si tal cosa! ¡Fue prodigioso, exultante, aterrador!

—Él iba a dispararte a ti.

—Claro que ya has estado entre los pieles rojas.

—He conocido a mucha gente en el curso de mis viajes, Antoine, y he aprendido a mantener una palma abierta en gesto de saludo y la otra sobre un arma. —Hice una pausa—. ¿Murió?

—Sangraba mucho cuando se lo llevaron.

Bueno, otra cosa en la que pensar a altas horas de la madrugada.

—¿Son los gitanos unos sinvergüenzas, como asegura su reputación? —preguntó Talma.

—En absoluto, si vigilas tus bolsillos. Me salvaron la vida. Sus condimentos despiertan sentidos que sus mujeres se encargan de satisfacer. No hay hogar, no hay trabajo, no hay ataduras...

—¡Justo lo que a ti te gusta! ¡Me sorprende que hayas vuelto!

—Creen descender de los sacerdotes de Egipto. Han oído leyendas sobre un medallón perdido, en las que se asegura que es la llave de un antiguo secreto oculto allí.

—¡Pues claro, eso explicaría el interés del Rito Egipcio! Cagliostro veía una rival en la francmasonería ordinaria. Quizá Silano cree que eso podría otorgar una ventaja a su rama. Pero ¿robarnos abiertamente? El secreto tiene que ser realmente poderoso.

—¿Y qué nuevas hay de Silano? ¿No conoce a Bonaparte?

—Dicen que ha ido a Italia. ¿Tal vez en busca de claves para hacerse con lo que ganaste en esa partida? Berthollet le ha hablado del medallón a nuestro general y este pareció muy interesado; pero Bonaparte también ha llamado a los masones imbéciles consumidos por los cuentos de hadas. En cambio, sus hermanos José, Luciano, Jerónimo y Luis, todos ellos miembros de nuestra fraternidad, no comparten su opinión. Napoleón dijo que está tan interesado en tus opiniones acerca de Luisiana como en la clase de joyas que te gusta llevar, aunque creo que lo halaga tener a un americano entre sus filas. Aprecia tus vínculos con Franklin. Espera que algún día puedas ayudarlo a explicar sus proyectos a Estados Unidos.

Talma me presentó a sus colegas como un fugitivo célebre en el cultivo de las ciencias que habían subido a bordo del buque insignia. Formábamos parte de un grupo de 167 profesionales civiles que Bonaparte había invitado a acompañarlo en su invasión. El contingente incluía diecinueve ingenieros civiles, dieciséis cartógrafos, dos artistas, un poeta, un orientalista y todo un surtido de matemáticos, químicos, anticuarios, astrónomos, mineralogistas y zoólogos. Volví a ver a Berthollet, quien se había encargado de reclutar a la mayor parte del grupo, y a su debido tiempo fui

presentado a nuestro general. Mi nacionalidad, mi tenue relación con el famoso Franklin y la historia de cómo había escapado de la emboscada impresionaron al joven conquistador.

—¡Electricidad! —exclamó Bonaparte—. ¡Imaginad que pudiéramos llegar a controlar los relámpagos de vuestro mentor!

Me impresionó que Napoleón hubiera logrado hacerse con el mando de una expedición tan ambiciosa. El general más famoso de Europa era delgado, bajo y desconcertantemente joven. A sus veintinueve años, sólo cuatro de sus treinta y un generales eran más jóvenes que él, y si bien la diferencia entre medidas inglesas y francesas había hecho que los propagandistas británicos exagerasen su corta estatura —en realidad, medía un respetable metro sesenta y cinco—, en términos de anchura era tan poca cosa que parecía engullido por las botas y la espada cuya punta llevaba a rastras. Las maliciosas damas de París le habían puesto el mote de «Gatito-con-Botas», una chanza que él nunca olvidó. Egipto convertiría a ese joven en el Napoleón que tomaría el mundo por asalto, pero en las cubiertas del *Orient* todavía no era Napoleón; se lo veía mucho más humano, imperfecto y superado por las circunstancias que el titán de mármol posterior. Los historiadores inventan un icono; los contemporáneos viven con el hombre. De hecho, el rápido ascenso de Napoleón durante la Revolución fue tan irritante como sobrecogedor, e hizo que más de uno de quienes lo superaban en edad abrigase la esperanza de verlo fracasar. Sin embargo, la confianza que Bonaparte tenía en sí mismo rayaba en la vanidad.

¿Y por qué no? Allí en Tolón, había ascendido de capitán de artillería a general de brigada en cuestión de días, después de haber emplazado la artillería que expulsó a los británicos y a los monárquicos de la ciudad. Había sobrevivido al Terror y a una breve estancia en prisión; contraído matrimonio con una arribista social llamada Josefina, cuyo primer esposo había sido guillotinado; ayudado a aniquilar una turba contrarrevolucionaria en París; y liderado al variopinto ejército francés en una serie de asombrosas victorias sobre los austríacos en Italia. Sus tropas habían llegado a sentirse tan unidas a él como si de César se tratara, y el Directorio quedó encantado con el tributo que envió a su tesoro sumido en la bancarrota. Napoleón quería emular a Alejandro, y sus superiores civiles querían su implacable ambición fuera de Francia. Egipto les iba de maravilla tanto a uno como a otros.

¡Qué heroico parecía entonces, mucho antes de sus días de lujos y palacios! Su pelo era una gran pincelada negra sobre la frente y su nariz, romana; tenía los labios fruncidos como los de una estatua clásica y la barbilla hundida; y sus ojos gris oscuro estaban llenos de vivacidad. Poseía un talento natural para dirigirse a las tropas, porque entendía la sed humana de gloria y aventura, y tenía el porte que todos imaginábamos propio de los héroes: torso erguido, cabeza alta, ojos perdidos en un horizonte místico. Bonaparte era la clase de hombre en el que tanto maneras como palabras hacían creer que sabía lo que estaba haciendo.

Yo lo encontraba impresionante porque saltaba a la vista que había ascendido por

méritos, no por nacimiento, algo que casaba muy bien con el ideal americano. Después de todo, Napoleón era un inmigrante como nosotros, no un francés de pura cepa, que había dejado la isla de Córcega por los barracones de una escuela militar francesa. Durante esos primeros años, no ambicionó más que la independencia de su tierra natal. Todo indica que fue un estudiante del montón excepto en las matemáticas, carente de todo atractivo social, solitario, sin ningún mentor o patrono poderoso, que además tuvo que hacer frente a la graduación durante la impresionante conmoción revolucionaria. Pero mientras tantos otros se quedaban desconcertados ante toda aquella agitación, Bonaparte prosperaba en ella.

La inteligencia que había reprimido la disciplina de la escuela militar hizo erupción cuando más necesidad de improvisación e imaginación había, cuando Francia se hallaba sitiada. Los prejuicios con que se había topado antes, en tanto que rústico isleño salido de una nobleza de tercera clase, se disiparon en cuanto su competencia quedó demostrada en los gabinetes de crisis. Se había despojado del retraimiento y la desesperanza adolescentes como de una incómoda capa, y se esforzó por transformar la torpeza en encanto. El inimitable Napoleón llegaría a encarnar el idealismo de la Revolución, donde el rango lo ganaba la aptitud y no había límite a la ambición. Aunque conservadores como Sidney Smith no fueran capaces de verlo, es aquí donde las revoluciones americana y francesa se asemejan. Bonaparte era un hombre hecho a sí mismo.

Sin embargo, la relación de Napoleón con los individuos era de lo más extraña. Había desarrollado un innegable carisma, pero él —tímido, distante, receloso, tenso— siempre se lo tomaba como el papel que interpreta un actor. Cuando te miraba lo hacía con la brillantez de un candelabro, y la energía emanaba de él como un caballo irradia calor. Podía hacerlo con una intensidad a la vez halagadora y abrumadora; a mí me miró una docena de veces. Pero un instante después volvía toda su atención hacia otra persona y te dejaba con la sensación de que una nube había pasado ante el sol; y segundos después de eso podía encerrarse en sí mismo incluso dentro de una estancia llena de gente, para clavar la mirada en el suelo con la misma concentración con que la había clavado en ti, absorto en sus pensamientos y en su propio mundo. Una parisina había descrito su expresión meditabunda diciendo que era la clase de tipo con el que uno temería encontrarse en un callejón oscuro. Llevaba en el bolsillo un ejemplar con los bordes de las páginas ennegrecidos de tanto hojearlas de *Los sufrimientos del joven Werther*, una novela de suicidio y amores sin esperanza que había leído seis veces. Yo tendría ocasión de ver sus adustas pasiones escenificadas durante la Batalla de las Pirámides, en triunfo y en horror.

Hicieron falta ocho horas para que el último navío pasara junto a nosotros, con la tricolor ondeando desde cada mástil. Habíamos visto desfilar una docena de buques de guerra, cuarenta y dos fragatas y centenares de transportes. El sol ya estaba bajo en el horizonte cuando nuestro navío insignia finalmente se puso en movimiento como una gallina clueca tras sus polluelos. La flota cubría tres kilómetros cuadrados de

agua, y los buques de guerra tenían que plegar velas para que los navíos mercantes más pequeños pudieran mantenerse a su altura. Cuando los otros convoyes se reunieron con nosotros pasamos a cubrir cuatro kilómetros cuadrados, progresando lentamente a poco más de tres nudos.

Todos se encontraban fatal, salvo los marineros más veteranos. Bonaparte, que se sabía propenso a marearse en alta mar, pasaba gran parte del tiempo en un catre de madera suspendido de cuerdas que se mantenía al mismo nivel cuando el navío se balanceaba. Los demás dudábamos entre quedarnos de pie o intentar dormir. Talma ya no tenía que imaginarse los mareos, los tenía, y me confió en varias ocasiones que se encontraba casi a las puertas de la muerte. A los soldados no les daba tiempo de llegar a la cubierta superior y acodarse en la barandilla para vaciar el estómago; así que los cubos se llenaban a rebosar y cada navío apestaba a vómito. Las cinco cubiertas del *Orient* estaban atestadas de gente: dos mil soldados, mil marineros, reses, ovejas y tantos suministros que más que caminar nos abríamos paso desde la proa hasta la popa. Sabios de alcurnia como Berthollet tenían camarotes de damasco rojo, pero eran tan pequeños que parecían ataúdes. Los intelectuales de menos categoría debíamos arreglárnoslas con armarios de roble húmedo. Cuando comíamos, estábamos tan apretados en los bancos que apenas disponíamos de espacio para llevarnos la mano a la boca. Una docena de caballos de cuadra piafaban, pataleaban y orinaban en la bodega, y toda la ropa allí guardada estaba húmeda. Las portillas de la hilera inferior de cañones debían mantenerse cerradas contra el oleaje, así que la penumbra volvía imposible la lectura. En cualquier caso, preferíamos permanecer en cubierta; pero los marineros que se esforzaban por hacer avanzar el navío se exasperaban periódicamente ante la aglomeración y nos ordenaban volver abajo. Pasado un día de travesía, todo el mundo estaba aburrido; pasada una semana, todos rezábamos por llegar al desierto.

Se sumaba a la incomodidad la inquietud de otear el mar, por si veíamos llegar navíos británicos. Parecía ser que un temerario llamado Horacio Nelson, falto de un brazo y un ojo pero no por ello menos entusiasta, nos buscaba con su escuadrón. Como la Revolución había despojado a la armada francesa de muchos de sus mejores oficiales monárquicos, y dado que los suministros del ejército abarrotaban hasta tal punto nuestros nada maniobrables transportes y las cubiertas artilleras, temíamos un duelo naval.

Nuestra principal distracción era el tiempo. Unos días después de haber zarpado del puerto tuvimos una tormenta, con relámpagos incluidos. El *Orient* empezó a bambolearse con tal violencia que las reses se pusieron a gritar de terror y todo lo que no estaba atado quedó convertido en un montón de restos. La calma volvió a reinar en cuestión de horas, y un día después hizo tanto calor y el aire llegó a volverse tan asfixiante que la brea burbujeaba en las juntas de la cubierta. El viento era inconstante y el agua estaba quieta. Mis recuerdos del viaje se reducen a tedio, náuseas y aprensión.

Mientras navegábamos hacia el sur, Bonaparte adquirió la costumbre de invitar a cenar en su gran camarote a los estudiosos que iban a bordo. Los científicos hallaron una grata diversión en los inacabables debates que seguían a la cena, en tanto que sus oficiales los usaban como excusa para echar una cabezada. Napoleón se tenía por sabio, hasta tal extremo que había usado sus conexiones políticas para hacerse designar miembro del Instituto Nacional; y le gustaba afirmar que, de no haber sido soldado, sería un estudioso. Aseguraba que la verdadera inmortalidad no la proporcionaba ganar batallas, sino acrecentar los conocimientos humanos. Nadie creía en su sinceridad, pero aquella era una hermosa proclama.

Así nos reuníamos, en una cámara de techo bajo surcado de vigas, con los cañones de popa esperando sobre sus cureñas como pacientes sabuesos. El suelo cubierto de lonas era un tablero en blanco y negro como el de una logia masónica, basado en la antigua mesa de dibujo de los arquitectos dionisiacos. ¿Contaría la fraternidad con algún diseñador naval francés entre sus miembros? ¿O sería que nosotros, los masones, simplemente nos habíamos apropiado de todos los símbolos y pautas que encontramos a nuestro paso? Yo sabía que habíamos adoptado de tiempos antiguos las estrellas, la luna, el sol, las balanzas y diversas formas geométricas, incluida la pirámide. Y el préstamo podía operar en ambos sentidos: sospechaba que la reciente adopción de la industriosa abeja como símbolo por parte de Napoleón se había inspirado en el símbolo masónico de la colmena del que podían haberle hablado sus hermanos.

Fue allí donde tuve ocasión de observar a la hermandad científica en la que nos habíamos alistado, y no pude reprocharle a la brillante congregación que dudase de mi derecho a formar parte de ella. Berthollet contó a los presentes que yo había encontrado un «artefacto» que esperaba poder comparar con otros en Egipto. Bonaparte anunció que yo tenía ciertas teorías sobre cómo habían llegado a servirse de la electricidad los antiguos egipcios. Yo me limité a decir vagamente que esperaba poder aportar una nueva perspectiva sobre las pirámides.

Mis colegas habían alcanzado logros mucho mayores. A Berthollet ya lo he mencionado. En términos de prestigio sólo lo igualaba Gaspard Monge, el célebre matemático que, a sus cincuenta y dos años, era el miembro más veterano de nuestro grupo. Con sus enormes cejas peludas que proyectaban sombra sobre sus ojos y las bolsas que había debajo de ellos, Monge parecía un viejo perro sabio. Fundador de la geometría descriptiva, cambió su carrera científica por una ministerial cuando la Revolución le pidió que rescatase a la industria francesa del cañón. Monge enseguida ordenó fundir las campanas de las iglesias para fabricar piezas de artillería y escribió *El arte de la manufactura de cañones*. Aportaba una mente analítica a todo lo que tocaba, desde crear el sistema métrico hasta aconsejar a Bonaparte que robara a Italia la *Mona Lisa*. Consciente, quizá, de que yo no tenía una mente tan disciplinada como la suya, Monge me adoptó como a un sobrino descarriado.

—¡Silano! —exclamó cuando expliqué cómo había llegado a formar parte de la expedición—. Me lo encontré en Florencia. Se dirigía a las bibliotecas del Vaticano, y también musitó algo acerca de Estambul y Jerusalén, como si pudiera obtener permiso de los turcos. En cuanto al porqué, no sabría decíroslo.

Igualmente célebre era nuestro geólogo, cuyo nombre, Déodat Guy Silvain Tancrede Gratet de Dolomieu, era más largo que el cañón de mi rifle. Famoso en los plácidos círculos académicos por haber matado en duelo a un rival a la temprana edad de dieciocho años mientras hacía su aprendizaje en los caballeros de Malta, a los cuarenta y siete Dolomieu había llegado a ser por sí mismo rico, profesor de la escuela de minas y descubridor del mineral llamado dolomita. Trotamundos impenitente de gran bigote, no podía esperar a ver las rocas de Egipto.

Étienne Louis Malus, matemático y experto en las propiedades ópticas de la luz, era un apuesto ingeniero militar de veintidós años. Jean-Baptiste Joseph Fourier, de voz atronadora y ojos eternamente adormilados, tenía treinta años y era otro célebre matemático. Nuestro orientalista e intérprete era Jean-Michel de Venture; nuestro economista, Jean-Baptiste Say; y nuestro zoólogo, Etienne Geoffrey Saint-Hilaire, quien tenía la peculiar teoría de que las características de las plantas y los animales podían variar con el paso del tiempo.

El más tunante y mecánicamente ingenioso de nuestro grupo era el aeróstata tuerto Nicolas-Jacques Conté, de cuarenta y tres años, que llevaba un parche sobre la órbita destruida por la explosión de un globo. Era el primer hombre de la historia que había usado globos para llevar a cabo un reconocimiento militar, concretamente en la batalla de Fleurus. Había inventado una nueva clase de instrumento para escribir llamado lápiz que no requería tintero, y lo llevaba consigo en su chaleco para dibujar las máquinas que su inventivo cerebro no dejaba de idear. Ya se había establecido a sí mismo como el inventor y mecánico de la expedición; y había traído consigo un suministro de ácido sulfúrico que reaccionaría con el hierro para producir hidrógeno, el cual luego usaría en sus globos de seda. Este elemento, más ligero que el aire, ya había demostrado ser mucho más práctico que los primeros experimentos para elevar globos mediante el calor.

—Si tu plan para invadir Inglaterra por aire hubiera tenido algo de lógica, Nicky —le gustaba bromear a Monge—, hoy yo no estaría vomitando mis tripas en este cubo que no para de bambolearse.

—Me hubiese bastado con tener suficientes globos —contraatacaba Conté—. Si no hubieras acaparado hasta el último *sou* para tus fundiciones de cañones, ahora ambos estaríamos tomando el té en Londres.

La época estaba plagada de ideas para hacer la guerra. Recordé que en diciembre mi paisano Robert Fulton había visto cómo las autoridades francesas le cerraban las puertas después de haber propuesto una idea para un navío de guerra submarino. Incluso había quien sugería cavar un túnel bajo el Canal de la Mancha.

Aquellos eruditos caballeros se reunían con los oficiales de la plana mayor para lo

que Napoleón llamaba *instituts*, en los que él escogía un tema, designaba a los encargados de debatirlo y nos embarcaba en interminables discusiones sobre política, sociedad, tácticas militares y ciencia. Mantuvimos un debate que duró tres días sobre los méritos y las corrosivas envidias de la propiedad privada, una discusión nocturna sobre la edad de nuestro planeta, otra sobre la interpretación de los sueños y varias sobre la verdad o utilidad de la religión. Aquí fue donde las contradicciones internas de Napoleón se hicieron visibles; en un momento se reía de la existencia de Dios para, al siguiente, persignarse nerviosamente con un instinto corso. Nadie sabía en qué creía, y él menos que nadie; sin embargo, Bonaparte era un firme defensor de la utilidad de la religión para controlar a las masas.

—Si pudiera fundar mi propia religión, gobernaría Asia —nos dijo.

—Me parece que Moisés, Jesucristo y Mahoma se os adelantaron en ello, general —dijo Berthollet secamente.

—A eso me refería —dijo Bonaparte—. Los judíos, los cristianos y los musulmanes remontan sus orígenes a las mismas historias sagradas. Todos adoran al mismo dios. Excepto por unos cuantos detalles insignificantes acerca de qué profeta tuvo la última palabra, son más parecidos que distintos. Si les dejamos claro a los egipcios que la Revolución reconoce la unidad de la fe, no deberíamos tener problemas con la religión. Tanto Alejandro como los romanos mantenían la política de tolerar las creencias de los conquistados.

—Son los creyentes que más se parecen los que más fervientemente combaten por las diferencias —advirtió Conté—. No olvidéis las guerras entre católicos y protestantes.

—Pero ¿no estamos en el amanecer de la razón, de la nueva era científica? —intervino Fourier—. La humanidad quizás está a punto de volverse racional.

—Ningún pueblo sometido abraza la racionalidad a punta de pistola —respondió el aeróstata.

—Alejandro sometió a Egipto declarándose hijo tanto del Zeus griego como del Amón egipcio —dijo Napoleón—. Tengo intención de tolerar tanto a Mahoma como a Jesucristo.

—Mientras os persignáis como el Papa —le reprendió Monge—. ¿Y qué hay del ateísmo de la Revolución?

—Una postura condenada a fracasar, y el mayor error que ha cometido. El que Dios exista o no es inmaterial. Lo que pasa es que cuando se hace que la religión, o incluso la superstición, entre en conflicto con la libertad, la primera siempre prevalece sobre la última en la mente de la gente. —Era la clase de juicio político cínicamente perceptivo que a Bonaparte le gustaba emitir para no perder estatura intelectual ante la erudición de los científicos. Le encantaba provocarnos—. Además, la religión es lo que evita que los pobres asesinen a los ricos.

Las verdades ocultas tras los mitos también le fascinaban.

—La resurrección y el nacimiento virginal, por ejemplo —nos dijo una noche,

mientras el racionalista Berthollet ponía los ojos en blanco—. Eso es cosa no sólo de la cristiandad, sino de incontables cultos antiguos. Como vuestro Hiram Abiff masónico, ¿verdad, Talma? —Solía dirigirse a mi amigo con la esperanza de que así el escritor lo cubriera de elogios en los artículos de periódico que enviaba a Francia.

—Es una leyenda tan común que uno se pregunta si no era frecuentemente cierta —reconoció Talma—. ¿Es la muerte un fin absoluto? ¿O puede ser invertida, o pospuesta indefinidamente? ¿Por qué los faraones le dedicaron tanta atención?

—Ciertamente, las primeras historias de resurrección se remontan a la leyenda del dios egipcio Osiris y su hermana y esposa Isis —dijo De Venture, nuestro estudioso del Oriente—. Osiris fue asesinado por su malvado hermano Seth, pero Isis juntó todas las partes de su cuerpo desmembrado para luego devolverlo a la vida. Entonces Osiris se acostó con su hermana y engendró a su hijo, Horus. La muerte no fue más que un prelude del nacimiento.

—Y ahora nos dirigimos a la tierra donde supuestamente ocurrió —dijo Bonaparte—. ¿De dónde surgieron esas historias, si no de alguna brizna de verdad? Y si de alguna manera son ciertas, ¿qué poderes tenían los egipcios para ser capaces de hacer tales proezas? ¡Imaginad las ventajas de la inmortalidad y de la eternidad! ¡La de cosas que uno podría llegar a hacer!

—Bueno, al menos siempre te beneficiarías de un interés compuesto —bromeó Monge.

Me revolví en mi asiento. ¿Era esa la razón por la que íbamos a invadir Egipto, porque podía convertirse en una colonia, y porque además era una fuente de vida eterna? ¿Era esa la razón por la que tantas personas mostraban curiosidad por mi medallón?

—Todo es mito y alegoría —se mofó Berthollet—. ¿Quién no teme a la muerte y sueña con llegar a superarla? Y, sin embargo, todos están muertos, incluidos los egipcios.

El general Desaix emergió de su duermevela.

—Los cristianos creen en otra clase de vida eterna —observó apaciblemente.

—Pero los cristianos rezan por esa vida eterna, mientras que los egipcios hacían preparativos para ella —contestó De Venture—. Al igual que otras culturas primigenias, los egipcios metían en sus tumbas lo que necesitarían para el próximo viaje. Tampoco es que fueran ligeros de equipaje, y ahí es donde radica la oportunidad. Puede que las tumbas estén repletas de tesoros. «Enviadnos oro, por favor —les escribían los reyes rivales a los faraones—, porque para vos el oro es más abundante que el polvo».

—Esa es la clase de fe que a mí me gusta —gruñó el general Dumas—. Una fe que se puede tocar.

—Quizá sobrevivieron de otra manera, como gitanos —hablé yo.

—¿Qué?

—Gitanos. Gipcianos. Aseguran descender de los sacerdotes de Egipto.

—O son Saint-Germain o son Cagliostro —añadió Talma—. Esos hombres afirmaban haber vivido milenios, haber caminado con Jesucristo y Cleopatra. Quizá fuera cierto.

Berthollet sonrió burlonamente.

—Lo cierto es que Cagliostro está tan muerto que los soldados abrieron su tumba en una prisión papal y brindaron por él bebiendo vino en su calavera.

—Si es que realmente era su calavera —dijo Talma, siempre tan tozudo.

—Y el Rito Egipcio afirma estar en vías de redescubrir todos esos poderes y milagros, ¿no es así? —preguntó Napoleón.

—El Rito Egipcio sólo pretende corromper los principios de la francmasonería —respondió Talma—. En vez de someterse a la moralidad y al Gran Arquitecto, se dedican a buscar oscuros poderes en lo oculto. Cagliostro inventó una perversión de la francmasonería que admite a mujeres para la celebración de ritos sexuales. Usarían los antiguos poderes para sí mismos, en vez de por el bien de la humanidad. Es vergonzoso que hayan llegado a estar de moda en París, y seducido a hombres como el conde Silano. Todos los auténticos francmasones los repudian.

Napoleón sonrió.

—¡Entonces vos y vuestro amigo americano tenéis que encontrar los secretos primero!

Talma asintió.

—Y aplicarlos a nuestros usos, no a los suyos.

Eso me recordó la leyenda que me había contado el gitano Stefan según la cual los egipcios quizás hubiesen decidido esperar a que tuviera lugar un auténtico progreso científico y moral antes de entregar sus secretos. Y ahora llegábamos nosotros, con mil cañones asomados a los cascos de nuestros navíos.

La conquista de la isla mediterránea de Malta requirió un día, tres vidas francesas y —antes de que llegáramos nosotros— cuatro meses de espionaje, negociación y soborno. Los aproximadamente trescientos caballeros de Malta, de los cuales la mitad eran franceses, representaban un anacronismo medieval y estaban más interesados en las pensiones que en morir por la gloria. Tras las formalidades de una breve resistencia, besaron las manos de sus conquistadores. Nuestro geólogo Dolomieu, que había sido expulsado como castigo de la orden de los caballeros tras aquel duelo de juventud, fue recibido con los brazos abiertos como un hijo pródigo que podría ayudar en las negociaciones de la rendición. Malta fue cedida a Francia, el gran maestro recibió como pensión un principado en Alemania y Bonaparte se dispuso a saquear los tesoros de la isla tan concienzudamente como había saqueado Italia.

Dejó en poder de los caballeros de Malta una astilla de la Veracruz y una mano atrofiada de Juan el Bautista. Se quedó para Francia cinco millones de francos en oro, un millón en planchas de plata y otro millón en los tesoros incrustados de gemas de

San Juan. La mayor parte de este botín fue transferido a la bodega del *Orient*. Napoleón también abolió la esclavitud y ordenó que todos los varones malteses llevaran la escarapela tricolor. El hospital y el departamento de correos fueron reorganizados, sesenta hijos de familias ricas fueron enviados a París para recibir educación, se instauró un nuevo sistema escolar y cinco mil hombres fueron instalados en la isla para servir de guarnición. Todo se redujo a anticipar la puesta en práctica de la combinación de pillaje y reforma que esperaba llevar a cabo en Egipto.

Fue en Malta donde Talma vino a verme muy emocionado por su nuevo descubrimiento.

—¡Cagliostro estuvo aquí! —exclamó.

—¿Dónde?

—¡En esta isla! Los caballeros me dijeron que la visitó hace un cuarto de siglo, acompañado por su mentor griego Alhotas. ¡Fue aquí dónde conoció a Kolmer! Esos hombres sabios hablaron con el gran maestre y examinaron lo que los caballeros templarios habían traído de Jerusalén.

—¿Y?

—¡Este podría ser el lugar dónde descubrió el medallón, escondido entre los tesoros de los caballeros de Malta! ¿No lo ves, Ethan? Es como si estuviéramos siguiendo los pasos de Cagliostro. El destino ha entrado en acción.

Volví a acordarme de las historias de Stefan sobre César y Cleopatra, sobre cruzados y reyes, y sobre una búsqueda que había consumido a los hombres a través de los tiempos.

—¿Alguno de esos caballeros se acuerda del medallón o sabe lo que significa?

—No. Pero vamos por buen camino. ¿Puedo volver a verlo?

—Lo he escondido para que esté a buen recaudo, porque trae problemas cuando sale a la luz. —Yo confiaba en Talma y, sin embargo, me sentía remiso a mostrarle el medallón después de los ominosos cuentos de Stefan sobre lo que les había ocurrido a los hombres que llegaron a hacerse con él en el curso de la historia. Los sabios conocían su existencia, pero yo había dado largas a todas las peticiones de compartirlo para someterlo a examen.

—Pero ¿cómo vamos a resolver el secreto si lo mantienes oculto?

—Llémoslo a Egipto primero.

Talma pareció decepcionado.

Transcurrida poco más de una semana nuestra armada volvió a zarpar, para iniciar un lento progreso en dirección este, hacia Alejandría. Corrían rumores de que los británicos aún nos perseguían, pero no vimos ni rastro de ellos. Posteriormente sabríamos que el escuadrón de Nelson había pasado junto a nuestra armada en la oscuridad, sin que ninguno de los dos bandos divisara al otro.

Fue uno de esos anocheceres en que los soldados hacían apuestas con sus zapatos para aliviar el tedio de la travesía, cuando Berthollet me invitó a seguirlo a las cubiertas inferiores del *Orient*.

—*Monsieur Gage*, ya va siendo hora de que nosotros los estudiosos empecemos a ganarnos el sustento.

Descendimos a la oscuridad, donde los faroles apenas daban luz y hombres acostados en hamacas se balanceaban cadera contra cadera como mariposas en sus capullos, tosían y roncaban y, en el caso de los más jóvenes y que más añoraban el hogar, lloraban hasta el amanecer. Las cuadernas del navío crujían. El mar siseaba con el batir de las olas, y el agua goteaba de las juntas calafateadas del casco con la lentitud de la melaza. Infantes de marina custodiaban la santabárbara y el cuarto del tesoro provistos de bayonetas caladas que relucían como trozos de hielo. Nos agachamos y entramos en la Cueva de Aladino, el cuarto del tesoro. El matemático Monge nos esperaba allí, sentado en un cofre ceñido con bandas de cobre. También estaba presente un apuesto oficial que había escuchado en silencio la mayor parte de las discusiones filosóficas, un joven geógrafo y dibujante de mapas llamado Edme François Jomard. Él sería quien me guiaría a los misterios de las pirámides. Sus oscuros ojos brillaban con una aguda inteligencia, y se había traído a bordo un arcón lleno de libros escritos por autores antiguos.

Mi primera curiosidad ante la presencia de Jomard enseguida se vio distraída por lo que contenía el camarote. Allí estaban el tesoro de Malta y buena parte de la soldada del ejército francés: cajas rebosantes de monedas como panales de miel; sacos que contenían siglos de reliquias religiosas enjoyadas; lingotes amontonados como leña para el fuego, con un puñado de los cuales bastaría para rehacer la vida de un hombre.

—Ni pensarlo —dijo el químico.

—*Mon Dieu!* Si fuera Bonaparte, me retiraría hoy mismo.

—Él no quiere dinero, quiere poder —dijo Monge.

—Bueno, también quiere dinero —enmendó Berthollet—. Ha llegado a ser uno de los oficiales más ricos del ejército. Su esposa y sus parientes gastan más deprisa de lo que él puede robar. Ni él ni sus hermanos tienen nada que envidiar al clan corso.

—¿Y qué quiere de nosotros? —pregunté.

—Entendimiento. Descifrado. Conocimiento. ¿No es así, Jomard?

—El general está particularmente interesado en las matemáticas —dijo el joven oficial.

—¿Las matemáticas?

—Las matemáticas son la clave de la guerra —dijo Jomard—. Con el entrenamiento adecuado, la bravura no varía gran cosa de una nación a otra. Lo que proporciona la victoria es la superioridad en número y potencia de fuego en el momento del ataque. Eso requiere no sólo hombres, sino suministros, caminos, animales de transporte, vituallas y pólvora para los cañones. Se necesitan cantidades precisas, desplazadas en kilómetros precisos hasta lugares precisos. Napoleón ha dicho que por encima de todo, quiere oficiales que sepan contar.

—Y que sepan hacerlo de muchas maneras distintas —añadió Monge—. Aquí,

Jomard es un estudiante de los clásicos y Napoleón quiere que cuente de formas nuevas. Autores antiguos como Diodoro de Sicilia sugirieron que la Gran Pirámide es un rompecabezas matemático, ¿verdad, Edme?

—Diodoro propuso que, por sus dimensiones, la Gran Pirámide es en cierta manera un mapa de nuestro planeta —explicó Jomard—. Después de haber liberado el país, mediremos la estructura en busca de pruebas de esa afirmación. Los griegos y los romanos estaban tan perplejos por el propósito de las pirámides como nosotros los modernos, razón por la que Diodoro propuso su idea. ¿Realmente invertirían los hombres tantos años de penosa labor en una mera tumba, particularmente cuando nunca se ha encontrado ningún cuerpo o tesoro dentro de ella? Herodoto afirma que el faraón fue enterrado en una isla de un río subterráneo, muy por debajo del monumento.

—¿Así que la pirámide no es más que una lápida, un indicador?

—O una advertencia. O, debido a sus dimensiones y sus túneles, una especie de máquina. —Jomard se encogió de hombros—. ¿Quién sabe, cuando sus constructores no dejaron ningún registro?

—Pero los egipcios llenaron el mundo de claves que nadie puede interpretar todavía —dijo Monge—. Y ahí es donde entramos nosotros. Mirad esto. Nuestras tropas lo capturaron en Italia y Bonaparte lo ha traído consigo.

El químico apartó una tela bordada para revelar una tablilla de bronce del tamaño de una gran bandeja, con la superficie cubierta de esmalte negro grabado en plata. Había intrincadamente talladas hermosas representaciones de figuras egipcias al estilo antiguo, repartidas en una serie de estancias superpuestas. Dioses, diosas y jeroglíficos estaban circundados por una cenefa de animales fantásticos, flores y árboles.

—Esta es la Tablilla de Isis, que perteneció al cardenal Bembo.

—¿Qué significa? —pregunté yo.

—Esa es la pregunta a la que el general quiere que respondamos. Durante siglos, los estudiosos han sospechado que hay algún mensaje en esta tablilla. Cuenta la leyenda que Platón fue iniciado en los misterios mayores dentro de alguna clase de cámara bajo la pirámide más grande de Egipto. Esto tal vez sea un plano, o un mapa, de dichas cámaras. Sin embargo, no hay constancia de que existieran semejantes estancias. ¿Podría vuestro medallón ser la llave de la comprensión?

Yo lo dudaba. Los signos tallados en mi colgante parecían muy toscos, comparados con esa obra de arte. Las figuras eran hieráticas pero gráciles como ángeles. Había enormes tocados, babuinos sentados y reses en movimiento. Las mujeres tenían alas de halcón en los brazos; los hombres, cabezas de perros y pájaros. Leones y cocodrilos sostenían los tronos.

—Mi medallón es bastante más tosco.

—Tenéis que estudiar esta tablilla en busca de claves antes de que lleguemos a las ruinas, en los alrededores de El Cairo. Muchas de las figuras empuñan báculos, por

ejemplo. ¿Son varas de poder? ¿Existe alguna clase de relación con la electricidad? ¿Podría esto hacer progresar la Revolución?

Los hombres que me formulaban aquellas preguntas eran eminentes figuras científicas. Yo había ganado mi baratija en una partida de cartas. Pero resolver semejante acertijo podía depararme toda clase de recompensas comerciales, por no mencionar un indulto. Cuando contaba las figuras, me llamó la atención que los tocados de algunas de ellas parecieran ser más grandes que los de las demás.

—Aquí hay algo —propuse—. El número de personajes primarios, veintiuno, coincide con el del tarot que me enseñaron los gitanos.

—Interesante —dijo Monge—. ¿Una tablilla para predecir el futuro, tal vez?

Me encogí de hombros.

—O sólo una bonita bandeja.

—Hemos hecho un calco de ella para que podáis llevároslo a vuestro camarote. —Metió la mano en otro cofre—. Otro descubrimiento muy peculiar es este, que nuestras tropas encontraron en la misma fortaleza donde encarcelaron a Cagliostro. Mandé que me lo trajeran en cuanto Berthollet me habló de vos. —Era un disco redondo del tamaño de un plato, con el centro vacío y el borde formado por tres anillos, cada uno encajado dentro del otro. Los anillos tenían símbolos de soles, lunas, estrellas y signos del zodiaco; y rotaban, de forma que los símbolos podían ser realineados entre sí. El porqué, no lo sabía.

»Pensamos que es un calendario —dijo Monge—. El hecho de que se puedan alinear los símbolos sugiere que podía mostrar el futuro o señalar cierta fecha. Pero ¿qué fecha, y por qué? Algunos de nosotros pensamos que podría referirse a la precesión de los equinoccios.

—¿La procesión de los qué?

—Precesión. La religión antigua se basaba en el estudio del cielo —dijo Jomard—. Las estrellas formaban pautas, se movían en el cielo de maneras predecibles, y se creía que estaban vivas y controlaban los destinos de los hombres. Los egipcios dividieron la bóveda del cielo en los doce signos del zodiaco, extendiendo cada uno de ellos hasta establecer doce zonas en el horizonte. Cada año en el mismo momento (digamos el 21 de marzo, el equinoccio de primavera, cuando el día tiene la misma longitud que la noche), el sol sale bajo el mismo signo zodiacal.

Decidí no indicar que el oficial había optado por usar la fecha gregoriana tradicional, no las nuevas revolucionarias.

—Pero no exactamente donde empezó. Al zodiaco le falta cada año un poco para completar el circuito, porque la Tierra oscila sobre su eje como una peonza, y el eje describe un círculo en el cielo a lo largo de un período de veintiséis mil años. En el curso de períodos de tiempo muy largos, la posición de las constelaciones parece cambiar. El 21 de marzo de este año, el sol sale en Piscis, como lo ha venido haciendo desde que nació Jesucristo. Puede que esa sea la razón por la que los primeros cristianos eligieron el pez como símbolo. Pero antes de Jesucristo, el 21 de

marzo la salida del sol tenía lugar en la constelación del carnero, una era que duró 2160 años. Antes del carnero estuvo el toro, cuando puede que fuesen construidas las pirámides. La próxima era que vendrá, después de los 2160 años de Piscis, es la de Acuario.

—Acuario tenía un significado especial para los egipcios —añadió Monge—. Mucha gente cree que estos signos eran griegos, pero en realidad son mucho más antiguos; unos se remontan a Babilonia y otros, a Egipto. Los recipientes de los que mana agua en el signo de Acuario simbolizaban la crecida anual del Nilo, vital para fertilizar los campos y regar las cosechas anuales de Egipto. La primera civilización del hombre apareció en el entorno más extraño que existe sobre la faz del planeta: un Jardín del Edén, una franja de verdor entre inhóspitos desiertos, un lugar de sol constante y escasas lluvias, regado por un río que brota de fuentes hoy en día desconocidas. Aislado de los enemigos por los desiertos de Arabia y el Sahara, alimentado por un misterioso ciclo anual, techado por un dosel de estrellas sin nubes, era una tierra estable de contrastes extremos, un sitio ideal para que la religión evolucionase.

—¿Así que esto es una herramienta para calcular el ciclo del Nilo?

—Quizá. O quizá sugiere un tiempo propicio para distintas acciones. Eso es lo que esperamos que vos nos ayudéis a descifrar.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos —dijo Monge—. Sus símbolos no se parecen a nada de lo visto hasta ahora, y los caballeros de Malta ni siquiera tienen constancia de su procedencia. ¿Es hebreo? ¿Egipcio? ¿Griego? ¿Babilonio? ¿O algo totalmente distinto?

—Seguramente es un rompecabezas hecho para vuestra mente, no para la mía, doctor Monge. Vos sois matemático. A mí me cuesta dar bien el cambio.

—A todo el mundo le cuesta dar bien el cambio. Todavía no sabemos cuál puede ser el significado de todo esto, Gage. Pero el interés despertado por vuestro medallón sugiere que es una pieza de algún rompecabezas de capital importancia. Como americano, tenéis el privilegio de figurar en una expedición francesa. Berthollet os ha ofrecido protección legal. Pero no por hacer una obra de caridad, sino para contratar vuestros servicios como experto. Hay una docena de razones por las que Bonaparte quiere ir a Egipto, pero una de ellas es que allí puede haber antiguos secretos que descubrir: secretos místicos, secretos tecnológicos, secretos eléctricos. Entonces aparecéis vos, el hombre de Franklin, con ese misterioso medallón. ¿Es una clave? No dejéis de pensar en esos artefactos mientras nos adentramos en lo desconocido. Bonaparte quiere conquistar un país. Lo único que vos debéis conquistar es un acertijo.

—Pero ¿un acertijo de qué?

—Del lugar del que procedemos, quizás. O de cómo perdimos la gracia.

Volví al camarote que compartía con Talma y un teniente llamado Malraux, con la mente a la vez deslumbrada por el tesoro y estupefacta ante todos los misterios con los que tendría que debatirme. Yo no veía ninguna conexión entre el medallón y aquellos nuevos objetos, y nadie parecía tener la menor idea de qué rompecabezas se suponía que debía resolver. Encantadores y charlatanes como Cagliostro habían recorrido durante décadas las cortes de Europa afirmando conocer grandes secretos egipcios, sin explicar nunca exactamente en qué consistían tales secretos. Habían conseguido que lo oculto se pusiera de moda. Los escépticos se burlaban de ellos, pero la idea de que tenía que haber algo en la tierra de los faraones había echado raíces. Ahora me encontraba en pleno centro de aquella manía. Cuanto más avanzaba la ciencia, más eran las personas que anhelaban la magia.

En alta mar había adoptado la costumbre marinera de ir descalzo, dado el calor del verano. Mientras me preparaba para acostarme en mi litera, la mente dándome vueltas, reparé en que mis botas habían desaparecido. Eso era preocupante, habida cuenta de que las usaba como escondite.

Miré nerviosamente a mi alrededor. Malraux, ya acostado, murmuró algo en sueños y soltó un juramento. Sacudí a Talma.

—¡Antoine, no consigo encontrar mis botas!

Talma despertó para mirarme con ojos legañosos.

—¿Para qué las necesitas?

—Sólo quiero saber dónde están.

Mi amigo se dio la vuelta en la litera.

—Quizás algún contraamaestre se las ha jugado.

Una rápida búsqueda por los círculos de dados y las partidas de cartas nocturnas no localizó mis botas. ¿Había descubierto alguien el compartimiento hueco en mi tacón? ¿Quién se habría atrevido a violar las posesiones de los sabios? ¿Quién podía haber llegado a adivinar mi escondite? ¿Talma? Tenía que haberse preguntado por qué me mostraba tan tranquilo cuando se me preguntaba por el paradero del medallón, y probablemente habría especulado sobre dónde podía ocultarlo.

Regresé al camarote y miré a mi compañero. Seguía durmiendo como un niño inocente, lo que incrementó mis sospechas. Cuanta más importancia adquiría el medallón, menos confiaba yo en nadie. Ahora envenenaba mi fe en mi amigo.

Me retiré a mi hamaca, deprimido y lleno de incertidumbre. Lo que había parecido una preciada posesión en el salón de los juegos de cartas empezaba a ser percibido como una carga. ¡Menos mal que no había dejado el medallón dentro de mi tacón! Puse la mano sobre el agujero del cañón que disparaba balas de cinco kilos que había junto a mi hamaca. Como Bonaparte había prohibido las prácticas de tiro para conservar la pólvora y asegurar que nuestra travesía hiciese el menor ruido posible, yo había envuelto mi preciada posesión en una bolsa de pólvora vacía y usado un

poco de alquitrán para pegarlo al interior del tapón que obstruía el agujero. El tapón sería quitado antes del combate, y mi plan había sido recuperar el medallón antes de cualquier batalla naval, sin correr el riesgo mientras tanto de que me lo robaran del cuello o de la bota. Ahora, con las botas desaparecidas, mi distancia de la preciada posesión me puso nervioso. Llegada la mañana, cuando los demás estuvieran en cubierta, recuperaría la baratija de su escondite y la llevaría puesta. Maldición o amuleto, quería sentirla alrededor del cuello.

A la mañana siguiente, mis botas volvían a estar donde las había dejado. Cuando las inspeccioné, vi que habían hurgado en la suela y en el tacón.



asi me ahogué en el oleaje de Alejandría debido al miedo que Bonaparte le tenía al almirante Nelson. La flota inglesa acechaba como un lobo en algún lugar sobre el horizonte, y Napoleón tenía tanta prisa por llegar a tierra firme que ordenó un desembarco anfibio. No sería la última vez que me mojaría en el país más seco que he visto nunca.

Avistamos la ciudad egipcia el 1 de julio de 1798, y contemplamos con asombro el rielar de los minaretes como juncos y las cúpulas de mezquita como promontorios nevados que se alzaban bajo el brutal sol del verano. Quinientos expedicionarios nos apretujábamos en la cubierta principal del navío insignia, soldados, marineros y científicos, y durante largos minutos hubo un silencio tal que se podía oír cada crujido de los cordajes y cada siseo de las olas. ¡Egipto! Ondeaba en distorsión como un reflejo en un espejo curvo. La ciudad era marrón polvoriento y blanco sucio, y parecía cualquier cosa salvo opulenta; casi como si hubiéramos arribado al sitio equivocado. Los navíos franceses avanzaron lentamente bajo un viento que empezaba a arreciar desde el norte, cada ola mediterránea una joya de topacio. Procedentes de tierra firme oíamos el sonido de cuernos, el retumbar de salvas de cañón y los gimoteos de pánico. ¿Cómo sería ver llegar nuestra armada de cuatrocientos navíos europeos que parecían llenar el mar? Viviendas enteras se apretujaron sobre carros tirados por burros. Toldos de mercado se desinflaron cuando los artículos de valor a los que daban sombra fueron ocultados dentro de pozos. Los soldados árabes volvieron a enfundarse la armadura medieval y subieron a parapetos resquebrajados armados con picas y antiguos mosquetes. El artista de nuestra expedición, el barón Dominique Vivant Denon, se puso a dibujar furiosamente: las paredes, las embarcaciones, el épico vacío del norte de África.

—Intento capturar la forma de los edificios sólidos sobre el peculiar volumen de luz del desierto —me explicó.

La fragata *Junon* apareció junto a nuestro navío para presentar un informe. Había llegado a la ciudad un día antes y hablado con el cónsul francés, y las noticias que traía hicieron que los oficiales de Napoleón entraran en un frenesí de actividad. ¡La flota de Nelson ya había estado siguiéndonos los pasos en Alejandría, y sólo hacía dos días que se había ido! No nos sorprendieron mientras desembarcábamos los cargamentos por pura casualidad. ¿Cuánto tardarían los ingleses en volver? En lugar de arriesgarse a soportar el castigo que nos infligirían los fuertes ubicados en la entrada al puerto de la ciudad, Bonaparte ordenó un inmediato desembarco anfibio con botes en la playa de Marabut, doce kilómetros al oeste. Desde allí, las tropas francesas podrían avanzar a lo largo de la playa para hacerse con el puerto.

El almirante Brueys protestó vehementemente, quejándose de que la costa no

estaba cartografiada y el arreciar del viento anunciaba la inminencia de un temporal. Napoleón desoyó sus protestas.

—Almirante, no tenemos tiempo que perder. La fortuna nos concede tres días, no más. Si no los aprovecho, estamos perdidos. —Una vez en tierra firme, su ejército quedaría fuera del alcance de los navíos de guerra británicos. Embarcado, sería hundido.

Pero ordenar un desembarco es más sencillo que realizarlo. Para cuando nuestros navíos empezaron a echar el ancla entre las gruesas olas que rebotaban contra la arena de la playa, la tarde ya tocaba a su fin y eso significaba que el desembarco proseguiría durante la noche. A los sabios se nos dio a elegir entre permanecer a bordo o acompañar a Napoleón para presenciar el asalto a la ciudad. Yo, con más ansias de aventura que sentido común, decidí abandonar el *Orient*. Sus bamboleos ya empezaban a hacer que volviera a sentirme mareado.

Talma, pese a la miseria de su propio mareo, me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¡Pensaba que no querías ser soldado!

—Sólo siento curiosidad. ¿No quieres ver la guerra?

—La que puedo observar desde esta cubierta, sí. Son los detalles sangrientos los que se ven desde la playa. Me reuniré contigo en la ciudad, Ethan.

—¡Haré que nos recojan en palacio a las diez!

Talma sonrió cautelosamente y miró el oleaje.

—¿No crees que quizá debería quedarme el medallón para que estuviera a salvo?

—No. —Le estreché la mano. Luego, para recordarle que el propietario era yo, dije—: Si me ahogo, no lo necesitaré.

Empezaba a anochecer cuando me dijeron que ocupara mi lugar en un bote. Bandas de música se habían reunido en los alcázares de los navíos de mayor tamaño y estaban tocando *La Marsellesa*, compases hechos jirones por el viento que no cesaba de arreciar. Hacia tierra firme, el horizonte se había vuelto marrón con la arena que llegaba del desierto. Vi que unos cuantos jinetes árabes galopaban de aquí para allá por la playa. Me agarré a un cabo y bajé por la escala de cuerda suspendida sobre el flanco del navío, su forma de casa viajera hinchada como un bíceps con los cañones que sobresalían de ella cual negro asomo de barba. Llevaba el rifle largo cruzado a la espalda, con el percutor y la cazoleta envueltos en piel untada de aceite. Mi cuerno de la pólvora y la bolsa de las balas rebotaban contra mi cintura.

El bote subía y bajaba sobre las aguas como la silla de una montura encabritada. «¡Salte!», ordenó un contramaestre, y así lo hice, esforzándome por lograr que el movimiento fuese lo más grácil posible; pese a poner todo mi empeño, acabé de bruces en el bote. Más y más hombres se dejaron caer a bordo hasta que supe que no podríamos acoger a ningún otro pasajero sin que nuestro bote se llenara de agua; aunque luego se sumaron unos cuantos más. Finalmente empezamos a alejarnos del navío, con el agua que entraba por la borda.

—¡Achica, maldito seas!

Nuestros botes parecían un enjambre de escarabajos de mar que se arrastraba lentamente hacia la orilla. Pronto no se pudo oír nada por encima del atronar del oleaje que se avecinaba. Cuando nos precipitábamos al abismo entre ola y ola, lo único que alcanzaba a ver de la flota de invasión eran las puntas de los mástiles.

Nuestro timonel, en la vida normal un pescador de la costa francesa, nos empezó a guiar expertamente mientras las olas subían hacia la playa. Pero el bote sobrecargado era tan difícil de maniobrar como un carro que transportara vino, y el agua casi nos llegaba a la borda. Empezamos a deslizarnos sobre él creciente oleaje, y la popa cabeceaba mientras el timonel les gritaba a los remeros. Entonces una ola nos batió de lado y volcamos.

No me dio tiempo a tomar aire. El agua cayó sobre mí como un muro, y el impacto me arrastró hacia las profundidades. El rugido del temporal quedó reducido a un tenue rumor mientras me deslizaba por el fondo, hasta acabar desplomado sobre la arena. Mi rifle era como un ancla, pero me negué a desprenderme de él. La inmersión pareció durar una eternidad de negrura, y los pulmones ya amenazaban con estallarme cuando una pausa en el oleaje me hundió lo bastante para que pudiera acuclillarme sobre el fondo y darme impulso con los pies. Mi cabeza atravesó la superficie una fracción de segundo antes de que yo me sintiera dispuesto a tragar aire, y jadeé con desesperación antes de que otra ola rompiera sobre mí. Los cuerpos chocaban en la oscuridad. Manoteé frenéticamente, y conseguí agarrarme a un remo que se había soltado. Ahora las aguas ya no eran tan profundas, y la siguiente ola me arrastró hacia delante sobre el estómago. Entré en Egipto con paso tambaleante, tosiendo y escupiendo agua de mar; la nariz me goteaba y los ojos me ardían.

Era completamente llano, sin accidentes geográficos y ni un solo árbol a la vista. La arena había impregnado hasta la última hendidura de mi cuerpo y mis ropas, y el viento soplaba tan fuerte que me bamboleé.

Otros hombres medio ahogados salían de las olas dando traspiés. Nuestro bote volcado encalló y los marineros nos ayudaron a darle la vuelta y vaciarlo de agua. Una vez que hubieron encontrado remos suficientes, los hombres de mar volvieron a hacerse a las aguas para traer más tropas. Había salido la luna, y vi que cien escenas similares tenían lugar a lo largo de la playa. Algunos botes lograban deslizarse tal como se había pretendido que hicieran, atracando pulcramente, en tanto que otros se hundían para ser arrastrados por las aguas como trozos de madera a la deriva. Era caótico, hombres que se ataban con cuerda al que tenían más cerca para entrar en el mar y rescatar a sus camaradas. Unos cuantos cuerpos ahogados habían flotado hasta la playa, para quedar medio enterrados en la arena. Las piezas de artillería más pequeñas se habían hundido hasta los cubos de sus ruedas. El equipo flotaba sobre las olas como los restos de un naufragio. Una tricolor francesa, alzada para que sirviera como punto de reunión, crujía y chasqueaba al viento.

—Henri, ¿te acuerdas de esas granjas que el general nos prometió? —le dijo un

soldado empapado a otro, al tiempo que señalaba las dunas desnudas que había delante—. Pues ahí tienes tus tres hectáreas.

Como yo no tenía asignada ninguna unidad militar, empecé a preguntar dónde estaba el general Bonaparte. Los oficiales se encogieron de hombros y maldijeron. «Probablemente en su gran camarote, viendo cómo nos ahogamos», gruñó uno. Había habido cierto resentimiento ante la cantidad de espacio de la que se había apropiado Bonaparte para su uso personal.

Y, sin embargo, bastante lejos playa abajo, un nudo de orden había empezado a cobrar forma. Los hombres se congregaban en torno a una figura familiarmente menuda y furiosamente gesticulante, y otros contingentes se veían atraídos hacia su masa como por la gravedad. Oí la voz de Bonaparte dando secas órdenes, y las filas empezaron a formarse. Cuando me acerqué, lo encontré con la cabeza al descubierto y mojado hasta la cintura, el sombrero arrebatado por el viento. La funda de su espada se arrastraba por la arena, e iba dejando una pequeña línea tras él. Se comportaba como si todo estuviera en orden, y su confianza fortaleció a otros.

—¡Quiero una línea de escaramuza en las dunas! ¡Kléber, poned algunos hombres ahí arriba, si no queréis que la bala de un beduino acabe con vos! ¿Capitán? Usad a vuestra compañía para liberar ese cañón, lo necesitaremos al amanecer. General Menou, ¿dónde estáis? ¡Venga! Plantad vuestro estandarte para formar a vuestros hombres. ¡Esa infantería de ahí, que deje de parecer un montón de ratas ahogadas y ayude a esos otros a enderezar ese bote! ¿No os da vergüenza dejaros asustar así por un poco de agua? ¡Recordad que sois soldados de Francia!

La expectativa de la obediencia obró milagros, y empecé a reconocer el talento de Bonaparte para mandar. Convirtió gradualmente la turba en un ejército, hizo que los soldados formaran columnas, organizó el equipo y dio orden de arrastrar a los ahogados hasta la orilla para darles un rápido y nada ceremonioso entierro. Oí los ocasionales chasquidos del fuego de escaramuza para mantener a raya a los indígenas que merodeaban por allí. Un bote tras otro llegó a la costa y miles de hombres se agruparon a la luz de la luna y las estrellas, y la arena pisoteada empezó a brillar con destellos plateados allí donde el agua se acumulaba en las huellas dejadas por nuestras botas. El equipo perdido en el oleaje fue recuperado y redistribuido. Algunos hombres llevaban sombreros demasiado pequeños que se alzaban como chimeneas sobre sus coronillas; y otros, gorras que les caían sobre las orejas. De manera que, entre risas y bromas, se apresuraron a hacer el intercambio. El viento nocturno era cálido, y nos secó rápidamente.

El general Jean-Baptiste Kléber, que según había oído decir era otro francmasón, vino hacia nosotros dando grandes zancadas.

—Han envenenado el pozo en Marabut y los hombres empiezan a tener sed. Zarpar de Tolón sin cantimploras fue una locura.

Napoleón se encogió de hombros.

—Una incompetencia de los comisarios que ahora no podemos corregir.

Encontraremos agua cuando llegemos a los muros de Alejandría.

Kléber torció el gesto. Tenía mucha más apariencia de general que Bonaparte. Metro ochenta de altura, corpulento, musculoso, y con una abundante cabellera rizada que le daba la majestuosa gravedad de un león.

—Tampoco hay comida.

—Nos espera igualmente en Alejandría. Si miráis hacia el horizonte, Kléber, también veréis que no hay ni un solo buque de la armada británica, que es justo lo que se pretende al atacar rápidamente.

—¿Tan rápidamente que desembarcamos en pleno temporal y docenas de hombres se ahogan?

—La velocidad lo es todo en la guerra. Siempre sacrificaré a unos pocos con tal de salvar a muchos. —Bonaparte parecía tentado de añadir algo más; no le agradaba que sus órdenes fueran cuestionadas cuando ya habían sido llevadas a la práctica. Pero lo que hizo fue decirle a su general—: ¿Habéis encontrado al hombre del que os hablé?

—¿El árabe? Habla francés, pero es una víbora.

—Es un títere de Talleyrand y recibe una libra francesa por cada oreja y cada mano que le entrega. Mantendrá alejados de vuestro flanco a los otros beduinos.

Echamos a andar playa abajo, con el rugir del oleaje a nuestra izquierda y miles de hombres moviéndose en la oscuridad. La espuma parecía brillar. De vez en cuando se oía el disparo de una pistola o el chasquido de un mosquete en el desierto que quedaba a nuestra derecha. Unas cuantas lámparas que brillaban ante nosotros señalaban el camino a Alejandría. Ninguno de los generales había montado aún, y caminaban como soldados rasos. El general Louis Caffarelli del cuerpo de ingenieros andaba sobre una pata de palo. Nuestro comandante de caballería, el gigantesco mulato Alexandre Dumas, caminaba con las piernas arqueadas, una cabeza más alto que el resto de sus hombres. Tenía la fuerza de un gigante, y para divertirse en alta mar se agarraba con las manos a una viga de las cuadras y montaba a caballo, después de lo cual subía el aterrorizado animal a cubierta a base de pura fuerza bruta. Sus detractores decían que tenía músculos hasta detrás de las orejas.

Como no se me había vinculado a ninguna unidad, fui con Napoleón.

—¿Mi compañía es de vuestro agrado, americano?

—Sólo he pensado que el general al mando correrá menos peligro que la mayoría de los demás. ¿Por qué no estar a su lado?

Napoleón rio.

—Perdí siete generales en una sola batalla en Italia, y encabecé las cargas. Sólo el destino sabe por qué sigo aquí. La vida es un juego de azar, ¿verdad? El destino envió lejos a la flota británica y trajo un temporal en su lugar. Algunos hombres se ahogaron. ¿Sentís pena por ellos?

—Claro.

—No lo hagáis. La muerte nos llega a todos, a menos que los egipcios realmente

conocieran el secreto de la inmortalidad. ¿Y quién puede decir que una muerte es mejor que otra? La mía podría llegar este amanecer, y sería una buena muerte. ¿Sabéis por qué? Porque mientras que la gloria es fugaz, la oscuridad se hace eterna. Los hombres que se ahogaron serán recordados por sus familias durante generaciones. «¡Murió siguiendo a Bonaparte hasta Egipto!». Eso la sociedad lo sabe inconscientemente, y acepta el sacrificio.

—Eso es un análisis europeo, no americano.

—¡No! Lo veremos cuando vuestra nación haya madurado. Tenemos que cumplir una gran misión, Ethan Gage, unificar Oriente y Occidente. En comparación con eso, las almas individuales significan bien poco.

—¿Unificar con la conquista?

—Con la educación y el ejemplo. Derrotaremos a los tiranos mamelucos que gobiernan este pueblo, sí; y al hacerlo liberaremos a Egipto de la tiranía otomana. Pero después de eso los reformaremos, y llegará un tiempo en que bendecirán el día en que Francia desembarcó en su costa. Nosotros, por nuestra parte, aprenderemos de su antigua cultura.

—Sois un hombre muy seguro de sí mismo.

—Soy un visionario. Mis generales me tachan de soñador. Pero mido mis sueños con los calibradores de la razón. He calculado cuántos dromedarios harían falta para cruzar el desierto hasta la India. Tengo imprentas con caracteres arábigos para poder explicar que vengo en una misión de reforma. ¿Sabéis que Egipto nunca ha visto una imprenta? He ordenado a mis oficiales que estudien el Corán; y a mis tropas, que no se presten al saqueo o molesten a las mujeres árabes. Cuando los egipcios entiendan que estamos aquí para liberarlos, y no para oprimirlos, se unirán a nosotros contra los mamelucos.

—Pero mandáis un ejército que no dispone de agua.

—Hay un centenar de cosas de las que carezco, pero confiaré en Egipto para que me las suministre. Eso fue lo que hicimos cuando invadimos Italia. Eso fue lo que hizo Cortés cuando quemó sus naves tras desembarcar en México. Nuestra falta de cantimploras deja claro a nuestros hombres que nuestro ataque debe triunfar. —Era como si se estuviese dirigiendo a Kléber, no a mí.

—¿Cómo podéis estar tan seguro, general? Con lo que a mí me cuesta estar seguro de nada.

—Porque aprendí en Italia que la historia está de mi lado. —Hizo una pausa, como para sopesar si debía hacerme más confidencias, si podía añadirme a su seducción política—. Durante años me sentí condenado a llevar una existencia corriente, Gage. Yo también vivía presa de la incertidumbre. Era un corso sin dinero, hijo de una realeza que vivía sumida en la miseria y el atraso, un isleño colonial con un marcado acento cuya infancia había transcurrido bajo las burlas y los desdenes de una escuela militar francesa. Las matemáticas eran mi único aliado. Entonces llegó la Revolución, surgieron las oportunidades y yo saqué el máximo provecho posible de

ellas. Me impuse en el sitio de Tolón. París reparó en mí. Se me concedió el mando de un precario ejército que no lograba salir vencedor en el norte de Italia. Al menos ahora parecía que podía haber un futuro, aunque todo pudiera perderse de nuevo en una sola derrota. Pero fue en la batalla de Areola, mientras combatía contra los austríacos para liberar Italia, cuando el mundo realmente me abrió sus puertas. Teníamos que atravesar un puente por un camino traicionero, y una carga tras otra se malogró hasta que los accesos quedaron alfombrados de cadáveres. Finalmente supe que la única forma de alzarse con la victoria era encabezando una última carga yo mismo. He oído decir que vos jugáis a las cartas, pero no existe apuesta como esa: balas como avispa, todos los dados arrojados en una sola tirada para ganarse la gloria, los hombres que vitorean, los estandartes que chasquean al viento, los soldados que caen. Atravesamos el puente y salimos vencedores, no sufrí ni un solo arañazo, y no hay orgasmo comparable a la exultación de ver huir un ejército enemigo. Regimientos franceses enteros se aglomeraron a mi alrededor después, para vitorear al muchacho que antaño había sido un paleta corso; en ese instante vi que todo era posible (¡todo!) con sólo atreverme. No me preguntéis por qué pienso que la fortuna es mi ángel, simplemente sé que lo es. Ahora me ha traído a Egipto, y aquí, quizá, pueda emular a Alejandro como vosotros los sabios emuláis a Aristóteles. — Me apretó el hombro con la mano, la mirada abrasadora de sus ojos grises clavada en mí bajo la pálida luz que precede al alba—. Creedme, americano.

Pero antes tenía que librar una batalla para entrar en la ciudad.

Napoleón esperaba que, cuando avanzara por la playa, la mera presencia de su columna persuadiera a los alejandrinos de que se rindieran; pero estos aún no habían experimentado la potencia de fuego europea. La caballería mameluca era osada y altanera. Aquella casta de esclavos guerreros, cuyo nombre significaba «hombres comprados», había sido organizada por el célebre Saladino como una guardia personal en tiempos de las cruzadas. Tan poderosos eran aquellos guerreros procedentes del Cáucaso, que conquistaron Egipto para los turcos otomanos. Fueron los mamelucos egipcios quienes derrotaron por primera vez a las hordas mongolas de Gengis Kan, lo cual les valió un renombre imperecedero como soldados; y habían dominado Egipto durante los siglos siguientes, sin contraer matrimonio con las egipcias o dignarse siquiera a aprender su lengua. Eran una élite guerrera que trataba a sus propios ciudadanos como si fueran vasallos, con esa implacabilidad que sólo un exesclavo que ha estado expuesto a la crueldad puede mostrar. Galopaban a la batalla sobre corceles árabes superiores a cualquiera de los caballos que tenían los franceses, para caer sobre los enemigos con mosquete, lanza, cimitarra y una faja repleta de pistolas. Por reputación, su bravura sólo se veía igualada por su arrogancia.

En Oriente la esclavitud era muy distinta de la despiadada tiranía que yo había tenido ocasión de ver en el Caribe y Nueva Orleans. Para los otomanos, los esclavos eran los aliados en los que más se podía confiar, dado que habían sido despojados de su pasado y no formaban parte de las familias turcas enemistadas entre sí. Algunos de

ellos se convertían en príncipes, lo cual significaba que incluso los más oprimidos podían subir hasta lo más alto. Y, ciertamente, los esclavos mamelucos habían llegado a ser los señores de Egipto. Por desgracia, su mayor enemigo era su propia capacidad de traición —sus interminables conspiraciones para adueñarse del poder hacían que ningún sultán mameluco muriese en la cama—, y su armamento era tan primitivo como hermosos sus corceles, pues empuñaban auténticas antigüedades. Además, mientras que los esclavos podían llegar a ser señores, los hombres libres solían ser tratados como siervos. La población egipcia no profesaba ningún amor a sus líderes. Los franceses se veían a sí mismos como libertadores, no conquistadores.

Si bien la invasión había cogido por sorpresa al enemigo, en cuanto hubo amanecido los escasos centenares de mamelucos que había en Alejandría reunieron una fuerza variopinta formada por su propia caballería, incursos beduinos y campesinos egipcios a los que se obligó a formar un escudo humano. Detrás, en los muros del viejo barrio árabe de la ciudad, una guarnición compuesta por artilleros y hombres que empuñaban mosquetes se había apresurado a acudir a los baluartes. Los cañones enemigos fueron disparados con poca habilidad cuando se aproximaron las primeras filas francesas, y los proyectiles batieron la arena muy por delante de las columnas europeas. Los franceses se detuvieron mientras Napoleón se preparaba para ofrecer los términos de la rendición.

Sin embargo, no se presentó tal oportunidad, porque los mamelucos aparentemente interpretaron esa pausa como una vacilación y empezaron a empujar hacia nosotros una masa de campesinos toscamente armados. Bonaparte comprendió que los árabes tenían intención de presentar batalla y mandó hacer señales con banderas para pedir apoyo naval. Cargueros y corbetas de poco calado empezaron a avanzar hacia la costa para poner su artillería a distancia de tiro. Los escasos cañones ligeros traídos a la costa en los botes también fueron arrastrados sobre la arena.

Yo estaba sediento, cansado, pegajoso de sal y arena, y finalmente comprendí que el dichoso colgante me había llevado al epicentro de una guerra. Ahora me hallaba unido a este ejército francés para lograr la supervivencia. Con todo, me sentía extrañamente seguro cerca de Bonaparte. Como me había dado a entender, tenía un aura no tanto de invencibilidad como de suerte. Afortunadamente, nuestra marcha había aglomerado a un séquito de mendigos y oportunistas egipcios llenos de curiosidad. Las batallas atraen a los espectadores como una pelea en el patio del colegio a los escolares. Poco antes de la amanecida divisé a un muchacho que vendía naranjas, le compré una bolsa por un franco de plata y me gané el favor del general compartiéndola. De pie en la playa, chupamos la dulce pulpa mientras contemplábamos cómo aquel ejército egipcio más parecido a una turba venía hacia nosotros con paso cansino. Los caballeros mamelucos galopaban de un lado a otro detrás de los campesinos, multicolores como pájaros en sus túnicas de seda. Agitaban espadas relucientes y gritaban desafíos.

—He oído decir que los americanos presumen de tener mucha puntería con sus

rifles de caza —dijo Napoleón repentinamente, como si se le acabara de ocurrir una idea para entretenimiento suyo—. ¿Os importaría hacerme una demostración?

Los oficiales se volvieron a mirar, aunque la sugerencia me cogía por sorpresa. Mi rifle era mi orgullo: tenía la madera de arce bien aceitada, y mi cuerno de pólvora se había adelgazado por el uso hasta el punto de volverse tan traslúcido que se podían ver los finos granos negros de la pólvora francesa en su interior; a las partes metálicas, les había sacado brillo, una afectación a la que nunca me hubiese atrevido en los bosques de mi patria donde un destello podía revelar tu presencia a animales o enemigos. Los viajeros frotaban sus rifles con avellanas verdes para disimular cualquier brillo. Con lo hermoso que era el mío, no obstante, algunos de aquellos soldados pensaban que si tenía el cañón tan largo era por cuestión de gusto.

—No siento a esos hombres como enemigos míos —dije.

—Se convirtieron en vuestros enemigos cuando pisasteis esta playa, *monsieur*.

Cierto. Empecé a cargar mi arma. Debería haberlo hecho hacía un rato, dada la inminencia de la batalla; pero me había dedicado a pasear por la playa como si fuera un día de fiesta, todo bandas militares, camaradería marcial y disparos lejanos. Ahora tendría que ganarme mi sitio contribuyendo al combate. Así que primero nos seducen y luego nos alistan. Medí un poco de pólvora extra para la distancia y usé la escobilla para empujar hacia abajo la bala envuelta en lino.

Mientras venían los alejandrinos y yo preparaba la cazoleta, la atención se apartó repentinamente de mí cuando un temerario beduino vino al galope hacia nosotros desde detrás de las filas, con una negra montura que levantaba nubes de arena y una túnica negra que chasqueaba en el viento. Agarrado a él sobre la silla iba un teniente de caballería francés, desarmado y con aspecto de encontrarse muy mal. El árabe tiró de las riendas cerca del grupo que formaban los oficiales de Bonaparte, saludó con un ademán y arrojó un trozo de tela a nuestros pies. Cuando este se abrió al caer, esparció una cosecha de orejas y manos ensangrentadas.

—Estos hombres ya no volverán a hostigaros, *effendi* —dijo el beduino en francés, el rostro enmascarado por el turbante que lo envolvía. Sus ojos esperaban aprobación.

Bonaparte llevó a cabo un rápido recuento mental de los apéndices cortados.

—Bien hecho, amigo mío. Tu señor tenía razón al recomendarte.

—Sirvo a Francia, *effendi*. —Posó la mirada en mí y abrió los ojos de par en par, como si me reconociese. Me inquieté. Yo no conocía a ningún nómada. ¿Y por qué hablaba nuestra lengua?

Mientras tanto, el teniente desmontó del caballo del árabe y se quedó torpemente a un lado con expresión aturdida, como inseguro de qué debía hacer a continuación.

—A este lo rescaté de unos bandidos a los que persiguió demasiado lejos en la oscuridad —dijo el árabe. El teniente también era un trofeo, intuimos, y una lección.

—Aplaudo tu ayuda. —Bonaparte se volvió hacia el cautivo liberado—: Encuentra un arma y vuelve con tu unidad, soldado. Tienes más suerte de la que te

mereces.

El teniente lo miró con los ojos muy abiertos.

—Por favor, señor, necesito descansar. Estoy sangrando...

—No ha tenido tanta suerte como pensáis —dijo el árabe.

—¿No? A mí me parece que está vivo.

—Los beduinos tienen por costumbre golpear a las mujeres que hacen cautivas... y violar a los hombres. —Hubo risas soeces entre los oficiales y alguien descargó una palmada sobre la espalda del infortunado soldado, que se tambaleó. Una parte de la hilaridad expresaba simpatía; la otra, crueldad.

El general frunció los labios.

—¿He de compadecerte?

El joven se echó a llorar.

—Por favor, señor, estoy tan avergonzado...

—La vergüenza ha estado en tu rendición, no en tu tortura. Ocupa tu puesto en las filas para aniquilar al enemigo que te ha humillado. Es la única manera de no tener que pasar vergüenza. En cuanto a los demás, contad esta historia al resto del ejército. ¡No habrá simpatía para este hombre! Su lección es simple: no os dejéis capturar. — Se volvió nuevamente hacia la batalla.

—¿Mi paga, effendi? —El árabe esperaba.

—Cuando tome la ciudad.

Pero el árabe no se movió del sitio.

—No te preocupes, príncipe negro. Tu bolsa se hace más pesada a cada momento que pasa. Habrá recompensas todavía más grandes cuando llegemos a El Cairo.

—Si es que llegamos allí, effendi. Hasta ahora, mis hombres y yo hemos librado todo el combate.

Nuestro general permaneció impertérrito ante aquella observación, y aceptó la insolencia por parte de aquel bandido del desierto como jamás hubiese tolerado en sus oficiales.

—Mi aliado americano se disponía a corregir eso con una demostración de la puntería del rifle largo de Pensilvania. ¿No es así, *monsieur* Gage? Contadnos sus ventajas.

Todos los ojos volvieron a posarse en mí. Podía oír el rumor de pies del ejército egipcio que se aproximaba. Con la sensación de que la reputación de mi país estaba en juego, alcé el rifle.

—Todos sabemos que el gran problema con cualquier arma de fuego es que sólo se dispone de un disparo, y luego hay que invertir entre veinte segundos y un minuto entero para recargar —dije, con voz de conferenciante—. En los bosques de América, fallar el disparo significa que tu presa se habrá ido mucho antes de que puedas volver a hacer fuego, o que tendrás encima a un indio armado con su tomahawk. Así que, para nosotros, el tiempo que se tarda en cargar un rifle largo queda más que compensado con la posibilidad de darle a algo con ese primer disparo, a diferencia de

un mosquete donde la trayectoria de la bala no puede ser prevista. —Me llevé el arma al hombro—. Bien, este cañón tan largo está hecho de hierro blando, y eso más el peso del arma ayudan a reducir el impacto del retroceso cuando la bala sale del cañón. Asimismo, a diferencia de un mosquete, el interior del cañón de un rifle largo está recubierto de surcos que imprimen a la bala un giro para mejorar la precisión del disparo. La longitud del cañón añade velocidad, y permite que la mira posterior quede lo bastante adelantada para que el ojo humano pueda centrarse simultáneamente en el blanco y en ella. —Entorné los ojos. Un mameluco precedía a sus compañeros, justo detrás de la turba campesina que avanzaba lentamente ante él. Después de haber tomado en consideración el viento que soplabla del océano y la caída de la bala, apunté alto hacia su hombro derecho. Ningún arma de fuego es perfecta, ni siquiera un rifle sujetado en un torno pondrá cada bala encima de la otra, pero el «triángulo de error» de la mía era de sólo cinco centímetros a cien pasos. Apreté el gatillo de ajuste y su chasquido liberó el primer gatillo para que el segundo pudiera ser accionado con sólo rozarlo, lo que minimizaba cualquier sacudida. Entonces seguí apretando y disparé, convencido de que la bala daría de lleno en el torso del hombre. El rifle dio una coz, hubo una nubecilla de humo, y vi cómo aquel demonio de mameluco salía despedido hacia atrás desde la silla de su corcel. Hubo un murmullo de apreciación, y si alguien piensa que no hay ninguna satisfacción en semejante disparo, es que no entiende lo que empuja a los hombres a hacer la guerra. Bueno, pues ahora yo estaba en ella. Apoyé la culata del rifle en la arena, rasgué un cartucho de papel y empecé a recargar.

—Buen disparo —me felicitó Bonaparte.

El fuego de mosquete era tan impreciso que si los soldados no apuntaban a los pies del enemigo, el retroceso del arma podía lanzar una vollea de disparos sobre sus cabezas. El único modo de que los ejércitos pudieran acertarse mutuamente era formar en filas muy apretadas y abrir fuego desde distancias reducidas.

—¿Americano? —preguntó el beduino—. ¿Tan lejos de casa? —Hizo volver grupas a su caballo, a punto de irse—. ¿Para estudiar nuestros misterios, quizá?

¡Entonces me acordé de dónde había oído su voz! ¡Era idéntica a la del farolero de París, el hombre que había conducido a los gendarmes hasta mí cuando descubrí el cuerpo de Minette!

—¡Espera! ¡Sé quién eres!

—Soy Ahmed bin Sadr, americano, y tú no sabes nada. Y antes de que yo pudiera decir una palabra más, se alejó al galope.

Los oficiales gritaron sus órdenes y las tropas francesas se agruparon rápidamente en lo que iba a ser su formación preferida contra la caballería mameluca, un cuadrado hueco de hombres. Los cuadrados tenían varias filas de grosor, con cada uno de los cuatro lados vuelto hacia fuera de modo que no quedaba ningún flanco al cual poder

rodear y sus bayonetas formaban los cuatro lados de un seto de acero. Para apretar las filas, algunos oficiales trazaron líneas en la arena con sus sables. Mientras tanto el ejército egipcio, o para ser más exactos su chusma, cargó hacia nosotros con gritos ululantes bajo un batir de tambores y un atronar de trompetas.

—Menou, formad otro cuadrado junto a las dunas —ordenó Napoleón—. Kléber, decidles a los demás que se den prisa. —Muchos de los soldados franceses aún estaban llegando a la playa.

Ahora los egipcios corrían directamente hacia nosotros, una marea de campesinos armados con hoces y azadas secundada por una línea de jinetes con vestimentas de vivos colores. Los plebeyos parecían aterrados. Cuando estuvieron a cincuenta metros, la primera fila francesa abrió fuego.

El estruendo de los disparos me hizo pegar un brinco; fue como si una guadaña gigante hubiera segado una hilera de espigas. La primera línea de campesinos fue abatida, y veintenas de ellos cayeron muertos y heridos mientras los demás se limitaban a tirarse al suelo llenos de pánico ante una descarga disciplinada distinta a cuanto habían visto antes. Una enorme cortina de humo blanco se elevó del suelo para ocultar el cuadrado francés. La caballería mameluca se detuvo presa de la confusión; los caballos temían pisar la alfombra de cuerpos caídos extendida ante ellos, mientras que sus dueños maldecían a los siervos que habían estado llevando al matadero. La segunda fila francesa abrió fuego cuando los señores obligaron a sus monturas a avanzar lentamente hacia sus asustados súbditos, y esta vez algunos de los guerreros mamelucos cayeron de sus caballos. Entonces una tercera fila francesa abrió fuego, en el mismo instante en que la primera acababa de recargar, y los caballos relincharon y se encabritaron. Después de este huracán de balas, los campesinos supervivientes se pusieron en pie como si hubieran oído una orden y huyeron, arrastrando consigo a los jinetes en su retirada y convirtiendo el primer ataque egipcio en un tremendo fracaso. Los guerreros mamelucos golpearon a sus súbditos con el plano de las espadas, pero eso no hizo nada para frenar la huida. Algunos campesinos llamaron con los puños a las puertas de la ciudad en busca de refugio, y otros corrieron tierra adentro para desaparecer entre las dunas. Mientras tanto, los navíos franceses que se habían aproximado a la costa empezaron a bombardear Alejandría, y las balas de cañón chocaron contra los muros de la ciudad cual puño que los martilleara. Los antiguos baluartes no tardaron en desmoronarse, como si estuviesen hechos de arena.

—La guerra es esencialmente ingeniería —observó Napoleón—. Es orden impuesto sobre el desorden. —De pie con las manos enlazadas a la espalda, giraba continuamente la cabeza en todas direcciones al tiempo que asimilaba los detalles igual que un águila. Lo verdaderamente insólito en él era que podía mantener en la mente una imagen de la totalidad del campo de batalla y saber dónde la concentración modificaría el resultado; eso era lo que lo hacía superior a sus adversarios—. Es la disciplina que triunfa sobre la irresolución. Es la organización aplicada contra el caos.

¿Sabéis?, Gage, sería notable que diera en el blanco aunque sólo fuese un uno por ciento de las balas. Esa es la razón por la que la línea, la columna y el cuadrado son tan importantes.

Con lo repulsiva que me parecía la brutalidad de su militarismo, su frialdad me impresionó. Bonaparte era un hombre moderno de cálculo científico, contabilidad sangrienta y razonamiento desprovisto de emociones. En un instante de violencia dirigida, vi a los sombríos ingenieros que regirían el futuro. La moralidad sería superada por la aritmética. La pasión sería utilizada por la ideología.

—¡Fuego!

Más y más tropas francesas llegaban a los muros de la ciudad, y un tercer cuadrado formó hacia el mar junto al primero, los hombres de su lado izquierdo con el agua hasta los tobillos cuando llegaban las olas. Unas cuantas piezas de artillería ligera fueron emplazadas entre los cuadrados y cargadas con una metralla que barrería a la caballería enemiga con pequeñas bolas de hierro.

Los mamelucos, ahora libres del estorbo de su propio campesinado, volvieron a atacar. Su caballería cargó, y el galopar de los caballos atronó sobre la playa entre una nube de arena mientras los hombres lanzaban gritos de guerra, sus túnicas de seda ondeaban como velas y plumas y penachos subían y bajaban sobre fantásticos turbantes. Aquella velocidad no sirvió de nada. Los franceses volvieron a abrir fuego, y la primera fila de mamelucos cayó entre un coro de relinchos y un agitarse de cascos. Algunos de los jinetes que la seguían chocaron con sus camaradas abatidos y acabaron también en el suelo; otros lograron esquivarlos o saltar sobre ellos. Pero tan pronto como su caballería consiguió formar un nuevo frente coherente los franceses volvieron a disparar, una llamarada que escupía trocitos de papel como si fueran confeti. Ese nuevo avance también sería malogrado. Los supervivientes más valerosos siguieron igualmente adelante entre los cadáveres de sus camaradas, sólo para ser recibidos por salvas de metralla o proyectiles de los cañones de campaña. Fue una auténtica carnicería, tan mecánica como había dado a entender Bonaparte; y aunque yo me había visto en algunos apuros durante mis días de trampero, la ferocidad de aquella violencia a gran escala me conmocionó. El ruido era cacofónico, el metal disparado hendía el aire con un aullido, y el cuerpo humano contenía más sangre de la que yo jamás hubiese creído. A veces, cuando un cuerpo era cortado en dos por las balas, brotaba a chorros como un géiser rojo. Unos cuantos jinetes consiguieron llegar hasta las líneas francesas para tratar de perforarlas con sus lanzas o levantar sus espadas, pero el seto de bayonetas les impedía acercarse a sus monturas. Entonces resonaba la orden dada en francés, se efectuaba otra descarga y los jinetes caían también, acribillados.

Lo que quedaba de la casta gobernante egipcia rompió filas y galopó hacia el desierto.

—¡Ahora! —rugió Napoleón—. ¡Al muro, antes de que sus líderes se reagrupen!
—Sonaron los clarines y, con un coro de vítores, un millar de soldados formó en

columna y trotó hacia delante. No tenían escaleras o artillería de asalto, pero tampoco iban a hacerles mucha falta. Los muros de la antigua ciudad se desmoronaban como queso podrido bajo el bombardeo naval. Algunas de las casas que se alzaban tras ellos ya estaban envueltas en llamas. Los franceses se pusieron a tiro de mosquete y las descargas no tardaron en sucederse por ambas partes: los defensores mostraban más valor de lo que yo hubiese esperado frente a aquella furiosa ofensiva. Las balas zumbaban como avispa y algunos europeos cayeron al fin, aunque sus bajas estaban lejos de igualar la estela de muertes que habían dejado a su paso.

Napoleón avanzó, conmigo a su lado, y dejamos atrás cuerpos enemigos inmóviles o agonizantes, con grandes manchas oscuras en la arena debajo. Me sorprendió ver que muchos de los mamelucos muertos tenían la piel bastante más blanca que sus súbditos, y que sus cabezas desnudas revelaban un pelo rojo o incluso rubio.

—Esclavos blancos del Cáucaso —gruñó el gigantesco Dumas—. Se acuestan con las egipcias, dicen, pero nunca tienen crías con ellas. También se acuestan unos con otros, y prefieren su propio sexo y raza a cualquier clase de contaminación. Niños de ocho años con la piel de un blanco sonrosado son comprados cada año a sus hogares de las montañas para continuar la casta. La violación es su iniciación y la crueldad, su escuela. Cuando llegan a la edad adulta son crueles como lobos y desprecian a todo el que no sea un mameluco. Sólo son leales a su bey, o jefe. También reclutan al ocasional negro o árabe excepcional, pero la mayoría ven la oscuridad con desprecio.

Miré la piel racialmente mezclada del general.

—Sospecho que vos no permitiréis que Egipto mantenga ese prejuicio, general.

Dumas le dio una patada a un cadáver.

—*Oui*. Lo que importa es el color del corazón.

Nos quedamos justo fuera del alcance de los mosquetes en la base de un inmenso pilar solitario que se elevaba fuera de los muros de la ciudad. Medía veintidós metros de altura, grueso como un hombre alto, y le habían puesto por nombre Pompeyo en honor del antiguo general romano. Por lo visto, estábamos sobre los escombros de varias civilizaciones: un antiguo obelisco egipcio había sido derribado para ayudar a edificar la base del pilar. El granito rosa de la columna estaba caliente al tacto y lleno de melladuras. Bonaparte, ronca la voz de tanto gritar órdenes, se quedó de pie en los cascotes a la parca sombra del pilar.

—Este trabajo es sofocante. —En efecto, el sol estaba sorprendentemente alto en el cielo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?

—Tomad una pieza de fruta.

Me miró con agradecimiento, y pensé que aquel pequeño gesto tal vez hubiese sembrado la semilla de la amistad. Sólo más tarde llegaría a descubrir que Napoleón valoraba a todo el que pudiese prestarle alguna clase de servicio, se mostraba indiferente con quienes carecían de utilidad e implacable con sus enemigos. Pero

ahora chupaba la fruta con una avidez infantil, y parecía disfrutar con mi compañía mientras exhibía su dominio del cuadro que había ante nosotros.

—No, no, por ahí no —gritaba de vez en cuando—. ¡Sí, esa puerta de ahí, esa es la que hay que forzar!

El ataque lo lideraban Kléber y Jacques François Menou. Los oficiales combatían con un vigor demencial, como si se creyeran invulnerables a las balas. Me sentí igualmente impresionado ante el valor suicida de los defensores, quienes sabían que no tenían ninguna posibilidad. Pero Bonaparte era el gran coreógrafo que dirigía su danza como si los soldados fueran de plomo. Su mente ya estaba más allá del combate inmediato. Alzó la mirada hacia el pilar, coronado por un capitel corintio que no sostenía nada.

—Grande es la gloria que siempre se ha adquirido en Oriente —murmuró.

Los árabes aflojaban el fuego. Los franceses habían llegado al pie de los muros hechos añicos y empezaban a trepar por los escombros, ayudándose entre ellos. Una puerta fue abierta desde dentro; otra se desplomó tras haber sido atacada con hachas y culatas de mosquete. Una bandera tricolor apareció en lo alto de una torre, y otras fueron llevadas intramuros. La batalla casi había terminado, y no tardaría en llegar el curioso incidente que cambió mi vida.

La batalla se libró con salvaje ferocidad. Los árabes llegaron a verse tan desesperados que arrojaron piedras en cuanto se les acabó la pólvora. El general Menou, alcanzado siete veces por ellas, acabó tan maltrecho y aturdido que necesitó varios días para recuperarse. Kléber sufrió una herida superficial de bala encima de un ojo y se tambaleaba de un lado a otro con la frente envuelta en un vendaje ensangrentado. Pero de pronto, como si se hubieran transmitido lo desesperado de su causa, los egipcios cedieron como una presa al derrumbarse y los europeos irrumpieron en la ciudad.

Algunos de los habitantes se postraron en un abyecto temor, preguntándose qué clase de atrocidades llegaría a cometer aquella marea de cristianos. Otros buscaron refugio en las mezquitas. Muchos salieron de la ciudad para huir hacia el este o hacia el sur, y la mayoría de ellos regresó pasados dos días, al caer en la cuenta de que carecían de comida o agua y no tenían ningún lugar adonde ir. Un puñado de los más rebeldes se atrincheró en la torre y la ciudadela, pero la falta de pólvora no tardó en hacer que sus disparos se volvieran cada vez más esporádicos. La represalia francesa fue rápida y brutal. Hubo varias matanzas a pequeña escala.

Napoleón entró en la ciudad a primera hora de la tarde, tan emocionalmente insensible a los gemidos de los heridos como lo había sido al retumbar de los cañones.

—Una batalla de nada, apenas merecedora de un boletín —observó ante Menou, mientras se inclinaba sobre la litera que transportaba al general herido a pedradas—.

Aunque la inflaré para el consumo parisino. Decidle a vuestro amigo Talma que afile bien su pluma, Gage. —Me guiñó el ojo. Bonaparte había adoptado el seco cinismo que exhibían todos los oficiales franceses desde los días del Terror. Se enorgullecían de ser tipos duros.

En tanto que ciudad, Alejandría era decepcionante. Las glorias de Oriente se veían contradecidas por calles sin pavimentar, ovejas y pollos que correteaban por ellas, niños desnudos, mercados plagados de moscas y un sol matador. Buena parte de ella consistía en viejas ruinas; y hasta sin la batalla habría parecido estar medio vacía, el cascarón abandonado de una gloria anterior. Junto al inicio del puerto incluso había edificios medio sumergidos en las aguas, como si la ciudad se fuera asentando lentamente en el mar. Sólo cuando entreveíamos a través de las puertas echadas abajo los oscuros interiores de magníficas mansiones podíamos sentir un segundo mundo, más fresco, más opulento y reservado. Allí descubrimos fuentes de las que manaba agua, pórticos resguardados del sol, tallas moras y sedas y linos que ondeaban suavemente en las corrientes del aire seco del desierto.

Los ecos de disparos ocasionales resonaban aún en la ciudad cuando Napoleón y un pequeño cortejo de edecanes descendieron cautelosamente por la avenida principal hasta el muelle, donde habían empezado a aparecer los primeros mástiles franceses. Atravesábamos un barrio elegante de casas de comerciantes, con celosías de madera en las ventanas y la piedra finamente tallada, cuando se oyó un zumbido como de insecto y una sección del yeso se desintegró en un pequeño géiser de polvo junto al hombro de Bonaparte. Me sobresalté, porque la bala no me había dado por bien poco. Las fibras de la tela del uniforme de nuestro general quedaron tiesas como una fila de sus soldados. Miramos hacia arriba, y vimos cómo el viento caliente disipaba la nubecilla de humo blanco que acababa de salir de un arma de fuego en una ventana protegida del sol. Un tirador, que apuntaba desde el cobijo sombreado de un dormitorio, había estado a punto de darle al comandante de la expedición.

—¡General! ¿Estáis bien? —gritó un coronel.

A modo de contestación, resonó un segundo disparo, y luego un tercero; tan seguidos después del primero que o había dos tiradores o al que había efectuado el primer disparo le ponían otro mosquete cargado en las manos apenas había utilizado el anterior. Un sargento que estaba de pie unos cuantos pasos por detrás de Napoleón gruñó y quedó sentado en el suelo, con una bala en el muslo; y entonces otra porción de yeso voló tras la bota del general.

—Estaré mejor detrás de un poste —musitó Bonaparte, al tiempo que llevaba a su grupo bajo un pórtico y hacía la señal de la cruz—. Devolved el fuego, por el amor de Dios. —Dos soldados así lo hicieron por fin—. Y traed una pieza de artillería. No permitamos que dispongan de todo el día para alcanzarme.

Aquel fue el principio de una animada refriega. Varios granaderos abrieron fuego sobre la casa que se había convertido en una pequeña fortaleza blancuzca, y otros corrieron a buscar un cañón de campaña. Yo hice puntería con mi rifle, pero el

francotirador se hallaba bien resguardado: fallé como todos los demás. Transcurrieron diez largos minutos hasta que apareció una pieza de artillería de proyectiles de tres kilos, y para aquel entonces ya se habían cruzado varias docenas de disparos más, uno de los cuales hirió en el brazo a un joven capitán. El propio Napoleón había tomado prestado un mosquete y efectuado un disparo, con tan poca suerte como los demás.

Fue el cañón de campaña lo que entusiasmó a nuestro comandante. La artillería era el arma del ejército en la que había sido adiestrado. En Valence su regimiento estuvo expuesto al mejor entrenamiento con cañones que se impartía en toda Francia, y en Auxonne había trabajado con el legendario profesor Jean-Louis Lombard, quien había traducido al francés el *Principles of Artillery* inglés. Los oficiales que sirvieron con Napoleón me habían contado a bordo del *Orient* que en aquellos primeros destinos no llevó ninguna clase de vida social, ya que lo único que hacía era trabajar y estudiar desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche. Esta vez apuntó con el cañón, sin hacer ningún caso de las balas que no cesaban de silbar a su alrededor.

—Es exactamente lo que hizo en la batalla de Lodi —murmuró el capitán herido apreciativamente—. Emplazó unas cuantas piezas él mismo y entonces fue cuando los hombres empezaron a llamarlo *le petit caporal*, el pequeño cabo.

Napoleón aplicó la cerilla. El cañón ladró y saltó sobre su cureña, y la bala aulló y dio justo debajo de la ventana culpable, resquebrajó la piedra y arrancó la celosía de madera.

—Otra vez.

El cañón fue recargado a toda prisa y el general lo apuntó hacia la puerta de la casa. Hubo otro estampido, y la entrada voló hacia dentro entre una lluvia de astillas. La calle se llenó de humo.

—¡Adelante! —Este era el mismo Napoleón que había cargado en el puente de Areola. Los franceses avanzaron, yo con ellos y su general con la espada desenvainada. Irrumpimos en la entrada y abrimos fuego sobre la escalera. Un sirviente, joven y negro, rodó peldaños abajo. El grupo de asalto saltó sobre su cuerpo y corrió escalera arriba. En el tercer piso llegamos al lugar donde había impactado la bala de cañón. El agujero de bordes irregulares daba a los tejados de Alejandría y la habitación estaba llena de escombros. Un anciano con un mosquete estaba medio enterrado bajo los fragmentos de piedra, obviamente muerto. Otro mosquete había sido proyectado contra una pared, que le había roto la culata. Varios más estaban esparcidos por el suelo como cerillas. Una segunda figura, quizá la que le cargaba los mosquetes al anciano, había sido arrojada a un rincón por la onda expansiva del cañonazo, y se agitaba débilmente bajo una mortaja de escombros.

No había nadie más en la casa.

—Toda una demostración de potencia de fuego para venir de un ejército de dos —comentó Napoleón—. Si todos los alejandrinos hubieran combatido así, yo aún

estaría extramuros.

Me dirigí hacia el combatiente conmocionado en el rincón, y me pregunté quiénes serían aquella pareja. El anciano al que habíamos matado parecía completamente árabe, y había algo raro en su asistente. Levanté una sección de persiana rota.

—Cuidado, *monsieur* Gage, podría tener un arma —me advirtió Bonaparte—. Dejemos que Georges acabe con él de un bayonetazo.

Yo ya había visto suficientes bayonetas en acción por un día, y fingí no haberlo oído. Me arrodillé y levanté del suelo la cabeza del aturdido atacante para ponérmela en el regazo. La figura gimió y parpadeó, con los ojos desenfocados. Una súplica salió de sus labios en forma de graznido.

—Agua.

El tono de la voz y la delicadeza de los rasgos me dejaron perplejo. Comprendí que el combatiente herido era una mujer, con la cara llena de residuos de pólvora pero por lo demás reconocible como joven, sin heridas y bastante hermosa.

Y la petición había sido formulada en mi idioma.

Un rápido registro de la casa reveló unos recipientes con un poco de agua en la planta baja. Le di una taza llena a la mujer, tan curioso como los franceses por saber cuál podía ser su historia. Este gesto, y el hecho de que luego le hablara en mi idioma, parecieron ganarme cierta confianza.

—¿Cómo os llamáis?

Ella tragó saliva, parpadeó y clavó los ojos en el techo.

—Astiza.

—¿Por qué nos combatís?

Me miró, y los ojos se le desorbitaron de sorpresa como si hubiera visto a un fantasma.

—Yo cargaba las armas.

—¿Para tu padre?

—Para mi señor. —Trató de incorporarse—. ¿Está muerto?

—Sí.

Su expresión era inescrutable. Estaba claro que era o una esclava o una sirvienta; ¿lamentaba que hubieran matado a su amo o se sentía aliviada por su liberación? Parecía un poco perpleja al pensar en su nueva situación. Reparé en un amuleto de extraña forma que llevaba al cuello. Era de oro, bastante incongruente para una esclava, y tenía la forma de un ojo almendrado con la pupila de ónice negro. Una ceja se curvaba sobre él, y debajo había una extensión trazada en otra curva llena de gracia. El efecto general era impresionante. Mientras tanto, la mirada de la joven iba del cuerpo de su amo a mi persona.

—¿Qué dice? —preguntó Bonaparte en francés.

—Me parece que es una esclava. Le cargaba los mosquetes a su señor, ese

hombre de ahí.

—¿Cómo es que una esclava egipcia sabe inglés? ¿Son espías británicos?

Le formulé a la joven la primera pregunta del general.

—La madre del amo Ornar era egipcia y su padre era inglés —respondió ella—. Mantenía relaciones comerciales con Inglaterra. Para perfeccionar su dominio de la lengua inglesa, la usábamos en esta casa. También hablo árabe y griego.

—¿Griego?

—Mi madre era de Macedonia y fue vendida en El Cairo. Me crie aquí. Soy una griega egipcia. —Lo dijo con orgullo.

Me volví hacia el general.

—Podría servirnos de intérprete —dije en francés—. Habla árabe, griego e inglés.

—Una intérprete para vos, no para mí. Debería tratarla como a una partisana. —El que hubieran disparado contra él lo había puesto de muy mal humor.

—Seguía las instrucciones de su amo. Tiene sangre macedonia.

Eso lo interesó.

—¿Macedonia? Alejandro Magno era macedonio; fundó esta ciudad y conquistó el Oriente antes que nosotros.

Yo tengo debilidad por las mujeres, y la fascinación de Napoleón por el antiguo constructor de imperios griego me dio una idea.

—¿No os parece que la supervivencia de Astiza después de que disparaseis el cañón es un portento del destino? ¿Cuántos macedonios puede haber en esta ciudad? Y aquí nos encontramos con una que habla mi lengua natal. Podría sernos más útil viva que muerta. Puede ayudar a explicarnos Egipto.

—¿Qué va a saber una esclava?

La miré. Astiza observaba nuestra conversación sin entenderla, pero sus ojos eran grandes, luminosos e inteligentes.

—Ha recibido alguna clase de instrucción.

Bueno, todo lo que fuese hablar del destino siempre intrigaba a Napoleón.

—Una suerte para ella, entonces, y para mí, que seáis vos quien la ha encontrado. Decidle que he dado muerte a su amo en combate y que eso me convierte en su nuevo amo. Y que yo, Napoleón, la adjudico a mi aliado americano: vos.



veces la victoria es más complicada que la batalla. Un ataque puede ser la simplicidad encarnada; la administración es una caótica pesadilla. Así fue en Alejandría. Bonaparte no vaciló en aceptar la rendición del sultán Mohamed el-Koraim y desembarcó velozmente al resto de sus tropas, artillería y caballos. Los soldados y científicos se alegraron durante cinco minutos al pisar tierra firme, y luego empezaron a quejarse de la falta de alojamientos, la escasez de agua potable y la confusión que imperaba en los suministros. El calor era palpable, un peso con el que había que cargar, y el desierto lo cubría todo con un fino polvo. Había trescientos franceses y más de un millar de alejandrinos muertos y heridos, y no existía hospital adecuado para ninguno de los dos grupos. Los europeos heridos fueron llevados a mezquitas o palacios confiscados, con la comodidad de sus regios aposentos echada a perder por el dolor, el calor y las moscas que zumbaban. En cuanto a los heridos egipcios, fueron abandonados a su suerte. Muchos murieron.

Mientras tanto, los transportes se enviaron de vuelta a Francia y los navíos de guerra anclaron a la defensiva en la bahía de Abukir, próxima a Alejandría. Los invasores aún temían la reaparición de la flota de Nelson.

La mayoría de los soldados desembarcados acamparon en las plazas de la ciudad o en las dunas que la circundaban. Los oficiales fueron más afortunados, ya que se apropiaron de las mejores casas. Talma y yo compartíamos, con varios oficiales, la casa que había ayudado a tomar de manos del amo de Astiza. En cuanto la esclava se recuperó de su aturdimiento, pareció aceptar su nueva situación con una extraña ecuanimidad, y me estudió por el rabillo del ojo como si intentara determinar si yo era una calamidad sin paliativos o quizás una nueva oportunidad. Fue ella la que cogió unas cuantas monedas, hizo trueques con los vecinos y nos proporcionó comida, todo eso sin dejar de deplorar en voz baja nuestra ignorancia de los usos egipcios y la barbarie de nuestras costumbres. Como si acatara la voluntad del destino, Astiza nos adoptó al mismo tiempo que nosotros la adoptábamos a ella. Era diligente pero recelosa, obediente pero resignada, alerta pero asustadiza. Me intrigaba, como me ocurre con demasiadas mujeres. Franklin tenía la misma flaqueza y, de hecho, también todo el ejército: había centenares de esposas, amantes y prostitutas que habían decidido ganarse la vida con su cuerpo. Una vez desembarcadas, las mujeres francesas prescindieron de sus atuendos masculinos para ponerse vestidos que exhibían una parte más grande de sus encantos, para gran horror de los egipcios. Las mujeres también resultaron ser al menos tan duras como sus hombres, y soportaron lo primitivo de las condiciones con menos quejas que los soldados. Los árabes las miraban con miedo y fascinación.

Para mantener ocupadas a sus tropas, Napoleón envió a una parte de ellas hacia el

Nilo por tierra, en una marcha aparentemente fácil donde sólo habría que recorrer unos cien kilómetros. Pero este primer paso hacia El Cairo demostró ser muy cruel, porque lo que prometía ser ricas tierras del delta se hallaba atrofiado al final de la estación seca, justo antes de la crecida del Nilo. Algunos de los pozos estaban secos; otros habían sido envenenados o rellenados con piedras. Las aldeas eran de adobe, y los granjeros intentaban esconder sus escasos pollos y cabras enflaquecidas. Al principio los soldados pensaron que los campesinos eran sumamente ignorantes porque rechazaban el dinero francés y, sin embargo, vendían de mala gana comida y agua a cambio de los botones de los uniformes. Sólo pasado un tiempo descubriríamos que los campesinos esperaban que sus gobernantes mamelucos saliesen vencedores, y que mientras que una moneda francesa indicaría colaboración con los cristianos, se supondría que un botón había sido obtenido de los muertos europeos.

El asfixiante avance de las tropas se podía seguir por la columna de polvo que estas iban dejando. La temperatura superaba los cuarenta grados y algunos soldados, deprimidos y enloquecidos por la sed, cometieron suicidio.

Las cosas no pintaban tan mal para los que nos habíamos quedado en Alejandría. Miles de botellas de vino fueron desembarcadas junto con el rancho de raciones de infantería, y uniformes de gala llenaron las calles como en un aviario tropical donde el plumaje multicolor quedara realizado por charreteras, trencillas, galones y entorchados. Los dragones y los fusileros llevaban chaquetas verdes, los oficiales se ceñían la cintura con fajines rojos, los cazadores lucían escarapelas tricolores y los carabineros alardeaban de sus plumas escarlata. Empecé a saber algo de ejércitos. Algunas ramas tomaban el nombre de sus armas, como el mosquete ligero llamado fusil con el que se equipó originalmente a los fusileros las granadas suministradas a la infantería pesada llamada granaderos, y las carabinas cortas distribuidas a los carabineros vestidos de azul. Los *chasseurs*, o cazadores, eran tropas ligeras equipadas para la acción rápida. Las unidades de húsares de chaqueta roja eran caballería ligera o exploradores, y habían tomado el nombre de sus primas en Europa central. Los dragones eran caballería pesada y el casco que llevaban servía para desviar los golpes de sable.

El plan general de batalla consistía en que la infantería ligera confundiera al enemigo mientras lo bombardeaba la artillería, hasta que una línea o columna de infantería pesada que acumulaba una gran potencia de fuego pudiera asestar el golpe decisivo para romper la formación adversaria. Entonces llegaría la caballería para concluir la destrucción. En la práctica, las funciones de dichas unidades a veces se superponían, y en Egipto la labor del ejército francés se había visto considerablemente simplificada por la confianza que depositaban los mamelucos en la caballería y la escasez francesa de efectivos de dicha arma.

Añadida al contingente francés estaba la Legión de Malta, reclutada cuando los franceses tomaron dicha isla, y mercenarios árabes como Ahmed bin Sadr. Napoleón

ya tenía planes para alistar a una compañía de mamelucos, una vez derrotados, y organizar un cuerpo de camellos con cristianos egipcios.

Los efectivos de tierra ascendían a un total de treinta y cuatro mil hombres, de los cuales veinte mil eran de infantería, tres mil de caballería y otros tantos de artillería. Había una grave carestía de caballos que sería remediada sólo lenta y trabajosamente. Bonaparte desembarcó 171 cañones, que iban desde las piezas de sitio con proyectiles de once kilos hasta las piezas ligeras de campaña capaces de efectuar hasta tres disparos por minuto; pero una vez más, la falta de caballos limitaba la cantidad de piezas que podía desplazar a un tiempo. La tropa de infantería estaba aún peor equipada, y padecía especialmente el calor al tener que cargar con los pesados mosquetes de 1777, las mochilas de cuero, los uniformes alpinos de lana azul y los bicornios. Los dragones se achicharraban bajo sus cascos de metal, y los cuellos de los uniformes se apelmazaban a causa de la sal. Nosotros, los sabios, no vestíamos de manera tan estricta —podíamos quitarnos las chaquetas—, pero nos veíamos igualmente afectados por el calor y boqueábamos como peces atrapados en la playa. Salvo cuando viajábamos, yo iba sin la prenda que había hecho que los soldados me motejaran «Chaqueta verde» (así como «El hombre de Franklin»). Una de las primeras órdenes dadas por Bonaparte fue la de hacerse con algodón para nuevos uniformes; pero estos tardarían meses en estar listos y, cuando lo estuvieron, resultaron ser demasiado fríos para el invierno egipcio.

La ciudad fue una decepción, como he dicho. Parecía medio vacía y medio en ruinas. No había ningún tesoro, muy poca sombra y ni una sola tentadora otomana. Las mujeres árabes más hermosas y ricas o estaban a buen recaudo allí donde no podían ser vistas o habían huido a El Cairo. Las pocas que aparecían normalmente iban cubiertas de pies a cabeza como los sacerdotes de la Inquisición, y atisbaban el mundo por encima del borde de sus velos o a través de minúsculas rendijas para los ojos en sus capuchas. Las campesinas, en cambio, vestían de forma muy inmodesta —algunas de las más pobres enseñaban los pechos con tanta despreocupación como los pies—, pero se las veía flacas, sucias y enfermas. La promesa hecha por Talma de que habría hermosos harenes y jóvenes bailarinas exóticas parecía una broma de mal gusto.

Mi compañero tampoco había encontrado ninguna cura milagrosa hasta el momento. Pocas horas después del desembarco Talma anunció que sucumbía a nuevas fiebres y desapareció en el *souk* a la búsqueda de fármacos. Volvió con meros remedios de charlatanes. Un hombre al que le repugnaba la carne probó valerosamente antiguas medicinas egipcias como sangre de gusano, excrementos de asno, ajo triturado, leche de madre, diente de cerdo, cerebro de tortuga y veneno de serpiente.

—Talma, lo único que vas a conseguir con esto será que te den cagaleras —lo sermoneé.

—Me limpia el organismo. Mi boticario me contó que algunos sacerdotes

egipcios llegaron a vivir mil años. Se lo ve muy venerable.

—Se lo pregunté y tiene cuarenta años. El calor y sus venenos lo han arrugado como una pasa.

—Estoy seguro de que bromeaba. Me contó que cuando se me pasen los retortijones, tendré el vigor de un muchacho de dieciséis años.

—Y, por lo visto, el mismo sentido común.

Talma volvía a andar sobrado de dinero. Aunque era un civil, su papel como periodista hacía de él esencialmente un adjunto del ejército y había escrito un relato de nuestro ataque tan halagador que apenas lo reconocí. El jefe de la plana mayor de Napoleón, Berthier, había correspondido al favor con una discreta paga extra como recompensa. Pero poco vi en los mercados de Alejandría que mereciese ser comprado. El *souk* era tórrido y oscuro, estaba lleno de moscas y apenas disponía de nada desde que habíamos tomado la ciudad. Aun así, a través de astutos regateos, los taimados comerciantes desplumaron a nuestros aburridos soldados más concienzudamente de lo que había sido saqueada su propia ciudad. Aprendieron con asombrosa rapidez un torpe francés. «¡Venga, mire mi puesto! ¡Aquí está lo que busca! ¿No quiere? ¡Entonces yo sé qué necesita usted!».

Astiza era una feliz excepción a nuestra desilusión. Cuando se la sacó de los escombros y se le dio ocasión de limpiarse, obró una maravillosa transformación. Ni tan rubia como los feroces mamelucos ni tan oscura como los plebeyos egipcios, sus rasgos, su porte y el color de su tez eran simplemente mediterráneos: piel de aceituna brillantada por el sol, pelo azabache surcado por franjas cobrizas que resultaba magnífico en su abundancia, ojos casi almendrados y líquidos, mirada recatada, manos y tobillos muy finos, pechos erguidos, cintura esbelta, caderas arrebatadoras. Una encantadora, en otras palabras, una Cleopatra; y yo me extasié ante mi suerte hasta que Astiza me dejó claro que veía su rescate como discutible, y a mí con desconfianza.

—Sois una plaga de bárbaros —anunció—. Sois la clase de hombres que no tienen ningún lugar al cual llamar propio; por eso vais a todas partes, alterando las vidas de la gente sensata.

—Estamos aquí para ayudaros.

—¿He pedido yo vuestra ayuda, a punta de cañón? ¿Pidió Egipto ser invadido, ser investigado, ser salvado?

—Egipto está oprimido —argumenté yo—. El que esté tan atrasado invitaba a rescatarlo.

—¿Atrasado para quién? Mi gente vivía en palacios cuando vosotros vivíais en chozas. ¿Qué me dices de tu hogar?

—No tengo hogar, la verdad.

—¿No tienes padres?

—Murieron.

—¿No tienes esposa?

—Estoy soltero y sin compromiso. —Sonreí, tentadoramente.

—Eso no debería extrañarme. ¿No tienes patria?

—Siempre me ha gustado viajar, y tuve ocasión de visitar Francia cuando aún era un muchacho. Acabé de crecer allí con un hombre famoso llamado Benjamín Franklin. Me gusta América, mi tierra natal, pero tengo el alma errante. Además, las esposas quieren anidar.

Astiza me miró con lástima.

—No es natural, el modo en que pasas tu vida.

—Lo es si te gusta la aventura. —Decidí cambiar de tema—. ¿Qué es ese collar tan interesante que llevas?

—Un ojo de Horus, hombre sin hogar.

—¿El ojo de quién?

—Horus es el dios halcón que perdió un ojo cuando luchó contra el malvado Seth. —¡Ahora me acordaba! Algo relacionado con la resurrección, sexo entre hermano y hermana, y con ese Horus fruto del incesto. Escándalo puro—. De la misma forma en que Egipto combate a vuestro Napoleón, así combatió Horus a la oscuridad. El amuleto trae buena suerte.

Sonreí.

—¿Significa eso que es una suerte que ahora me pertenezcas?

—O que será una suerte que viva lo suficiente para veros marchar a todos.

Astiza nos preparaba platos a los que yo no era capaz de poner nombre —cordero con guisantes y lentejas, a eso sabían—, y los servía con tal cara de estar cumpliendo una obligación muy desagradable que me sentí tentado de adoptar algún perro callejero para usarlo como catador de venenos. Pero la comida era sorprendentemente buena y Astiza se negaba a recibir ninguna clase de pago a cambio.

—Si descubren que tengo monedas vuestras me decapitarán, una vez que los mamelucos os hayan matado a todos.

Sus servicios no se extendían a los anocheceres, aunque las noches de las costas egipcias pueden ser tan frescas como calientes son los días.

—En Nueva Inglaterra nos envolveríamos en una manta para no pasar frío —le informé ese primer anochecer—. Puedes acercarte un poco más, si quieres.

—Si no fuese porque nuestra casa ha sido invadida por todos esos oficiales vuestros, ni siquiera dormiríamos en la misma habitación.

—¿Por las enseñanzas del profeta?

—Mis enseñanzas provienen de una diosa egipcia, no de esos mamelucos enemigos de las mujeres que gobiernan mi país. Y tú no eres mi esposo, eres mi captor. Además, hueles a cerdo.

Olisqueé el aire, un tanto desalentado.

—¿Así que no eres musulmana?

—No.

—¿Ni judía o cristiana copta o católica griega?

—No.

—¿Y quién es esa diosa?

—Una de la que nunca has oído hablar.

—Háblame de ella. Estoy aquí para aprender.

—Entonces entiende lo que hasta un ciego podría ver. Los egipcios han vivido en esta tierra durante diez mil años, sin pedir ni necesitar nada nuevo. Hemos tenido una docena de conquistadores, y ninguno de ellos nos ha deparado tanta satisfacción como la que teníamos originariamente. Centenares de generaciones de hombres errantes como tú sólo han logrado empeorar las cosas, no mejorarlas. —No quiso decirme más, ya que me consideraba demasiado ignorante para comprender su fe y demasiado bueno para sonsacarle nada a golpes. Lo que hizo fue obedecer mis órdenes sin deponer sus aires de duquesa—. Egipto es la única tierra de la antigüedad en la que las mujeres tenían los mismos derechos que los hombres —afirmó, impenetrable al ingenio y el encanto.

Me tenía perplejo, francamente.

Bonaparte estaba teniendo igual cantidad de problemas para ganarse a la población. Dictó una proclama bastante larga. Puedo dar una idea de su tono y de los instintos políticos del general, citando el principio:

En nombre de Dios, el clemente y misericordioso. No hay más divinidad que Alá, que no tiene ningún hijo y no comparte Su poder con nadie.

En nombre de la República francesa, fundada sobre la libertad y la igualdad, el comandante en jefe Bonaparte hace saber que a los beys que gobiernan Egipto se les ha acabado el insultar a la nación francesa y oprimir a los comerciantes franceses: ha llegado la hora de su castigo.

La cuadrilla de esclavos mamelucos, adquiridos en Georgia y el Cáucaso, lleva demasiados años tiranizando la región más hermosa del mundo. Pero Dios Todopoderoso, que gobierna el universo, ha decretado que su reinado llegue a su fin.

Pueblo de Egipto, se os dirá que he venido a destruir vuestra religión. ¡No creáis a los impostores que os digan tal cosa! Respondedles que he venido para devolveros vuestros derechos y castigar a los usurpadores; que yo adoro a Dios más que los mamelucos y que respeto a Su profeta Mahoma y el admirable Corán...

—Todo un comienzo religioso —observé cuando Dolomieu leyó la proclama en tono melodramático.

—Sobre todo para un hombre que cree completamente en la utilidad de la religión y absolutamente nada en la realidad de Dios —contestó el geólogo—. Si los egipcios se tragan este montón de estiércol de establo, merecen ser conquistados.

Una cláusula al final de la proclama era bastante más directa: «*Se prenderá fuego*

a todas las aldeas que tomen las armas contra mi ejército».

Las súplicas religiosas de Napoleón no sirvieron de nada. Alejandría no tardó en saber que los mulás de El Cairo nos habían declarado infieles. ¡Adiós al liberalismo revolucionario y la unidad de la religión! Un contrato por trescientos caballos y quinientos camellos que había sido negociado con los jeques locales se evaporó de inmediato, y se incrementaron el hostigamiento y la acción de los francotiradores. La seducción de Egipto iba a ser más difícil de lo que nuestro general hubiera esperado. Durante las primeras etapas de su avance sobre El Cairo, la mayor parte de los jinetes marcharían con la silla de montar puesta en la cabeza, y Bonaparte aprendería mucho en esa campaña sobre la importancia de la logística y el abastecimiento.

Mientras tanto, la población de Alejandría fue desarmada y se le ordenó lucir la escarapela tricolor. Los pocos que obedecieron la orden estaban francamente ridículos. Talma, sin embargo, escribió que todos se alegraban de haber sido liberados de sus señores mamelucos.

—¿Cómo puedes enviar semejantes estupideces a Francia? —le dije—. La mitad de la población ha huido, las balas de cañón han llenado la ciudad de agujeros y su economía se ha desplomado.

—Hablo del espíritu, no del cuerpo. Les hemos levantado el ánimo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Bonaparte. Nuestro benefactor, y nuestra única fuente de órdenes para volver a casa.

Fue durante mi tercera noche en Alejandría cuando me di cuenta de que no había dejado atrás a mis perseguidores en la diligencia de Tolón.

Me había costado mucho conciliar el sueño. Empezaba a haber filtraciones sobre las atrocidades que cometían los beduinos con cualquier soldado al que capturasen lejos de su unidad. Aquellas tribus desérticas recorrían los desiertos de Libia y Arabia como los piratas recorren el mar, haciendo presa indiscriminadamente en mercaderes, peregrinos y soldados rezagados. Montados en camellos y capaces de retirarse a la desolación de las arenas, se mantenían fuera del alcance de nuestro ejército. Mataban o capturaban a los incautos. Los hombres eran violados, quemados, castrados o atados a estacas clavadas en la arena para acabar muriendo en el desierto. Siempre he sido maldecido con una imaginación muy vivida para ese tipo de cosas, y podía imaginar con demasiada claridad cómo se les podía cortar el cuello a los soldados mientras dormían. Se introducían escorpiones en botas y mochilas; se ocultaban serpientes entre recipientes de comida; se arrojaban animales muertos a pozos tentadores. El aprovisionamiento era un caos, los científicos estaban nerviosos e irritables, y Astiza se mantenía reservada como una monja en un cuartel. Moverse con aquel calor era como tirar de un pesado trineo. ¿En qué locura me había alistado? No había hecho ningún progreso en el desciframiento de lo que podía significar el

medallón, y tampoco había visto nada parecido en Alejandría. Así que me dediqué a cavilar, inquieto e insatisfecho, hasta que llegué a estar lo bastante cansado para dormirme.

Desperté con un sobresalto. ¡Alguien o algo se me había caído encima! Mi mano buscaba a tientas un arma cuando reconocí el aroma de clavos y jazmín. ¿Astiza? ¿Había cambiado de parecer? Estaba sentada a horcajadas sobre mí, con un muslo sedoso apretado a cada lado de mi pecho, e incluso en el estupor de la somnolencia mi primer pensamiento fue: «Ah, esto ya me gusta más». La cálida presión de las piernas de Astiza empezó a despertar todas las partes de mi ser, y las encantadoras líneas de su torso coronado por la melena de color azabache quedaban deliciosamente silueteadas en la oscuridad. Entonces la luna salió de detrás de una nube y a través de los barrotes de nuestra ventana se filtró luz suficiente para permitirme ver que Astiza tenía los brazos levantados sobre su cabeza, con algo brillante y afilado en las manos.

Era mi tomahawk.

Astiza golpeó.

Me retorcí en un espasmo de terror, pero sus piernas me tenían atrapado. La hoja del tomahawk silbó junto a mi oreja y se oyó un golpe sordo, acompañado de un siseo, cuando mordió el suelo de madera. Algo caliente y vivo me abofeteó la coronilla. Astiza liberó el tomahawk y volvió a golpear, y la hoja resonó una vez más junto a mi oreja. Permanecí paralizado mientras algo que parecía estar hecho de cuero se retorció junto a mi coronilla hasta quedar finalmente inmóvil.

—Serpiente —susurró Astiza. Miró hacia la ventana—. Beduino.

Se me quitó de encima y me levanté de la cama. No conseguía dejar de temblar. Vi que alguna clase de víbora había sido cortada en varias porciones, y su sangre había salpicado mi almohada. Gruesa como el brazo de un niño, los colmillos le asomaban de la boca.

—¿Alguien puso esto aquí?

—La dejó caer por la ventana. Oí que el villano se escabullía como una cucaracha, demasiado cobarde para hacernos frente. Deberías darme una pistola para que pudiese protegerte como es debido.

—¿Protegerme de qué?

—No sabes nada, americano. ¿Por qué Ahmed bin Sadr pregunta por ti adondequiera que va?

—¡Bin Sadr! —Era el beduino que había entregado varias manos y orejas cortadas, y cuya voz había sonado como la del farolero de París, por muy absurdo que pareciese—. No sabía que era él.

—En Alejandría todos saben que has hecho de él tu enemigo. Bin Sadr no es un enemigo que quieras tener. Deambula por el mundo, tiene una banda de asesinos y es seguidor de Apofis.

—¿Quién diablos es Apofis?

—El dios serpiente del averno subterráneo que cada noche debe ser derrotado por

Ra. Tiene legiones de esbirros, como el dios demonio Ras al-Ghul.

Por los dientes de Washington, todavía más disparates paganos. Me pregunté si no habría adquirido una lunática.

—Cualquiera diría que a tu dios del sol le gusta complicarse la vida —bromeé con voz temblorosa—. ¿Por qué no se limita a cortarlo en trocitos como has hecho tú y se libra de él para siempre?

—Porque si bien Apofis puede ser derrotado, nunca puede ser destruido. El mundo fue hecho así. Todas las cosas son eternamente duales, agua y suelo, tierra y cielo, bien y mal, vida y muerte.

Aparté la serpiente de una patada.

—¿Así que esto es obra de algún culto que adora a la serpiente?

Astiza sacudió la cabeza.

—¿Cómo has podido buscarte tantos problemas tan deprisa?

—Pero yo no le he hecho nada a Bin Sadr. ¡Es nuestro aliado!

—Bin Sadr sólo está aliado consigo mismo. Tú tienes algo que él quiere.

Miré los trozos de reptil.

—¿El qué? —Pero yo ya lo sabía, pues me bastaba con sentir el peso del medallón suspendido de su cadena. Bin Sadr era el farolero que empuñaba una vara rematada por una cabeza de serpiente que, nadie sabía cómo, ostentaba una identidad dual como pirata del desierto. Tenía que haber estado trabajando para el conde Silano la noche en que gané el medallón. ¿Cómo había ido de París a Alejandría? ¿Por qué desempeñaba funciones de esbirro para Napoleón? ¿Por qué le importaba tanto el medallón? ¿No estaba de nuestro lado? Por un instante me sentí tentado de entregarle aquella cosa al próximo atacante que se presentara y librarme de esa pesada carga. Pero lo que realmente me disgustaba era que a nadie se le ocurriese pedírmelo de una forma educada. Me agitaban pistolas en la cara, me robaban las botas y arrojaban serpientes a mi cama.

—Déjame dormir en tu rincón, lejos de la ventana —le pedí a mi protectora—. Voy a cargar mi rifle.

Para mi sorpresa, Astiza consintió. Pero en lugar de acostarse conmigo, se puso en cuclillas ante el brasero, abanicó las ascuas para avivarlas y les echó unas cuantas hojas. Un humo acre se elevó del brasero, y comprendí que estaba haciendo una figurita humana con cera. La vi clavar una astilla de madera en la mejilla de la figura. Yo había visto hacer la misma cosa en las Islas del Azúcar. ¿Se habría originado aquella magia en Egipto? Después Astiza se puso a hacer extrañas marcas en una hoja de papiro.

—¿Qué haces?

—Duérmete. Estoy preparando un hechizo.

Como estaba impaciente por salir de Alejandría antes de que me cayera otra

serpiente en la cabeza, me puse muy contento cuando los científicos me ofrecieron la oportunidad de seguir rumbo a El Cairo antes de lo previsto sin tener que soportar los calores del delta de tierra. Monge y Berthollet iban a hacer el trayecto por vía fluvial. Los sabios navegarían en dirección este hasta la boca del Nilo y luego ascenderían por el río hasta la capital.

—Venid con nosotros, Gage —ofreció Monge—. Mejor cabalgar que caminar. Traed también al escritor Talma. Y vuestra chica puede ayudar a cocinar para todos.

Utilizaríamos un *chebek*, una embarcación de vela de poco calado llamada *Le Cerf*, armada con cañones y capitaneada por Jacques Perree, que era capitán de la armada francesa. Sería el navío insignia de una pequeña flotilla de cañoneras y embarcaciones de avituallamiento que seguirían al ejército río arriba.

Nos pusimos en camino con las primeras luces del alba, y a mediodía contorneábamos la bahía de Abukir, a un día de marcha de Alejandría yendo hacia el este. La flota francesa había echado el ancla allí, desplegada en formación de batalla para servir como defensa contra cualquier reaparición de los navíos de Nelson. Era un espectáculo impresionante, cuatro fragatas y una docena de navíos de línea atracados en un muro intacto, quinientos cañones enfilados hacia el mar. Pudimos oír los silbatos de los contramaestres y los gritos de los marineros flotando sobre las aguas mientras pasábamos a su lado. Luego fuimos hacia el gran río, para adentrarnos en la corriente marrón que se curvaba dentro del Mediterráneo y cabecear sobre las olas que se encrepaban al chocar con la barra del río.

Egipto, me informó Berthollet, fascinaba a los franceses desde hacía décadas. Aislado del mundo exterior por la conquista árabe en el año 640, sus antiguas glorias nunca habían sido vistas por la mayoría de los europeos y sus legendarias pirámides eran más conocidas a través de los relatos fantásticos que por la verdad histórica. Una nación del tamaño de Francia mayormente desconocida.

—Ningún país del mundo tiene una historia tan intensa como Egipto —me explicó el químico—. Cuando el historiador griego Herodoto vino aquí a dejar constancia de sus glorias, las pirámides ya eran más antiguas para él que Jesucristo lo es para nosotros. Los egipcios edificaron un gran imperio, y luego una docena de conquistadores dejaron su huella aquí: griegos, romanos, asirios, libios, nubios, persas. Este país empezó a existir hace tanto tiempo que ya nadie se acuerda de sus inicios. Nadie sabe interpretar los jeroglíficos, así que no sabemos lo que dice ninguna de las inscripciones. Los egipcios de hoy en día cuentan que las ruinas fueron construidas por gigantes o magos.

Así había dormitado Egipto, me relató, hasta que durante los últimos años el puñado de comerciantes franceses asentados en Alejandría y El Cairo empezó a verse hostigado por los arrogantes mamelucos. Los jefes otomanos de Estambul que habían gobernado Egipto desde 1517 no se mostraron demasiado deseosos de intervenir. Francia tampoco deseaba ofender a los otomanos, sus útiles aliados contra

Rusia. La situación hirvió a fuego lento hasta que Bonaparte, con sus sueños juveniles de gloria oriental, conoció a Talleyrand, con su profunda comprensión de la geopolítica global. La pareja concibió el gran proyecto de «liberar» Egipto de la casta mameluca como un «favor» al sultán en Estambul. Reformarían un rincón atrasado del mundo árabe y crearían un trampolín para contrarrestar los avances británicos en la India. «La potencia europea que controle Egipto —le había escrito Napoleón al Directorio— controlará también, con el tiempo, la India». Había esperanzas de poder recrear el antiguo canal que en tiempos pasados unía el Mediterráneo con el mar Rojo. El objetivo final era conectar con un pacha indio llamado Tippoo Sahib, un francófilo que había visitado París, usaba el título de «Ciudadano Tippoo» y entre cuyos entretenimientos palaciegos figuraba un tigre mecánico que devoraba muñequitos ingleses. Tippoo combatía a un general británico llamado Wellesley en el sur de la India, y Francia ya le había enviado armas y asesores.

—La guerra en Italia pagó con creces lo que costó librarla —dijo Berthollet—, y gracias a Malta podemos estar seguros de que esta también lo hará. El corso ha sabido hacerse popular entre el Directorio porque sus batallas aportan beneficios.

—¿Todavía veis a Bonaparte como un italiano?

—Es hijo de su madre. Una vez nos contó una historia sobre cómo ella desaprobaba la descortesía con que él trataba a los invitados. Bonaparte ya era demasiado mayor para darle una azotaina así que su madre esperó hasta que empezó a quitarse la ropa, estuvo lo bastante desnudo para sentirse indefenso y avergonzado, y se le echó encima para darle un buen capón en la oreja. ¡Paciencia y venganza son las lecciones de un corso! Un francés disfruta de la vida, pero un italiano como Bonaparte la planea. Como los antiguos romanos o los bandidos de Sicilia, el pueblo de Bonaparte cree en el clan, la avaricia y la venganza. Es un soldado realmente brillante, pero tiene presentes tantas afrentas y humillaciones que a veces no sabe cuándo dejar de hacer la guerra. Ese, sospecho, es su punto débil.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí, doctor Berthollet? ¿Vos, y el resto de los estudiosos? Seguramente no vais en busca de la gloria militar. Ni del tesoro.

—¿Sabéis algo acerca de Egipto, *monsieur* Gage?

—Tiene arena, camellos y sol. Aparte de eso, sé muy poco.

—Sois sincero. Ninguno de nosotros sabe gran cosa sobre esta cuna de la civilización. Nos llegan historias de vastas ruinas, extraños ídolos y una escritura indescifrable, pero ¿quién en Europa ha visto realmente esas cosas? Los hombres quieren aprender. ¿Qué es el oro maltés comparado con ser el primero en ver las glorias del antiguo Egipto? He venido aquí en busca de la clase de descubrimiento que hace verdaderamente inmortales a los hombres.

—¿Por la fama?

—Por el conocimiento que perdurará eternamente.

—O por el conocimiento de la antigua magia —enmendó Talma—. Esa es la razón por la que se nos invitó a Ethan y a mí, ¿no?

—Si el medallón de vuestro amigo es realmente mágico —respondió el químico—. Naturalmente, hay una diferencia entre la historia y la fábula.

—Y una diferencia entre el mero deseo de una joya y el llegar a matar para hacerse con ella —contraatacó el escritor—. Nuestro americano no ha dejado de estar en peligro desde que la ganó a las cartas en París. ¿Por qué? No porque el medallón sea la clave de la gloria académica. Es la clave de otra cosa. Si no del secreto de la verdadera inmortalidad, entonces quizá de un tesoro perdido.

—Lo cual sólo demuestra que un tesoro puede llegar a crear demasiados problemas para que merezca la pena tenerlo.

—¿El descubrimiento es mejor que el oro, Berthollet? —pregunté, intentando aparentar despreocupación ante aquella charla llena de malos presagios.

—¿Qué es el oro, sino un medio para alcanzar un fin? Aquí tenemos ese fin. Los mejores placeres de la vida no cuestan dinero. Conocimiento, integridad, amor, hermosura natural. Fijaos en vos mismo, que acabáis de entrar en la boca del Nilo con una mujer exquisita. ¡Sois otro Antonio, con otra Cleopatra! ¿Qué hay más satisfactorio que eso? —Se retrepó en el asiento para echar una cabezada.

Miré a Astiza, que ya empezaba a entender el francés pero parecía conformarse con ignorar nuestra charla y mirar las bajas casas marrones de Rosetta mientras navegábamos junto a ellas. Una mujer hermosa, sí, pero que parecía tan remota e inalcanzable como los secretos de Egipto.

—Háblame de tu antepasado —le pregunté súbitamente en mi idioma.

—¿Qué? —Me miró con alarma, siempre reacia a entablar conversación.

—Háblame de Alejandro. Era macedonio como tú, ¿verdad?

Parecía incomodarla que un hombre le dirigiese la palabra en público; pero asintió lentamente, como para admitir que estaba en manos de unos rústicos del campo y tenía que acceder a nuestras torpes maneras.

—Y egipcio por elección, una vez que vio esta gran tierra. Ningún hombre lo ha igualado jamás.

—¿Y conquistó Persia?

—Fue desde Macedonia hasta la India, y antes de que hubiera alcanzado su objetivo la gente ya pensaba que Alejandro era un dios. Conquistó Egipto mucho antes que ese advenedizo francés vuestro, y atravesó las crueles arenas de nuestro desierto para asistir a la Primavera del Sol en el oasis de Siwah. Allí le fueron entregadas herramientas dotadas de poderes mágicos, y el oráculo proclamó que era un dios, hijo de Zeus y Amón, y le predijo que gobernaría el mundo entero.

—Tuvo que ser una buena carta de recomendación.

—Fue su deleite ante esta profecía lo que convenció a Alejandro para que fundara la gran ciudad de Alejandría. Marcó sus límites con granos de cebada pelados, según la costumbre griega. Cuando los pájaros acudieron en bandadas a comerse la avena, lo cual alarmó a los seguidores de Alejandro, sus videntes dijeron que eso significaba que gentes de otros lugares emigrarían a la nueva ciudad y esta alimentaría muchas

tierras. Estaban en lo cierto. Pero el general macedonio no tenía necesidad de profetas.

—¿No?

—Alejandro era dueño del destino. Sin embargo, murió o fue asesinado antes de que pudiera concluir su tarea, y sus símbolos sagrados de Siwah desaparecieron. Como el mismo Alejandro. Unos dicen que su cuerpo fue llevado a Macedonia; otros, que a Alejandría; pero aún hay quien dice que Tolomeo lo llevó a un lugar secreto en las arenas del desierto que sería su última morada. Como vuestro Jesús que ascendió a los cielos, Alejandro parece haberse esfumado de la faz de la tierra. Así que quizá fuera un dios, como dijo el oráculo. Igual que Osiris, que pasó a ocupar un lugar en los cielos.

Astiza no era una mera esclava o sirvienta. ¿Cómo diablos había llegado a enterarse de todo aquello?

—He oído hablar de Osiris —dije—. Su hermana Isis volvió a juntar los pedazos de su cuerpo.

Astiza me miró por primera vez con algo parecido al verdadero entusiasmo.

—¿Conoces a Isis?

—Es una diosa madre, ¿verdad?

—Isis y la Virgen María son reflejos la una de la otra.

—A los cristianos no les haría ninguna gracia oírtelo decir.

—¿No? Muchas de las creencias y los símbolos cristianos proceden de los dioses egipcios. La resurrección, la otra vida, la fecundación por un dios, las tríadas y trinitades, la idea de que un hombre puede ser mitad humano y mitad divino, el sacrificio, hasta las alas de los ángeles y las pezuñas y la cola bifurcada de los diablos; todo eso es miles de años anterior a vuestro Jesús. El código de vuestros Diez Mandamientos es una versión simplificada de la confesión negativa que hacían los egipcios para proclamar su inocencia cuando morían: «No maté». La religión es como un árbol. Egipto es el tronco, y todas las otras religiones son ramas.

—Eso no es lo que dice la Biblia. Había falsos ídolos, y el dios verdadero de los hebreos.

—¡Qué poco sabes acerca de tus propias creencias! He oído cómo les decías a los franceses que vuestra cruz es un símbolo romano de la ejecución, pero ¿qué clase de símbolo es ese para una religión de esperanza? En realidad, la cruz combina el instrumento de la muerte de vuestro salvador con nuestro instrumento de la vida, el *ankh*, nuestra antigua llave a la vida eterna. ¿Y por qué no? Egipto era el más cristiano de todos los países antes de que llegaran los árabes.

Por el fantasma de Cotton Mather, de no haber estado tan anonadado habría podido darle una buena zurra por blasfemia. No era sólo lo que decía Astiza, sino la tranquila seguridad en sí misma con que lo decía.

—Ninguna de las ideas bíblicas puede provenir de Egipto —farfullé.

—Yo pensaba que los hebreos habían huido de Egipto. Y que el niño Jesús había

residido aquí, ¿no? De todas formas, ¿qué más da? Pensaba que tu general nos había asegurado que el vuestro era un ejército cristiano. Hombres de ciencia impíos, ¿es eso lo que sois?

—Bueno, Bonaparte se pone y se quita los credos como otros hombres se ponen y se quitan la chaqueta.

—O los credos y las ciencias están más vinculados de lo que los francos están dispuestos a admitir. Isis es una diosa del conocimiento, el amor y la tolerancia.

—Y es tu diosa.

—Isis no le pertenece a nadie. Yo soy su sirvienta.

—¿Realmente adoras a un antiguo ídolo? —A mi pastor de Filadelfia ya le habría dado una apoplejía.

—Isis es más nueva que tu última respiración, americano, y tan eterna como el ciclo del nacimiento. Pero no espero que lo entiendas. Tuve que huir de mi amo en El Cairo porque él tampoco lo entendía, y se atrevió a corromper los antiguos misterios.

—¿Qué misterios?

—Los del mundo que te rodea. Los misterios del triángulo sagrado, el cuadrado de cuatro direcciones, el pentagrama del libre albedrío y el hexagrama de la armonía. ¿No has leído a Pitágoras?

—Estudió en Egipto, ¿verdad?

—Durante veintidós años; antes de que el conquistador persa Cambises lo llevara a Babilonia y acabara fundando su escuela en Italia. Enseñaba la unidad de todos los pueblos y las religiones, que el sufrimiento debía ser soportado valientemente y que una esposa es la igual de su marido.

—Suenan como si Pitágoras viera las cosas a tu manera.

—¡Pitágoras veía las cosas a la manera de los dioses! La geometría y el espacio encierran el mensaje de los dioses. El punto geométrico representa a Dios, la línea representa al hombre y a la mujer, y el triángulo es el número perfecto que representa el espíritu, el cuerpo y el alma.

—¿Y el cuadrado?

—Las cuatro direcciones, como he dicho. El pentágono era los conflictos; el hexagrama, las seis direcciones del espacio, y el doble cuadrado era la armonía universal.

—Lo creas o no, ya he oído una parte de todo esto de labios de un grupo llamado francmasones. Afirman enseñar del modo en que lo hacía Pitágoras, y dicen que la regla representa la precisión; el cuadrado, la rectitud; y el *malleto*, la voluntad.

Astiza asintió.

—Exacto. ¡Los dioses lo dejan todo muy claro y, sin embargo, los hombres permanecen ciegos! Busca la verdad, y el mundo será tuyo.

Bueno, aquel retazo del mundo, en todo caso. Nos habíamos adentrado bastante en el Nilo, esa maravillosa vía fluvial donde el viento suele soplar hacia sur y la corriente fluye hacia el norte, lo cual permite que haya tráfico en ambas direcciones.

—Has dicho que huiste de El Cairo. ¿Eres una esclava fugitiva?

—Es más complicado que eso. Egipto. —Señaló con el dedo—. Entiende nuestra tierra antes de intentar entender nuestra mente.

El aspecto de tostada reseca de todo lo que rodeaba a Alejandría había cambiado para darme otra imagen, exuberante y mucho más bíblica, que las historias de Moisés entre los juncos me habían hecho esperar. Campos intensamente verdes de arroz, trigo, maíz, azúcar y algodón formaban rectángulos entre filas de majestuosas palmeras datileras, rectas como columnas y llenas de su fruto naranja y escarlata. Bosques de plátanos y sicómoros susurraban bajo el viento. Búfalos de agua tiraban de arados, o levantaban sus cuernos del río en el que acababan de bañarse para gruñirle al fleco de lechos de papiro. La frecuencia de las aldeas construidas con ladrillos de adobe color chocolate se incrementó, a menudo coronadas por la aguja de un minarete. Pasamos junto a falúas con velas latinas atracadas en las aguas marrones; aquellas embarcaciones, de entre seis y diez metros de largo y guiadas mediante un remo muy largo, eran omnipresentes en el río. Había esquifes de remos más pequeños, apenas lo bastante grandes para que un individuo pudiese flotar en ellos, desde los cuales se veía a los pescadores arrojar sus redes. Burros equipados con arcos y anteojeras se movían en círculos para elevar el agua de los canales a una escena que no había cambiado en cinco mil años. El olor de las aguas del Nilo impregnaba la brisa fluvial. Nuestra flotilla de cañoneras y embarcaciones de avituallamiento desfilaba, la tricolor francesa ondeando al viento, sin dejar ninguna impresión discernible. La mayoría de los campesinos ni se molestaba en levantar los ojos de sus tareas para mirarnos.

A qué lugar tan extraño había ido yo a parar. Alejandro, Cleopatra, los árabes, los mamelucos, los antiguos faraones, Moisés y ahora Bonaparte. El país entero, incluido el curioso medallón que yo llevaba alrededor del cuello, era un montón de basura extraída del vertedero de la historia. Me puse a pensar en Astiza, quien parecía tener un pasado bastante más complicado de lo que hubiera sospechado. ¿Acaso podría reconocer en el medallón algo que yo era incapaz de ver?

—¿Qué hechizo lanzaste en Alejandría?

Pasaron unos instantes antes de que Astiza me respondiera de mala gana.

—Uno para mantenerte a salvo, como una advertencia dirigida a otro. Y un segundo hechizo para el inicio de tu sabiduría.

—¿Puedes volverme inteligente?

—Eso quizá sea imposible. Pero a lo mejor puedo abrirte los ojos.

Reí, y Astiza por fin se permitió una leve sonrisa. Al escucharla, conseguía que me abriera un poco las puertas. Astiza quería respeto, no sólo para ella sino para su nación.

Esa lánguida noche, mientras permanecíamos anclados y dormíamos sobre la cubierta del *chebek* bajo la calima de estrellas del desierto, me arrastré sigilosamente hacia el lugar en el que dormía Astiza. Podía oír el ruidito del agua que lamía el

casco, los crujidos de los aparejos y el murmullo de los marineros de guardia.

—No te me acerques —susurró Astiza al despertar, y se apresuró a apretarse contra la madera.

—Quiero enseñarte algo.

—¿Aquí? ¿Ahora? —Hablaba en el mismo tono de sospecha que empleaba *madame* Durrell cuando discutíamos el pago de mi alquiler.

—Tú eres la historiadora de las verdades sencillas. Mira esto. —Le pasé el medallón, casi invisible bajo el tenue resplandor de uno de los faroles de la cubierta.

Astiza lo tocó con los dedos y contuvo el aliento.

—¿De dónde lo has sacado? —Abrió mucho los ojos, con los labios ligeramente separados.

—Lo gané en una partida de cartas en París.

—¿A quién se lo ganaste?

—A un soldado francés. Se supone que viene de Egipto. Cleopatra, aseguró él.

—Quizá se lo robaste a ese soldado. —¿Por qué habría dicho eso?

—No, sólo jugué mis cartas mejor que él. Tú eres la experta religiosa. Dime si sabes lo que es.

Astiza le dio la vuelta al medallón, extendió los brazos que colgaban de él para formar una v, y frotó el disco entre el pulgar y el índice para sentir sus inscripciones.

—No estoy segura.

Eso era decepcionante.

—¿Es egipcio?

Astiza lo sostuvo bajo la tenue claridad del farol.

—De la primera época, si es que lo es. Parece primitivo, fundamental... Así que esto es lo que el árabe busca con tanto anhelo.

—¿Ves todos esos agujeros? ¿Qué crees que son?

Astiza miró el medallón y luego se acostó boca arriba, y lo alzó hacia el cielo.

—Fíjate en cómo brilla la luz a través de ellos. Claramente, se supone que son estrellas.

—¿Estrellas?

—El propósito de la vida está escrito en el cielo, americano. ¡Mira! —Señaló hacia el sur, donde la estrella más brillante acababa de asomar sobre el horizonte.

—Esa es Sirio. ¿Qué pasa con ella?

—Es la estrella de Isis, la estrella del año nuevo. La diosa nos espera.



uando se seque el pozo —había escrito el viejo Franklin—, sabremos lo valiosa que es el agua». En efecto, la marcha del ejército francés hacia el Nilo fue un desastre mal planeado. Las compañías se daban de codazos y empujones al llegar a cada pozo utilizable y luego bebían ávidamente de él hasta dejarlo seco antes de que llegara el próximo regimiento. Los hombres discutían, se desplomaban, empezaban a delirar y se volaban los sesos de un disparo. No tardaron en verse seducidos y atormentados por un nuevo fenómeno al que los sabios llamaron «espejismo», en el que la lejanía del desierto parecía un lago de aguas cristalinas. La caballería cargaba al galope, sólo para encontrar arena seca y el «lago» una vez más en el horizonte, tan esquivo como el final de un arco iris. Era como si el desierto se mofase de los europeos. Cuando las tropas llegaron al Nilo hubo una estampida como la de un rebaño de reses, y los soldados se zambulleron en el río para beber hasta vomitar, mientras otros hombres intentaban beber alrededor de ellos. Su misterioso destino, el legendario Egipto, parecía tan cruel como el espejismo. La escasez de cantimploras y el no haber sabido asegurarse los pozos eran un descuido criminal del que los otros generales culparon a Napoleón, y el corso no era hombre que estuviese dispuesto a cargar con las culpas. «Los franceses siempre se quejan de todo», musitó. Pero la crítica le dolió porque sabía que era justa. En su campaña de la fértil Italia, la comida y el agua podían ser obtenidas con facilidad en el curso de la marcha y el ejército llevaba una indumentaria adecuada al clima. Aquí Napoleón estaba aprendiendo a traérselo todo consigo, pero las lecciones eran duras. El calor enseguida exaltaba los ánimos.

El ejército francés inició la marcha Nilo arriba en dirección a El Cairo; y los campesinos egipcios huían y volvían a reagruparse a su paso, como niebla desplazada por el viento. En cuanto una columna se aproximaba a una aldea, las mujeres y los niños iban al desierto con los animales de cría y se escondían entre las dunas, para atisbar sobre sus cimas como alimañas desde sus madrigueras. Los hombres de la aldea tardaban un poco más en irse, e intentaban esconder la comida y sus escasos aperos de aquellos invasores que se comportaban como langostas. Cuando la tricolor entraba en la aldea, los hombres corrían hacia el río para subirse a las gavillas de papiros atados entre sí que llevaban consigo y alejarse remando con las manos, sus cabezas meciéndose en la orilla como patos recelosos. Una división tras otra desfilaba junto a sus casas como una larga oruga de uniformes rojos, azules, blancos y verdes cubiertos de polvo. Las puertas eran derribadas a patadas y los establos eran explorados, y se cogía todo aquello que pudiera ser de alguna utilidad. Después el ejército reanudaba la marcha y los campesinos regresaban para reemprender sus vidas, y siempre iban a los lugares por donde habíamos pasado en busca de desechos

militares que tuvieran alguna utilidad.

Nuestra flotilla seguía un curso paralelo a las fuerzas de tierra, cargada de suministros y sin perder de vista la orilla opuesta. Cada anochecer desembarcábamos cerca de la compañía del cuartel general de Napoleón para que Monge, Berthollet y Talma pudieran tomar notas sobre el país que atravesábamos. Alejarse de la protección de los soldados era peligroso, pero entrevistaban a oficiales acerca de lo que habían visto y añadían nuevas entradas a las listas de animales, pájaros y aldeas. La acogida que se nos daba a veces era un tanto hostil, porque nos envidiaban nuestros lugares en los navíos. El calor era enervante y las moscas, un tormento. La tensión entre los oficiales del ejército parecía empeorar cada vez que desembarcábamos, porque muchos suministros aún estaban a bordo de los navíos o en los muelles de Alejandría y ninguna división disponía de todo lo que necesitaba. Los disparos ocasionales de los merodeadores beduinos y las atroces historias de captura y torturas mantenían a las tropas sumidas en un continuo estado de inquietud.

La tensión alcanzó el punto de ebullición cuando un grupo particularmente insolente de guerreros enemigos logró aproximarse a la tienda de Napoleón un anochecer, gritando y disparando desde sus espléndidos caballos árabes y envueltos en desafiantes túnicas vistosas. Cuando el furioso general despachó a unos cuantos dragones mandados por un joven edecán llamado Croisier para que acabaran con ellos, los magníficos jinetes egipcios jugaron desdeñosamente con sus perseguidores y luego huyeron sin haber perdido un solo hombre. Los pequeños caballos del desierto parecían poder galopar el doble de rápido con la mitad de la ración de agua que las pesadas monturas europeas, que aún no se habían recuperado por completo después del largo viaje por mar. Nuestro comandante tuvo un ataque de rabia, y humilló hasta tales extremos al pobre edecán que Croisier juró morir valientemente en combate para redimir su vergüenza, promesa que cumpliría antes de transcurrido un año. Pero su promesa no calmó a Bonaparte.

—¡Traedme un guerrero de verdad! —gritó—. ¡Quiero a Bin Sadr! Eso enfureció a Dumas, quien sentía que el honor de su caballería estaba siendo impugnado. Tampoco ayudaba en nada la escasez de caballos, razón por la cual muchos de sus hombres permanecían sin montura.

—¿Honráis a ese salvaje e insultáis a mis hombres?

—¡Quiero flanqueadores para mantener alejados de mi cuartel general a los beduinos, no dandis aristocráticos que no son capaces de capturar a un bandido!

Dumas no se dejó amilanar.

—¡Entonces esperad a que lleguen buenos caballos en lugar de lanzaros al desierto sin agua! ¡La incompetencia es vuestra, no de Croisier!

—¿Osáis desafiarme? ¡Os haré fusilar!

—Te partiré en dos antes de que lo hagas, hombrecito...

La discusión se vio bruscamente interrumpida por la llegada al galope de Bin Sadr y media docena de sus secuaces enturbantados, que se detuvieron con un tirón

de riendas entre los generales que se peleaban. Kléber aprovechó la ocasión para llevar consigo al temperamental Dumas, mientras Napoleón luchaba por no perder el control. Los mamelucos nos estaban poniendo en ridículo.

—¿De qué se trata, effendi? —Una vez más, la parte inferior del rostro árabe permanecía oculta.

—Te pago para que impidas que los beduinos y los mamelucos se acerquen a mis flancos —le espetó Bonaparte—. ¿Por qué no lo estás haciendo ya?

—Quizá porque no me estáis pagando como prometisteis que haríais. Tengo una vasija llena de orejas frescas, y ningún oro fresco que poder mostrar a cambio de ellas. Mis hombres son hombres comprados, effendi, y se irán con los mamelucos si el enemigo les promete monedas más rápidas.

—Bah. Le tienes miedo al enemigo.

—¡Los envidio! ¡Ellos tienen generales que pagan cuando prometen hacerlo!

Bonaparte frunció el ceño y se volvió hacia Berthier, el jefe de su plana mayor.

—¿Por qué no se le paga?

—Los hombres tienen dos orejas y dos manos —dijo Berthier sin levantar la voz—. No conseguimos ponernos de acuerdo sobre a cuántos ha matado realmente.

—¿Dudáis de mi honradez? —gritó el árabe—. ¡Os traeré la lengua y el pene!

—Por el amor de Dios —gimió Dumas—. ¿Por qué tratamos con bárbaros?

Napoleón y Berthier empezaron a hablar en susurros acerca del dinero.

Bin Sadr paseó una mirada impaciente por el resto de los allí presentes, y de pronto sus ojos se posaron en mí. Hubiese podido jurar que aquel demonio de árabe me miraba para ver si llevaba la cadena alrededor del cuello. Lo miré con el ceño fruncido, ahora que sospechaba que era él quien había dejado caer una serpiente en mi cama. La mirada de Bin Sadr también fue hacia Astiza, y el odio le oscureció los ojos. Ella permaneció impasible. ¿Podía realmente aquel árabe ser el farolero que había intentado traicionarme en París? ¿O estaba sucumbiendo yo al miedo y la fantasía, igual que el soldado raso? Recordé que no había tenido ocasión de ver demasiado bien al hombre en Francia.

—Muy bien —dijo finalmente nuestro comandante—. Te pagamos por las manos que has entregado hasta el momento. Habrá una paga doble para todos tus hombres cuando hayamos tomado El Cairo. Límitate a mantener alejados a los beduinos.

El árabe le hizo una reverencia.

—No volveréis a ser molestado por esos chacales, effendi. Les saco los ojos y los obligo a tragarse su propia vista. Los castro como a reses. Ato sus intestinos a la cola de su caballo y espoleo al animal por el desierto.

—Bien, bien. Que corra la voz. —Napoleón se dio la vuelta y dio por finalizada la conversación con el árabe, ahora que su frustración se había disipado. Parecía un poco avergonzado por el arrebató de ira de hacía unos instantes, y pude ver mentalmente cómo se reñía a sí mismo por no haber sabido mantener el control. Bonaparte cometía muchos errores, pero era raro que cometiese el mismo error más

de una vez.

Sin embargo, Bin Sadr aún no había acabado:

—Nuestros caballos son veloces pero las armas son viejas, effendi. ¿Podrías proporcionarnos también algunas nuevas? —Señaló las carabinas de cañón corto que llevaba la caballería de Dumas.

—Ni lo sueñes —gruñó el general de caballería.

—¿Nuevas? —repitió Bonaparte—. No, tenemos las justas.

—¿Qué me decís del hombre del rifle largo? —Ahora me señalaba a mí—. Me acuerdo de él y del disparo que hizo ante los muros de Alejandría. Dádmelo, y juntos mandaremos al infierno a los diablos que os hostigan.

—¿El americano?

—Puede disparar a los que huyen.

La idea intrigó a Napoleón, que andaba en busca de una distracción.

—¿Qué os parece, Gage? ¿Queréis cabalgar con un jeque del desierto?

El hombre que había intentado asesinarme, pensé, pero no lo dije. No me acercaría a Bin Sadr salvo para estrangularlo, después de haberlo interrogado antes.

—Se me invitó en calidad de estudioso, mi general, no como francotirador. Mi sitio está en la embarcación.

—¿A salvo del peligro? —se burló Bin Sadr.

—Pero no lo bastante lejos de él para que no pueda acertarle. Baja a la orilla del río cuando quieras y veremos si fallo por mucho, farolero.

—¿Farolero? —preguntó Bonaparte.

—El americano ha tomado demasiado el sol —dijo el árabe—. Adelante, quédate en tu embarcación, convencido de que estás a salvo, y quizá pronto encuentres un nuevo uso para tu rifle. Quizá desearás haber ido con Ahmed Bin Sadr. —Y con esas palabras, cogió la bolsa de monedas que le tendía Berthier y volvió grupas para alejarse al galope.

La tela que le cubría la parte inferior del rostro resbaló por un instante mientras lo hacía, y pude entreverle la mejilla. Un emplasto cubría un forúnculo inflamado, en el mismo punto donde Astiza había clavado la astilla en su figurita de cera.

Habíamos recorrido la mitad de la distancia que nos separaba de El Cairo cuando nos llegó la noticia de que un gobernante mameluco llamado Murad Bey había reunido una fuerza para cortarnos el paso. Bonaparte decidió tomar la iniciativa. Las órdenes fueron dadas y el anochecer del 12 de julio las tropas partieron para una marcha nocturna por sorpresa hasta Shubra Khit, la siguiente gran ciudad del Nilo. Al amanecer la llegada de los franceses sorprendió a un ejército egipcio a medio organizar formado por unos diez mil hombres: un millar de ellos, espléndida caballería mameluca; y el resto, una muchedumbre informe de *fellahin*, campesinos armados con poco más que azadas. Los vi removerse nerviosamente mientras los

franceses formaban en filas de batalla, y por un instante pensé que toda la masa de enemigos iba a retirarse sin combatir. Entonces algo pareció darles ánimos — pudimos ver cómo sus jefes señalaban Nilo arriba—, y también se prepararon para la batalla.

Yo tenía una magnífica butaca de primera fila a bordo del *Cerf* anclado. Mientras un sol dorado se elevaba por el este, vimos desde las aguas cómo una banda del ejército francés empezaba a tocar *La Marsellesa* y las notas flotaban a través del Nilo. Era una melodía que hacía estremecerse a los soldados, y bajo su inspiración los franceses estarían cerca de conquistar el mundo. Había una eficiencia sobrecogedora en la forma en que los soldados volvieron a disponerse en sus cuadrados de puercoespín, los estandartes de los regimientos tensados por la brisa matinal. No es una formación que resulte fácil de aprender; y resulta aún más difícil de mantener durante una carga enemiga, cuando cada hombre ve lo que hay fuera de su fila y debe confiar en que los que tiene detrás serán capaces de mantener su posición. Existe una tendencia natural a querer retroceder, con lo que la formación podría disgregarse, o a que los más propensos a volverle la espalda al deber dejen caer las armas y lleven a los heridos al interior del cuadrado. Los sargentos y los veteranos más curtidos forman las filas de atrás para que no flaqueen los que están delante. Pero un cuadrado que se mantenga firme es prácticamente inexpugnable. La caballería mameluca giró en círculos para encontrar un punto débil y no lo logró; las formaciones francesas eran claramente desconcertantes para el enemigo. Parecía que esta batalla iba a ser otra sesgada demostración de potencia de fuego europea contra bravura medieval árabe. Esperamos, bebiendo té de menta egipcio mientras la mañana pasaba del rosa al azul.

Entonces hubo gritos de advertencia y unas velas asomaron tras una curva del cauce río arriba. En la orilla, gritos de triunfo resonaron entre los mamelucos. Todos nos levantamos nerviosamente de nuestros asientos. El Nilo transportaba una armada de embarcaciones egipcias procedentes de El Cairo, y sus velas latinas llenaban el río como un patio en el que se ha tendido la colada. Estandartes mamelucos e islámicos ondeaban en la punta de cada mástil, y desde las embarcaciones abarrotadas de soldados y cañones llegó hasta nosotros un gran clamor de trompetas, tambores y clarines. ¿Era este el uso de mi rifle acerca del que me había advertido taimadamente Bin Sadr? ¿Cómo había podido saberlo él? La estrategia enemiga era obvia. Querían destruir nuestra pequeña flota y atacar al ejército de Bonaparte por el flanco desde el río.

Eché mi té por la borda y comprobé la carga de mi rifle, sintiéndome atrapado y expuesto en el agua. Después de todo, no iba a ser un espectador.

El capitán Perree dio órdenes de levar el ancla mientras los marineros de su pequeña flota corrían a sus cañones. Talma, que se había puesto pálido, sacó su cuaderno de notas. Monge y Berthollet treparon por las jarcias para mirar, como en una regata. Durante unos minutos las dos flotas se aproximaron la una a la otra con

lenta y majestuosa gracia, grandes cisnes que se deslizaban sobre las aguas. Entonces hubo un estruendo, una flor de humo apareció en la proa de la embarcación insignia mameluca y algo silbó por el aire sobre nosotros, para levantar un géiser de agua verdosa detrás de nuestra popa.

—¿No vamos a parlamentar antes? —pregunté en tono jovial, la voz no tan firme como me hubiese gustado.

Como en contestación a mi pregunta, la primera fila de la flotilla egipcia atronó cuando sus cañones de proa abrieron fuego. El río pareció hervir, y los surtidores de agua que las balas de cañón levantaron alrededor de nosotros nos mojaron con espuma caliente. Una bala impactó directamente en una cañonera que había a nuestra derecha, y una lluvia de astillas cayó sobre el río. Los gritos resonaban a través de las aguas. Oímos el extraño redoble producido por un disparo que pasaba de largo, y unos cuantos agujeros se abrieron como expresiones de sorpresa en nuestra vela.

—Me parece que las negociaciones han terminado —dijo Talma con voz tensa, sentado junto al timón mientras garrapateaba notas con uno de los nuevos lápices de Conté—. Este boletín va a ser de lo más emocionante. —Aquellos dedos delataban temblor.

—Los marineros de esa flota parecen tener mucha más puntería que sus camaradas de Alejandría —observó Monge admirativamente, mientras saltaba de las jarcias. Se lo veía tan imperturbable como si asistiese a una demostración de tiro en una fundición de cañones.

—¡Los marineros otomanos son griegos! —exclamó Astiza, que había reconocido a sus compatriotas por el atuendo—. Sirven al bey en El Cairo. ¡Ahora sí que vais a tener una batalla de verdad!

Los hombres de Perree empezaron a devolver el fuego, pero no era fácil virar contra la corriente del río para lanzar una andanada como es debido, y estábamos claramente superados en potencia de fuego. Mientras orzábamos nuestras velas para no llegar al enemigo demasiado deprisa, las flotas rivales convergían inevitablemente. El inicio de este cañoneo naval parecía haber sido la señal para los mamelucos desplegados en tierra. Agitaron sus lanzas y cargaron contra la cerca de bayonetas francesas, en un galope que los llevó directamente hacia las cortinas sibilantes del fuego francés. Los caballos se estrellaron contra los cuadrados como el oleaje contra una costa rocosa.

De pronto hubo un gran estampido, y Astiza y yo perdimos pie para caer sobre cubierta en un enredo de miembros. Bajo circunstancias más ordinarias, yo hubiese podido encontrar muy agradable ese momento de inesperada intimidación, pero había sido causado por una bala de cañón que acababa de acertarnos en el casco. Cuando Astiza y yo logramos desenredarnos, sentí que se me revolvía el estómago. El proyectil había ido a lo largo de la cubierta principal, despedazando a dos de nuestros artilleros y rociando de sangre la mitad delantera de la embarcación. Las astillas habían herido a varios hombres más, Perree entre ellos, y nuestras andanadas se

redujeron en tanto que las de los árabes parecían incrementarse.

—¡Periodista! —le gritó el capitán a Talma—. ¡Deja de tomar notas y coge el timón!

Talma se puso blanco.

—¿Yo?

—¡Necesito vendarme el brazo y cargar el cañón!

Nuestro escritor se apresuró a obedecer, excitado y lleno de miedo.

—¿Qué rumbo?

—Hacia el enemigo.

—¡Vamos, Claude-Louis! —le gritó Monge a Berthollet, mientras el matemático se ponía en movimiento para ocuparse de otro cañón que se había quedado sin artillero—. ¡Ya es hora de que nuestra ciencia sirva para algo! ¡Gage, usad vuestro rifle, si queréis vivir! —¡Dios mío, aquel científico ya pasaba de los cincuenta y parecía resuelto a ganar la batalla por su cuenta! Él y Berthollet corrieron al cañón delantero. Mientras tanto yo disparé por fin, y un marinero enemigo cayó de los cordajes de su embarcación. Una niebla de humo de cañón flotó hacia nosotros, las embarcaciones enemigas tenues como gasas entre su opacidad. ¿Cuánto faltaba para que fuésemos abordados y las cimitarras nos cortasen en menudillos? Fui vagamente consciente de que Astiza también se había arrastrado hasta la proa para ayudar a los científicos a enfilar el cañón. Su admiración por la puntería de los griegos aparentemente se había inclinado por su instinto de conservación. Berthollet acabó de embutir una carga y Monge apuntó el cañón.

—¡Fuego!

El cañón eructó una cortina de llamas. Monge subió al bauprés y se puso de puntillas para determinar la puntería de su disparo, y luego saltó a cubierta con cara de decepción. El proyectil había fallado el blanco.

—Necesitamos puntos de referencia para calcular las distancias con precisión, Claude-Louis —musitó—, o no haremos más que desperdiciar la pólvora y el disparo. ¡Pasa la esponja y recarga el cañón! —le ordenó secamente a Astiza.

Volví a apuntar y apreté el gatillo de mi rifle con mucho cuidado. Esta vez el hombre al que perdí de vista cuando se desplomó era un capitán mameluco. Una lluvia de balas repiqueteó a mi alrededor en respuesta. Sudoroso, volví a cargar.

—¡Mantén el curso, Talma, maldito seas! —gritó Monge.

El escribiente aferraba el timón con pálida determinación. La flota otomana estaba cada vez más cerca y los marineros enemigos se apretujaban en las proas de sus embarcaciones, listos para el abordaje.

Vi que los científicos tomaban mediciones sobre puntos de la orilla y trazaban líneas que se intersectaban para obtener una estimación precisa de la distancia a la que se encontraba el navío insignia enemigo. Las aguas del Nilo se elevaban en súbitos surtidores a nuestro alrededor, partículas de madera zumbaban por los aires.

Preparé la cazoleta de mi rifle, le atravesé el cerebro a un artillero griego otomano

y corrí a proa.

—¿Por qué no disparáis?

—¡Silencio! —gritó Berthollet—. ¡Dadnos tiempo para comprobar nuestra aritmética! —Los dos científicos elevaron el cañón hasta dejarlo apuntado con tanta exactitud como si de un instrumento de topógrafo se tratara.

—Un grado más —musitó Monge—. ¡Ahora!

El cañón volvió a ladrar y su proyectil surcó el aire con un aullido, mientras yo seguía la sombra de su trayectoria con la mirada; y entonces —prodigio de prodigios — le dio al navío insignia mameluco justo en el centro del casco para abrirle un enorme agujero en las entrañas. Por Thor, aquel par de sabios había logrado entender el funcionamiento de los cañones.

—¡Un hurra por las matemáticas!

Transcurrido un instante, todo el navío enemigo saltó por los aires.

Aparentemente los científicos habían dado justo en la santabárbara. Hubo un rugido expansivo del que irradió una nube de madera hecha pedazos, cañones rotos y partes de cuerpos humanos, que se hinchó y luego se desparramó sobre la superficie opaca del Nilo. El vendaval que la acompañaba nos arrojó al suelo, y penachos de humo se elevaron en una vasta seta negra hacia el intenso azul del cielo egipcio. Y luego ya sólo quedaron aguas agitadas donde había estado el navío insignia enemigo, como si se hubiera esfumado por arte de magia. Los cañones y mosquetes musulmanes enmudecieron inmediatamente en una aturdida consternación, y luego un gemido se elevó de la flotilla enemiga cuando las embarcaciones más pequeñas dieron una rápida bordada para huir río arriba. En el mismo instante la caballería mameluca, formada para una segunda carga después de que la primera hubiese fracasado, se dispersó súbitamente para batirse en retirada hacia el sur ante aquel aparente signo de omnipotencia francesa. En cuestión de minutos, lo que había sido una encarnizada batalla por tierra y agua se convirtió en una desbandada. Con ese único disparo bien colocado, la batalla de Shubra Khit fue ganada y el herido capitán Perree fue ascendido al grado de contraalmirante.

Y yo, por asociación, era un héroe.

Cuando Perree bajó a tierra para recibir las felicitaciones de Bonaparte invitó generosamente a los dos científicos, a Talma y a mí, y nos reconoció el mérito de haber efectuado el disparo decisivo. La precisión de Monge rayaba en lo milagroso. Pese a la pericia de los griegos, después el nuevo contraalmirante calcularía que las dos flotas habían intercambiado alrededor de quinientos disparos de cañón en media hora y que su flotilla sólo había tenido seis muertos y veinte heridos. Tal era el estado de la artillería egipcia, o de su armamento en general, a finales del siglo XVIII. El fuego de cañón y mosquete era tan impreciso que un hombre valiente podía ponerse al frente de una carga y tener una probabilidad realmente aceptable de sobrevivir y

conocer la gloria. Los hombres disparaban demasiado pronto. Disparaban a ciegas entre el humo. Cargaban sus armas presas del pánico y se olvidaban de disparar, embutiendo una bala encima de otra sin llegar a efectuar ningún disparo, hasta que les estallaban los mosquetes. Les volaban las orejas y las manos a sus camaradas en la fila que había ante ellos, perforaban tímpanos y se herían los unos a los otros al calar las bayonetas. Bonaparte me contaría que al menos una de cada diez de las bajas que había en las batallas era causada por los propios camaradas, la razón por la que los uniformes tienen unos colores tan vivos, para evitar que los amigos se maten entre ellos.

Rifles caros como el mío harían que todo eso cambiase algún día, supongo, y entonces la guerra retrocedería en el tiempo para volver a ser hombres que intentaban ponerse a cubierto en el barro. ¿Qué gloria podía haber en el asesinato? De hecho, me pregunté cómo sería la guerra si fueran los sabios los que se encargaran de apuntar las armas y cada bomba y cada bala dieran en el blanco. Pero esto, naturalmente, es una idea fantasiosa que siempre será imposible.

Monge y Berthollet eran los que habían apuntado y disparado el cañón clave, pero yo fui muy aplaudido por haber luchado con fervor en el bando francés. «¡Tenéis el espíritu de Yorktown!», me felicitó Napoleón al tiempo que me daba una palmada en la espalda. Una vez más, la presencia de Astiza dio aún más brillo a mi nueva reputación. Como habría hecho cualquier buen soldado francés, yo había sabido buscarme la compañía de una mujer atractiva que, además, no vacilaba en ayudar a disparar un cañón. Me había convertido en uno de ellos, mientras que Astiza usaba su habilidad o su magia —en Egipto, ambas parecían ser la misma cosa— para ayudar a vendar a los heridos. Los varones fuimos a cenar con Napoleón en su tienda.

Nuestro general estaba contento por el resultado de la batalla, que había sido altamente satisfactorio tanto para él como para su ejército. Puede que Egipto fuera un país extranjero, pero Francia podía adueñarse de él. Ahora la mente de Bonaparte estaba repleta de planes para el futuro, pese a que aún estábamos a más de ciento cincuenta kilómetros de El Cairo.

—La mía no es una campaña de conquista, sino de matrimonio —proclamó mientras cenábamos parte de la volatería que sus edecanes habían liberado de Shubra Khit, para luego asarla en las baquetas de sus mosquetes—. Francia tiene un destino en Oriente, del mismo modo que vuestra joven nación, Gage, tiene un destino en Occidente. Mientras vuestros Estados Unidos civilizan al salvaje piel roja, nosotros reformaremos a los musulmanes con ideas occidentales. Traeremos molinos de viento, canales, factorías, diques, caminos y carruajes al somnoliento Egipto. Tanto vosotros como yo somos unos revolucionarios, sí, pero yo además soy un constructor. Quiero crear, no destruir.

Pienso que lo creía realmente, igual que creía en mil otras cosas referentes a sí mismo, muchas de ellas contradictorias. Bonaparte poseía el intelecto y la ambición de una docena de hombres, y era un camaleón que intentaba aglutinarlo todo en su

persona.

—Esta gente es musulmana —señalé yo—. No cambiarán. Hace siglos que combaten a los cristianos.

—Yo también soy musulmán, Gage, si sólo existe un Dios y cada religión no es más que un aspecto de la gran verdad central. Eso es lo que tenemos que explicar a esta gente, que todos somos hermanos bajo Alá, Jehová, Yahvé o como quiera que se llame. Francia y Egipto se unirán en cuanto los mulás se hayan dado cuenta de que somos sus hermanos. ¿La religión? Es una herramienta, como las medallas o las bonificaciones en la paga. Nada inspira tanto a los hombres como la fe no demostrada.

Monge rio.

—¿Demostrada? Yo soy un científico, general y, sin embargo, la existencia de Dios pareció quedar ampliamente demostrada en cuanto esas balas de cañón empezaron a silbar por los aires.

—¿Quedó demostrada o simplemente era deseada, como un niño desea la presencia de su madre? ¿Quién sabe? La vida es corta, y ninguna de nuestras preguntas más profundas encuentra respuesta jamás. Así que yo vivo para la posteridad: la muerte no es nada, pero vivir sin gloria es morir cada día. Esto me recuerda la historia de un duelista italiano que se batió catorce veces para defender su aseveración de que Ariosto era mejor poeta que Tasso. En su lecho de muerte, el hombre confesó que no había leído a ninguno de los dos. —Bonaparte rio—. ¡Eso sí que es vida!

—No, general —respondió el aeróstata Conté, al tiempo que daba golpecitos con el dedo en su copa de vino—. Esto es vida.

—Ah, yo aprecio un buen vino, o un caballo de raza, o una mujer hermosa. Fijaos en nuestro amigo americano, que rescata a su bella macedonia, cena en la tienda del comandante y no tardará en ser partícipe de las riquezas de El Cairo. Él es un oportunista como yo. No penséis que no echo de menos a mi esposa, que es una pequeña bruja codiciosa con uno de los coñitos más hermosos que he visto nunca, una mujer tan seductora que en una ocasión fui a acostarme con ella sin reparar siquiera en que su perrito me estaba mordiendo el trasero. —El recuerdo lo hizo rugir de risa—: ¡El placer es exquisito! Pero es la historia la que perdura, y no hay lugar en el mundo que tenga más historia que Egipto. Tomaréis nota de ella para mí, ¿eh, Talma?

—Los escritores prosperan con sus temas, general.

—Daré a los autores un tema digno de sus talentos.

Talma alzó su copa.

—Los héroes venden libros.

—Y los libros crean héroes.

Todos brindamos, por qué exactamente, no hubiese sabido decirlo.

—Sois muy ambicioso, general —observé.

—El éxito es cuestión de voluntad. El primer paso hacia la grandeza es decidir ser grande. Entonces los hombres te seguirán.

—¿Seguiréis adónde, general? —preguntó Kléber cordialmente.

—Hasta el final. —Nos miró uno por uno, sus ojos intensos y penetrantes—. Hasta el final.

Al acabar la cena me quedé unos momentos para decir adiós a Monge y Berthollet. Estaba un poco harto de las embarcaciones fluviales, después de haber visto estallar una de ellas, y Talma y Astiza también querían tener los pies en tierra firme. Así que nos despedimos temporalmente de los dos científicos, bajo un cielo desértico en el que ardían incontables estrellas.

—Bonaparte es cínico, pero seductor —observé—. No puedes escuchar sus sueños sin que se te contagien.

Monge asintió.

—Es un cometa, ese hombre. Si no lo matan, dejará su huella en el mundo. Y en nosotros.

—Admiradlo siempre, pero nunca confiéis en él —me previno Berthollet—. Todos colgamos de la cola de un tigre, *monsieur* Gage, con la esperanza de no ser devorados.

—Es indudable que no se comerá a los de su propia especie, mi químico amigo.

—Pero ¿cuál es su propia especie? Si no cree en Dios, tampoco cree del todo en nosotros, que somos reales. Para Napoleón nadie es real salvo el propio Napoleón.

—Eso parece demasiado cínico.

—¿Sí? En Italia envió a un grupo de soldados a una escaramuza con los austríacos que dejó varios muertos.

—La guerra es así, ¿verdad? —Recordé los comentarios de Napoleón en la playa.

—No cuando no había ninguna necesidad militar de la escaramuza, o de las muertes. *Mademoiselle* Thurreau, que era muy hermosa, había venido de París y Bonaparte quería acostarse con ella demostrándole su poder. Ordenó combatir solamente para impresionarla. —Berthollet me puso la mano en el brazo—. Me alegro de que os hayáis unido a nosotros, Gage, habéis demostrado ser valiente y de trato agradable. Marchad con nuestro joven general y llegaréis muy lejos, como él mismo prometió. Pero nunca olvidéis que los intereses de Napoleón son los de Napoleón, no los vuestros.

Me había hecho la esperanza de que el resto del camino hasta El Cairo sería un paseo por avenidas de palmeras datileras y a través del verdor irrigado de los melonares. En lugar de eso, para evitar las curvas en el río y los angostos senderos de muchas de las aldeas, el ejército francés dejó el Nilo unos cuantos kilómetros hacia el este y volvió a marchar por el desierto y las secas tierras de labor, a través de barrizales resecaos por el sol y canales de riego vacíos que solían romper los ejes de

las carretas. El valle aluvial, que el Nilo inundaba cada estación de lluvias, despedía una nube de polvo reseco y pegajoso que nos convirtió en una horda de hombres hechos de polvo marchando hacia el sur sobre pies llenos de ampollas. Allí era habitual que hiciese más de cuarenta grados a mediados de julio, y cuando soplabla viento caliente el brillante azul del cielo se volvía lechoso sobre el horizonte. La arena siseaba en las cimas de dunas esculpidas como una cortina ondulante. Los hombres empezaron a padecer oftalmía, una ceguera temporal debida al resplandor que los rodeaba por todas partes. El sol era tan intenso que teníamos que envolvernos las manos para coger una roca o tocar el metal de un cañón.

Tampoco ayudaba el que Bonaparte, aún temeroso de que se produjera un ataque británico por la retaguardia o más resistencia organizada ante nosotros, riñera a sus oficiales por cada pausa y retraso. Mientras que ellos se concentraban en la marcha del momento, él siempre tenía la mente fija en la meta final; y tachaba los días en el calendario al viajar estratégicamente desde el misterioso paradero de la flota británica hasta el aliado Tippoo, en la lejana India. Intentaba abarcar todo Egipto con la mirada. El encantador anfitrión que habíamos visto después del combate en el río había vuelto a convertirse en el tirano preocupado, que galopaba de un punto a otro para instarnos a ir más deprisa. «¡Cuanto más rápido es el paso, menos sangre hay!», discurseaba. Como resultado, todos los generales estaban sucios, sudorosos y solían decirse de todo. Los soldados se sentían deprimidos por las discusiones y la aridez del país que habían venido a conquistar. Muchos arrojaban el equipo antes que cargar con él. Hubo varios suicidios más. Astiza y yo pasamos al lado de dos de los cuerpos, abandonados junto a la ruta que seguíamos porque todos teníamos demasiada prisa para enterrarlos. Sólo los beduinos que nos seguían disuadieron a otros hombres de desertar.

Nuestro torrente de hombres, caballos, asnos, cañones, carros, camellos, seguidoras del campamento y mendigos fluía hacia El Cairo en una flecha de polvo. Cuando nos deteníamos a descansar en las tierras de cultivo, empapados de sudor, nuestra única diversión era lanzar rocas a las innumerables ratas. En el límite del desierto los hombres disparaban a las serpientes y jugaban con los escorpiones, atormentándolos en combates entre ellos. Descubrieron que la picadura del escorpión no era tan letal como se había temido inicialmente, y que aplastar al insecto contra el aguijón liberaba un fluido viscoso que obraba como un unguento para aliviar el dolor y apresurar el proceso de curación.

No llovía, nunca, y rara vez se veía una nube. De noche, más que acampar nos tumbábamos, cada uno desplomándose en la secuencia que habíamos seguido durante la marcha; y todos nos veíamos atacados inmediatamente por pulgas y pequeños insectos voladores. Comíamos alimentos fríos tan a menudo como comida caliente, porque había poca leña que quemar. La noche refrescaba hacia el amanecer y despertábamos mojados de rocío, recuperados sólo a medias. Entonces el sol asomaba en el cielo despejado, implacable como un reloj, y no tardábamos en asarnos vivos.

Reparé en que Astiza se acostaba cada vez un poco más cerca de mí a medida que la marcha proseguía; pero los dos estábamos tan cansados, sucios y expuestos en esa horda que no había nada de romántico en su decisión. Simplemente buscábamos el calor del otro durante la noche, y luego nos quejábamos del sol y las moscas al mediodía.

Finalmente al ejército se le permitió descansar dos días en Wardan. Los hombres se lavaron, durmieron, fueron a rebuscar y hacer trueques para conseguir algo de comida. Una vez más, Astiza demostró lo valiosa que era al ser capaz de conversar con los aldeanos y comerciar para nuestro sustento. Sabía hacerlo tan bien que gracias a ella pude abastecer de pan y fruta a algunos de los oficiales del cuartel general de Napoleón.

—Das sustento a los invasores como el maná caído del cielo dio sustento a los hebreos —intenté bromear con Astiza.

—No pienso hacer pasar hambre a los soldados corrientes por los delirios de grandeza de su comandante —replicó ella—. Además, alimentados o con hambre, no tardaréis en iros.

—¿Piensas que los franceses no pueden derrotar a los mamelucos?

—Pienso que no pueden derrotar al desierto. No hay más que veros, con vuestros pesados uniformes, esa piel tan sonrosada y las botas que os abrasan los pies. ¿Hay alguien aparte de ese loco al que llamáis general que no lamente haber venido aquí? Esos soldados no tardarán en irse de Egipto por decisión propia.

Las predicciones de Astiza estaban empezando a irritarme. Después de todo, era una cautiva, y decidí que ya era hora de que le diese una buena reprimenda.

—Astiza, podríamos haberte dado muerte como a una asesina en Alejandría. En vez de eso, te salvé. ¿Es que no podemos dejar de ser amo y sirvienta, o invasor y egipcia, y llegar a ser amigos?

—¿Amiga de quién? ¿De un hombre que se ha unido a un ejército extranjero? ¿Qué se ha aliado con un militar oportunista? ¿De un americano que no parece ni un verdadero científico ni un soldado?

—Viste mi medallón. Es la llave de algo que aún tengo que descifrar.

—Pero tú quieres esa llave sin entendimiento. Quieres llegar a saber sin estudiar. Monedas sin trabajo, eso es lo que quieres.

—A mí me parece que esto es un trabajo condenadamente duro.

—Eres un parásito que saquea otra cultura. Yo quiero un amigo que crea en algo. En él mismo, para empezar. Y en cosas más grandes que él.

¡Bueno, eso era pura presunción!

—¡Soy un americano que cree en toda clase de cosas! ¡Deberías leer nuestra Declaración de Independencia! Y yo no controlo el mundo. Sólo intento abrirme paso en él.

—No. Lo que hacen los individuos controla el mundo. La guerra nos ha juntado, *monsieur* Ethan Gage, y no eres del todo desagradable. Pero la camaradería no es verdadera amistad. Primero tienes que decidir por qué estás en Egipto, qué tienes intención de hacer con ese medallón tuyo, qué es lo que sientes como verdaderamente tuyo, y entonces seremos amigos.

«Bueno, ¡bastante insolente para ser la esclava de un comerciante!», pensé.

—¡Y seremos amigos cuando me reconozcas como dueño y aceptes tu nuevo destino!

—¿Qué labor no he hecho para ti? ¿A qué lugar no te he acompañado?

¡Mujeres! Yo no tenía respuesta para aquellas preguntas. Esa noche dormimos a un brazo de distancia el uno del otro y la agitación me impidió conciliar el sueño hasta pasada la medianoche. Lo que bien mirado fue una suerte, porque así escapé por los pelos de que un asno errante me pisara la cabeza.

Un día después del año nuevo egipcio, el 20 de julio en la aldea de Omm-Dinar, Napoleón por fin fue informado de las órdenes que habían dado los mamelucos para la defensa de El Cairo, ahora a sólo treinta kilómetros de distancia. Los defensores habían dividido sus fuerzas tontamente. Murad Bey había llevado el grueso del ejército mameluco a nuestro lado oeste del río, pero un celoso Ibrahim Bey había mantenido una buena parte de él en el este. Era la ocasión que nuestro general había estado esperando. La orden de iniciar la marcha llegó dos horas después de medianoche, y los gritos y patadas de los oficiales y los sargentos no admitían dilación alguna. Como una gran bestia que se despereza en su cueva, la fuerza expedicionaria francesa despertó, se levantó y marchó hacia el sur en la oscuridad, presa de una súbita expectación que traía a la mente la misma sensación de hormigueo que sentía yo al hacer demostraciones con la electricidad de Franklin. Iba a ser una gran batalla, y el día siguiente vería o la aniquilación del principal ejército mameluco o la derrota del nuestro. Pese al altanero discurso de Astiza sobre controlar el mundo, me sentía tan poco dueño de mi destino como una hoja arrastrada por la corriente.

El amanecer llegó rojo, con niebla sobre los juncos del Nilo. Bonaparte nos apremiaba a avanzar, impaciente por aplastar a los mamelucos antes de que agruparan sus fuerzas o, peor aún, se dispersaran por el desierto. Lo vi exhibir una hosca intensidad superior a ninguna de las que le había observado hasta el momento, no sólo concentrado en una batalla sino obsesionado con ella. Un capitán hizo algunas tímidas objeciones y Napoleón le respondió con el ladrido de un cañón. El malhumor de nuestro comandante llenó de aprensión a los soldados. ¿Estaba preocupado por la inminente batalla? En ese caso, todos nosotros nos preocuparíamos también. Ninguno había dormido lo suficiente. Pudimos ver otra gran cortina de humo en el horizonte allí donde habían empezado a concentrarse los mamelucos y sus soldados de a pie.

Fue durante un breve alto en el pozo enfangado de una aldea cuando conocí la razón del sombrío estado de ánimo del general. El azar quiso que uno de los edecanes de Bonaparte, un joven soldado llamado Jean-Andoche Junot cuya valentía rayaba en lo temerario, desmontara de su caballo para beber mientras lo hacía yo.

—El general parece estar muy impaciente por librar batalla —observé—. Yo ya sabía que este momento tenía que llegar, y que la velocidad es primordial en la guerra, pero levantarse en plena noche no me parece demasiado civilizado.

—No se os ocurra acercaros a él —me advirtió el teniente en voz baja—. Bonaparte es peligroso después de anoche.

—¿Estuvisteis bebiendo? ¿Jugasteis a las cartas? ¿Qué?

—Hace unas semanas me pidió que hiciera ciertas discretas averiguaciones a causa de unos persistentes rumores que corrían. Hace poco, recibí unas cuantas cartas robadas que prueban que Josefina está teniendo una aventura, cosa que no era un secreto para nadie salvo nuestro general. Anoche, poco después de que nos hubieran informado de las órdenes dadas por los mamelucos, Bonaparte se encaró conmigo y quiso saber qué había averiguado.

—¿Su esposa lo ha traicionado?

—Se ha enamorado de un petimetre llamado Hippolyte Charles, un edecán del general Leclerc que se encuentra destinado en Francia. La mujer no ha dejado de engañar a Bonaparte desde que se casaron, pero él siempre ha permanecido ciego a sus infidelidades porque está locamente enamorado de ella. Sus celos son increíbles, y anoche su furia fue volcánica. Temí que fuese a dispararme. Se golpeaba la cabeza con los puños como si hubiera enloquecido. ¿Sabéis lo que se siente al ser traicionado por la persona a la que más amáis? Me dijo que se le habían acabado las emociones, que su idealismo era agua pasada y que ahora lo único que le quedaba era la ambición.

—¿Todo eso por una aventura? ¿Un francés?

—Bonaparte la ama desesperadamente, y se detesta a sí mismo por ese amor. Es el más independiente y solitario de los hombres, lo que significa que está cautivo de la mujerzuela con la que se casó. Ordenó esta marcha de inmediato, y juró repetidamente que ya no volvería a conocer la felicidad y que, antes de que se ponga el sol, acabará con los ejércitos egipcios hasta el último hombre. Os lo aseguro, *monsieur* Gage, vamos a la batalla mandados por un general que está loco de rabia.

Aquello no sonaba nada bien. Si hay una cosa que una persona espera de un comandante, es que piense fríamente sin dejarse arrastrar por los impulsos. Tragué saliva.

—No supisteis escoger el momento más apropiado, Junot.

El teniente subió a su montura.

—No me quedó otra elección, y mi informe no debería haber supuesto ninguna sorpresa para Bonaparte. Sé cómo funciona la mente de nuestro general, y hará a un lado la distracción en cuanto se inicie la batalla. Ya lo veréis. —Asintió, como para

tranquilizarse a sí mismo—. Me alegro de no estar en el otro bando.



ran las dos de la tarde, la hora más calurosa del día, cuando el ejército francés empezó a formar cuadros para la Batalla de las Pirámides. Se trataba más exactamente de la Batalla de Imbaba, la población más próxima; pero las pirámides en el horizonte le daban un nombre más romántico en los despachos de Talma. Los melonares de Imbaba no tardaron en ser invadidos por soldados que buscaban apagar su sed antes del combate. Uno de mis recuerdos es la mancha de jugo en sus pecheras cuando los regimientos y las brigadas formaban filas.

Las pirámides aún estaban a unos veinte caliginosos kilómetros de nosotros, pero impresionaban por su perfecta geometría. Desde esa distancia, parecían los remates de prismas descomunales enterrados hasta el cuello en las arenas. Todos nos emocionamos al verlas, tan legendarias y tan imponentes, las estructuras más altas jamás construidas. Vivant Denon dibujaba furiosamente, intentando hacer caber todo un panorama en un cuaderno de notas y capturar el rielar de la bóveda de aire.

Imaginad la esplendorosa panoplia de la escena. Por nuestro flanco izquierdo corría el Nilo, su caudal encogido antes de las inundaciones que no tardarían en iniciarse pero aun así de un majestuoso azul que reflejaba el resplandor del cielo. Junto a él estaba el frondoso verdor de los campos irrigados y las palmeras datileras que lo bordeaban, una cinta de Edén. A nuestra derecha estaban las dunas, como las olas detenidas de un océano. Y finalmente en la lejanía estaban las pirámides, esas estructuras místicas que parecían pertenecer a otro mundo, erigidas por una civilización que apenas podíamos imaginar, elevándose hacia sus cimas perfectas. ¡Las pirámides! Yo había visto representaciones masónicas, angulosas y abruptas, coronadas por un ojo resplandeciente que todo lo veía. Ahora eran reales, más cuadradas de lo que me las había imaginado, y temblaban ante mí como un espejismo.

Añádase a esto las decenas de miles de hombres uniformados en apretadas formaciones, el arremolinarse de la caballería mameluca, los camellos que avanzaban pesadamente, los burros que no paraban de rebuznar, y los oficiales franceses que galopaban arriba y abajo —ya roncós de tanto gritar órdenes—; y todo lo que me rodeaba era tan exótico que me parecía haber sido transportado a un sueño. Talma llenaba una hoja tras otra escribiendo furiosamente, en un intento de registrarlo todo. Denon musitaba para sí que todos teníamos que posar antes de que se pudiera entablar batalla. «Esperen. ¡Esperen!».

Desplegada contra el ejército de Bonaparte había una hueste resplandeciente que parecía contar con de dos a tres veces nuestros veinticinco mil hombres, rematada por un nubarrón de polvo. Si los mamelucos hubieran sido mejores generales, es posible que nos hubieran barrido del campo de batalla. Pero el ejército árabe se hallaba

neciamente dividido por el caudaloso río. Su infantería, esta vez soldados de a pie otomanos procedentes de Albania, había sido situada demasiado lejos para que pudiera ser de utilidad inmediata. Una flaqueza fatal de los mamelucos era que no sólo no confiaban los unos en los otros; no confiaban en ninguna demarcación que no fuese la suya. Su artillería estaba mal ubicada en nuestro lejano flanco izquierdo. Debido a tal incompetencia, los soldados franceses confiaban en el resultado de la batalla. «¡Fijaos en lo idiotas que son! —tranquilizaban los veteranos a sus camaradas—. ¡No entienden la guerra!».

En la otra orilla, un lejano rielar en el horizonte, estaba El Cairo, una ciudad de un cuarto de millón de habitantes taladrada por sus minaretes increíblemente esbeltos. ¿Encontraríamos todos fortuna allí? Yo notaba la boca seca y la mente aturdida por las sensaciones.

Una vez más el corazón del ejército árabe lo formaban los mamelucos, caballería montada que ahora ascendía a diez mil hombres. Sus caballos eran soberbios ejemplares árabes enjaezados con magníficos arneses; los jinetes, un caleidoscopio de túnicas y sedas con los turbantes rematados por plumas de garceta y pavo real y los cascos ribeteados de oro. Iban armados con un arsenal de hermosas armas antiguas dignas de museo. Viejos mosquetes relucían con sus incrustaciones de joyas y madreperla. Cimitarras, lanzas, hachas de guerra, mazas y dagas brillaban al sol. Más mosquetes y pistolas colgaban de las fundas de sus sillas de montar o habían sido deslizados en sus fajines, y cada mameluco iba acompañado por dos o tres sirvientes a pie cargados con munición y armas de fuego adicionales. Esos esclavos correrían ante los mamelucos para pasarles las armas, de modo que sus dueños no tuvieran que detenerse a recargar. Los caballos de los guerreros piafaban y arañaban el suelo con los cascos como corceles de circo, las cabezas erguidas de impaciencia porque se iniciase la inminente carga. Ningún ejército había podido hacer frente a su acometida en los últimos quinientos años.

En continuo movimiento alrededor de las formaciones egipcias estaban los beduinos de blancas túnicas montados en sus camellos, enmascarados como bandidos y moviéndose en círculos como lobos. Aguardaban la ocasión de caer sobre nuestras filas para matar y saquear cuando nos desmoronásemos bajo la penúltima carga mameluca. Nuestro propio lobo, Bin Sadr, los cazaba mientras ellos nos cazaban a nosotros. Vestidos de negro, sus asesinos acechaban en el borde de las dunas con la esperanza no sólo de emboscar a los beduinos, sino también de poder echar mano al botín de los mamelucos muertos antes de que los soldados franceses tuviesen tiempo de llegar hasta ellos.

Los egipcios habían atado pequeños cañones a las espaldas de algunos camellos. Los animales gruñían, resoplaban y trotaban de aquí para allá bajo las órdenes que les gritaban sus nerviosos adiestradores, con unos andares tan bamboleantes que no habría forma de apuntar los cañones que portaban. El río había vuelto a llenarse de falúas con velas latinas de la flota musulmana, repletas de marineros que se mofaban

de nosotros. Oíamos una vez más el clamor de tambores, panderetas, clarines y trompetas; y un bosque de enseñas, banderas y estandartes aleteaba sobre la hueste como en un vasto carnaval. Las bandas de música francesas también empezaron a tocar, mientras la infantería europea desfilaba hacia sus posiciones con la estólida eficiencia fruto de un largo y metódico entrenamiento, preparaba sus armas y calaba las bayonetas. El sol arrancaba destellos a cada punta mortífera. Los estandartes de los regimientos lucían las cintas de victorias pasadas. Los tambores atronaban para comunicar órdenes.

El aire era un horno que nos abrasaba los pulmones. El agua parecía evaporarse antes de pasar de los labios a la garganta. Un viento caliente soplaba del desierto por el oeste, y el cielo era ominosamente marrón en esa dirección.

Por aquel entonces la mayoría de los científicos e ingenieros ya se habían reunido con el ejército —hasta Monge y Berthollet habían desembarcado—, pero nadie nos había especificado cuál iba a ser nuestro papel en la inminente confrontación. De pronto el general Dumas, que parecía aún más descomunal sobre su enorme corcel marrón, pasó al galope junto a nosotros para rugir una nueva orden.

—¡Burros, estudiosos y mujeres a los cuadros! ¡Ocupad vuestros lugares dentro de ellos, asnos inútiles!

Rara vez he oído palabras más reconfortantes.

Astiza, Talma y yo seguimos a un rebaño de científicos, francesas y reses al interior de un cuadro de infantería comandado por el general Louis-Antoine Desaix. Era el soldado más capaz del ejército, con la misma edad que Napoleón a sus veintinueve años, e incluso un par de centímetros más bajo que nuestro pequeño cabo. A diferencia de los otros generales, Desaix vivía tan pendiente de su comandante como un sabueso fiel. Poco agraciado, desfigurado por una herida de sable y tímido con las mujeres, nunca se lo veía más feliz que cuando dormía entre las ruedas de un cañón de campaña. Ahora había formado a sus tropas en un cuadro tan robusto, con diez soldados de fondo encarados hacia los cuatro puntos cardinales, que entrar en él era como refugiarse en un pequeño fuerte hecho enteramente de seres humanos. Volví a cargar mi rifle y contemplé Egipto desde detrás de aquella formidable barrera de anchos hombros, grandes sombreros con escarapela y mosquetes listos para ser disparados. Oficiales a caballo, científicos desmontados y mujeres que no paraban de parlotear entre ellas se apelotonaban en el espacio interior, todos nosotros nerviosos y con mucho calor. Piezas de campaña habían sido emplazadas en cada una de las esquinas exteriores del cuadro, donde los artilleros confiarían en el apoyo de la infantería para que el enemigo no llegase a tomar sus posiciones.

—Por Júpiter y Moisés, nunca había visto un esplendor semejante —murmuré—. No me extraña que a Bonaparte le guste la guerra.

—Imagínate si Egipto fuese tu hogar y estuvieras viendo estas divisiones francesas —contestó Astiza en voz baja—. Imagínate ante la invasión.

—Traeré tiempos mejores, espero. —Impulsivamente, le apreté la mano—. Egipto es desesperadamente pobre, Astiza.

Sorprendentemente, ella no se apartó.

—Sí, lo es.

Los músicos del ejército tocaron *La Marsellesa* una vez más, y la música ayudó a calmar los nervios de todos. Luego Napoleón cabalgó junto a nuestro cuadro acompañado por su plana mayor, su corcel negro, su sombrero adornado con una pluma y sus ojos grises como dos témpanos de hielo. Me subí a una de las cureñas de campaña —un carro de dos ruedas que transportaba munición— para oírlo. La noticia de las infidelidades de su esposa no había dejado ninguna marca visible en él, aparte de la furiosa concentración. Ahora señaló dramáticamente las pirámides, cuya pureza geométrica ondulaba en el calor como bajo el agua.

—¡Soldados de Francia! —gritó—. ¡Cuarenta siglos os contemplan desde lo alto!

Los vítores sonaron como la erupción de un volcán. Por mucho que los soldados de a pie se quejaron de Bonaparte entre las batallas, estaban unidos a él como enamorados en una pelea. Bonaparte los conocía, sabía cómo pensaban, respiraban y se sentían cuando les dolía el estómago, y sabía cómo pedirles lo imposible a cambio de un trocito de cinta, una mención en un despacho o un ascenso a una unidad de élite.

El general se inclinó hacia Desaix para decirle en un tono más bajo dos palabras que algunos de nosotros pudimos oír, pero que no pretendían ser ninguna alocución al ejército.

—Sin cuartel.

Sentí un súbito escalofrío.

Murad Bey, una vez más comandante del ejército árabe que había ante nosotros, vio que Napoleón tenía intención de hacer avanzar sus cuadros para abrirse paso a través del centro árabe y disgregar a las fuerzas mamelucas para que pudieran ser aniquiladas una por una. El gobernante egipcio no sabía nada acerca de las tácticas europeas, pero tenía suficiente sentido común para intentar anticiparse a lo que quiera que pretendiesen conseguir los franceses atacando primero. Murad Bey blandió su lanza, y la caballería mameluca se lanzó a la carga con su fantasmagórico grito ululante. Aquellos guerreros esclavos llevaban siglos siendo invencibles, y la casta gobernante simplemente no creía que la tecnología fuese a poner fin a su reinado. Estábamos ante un ataque mucho más grande que ninguno de aquellos a los que habíamos tenido que hacer frente hasta ahora, y fueron tantos los caballos que avanzaron con un galope atronador que literalmente pude sentir temblar el suelo bajo las ruedas de la cureña a la que me había encaramado.

La infantería aguardó con nerviosa confianza, sabiendo a esas alturas que los mamelucos no disponían ni de la artillería ni de la disciplina en el uso de los mosquetes necesarias para imponerse a las formaciones francesas. Con todo, el avance enemigo descargó toda la furia de una avalancha. Todos nos tensamos al

verlos venir. El suelo vibraba, surtidores de polvo y arena brotaban ante la línea enemiga como un oleaje que se aproxima, y las lanzas y los cañones de los rifles eran enarbolados como trigales mecidos por el viento. Yo me sentía un poco temerario y algo mareado sobre mi percha mientras contemplaba las cabezas de las filas desplegadas ante mi mirada, los ojos de Talma y Astiza se clavaban en mí desde abajo como si pensarán que me había vuelto loco; pero aún no había visto ningún arma mameluca que pareciera tener muchas probabilidades de acertarme a esa distancia. Alcé mi rifle y esperé, mientras veía ondear los estandartes enemigos.

Los teníamos cada vez más cerca y el rumor de su avance crecía en volumen. Los mamelucos lanzaban su trémulo grito de guerra, y los franceses no murmuraban palabra. El trecho de terreno que se interponía entre nosotros estaba siendo devorado. ¿Dispararíamos alguna vez? Juro que pude distinguir los intensos colores de los ojos inesperadamente caucásicos del enemigo, la mueca de sus dientes, las venas de sus manos, y empecé a impacientarme. Finalmente, sin ninguna decisión consciente por mi parte, apreté el gatillo, mi rifle disparó y uno de los guerreros enemigos cayó de espaldas para desaparecer en la estampida.

Fue como si mi disparo hubiera dado la señal para el inicio del combate. Desaix gritó, y el frente de la formación francesa floreció en la familiar cortina de llamas. Quedé sordo en un instante y la caballería atacante se desplomó en una ola que rompe hecha de cuerpos desgarrados, caballos que relinchaban y patas que se agitaban en el aire. Nubes de humo y polvo rodaron sobre nosotros. Entonces hubo otra salva de la fila que había detrás, y otra, y luego otra más. Los cañones retumbaron en algún lugar del campo de batalla y guadañas de metralla salieron despedidas de sus bocas. Fue una auténtica tempestad de hierro y plomo. Hasta los mamelucos que no habían sido alcanzados se estrellaban contra ella y eran catapultados sobre las monturas de sus camaradas. Una furiosa carga de caballería había quedado reducida al caos en un instante, a escasos metros de las primeras bayonetas francesas. El enemigo se nos había acercado tanto que algunos de los caídos fueron alcanzados por los restos de papel quemado que escupían los cañones de los mosquetes europeos. Incendios minúsculos prendieron en las ropas de muertos y heridos. Cargué mi rifle y volví a abrir fuego yo también, sin llegar a saber cuál fue el efecto de mi disparo. Una espesa humareda nos envolvió.

Los supervivientes volvieron grupas para recomponer sus filas mientras los soldados de Napoleón cargaban rápida y mecánicamente, cada movimiento practicado centenares de veces. Unos cuantos franceses habían caído bajo el fuego mameluco, y fueron arrastrados hacia atrás hasta el centro de nuestro cuadro mientras la fila volvía a recomponerse y los sargentos golpeaban a los soldados remisos para obligarlos a cumplir con su deber. El cuadro de infantería era como una criatura marina que se hace crecer otro apéndice, invulnerable a una lesión fatal.

Los mamelucos cargaron de nuevo, y esta vez intentaron penetrar las filas que formaban los otros tres lados de nuestro cuadro de infantería.

El resultado fue el mismo que antes. Los caballos llegaron en ángulo y unos pocos lograron aproximarse más que en la carga anterior, pero incluso los corceles que no fueron alcanzados se detuvieron ante el seto de bayonetas, a veces tan abruptamente que sus jinetes cayeron al suelo con un alarido. Delicadas sedas y linos se cubrieron de flores rojas cuando los árabes fueron alcanzados por las gruesas balas de plomo, ahora procedentes de dos cuadros que abrieron fuego sobre cada flanco cuando los mamelucos pasaban al galope entre ellos. Una vez más, la carga quedó sumida en la confusión. Los atacantes empezaban a parecer presa de un creciente desespero. Algunos se pusieron en pie y abrieron fuego contra nosotros con mosquete y pistola, pero los disparos eran demasiado esporádicos y faltos de puntería para que pudiesen llegar a hacer mella en las filas francesas. Algunos de nuestros infantes soltaban un gruñido o gritaban antes de caer desplomados. Entonces retumbaba otra salva europea, y esos atacantes también eran arrancados de sus monturas. No tardamos en vernos rodeados por un anillo de muertos y heridos, una pila de la aristocracia militar de Egipto. Aquella carnicería empujaba la de otras batallas.

Aunque las balas árabes zumbaban regularmente por encima de mi cabeza, yo me sentía curiosamente inmune a la confusión. Una sensación de irrealidad impregnaba toda la escena: las colosales moles de las pirámides en la lejanía, el aire vidrioso, el calor asfixiante, las palmeras que el viento del desierto mecía suavemente mientras la ocasional bala perdida recortaba unas cuantas hojas de sus copas. Los fragmentos de verde flotaban hacia el suelo como plumas. Grandes nubes de polvo giraban sobre la blancura del cielo mientras la caballería enemiga galopaba de aquí para allá sin ningún propósito aparente, en busca de un punto débil en los cuadros de Bonaparte que no lograban encontrar. La infantería egipcia parecía hallarse atrapada por la indecisión en la retaguardia, como si aguardase fatalmente su perdición. Los mamelucos, temerosos de la revuelta, habían dejado que las armas menos poderosas del ejército de su nación se atrofiaran poco a poco hasta quedar sumidas en una parálisis de incompetencia.

Miré hacia el oeste. Allí todo el cielo empezaba a oscurecerse, y el sol se había convertido en una esfera anaranjada. ¿Lluvia? No, comprendí, aquellas eran otra clase de nubes: nubes de arena. El horizonte había quedado oculto por la tempestad que se aproximaba.

Nadie más parecía haber reparado en el tiempo. Con una innegable bravura, los mamelucos volvieron a formar, recibieron nuevos rifles y pistolas de manos de sus sirvientes y cargaron de nuevo. Esta vez parecían decididos a concentrar toda su furia únicamente sobre nuestro cuadro. Disparamos y las primeras filas de su carga cayeron como antes; pero era tal el grosor de su columna que los que iban detrás sobrevivieron para pasar al galope sobre sus camaradas caídos antes de que pudiéramos recargar. Con una desesperada energía, lanzaron sus caballos contra las bayonetas francesas.

Fue como si hubiéramos sido embestidos por un navío. El cuadro se dobló bajo la

acometida, los caballos murieron mientras aplastaban con su peso la infantería de Bonaparte. Algunos de los hombres retrocedieron, presa del pánico. Otros franceses vinieron a la carrera desde los lados interiores del cuadrado para reforzar su frente antes de que pudiera ceder. Hubo una súbita y desesperada refriega de espada, lanza y pistola mamelucas contra bayonetas y mosquetes franceses disparados a quemarropa. Aún encaramado a mi cureña, disparé sobre un mar revuelto de cuerpos. No tenía ni idea de a quién o a qué le estaba dando.

De pronto, como disparados desde un cañón, un caballo y un guerrero gigantesco se abrieron paso a través del amasijo de guerreros. La montura árabe estaba cubierta de sangre y su mameluco enturbantado sangraba por mil heridas, pero aun así luchaba con un frenesí incontenible. La infantería corrió a interceptarlo y la cimitarra del jinete atravesó los cañones de sus mosquetes como si fueran paja. El animal enloquecido se encabritaba y daba coces mientras giraba en círculos como un derviche, su jinete inexpugnable a las balas. Los científicos se dispersaron ante los cascos al tiempo que los hombres caían y gritaban. Y, lo más inquietante de todo, el atacante parecía tener la mirada fija en mí, encaramado como estaba sobre la cureña de suministro artillero con mi llamativa chaqueta no militar.

Apunté, pero el corcel embistió mi cureña antes de que yo pudiera disparar y me catapultó por los aires. Me estrellé contra el suelo, los pulmones vaciados de aire por el impacto, y el corcel de mirada enloquecida vino bailando hacia mí con las pupilas desorbitadas y sus patas un batir de cascos en el aire. Su dueño sólo parecía tener ojos para mí de entre todos los centenares de personas que lo rodeaban, como si hubiera decidido escoger un enemigo personal.

Entonces se oyó un grito, y el caballo se encabritó y cayó. Vi que Talma acababa de empuñar una lanza y la había hincado en los cuartos traseros del animal. El jinete resbaló de la silla y chocó con el suelo tan violentamente como lo había hecho yo, momentáneamente aturdido. Antes de que pudiera incorporarse, Astiza soltó un alarido y con ayuda de Talma empujó la cureña hacia él. Las ruedas se clavaron en el caballo herido, y el fanático jinete quedó atrapado entre su silla de montar y las tiras de hierro. El mameluco tenía los hombros de un buey; se debatía como un animal, pero había quedado repentinamente impotente. Me arrastré hacia él y me arrojé sobre el caballo y su jinete, mi tomahawk en su garganta. Astiza añadió su peso al mío sin dejar de gritar en árabe, y o sus palabras o su sexo parecieron dejar helado al mameluco. Entonces el agotamiento pudo más que su frenesí guerrero y quedó inmóvil, como aturdido.

—¡Dile que se rinda! —le grité a Astiza.

Ella gritó algo y el mameluco asintió con expresión derrotada, mientras dejaba caer la cabeza sobre la arena. ¡Acababa de hacer mi primer prisionero! La sensación era inesperadamente embriagadora, aún más satisfactoria que la de recibir una mano de cartas particularmente afortunada en una partida de whist. Por Júpiter, estaba empezando a entender las emociones de los soldados. Seguir vivo después de haber

sentido la vaharada de la muerte es algo que se te sube a la cabeza.

Desarmé rápidamente al árabe y le cogí prestada la pistola a un oficial para acabar con el caballo que sufría. Vi que otros jinetes también habían logrado abrirse paso, pero finalmente cada uno de ellos quedó inmóvil bajo los culatazos y golpes de bayoneta de la infantería francesa. La excepción fue un atrevido que acabó con dos hombres, recibió una bala y luego hizo saltar a su caballo sobre la caótica primera fila para alejarse al galope mientras gritaba con desesperación, herido pero triunfal. Esa era la clase de coraje que tenían aquellos demonios, y llevó a Napoleón a observar que con un puñado de ellos hubiese domado al mundo. Con el tiempo reclutaría a los mamelucos que sobrevivieron para añadirlos a su guardia personal.

Con todo, la huida de aquel guerrero fue una rareza, y la mayoría de los enemigos simplemente no pudieron abrirse paso a través de nuestro seto de hombres. Sus caballos fueron destripados por las hileras de bayonetas. Finalmente los supervivientes volvieron grupas, presa de la desesperación, y la metralla francesa persiguió su retirada para hacer que algunos más cayeran de sus sillas. Pese a la bravura egipcia, había sido una carnicería. Los europeos tuvieron docenas de bajas, pero los mamelucos tuvieron miles. La arena quedó cubierta de sus muertos.

—Regístrale la ropa —dijo Astiza mientras nos sentábamos sobre nuestro cautivo—. Llevan consigo sus riquezas a la batalla, para que se pierdan si ellos pierden la vida.

Ciertamente, mi prisionero resultó ser un cofre del tesoro. Su turbante era de cachemir, y lo hice a un lado para revelar un casquete cosido con piezas de oro como un casco amarillo. Había más oro en el fajín que le rodeaba la cintura, sus pistolas estaban adornadas con madreperla y gemas incrustadas, y su cimitarra tenía una negra hoja de Damasco y una empuñadura de cuerno de rinoceronte con incrustaciones de oro. En unos cuantos segundos me había vuelto rico, y a una gran parte del ejército le había ocurrido lo mismo. Posteriormente los franceses estimarían que a cada mameluco se le podía robar, en promedio, un botín por valor de quince mil francos. Los hombres saltaban de alegría sobre los muertos.

—Dios mío, ¿quién es? —dije.

Astiza le agarró la mano, miró sus anillos y no dijo nada.

—Un hijo de Horus —murmuró finalmente. En el dedo del mameluco había el mismo símbolo que yo llevaba como amuleto. No era un signo islámico.

El guerrero apartó la mano.

—Eso no es para ti —gruñó súbitamente en mi idioma.

—¿Hablas nuestra lengua? —pregunté, nuevamente perplejo.

—He cerrado tratos con comerciantes europeos. Y he oído hablar de ti, el británico de la chaqueta verde. ¿Qué hace un británico con los francos?

—Soy americano. Antoine es francés, Astiza egipcia y griega.

Mi prisionero se quedó absorto un instante.

—Y yo soy un mameluco. —Tendido de espaldas, miraba el cielo—. Así que la

guerra y el destino han hecho que nos conociéramos.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Ashraf el-Din, teniente de Murad Bey.

—¿Y qué es un hijo de Horus? —le pregunté a Astiza.

—Un seguidor de los antiguos. Este hombre no es el típico mameluco del Cáucaso. Es de las antiguas familias de aquí, ¿verdad?

—El Nilo corre por mis venas. Soy descendiente de los Tolomeos. Pero Murad Bey en persona me tomó juramento cuando entré en las filas de los mamelucos.

—¿Los Tolomeos? ¿Te refieres al clan de Cleopatra? —pregunté.

—Y los generales de Alejandro y César —dijo con orgullo.

—Los mamelucos desprecian a sus súbditos egipcios —explicó Astiza—, pero de vez en cuando reclutan a alguien de las grandes familias antiguas.

Todo aquello parecía una curiosa coincidencia. ¿Había sido atacado por un raro ejemplar de mameluco que juraba por un dios pagano y hablaba mi idioma?

—¿Puedo confiar en ti si dejamos que te levantes del suelo?

—Soy tu prisionero, hecho cautivo en la batalla —dijo Ashraf—. Me someto a tu clemencia.

Dejé que se pusiera en pie. Se bamboleó por un instante.

—Tu nombre es un trabalenguas —dije—. Me parece que te llamaré Ash.

—Responderé.

Y toda esa buena fortuna se evaporaría si no pudiera satisfacer a mis colegas interpretando el medallón. Astiza, con su pendiente de Horus, había aportado una buena hipótesis al respecto, y quizás este demonio también pudiese hacerlo. Con la división lanzando vítores y los ojos de todos fijos en la batalla, me saqué el medallón de la camisa y lo hice oscilar ante él. Talma puso ojos como platos.

—Soy algo más que un guerrero, hijo de Horus —dije—. He venido a Egipto para entender esto. ¿Lo reconoces?

Ash parpadeó con asombro.

—No. Pero otro tal vez podría reconocerlo.

—¿Quién en El Cairo sabe lo que significa esto? ¿Quién conoce a los antiguos dioses egipcios y la historia de vuestra nación?

Ash miró a Astiza. Ella asintió y hablaron rápidamente en árabe. Finalmente, Astiza se volvió hacia mí.

—Dioses de los que no sabes nada caminan a tu sombra, Ethan Gage. Has capturado a un guerrero que afirma conocer a un hombre del que yo sólo he oído rumorear, y que usa como nombre el de alguien que nos abandonó hace mucho.

—¿Quién?

—Enoc el sabio, también conocido como Hermes Trismegisto, Hermes el tres veces grande, escriba de los dioses, señor de las artes y las ciencias.

—Vaya, vaya. —Enoc también era el nombre del padre de Matusalén según el Antiguo Testamento. Mis recuerdos masónicos incluían asimismo un supuesto Libro

de Enoc, fuente de antigua sabiduría, que llevaba varios milenios perdido. Miré a mi cautivo ensangrentado—. ¿Él conoce a ese sabio?

Astiza asintió, mientras nuestro prisionero contemplaba el medallón con ojos llenos de asombro.

—Enoc —dijo— es su hermano.

De pronto nos encontramos avanzando. El cuadro volvió a agruparse en columnas y marchamos hacia la fortificación egipcia de Imbaba, para lo que literalmente tuvimos que trepar sobre una hilera de muertos. Le até las manos a la espalda a Ash con un cordón de oro que llevaba en la cintura y le dejé la cabeza al descubierto. La llevaba afeitada salvo por el habitual pequeño mechón en la coronilla por el que se decía que el profeta Mahoma, cuando les llegaba el momento de exhalar su último aliento, agarraba a los mamelucos para llevarlos al paraíso. Su casquete de monedas estaba metido en mi cinturón, y Astiza llevaba su fabulosa espada. Si me sentí culpable por exponer a mi enemigo derrotado al cielo abrasador, el sentimiento se vio mitigado por el hecho de que el polvo oscurecía cada vez más la atmósfera. Aunque sólo eran las cuatro de la tarde, el día de mediados de verano empezaba a ponerse oscuro.

A medida que atravesábamos los despojos del campo de batalla, iba viendo con claridad lo ocurrido. Mientras nuestro cuadro y el de Jean-Louis Raynier cargaban con la peor parte de los ataques de la caballería mameluca, otras divisiones habían avanzado hacia delante. Una de ellas se abrió paso a través de las líneas enemigas, cerca de la orilla del Nilo, y empezó a castigar la retaguardia de la infantería egipcia con fuego de cañón. Dos más atacaron Imbaba directamente para eliminar las baterías egipcias allí estacionadas. La caballería mameluca superviviente había quedado dividida, y algunos buscaron refugio dentro de la ciudad fortificada mientras que otros se alejaron en dirección oeste por el desierto con Murad Bey. Ahora, este último grupo se dispersaba. La batalla se convirtió en una desbandada, y la desbandada en una matanza.

Los franceses habían arrasado los baluartes de Imbaba en su primera carga emocional, y la caballería albana se desintegró. Cuando volvieron grupas para huir, los soldados otomanos fueron abatidos u obligados a entrar en el Nilo. Siempre que los franceses hacían alguna pausa, el comandante jefe en persona les daba la orden de seguir disparando. Era la hosca furia de Napoleón. Al menos un millar de mamelucos quedaron atrapados en este pánico y se vieron empujados al río junto con su infantería, para hundirse rápidamente bajo el peso de sus fortunas personales. Los que intentaron resistir fueron muertos. Era la guerra en su aspecto más primigenio. Algunos de los franceses a los que vi emerger de la carnicería estaban tan cubiertos de sangre que parecían haberse zambullido en una cuba de vino.

Nuestro general pasó al galope, los ojos brillantes.

—¡Ahora! ¡Aplastadlos ahora, o lo pagaremos más caro después!

Dejamos atrás Imbaba y recorrimos los últimos kilómetros en una rápida marcha hasta que estuvimos entre las pirámides y El Cairo, un país de las hadas hecho de minaretes y cúpulas al otro lado del Nilo. La mitad del ejército mameluco que aún estaba a salvo allí nos siguió por la orilla opuesta, gritándoles a nuestras formaciones como si las palabras fueran a conseguir lo que no habían podido hacer las balas. Estábamos fuera de su alcance y ellos lo estaban del nuestro. Entonces, cuando tuvimos a la vista la flota de falúas atracada en los muelles de El Cairo, los más bravos mamelucos subieron a bordo de ellas para cruzar el río e intentar atacarnos.

Era demasiado tarde. Imbaba se había convertido en un osario. Murad Bey huía ya hacia el desierto. La improvisada armada de embarcaciones mamelucas navegó hacia una orilla cubierta por las líneas de la infantería francesa, en una carga por vía fluvial todavía más condenada al fracaso que la de la caballería musulmana. Encallaron en una tormenta de balas. Peor aún, el campo de batalla entero empezaba a ser engullido por el muro de arena y polvo que se aproximaba, como si Dios, Horus o Alá se hubieran decidido por una intervención final. Las embarcaciones se dirigían hacia los dientes del viento.

La tormenta era un muro que ocultaba el oeste. La luz se atenuaba rápidamente como bajo los efectos de un eclipse de sol. La tormenta ya había ennegrecido el cielo por el oeste y las poderosas pirámides, anonadadoras en su tamaño y simplicidad, estaban envueltas en una espesa niebla marrón. Hacia esta tempestad remaban ahora Ibrahim Bey y los más valientes de sus seguidores, sus embarcaciones sobrecargadas avanzando contra el viento que no cesaba de arreciar mientras el Nilo quedaba salpicado por la blanca espuma de las olas. Largas líneas de infantería francesa cubierta de polvo permanecían desplegadas a lo largo de la orilla, con las espaldas azotadas por la furia de la tormenta de arena. Los franceses dispararon una y otra vez en una disciplinada serie de salvas. Los egipcios gritaron, gimieron y cayeron de sus embarcaciones.

La tormenta de polvo crecía cada vez más, un acantilado infinito que ocultaba el cielo. Ahora yo ya no podía ver ni rastro de los árabes que huían en la orilla oeste, o de las pirámides, o ni siquiera de Napoleón y su plana mayor. Era como el fin del mundo.

—¡Al suelo! —gritó Ashraf. Él, Astiza, Talma y yo nos agazapamos, la ropa subida hasta las caras para taparnos las bocas y las narices.

El ulular del viento alcanzó su punto álgido para golpearnos con la fuerza de un puñetazo, y luego llegó la arena como los agujijones de un enjambre de abejas. Ya fue bastante duro para los franceses, que estaban acurrucados con la espalda vuelta hacia la tempestad; pero a los mamelucos les venía de frente y ellos iban en pequeñas e inestables embarcaciones. El viento consumió cualquier otro ruido. La batalla se detuvo. Nosotros cuatro nos agarramos los unos a los otros y le rezamos a todo un surtido de dioses, estremecidos por aquel súbito recordatorio de que existen poderes

superiores a los nuestros. Entonces, casi tan deprisa como había llegado, la tormenta se extinguió y el estrépito murió. El polvo empezó a caer del aire desde las alturas.

Lenta y temblorosamente, miles de soldados franceses se levantaron de sus estrechas tumbas de arena, aparentemente resucitados pero completamente marrones. Todos estaban sin habla, abrumados, horrorizados. En lo alto, el cielo empezaba a aclararse. Hacia el oeste, el sol estaba rojo como un corazón arrancado del pecho.

Miramos El Cairo y el río. Las aguas habían sido vaciadas de embarcaciones. Todos los mamelucos que intentaban atacarnos por vía fluvial se habían ahogado o habían embarrancado en la orilla este. Todas las falúas habían volcado. Podíamos oír los gemidos de los supervivientes, y Astiza tradujo: «¡Ahora somos esclavos de los franceses!». Los árabes huyeron a la ciudad y fueron recogiendo esposas y objetos de valor, para desaparecer en la creciente oscuridad. La extraña tormenta, sobrenatural por naturaleza, había parecido borrar un grupo de conquistadores e instalar otro. El vendaval había extinguido el pasado e introducido un extraño futuro europeo.

Pequeños incendios aparecieron en la parte de la ciudad que daba al río cuando las falúas todavía atracadas allí empezaron a arder. Alguien había prendido fuego a las embarcaciones en un intento de retrasar a los franceses cuando fueran a cruzar el río, una esperanza vana habida cuenta de la cantidad de otros medios de transporte fluviales disponibles a lo largo del cauce. Las falúas ardían en la noche como lámparas en un teatro, y sus llamas iluminaban la ciudad que nos disponíamos a ocupar, la fantástica arquitectura morisca transformada en una danza de parpadeos por la luz de la conflagración.

Los soldados franceses, habiendo sobrevivido tanto a la batalla como a la tormenta, estaban victoriosos, exhaustos y sucios. Corrieron al Nilo para lavarse y luego se sentaron en los melonares para comer y limpiar sus mosquetes. Pilas de cadáveres árabes desnudos yacían por doquier, saqueados para hacerse con el botín.

Los franceses habían sufrido unas cuantas veintenas de muertos y doscientos heridos; los árabes, incontables miles. Ahora me hallaba rodeado de soldados franceses corrientes recién enriquecidos por el botín. La victoria de Napoleón había sido absoluta; su autoridad sobre el ejército, confirmada; su apuesta, recompensada.

Nuestro comandante cabalgó entre sus tropas como un león triunfante, recibiendo aclamaciones y repartiendo felicitaciones a su vez. Todo el disgusto y la acrimonia de las semanas anteriores habían desaparecido en el alborozo de la victoria. La intensa furia de Napoleón parecía haber quedado saciada por la intensidad del día, y la matanza había apaciguado su orgullo herido por la traición de su esposa. La batalla no había podido ser más encarnizada, y todas las emociones habían quedado disipadas en ella. Josephine nunca sabría la carnicería que habían provocado sus juegos.

El general dio conmigo en algún momento de ese anochecer. No sé cuándo —la enormidad del combate y la tormenta me habían afectado hasta tal punto que había perdido el sentido del tiempo— ni cómo. Sin embargo, sus edecanes me habían

estado buscando expresamente, y yo sabía con cierto horror qué era lo que Bonaparte quería de mí. El nunca se permitía rumiar sobre el pasado; siempre estaba pensando en el próximo paso.

—Bien, *monsieur* Gage —me dijo en la oscuridad—, tengo entendido que os habéis hecho con un mameluco.

¿Cómo sabía tanto tan deprisa?

—Eso parece, mi general, por accidente tanto como por intención.

—Tenéis el don de contribuir a la acción, parece.

Me encogí de hombros modestamente.

—Aun así, sigo siendo un sabio, no un soldado.

—Que es precisamente la razón por la cual os buscaba. He liberado Egipto, Gage, y mañana ocuparé El Cairo. El primer paso en mi conquista de Oriente se ha completado. El segundo depende de vos.

—¿De mí, general?

—Ahora aclararéis las claves y descubriréis los secretos que encierran templos y pirámides. Si hay misterios, los descubriréis; si hay poderes, me los daréis. Y como resultado, nuestros ejércitos se harán invencibles. Marcharemos para unirnos con Tippoo, expulsar a los británicos de la India y sellar la destrucción de Inglaterra. Nuestras dos revoluciones, la francesa y la americana, reharán el mundo.

Es difícil exagerar el efecto emocional que semejante convocatoria puede tener sobre un ser humano corriente. No porque a mí me importasen un comino Inglaterra, Francia, Egipto, la India o crear un nuevo mundo. Sino porque aquel hombre menudo y carismático, lleno de fuego emocional y cegadora visión, me había reclutado para que tomara parte en algo más grande que mi propia persona. Yo llevaba años esperando que el futuro empezara de una vez, y de pronto ya lo tenía aquí. En la carnicería y el augurio sobrenatural del tiempo que había hecho hoy tenía la prueba, pensé, de futuras grandezas: de un hombre que transformaba todo lo que le rodeaba para bien y para mal, como si se tratase de un pequeño dios. Sin pararme a pensar en las consecuencias, me sentí halagado. Me incliné ligeramente, en un gesto de saludo.

Entonces, con el corazón en la garganta, vi alejarse a Bonaparte y me acordé de la oscura descripción de la Revolución francesa hecha por Sidney Smith. Pensé en los montones de muertos que yacían sobre el campo de batalla, en los gemidos de los egipcios y la decepción de los soldados que echaban de menos el hogar cuando bromeaban acerca de sus tres hectáreas de tierra. Pensé en las concienzudas investigaciones de los estudiosos, los planes europeos para la reforma y la esperanza de Bonaparte de iniciar una marcha inacabable hasta las fronteras de la India, como lo había hecho Alejandro antes de él.

Pensé en el medallón que colgaba de mi cuello y en cómo el deseo siempre parece derrotar a la sencilla felicidad.

Fue después de que Bonaparte hubiese desaparecido cuando Astiza se me acercó.

—Ahora tendrás que decidir en qué crees realmente —susurró.



El hogar del tan extrañamente llamado hermano de Ashraf se hallaba en uno de los sectores de mejor reputación de El Cairo, lo cual quiere decir que estaba ubicado en un barrio infinitesimalmente menos polvoriento, infestado de ratas y enfermedades, hediondo y atestado de lo que era norma en la ciudad. Al igual que en Alejandría, las glorias de Oriente parecían haber eludido la capital de Egipto, que apenas tenía recursos con los que hacer frente a cuestiones como la salubridad, la recogida de la basura, la iluminación de las calles, la organización del tráfico, o mantener a raya las manadas de perros salvajes que vagabundeaban por sus callejas. Claro que he dicho prácticamente lo mismo de París. Con todo, si los egipcios hubieran reunido a sus perros en vez de a su caballería, nuestra conquista quizá no hubiera sido tan fácil. Veintenas de chuchos morían de un balazo o un golpe de bayoneta cada día por haber hecho enfadar a un soldado. Las ejecuciones no tenían mayor impacto sobre la población canina que los manotazos sobre las incesantes moscas.

Y, sin embargo, como en Alejandría o en París, había opulencia entre la miseria. Los mamelucos no tenían rival a la hora de arrancar tributos del campesinado oprimido y gastarlos en monumentos erigidos a sí mismos, y sus palacios exhibían una gracia árabe ausente en las más pesadas estructuras de Europa o América. Si bien sencillas por fuera, las moradas mucho más suntuosas que albergaban en su interior contaban con patios a los que daban sombra naranjos, palmeras, granados e higueras, arcos moriscos elegantemente puntiagudos, fuentes embaldosadas y frescas habitaciones repletas de alfombras, cojines, estanterías talladas, techos en forma de cúpula y mesas de cobre y estaño. Algunas tenían balconadas de intrincado diseño y ventanas con celosías llamadas *mashrabiyya* que daban a la calle, esculpidas con tanto cuidado como un chalet suizo y tan capaces de ocultar como un velo. Bonaparte reclamó para sí el recientemente construido hogar en mármol y granito de Mohamed Bey el-Elfi, que podía alardear de tener baños en cada piso, una sauna y ventanas de cristal. Los académicos de Napoleón fueron alojados en el palacio de otro bey llamado Quassim que había huido al Alto Egipto. Su harén pasó a ser el taller de inventos del siempre industrioso Conté; y sus jardines, la sala de seminarios para los sabios. Las mezquitas musulmanas eran aún más elegantes, sus majestuosas cúpulas y minaretes moriscos rivalizaban en gracia y grandeza con las mejores iglesias góticas de Europa. En los mercados los toldos brillaban como el arco iris, y las alfombras orientales cubrían las balaustradas como un jardín de flores. Los contrastes de Egipto —calor y sombra, riqueza y pobreza, estiércol e incienso, arcilla y color, ladrillos de adobe y reluciente piedra caliza— rayaban en lo abrumador.

Los soldados se vieron alojados en sitios considerablemente menos lujosos que

sus oficiales: oscuras casas medievales desprovistas de comodidades. La mayoría no tardó en proclamar que la ciudad era decepcionante; sus habitantes, horrendos; el calor, exasperante; y que la comida daba retortijones. Francia había conquistado un país, gemían, que carecía de vino, pan como era debido o mujeres disponibles. Dicha opinión se moderaría conforme el verano se volvía menos caluroso y algunas hembras empezaban a establecer relaciones con los nuevos gobernantes. Con el tiempo los soldados incluso admitieron de mala gana que el *aish*, o torta cocida, era realmente un sustituto bastante agradable del pan francés. No obstante, la disentería que no había dejado de cebarse en la fuerza invasora desde el desembarco se incrementó, y el ejército francés empezó a padecer más bajas por enfermedad que debido a las balas. La ausencia de alcohol ya había causado tantas protestas que Bonaparte ordenó a los destiladores que preparasen una libación a partir del dátíl, la fruta más abundante. Y mientras los oficiales planeaban la plantación de viñedos, sus tropas descubrieron rápidamente la droga que los musulmanes llamaban *hachís*, a veces enrollada en bolas endulzadas con miel y aderezada con opio. Beber su brebaje o fumar sus semillas se convirtió en un hábito muy extendido, y durante la ocupación de Egipto, el ejército nunca pudo llegar a controlar la droga.

El general entró en su anhelada ciudad por una de las puertas principales a la cabeza de un regimiento, las bandas de música tocando y las banderas al viento. Por indicación de Ashraf, Astiza, Talma y yo entramos a través de una puerta más pequeña y fuimos por callejas serpenteantes junto a bazares que, dos días después de la gran batalla, estaban medio abandonados, sus imperfecciones reveladas por el intenso sol de mediodía. Unos cuantos muchachos tiraban agua para evitar que se levantara polvo. Burros con cestas colgadas a cada lado nos obligaban a batirnos en retirada hacia las entradas de las casas cuando se apretujaban por los callejones. Incluso en el corazón de El Cairo había sonidos aldeanos de perros que ladraban, camellos que roncaban, gallos que cacareaban y la llamada de los muecines a la plegaria, que a mis oídos les sonaba como gatos apareándose. Los comercios parecían establos y las casas, pobres cuevas sin iluminar; sus hombres permanecían impasiblemente acucillados y envueltos en sus *galabiyas* de un azul desteñido mientras fumaban las pipas de agua a las que llamaban *sheesha*. Sus hijos, ictéricos y cubiertos de pústulas, nos miraban con ojos como platos; sus mujeres se escondían. Era obvio que la mayoría de la nación vivía sumida en una abyecta pobreza.

—Quizá los barrios más elegantes quedan en otra parte de la ciudad —dijo Talma con preocupación.

—No, vosotros sois los responsables de esto —dijo Ashraf.

La noción de responsabilidad no había dejado de rondarme por la cabeza, y le dije al mameluco que le devolvería la libertad si su hermano consentía en recibirnos. En realidad no quería tener que cargar con otra persona que dependiera de mí además de Astiza; de hecho, siempre me había incomodado la idea de que hubiese sirvientes y esclavos. Franklin había tenido un par de negros, y encontraba su presencia tan

turbadora que los liberó. Los esclavos eran una mala inversión, había concluido: costosos de comprar, caros de mantener y carentes de incentivos para hacer bien el trabajo.

Ashraf no pareció nada complacido por mi clemencia.

—¿Cómo voy a comer si me echas a la calle como un expósito?

—Ash, no soy un hombre rico. No dispongo de medios para pagarte.

—¡Pero sí que eres rico, gracias al oro que acabas de quitarme!

—¿Se supone que tengo que devolver lo que acabo de ganar en la batalla?

—¿Acaso no es lo justo? Te diré lo que haremos. Me convertiré en tu guía, el ciudadano Ash. Conozco todo Egipto. A cambio de esto, me pagarás con lo que robaste. Al final, cada uno tendrá aquello con lo que empezó.

—¡Eso es una fortuna que ningún guía o sirviente ganaría jamás!

Ashraf reflexionó en silencio.

—Cierto. Así que también contratarás a mi hermano con el dinero, para que investigue tu misterio. Y pagarás por alojarte en su casa, un millar de veces mejor que las cochiqueras ante las que pasamos. Sí, tu victoria y tu generosidad te comprarán muchos amigos en El Cairo. Los dioses nos han sonreído a todos este día, amigo mío.

Eso me enseñaría a ser generoso. Intenté encontrar consuelo en Franklin, quien aconsejaba que «el que multiplica las riquezas multiplica los cuidados». Eso ciertamente parecía ser verdad de mis ganancias en el juego. Pero Ben se obsesionaba por un dólar tanto como muchos de nosotros, y era muy buen negociador. Nunca conseguí arrancarle un aumento de sueldo.

—No —le dije a Ash—. Te pagaré un salario con el que puedas vivir, y también se lo pagaré a tu hermano. Pero sólo te devolveré el resto cuando hayamos descubierto el significado del medallón.

—Eso es justo —dijo Astiza.

—¡Y demuestra que tienes la sabiduría de los antiguos! —dijo Ashraf—. ¡Trato hecho! ¡Que Alá, Jesús y Horus estén contigo!

Yo estaba razonablemente seguro de que semejante inclusión era blasfemia en al menos tres religiones, pero daba igual: mi mameluco hubiese sido un buen francmasón.

—Háblame de tu hermano.

—Es un hombre muy raro, igual que tú; le gustará. A Enoc le da igual la política, pero hará lo que sea por el conocimiento. Él y yo no nos parecemos en nada, porque yo soy de este mundo y él es de otro. Pero lo quiero y lo respeto. Conoce ocho lenguas, incluida la tuya. Tiene más libros que esposas el sultán en Estambul.

—¿Y eso es mucho?

—Oh, sí.

Y así llegamos a la casa de Enoc. Como todas las moradas de El Cairo, su exterior era sencillo, un edificio de tres pisos con ventanas minúsculas en forma de rendija y una enorme puerta de madera con una pequeña rejilla de hierro. Al principio, las

ruidosas llamadas de Ashraf no obtuvieron respuesta. ¿Habría huido Enoc con los beys mamelucos? Pero finalmente se abrió una mirilla tras la rejilla, Ash gritó unas cuantas imprecaciones en árabe, y la puerta se abrió con un crujido. Un gigantesco mayordomo negro llamado Mustafá nos llevó al interior.

El alivio del calor fue inmediato. Pasamos por un pequeño atrio abierto a un patio con una fuente que murmuraba y naranjos que daban sombra. La arquitectura de la casa parecía crear una suave brisa. Una elaborada escalera de madera subía por un lado del patio hacia las habitaciones ocultas a la vista que había arriba. Más allá estaba la sala de estar principal, con un suelo de intrincadas baldosas moriscas cubierto en un extremo por alfombras y cojines orientales, donde los invitados podían recostarse. En el otro extremo había un balcón resguardado donde las mujeres podían escuchar la conversación de los hombres abajo. Un elaborado diseño cubría las vigas del techo, los arcos eran agradablemente puntiagudos y las estanterías talladas se hallaban repletas de volúmenes. Los cortinajes ondeaban suavemente bajo el viento del desierto. Talma se secó la cara.

—Esto es con lo que yo soñaba.

Sin embargo, no nos detuvimos allí. Mustafá nos condujo a través de un patio más pequeño que había después, desnudo salvo por un pedestal de alabastro tallado con signos misteriosos. Encima había un cuadrado de cielo intensamente azul en lo alto de imponentes paredes blancas. El sol iluminaba un lado haciendo que pareciese nieve, y cubría de sombra el lado opuesto.

—Es un pozo de luz —murmuró Astiza.

—¿Un qué?

—Dentro de las pirámides se usaban pozos similares para medir el tiempo. En el solsticio de verano, el sol se encontraría directamente encima de ellos y no proyectaría ninguna sombra. De esa manera, los sacerdotes podían precisar con exactitud cuál era el día más largo del año.

—¡Sí, así es! —confirmó Ashraf—. Indicaban las estaciones y predecían la subida del Nilo.

—¿Para qué necesitaban saber eso los sacerdotes?

—Cuando el Nilo subía, las granjas quedaban inundadas y la mano de obra quedaba libre para otros proyectos, como construir pirámides —dijo Astiza—. El ciclo del Nilo era el ciclo de Egipto. La medición del tiempo fue el inicio de la civilización. Hubo que encontrar gente que llevara la cuenta, y esas personas se convirtieron en sacerdotes y pensaron en toda clase de cosas útiles que podían hacer los demás.

Más allá había una gran estancia tan oscura como brillante era el patio. Estaba repleta de estatuaria polvorienta, vasijas de piedra rotas y trozos de pared cubiertos de abigarradas pinturas egipcias. Hombres de piel roja y mujeres de piel amarilla posaban en las posturas envaradas pero llenas de gracia que yo había visto en la tablilla de la bodega del *Orient*. Había dioses con cabeza de chacal, la diosa gato

Bastet, faraones envaradamente serenos, relucientes halcones negros y grandes recipientes cuadrados hechos de madera en cuyo exterior se habían pintado representaciones de seres humanos a tamaño natural. Talma ya me había descrito esos elaborados ataúdes. Contenían momias.

El escritor se detuvo ante uno.

—¿Son de verdad? —exclamó muy emocionado—. Una fuente como esta podría curar todas mis enfermedades...

Le tiré del brazo.

—Ven, antes de que mueras asfixiado.

—Son recipientes de los que se han extraído las momias —le dijo Ashraf—. Los ladrones no se llevaban los ataúdes, pero Enoc ha hecho saber que pagará para coleccionarlos. Piensa que su decoración es otra clave para el pasado.

Vi que algunos de ellos estaban cubiertos de jeroglíficos, así como de dibujos.

—¿Por qué escribir en algo que sería enterrado? —pregunté.

—Puede que lo hiciesen para guiar a los muertos a través de los peligros del averno subterráneo, según mi hermano. Para nosotros los vivos, resultan muy útiles si quieres guardar cosas dentro porque la mayoría de la gente es demasiado supersticiosa para mirar en su interior. Temen una maldición.

Una estrecha escalera de piedra al fondo de la habitación descendía hacia un gran sótano abovedado iluminado por lámparas. Invitados por Ashraf, bajamos a una gran biblioteca. Estaba techada con bóvedas de barril, y el suelo de piedra era seco y fresco. Los estantes de madera estaban abarrotados de arriba abajo con libros, publicaciones, rollos y hojas de pergamino. Algunas de las encuadernaciones eran de cuero, y la luz relucía sobre las letras doradas. Las páginas de otros tomos, a menudo escritos en lenguas extrañas, parecían estar unidas entre sí por zarcillos de vieja tela, su olor tan mohoso como el de la tumba. Un anciano estaba sentado a una mesa central que debía de medir lo que la mitad de la puerta de un granero.

—Saludos, hermano mío —dijo Ashraf en mi lengua.

Enoc levantó la vista de lo que estaba escribiendo. Era mucho más viejo que Ashraf, calvo, con un fleco de largos rizos grises y una espesa barba, y la gravedad de Newton parecía haber atraído todo su pelo hacia las sandalias que calzaba. Iba vestido con una túnica gris, tenía los ojos brillantes y una nariz de halcón, y su piel era del color del pergamino sobre el que había estado inclinado. Irradiaba una serenidad que muy pocas personas llegan a alcanzar, y una chispa de malicia relucía en sus ojos.

—¿Así que los franceses han decidido ocupar incluso mi biblioteca? —El tono era sarcástico.

—No, vienen como amigos, y el alto es americano. Su amigo es un escriba francés...

—Que está muy interesado en mi compañero deshidratado —dijo Enoc, divertido. Talma contemplaba, fascinado, la momia puesta en pie dentro de un ataúd abierto en

uno de los rincones. Una escritura indescifrable hecha de finos trazos cubría, también, aquel féretro. La momia había sido despojada de sus antiguos vendajes de lino, una parte de los cuales yacían enredados a sus pies; y se le habían practicado incisiones en la cavidad torácica. No había nada de tranquilizador en aquel cuerpo de un oscuro marrón grisáceo que parecía haber sido consumido por la sequedad del sepulcro, los ojos cerrados, la nariz respingona, la boca abierta en un rictus que revelaba unos dientes muy pequeños y blancos. La encontré inquietante.

Talma, sin embargo, estaba más contento que un cordero en un campo de tréboles.

—¿Es verdaderamente antigua? —jadeó—. ¿Un intento de alcanzar la vida eterna?

—Antoine, me parece que fracasaron —observé secamente.

—No necesariamente —dijo Enoc—. Para los egipcios, la preservación del cuerpo físico muerto era un requisito previo a la vida eterna. Según los relatos que han llegado hasta nosotros, los antiguos creían que el individuo consistía en tres partes: su cuerpo físico, su *ba* —lo que podríamos llamar carácter— y su *ka*, o fuerza vital. Estos dos últimos combinados son el equivalente de nuestra alma moderna. *Ba* y *ka* tenían que encontrarse el uno al otro y unirse en un peligroso averno subterráneo mientras el sol, Ra, viajaba cada noche a través de él, para formar un *akh* inmortal que viviría entre los dioses. La momia era su hogar diurno hasta que esa tarea hubiera sido completada. En vez de separar lo material y lo espiritual, la religión egipcia los combinaba.

—¿*Ba*, *ka* y Ra? Suena como un bufete de abogados —bromeé yo, que siempre me sentía un poco incómodo ante lo espiritual.

Enoc hizo como si no me hubiera oído.

—He decidido que este ya debería haber concluido su viaje. Lo he desenvuelto y le he hecho unas cuantas incisiones para investigar las antiguas técnicas de embalsamamiento.

—Dicen que estos tejidos podrían tener cualidades medicinales —murmuró Talma.

—Lo cual distorsiona todo aquello en lo que creían los egipcios —respondió Enoc—. El cuerpo era un hogar al que animar, no la esencia de la vida. Del mismo modo que tú eres más que tus achaques, escriba. Sabes, tu profesión de escriba era la del sabio Thoth.

—En realidad soy un periodista. He venido a dejar constancia de la liberación de Egipto —dijo Talma.

—Qué forma más elegante de expresarlo. —Enoc miró a Astiza—. ¿Y tenemos una invitada, también?

—Es una... —empezó a decir Ashraf.

—Sierva —terminó Enoc. La miró con curiosidad—. Así que has vuelto.

Caray, ¿aquellos dos también se conocían?

—Los dioses así parecen haberlo querido. —Astiza bajó los ojos—. Mi dueño ha

muerto, asesinado por Napoleón en persona, y mi nuevo dueño es el americano.

—Un interesante giro del destino.

Ashraf fue a abrazar a su hermano.

—¡Igualmente ha sido por la gracia de todos los dioses y la clemencia de estos tres que yo he vuelto a verte, hermano! Ya estaba en paz con el mundo y listo para ir al paraíso, ¡cuando fui capturado!

—¿Ahora eres su esclavo?

—El americano ya me ha liberado. Me ha contratado en calidad de guardaespaldas y guía con el dinero que me quitó. También quiere contratarte a ti. Pronto volveré a tener todo lo que perdí. Eso también es obra del destino, ¿verdad?

—¿Para qué quiere contratarme?

—Ha venido a Egipto con un artefacto antiguo. Le dije que tú quizá podrías reconocerlo.

—Ashraf es el guerrero más valiente que he visto jamás —tercié yo—. Entró en un cuadro de la infantería francesa y sólo entre todos conseguimos hacerlo caer.

—¡Bah! Fui capturado por una mujer que empujó la rueda de un carro.

—Siempre ha sido valiente —dijo Enoc—. Demasiado. Y vulnerable a las mujeres.

—Soy un hombre de este mundo, no del otro, hermano mío. Pero estas personas han venido en busca de tu conocimiento. Tienen un antiguo medallón y quieren saber cuál es su significado. En cuanto lo vi supe que tenía que traerlos hasta ti. ¿Quién sabe más del pasado que el sabio Enoc?

—¿Un medallón?

—El americano lo obtuvo en París, pero piensa que es egipcio —dijo Astiza—. Varios hombres han intentado matarlo para hacerse con ese medallón. El bandido Bin Sadr quiere hacerse con él. Los sabios franceses sienten mucha curiosidad por él. Bonaparte favorece al americano por él.

—¿Bin Sadr, el *Serpiente*? Hemos oído decir que cabalga con los invasores.

—Bin Sadr cabalga con cualquiera que le pague lo suficiente —dijo Ashraf desdeñosamente.

—¿Y quién le paga? —preguntó Enoc a Astiza.

Una vez más, ella bajó los ojos.

—Otro estudioso. —¿Sabía más de lo que me había contado?

—Hace de espía para ese Bonaparte —teorizó Ashraf— y de agente, quizá, para el que más dispuesto esté a hacerse con ese medallón.

—Entonces el americano debería ir con cuidado.

—Desde luego.

—Y el americano amenaza la paz de cualquier hogar en el que entre.

—Como de costumbre, eres rápido con la verdad, hermano mío.

—Y sin embargo me lo traes.

—¡Porque tal vez tenga aquello sobre lo que se ha rumoreado durante tanto

tiempo!

Aquella conversación no me gustaba nada. Yo acababa de sobrevivir a una gran batalla ¿y, a pesar de todo, aún corría peligro?

—¿Quién es ese Bin Sadr? —pregunté.

—Era un ladrón de tumbas tan despiadado que se convirtió en un paria —dijo Enoc—. No tenía ningún sentido de la propiedad o el respeto. Los hombres instruidos lo despreciaban, así que se unió a unos europeos que investigaban las artes oscuras. Llegó a ser un mercenario y se rumoreaba que un asesino, y empezó a recorrer el mundo en compañía de hombres poderosos. Desapareció durante un tiempo. Ahora ha regresado, y por lo visto trabaja para Bonaparte.

O para el conde Alessandro Silano, pensé yo.

—Suenas como una historia periodística de lo más interesante —dijo Talma.

—Bin Sadr te mataría si la publicaras.

—Pero tal vez demasiado complicada para mis lectores —matizó el periodista.

Quizá debería darle el medallón a Enoc, pensé. Después de todo, como el botín que obtuve de Ash, no me había costado nada. Que se las viera él con las serpientes y los salteadores de caminos. Pero no, ¿y si realmente conducía hasta un tesoro? Berthollet podía pensar que los mejores placeres de la vida no cuestan dinero, pero yo sabía por experiencia propia que las personas que dicen eso son las que ya tienen dinero.

—¿Así que buscas respuestas? —preguntó Enoc.

—Busco alguien en quien confiar. Alguien que lo estudie, no que me lo robe.

—Si tu adorno es la clase de letrero indicador que pienso que es, no lo quiero para mí. Es una carga, no un regalo. Pero tal vez pueda ayudarte a descifrarlo. ¿Puedo verlo?

Me lo quité, dejé que se balanceara de la cadena y todos lo miraron con curiosidad. Después Enoc lo sometió a la misma inspección que habían llevado a cabo todos los demás, ya que le dio la vuelta, desplegó los brazos y usó una lámpara para hacer brillar la luz a través de sus perforaciones.

—¿Cómo te hiciste con él?

—Se lo gané a las cartas a un soldado que, aseguraba, perteneció a Cleopatra. Dijo que lo había llevado un alquimista llamado Cagliostro.

—¡Cagliostro!

—¿Has oído hablar de él?

—Estuvo en Egipto una vez. —Enoc sacudió la cabeza—. Buscó secretos que ningún hombre debería llegar a conocer, entró en lugares en los que ningún hombre debería entrar y pronunció nombres que ningún hombre debería decir.

—¿Por qué no debería haber dicho un nombre?

—Conocer el nombre de un dios es saber cómo llamarlo para que cumpla tu voluntad —dijo Ashraf—. Decir el nombre de los muertos es invocarlos. Los antiguos creían que las palabras, en especial las escritas, eran mágicas.

El anciano apartó la mirada de mí para posarla en Astiza.

—¿Cuál es tu papel aquí, sacerdotisa?

Astiza le hizo una pequeña reverencia.

—Sirvo a la diosa. Ella hizo que conociera al americano de la manera en que ahora te lo ha hecho conocer a ti, para sus propios propósitos.

¿Sacerdotisa? ¿Qué diablos significaba eso?

—Que quizá sean arrojar este adorno al Nilo —dijo Enoc.

—Cierto. Y, sin embargo, los ancianos lo forjaron para que pudiese ser encontrado, ¿verdad, sabio Hermes? Y ha llegado a nosotros de esta forma tan inesperada. ¿Por qué? ¿Cuánto es azar y cuánto es destino?

—Una pregunta a la que no he podido responder en toda una vida de estudio. —Enoc suspiró, perplejo—. Bien, veamos. —Volvió a estudiar el medallón, y señaló las perforaciones en el disco—. ¿Reconoces la pauta?

—Son estrellas —ofreció Astiza.

—Sí, pero ¿cuáles?

Todos sacudimos la cabeza.

—¿Pero si es facilísimo! Es Draconis, o Draco. El dragón. —Trazó una línea a lo largo de las estrellas que parecía una serpiente retorcida o un dragón muy flaco—. Es una constelación estelar, y sospecho que sirve para guiar al propietario de este medallón.

—¿Guiarlo cómo? —pregunté yo.

—¿Quién sabe? Las estrellas giran en el cielo nocturno y cambian de posición con las estaciones. Una constelación significa poco, a menos que se la correlacione con un calendario. Así que lo que debemos preguntarnos es para qué sirve esto.

Aguardamos una respuesta a lo que esperábamos era una pregunta retórica.

—No lo sé —admitió Enoc—. Con todo, los ancianos estaban obsesionados por el tiempo. Algunos templos fueron construidos sólo para que quedaran iluminados en el solsticio de invierno o el equinoccio de otoño. El camino del sol era como el camino de la vida. ¿No venía acompañado por ningún artilugio para medir el tiempo?

—No —dije yo. Pero la pregunta de Enoc hizo que me acordara del calendario que Monge me había enseñado en la bodega del *Orient*, el que se llevaron de la misma fortaleza en la que estuvo prisionero Cagliostro. Quizás el viejo conjurador había llevado los dos objetos. ¿Podía ser que el calendario fuese una clave?

—Sin saber cuándo debería ser usado, puede que este medallón no valga nada. Bien, y esta línea que atraviesa el círculo, ¿qué significa?

—No lo sé —dije.

—Estas líneas en zigzag que hay aquí son casi sin lugar a dudas el antiguo símbolo para el agua. —Me sorprendí. Yo había pensado que quizá fuesen montañas, pero Enoc insistió en que eran el símbolo egipcio para las olas—. Ahora bien, esta pequeña pirámide hecha con arañazos me deja perplejo. Y estos brazos... Ah, mirad aquí. —Señaló con el dedo y nos inclinamos sobre el medallón. Hacia la mitad de

cada brazo había una muesca o melladura en la que nunca me había fijado antes, como si una parte del brazo hubiera sido limada.

—¿Es una regla? —probé—. Esa muesca podría ser para marcar una medida.

—Cabe la posibilidad —dijo Enoc—. Pero también podría ser el lugar que sirve para encajar otra pieza en esta. Quizá la razón por la que este medallón es tan misterioso, americano, sea que aún no está completo.

Fue Astiza quien sugirió que le dejara el medallón al anciano para que este lo estudiara, porque de esa manera podría buscar ornamentos similares en sus libros. Al principio dudé. Me había acostumbrado al peso del medallón y a la seguridad que me daba saber dónde se hallaba en todo momento. ¿Ahora iba a entregárselo a un perfecto desconocido?

—No nos será de ninguna utilidad hasta que no sepamos qué es y lo que hace —razonó Astiza—. Llévalo encima, y te lo robarán en las calles de El Cairo. Déjalo en el sótano de un estudioso que vive recluso en su casa, y ahí estará seguro.

—¿Puedo confiar en él?

—¿Qué elección te queda? ¿Cuántas respuestas has obtenido en las semanas que hace que lo posees? Dale uno o dos días a Enoc para hacer algún progreso.

—¿Qué se supone que he de hacer yo mientras tanto?

—Empezar a formular preguntas a tus propios sabios. ¿Por qué iba a estar la constelación de Draco en este adorno? La solución no se hará esperar si trabajamos todos juntos.

—Ethan, es un riesgo demasiado grande —dijo Talma, al tiempo que miraba a Astiza con recelo.

Desde luego, ¿quién era esa mujer a la que se había llamado sacerdotisa? Pero el corazón me decía que los miedos de Talma eran exagerados, que yo había estado solo en esta empresa y ahora, sin haberlo pedido, contaba con algunos aliados para que me ayudaran a desentrañar el misterio.

—No, Astiza tiene razón —dije—. Necesitamos ayuda o no haremos ningún progreso. Y si Enoc huye con mi medallón, tendrá a todo el ejército francés tras él.

—¿Huir? Nos ha invitado a alojarnos en esta casa con él.

Mi dormitorio era el mejor que había disfrutado en años. Era fresco y resguardado del sol, la cama se hallaba a una buena distancia del suelo y rodeada por cortinas de gasa. Las baldosas estaban cubiertas de alfombras, y la jofaina y el aguamanil eran de plata y estaño. ¡Qué diferencia con la mugre y el calor de la campaña! Sin embargo, me sentía arrastrado a una historia que no entendía, y me encontré repasando los acontecimientos. ¿Era casualidad que hubiese conocido a una mujer griego-egipcia que hablaba mi idioma? ¿Que el hermano de este extraño Enoc hubiera cargado directamente sobre mí después de irrumpir en el centro del cuadro en la Batalla de las Pirámides? ¿Que Bonaparte no sólo hubiese permitido, sino aprobado, esta adición a

mi séquito? Era casi como si el medallón se sirviese de la magia como un extraño imán, atrayendo a las personas hacia él.

Ciertamente era hora de hacerle más preguntas a mi supuesta sirvienta. Después de habernos dado un baño y descansado encontré a Astiza en el patio principal, ahora fresco y sombreado. Estaba sentada junto a la fuente a la espera de mi interrogatorio. Pliegues de lino le envolvían los pechos con las puntas turbadoramente cubiertas, y sus esbeltos pies calzaban sandalias, los tobillos recatadamente cruzados. Lavada, cambiada de ropa y peinada, sus cabellos brillaban como la obsidiana.

Llevaba brazaletes, ajorcas en los tobillos y un *ankh* colgado del cuello; era una visión tan impactante que costaba pensar con claridad. Sin embargo, tenía que hacerlo.

—¿Por qué te llamó sacerdotisa? —dije sin mayores preámbulos, mientras me sentaba a su lado.

—Supongo que no pensarás que mis intereses se limitan a hacerte la comida y lavarte la ropa —dijo ella en voz baja.

—Sabía que eras algo más que una sierva. Pero ¿sacerdotisa de qué?

Astiza tenía los ojos muy abiertos, la mirada solemne.

—De la creencia que ha estado presente en todas las religiones durante diez mil años: que existen mundos más allá del que vemos, Ethan, y misterios más allá de lo que pensamos que entendemos. Isis es una puerta a esos mundos.

—Eres una maldita pagana.

—¿Y qué es un pagano? Si examinas el origen de la palabra, ves que significa morador del campo, una persona de la naturaleza que vive según el ritmo de las estaciones y el sol. Si eso es paganismo, entonces soy una fervorosa creyente.

—¿Y en qué más crees, exactamente?

—En que las vidas tienen un propósito, en que cierto conocimiento es mejor que permanezca oculto y cierto poder, envainado y sin usar. O, de ser liberado, que se use para el bien.

—¿Te traje yo a esta casa o me trajiste tú?

Astiza sonrió con dulzura.

—¿Piensas que nos conocimos por accidente?

Solté un bufido.

—Mis recuerdos incluyen unos cuantos cañonazos.

—Tomaste el camino más corto al muelle de Alejandría. Se nos dijo que estuviéramos alerta por si veíamos llegar a un civil con una chaqueta verde, posiblemente acompañado por Bonaparte.

—¿Quiénes teníais que estar alerta?

—Mi señor y yo. El que mataste.

—¿Y dio la casualidad de que vuestra casa se encontraba en nuestra ruta?

—No, pero la casa de un mameluco que había huido sí. Mi señor y yo la requisamos y nuestros acólitos nos trajeron mosquetes.

—¡Casi matáis a Napoleón!

—En realidad, no. El Guardián te apuntaba a ti, no a él.

—¡Qué!

—Mi sacerdocio creyó mejor simplemente matarte antes de que llegaras a saber demasiado. Pero al parecer los dioses tenían otros planes. El Guardián le dio a casi todo el mundo menos a ti. Entonces la habitación estalló y cuando volví en mí, allí estabas tú. Supe que tenías un propósito, por muy ciego que pudieras estar a él.

—¿Qué propósito?

—Estoy de acuerdo en que cuesta imaginarlo. Pero se supone que has de ayudar, de algún modo, a custodiar lo que debería ser custodiado o a usar lo que debería ser usado.

—¿Custodiar el qué? ¿Usar el qué?

Astiza sacudió la cabeza.

—No lo sabemos.

Por el relámpago de Franklin, en mi vida había oído mayores disparates. ¿Se suponía que yo debía creer que mi cautiva me había encontrado a mí en lugar de lo contrario?

—¿A qué te refieres cuando hablas del Guardián?

—Simplemente a uno que aún sigue las viejas costumbres que hicieron de esta tierra la más rica y hermosa del mundo, hace cinco mil años. Nosotros también hemos oído rumores acerca del colgante —Cagliostro se emocionó tanto al encontrarlo que no pudo mantener la boca cerrada—, y de hombres sin escrúpulos que venían a excavar y robar. ¡Pero tú! ¡Tan ignorante! ¿Por qué lo pondría en tus manos la diosa? Sin embargo, primero te conducen hasta mí. Luego nosotros te conducimos hasta Ashraf, y de Ashraf a Enoc. Secretos que han dormitado durante milenios están siendo despertados por la marcha de los franceses. Las pirámides tiemblan. Los dioses están inquietos y guían nuestra mano.

Yo no hubiese sabido decir si Astiza estaba como una cabra o era vidente.

—¿Hacia qué?

—No lo sé. Todos estamos medio ciegos, y vemos algunas cosas aunque otras se nos escapan. Esos sabios franceses de los que tanto presumes, ¿son realmente sabios o no? ¿Son conjuradores?

—¿Conjuradores?

—O como los llamamos en Egipto, magos.

—Me parece que los hombres de ciencia harían una distinción entre sí mismos y los magos, Astiza.

—En el antiguo Egipto, no existía tal distinción. Los sabios conocían la magia y hacían muchos hechizos. Ahora, tú y yo debemos tender un puente entre vuestros sabios y hombres como Enoc, y resolver este acertijo antes de que lo hagan hombres sin escrúpulos. Competimos con el culto de la serpiente, el dios serpiente Apofis, y su Rito Egipcio. Ellos quieren descubrir el secreto primero y usarlo para sus oscuros

designios.

—¿Qué designios?

—No lo sabemos, porque ninguno de nosotros está completamente seguro de qué es lo que buscamos. —Titubeó—. Existen leyendas de grandes tesoros y, lo que es aún más importante, grandes poderes, la clase de poderes que hacen temblar los imperios. Qué, exactamente, es demasiado pronto para decirlo. Deja que Enoc investigue un poco más. Pero ten presente que muchos hombres han oído estas historias a lo largo de los siglos y se han interrogado acerca de la verdad oculta tras ellas.

—¿Te refieres a Napoleón?

—Sospecho que él es quien menos lo entiende de todos, pero espera que alguien encuentre el secreto para así poder hacerse con él. Por qué, no está seguro, pero conoce las leyendas de Alejandro. Todos nos movemos envueltos en una niebla de mito y leyenda, excepto quizá Bin Sadr..., y quienquiera que sea el verdadero señor de Bin Sadr.



mpicé con uno de los astrónomos de la expedición, Nicholas-Antoine Nouet. Mientras que la mayoría de los franceses había maldecido el desierto por su enervante calor y las alimañas que pululaban por él, Nouet se había mostrado encantado, porque decía que aquel aire tan seco facilitaba enormemente la labor de cartografiar los cielos. «¡Es el paraíso de un astrónomo, Gage! ¡Un país sin nubes!». Lo encontré agachado en el nuevo instituto, sin chaqueta y arremangado, mientras clasificaba un juego de varillas calibradas que servía para medir las posiciones de las estrellas sobre el horizonte.

—Nouet —me dirigí a él—, ¿el cielo es constante?

El astrónomo levantó la cabeza para mirarme con irritación, dado que yo acababa de cortar el hilo de sus pensamientos.

—¿Constante?

—Quiero decir, ¿las estrellas se mueven?

—Bueno. —Nouet se enderezó y miró el jardín resguardado del sol que habían expropiado los científicos—. Nuestro planeta gira, esa es la razón por la que las estrellas parecen salir y ponerse como el sol. Forman una rueda alrededor de nuestro eje septentrional, la estrella polar.

—Pero ¿las estrellas en sí no se mueven?

—Eso aún es objeto de debate.

—Entonces hace miles de años —insistí—, cuando se construyeron las pirámides, ¿el cielo tenía el mismo aspecto que ahora?

—Ah, ya veo adonde queréis ir a parar. La respuesta es sí... y no. Las constelaciones estarían básicamente igual, pero el eje de nuestro planeta oscila de acuerdo con un ciclo de veintiséis mil años.

—El doctor Monge ya habló de eso a bordo del *Orient*. Dijo que la posición del zodiaco cambia con respecto al sol naciente en una fecha particular. ¿Cambiaría alguna otra cosa?

—Una diferencia que aparecería con el paso de muchos milenios sería la estrella polar. El eje terráqueo oscila, por lo que hace miles de años apuntaba hacia otra estrella del norte.

—¿Existe alguna posibilidad de que esa estrella pudiera haber sido Draco?

—Pues sí, me parece que sí. ¿Por qué lo preguntáis?

—Ya sabéis que tengo en mi poder un artefacto del pasado. Las investigaciones preliminares que he llevado a cabo aquí en El Cairo sugieren que podría representar la constelación de Draconis, el dragón. Si Draco era la estrella polar...

—Os dice que orientéis vuestro artefacto hacia el norte, quizá.

—Exactamente. Pero ¿por qué?

—*Monsieur*, es vuestro fragmento de antigüedad, no el mío.

—Monge me enseñó algo más en la bodega del *Orient*. Vi un artefacto circular en el que estaban inscritos los signos del zodiaco. Monge pensaba que era alguna clase de calendario, quizá para predecir fechas futuras.

—Eso no sería inusual entre las culturas antiguas. Los sacerdotes antiguos exhibían un gran poder si podían predecir por anticipado el aspecto que tendrían los cielos. Podían pronosticar la subida del Nilo y las fechas óptimas para la siembra y la recogida de las cosechas. El poder de las naciones y la ascensión y la caída de los reyes dependían de semejante conocimiento. Para ellos, religión y ciencia eran una sola cosa. ¿Tenéis ese artefacto? Quizá pueda ayudaros a descifrarlo.

—Lo dejamos a bordo del *Orient* con el tesoro maltés.

—¡Bah! ¿Para que pueda ser fundido y gastado por la próxima pandilla de bribones que consiga hacerse con el control del Directorio? ¿Por qué semejantes tesoros están a bordo de un navío de guerra que podría desaparecer en la batalla? ¡Esa es la clase de herramientas que necesitamos aquí, en Egipto! Convenced a Bonaparte de que os permita ir a buscarlo, Gage. Esas cosas son sorprendentemente simples, una vez descifradas.

Yo necesitaba algo dotado de mayor sustancia para ir a ver a nuestro general. Enoc seguía recluido en su biblioteca con el medallón cuando dos días después me enteré de que Jomard, el geógrafo al que había conocido en la bodega del *Orient*, iba a cruzar el Nilo hasta Gizeh para llevar a cabo las mediciones preliminares de las pirámides. Ofrecí mis servicios y los de Ashraf como guía. Talma fue también mientras que Astiza, ahora sometida a las costumbres de El Cairo, se quedaba en la casa para ayudar a Enoc.

Los cuatro disfrutamos de la brisa matinal mientras nos transportaban a través del Nilo. El río discurría cerca de las descomunales estructuras, a lo largo del promontorio de arena y piedra caliza que subía hacia la meseta donde fueron construidas. Desembarcamos e iniciamos el ascenso.

Con todo lo notable que había sido combatir a la vista de esas célebres estructuras, quedaban demasiado alejadas de Imbaba para que pudieran impresionarnos con su tamaño. Era su pureza geométrica, recortada sobre la desnudez del desierto, la que atraía la mirada. Ahora, mientras subíamos por un sendero desde el gran río, su inmensidad se volvió evidente. En un primer momento, las pirámides atisbaban por encima del borde del promontorio como deltas perfectos, su diseño tan armonioso como simple. El volumen de su masa recortada sobre el cielo elevaba la mirada hacia su ápice y nos llamaba a las alturas. Entonces, cuando se hicieron más plenamente visibles, sus titánicas dimensiones al fin fueron evidentes, montañas de piedra ordenadas por las matemáticas. ¿Cómo había construido algo tan vasto el primitivo Egipto? ¿Y por qué? El mismo aire parecía cristalino alrededor de ellas, y

su majestad llevaba implícita una extraña aura, como el curioso olor acompañado de un hormigueo que siento cada vez que hago una demostración de la electricidad. Aquí todo estaba muy silencioso tras el clamor de El Cairo.

Contribuía al efecto sobrecogedor de las pirámides su célebre guardián, que miraba hacia el este. La gigantesca cabeza de piedra llamada Esfinge, tan notable como nos la habíamos imaginado a partir de las descripciones escritas, custodiaba la ladera a escasa distancia por debajo de las pirámides. Su cuello era una duna de arena y su cuerpo leonino yacía enterrado bajo el desierto. La nariz de la estatua había sido dañada hacía años por las prácticas de cañón de los mamelucos; pero su serena mirada, grandes labios africanos y tocado faraónico creaban un rostro lo bastante eterno para negar los estragos del tiempo. Sus rasgos dañados y erosionados la hacían parecer más vieja que las pirámides de más allá, e hicieron que me preguntase si no habría sido construida antes que ellas. ¿Había algo sagrado relacionado con aquel lugar? ¿Qué clase de gente había creado semejante coloso, y por qué? ¿Era un centinela? ¿Un guardián? ¿Un dios? ¿O mera vanidad para un hombre, tirano y dueño? No pude evitar pensar en Napoleón. ¿Llegaría nuestro revolucionario republicano, liberador y hombre del pueblo, a sentirse tentado alguna vez de encargar una cabeza como aquella?

Más lejos había dunas salpicadas con pilas de escombros, muros rotos y las puntas desmoronadas de pirámides de menores dimensiones. El trío de grandes pirámides que dominaba Gizeh formaba una línea diagonal, de noreste a suroeste. La Gran Pirámide de Khufu, llamada Keops por los griegos, era la más cercana a El Cairo. Una segunda, ligeramente más pequeña que venía después había sido atribuida por los griegos al faraón Khafe, o Kefrén; y una tercera aún más pequeña, al suroeste, había sido construida por un tal Menkaure.

—Uno de los detalles más interesantes de la Gran Pirámide es que está alineada precisamente con las direcciones cardinales y no sólo con el norte magnético —nos explicó Jomard mientras descansábamos unos instantes—. Es tan precisa que sus sacerdotes e ingenieros debieron tener un conocimiento muy sofisticado de la astronomía y las mediciones topográficas. Fijaos, también, en cómo se puede juzgar la dirección hacia la que uno está vuelto por la forma en que las pirámides se relacionan entre sí. El patrón de sombra funciona como una especie de brújula. Se podría usar la relación de sus ápices y sus sombras para orientar una herramienta de topógrafo.

—¿Pensáis que son una especie de hito geodésico? —pregunté.

—Eso es una teoría. Las otras dependen de la medición. Vamos. —Él y Ashraf se adelantaron, cargados con rollos de cinta métrica. Talma y yo, acalorados y sin aliento por la subida, nos quedamos un poco rezagados.

—Ni una brizna de verde —musitó Talma—. Un lugar de los muertos, desde luego.

—Pero qué tumbas, ¿eh, Antoine? —Me volví a mirar la cabeza de la Esfinge,

con el río bajo nosotros y las pirámides encima.

—Sí, y tú sin tu llave mágica para entrar en su interior.

—No creo que necesite el medallón para eso. Jomard dijo que las pirámides fueron abiertas hace siglos por árabes que buscaban tesoros. Nosotros también entraremos en ellas, a su debido tiempo.

—Con todo, ¿no te molesta no tener el medallón?

Me encogí de hombros.

—Se está más fresco si no lo llevas puesto, francamente.

Talma miró los triángulos marrones que se elevaban sobre nosotros, insatisfecho.

—¿Por qué confías en esa mujer más que en mí? —El tono ofendido de su voz me sorprendió.

—Pero si no lo hago.

—Cuando te he preguntado dónde estaba el colgante, te lo has callado. Pero ella te convence de que se lo des a un viejo egipcio al que apenas conocemos.

—De que se lo preste, para que pueda estudiarlo. No se lo di a ella, se lo dejé a él. Confío en Enoc. Es un sabio, igual que nosotros.

—Pues yo no confío en ella.

—Antoine, estás celoso.

—Sí, ¿y por qué? No porque ella sea mujer, y tú vayas detrás de las hembras como un perro detrás de un hueso. No; porque no nos dice todo lo que sabe. Astiza tiene sus propios objetivos, y no son necesariamente los nuestros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es una mujer.

—Una sacerdotisa, dijo ella, que intenta ayudarnos.

—Una bruja.

—Confiar en los egipcios es el único modo de llegar a resolver el misterio, Antoine.

—¿Por qué? Ellos no lo han resuelto en cinco mil años. ¿Ahora llegamos nosotros con una baratija y de pronto tenemos tantos amigos que no sabemos qué hacer con ellos? Todo esto me parece demasiado oportuno.

—Eres demasiado suspicaz.

—Y tú eres demasiado ingenuo.

Con esas palabras seguimos adelante, ninguno de los dos satisfecho.

Mientras subía por la arena resbaladiza hacia la pirámide más grande, sudando del calor, me sentí cada vez más pequeño. La mole del monumento parecía omnipresente incluso cuando le daba la espalda, un coloso que se alzaba sobre nosotros. Los despojos del tiempo dispersos sobre la arena nos rodeaban por todas partes. Dejamos atrás escombros que antaño tenían que haber sido los muros de calzadas y patios. El gran desierto se extendía más allá. Pájaros negros describían círculos en el aire dorado. Nos detuvimos ante la estructura más grande y de mayor altura del planeta, circundada por dunas que ondulaban alrededor de su base. Los bloques con los que

había sido construida parecían los ladrillos de un pueblo de gigantes, inmensos y pesados.

—Y aquí quizás haya un mapa del mundo —anunció Jomard.

Con aquellas facciones tan marcadas, el sabio francés me recordaba a algunos de los halcones tallados en piedra que había visto al entrar en casa de Enoc: Horus. Ahora Jomard contemplaba la cara triangular de la pirámide con una expresión de felicidad sobrecogida.

—¿Un mapa del mundo? —preguntó Talma, escéptico.

—Eso decían Diodoro y otros estudiosos de la antigüedad. O, más bien, un mapa de su hemisferio norte.

El periodista, colorado y malhumorado por el calor, se sentó encima de un bloque puesto en posición vertical.

—Creía que el mundo era redondo.

—Lo es.

—Ya sé que vosotros los sabios sois más listos que yo, Jomard; pero a menos que esté sufriendo alucinaciones, creo que la estructura que hay ante mí termina en una punta bastante perceptible.

—Astuta observación, *monsieur* Talma. Tal vez vos también tengáis madera de sabio. La idea es que el ápice representa el Polo, la base el ecuador, y cada lado un cuarto de la semiesfera septentrional. Como si hubierais cortado una naranja primero por la mitad, horizontalmente, y luego en cuatro piezas verticales.

—Ninguna de ellas triángulos planos —dijo Talma, al tiempo que se abanicaba—. ¿Por qué no limitarte a construir un montículo, como una hogaza, si quieres hacer un modelo de la mitad de nuestro planeta?

—Mis mapas de Egipto y del mundo son planos y, sin embargo, representan algo redondo —contestó el sabio—. Nuestra pregunta es: ¿diseñaron los egipcios la pirámide de manera abstracta, con cierto ángulo y una determinada área, para que reflejase matemáticamente nuestro globo terráqueo? Los antiguos nos dicen que las dimensiones de la pirámide corresponden a una fracción de los 360 grados en los que dividimos el planeta. Este es un número sagrado procedente de los egipcios y los babilonios, basado en los días del año. ¿Eligieron, de hecho, determinadas proporciones para demostrar cómo había que trasladar con precisión un planeta curvo a un plano, en este caso la cara de una pirámide? Herodoto nos dice que el área de la cara de la pirámide es igual al cuadrado de su altura. Da la casualidad de que semejante proporción es una forma ideal de calcular el área de la superficie de un círculo, como nuestro planeta, a partir de un cuadrado, y de trasladar los puntos del uno al otro.

—¿Por qué harían tal cosa? —preguntó el periodista.

—Quizá para alardear de que sabían cómo hacerlo.

—Pero, Jomard —objeté yo—, la gente creyó que el mundo era plano hasta Colón.

—No, amigo mío. La luna es redonda. El sol es redondo. A los antiguos se les ocurrió que nuestro planeta también es redondo, y los griegos usaron cuidadosas mediciones para calcular la circunferencia. Mi idea es que los egipcios los precedieron.

—¿Cómo pudieron saber ellos lo grande que es nuestro planeta?

—Eso es un juego de niños si entiendes la geometría y astronomía básicas y sabes medir puntos fijos sobre la sombra del sol o la declinación de las estrellas.

—Ah, sí —dijo Talma—. Yo lo hacía antes de mis siestas cuando era un crío.

Jomard eludió la provocación.

—Cualquiera que haya visto la sombra que la tierra proyecta sobre la luna o presenciado cómo un navío desaparece bajo el horizonte sospechará que nuestro planeta es una esfera. Sabemos que el griego Eratóstenes usó las distintas longitudes de las sombras proyectadas por el sol de mediodía durante el solsticio de verano en dos lugares de Egipto, para quedarse a sólo 320 kilómetros de la respuesta correcta en el año 250 a. de C. Esta pirámide tenía casi tres mil años cuando Eratóstenes llevó a cabo sus mediciones. Sin embargo, ¿qué impediría a sus antiguos constructores hacer lo mismo, o medir la altura relativa de una estrella en los puntos norte y sur a lo largo del Nilo para calcular los ángulos y, por implicación, el tamaño de nuestro planeta? Si navegas por el cauce del río la altura de las estrellas sobre el horizonte cambia varios grados, y los marineros egipcios seguramente tuvieron que darse cuenta de ello. Si Tycho Brahe llevó a cabo tales mediciones estelares sirviéndose únicamente de sus ojos y obtuvo unos resultados lo bastante precisos para calcular el tamaño de nuestro planeta, ¿por qué no iban a poder hacerlo los antiguos? Atribuimos el nacimiento del conocimiento a los griegos, pero ellos lo atribuían a los egipcios.

Yo sabía que Jomard había leído más textos antiguos que ninguno de nosotros, así que contemplé con una nueva curiosidad la gran masa que tenía delante. El revestimiento exterior de suave piedra caliza había sido robado hacía siglos para construir palacios y mezquitas musulmanas en El Cairo, así que sólo quedaban los bloques del núcleo. Pero cada una de esas piezas era colosal, alineada en hileras que parecían no tener fin. Empecé a contar las ringleras y me di por vencido cuando iba por la número cien.

—Pero los egipcios carecían de navíos con los que dar la vuelta al globo, así que no veo por qué iban a molestarse en calcular el tamaño del planeta —objeté—. ¿Y construir una montaña para contener un cálculo? No tiene sentido.

—Tan inexplicable como edificar San Pedro para un ser que nadie salvo los santos y los lunáticos puede afirmar haber visto —confirmó Jomard—. Lo que no tiene sentido para un hombre es el propósito de su vida para otro. ¿Podemos explicarnos a nosotros mismos siquiera? Por ejemplo, ¿qué sentido tiene vuestra francmasonería, Talma?

—Bueno... —Mi amigo tuvo que pensárselo un momento antes de responder—. Vivir armoniosa y racionalmente, en vez de matarse los unos a los otros por

cuestiones de religión y política, creo.

—Y henos aquí, a unos cuantos kilómetros de la carnicería que un ejército plagado de masones acaba de causar en un campo de batalla. ¿Quién puede decir quién es el lunático? ¿Quién sabe por qué los egipcios harían algo semejante?

—Yo pensaba que esto era la tumba del faraón —dijo Talma.

—Una tumba sin ocupante. Cuando los árabes buscadores de tesoros profanaron la pirámide hace siglos y cavaron túneles alrededor de bloques de granito que pretendían sellar la entrada eternamente, no encontraron nada que indicase que ningún rey, reina o siervo hubiera sido enterrado nunca dentro de ella. El sarcófago estaba vacío y le faltaba la tapa. No había ninguna escritura, y ni rastro de tesoro o bienes terrenales que conmemorasen a la persona para la que fue construida. ¡La mayor estructura del planeta, más alta que las mayores catedrales de Europa, y estaba vacía como la despensa de un campesino! Una cosa es ser megalómano, obligar a decenas de millares de hombres a que construyan tu última morada. Pero hacerlo y luego no reposar allí ya es harina de otro costal.

Miré a Ashraf, que no había podido seguir nuestra conversación en francés.

—¿Para qué sirve la pirámide? —le pregunté en mi lengua.

Ashraf se encogió de hombros, menos impresionado por el monumento que nosotros. Claro que él llevaba toda la vida en El Cairo.

—Para sostener el cielo.

Suspiré y me volví nuevamente hacia Jomard.

—¿Así que vos pensáis que es un mapa?

—Esa es una hipótesis. Otra es que sus dimensiones significan lo divino. Desde hace miles de años, los arquitectos y los ingenieros reconocen que ciertas proporciones y formas resultan más agradables a la vista que otras. Se corresponden entre sí de formas matemáticas interesantes. A algunos les parece que tan sublimes relaciones revelan verdades fundamentales y universales. Cuando nuestros antepasados construyeron las grandes catedrales góticas, intentaron usar sus dimensiones y sus proporciones geométricas para expresar ideas e ideales religiosos, con el objetivo de que el edificio pareciera sagrado por su mismo diseño. «¿Qué es Dios? —preguntó san Bernardo en una ocasión—. Dios es longitud, anchura, altura y profundidad».

Me acordé del fervor de Astiza cuando me había hablado de Pitágoras.

—¿Y? —preguntó Talma en tono retador.

—Y eso quiere decir que esta pirámide puede haber sido, para los antiguos egipcios que la construyeron, no una imagen del mundo, sino una imagen de Dios.

Contemplé con una vaga inquietud la inmensa estructura y sentí que se me erizaba el vello en la nuca. La pirámide estaba absolutamente silenciosa, pero yo podía percibir un vago zumbido de fondo salido de la nada, como el sonido de una caracola cuando te la llevas a la oreja. ¿Era Dios un número, una dimensión? Había algo de divino en la perfecta simplicidad que tenía delante.

—Por desgracia —prosiguió Jomard—, todas esas ideas son difíciles de verificar hasta que se lleven a cabo mediciones para confirmar si la altura y el perímetro se corresponden en escala con las dimensiones de nuestro planeta. Eso será imposible de hacer hasta que hayamos excavado lo suficiente para encontrar la verdadera base y las esquinas de la pirámide. Necesitaré un pequeño ejército de trabajadores árabes.

—Supongo que entonces ya podemos volver —dijo Talma esperanzadamente.

—No —dijo Jomard—. Al menos, empezaremos a medir su altura desde la hilera de piedras más baja que veamos. Gage, vos me ayudaréis con la cinta. Talma, aseguraos de escribir cada altura de un bloque de piedra que os demos.

Mi amigo miró hacia arriba desconfiadamente.

—¿Toda esa distancia?

—El sol empieza a bajar. Cuando lleguemos a la cima, hará más fresco.

Ashraf optó por quedarse abajo, claramente convencido de que sólo a unos europeos que se habían expuesto demasiado el sol se les podía ocurrir hacer semejante escalada. Y la cosa no fue nada fácil, ciertamente. La pirámide pareció mucho más empinada una vez que empezamos a subir por ella.

—Una ilusión óptica hace que parezca más baja de lo que es, cuando se la ve de frente —explicó Jomard.

—Eso no nos lo contasteis cuando iniciamos la subida —gruñó Talma.

Empleamos más de media hora de cautelosa ascensión en recorrer la mitad de la distancia. Era como escalar los bloques de construcción de unos niños titánicos, la escalera de un gigante, donde cada peldaño medía unos setenta y cinco centímetros de altura. Había una posibilidad muy real de tener una aparatosa caída. Medimos minuciosamente cada una de las hileras de piedra interiores mientras subíamos, y Talma se encargó de llevar la cuenta.

—Fijaos en el tamaño de esos monstruos —dijo el periodista—. Tienen que pesar varias toneladas. ¿Por qué no se les ocurrió construirla con piezas más pequeñas?

—¿Alguna razón de ingeniería, quizá? —sugerí yo.

—No existe ninguna necesidad arquitectónica de usar unas piedras tan grandes —dijo Jomard—. Y a pesar de ello, los egipcios cortaron estos leviatanes, los trajeron flotando sobre el Nilo, los arrastraron hasta lo alto de esa colina y, de alguna manera, luego se las arreglaron para subirlos hasta aquí arriba. Gage, vos sois nuestro experto en electricidad. ¿Pudieron emplear tan misteriosa fuerza para mover esas rocas?

—De ser así, dominaban algo que nosotros apenas entendemos. Puedo diseñar una máquina para que os haga sentir un hormigueo, Jomard, pero no para que desempeñe ningún trabajo útil. —Una vez más me sentía inadecuado para la misión que me había encomendado a mí mismo. Miré a mi alrededor en busca de algo tangible que aportar—. Aquí hay algo. Algunas de esas piedras tienen conchas incrustadas en ellas. —Las señalé.

El sabio francés siguió la dirección de mi dedo.

—¡Cierto! —exclamó con sorpresa. Se agachó para inspeccionar el bloque de

caliza que le había señalado—. No son conchas, sino fósiles de conchas; como si estos bloques provinieran de debajo del mar. Es una curiosidad que ya ha sido advertida en algunas cordilleras de Europa, y ha generado un nuevo debate sobre la edad del planeta. Algunos dicen que criaturas marinas fueron transportadas hasta allí por el Diluvio Universal; pero otros afirman que nuestro mundo es mucho más antiguo de lo que indica la cronología bíblica, y que lo que hoy son montañas antes se encontraba debajo del océano.

—Si es cierto eso, las pirámides también podrían ser más antiguas que la Biblia —sugerí yo.

—Sí. Cambiar la escala del tiempo lo cambia todo. —Paseó la mirada por la piedra caliza, admirando las impresiones de conchas—. ¡Fijaos, allí! ¡Incluso tenemos un nautilo!

Talma y yo miramos por encima del hombro de Jomard. Incrustada en uno de los bloques de la pirámide había una sección transversal de la concha espiral de un nautilo, una de las formas más hermosas que existen en la naturaleza. Desde su pequeño inicio parecido a un sacacorchos sus cámaras se habían vuelto cada vez más grandes, en agradable y delicada proporción, a medida que la criatura marina crecía hacia fuera en una elegante espiral.

—¿Y en qué os hace pensar eso? —preguntó Jomard.

—En un buen plato de pescado —dijo Talma—. Tengo hambre.

Jomard ignoró el comentario y no apartó la mirada de la espiral en la roca, fascinado por alguna razón que se me escapaba. Largos minutos transcurrieron en silencio hasta que finalmente me atreví a mirar desde lo alto de nuestra atalaya. Un halcón se deslizaba por el aire a nuestra misma altura. Verlo me mareó.

—¿Jomard? —se atrevió a decir Talma pasado un buen rato—. No hace falta que vigiléis el fósil. No se va a escapar.

Como en respuesta, el sabio sacó un martillo para las rocas de la bolsa donde llevaba los instrumentos de medición y dio unos golpecitos sobre los bordes del bloque. Cerca del fósil ya había una grieta, y Jomard trabajó sobre ella hasta que consiguió desprender el espécimen de nautilo para que le cayera en la mano.

—¿Pudo ser? —murmuró, mientras le daba la vuelta a la elegante criatura para ver las pautas de luz y sombras en ella. Parecía haberse olvidado de su misión, y de nosotros.

—Aún nos falta un buen trecho para llegar a la cima —le advertí—, y pronto oscurecerá.

—Sí, sí —dijo Jomard mientras parpadeaba como si despertara de un sueño—. Dejadme pensar en esto allá arriba. —Se guardó la concha en la bolsa—. Gage, sostened la cinta. ¡Talma, preparad vuestro lápiz!

Llegar a la cima requirió otra media hora de cautelosa escalada. Nuestra medición mostró que quedaba a más de 130 metros de distancia del suelo, pero sólo conseguimos una tosca aproximación. Miré hacia abajo. Los escasos beduinos y

soldados franceses que podíamos divisar parecían hormigas. Afortunadamente la piedra con la que habían rematado la pirámide ya no se encontraba allí, así que había un espacio del tamaño de una cama en el que estar de pie.

Me sentí más cerca del cielo. No había colinas que pudieran competir con la pirámide, únicamente desierto plano, la tortuosa hebra plateada del Nilo y el collar de verde sobre cada una de sus orillas. El Cairo rielaba con un millar de minaretos al otro lado del río, y podíamos oír el gemido quejumbroso que llamaba a los fieles a la plegaria. El campo de batalla de Imbaba era un coliseo cubierto de polvo, acribillado de pozos dentro de los que se arrojaba a los muertos. A lo lejos, hacia el norte, el Mediterráneo se volvía invisible sobre el horizonte.

Jomard volvió a sacar su nautilo de piedra.

—Se piensa con más claridad aquí arriba, ¿no os parece? Este templo enfoca la mente. —Se sentó en el suelo y empezó a trazar unas cuantas figuras.

—Y poca cosa más —dijo Talma, al tiempo que se sentaba con una exagerada resignación—. ¿He mencionado que tengo hambre?

Pero Jomard volvía a estar absorto en algún mundo privado y finalmente, como ya nos habíamos acostumbrado a semejantes meditaciones por parte de los sabios, permanecimos un buen rato en silencio. Yo sentía como si pudiese ver la curvatura de nuestro planeta, y me apresuré a decirme que eso era una ilusión a aquella modesta altura. Sin embargo, parecía haber una especie de foco benigno en la cima de dicha estructura, y confieso que nuestro callado aislamiento llegó a resultarme muy agradable. ¿Había estado algún otro americano allí arriba?

Finalmente Jomard se levantó del suelo sin mediar palabra, cogió un fragmento de piedra caliza tan grande como su puño y lo lanzó lo más lejos que pudo. Contemplamos la parábola de su caída, preguntándonos si habría sido capaz de arrojarla lo bastante lejos para que salvara la base de la pirámide. Pero no lo logró, ya que la piedra rebotó en los bloques de piedra de la pirámide por debajo de nosotros y se hizo añicos con el impacto. Las partículas rodaron estrepitosamente pirámide abajo.

Jomard miró ladera abajo unos instantes, como si evaluara su puntería. Luego se volvió hacia nosotros.

—¡Pues claro! Es obvio. ¡Y vuestro ojo, Gage, ha sido la clave!

—¿Lo ha sido? —pregunté con una nueva animación.

—¡Qué maravillosa es la obra sobre la que nos hallamos! ¡Menuda culminación de pensamiento, cálculo y filosofía! ¡Ha sido el nautilo lo que me ha permitido verlo!

Talma puso los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que os ha permitido ver?

—¿Alguno de vosotros ha oído hablar de la secuencia numérica de Fibonacci?

Nuestro silencio respondió por sí solo.

—Fue introducida en Europa alrededor del año 1200 por Leonardo Pisano, también conocido como Fibonacci, después de haber estudiado en Egipto. Su

verdadero origen se remonta a mucho tiempo atrás, a un pasado ignoto. Mirad. —Nos enseñó su papel. Escrita en él había una serie de números: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55—. ¿Veis la pauta?

—Me parece que una vez probé suerte con ella en la lotería —dijo Talma—. No salió ganadora.

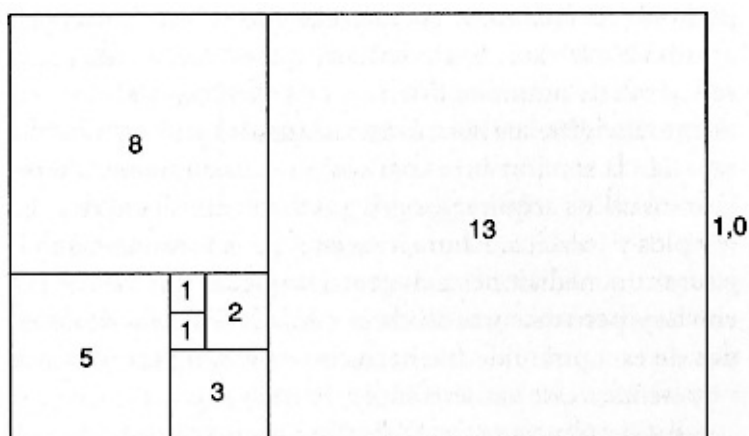
—No, ¿veis cómo funciona? —insistió el sabio—. Cada número es la suma de los dos anteriores. El siguiente en la secuencia, sumando 34 y el 55, sería 89.

—Fascinante —dijo Talma.

—Lo asombroso que tiene esta serie es que, con geometría, puedes representar la secuencia no como números sino como una pauta geométrica. Lo haces dibujando cuadrados. —Dibujó dos pequeños cuadrados uno al lado del otro y puso un número 1 dentro de cada cuadrado—. ¿Veis?, aquí tenemos los dos primeros números de la secuencia. Ahora dibujamos un tercer cuadrado al lado de los primeros dos, haciendo que sea tan largo como los dos cuadrados sumados, y lo marcamos con el número 2. Luego dibujamos un cuadrado con los lados tan largos como un cuadrado del número 1 y un cuadrado del número 2 sumados, y lo marcamos 3. ¿Veis? —dibujaba rápidamente—. El lado del nuevo cuadrado es la suma de los lados de los dos cuadrados que lo preceden, del mismo modo que el número en una secuencia de Fibonacci es la suma de los dos números que lo preceden. Los cuadrados crecen rápidamente en área.

No tardó en crear una imagen como esta:

1,61800339



—¿Y ese número que hay arriba de todo, el 1,6 no sé cuántos, qué significa? —pregunté.

—Es la proporción de la longitud del lado de cada uno de los cuadrados respecto al cuadrado los lados que lo precede —respondió Jomard—. Fijaos en que los lados del cuadrado marcado 3 tienen una longitud proporcional con los lados del cuadrado 2 como, digamos, la proporción entre el cuadrado 8 y el cuadrado 13.

—No lo entiendo.

—¿Veis cómo la línea de arriba del cuadrado 3 queda dividida en dos longitudes desiguales por la juntura con los cuadrados 1 y 2? —dijo Jomard, con paciencia—. Esa proporción entre la longitud de la línea corta y la línea larga se repite una y otra vez, sin importar lo grande que lleguéis a hacer este diagrama. La línea más larga no tiene 1,5 veces la longitud de la corta, sino 1,618 veces, o lo que los griegos y los italianos llamaban el número áureo, o sección áurea.

Tanto Talma como yo nos erguimos ligeramente.

—¿Queréis decir que ahí hay oro?

—No, cretinos. —Jomard sacudió la cabeza con fingido disgusto, a la vez que nos miraba con un desprecio cómico—. Sólo que las proporciones parecen perfectas cuando se las aplica a la arquitectura, o a monumentos como esta pirámide. Hay algo en esa relación que es instintivamente agradable a la vista. Las catedrales fueron construidas para reflejar esos números divinos. Los pintores del Renacimiento dividían sus lienzos en rectángulos y triángulos que repetían la sección áurea para lograr una composición armoniosa. Los arquitectos griegos y romanos la usaban en templos y palacios. Ahora, tenemos que confirmar mi conjetura con mediciones más precisas que las que hemos hecho hoy, pero mi corazonada es que la inclinación de los lados de esta pirámide fue hecha así precisamente para que representara este número áureo, 1,618.

—¿Qué tiene que ver el nautilo con todo esto?

—A eso voy. Primero, imaginaos una línea que desciende por debajo de nuestros pies desde la punta de este coloso hasta su base, para llegar al lecho rocoso del desierto.

—Puedo confirmar que es una línea muy larga, después de esa dura subida —dijo Talma.

—Más de ciento treinta metros —confirmó Jomard—. Ahora imaginaos una línea desde el centro de la pirámide hasta su borde exterior.

—Eso sería la mitad de la anchura de su base —me atreví a decir, con la sensación de ir justo dos pasos por detrás que siempre había tenido con Benjamín Franklin.

—¡Exactamente! —exclamó Jomard—. ¡Tenéis instinto para las matemáticas, Gage! Ahora, imaginad una línea que va desde ese borde exterior ladera arriba hasta donde estamos ahora, completando un triángulo recto. Mi teoría es que si se toma como punto de partida nuestra línea en la base de la pirámide, una línea hasta lo alto de la cima daría 1,618: ¡las mismas armoniosas proporciones mostradas por los cuadrados que he dibujado! —Nos miró con expresión triunfal.

Nosotros dos pusimos cara de no entender nada.

—¿No lo veis? Esta pirámide fue construida para que se ajustara a los números de Fibonacci, los cuadrados de Fibonacci, el número áureo que los pintores siempre han encontrado armonioso. ¡No es sólo que nos parezca que la encontramos perfecta, sino que realmente es perfecta!

Talma volvió la mirada hacia las otras dos grandes pirámides vecinas.

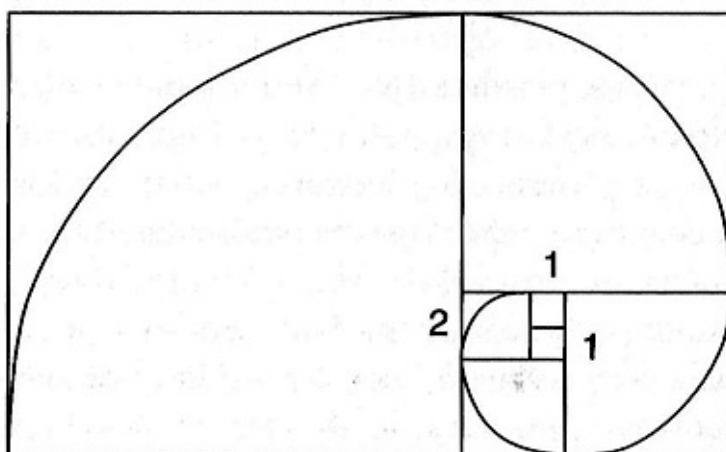
—¿Queréis decir que todas las pirámides son así?

Jomard sacudió la cabeza.

—No. Esta es especial, sospecho. Es un libro, e intenta decirnos algo. Es única por una razón que no acabo de entender.

—Lo siento, Jomard —dijo el periodista—. Me alegro de veros tan emocionado; pero el hecho de que unas líneas imaginarias igualem 1,6, o lo que quiera que habéis dicho, parece una razón todavía más ridícula para construir una pirámide que llamar a algo puntiagudo un hemisferio o construir una tumba en la que nadie será enterrado. A mí me parece perfectamente posible que si algo de todo esto es cierto, vuestros antiguos egipcios eran muy inteligentes... pero estaban bastante locos.

—Ah, es ahí donde os equivocáis, amigo mío —contestó el sabio alegremente—. Pero no os culpo por vuestro escepticismo, porque no vi lo que hemos tenido ante los ojos durante todo el día hasta que aquí Gage con su vista de lince me ayudó a encontrar el fósil de nautilo. Veréis, la secuencia de Fibonacci, traducida a geometría de Fibonacci, crea uno de los diseños más hermosos que existen en la naturaleza. Dibujemos un arco a través de estos cuadrados, desde una esquina hasta la otra, y luego unamos los arcos. —Nos enseñó el dibujo—. Entonces obtendremos una imagen como esta:



—¡Listo! ¿A qué se parece eso?

—Al nautilo —me atreví a decir. Jomard era inteligentísimo, por mucho que yo siguiera sin tener claro adonde quería ir a parar.

—¡Exactamente! Ahora imaginaos que expando esta imagen añadiendo cuadrados adicionales: 21, 34, y así sucesivamente. Esta espiral seguiría creciendo, vuelta tras vuelta, y se haría cada vez más grande y se parecería aún más a nuestro nautilo. Y esta pauta en espiral es algo que vemos una y otra vez. Cuando tomas la secuencia de Fibonacci y la aplicas a la geometría, y luego aplicas esa geometría a la naturaleza, ves que el mismo Dios utiliza esta sublime pauta numérica, esta espiral

perfecta. Encontraréis la espiral en la cabeza de la semilla de una flor o en las semillas de una pino. Los pétalos de muchas flores son números de Fibonacci. Un lirio tiene 3; un ranúnculo, 5; un delfinio, 8; las caléndulas, 13; algunos áster tienen 21 y algunas margaritas, 34. No todas las plantas siguen la pauta, pero muchas de ellas lo hacen porque, además de hermosa, es la forma más eficiente de empujar semillas en crecimiento o pétalos a partir de un centro común. ¡Bien, ahora ya veis cuán maravillosa es esta pirámide! —Asintió para sí, satisfecho con su propia explicación.

—¿Es una flor? —se aventuró a preguntar Talma, con lo que me alivió de la carga de ser un poco lento de entenderás.

—No —respondió Jomard solemnemente—. Hemos escalado algo que no sólo es un mapa del mundo, *monsieur* periodista. Ni siquiera es sólo un retrato de Dios. De hecho es un símbolo de toda la creación, de la fuerza vital en sí misma, una representación matemática de cómo opera el universo. Esta masa de piedra incorpora no sólo lo divino, sino el mismísimo secreto de la existencia. Codifica, dentro de sus dimensiones, las verdades fundamentales de nuestro mundo. Los números de Fibonacci son naturaleza en lo que esta tiene de más eficiente y hermoso, un atisbo de la inteligencia divina. Esta pirámide los personifica y, al hacerlo, personifica la mente del mismo Dios. —Sonrió con nostalgia—. Aquí estaba toda la verdad de la vida contenida en las dimensiones de este primer gran edificio, y desde entonces todo ha sido un largo olvidar.

Talma miraba a nuestro compañero como si este se hubiera vuelto loco. Yo me quedé sentado en el suelo, sin saber qué pensar. ¿Podía la pirámide realmente existir para consagrar números? Eso parecía completamente ajeno a nuestra forma de pensar, pero quizá los antiguos egipcios vieran el mundo de otra manera. ¿También era mi medallón alguna clase de clave matemática o símbolo? ¿Guardaba alguna clase de relación con las extrañas teorías de Jomard? ¿O estaba el sabio leyendo algo en aquel montón de piedras que sus constructores nunca habían tenido intención de incluir en él?

En algún lugar por esa dirección estaba el *Orient*, con un calendario que quizá contuviera más claves del acertijo; y eso parecía lo siguiente que yo podía examinar. Fui a tocar el medallón escondido contra mi pecho y me llenó de una súbita inquietud el que no estuviera allí. Tal vez Talma tuviese razón: yo era demasiado ingenuo. ¿Hacía bien al confiar en Enoc? Y con el triángulo adecuado de Jomard en mente, imaginé los brazos del medallón como la varita de un zahorí que señalaba algo oculto muy por debajo de mis pies.

Bajé la vista hacia el vertiginoso camino que habíamos seguido en la subida. Ashraf caminaba por la línea de la sombra de la pirámide, con la mirada clavada en el suelo en vez de levantada hacia el cielo.



apoleón estaba de buen humor cuando le pedí permiso para volver al navío insignia, y exhibía la jovial confianza en sí mismo de un hombre que sentía que sus planes de gloria oriental empezaban a realizarse. Antes sólo era uno de los muchos generales que intentaban hacer carrera en el puente de mando europeo; pero aquí era omnipotente, un nuevo faraón. Ahora disfrutaba del botín ganado con la guerra, y podía incrementar su fortuna personal con la confiscación de los tesoros mamelucos. Hasta llegó a probarse los ropajes de un potentado otomano, aunque sólo una vez; sus generales se rieron de él.

La nube negra que lo envolvió en cuanto supo de las infidelidades de Josefina aún no se había disipado del todo, pero mitigó su pena tomando una concubina. De acuerdo con la costumbre local, los franceses inspeccionaron el desfile de cortesanas egipcias ofrecido por los beys de la ciudad, pero cuando los oficiales rechazaron a la mayoría de aquellas supuestas bellezas porque estaban demasiado gordas y se les notaba que trabajaban demasiado —a los europeos les gustaba que sus mujeres fueran jóvenes y estuviesen delgadas—, Bonaparte se consoló con la esbelta hija del jeque el-Bekri, una joven de dieciséis años llamada Zenab. Su padre ofreció los servicios de su hija al general a cambio de que lo ayudara en una disputa con otro noble por un muchacho del que ambos jeques se habían encaprichado. El muchacho fue adjudicado al padre y Napoleón obtuvo a Zenab.

La damisela, que se sometió dócilmente al arreglo, no tardó en ser conocida como «la egipcia del general». Bonaparte estaba impaciente por engañar a su esposa tal como ella lo engañaba a él, y Zenab pareció sentirse halagada de que el «sultán Kebir» la hubiera preferido a mujeres más experimentadas. Unos meses después, el general ya se había cansado de la joven e inició una aventura con la belleza francesa Pauline Foures, y no tardó en ponerle los cuernos al infortunado teniente con el que estaba casada tras ordenarle que llevase unos despachos a Francia. Los británicos, que habían sabido del asunto por los rumores en ciertas cartas capturadas, hicieron prisionero al teniente de navío y, con un malicioso sentido del humor, volvieron a depositarlo en Egipto para complicar la vida amorosa de Napoleón. Así empezó a librarse una guerra en la que los cotillees se utilizaban como arma política. Vivíamos una era en que la pasión era política, y la demasiado humana mezcla de sueños globales y pequeñas lujurias de Bonaparte nos fascinaba a todos. El general era Prometeo y el Hombre Corriente, un tirano y un republicano, un idealista y un cínico.

Al mismo tiempo, Bonaparte empezó a rehacer Egipto. Pese a los celos de los otros generales, nosotros los sabios teníamos muy claro que el pequeño corso era mucho más brillante que ninguno de ellos. Yo juzgo la inteligencia no tanto por lo que sabes sino por cuánto quieres llegar a saber, y Napoleón quería saberlo todo.

Devoraba la información como un glotón devora la comida y sus intereses eran tan amplios que ningún otro oficial del ejército, ni siquiera Jomard, podía medirse con él en eso. Al mismo tiempo era capaz de mantener a raya su curiosidad, como si la guardara en un armario cerrado con llave para sacarla después, mientras se concentraba furiosamente en la tarea militar del momento. Esa combinación es rara. Bonaparte soñaba con rehacer Egipto como Alejandro había rehecho el Imperio persa, y no dejaba de enviar a Francia memorandos en los que solicitaba de todo, desde semillas hasta cirujanos. Si el macedonio había fundado Alejandría, Napoleón estaba determinado a fundar la colonia francesa más rica de la historia. Los beys locales fueron reunidos en un consejo del diván para ayudar con la administración y las tasas, mientras científicos e ingenieros eran acribillados a preguntas sobre perforación de pozos, construcción de molinos, mejoras en los caminos y prospecciones mineras. El Cairo sería reformado. La ciencia sucedería a la superstición. ¡La Revolución había llegado a Oriente Próximo!

Así que cuando fui a ver a Bonaparte para que me autorizase a volver al navío insignia, me preguntó en tono afable:

—¿Qué os dirá ese calendario antiguo, exactamente?

—Puede ayudar a que le encontremos sentido a mi medallón y mi misión dándonos un año o una fecha clave. El cómo es incierto, pero el calendario no sirve de nada en la bodega de un navío.

—La bodega impide que lo roben.

—Tengo intención de examinarlo; no de venderlo, general.

—Por supuesto. Y no descubriréis ningún secreto sin compartirlo conmigo, el hombre que os mantuvo a salvo de los cargos de asesinato en Francia, ¿verdad, *monsieur Gage*?

—En estos momentos trabajo conjuntamente con vuestros sabios.

—Bien. Puede que pronto recibáis más ayuda.

—¿Ayuda?

—Ya veréis. Mientras tanto, espero que no consideréis abandonar nuestra expedición con ningún intento de embarcaros rumbo a América. Entended que si os doy permiso para volver al *Orient* a causa de ese calendario, vuestra joven esclava y el cautivo mameluco permanecerán aquí en El Cairo. —Me miró con los ojos entornados.

—Pues claro. —Me di cuenta de que el general le había asignado a Astiza una importancia emocional que yo mismo aún tenía que admitir. ¿Me importaba que ella fuera a ser rehén de mi leal conducta? ¿Era Astiza realmente una garantía de que yo volvería? Yo no había pensado en ella en aquellos términos; sin embargo, me tenía muy intrigado y admiré la percepción del interés de que había dado muestra Napoleón—. Volveré a reunirme con ellos lo más pronto que pueda. Deseo, sin embargo, llevar conmigo a mi amigo, el periodista Talma.

—¿Ese escritor? Lo necesito aquí, para que deje constancia de mi

administración.

Pero Talma estaba inquieto. Me había pedido que le dejara ir conmigo para poder visitar Alejandría, y a mí me agradaba su maliciosa compañía.

—Está impaciente por remitir sus despachos en el navío más rápido. También quiere ver más de Egipto e interesar a Francia en el futuro de este país.

Napoleón reflexionó unos instantes.

—Traedlo de vuelta aquí en una semana.

—Serán diez días, como máximo.

—Os daré despachos para entregar al almirante Brueys, y *monsieur* Talma puede llevar unos cuantos a Alejandría. Ambos me daréis vuestras impresiones a vuestro regreso.

Pese a los malos augurios de Talma, decidí después de cuidadosas consideraciones dejar el medallón en manos de Enoc. Compartía el razonamiento de Astiza de que estaría más seguro en el sótano de un viejo erudito que pululando por Egipto. Cuando descendí por el Nilo, me llenó de alivio no tener el colgante alrededor de mi vulnerable cuello y que estuviera a buen recaudo en un sitio donde no lo robarían. Si bien separarme del colgante suponía un claro riesgo tras haberlo llevado con tanto cuidado desde París hasta El Cairo, su posesión carecía de sentido si no sabíamos para qué servía, y yo aún tenía muy pocas pistas al respecto. Enoc parecía ser mi mejor esperanza de obtener una respuesta; y yo soy, después de todo, un jugador. Con mi admitida debilidad por las mujeres, apostaba que Astiza sentía cierta lealtad hacia mi empresa, y que Enoc estaba más interesado en descifrar el acertijo que en desprenderse de la baratija a cambio de dinero. Que se entretuviera en pasar las páginas de sus libros; mientras tanto, yo examinaría el calendario en la bodega del *Orient* con la esperanza de que pudiera arrojar alguna luz sobre el propósito del medallón, y juntos tal vez resolveríamos el misterio. Le insistí a Astiza para que se quedara en casa, donde estaría a salvo, y le dije a Ashraf que permaneciera alerta para que no les ocurriese nada.

—¿No debería guiarte hasta la costa?

—Bonaparte dice que tu presencia aquí asegura que querré regresar. Y lo haré. — Le di una palmada en el hombro—. Somos socios, todos los que vivimos en esta casa, ciudadano Ash. No me traicionarás, ¿verdad?

El mameluco se puso recto.

—Ashraf protegerá esta casa con su vida.

Yo no quería llevarme conmigo mi pesado rifle para un breve viaje por un país conquistado, pero tampoco quería que nadie jugara con él. Después de pensármelo un poco, recordé las observaciones de Ash sobre la superstición y el temor a las maldiciones, y guardé el rifle y mi tomahawk en uno de los sarcófagos de momias de Enoc. Allí deberían estar a salvo.

Cosa rara en él, Talma no hizo ningún comentario sobre mi decisión de confiar el medallón a los egipcios, y sólo le preguntó afablemente a Astiza si tenía algún mensaje que quisiera que llevase a Alejandría. Astiza dijo que no.

Pagamos al propietario de una falúa nativa para que nos llevara Nilo abajo. Esas capaces embarcaciones, que suben y bajan por el ancho y lento Nilo bajo sus velas triangulares, eran los taxis del río en una función similar a la de los burros que prestaban ese servicio en las calles de El Cairo. Hicieron falta unos cuantos minutos de pesado regateo, pero al final subimos a bordo y pusimos rumbo hacia Abukir, pilotados por un timonel que no hablaba ni la lengua de Talma ni la mía. Cuando volvimos a entrar en el fértil delta río abajo desde El Cairo, volvió a impresionarme la serena intemporalidad de las aldeas a lo largo de las orillas del Nilo, como si los franceses nunca hubieran pasado por allí. Los burros tiraban de carros cargados con monumentales montones de paja. Niños pequeños saltaban y jugaban en los bajíos, indiferentes a los cocodrilos que yacían como troncos en las tranquilas aguas de los canales laterales. Nubes de garcetas blancas alzaban el vuelo con un ruidoso aleteo desde islas de juncos verdes. Peces plateados se deslizaban entre tallos de papiro. Masas de vegetación procedentes de las mesetas africanas en las que había lirios y flores de loto flotaban Nilo abajo. Muchachas vestidas de vivos colores estaban sentadas en los tejados planos de las casas, clasificando dátiles rojos al sol.

—No tenía ni idea de que conquistar un país fuese tan fácil —observó Talma, mientras la corriente nos llevaba río abajo—. Unos cuantos centenares de muertos y somos dueños del lugar donde nació la civilización. ¿Cómo lo supo Bonaparte?

—Adueñarse de un país es más fácil que gobernarlo —dije.

—Exacto. —Se apoyó en la borda y contempló distraídamente el paisaje que desfilaba junto a nosotros—. Henos aquí, señores del calor, las moscas, el estiércol, los perros rabiosos y los campesinos analfabetos. Gobernantes de la paja, la arena y las verdes aguas. Esta es la sustancia de la que se hacen las leyendas, te lo digo yo.

—Lo cual es tu especialidad, en tanto que periodista.

—Bajo mi pluma, Napoleón se convierte en un visionario. Me autoriza a acompañarte porque accedí a escribir su biografía. No tengo nada que objetar. Me dijo que los periódicos hostiles son más de temer que un millar de bayonetas, pero que puedo ascender con él; nada que yo no supiera, claro. Cuanto más heroico haga parecer a Napoleón, menos tardará en ver satisfechas sus ambiciones y todos nos podremos ir a casa.

Sonreí ante ese hastío de la vida que caracteriza a los franceses después de tantos siglos de guerras, reyes y terrores. Nosotros los americanos somos más inocentes, más honrados, más fervientes, y nos decepcionamos con más facilidad.

—Sin embargo, es un país hermoso, ¿verdad? —pregunté—. Me sorprende lo intensos que son los verdes. La llanura aluvial del Nilo es un vergel, y entonces cambias al desierto tan abruptamente que podrías trazar el límite con la hoja de una espada. Astiza me contó que los egipcios llaman a la parte fértil «la tierra negra» por

el color de su suelo; y al desierto, «la tierra roja» por su arena.

—Y yo llamo a todo eso «la tierra marrón», por los ladrillos de adobe, los camellos cascarrabias y los burros escandalosos. Ashraf me contó la historia de un egipcio naufragado que regresa a su pueblo años después de que lo hubieran dado por muerto. Estuvo ausente tanto tiempo como Odiseo. Su fiel esposa e hijos corren a su encuentro para darle la bienvenida. ¿Y cuáles son las primeras palabras que él pronuncia? «¡Ah, aquí está mi burro!».

Sonreí.

—¿A qué dedicarás tus horas en Alejandría?

—Ambos recordamos lo que es un paraíso. Quiero tomar unas cuantas notas y hacer algunas preguntas. Allí hay libros que escribir, más interesantes que una simple hagiografía de Bonaparte.

—Me pregunto si podrías indagar acerca de Ahmed bin Sadr.

—¿Estás seguro de que lo viste en París?

—No estoy seguro. Estaba muy oscuro, pero la voz es la misma. Mi guía tenía una vara, o uno de esos palos que sirven para llevar un farol, tallada en forma de serpiente. No olvidemos que Astiza me salvó de una serpiente en Alejandría, y que Bin Sadr mostró demasiado interés por mí.

—Napoleón parece confiar en él.

—Pero ¿y si ese Bin Sadr en realidad trabaja no para Bonaparte, sino para el Rito Egipcio? ¿Y si es una herramienta del conde Alessandro Silano, que tan interesado estaba en hacerse con el medallón? ¿Y si tuvo algo que ver con el asesinato de la pobre Minette? Siempre que me ha mirado he tenido la sensación de que buscaba el medallón. Así que me pregunto quién es, realmente.

—¿Quieres que sea tu investigador?

—Una indagación discreta. Estoy harto de sorpresas.

—Voy adonde lleva la verdad. Desde lo alto hasta el fondo, y desde la cabeza...

—le lanzó una elocuente mirada a mis botas— hasta los pies.

Su confesión fue instantáneamente obvia.

—¡Conque fuiste tú el que se llevó mis botas en el *Orient*!

—No me las llevé, Ethan. Las tomé prestadas, para una inspección.

—Y fingiste no haberlo hecho.

—Te lo oculté igual que tú me ocultabas el medallón. Me preocupaba que lo hubieras perdido durante el ataque a nuestra diligencia y que te avergonzara demasiado admitirlo. Le vendí tu presencia en esta expedición a Berthollet en parte con el medallón como motivo; pero cuando nos reunimos en Tolón declinaste mostrármelo. ¿Qué iba a pensar yo? Era mi responsabilidad para con los sabios intentar averiguar a qué clase de juego estabas jugando.

—No había ningún juego. Simplemente cada vez que enseñaba el medallón o hablaba de él, parecía encontrarme metido en líos.

—De los que te saqué en París. Podrías haber confiado un poco en mí. —Talma

había arriesgado la vida para ayudarme a llegar allí, y yo no lo había tratado como un socio de pleno derecho. No era de extrañar que estuviese celoso.

—Y tú podrías haber dejado mis botas en paz —repliqué, no obstante.

—Mantenerlo escondido no te protegió de que te arrojasen una serpiente en la cama, ¿verdad? ¿Qué es todo eso de las serpientes, por cierto? No aguanto a las serpientes.

—Astiza dijo que existe un dios serpiente —le expliqué, accediendo a cambiar de tema—. Sus seguidores tienen un culto moderno, creo, y nuestros enemigos tal vez formen parte de él. Verás, la curiosa vara con cabeza de serpiente de Bin Sadr me recuerda una historia de la Biblia. Moisés arrojó su vara a los pies del faraón y esta se convirtió en una serpiente.

—¿Ahora pasamos a Moisés?

—Estoy tan confuso como tú, Antoine.

—Considerablemente más. Al menos Moisés fue lo bastante sensato para sacar a su gente de este país de locos.

—Es una historia muy extraña, ¿verdad?

—¿Cuál?

—La de las diez plagas que tiene que provocar Moisés. Cada vez que ocurre uno de los desastres, el faraón transige y dice que dejará marchar a los hebreos. Luego se echa atrás una y otra vez hasta que Moisés causa la siguiente plaga. Realmente tenía que necesitar a esos esclavos.

—Hasta la última plaga, cuando murieron los primogénitos. Entonces el faraón los dejó marchar.

—Y, sin embargo, incluso entonces cambió de parecer y persiguió a Moisés con su ejército. De no haberlo hecho, él y sus huestes nunca se habrían ahogado cuando el mar Rojo volvió a cerrarse. ¿Por qué no se dio por vencido? ¿Por qué no dejar que Moisés se fuera de Egipto?

—El faraón era tozudo, como nuestro pequeño general. Puede que esa sea la lección de la Biblia, que a veces tienes que dejarlo correr. De todas formas, preguntaré por tu amigo de la serpiente, pero me sorprende que no me hayas pedido que pregunte por otra persona.

—¿Quién?

—Astiza, naturalmente.

—Parece muy reservada. Como caballeros, debemos respetar la intimidad de una mujer.

Talma soltó un bufido.

—Y ahora Astiza tiene el medallón; ¡el mismo medallón que no se me permitió ver, y al que el temible Bin Sadr no ha podido echar mano!

—¿Aún no confías en ella?

—¿Confiar en una esclava, una francotiradora, una bruja? No. Y eso que incluso me gusta.

—Astiza no es ninguna bruja.

—Es una sacerdotisa que sabe hacer hechizos, me contaste. Que obviamente te ha echado uno, y que ha usurpado aquello con lo que vinimos aquí.

—Es alguien que me ayuda en mi empresa. Una aliada.

—Ojalá te la hubieras llevado a la cama, como un señor tiene todo el derecho de hacer con su sierva, y así dejarías de tener la cabeza llena de nieblas y la verías por lo que es.

—Si la obligo a acostarse conmigo, eso no cuenta.

Talma sacudió la cabeza y me miró con lástima.

—Bueno, haré unas cuantas preguntas acerca de Astiza aunque tú no te las hagas, porque ya he descubierto una cosa que tú no sabes.

—¿Cuál?

—Que, cuando vivía en El Cairo, mantuvo alguna clase de relación con un erudito europeo del que se decía que estudiaba los antiguos secretos.

—¿Qué erudito?

—Un noble francoitaliano llamado Alessandro Silano.

En la bahía de Abukir, el poder de los franceses era manifiesto. El almirante François-Paul Brueys d'Aigalliers, que había presenciado el desembarco de Napoleón y sus tropas desde sus navíos de guerra con el alivio de un director de escuela que expulsa a un alumno indisciplinado, había creado un muro defensivo de hierro y madera. Sus barcos de guerra aún estaban anclados en una larga línea, las portillas de los cañones abiertas y quinientas bocas negras resueltamente apuntadas hacia el mar. Una fresca brisa del noroeste empujaba las aguas contra las naves, y las mecía como cunas gigantescas.

Sólo cuando nos pusimos a sotavento de ellos comprendí que el aparente zafarrancho de combate de aquellos navíos no era del todo real. Los franceses habían echado el ancla a sus buenos dos kilómetros de la playa en las poco profundas aguas de la bahía, y la parte de los cascos enfilada hacia tierra firme era objeto de reparaciones. Los marineros habían montado andamios para pintar. Las chalupas permanecían ocupadas en el transporte de suministros o marineros. Largas tiras de colada se secaban al sol. Los cañones eran echados a un lado para dejar sitio a los trabajos de carpintería. Toldos improvisados protegían las cubiertas del sol. Cientos de marineros habían bajado a tierra para cavar pozos y organizar recuas de camellos y burros que llevarían provisiones a Alejandría. Lo que en un lado era una fortaleza, en el otro era un mercado.

Aun así, el *Orient* era uno de los navíos de guerra más grandes del mundo. Se elevaba sobre las aguas como un castillo, y subir su escalerilla era como trepar por un gigante. Grité mi nombre para anunciarme, y mientras la falúa empezaba a alejarse para llevar a Talma a Alejandría subí a bordo. Eran las doce del decimocuarto día de

termidor, año VI; el sol, una llama en el cielo; la costa, dorada; el mar, un brillante vacío azul. En otras palabras, el 1 agosto de 1798.

Fui acompañado hasta el gran camarote del almirante, que había recuperado de manos de Napoleón. Sentado a una mesa llena de papeles, Brueys llevaba una camisa de algodón blanco abierta en el cuello. Aún sudaba pese a la brisa marina, y mostraba una palidez nada habitual en él. Físicamente, era todo lo contrario del general: de mediana edad a sus cuarenta y cinco años, el pelo largo y pálido, una boca grande y generosa, ojos afables y constitución robusta. Si la apariencia de Bonaparte infundía vigor, la de Brueys tranquilizaba: un hombre en paz consigo mismo y con su rango. Recibió los despachos de nuestro general con una pequeña mueca, hizo una observación cortés sobre la pasada amistad entre nuestros dos países y me preguntó cuál era el propósito de mi visita.

—Los sabios han iniciado su investigación de las antiguas ruinas. Sospecho que cierto mecanismo calendario relacionado con Cagliostro podría ser útil para entender la mente de los egipcios. Bonaparte me ha dado permiso para examinarlo. —Le entregué una orden.

—¿La mente de los egipcios? ¿Qué utilidad se le puede dar a eso?

—Las pirámides son tan notables que no entendemos cómo fueron construidas. Ese instrumento es una de muchas claves.

—Una clave si queremos construir pirámides —dijo él, al tiempo que me observaba con escepticismo.

—Mi visita a vuestro navío será breve, almirante. Tengo papeles que me otorgan permiso para llevar la antigüedad a El Cairo.

Brueys asintió cansinamente.

—Os pido disculpas por mi descortesía, *monsieur* Gage. No es fácil trabajar con Bonaparte, y la disentería no ha dejado de cebarse en mí desde que llegamos a este país dejado de la mano de Dios. Me duele el estómago, mis navíos andan escasos de suministros y mis reducidas tripulaciones están formadas mayormente por hombres que no eran aptos para servir en el ejército.

La enfermedad explicaba su palidez.

—Entonces no os molestaré más de lo imprescindible. Si pudierais proporcionarme una escolta para que me acompañara a la bodega...

—Por supuesto. —Suspiró—. Cenaría con vos si pudiera comer. ¿Qué interrupción vais a ser cuando estamos anclados aquí, a la espera de que nos encuentre Nelson? Mantener a la flota en Egipto es una locura y, sin embargo, Napoleón se aferra a mis navíos como un niño pequeño a una manta.

—Vuestros navíos son vitales para sus planes.

—Eso me lo ha dicho para halagarme. Bueno, os enviaré al hijo del capitán, un chico que promete mucho. Si podéis seguir su ritmo, es que estáis más en forma que yo.

El guardiamarina Giocante, que tenía diez años, era hijo de Luce Casabianca, el

capitán del navío. Aquel chico de ojos brillantes y pelo oscuro que había explorado hasta el último recoveco del *Orient*, me condujo hasta el tesoro con la agilidad de un mono. Nuestro descenso estuvo más iluminado que cuando recorrí aquel mismo camino con Monge, ya que ahora el sol entraba a raudales por las portillas abiertas de los cañones. Un intenso olor a trementina y serrín flotaba en el aire. Vi latas de pintura y leños de roble.

La claridad no se atenuó hasta que descendimos a la sentina por debajo de la línea de flotación. Pude oler el agua de las bombas de achique y el olor a queso pasado de los almacenes cuyo contenido empezaba a verse afectado por el clima. Allí abajo hacía menos calor, y todo parecía oscuro y hermético.

Giocante se volvió y me guiñó el ojo.

—No vayáis a llenaros los bolsillos con piezas de oro, ¿eh? —bromeó, con el descaro propio del hijo de un capitán de navío.

—Difícilmente podría hacerlo con vos vigilándome, ¿no? —Bajé la voz hasta un susurro conspiratorio—. ¡A menos que queráis que nos las repartamos a partes iguales, jovencito, y huyamos a la costa, ricos como príncipes!

—No hay por qué llegar a semejantes extremos. Mi padre dice que uno de estos días capturaremos un navío inglés cargado de tesoros.

—Ah. Tenéis el futuro resuelto, pues.

—Mi futuro es este navío. Somos más grandes que todo lo que tienen los ingleses, y cuando llegue el momento, les daremos una buena lección. —Lanzó unas cuantas órdenes a los infantes de marina que custodiaban el almacén, y estos empezaron a descorrer los cerrojos del cuarto del tesoro.

—Parecéis tan seguro de la victoria como Bonaparte.

—Confío en mi padre.

—Aun así, la vida en alta mar tiene que ser muy dura para un muchacho, ¿verdad? —pregunté.

—Es la mejor clase de vida que puede haber, porque nuestros deberes están muy claros. Las cosas son fáciles si sabes lo que tienes que hacer. —Y antes de que yo pudiese considerar su filosofía o replicarle, Giocante me saludó marcialmente y corrió escalerilla arriba.

Un almirante en ciernes, pensé.

El cuarto del tesoro tenía una puerta de madera y una reja de hierro. Ambas fueron cerradas con llave para dejarme dentro encerrado. Tuve que buscar un rato a la tenue luz de la linterna entre las cajas de monedas y joyas para encontrar el artilugio que me habían mostrado Monge y Jomard. Sí, allí estaba, relegado a un rincón como el tesoro de menor valor. Era, como he descrito, del tamaño de una bandeja; pero su centro estaba vacío. El anillo lo formaban tres círculos planos cubiertos de jeroglíficos, signos del zodiaco y motivos abstractos, cada uno de los cuales rotaba dentro del otro. Una clave, tal vez, ¿pero de qué? Me senté en aquel lugar agradablemente fresco y húmedo, e hice girar los círculos primero en un sentido y

luego en el otro. Cada rotación alineaba símbolos distintos.

Primero estudié el anillo interior, que era el más sencillo, con sólo cuatro motivos. Había una esfera inscrita suspendida sobre una línea y, en el otro lado del círculo, una segunda esfera debajo de una línea. Dispuestas a noventa grados de cada esfera, dividiendo el calendario en cuartos, había semiesferas como medias lunas: una vuelta hacia arriba y la otra, hacia abajo. La pauta me recordó las cuatro marcas cardinales en una brújula o reloj, pero los egipcios no conocían ninguna de las dos cosas, que yo supiese. Me puse a cavilar. La semiesfera de arriba parecía un sol naciente. Así que finalmente supuse que aquella banda interior tenía que ser una rueda del año. Los solsticios de invierno y verano habían sido representados con el sol encima y debajo de las líneas, u horizonte. Las medias lunas eran los equinoccios de marzo y septiembre, cuando el día y la noche son aproximadamente iguales. Nada complicado, si yo estaba en lo cierto.

Y no me decía absolutamente nada.

Vi que una rueda fuera del primer círculo hacía girar un zodiaco. Paseé la mirada por los doce signos, que cuando se hizo aquel mecanismo no eran muy distintos de como son hoy. Un tercer anillo, el que circundaba a los demás, contenía extraños símbolos de animales, ojos, estrellas, rayos de sol, una pirámide y el símbolo de Horus. En determinados lugares, líneas esculpidas dividían cada rueda en secciones.

Supuse que aquel calendario, si realmente se trataba de eso, servía para alinear la posición de las constelaciones con respecto al sol naciente mediante el año solar. Pero ¿qué utilidad podía tener para mi medallón? ¿Qué había visto Cagliostro en él, si realmente le había pertenecido? Empecé a jugar con los anillos y probé distintas combinaciones, con la esperanza de que se me ocurriera algo. No se me ocurrió nada, claro está; siempre he odiado los rompecabezas, aunque me encanta calcular las probabilidades con las cartas. Quizás el astrónomo, Nouet, lograra encontrar la solución si pudiera llevarme el mecanismo.

Finalmente decidí colocar el solsticio de verano, si eso es lo que correspondía, arriba de todo; y luego puse encima del mismo la estrella de cinco puntas del tercer anillo —bastante parecida a la de nuestra bandera americana, o a la del simbolismo masónico—. ¡Cómo la estrella polar! ¿Por qué no jugar con los símbolos que conocía? E hice girar el anillo del zodiaco hasta que Tauro, el toro, quedó entre los otros dos anillos: la era, había dicho Monge, en que se suponía que habían construido la pirámide. Estaban la era del toro, la era del carnero, la era del pez, Piscis, que ahora ocupábamos y, a continuación, la era de Acuario. Examiné los otros signos. No parecía haber ninguna pauta particular.

Salvo... Miré, y sentí que el corazón se me aceleraba. Cuando dispuse los anillos de forma que el verano, el toro y la estrella quedaran el uno encima del otro, los extremos de las líneas inclinadas pasaron a quedar unidos para formar dos líneas diagonales más largas. Salían en ángulo del círculo interior como las patas extendidas del medallón; o la ladera de la pirámide. El parecido era lo bastante grande para

hacerme sentir como si estuviese contemplando un eco de lo que había dejado en manos de Astiza y Enoc.

Pero ¿qué significaba? Al principio no vi nada. Cangrejos, leones y balanzas de Libra daban pautas carentes de sentido. ¡Pero un momento! En el anillo exterior había una pirámide y ahora quedaba justo debajo del signo para el equinoccio de otoño, directamente adyacente a esa línea inclinada. Y en el segundo anillo había un símbolo para Acuario, y este, también, ahora quedaba al lado de una fecha que, si no malinterpretaba el mecanismo, ocupaba la posición de las cuatro del reloj en el anillo, justo debajo de la posición de las tres que representaba el equinoccio de otoño, 21 de septiembre.

La posición de las cuatro del reloj debería corresponder a un mes después, es decir, 21 de octubre.

Si mis suposiciones eran correctas, el 21 de octubre, Acuario, y la pirámide guardaban alguna clase de relación. Acuario, había dicho Nouet, era un signo creado por los egipcios para celebrar la crecida del Nilo, que llegaría a su máximo nivel en algún momento del otoño.

¿Podía el 21 de octubre ser un día sagrado? ¿El punto álgido de la inundación del Nilo? ¿Un momento para visitar la pirámide? El medallón tenía su símbolo en forma de ola para el agua. ¿Había alguna conexión? ¿Revelaba algo sobre ese día en particular?

Me quedé sentado, sin saber qué pensar. Era consciente de que no hacía sino dar palos de ciego... y, a pesar de todo, ahora había algo, una fecha extraída de lo que sólo eran disparates. Pura conjetura, desde luego, pero quizás Enoc y Astiza pudieran encontrarle algún sentido. Cansado del acertijo, empecé a pensar en aquella extraña mujer que parecía tener secretos ocultos superpuestos unos encima de otros que yo jamás hubiera sospechado. ¿Sacerdotisa? ¿Cuál era la misión de Astiza en todo eso? ¿Estaban justificadas las sospechas de Talma? ¿Realmente había conocido ella a Silano? Parecía imposible y, sin embargo, todas las personas a las que iba conociendo parecían estar extrañamente relacionadas con el conde. Pero yo no temía a Astiza; la echaba de menos. Me acordé de un instante en el patio de Enoc cuando empezaba a refrescar con la llegada del anochecer: las sombras eran azules; el cielo, una cúpula; y el olor a especias y humo procedente de la cocina de la casa se mezclaba con el del polvo y el agua de la fuente. Sentada en un banco, Astiza meditaba sin decir nada; y yo estaba de pie junto a un pilar sin decir nada. Simplemente contemplaba su pelo y su mejilla, y ella me daba tiempo para mirarla. Entonces no éramos señor y sierva, ni occidental y egipcia, sino hombre y mujer. Tocarla hubiese roto el hechizo.

Así que simplemente miré, sabiendo que llevaría conmigo aquel momento durante el resto de mi vida.

Unos ruidos en el navío me sacaron de mis ensoñaciones. Había gritos, pies que corrían y el redoblar de los tambores. Miré las vigas que había sobre mi cabeza. ¿Y ahora qué? ¿Algún simulacro para la flota? Intenté concentrarme, pero el estrépito tan

sólo pareció incrementarse.

Así que aporreé la puerta con los puños para que me dejaran salir. Cuando la puerta se abrió, le hablé al infante de marina.

—¿Qué ocurre?

El infante de marina tenía la cabeza inclinada hacia atrás, escuchando con atención.

—¡Inglés!

—¿Aquí? ¿Ahora?

Me miró, el rostro sombrío a la débil luz de la linterna.

—Nelson.



ejé el calendario y me uní a la marea de hombres que subían hacia las cubiertas artilleras, marineros que maldecían la falta de preparación del *Orient*. Nuestro navío insignia era mitad almacén, sin tiempo ahora para estibarlo todo adecuadamente. Los hombres corrían a colocar los cañones en sus emplazamientos, amarrar vergas y desmontar andamios.

Subí al aire fresco y la luz de la cubierta principal.

—¡Bajad esos toldos! —aullaba el capitán Casabianca—. ¡Haced señales a los hombres de la costa para que regresen! —Se volvió hacia su hijo, Giocante—. Ve a organizar a los monos de la pólvora. —El chico, que mostraba más expectación que miedo, desapareció bajo cubierta para supervisar la transferencia de munición a los hambrientos cañones.

Me dirigí al alcázar para hablar con el almirante Brueys, que estudiaba el mar con su catalejo. El horizonte estaba blanco de velas, y el viento empujaba rápidamente los problemas hacia nosotros. El escuadrón de Nelson tenía hasta el último centímetro de lona desplegado y en tensión, y no tuve que esperar mucho para poder contar los catorce navíos de la línea. Los franceses tenían trece, más cuatro fragatas —lo bastante igualados en número—, pero con el ancla echada y a medio preparar. Seis de ellos estaban en línea delante del *Orient*, seis detrás. Empezaba a caer la tarde, ya no eran horas de entablar combate y Brueys podía hacerse a la mar por la noche. Pero los británicos no daban señales de aflojar el velamen. Lo que hacían era correr hacia nosotros como una jauría de sabuesos impacientes, la espuma volando de sus proas. Tenían intención de iniciar el combate.

Brueys oteaba la lejanía.

—¿Almirante? —me atreví a decir.

—Centenares de hombres en la costa, nuestros suministros por asegurar, nuestras velas y vergas bajas, la mitad de nuestras tripulaciones enferma —musitó para sí mismo—. Se lo advertí. Ahora tendremos que combatir sin movernos del sitio.

—¿Almirante? —volví a intentar—. Creo que mi investigación ha concluido. ¿Debería desembarcar?

Me miró por un instante con los ojos vacíos de toda expresión y luego se acordó de mi misión.

—Ah, sí, Gage. Demasiado tarde, americano. Todos nuestros botes están ocupados trayendo marineros.

Fui a sotavento y miré. Como era de esperar, los botes de la flota iban hacia la playa para recoger a los hombres que habían desembarcado. Me pareció que no tenían ninguna prisa por volver.

—Para cuando regresen los botes, ya tendremos encima a los ingleses —dijo

Brueys—. Me temo que seréis nuestro invitado para la batalla.

Tragué saliva y volví a mirar los navíos ingleses, grandes castillos de tensa lona inclinados bajo el viento, con hombres que se arrastraban como hormigas por los penoles, cada cañón asomado a su portilla y el rojo de los estandartes de combate ondeando al viento. Que me aspen si no parecían estar impacientes por entrar en combate.

—El sol se está poniendo —dije, nervioso—. No creo que los británicos ataquen en la oscuridad.

El almirante contempló el escuadrón que se aproximaba con los labios apretados en una mueca de resignación. Llegué a la conclusión de que la disentería lo había enflaquecido hasta el punto de darle un aspecto cadavérico, y que parecía estar tan en condiciones de librar una dura batalla como un hombre que acaba de correr cuarenta kilómetros.

—Nadie que estuviera en su sano juicio lo haría —respondió—. Pero hablamos de Nelson. —Cerró el catalejo con un seco chasquido—. Os sugiero que bajéis al cuarto del tesoro. Queda por debajo de la línea de flotación y es más seguro.

Yo no quería luchar con los ingleses, pero parecía cobarde no hacerlo.

—Si os sobra algún rifle...

—No, es mejor que no estorbéis. Este combate es cosa de la armada. Vos sois un sabio, y vuestra misión es volver a Napoleón con esa información. —Me dio una palmadita en el hombro, se volvió y empezó a impartir nuevas órdenes.

Demasiado curioso para escabullirme abajo ya, fui hacia la barandilla, sintiéndome perfectamente inútil y maldiciendo en silencio al impaciente Nelson. Cualquiera almirante normal hubiese plegado el velamen al ver que el cielo se ponía anaranjado, maniobrado a su flota en una pulcra línea de batalla y dado a sus hombres una cena caliente y una buena noche de sueño antes de iniciar una confrontación. Pero se trataba de Nelson, famoso por abordar no sólo un navío francés sino también el siguiente, saltando de uno a otro y capturándolos a ambos. Una vez más, no mostraba señales de aflojar. Cuando más cerca estaba, más gritos de consternación se oían entre los marineros franceses. ¡Aquello era una locura! Y, sin embargo, cada vez era más obvio que la batalla iba a iniciarse al final del día.

Los marineros desembarcados seguían subiendo a los botes, en un intento de regresar a sus navíos.

Unos cuantos cañones abrieron fuego, sin ningún efecto. Vi cómo los navíos ingleses que encabezaban la formación ponían rumbo al extremo oeste de la línea francesa, cerca de la isla de Abukir, donde los franceses habían apostado una batería de tierra. Aquel extremo de la bahía se hallaba repleto de escollos, y Brueys había confiado en que la flota inglesa no lo atravesaría. Pero nadie había informado a Nelson de aquello y dos navíos de guerra ingleses, apropiadamente llamados *Zealous* y *Goliath*, libraban una disputada carrera por el privilegio de encallar. ¡Era una locura! El sol rojo sangre flotaba sobre el horizonte, y los obuses de costa franceses

abrieron fuego sin importarles que el arco descrito por sus proyectiles no alcanzara los navíos ingleses. El *Goliath* se adelantó en su pequeña carrera, bellamente silueteado sobre el orbe poniente; y en vez de chocar con una roca se escurrió limpiamente entre *Le Guerrier* y la costa. ¡Después viró con elegancia y ascendió por la línea francesa en el lado de sotavento, entre Brueys y la playa! Orzó velas cuando llegó a la altura del segundo navío de la formación, *Le Conquérant*, dejó caer el ancla con tanta tranquilidad como si acabara de llegar a puerto y, acto seguido, descargó una gran andanada sobre el flanco no preparado del navío francés. Hubo como un retumbar de truenos, y una inmensa humareda se elevó hacia el cielo para envolver a los dos navíos. *Le Conquérant* se bamboleó como golpeado por un puño. Pude ver grandes surtidores de astillas que describían un arco hacia el cielo mientras el navío francés era cañoneado. Entonces los gritos empezaron a flotar a lo largo de la línea. Anclados como estábamos y con el viento en contra, no podíamos hacer más que esperar nuestro turno.

El *Zealous* ancló junto a *Le Guerrier*, y los navíos británicos *Orion*, *Audacious* y *Theseus* siguieron hacia el interior de la bahía de Abukir, con lo que también cogieron a los franceses por su flanco desprotegido. El formidable muro defensivo erigido por Brueys pareció quedar condenado a la desventura. El humo de los cañonazos subía hacia el cielo para formar nubarrones de tormenta; y lo que al principio sólo había sido un lejano retumbar de cañones sonó cada vez más próximo, aumentando de volumen hasta convertirse en un rugido. El sol se había puesto, el viento amainaba, el cielo se oscurecía. El resto de la flota inglesa redujo el ritmo de su avance hasta marchar muy despacio y bajó amenazadoramente por el lado de sotavento, lo cual significaba que cada navío francés situado al frente de la línea anclada de Brueys era cañoneado desde ambos lados, superado en número por dos a uno. Mientras los seis primeros navíos franceses eran bombardeados, los que estaban en la retaguardia de la formación no tenían ninguna forma de entrar en la batalla. Permanecieron anclados, sus tripulaciones mirando impotentes. Fue un asesinato puro y simple. Pude oír los roncós vítores ingleses en el anochecer, mientras que los gritos franceses eran de horror y odio ante la creciente carnicería. Napoleón ya se habría puesto a soltar juramentos si hubiese estado allí para verlo.

Existe cierta horrible majestuosidad en una batalla naval, un lánguido ballet que incrementa la tensión antes de cada andanada. Las embarcaciones se materializan en la humareda como gigantes al acecho. Los cañones rugen. Luego transcurren largos segundos mientras las baterías son recargadas, los heridos, arrastrados a un lado, y los cubos, vaciados sobre los incendios que empiezan a crepitar. Allí en el Nilo, algunos de los navíos se cañoneaban mutuamente desde sus posiciones ancladas. El humo creaba una vasta niebla, apenas penetrada por la claridad de una luna llena que empezaba a subir en el cielo. Los navíos que aún conservaban la movilidad maniobraban medio ciegos. Vi cómo un navío inglés emergía cerca del nuestro —*Bellerophon*, ponía en su casco— y oí gritos ingleses de apuntar los cañones. El

Bellerophon flotó hacia nosotros con la pesada lentitud de un iceberg.

—¡Abajo! —me gritó Brueys. En la cubierta de abajo pude oír que el capitán Casabianca gritaba: «¡Abrid fuego! ¡Abrid fuego!». Me pegué al suelo del alcázar, y el mundo se disolvió en un rugido. El *Orient* se bamboleó, tanto a causa de la descarga de sus propios cañones como por el peso de la andanada de respuesta inglesa cuando esta dio en el blanco. El navío tembló bajo mis pies y pude oír ruidos de madera astillada cuando fue destripado. Pero la táctica francesa de apuntar a los cordajes también sembró el caos en el otro bando. Como una cascada de árboles talados por el hacha, los mástiles del *Bellerophon* crujieron para desplomarse en un enorme amasijo que se precipitó con un estruendo aterrador sobre la cubierta principal. El navío de guerra británico empezó a alejarse de nosotros en una lenta deriva. Ahora eran los marineros franceses los que lanzaban vítores. Me incorporé, avergonzado de que nadie más hubiese recurrido al cuerpo a tierra en la cubierta. Pero al menos una veintena de hombres yacían muertos o heridos, y Brueys sangraba por la cabeza y la mano. Se negó a que le vendasen las heridas, como si le diera igual que su sangre gotease sobre la cubierta.

—Me refería a que bajarais a la segunda cubierta, *monsieur* Gage —enmendó.

—Quizá doy buena suerte —dije con voz trémula, mientras veía desaparecer al *Bellerophon* en el banco de humo de los cañones.

Pero apenas había dicho yo eso cuando el destello anaranjado de uno de los cañones británicos rasgó la oscuridad, y una bola de cañón vino silbando hacia nosotros para atravesar la barandilla y cortar limpiamente al almirante por el muslo. La parte inferior de la pierna le fue arrancada como un diente extraído con un cordel y se perdió en la noche entre una fina neblina de sangre, un objeto blanco que giraba en el aire. Brueys se sostuvo por un instante sobre una sola pierna mientras contemplaba con incredulidad el vacío dejado por su miembro ausente y luego, despacio como un taburete al que se le ha roto una pata, se desplomó para caer ruidosamente sobre cubierta. Sus oficiales gritaron e hicieron corro a su alrededor. La sangre manaba como salsa derramada.

—¡Llévalo a la enfermería! —rugió el capitán Casabianca.

—No —jadeó Brueys—. Quiero morir donde pueda ver.

Todo era caótico. Un marinero se tambaleaba con la mitad del cuero cabelludo arrancado. Un guardiamarina yacía sobre un cañón como un trozo de basura que alguien hubiera tirado allí, el pecho atravesado por un palmo de astilla. La cubierta principal se había convertido en un infierno de astillas voladoras, jarcias que caían, evisceración y restos ensangrentados. Los chicos de la pólvora resbalaban sobre láminas de sangre, manada más deprisa de lo que la arena arrojada sobre ella podía absorber. Los cañones ladraban, los mosquetes crujían, los proyectiles gritaban en el aire, y la misma concentración del caos parecía mucho peor que una batalla en tierra. La noche palpitaba con los fogonazos de los disparos, de forma que uno veía la batalla en un parpadear de fugaces vislumbres. Yo apenas oía, y lo único que podía

oler y paladear era humo. Dos navíos británicos más habían echado el ancla cerca de nosotros, comprendí, y empezaban a bombardearnos con nuevas andanadas. El *Orient* se estremecía bajo el impacto de los proyectiles como un perro castigado, y nuestros ladridos se volvían cada vez más lentos a medida que los cañones franceses iban quedando incapacitados.

—Ha muerto —anunció Casabianca, al tiempo que se incorporaba. Bajé la mirada hacia el almirante. Parecía blanco y vacío, como deshinchado por la sangre que había perdido, pero nuevamente sereno. Al menos no tendría que responder ante Napoleón.

Entonces hubo otra andanada británica y otra explosión de astillas. Esta vez fue Casabianca el que gruñó y cayó al suelo. La cabeza de otro oficial simplemente había desaparecido, disuelta en lluvia roja a la altura de los hombros; y un teniente recibió una bala de cañón en el estómago y fue arrojado por la borda como catapultado. Yo estaba demasiado aterrado para moverme.

—¡Padre! —El guardiamarina que me había guiado antes apareció de repente y corrió a inclinarse sobre Casabianca, los ojos desorbitados por el miedo. El capitán contestó con un juramento mientras se levantaba del suelo. Estaba cubierto de pequeñas heridas causadas por las astillas, más furioso que seriamente herido.

—Ve abajo como te dije —gruñó.

—¡No te abandonaré!

—No abandonarás tu deber. —Cerró la mano sobre el hombro de su hijo—. ¡Somos ejemplos para nuestros hombres y para Francia!

—Yo me lo llevaré —dije, y tiré del chico para que me acompañara. Yo también quería salir de aquella cubierta convertida en matadero—. Vamos, Giocante, serás más útil trayendo pólvora que muerto aquí arriba.

—¡Soltadme!

—¡Haz lo que se te ha ordenado! —gritó su padre.

El chico dudaba.

—Temo que te maten.

—Si lo hacen, tu responsabilidad es ayudar a los hombres a cumplir con su deber. —Luego suavizó el tono—. Saldremos de esta.

El chico y yo descendimos a la penumbra infernal. Las tres cubiertas artilleras se habían llenado de un humo que apenas dejaba respirar, y vibraban con una cacofonía de ruidos: el estruendo de los cañones, el impacto de los proyectiles enemigos y los gritos de los heridos. Las detonaciones hacían que a muchos de los artilleros les sangrasen los oídos. El guardiamarina divisó algún deber en el que podía ser de utilidad y echó a correr en tanto que yo, con nada que ofrecer, seguí descendiendo hasta volver a encontrarme por debajo de la línea de flotación. Si el *Orient* se hundía, al menos podría llevar el calendario conmigo. Allí en la sentina los cirujanos aserraban miembros entre gritos que sólo mi relativa sordera hacía soportables, y sus faroles se balanceaban con cada retumbar de los cañones. Los marineros se pasaban cubos de agua para limpiar la sangre.

Una cadena de chicos formada como una fila de monos ante la santabárbara sacaba de ella cartuchos metidos en paquetes que parecían salchichas y los pasaba arriba. Corrí al cuarto del tesoro, donde se había apagado la luz.

—¡Necesito un farol! —le grité al centinela.

—¡No cerca de la pólvora, idiota!

Solté un juramento y busqué a tientas en la oscuridad para dar con el calendario. Mis manos hurgaban en el rescate de un rey, y la única forma de sacar algún provecho de él era a través de un huracán de fuego. ¿Y si nos hundíamos? Millones de francos de tesoro irían al fondo del mar. ¿Podía meterme un poco en la bota? Sentía bambolearse *Orient* cuando cada nueva andanada británica empujaba al navío de guerra como si quisiera tumbarlo. La cubierta temblaba y las cuadernas se estremecían. Me acurruqué como un niño asustado, y empecé a gemir mientras buscaba. El cañoneo era como un ariete que embiste una puerta, y no cabía duda de que terminaría por derribarnos.

Entonces oí la palabra más temida por un marinero: «¡Fuego!».

Miré fuera. La puerta de la santabárbara acababa de ser cerrada de golpe y los monos de la pólvora corrían escalerilla arriba. Eso significaba que nuestros cañones no tardarían en guardar silencio. Arriba todo se había vuelto anaranjado. «¡Abrid las válvulas para inundar la santabárbara!», gritó alguien, y empecé a oír el estruendo del agua al manar. Puse la mano sobre la cubierta que había sobre mi cabeza y me encogí. Ya estaba amenazadoramente caliente. Los heridos gritaban de terror.

Una cabeza apareció en la escotilla de arriba.

—¡Sal de ahí, americano chiflado! ¿No sabes que el navío está ardiendo?

¡Ahí! ¡El calendario! Sentí su forma, lo cogí y corrí escalerilla arriba impulsado por el miedo, dejando atrás una fortuna. Había llamas por todas partes y se extendían más deprisa de lo que nunca se me hubiese ocurrido pensar que podía llegar a propagarse un incendio. Alquitrán, cáñamo, pintura, madera seca y lona: combatíamos sobre un montón de virutas para encender el fuego.

Un infante de marina francés se alzó ante mí, con la bayoneta calada y ojos de fiera.

—¿Qué es eso? —Miraba aquella cosa tan rara que llevaba conmigo.

—Un calendario para Bonaparte.

—¡Lo has robado del tesoro!

—Tengo órdenes de salvarlo.

—¡Enséñamelas!

—Mis órdenes están con Brueys. —O, pensé, ya han empezado a arder.

—¡Ladrón! ¡Al calabozo contigo!

El infante de marina había enloquecido. Miré a mi alrededor con desesperación. Los hombres saltaban por las portillas de los cañones como ratas despavoridas.

Sólo tenía un segundo para decidirme. Podía pelear con aquel lunático por un anillo de metal o cambiarlo por mi vida.

—¡Toma! —Le arrojé el calendario. El infante de marina dejó que el cañón de su mosquete descendiera hacia el suelo para cogerlo al vuelo torpemente, y yo aproveché el momento para apartarlo de un empujón y correr a la cubierta siguiente.

—¡Tú, vuelve aquí!

Arriba, el fuego y el humo eran aún peores. Era un osario del horror, un festín de carnicero hecho de cuerpos destrozados que empezaban a asarse en el calor. Ojos incapaces de ver me miraban fijamente, dedos engarabados por el dolor se me aferraban en busca de auxilio. Muchos de los muertos estaban envueltos en llamas, y los tejidos de sus cuerpos siseaban al ser consumidos por el fuego.

Seguí subiendo y finalmente volví a encontrarme en el alcázar, tosiendo y casi sin aire. Todas las jarcias ardían, una gran pirámide de fuego, y mientras la humareda subía hacia el cielo para ocultar la luna, fragmentos inflamados llovían de las alturas como brea salida del infierno. La capa de ceniza crujía bajo mis pies. Las cureñas de los cañones estaban hechas pedazos, los infantes de marina yacían como bolos derribados y las rejillas habían quedado trituradas. Fui hacia popa dando traspiés. En cada macarrón, formas oscuras se arrojaban al mar.

Tropecé literalmente con el capitán Casabianca. Ahora yacía boca abajo con una nueva gran herida en el pecho; y su hijo una vez más a su lado, con una de las piernas torcida allí donde había quedado rota. Yo sabía que casi había pisado a un padre que era hombre muerto, pero aún había una posibilidad para su hijo. Me agaché junto a ellos.

—Tenemos que sacarte de aquí, Giocante, el navío puede volar por los aires en cualquier momento. —Tosí—. Te ayudaré a nadar.

Giocante sacudió la cabeza.

—No abandonaré a mi padre.

—Ahora no puedes ayudarlo.

—No abandonaré mi barco.

Hubo un nuevo estruendo cuando el brazo de una jarcia, envuelto en llamas, se desprendió del palo y rebotó sobre la cubierta. Los británicos dispararon otra andanada y el navío insignia francés tembló, crujió y pareció gemir.

—¡Ya no tienes barco!

—Dejadnos, *américain* —dijo el capitán con un hilo de voz.

—Pero vuestro hijo...

—Se acabó.

El chico me tocó la cara en una triste despedida.

—El deber —dijo.

—¡Ya has cumplido con tu deber! ¡Tienes toda una vida por delante!

—Esto es mi vida. —Le tembló la voz, pero su rostro estaba tan lleno de calma como el de un ángel en una gruta del infierno. Así que esto es lo que significa decidir en qué creer, pensé. Así que esto es el deber. Sentí horror, admiración, inferioridad, furia. ¡Se perdía una vida tan joven! ¿O ya estaba perdida? La fe ciega había sido

causa de la mitad de las miserias en la historia. Y, sin embargo, ¿no era también aquello de lo que estaban hechos los santos y los héroes? Los ojos de Giocante tenían la oscura dureza del esquisto, y si yo hubiese tenido tiempo para mirar en ellos, quizás hubiera conocido todos los secretos del mundo.

—¡Abandonad la nave! ¡Abandonad la nave! —El grito era repetido una y otra vez por los escasos oficiales que seguían con vida.

—¡Maldita sea, no voy a dejarte morir! —Lo agarré.

El chico me empujó tan fuerte que acabé en el suelo.

—¡Tú no eres Francia! ¡Vete!

Y entonces oí otra voz.

—¡Tú!

Era el infante de marina enloquecido, que acababa de subir a la cubierta dando traspies. Tenía la cara quemada, sus ropas humeaban. La mitad de su chaqueta estaba empapada en sangre. ¡Y, sin embargo, me apuntaba con su mosquete!

Corrí hacia la barandilla de popa, velada por el humo, y miré atrás. Padre e hijo quedaban ocultos por el humo y el calor que hacía temblar sus siluetas. Era demencial lo unidos que estaban ambos a su navío, su deber, su destino. Era glorioso, monstruoso, envidiable. ¿Tenía yo algo que me importara aunque sólo fuese la mitad? ¿Y debía considerarme afortunado por no tenerlo? Recé para que su muerte fuese rápida. El infante de marina estaba cegado por el humo y la sangre y no podía tomar puntería porque apenas era capaz de seguir en pie, rodeado como estaba de llamas que se alzaban hacia él para reclamarlo.

Así que, incapaz de ser otra cosa que el hombre que era, salté. Fue jugárselo todo a una sola carta para precipitarse en la negrura absoluta; no podía ver nada, pero sabía que el agua estaría llena de hombres que se debatían y restos caídos del navío. El azar hizo que no chocase con nada de eso y me zambullí en el Mediterráneo, la nariz súbitamente llena de agua salada. El frescor del mar fue una sacudida de alivio, un bálsamo para mis ampollas. Me hundí en un útero de negrura y luego me impulsé hacia arriba con una patada. Cuando llegué a la superficie, me aparté lo más deprisa que pude del navío de guerra en llamas, porque sabía que ahora era un mortífero barril de pólvora si la santabárbara no se inundaba a tiempo. Podía sentir su calor en la coronilla mientras daba brazadas. Si pudiera agarrarme a algún trozo de madera a la deriva para llegar a la costa...

Y apenas había acabado de pensar eso cuando el *Orient* saltó por los aires.

Nadie había oído jamás un sonido semejante. Fue un trueno en Alejandría a unos cincuenta kilómetros de distancia, e iluminó la ciudad como si fuera de día. La onda expansiva llegó hasta los beduinos que observaban la confrontación desde la playa y los arrancó de las grupas de sus caballos encabritados. Me abofeteó y me ensordeció. Los mástiles salieron disparados como cohetes hacia el cielo. Los cañones fueron arrojados al mar como guijarros. Hubo una penumbra explosiva de astillas de madera y espuma de mar impulsada hacia arriba y hacia fuera, una corona de restos; y luego

los fragmentos del navío empezaron a llover por centenares de metros en todas direcciones, aún capaces de matar a los hombres que eran alcanzados por ellos. Tenedores doblados caían del cielo para quedar clavados. Zapatos que sólo contenían pies humeantes herían cabezas. El propio mar se flexionó con un súbito impulso que me alejó de allí, y entonces el casco del *Orient* se agrietó por debajo de la línea de flotación y empezó a hundirse, aspirándonos a todos hacia el remolino de sus fauces. Me debatí desesperadamente y logré asir un trozo de madera antes de que fuera precipitado a la oscuridad. Me aferré a él como un enamorado a su amada, y los oídos no tardaron en dolerme mientras la espiral me arrastraba hacia las profundidades. ¡Dios, era como estar atrapado en las garras de un monstruo! Al menos la succión me salvaba del bombardeo de restos que llovían como clavos sobre la superficie del mar. Cuando alcé la mirada hacia las aguas anaranjadas que me cubrían, vi que la superficie se hacía añicos como un rosetón que se rompe. Lo que parecía mi última visión en este mundo poseía una extraña belleza.

No sé hasta qué profundidad fui arrastrado. La cabeza me palpitaba, los pulmones me ardían. Entonces, justo cuando pensaba que ya no podría contener la respiración por más tiempo, el navío que se hundía pareció aflojar su presa y el trozo de madera al que me agarraba por fin empezó a llevarme hacia arriba. Rompí la superficie con el último aliento que me quedaba, y grité de miedo y dolor mientras rodaba sobre las olas junto con el trozo de jarcia que me había salvado la vida. Y por los pinchazos de dolor que sentía en el cuerpo, supe que había sobrevivido una vez más, para bien o para mal. Floté boca arriba y parpadeé hasta que pude vislumbrar las estrellas. El humo se disipaba. Empecé a ser vagamente consciente de lo que me rodeaba. El mar estaba alfombrado de madera y cuerpos destrozados. Había un silencio atónito roto únicamente por unos cuantos gritos de socorro. La explosión del *Orient* fue tan portentosa que había causado un alto el fuego.

La tripulación de un navío británico intentó prorrumpir en vítores, pero se les atragantaron.

Floté a la deriva. El calendario había desaparecido, al igual que todos los demás tesoros guardados en la bodega del *Orient*. La luna iluminaba un cuadro de navíos hechos añicos y en llamas. La mayoría de ellos estaban medio paralizados por los mástiles perdidos. Pensé que la batalla tenía que haber llegado a su fin. Pero no, las tripulaciones despertaron gradualmente de su horrorizada perplejidad como de un sueño, y pasado un cuarto de hora los cañones volvieron a abrir fuego y sus estampidos resonaron a través de las aguas.

Así que la batalla siguió. ¿Cómo puedo explicar semejante locura? Los ecos de las feroces descargas resonaban en la noche como el martilleo de la fundición del diablo. Hora tras hora floté sumido en el estupor, cada vez más aterido de frío, hasta que los cañones callaron por fin en mutuo agotamiento y el mar se iluminó unos cuantos miles de años más tarde. Con el amanecer los hombres durmieron, tumbados sobre su artillería recalentada por los disparos.

La salida del sol reveló toda la extensión del desastre francés. La fragata *La Sérieuse* había sido la primera en hundirse, oculta entre las sombras; pero no mostró sus colores hasta las cinco de la madrugada. *Le Spartiate* dejó de disparar a las once de la mañana. *Franklin*, que había recibido su nombre de mi mentor, se rindió a los británicos a las once y media. El capitán herido de muerte de *Le Tonnant* se voló los sesos antes de la rendición. La fragata *L'Artemise* saltó por los aires después de que su capitán le prendiera fuego, y *Le Timoléon* fue llevada a tierra para ser incendiada por su tripulación al día siguiente. *Aquilón*, *Le Guerrier*, *Le Conquérant* y *Peuple Souverain* simplemente se rindieron. Para los franceses, la batalla del Nilo no fue sólo una pérdida sino una aniquilación. Sólo dos navíos de guerra y dos fragatas lograron escapar. Tres mil franceses murieron o fueron heridos en la batalla. En un solo combate, Nelson había destruido el poderío naval francés en el Mediterráneo. Sólo un mes después de haber desembarcado en Egipto, Napoleón quedó aislado del mundo exterior.

Centenares de supervivientes, algunos quemados y sangrando de sus heridas, empezaron a ser recogidos del mar por los botes británicos. Los observé con aturdida fascinación, y entonces comprendí que yo también podía ser rescatado.

—¡Aquí! —grité, al tiempo que agitaba la mano.

Me subieron a bordo como un pez arponeado.

—¿Con qué navío estás, marinero? ¿Cómo demonios fuiste a parar al agua?

—El *Orient* —respondí.

Me miraron como si hubieran visto un fantasma.

—¿Eres un gabacho? ¿O un maldito traidor?

—Soy americano. —Intenté parpadear para limpiarme la sal de los ojos, mientras levantaba el dedo que lucía el anillo con el unicornio—. Un agente de *sir* Sidney Smith.

Imaginad a un pugilista después de un combate de boxeo duramente ganado, y tendréis mi primera impresión de Horatio Nelson. El león de Inglaterra iba vendado y aún estaba un poco conmocionado por una fea herida que llevaba en la cabeza sobre su ojo ciego, un impacto al que había faltado muy poco para ser mortal. Hablaba con dificultad porque le dolía un diente y, a sus cuarenta años, tenía el pelo blanco y el rostro surcado por líneas de tensión. Eso es lo que haber perdido un brazo y un ojo en combates anteriores, y perseguir a Bonaparte, harán en ti. Nelson apenas le sacaba un par de centímetros a Napoleón y era de constitución aún menos robusta; tenía las mejillas hundidas y una voz nasal. Pero su deleite ante la ocasión de dar un buen escarmiento no tenía nada que envidiar al del general francés, y ese día había alcanzado una victoria tan decisiva como para que careciese de precedentes. No sólo había vencido al enemigo, sino que lo había borrado del mapa.

El ojo que le quedaba ardía como iluminado por una luz divina, y ciertamente

Nelson se veía a sí mismo en una misión encomendada por Dios: una carrera en pos de la gloria, la muerte y la inmortalidad. Poned su ambición y la de Bonaparte en la misma habitación y entrarán en combustión espontánea. Accionadlas con una manivela y saltarán chispas. Nelson y Bonaparte eran dos botellas de Leyden cargadas de electricidad, puestas entre los barriles de pólvora que éramos el resto de los mortales.

Como Napoleón, el almirante británico podía dejar extasiada a una habitación de subordinados con su mera presencia; pero Nelson comandaba no sólo mediante la energía y el impulso, sino mediante el encanto, y hasta el afecto. Tenía más carisma que un cortesano real, y algunos de sus capitanes lo miraban con ojos de cachorrito extasiado. Ahora estaban reunidos alrededor de él en su gran camarote y contemplaban a su almirante con franca adoración, y a mí con profunda sospecha.

—¿Cómo demonios conocisteis a Smith? —me preguntó mientras yo permanecía parado ante él, empapado y exhausto, sintiendo que me zumbaban los oídos.

El ron y el agua potable habían lavado parte de la suciedad de la garganta.

—Tras fugarse de la Prisión del Temple, *sir* Sidney me siguió por los rumores de que yo acompañaría a Bonaparte a Egipto —grazné—. Me ayudó a salir con vida de una escaramuza en el camino a Tolón. Luego me preguntó si estaría dispuesto a no perder de vista a Napoleón. Así que volví a la flota francesa, pensando que tarde o temprano vos daríais con ella. No sabía cómo acabaría todo, pero si salíais vencedor...

—Miente —dijo uno de los capitanes. Hardy, me parece que se llamaba.

Nelson sonrió levemente.

—Smith no nos es de mucha utilidad aquí, ¿sabéis?

Miré a la congregación de capitanes que me observaba con abierta hostilidad.

—No lo sabía.

—Ese hombre es tan vanidoso como yo. —Se hizo un silencio sepulcral. Luego el almirante se echó a reír, y los demás celebraron el chiste—. ¡Vanidoso como yo! ¡Ambos vivimos para la gloria! —Rugieron de hilaridad. Estaban agotados, pero tenían la expresión saciada de los hombres que han salido con vida de una dura batalla. Sus navíos eran poco más que pecios a la deriva, el mar estaba lleno de restos humanos, y ellos habían soportado horrores suficientes para una vida entera de pesadillas. Pero también estaban orgullosos.

Hice lo que pude por sonreír.

—Pero es un buen combatiente —admitió Nelson—, si no tienes que estar en la misma habitación que él. Su fuga hizo que toda Inglaterra no hablara de otra cosa.

—Entonces regresó.

—Sí. Y no os mencionó, que yo recuerde.

—Nuestro encuentro no llevó a ninguna conclusión —admití—. No juré ser su espía. Pero él previo vuestro escepticismo y me dejó esto. —Alcé la mano derecha—. Es un anillo de sello, inscrito con su símbolo. Dijo que serviría como prueba de mi

historia.

Me quité el anillo y lo entregué para que pasara de mano en mano, acompañado por los gruñidos de reconocimiento de los oficiales.

Nelson lo sostuvo ante su ojo bueno.

—Es del bastardo de Smith, no cabe duda. Aquí está su cuerno, ¿o debería decir su polla? —Una vez más, todos los oficiales rieron—. ¿Os alistasteis con ese diablo de Napoleón?

—Formo parte del equipo de sabios que se ha traído consigo para estudiar Egipto. Hice mi aprendizaje con Benjamin Franklin. Intentaba cerrar algunos acuerdos comerciales, hubo problemas legales en París, una oportunidad de vivir grandes aventuras...

—Sí, sí. —Agitó la mano—. ¿Cuál es la situación del ejército de Napoleón?

—Ha derrotado a los mamelucos y está en posesión de El Cairo.

Hubo un murmullo de decepción en el camarote.

—Pero ahora no tiene flota —dijo Nelson, tanto a sus oficiales como a mí—. Lo cual significa que si bien no podemos llegar hasta Boney, aún no, Boney no puede llegar a la India. No habrá ninguna alianza con Tippoo Sahib, y ninguna amenaza para el ejército que tenemos allí. Está atrapado en una isla desierta.

Asentí.

—Eso parece, almirante.

—¿Y la moral de sus tropas?

Reflexioné unos instantes antes de responder.

—Se quejan, como todos los soldados. Pero también han conquistado Egipto. Supongo que se sienten como los marineros que han vencido a Brueys.

Nelson asintió.

—Desde luego. Tierra y mar. Mar y tierra. ¿Sus efectivos?

Me encogí de hombros.

—No soy un soldado. Sé que sus bajas han sido escasas.

—Humm. ¿Y los suministros?

—Se reabastece del propio Egipto.

—¡Maldición! —exclamó Nelson, al tiempo que golpeaba la mesa con la mano—. ¡Será como echar a una ostra de su concha! —Me miró con su único ojo bueno—. Bien, ¿qué queréis hacer ahora?

¿Qué podía hacer? Había sido pura suerte que no me hubieran matado ya. Bonaparte esperaba que resolviese un misterio que aún me tenía perplejo, mi amigo Talma sospechaba de mi amiga Astiza, sin duda un árabe asesino quería dejar caer más serpientes en mi cama, y había un desconcertante montón de piedras en forma de pirámide construido para representar un mundo, o a Dios, o quién sabe qué. Ahora se me ofrecía la ocasión de olvidarme de todo y echar a correr.

Pero yo aún no me había dado por vencido en lo tocante a descifrar el medallón. Tal vez pudiese echar mano al tesoro, o a una porción de poder misterioso; o impedir

que los lunáticos del Rito Egipcio y el culto a la serpiente Apofis pudieran hacerse con él. Y una mujer me esperaba, ¿verdad?

—No soy ningún estratega, almirante, pero puede que esta batalla lo haya cambiado todo —dije—. No sabremos cómo reaccionará Bonaparte hasta que la noticia llegue a él. Pero eso a mí me trae sin cuidado. Los franceses no conocen mi relación con Smith. —¿Volver? Bueno, la batalla y el chico que iba a morir me habían tocado la fibra. Yo también tenía un deber que cumplir, y era volver con Astiza y el medallón. Era terminar, por fin, algo que había empezado—. Le explicaré la situación a Bonaparte y, si eso no lo conmueve, entonces averiguaré lo que pueda en los meses venideros y os lo comunicaré. —Un plan se había formulado a sí mismo en mi mente—. Un encuentro en la costa hacia finales de octubre, tal vez. Justo después del veintiuno.

—Smith tiene planeado estar en la región para entonces —observó Nelson.

—¿Y en qué os beneficiará a vos hacer esto? —me preguntó Hardy.

—Tengo ciertas cuentas pendientes que saldar en El Cairo. Luego me gustaría obtener pasaje a un puerto neutral. Después del *Orient*, no quiero saber nada más de la guerra.

—¿Tendremos que esperar tres meses hasta que nos comunicuéis lo que hayáis averiguado? —objetó Nelson.

—Puede que eso sea lo que tarde Bonaparte en reaccionar y dar forma a los nuevos planes franceses.

—Por Dios —objetó Hardy—, este hombre ha servido en el navío insignia enemigo, ¿y ahora quiere que lo llevemos a la costa? No me creo ni una palabra de lo que ha dicho, con anillo o sin él.

—Servido, no. Observado. No efectué ningún disparo.

Nelson reflexionó mientras acariciaba mi anillo. Luego me lo tendió.

—De acuerdo. Hemos destruido tantos navíos que vuestra intervención difícilmente cambiará las cosas. Decidle a Boney exactamente lo que habéis observado: quiero que sepa que está perdido. No obstante, tardaremos meses en reunir un ejército que pueda expulsar al corso de Egipto. Mientras tanto, quiero que hagáis un recuento de sus fuerzas y evaluéis su estado de ánimo. Si existe alguna posibilidad de rendición, quiero saberlo de inmediato.

«Napoleón está tan poco dispuesto a darse por vencido como lo estáis vos, almirante», pensé; pero no lo dije.

—Si me lleváis a la costa...

—Haremos que un egipcio os deposite en la playa mañana para borrar cualquier sospecha de que habéis estado hablando con nosotros.

—¿Mañana? Pero si queréis que notifique a Bonaparte...

—Dormid y comed primero. No hay por qué apresurarse, Gage, pues sospecho que la primicia os lleva una cierta delantera. Perseguimos una corbeta que consiguió atracar en Alejandría justo antes de que se iniciara la batalla, y estoy seguro de que el

diplomático que iba a bordo presenció nuestra victoria desde lo alto de algún tejado. Es la clase de hombre que ya se habrá puesto en camino. ¿Cuál era su nombre, Hardy?

—Silano, decía el informe.

—Sí, eso es —dijo Nelson—. Un esbirro de Talleyrand llamado Alessandro Silano.



o primero que tenía que hacer, después de que se me hubiera comunicado aquella noticia tan preocupante, era reunirme con Talma, quien probablemente me habría dado por muerto nada más llegar a Alejandría nuevas de la explosión del *Orient*. ¿Silano en Egipto? ¿Era esa la «ayuda» a la que había aludido Bonaparte?

La maltrecha flota británica no intentó forzar los fuertes reparados en el puerto de Alejandría. Lo que hizo fue empezar a patrullar la zona para imponer un bloqueo. En cuanto a mí, una pequeña embarcación árabe me depositó en la playa de la bahía de Abukir. Nadie prestó especial atención a mi desembarco, con las aguas llenas como estaban de *dhows* y falúas que recorrían la bahía para recuperar restos y robar a los muertos. Chalupas francesas y británicas también recuperaban cuerpos en una tregua no declarada, y en la costa, los heridos gemían bajo toscos refugios improvisados con lonas. Subí por la playa con un aspecto tan lamentable como los demás, ayudé a llevar unos cuantos heridos a la sombra de una vela agujereada por los proyectiles, y luego me uní a una desganaada procesión de marineros franceses que se encaminaban hacia Alejandría. Aturdidos por la derrota, juraban en voz baja vengarse de los ingleses sin que eso bastara para borrar de sus miradas la desesperanza de quienes no saben adonde ir. Fue una caminata muy larga bajo el calor y un pilar de polvo y, cuando me detuve y miré atrás, pude ver columnas de humo allí donde algunos de los navíos franceses todavía ardían junto a la playa. Nuestra marcha nos hizo pasar junto a los escombros de civilizaciones desaparecidas hacía mucho tiempo. Una cabeza esculpida yacía volcada en el suelo. Un pie real tan grande como una mesa, con dedos del tamaño de calabazas, asomaba de entre los restos. Éramos una ruina que desfilaba cansinamente junto a otras ruinas. No llegué a la ciudad hasta medianoche.

Alejandría zumbaba como una colmena cuya paz se ha visto alterada. Fue yendo de casa en casa preguntando si sabían algo de un francés bajito y con gafas interesado en las curas milagrosas como finalmente descubrí que Talma se había alojado en la mansión de un mameluco muerto, que había sido convertida en fonda por un comerciante oportunista.

—¿El que tenía tantos males? —respondió el propietario—. Desapareció sin llevarse su maleta o su medicina.

Aquello no sonaba nada bien.

—¿No dejó ningún mensaje para mí, Ethan Gage?

—¿Sois amigo suyo?

—Sí.

—Me debe cien francos.

Pagué la deuda de Talma y reclamé su equipaje para llevármelo conmigo, con la

esperanza de que el periodista hubiera vuelto corriendo a El Cairo. Sólo para asegurarme de que no se había embarcado, fui a los muelles.

—No es propio de mi amigo Talma irse sin avisar —le dije con expresión preocupada a un supervisor francés del puerto—. Realmente no es nada aventurero.

—¿Qué ha venido a hacer a Egipto, entonces?

—Busca curas para sus dolencias.

—Idiota. Debería haber ido a tomar las aguas en Alemania.

El supervisor me confirmó que el conde Silano había llegado a Egipto, pero no procedente de Francia. En vez de eso, había zarpado desde la costa siria. Al parecer había desembarcado con dos enormes baúles de pertenencias, un mono que llevaba una cadena dorada, una amante rubia, una cobra en una cesta, un cerdo en una jaula y un gigantesco guardaespaldas negro. Como si eso no bastara para llamar la atención, llevaba una gran túnica árabe a la que había añadido un fajín amarillo, botas de la caballería austríaca y un estoque francés. «¡Vengo aquí para descifrar los misterios de Egipto!», había proclamado. Con los últimos cañonazos aún gruñendo en la lejanía mientras el sol subía por el cielo sobre las ruinas de la flota, Silano había hecho traer una caravana de camellos y partido hacia El Cairo. ¿Podía Talma haber ido con él? Parecía improbable. ¿O había seguido Antoine al conde para espiarlo?

Me uní a una patrulla de caballería que se dirigía a Rosetta y luego subí a una embarcación para El Cairo. Vista desde lejos parecía como si la capital no hubiera cambiado en nada después del apocalipsis en Abukir; pero no tardé en saber que las nuevas del desastre me habían precedido.

—Es como si nos agarráramos a una cuerda —dijo el sargento que me escoltó hasta el cuartel general de Napoleón—. Aquí están el Nilo y esta estrecha banda de verdor que sigue su curso, y sólo desierto vacío a ambos lados. Entra en las arenas y te matarán para hacerse con tus botones. Forma parte de la guarnición de una aldea, y puede que te despierte el filo del cuchillo que te sierra la tráquea. Acuéstate con una mujer, y puede que te encuentres sin pelotas o con una bebida envenenada en la mano. Acaricia a un perro, y te arriesgas a coger la rabia. Sólo podemos marchar en dos dimensiones, no en tres. ¿Es la cuerda para colgarnos?

—Los franceses han progresado hasta la guillotina —bromeé como un estúpido.

—Y Nelson ya nos ha cortado la cabeza. El cuerpo está aquí, retorciéndose en El Cairo.

Pensé que la analogía no habría sido del agrado de Bonaparte, quien seguramente habría preferido la de que almirante británico nos había cortado los pies en tanto que él, los sesos, mantenía su actitud desafiante. Cuando me presenté ante él en el cuartel general, alternó el echarle toda la culpa a Brueys —«¿Por qué no puso rumbo hacia Corfú?»— con el insistir en que la situación estratégica esencial no había variado. Francia aún era dueña de Egipto y tenía todo el Levante dentro de su radio de ataque. Si la India ahora parecía más remota, Siria no había dejado de ser un blanco tentador. La riqueza y la mano de obra de Egipto no tardarían en estar bajo control. Cristianos

coptos y mamelucos renegados ya habían empezado a ser reclutados dentro de las fuerzas francesas. Un cuerpo de camellos convertiría el desierto en un mar navegable. La conquista continuaría, con Napoleón como el nuevo Alejandro.

Pero después de haber repetido todo eso como para convencerse a sí mismo, Bonaparte no pudo ocultar que estaba bastante abatido.

—¿Brueys demostró coraje? —me preguntó.

—Una bala de cañón se le llevó la pierna, pero el almirante insistió en no abandonar su puesto. Murió como un héroe.

—Bien. Eso ya es algo, al menos.

—Igual que hicieron el capitán Casabianca y su joven hijo. La cubierta estaba en llamas y se negaron a abandonar la nave. Murieron por Francia y por el deber, general. La victoria podría haber sonreído a cualquiera de los dos bandos. Pero cuando el *Orient* saltó por los aires...

—Todo el tesoro maltés se perdió. ¡Maldición! ¿Y el almirante Villeneuve huyó?

—No había forma de que sus navíos pudieran tomar parte en el combate. Tenían el viento en contra.

—Y vos salisteis con vida, también. —La observación pareció un poco amarga.

—Soy un buen nadador.

—Eso parece. Eso parece. Tenéis madera de superviviente, ¿verdad, Gage? —Cogió unos calibradores y me miró de soslayo—. He tenido una visita que ha preguntado por vos. Un tal conde Silano, que dice conoceros de París. Comparte vuestro interés por las antigüedades y ha estado llevando a cabo su propia investigación. Le dije que habíais ido a traer algo del navío y expresó interés en examinarlo también.

Yo tenía muy claro que no iba a compartir ninguna información con Silano.

—Me temo que el calendario se perdió en la batalla.

—*Mon Dieu*. ¿Es que nada bueno ha salido de esto?

—También le he perdido la pista a Antoine Talma, quien desapareció en Alejandría. ¿Lo habéis visto, general?

—¿El periodista?

—Ha trabajado mucho para dar el mayor énfasis posible a vuestras victorias.

—Igual que yo he trabajado mucho para obtenerlas. Cuento con que ese periodista escriba mi autobiografía para distribuirla en Francia. La gente necesita saber qué es lo que está ocurriendo aquí realmente. Pero no, os diré que no intento mantenerme al corriente de las idas y venidas de treinta y cinco mil hombres. Vuestro amigo aparecerá si no ha huido. —La idea de que alguien intentara escabullirse de la expedición egipcia parecía atormentar a Bonaparte—. ¿Habéis hecho algún progreso en lo que respecta a descifrar el misterio de la pirámide y de ese colgante vuestro?

—Examiné el calendario. Puede que sirviese para sugerir fechas propicias.

—¿Fechas propicias para qué?

—No lo sé.

Bonaparte cerró los calibradores con un chasquido.

—Empiezo a dudar de vuestra utilidad, americano. Y, sin embargo, Silano me dice que podría haber lecciones significativas, lecciones militares, en lo que estáis investigando.

—¿Lecciones militares?

—Antiguos poderes. Egipto fue preeminente durante miles de años, construyendo obras maestras mientras el resto del mundo vivía en cabañas. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Esa es justo la pregunta en la que han empezado a centrarse los sabios —dije yo—. Tengo curiosidad por averiguar si existe alguna referencia antigua a los fenómenos de la electricidad, Jomard ha especulado con que los egipcios podrían haberla utilizado para desplazar sus descomunales bloques de piedra. Pero no podemos leer sus jeroglíficos, todo está medio enterrado en la arena, y aún no hemos podido dedicar suficiente tiempo a las pirámides.

—Cosa que estamos a punto de remediar. Voy a investigarlas personalmente. Pero primero vendréis a mi banquete esta noche. Va siendo hora de que habléis con Alessandro Silano.

Me sorprendió la profundidad de mi alivio al ver a Astiza. Quizá fuese el haber sobrevivido a otra terrible batalla, o mi preocupación por Talma, o el pesimismo con que el sargento francés había evaluado nuestra posición en Egipto, o la aparición de Silano en El Cairo, o la impaciencia de Bonaparte con mis progresos: en cualquier caso, me sentía solo. ¿Quién era yo sino un americano exiliado, enviado con un ejército extranjero a una tierra aún más extranjera? Lo único que tenía era a esa mujer que —si bien rechazaba cualquier clase de intimidades— se había convertido en mi compañera y, secreta estimación que no correría el riesgo de compartir con ella, en una amiga. Pero el pasado de Astiza era tan vago que me veía obligado a preguntarme si realmente la conocía. La observé en busca de alguna señal de sentimientos ocultos cuando me saludó, pero simplemente parecía alegrarse de que yo hubiera vuelto ileso. Ella y Enoc tenían muchas ganas de oír mi relato de primera mano, porque El Cairo era un hervidero de rumores. Si aún me quedaba alguna duda acerca de lo inteligente que era Astiza, quedó disipada en cuanto oí cuan rápidamente había mejorado su francés.

Enoc y Ashraf no habían tenido noticias de Talma, pero habían oído muchas historias sobre Silano. El conde había llegado a El Cairo con su séquito, establecido contacto con algunos francmasones en el cuerpo de oficiales francés y hablado con místicos y magos egipcios. Bonaparte le había proporcionado unos alojamientos excelentes en la casa de otro bey mameluco, y toda clase de personajes habían sido vistos entrando y saliendo de allí a todas las horas del día y de la noche. Decían que Silano le había preguntado al general Desaix acerca de los planes inminentes para enviar tropas francesas Nilo arriba.

—Dirige a hombres que están ávidos de los secretos del pasado —añadió Astiza—. Ha reunido su propia guardia personal de asesinos beduinos, ha sido visitado por Bin Sadr y exhibe por todas partes a su fulana de cabellos amarillos en un magnífico carruaje.

—Y dicen que preguntó por ti —añadió Enoc—. Todos se han preguntado si fuiste capturado en Abukir. ¿Trajiste el calendario?

—Lo perdí, pero no sin antes haber tenido ocasión de examinarlo. Aunque sólo es una conjetura, cuando alineé los anillos de una forma que me recordaba al medallón y las pirámides, caí en la cuenta de que señalaba una fecha un mes después del equinoccio de otoño, el 21 de octubre. ¿Es significativo de algo ese día aquí en Egipto?

Enoc se puso a pensar.

—La verdad es que no. El solsticio, el equinoccio, o el Año Nuevo cuando el Nilo empieza a subir de nivel todos tienen significado, pero no sé de nada que tenga que ver con esa fecha. Puede que en la antigüedad fuese un día sagrado, pero si lo era el significado se ha perdido. Consultaré mis libros, no obstante, y le mencionaré la fecha a algunos de los imanes más sabios.

—¿Y qué hay del medallón? —pregunté. Me ponía nervioso estar tan separado de él, pero al mismo tiempo agradecía no haberlo arriesgado en la bahía de Abukir.

Enoc lo sacó, su brillo dorado familiar y reconfortante.

—Cuanto más lo estudio, más antiguo creo que es; más, me parece, que la mayoría de Egipto. Los símbolos podrían remontarse a ese tiempo profundo en que fueron construidas las pirámides. Te hablo de una época tan antigua que no sobrevive ningún libro de ese período; tu mención de Cleopatra me intrigó. Ella era una Tolomeo que vivió tres mil años después de las pirámides, y tan griega por sangre como egipcia. Cuando se hizo consorte de César y Antonio, se convirtió en el último gran eslabón entre el mundo romano y el antiguo Egipto. La leyenda dice que existe un templo, cuyo paradero se ha perdido, consagrado a Hathor e Isis, las diosas de la crianza, el amor, y la sabiduría. Cleopatra iba a rendir culto allí.

Me mostró imágenes de las diosas. Isis parecía una mujer convencionalmente hermosa con un gran tocado; en cambio Hathor era rara, con la cara alargada y las orejas que le sobresalían del cráneo como las de una vaca. Fea, pero agradable.

—El templo probablemente fue reconstruido en tiempos tolemaicos —dijo Enoc—, pero su origen es mucho más antiguo que eso, quizá tan antiguo como las pirámides. La leyenda afirma que fue orientado hacia la estrella Draco cuando esa estrella indicaba el norte. De ser así, ciertos secretos podrían haber sido compartidos entre ambos lugares. He estado buscando algo que haga referencia a un acertijo, o un santuario, o una puerta —algo a lo que podría señalar este medallón—, así que he repasado los textos tolemaicos.

—¿Y? —Vi que se lo estaba pasando en grande con el acertijo.

—Y tengo una antigua referencia griega a un pequeño templo de Isis muy

visitado por Cleopatra que dice: «La vara de Min es la llave de la vida».

—¿La vara de Min? Bin Sadr tiene una vara adornada con una cabeza de serpiente. ¿Quién es Min?

Astiza sonrió.

—Min es un dios que se convirtió en la palabra raíz de vuestro término inglés *man*, hombre; igual que la diosa Ma'at o Mut llegó a ser la palabra raíz de vuestro término inglés *mother*, madre. Su vara no es como la de Bin Sadr.

—He aquí otra imagen. —Enoc la deslizó sobre la mesa. Era el dibujo de un tipo calvo en una postura envarada y con una característica particularmente fascinante: un miembro masculino rígidamente erecto en toda su prodigiosa longitud.

—Por las almas de Saratoga. ¿Ponen esto en sus iglesias?

—Es sólo naturaleza —dijo Astiza.

—Una naturaleza muy bien dotada, diría yo. —No pude contener la envidia de mi voz.

Ashraf sonrió maliciosamente.

—Típico para los egipcios, mi amigo americano.

Lo miré con dureza y él se echó a reír.

—Me estáis tomando el pelo —gruñí.

—No, no; Min es un dios real y esto es un representación real —me aseguró Enoc —, aunque mi hermano exagera la anatomía de nuestros compatriotas. Normalmente yo leería «La vara de Min es la llave de la vida» como una mera referencia sexual y mítica. En nuestras historias de la creación, el primer dios se traga su propia semilla y escupe y caga a los primeros hijos.

—¡No me digas!

—Y está el *ankh*, el predecesor de vuestra cruz cristiana, que habitualmente es descrito como una llave de la vida eterna. Pero ¿por qué Min en un templo de Isis? ¿Frecuentado por Cleopatra? ¿Por qué «llave» como opuesto a «esencia» o alguna otra palabra? ¿Y por qué esto a continuación: «La cripta llevará al cielo»?

—¿Por qué, ciertamente?

—No lo sabemos. Pero tu medallón podría ser una llave incompleta. Las pirámides apuntan al cielo. ¿Qué hay en esa cripta? Sabemos, como he dicho, que Silano ha estado haciendo indagaciones sobre ir al sur, Nilo arriba, con Desaix.

—¿Para adentrarse en territorio enemigo?

—El templo de Hathor e Isis se encuentra en algún lugar del sur.

Reflexioné.

—Silano ha estado llevando a cabo ciertos estudios por su cuenta en antiguas capitales. Quizá cuenta con las mismas claves que tú has descubierto. Pero apuesto a que aún necesita el medallón. Mantenlo aquí, escondido. Esta noche veré al hechicero en un banquete, y si sale el tema le diré que lo perdí en la bahía de Abukir. Podría ser nuestra única ventaja si competimos por esta llave de la vida.

—No vayas al banquete —dijo Astiza—. La diosa me dice que debemos

mantenernos alejados de ese hombre.

—Y mi pequeño dios, Bonaparte, me dice que he de cenar con él.

Astiza parecía preocupada.

—Entonces no le digas nada.

—¿De mis investigaciones? —He aquí el asunto del que había hablado el periodista, pensé—. ¿O de ti?

Un leve rubor cubrió las mejillas de Astiza.

—Silano no tiene ningún interés en tus sirvientes.

—¿No? Talma me contó que había oído decir que conociste a Silano en El Cairo. Antoine fue a Alejandría no para preguntar acerca de Bin Sadr, sino acerca de ti. ¿Cuánto sabes exactamente sobre Alessandro Silano?

Astiza tardó demasiado en responder.

—Sabía de él —dijo finalmente—. Vino a estudiar a los antiguos, como yo. Pero Silano quería explotar el pasado, no protegerlo.

—¿Sabías de él? —Por Hades, yo sabía que existían los chinos, pero nunca había tenido nada que ver con ninguno de ellos. Eso no era lo que había dado a entender Talma—. ¿O lo conociste de formas que no quieres admitir, y que me has ocultado durante todos estos días?

—El problema con los hombres modernos —interrumpió Enoc— es que preguntan demasiado. No respetan ningún misterio. Eso causa un sinnúmero de problemas.

—Quiero saber si ella conoció...

—Los antiguos entendían que algunos secretos es mejor no investigarlos, y algunas historias es mejor olvidarlas. No dejes que tus enemigos te hagan perder a tus amigos, Ethan.

Yo estaba que echaba chispas mientras ellos me miraban.

—Pero no creo que sea ninguna coincidencia que él esté aquí ahora —insistí.

—Por supuesto que no. Tú estás aquí, Ethan Gage. Y el medallón.

—Quiero olvidarme de Silano —añadió Astiza—. Y lo que recuerdo de él es que es más peligroso de lo que parece.

Yo estaba desconcertado, pero era evidente que ellos no iban a suministrar detalles íntimos. Y quizá me estaba imaginando más de lo que había sucedido realmente.

—Bueno, Silano no puede hacernos ningún daño estando en el ejército francés, ¿verdad? —dije finalmente, por decir algo.

—No estamos en el ejército francés, estamos en una calleja de El Cairo. — Parecía preocupada—. Pasé mucho miedo por ti cuando oí hablar de la batalla. Entonces supe que el conde Silano había llegado.

Era hora de responder de la misma guisa, pero yo estaba demasiado confuso.

—Y ahora he vuelto, con rifle y tomahawk —dije, más que nada por decir algo—. Silano no me da ningún miedo.

Astiza suspiró, su aroma a jazmín era embriagador. Después de los rigores de la marcha se había transformado a sí misma con la ayuda de Enoc en una belleza egipcia, vestida de lino y seda, sus miembros y su cuello adornados con joyas de oro diseñadas a la manera antigua, sus ojos grandes, luminosos y realzados con *kohl*. Ojos de Cleopatra. Su figura me recordaba las curvas de las vasijas de alabastro para guardar los ungüentos y el perfume que había visto en mis paseos por el mercado. Astiza me recordaba el tiempo transcurrido desde la última vez que estuve con una mujer, y lo mucho que me gustaría que ella fuese mía ahora. Porque yo era un sabio, me había parecido lógico esperar que mi mente se mantuviera ocupada con asuntos más elevados, pero al parecer la cosa no funcionaba así. ¿Hasta qué punto podía confiar en ello?

—Las armas de fuego no siempre son efectivas contra la magia —dijo ella—. Creo que será mejor que vuelva a compartir tu dormitorio, para ayudar a cuidar de ti. Enoc lo entiende. Necesitas la protección de la diosa.

Eso sí que era un progreso.

—Si insistes...

—Me ha preparado una cama extra.

Mi sonrisa estaba tan apretada como mis pantalones de montar.

—Muy considerado por tu parte.

—Es importante que nos concentremos en el misterio. —¿Lo dijo con simpatía, o fue con intención de torturar? Puede que en las mujeres ambas cosas sean lo mismo.

Intenté fingir despreocupación.

—Tú asegúrate de estar lo bastante cerca para matar a la próxima serpiente.

Con la mente reducida a un amasijo de esperanza y frustración —el peligro habitual de involucrarse emocionalmente con una hembra—, acudí al banquete de Bonaparte. Tenía como propósito recordar a los oficiales de alto rango que su posición en Egipto aún era sólida, y que ellos debían transmitir esa solidez a sus tropas. También era importante hacer ver a los egipcios que pese al reciente desastre naval, los franceses se comportaban con ecuanimidad, y no pensaban privarse de sus cenas de gala. Había en curso planes para impresionar a la población celebrando el nuevo año de la Revolución, el equinoccio de otoño del 21 de septiembre, un mes antes de la fecha que yo creía haber adivinado en el calendario. Habría una banda de música, carreras de caballos y el vuelo de uno de los globos de gas de Conté.

El banquete fue todo lo europeo posible. Se había hecho acopio de sillas para que nadie tuviera que sentarse en el suelo al estilo musulmán. Los platos de porcelana, las copas del vino y el agua y la cubertería de plata habían sido envueltos y traídos a través del desierto con tanto cuidado como los cartuchos y los cañones. A pesar del calor, el menú incluía las habituales sopa, carne, verduras y ensalada al estilo patrio.

Silano, en cambio, era nuestro orientalista. Había venido con túnica y turbante, y

lucía abiertamente el símbolo masónico del compás y la escuadra con la letra G en el centro. Talma se habría puesto furioso ante aquella apropiación. Cuatro de sus dedos lucían anillos, un arete adornaba su oreja, y la funda de su estoque era una filigrana de oro sobre esmalte rojo. Cuando entré, el conde se levantó de su asiento y me hizo una reverencia.

—¡*Monsieur* Gage, el americano! ¡Me dijeron que estabais en Egipto, y ahora queda confirmado! La última vez que disfrutamos de nuestra mutua compañía fue durante una partida de cartas, como supongo que no habréis olvidado.

—En todo caso, yo disfruté de ella. Gané, si no me engaña la memoria.

—¡Por supuesto, alguien tiene que perder! Y, sin embargo, el placer radica en la misma partida, ¿verdad? Ciertamente fue una diversión que podíais permitir. — Sonrió—. Y tengo entendido que ganasteis el medallón que os ha traído a esta expedición.

—Eso, y una muerte prematura en París.

—¿Alguna amiga?

—Una fulana.

No pude desconcertarlo.

—Oh, cielos. No voy a fingir que he entendido eso. Pero naturalmente vos sois el sabio, el experto en electricidad y las pirámides, y yo soy un mero historiador.

Ocupé mi sitio en la mesa.

—Tengo un modesto conocimiento de ambas cosas, me temo. Me honra que llegara a incluirseme en la expedición. Y también sois un mago, me han dicho, señor de lo oculto y del Rito Egipcio de Cagliostro.

—Exageráis mis capacidades del mismo modo en que yo, tal vez, exagero las vuestras. Soy un mero estudiante del pasado que espera pueda proporcionarnos respuestas para el futuro. ¿Qué sabían los sacerdotes egipcios que ha permanecido perdido hasta ahora? Nuestra liberación ha abierto el camino para fusionar la tecnología de Occidente con la sabiduría de Oriente.

—¿La sabiduría de qué, conde? —gruñó el general Dumas con la boca llena de comida. Dumas comía igual que cabalgaba, al galope—. No la veo en las calles de El Cairo. Y los eruditos, ya sean científicos o hechiceros, no han logrado gran cosa. Comen, hablan y escriben.

Los oficiales rieron. Los académicos eran vistos con escepticismo, y a los soldados les parecía que su persecución de metas inútiles mantenía atrapado al ejército en Egipto.

—Eso es injusto para nuestros sabios, general —lo corrigió Bonaparte—. Monge y Berthollet apuntaron el cañón que hizo el disparo crucial en la batalla del río. Gage ha demostrado su puntería con su rifle largo. Los científicos estuvieron junto a la infantería en los cuadros. Hay en curso planes para molinos, canales, fábricas y fundiciones. ¡Conté planea hinchar uno de sus globos! Nosotros los soldados iniciamos la liberación, pero son los estudiosos quienes la harán realidad. Nosotros

ganamos una batalla, pero ellos conquistan la mente.

—Entonces dejad que se encarguen de conquistarla y vayámonos a casa —dijo Dumas mientras volvía a concentrarse en un muslo de pollo.

—Los antiguos sacerdotes fueron igualmente útiles —dijo Silano suavemente—. Curaban a la gente y daban leyes. Los egipcios tenían hechizos para sanar a los enfermos, ganarse el corazón de la persona amada, alejar el mal y adquirir riquezas. En el Rito Egipcio tenemos hechizos para influir sobre el tiempo, proporcionar invulnerabilidad contra todo daño y curar a los que agonizan. Y podría llegar a descubrirse todavía más, espero, ahora que controlamos la cuna de la civilización.

—Estáis promoviendo la hechicería —le advirtió Dumas—. Tened cuidado con vuestra alma.

—Descubrir no es hechicería. Pone herramientas en las manos de los soldados.

—El sable y las pistolas nos han bastado hasta ahora.

—¿Y de dónde salió la pólvora, sino de experimentos con la alquimia?

Dumas eructó a modo de réplica. El general era enorme, estaba ligeramente borracho y se exaltaba con facilidad. Quizá se libraría de Silano por mí.

—Estoy promoviendo la utilización de poderes invisibles, como la electricidad —prosiguió Silano sin inmutarse, con una inclinación de cabeza dirigida a mí—. ¿Qué es esa fuerza misteriosa que podemos observar con sólo frotar dos trozos de ámbar? ¿Existen energías que animan el mundo? ¿Podemos transformar los elementos más bajos en otros más valiosos? Mentores como Cagliostro, Kolmer y Saint-Germain nos mostraron el camino. *Monsieur Gage* puede aplicar las perspicaces observaciones del gran Franklin...

—¡Ja! —lo interrumpió Dumas—. Cagliostro quedó en evidencia como el falsario que era en media docena de países. ¿Invulnerable al daño? —Puso la mano sobre la empuñadura de su pesado sable de caballería y empezó a tirar de él—. Probad a lanzar un hechizo contra esto.

Pero antes de que pudiera desenvainarlo hubo un fregonazo de movimiento y la punta del estoque de Silano quedó apoyada en el puño del general. Fue como el parpadeo del ala de un ruiseñor, y el aire vibró con el veloz arco de su espada desenvainada.

—No necesito magia para ganar un mero duelo —dijo el conde con suave advertencia.

La habitación había quedado en silencio, aturdida por su celeridad.

—Guardad vuestras espadas, los dos —ordenó Napoleón finalmente.

—Por supuesto. —Silano envainó su esbelta hoja casi tan deprisa como la había desenvainado.

Dumas torció el gesto, pero dejó que su sable volviera a caer dentro de la funda.

—Así que confiáis en vuestro acero como el resto de nosotros —musitó.

—¿Retáis también a mis otros poderes?

—Me gustaría verlos.

—El alma de la ciencia es la prueba escéptica —estuvo de acuerdo el químico Berthollet—. Una cosa es asegurar que podéis hacer magia y otra hacerla, conde Silano. Admiro vuestro espíritu indagador, pero las afirmaciones extraordinarias requieren una prueba extraordinaria.

—Quizá debería levitar las pirámides.

—Eso nos impresionaría a todos, estoy seguro.

—Y, sin embargo, el descubrimiento científico es un proceso gradual de experimentaciones y evidencia —prosiguió Silano—. Con la magia y los poderes antiguos ocurre exactamente lo mismo. Espero levitar pirámides, volverme invulnerable a las balas o alcanzar la inmortalidad; pero por el momento soy un mero investigador, como vuestros sabios. Por eso he hecho el largo viaje hasta Egipto después de haber llevado a cabo indagaciones en Roma, Estambul y Jerusalén. Aquí el americano tiene un medallón que podría ser útil para mi investigación, si me permite estudiarlo.

Las cabezas se volvieron hacia mí. Yo sacudí la mía.

—Es arqueología, no magia; y no debe servir para el experimento alquímico.

—Para estudiarlo, he dicho.

—Los verdaderos sabios ya se encargan de proporcionarnos resultados con sus estudios. Sus métodos son creíbles. El Rito Egipcio no lo es.

El conde me miró como un maestro decepcionado con uno de sus discípulos.

—¿Me estáis llamando mentiroso, *monsieur*?

—No, soy yo quien os lo llama —volvió a interrumpir Dumas, al tiempo que dejaba caer su hueso de pollo en el plato—. Sois un fraude, un hipócrita y un charlatán. Siempre evito relacionarme con magos, alquimistas, sabios, gitanos o sacerdotes. Venís aquí vestido con túnica y turbante como un payaso de Marsella y habláis de magia, pero os veo cortar vuestra carne con el cuchillo como hacemos el resto de nosotros. Agitad todo lo que queráis esa agujita vuestra, pero pongámosla a prueba en una batalla de verdad contra sables de verdad. Respeto a los hombres que luchan o construyen, no a aquellos que hablan y fantasean.

Los ojos de Silano brillaron con un peligroso disgusto.

—Habéis impugnado mi honor y mi dignidad, general. Quizá debería retaros.

Un estremecimiento de expectación recorrió la habitación. Silano tenía la reputación de ser mortífero en los duelos, y al menos ya había dado muerte a dos enemigos en París. Pero Dumas era un Goliat.

—Y yo quizá debería aceptar vuestro reto —gruñó el general.

—Batirse en duelo está prohibido —le espetó Napoleón—. Ambos lo sabéis. Si cualquiera de los dos lo intenta, os haré fusilar.

—Así que estáis a salvo por ahora —le dijo Dumas al conde—. Pero más vale que encontréis vuestros hechizos mágicos, porque cuando volvamos a Francia...

—¿Por qué esperar? —dijo Silano—. ¿Se me permite sugerir otra clase de contienda? Nuestro estimado químico ha solicitado una prueba escéptica, así que

dejadme proponer una. Para la cena de mañana, permitidme traer un cochinito que me he traído conmigo de Francia. Como sabéis, los musulmanes se niegan a tener ninguna clase de contacto con el animal; su único cuidador soy yo. Dais a entender que carezco de poderes. Permitidme entonces, dos horas antes de la cena, que os entregue el cerdo para prepararlo de la manera que queráis: asado, hervido, al horno o frito. No me acercaré a él hasta que haya sido servido. Cortaréis la carne en cuatro partes iguales y me serviréis el cuarto que preferiréis. Vos mismo comeréis otra porción.

—¿Qué pretendéis demostrar con ese disparate? —preguntó Dumas.

—El día después de esta cena, ocurrirá una de cuatro cosas: o ambos estaremos muertos o ninguno de los dos estará muerto; o yo estaré muerto y vos no; o vos estaréis muerto y yo no. De estas cuatro posibilidades os doy tres y apuesto cinco mil francos a que, el día después de la cena, vos estaréis muerto y yo estaré bien.

Hubo silencio en la mesa. Dumas parecía un poco nervioso.

—Esa es una de las viejas apuestas de Cagliostro.

—Que ninguno de sus enemigos aceptó jamás. He aquí vuestra ocasión de ser el primero, general. ¿Dudáis lo bastante de mis poderes para cenar conmigo mañana?

—¡Intentaréis recurrir a alguna clase de treta o magia!

—Que vos dijisteis que no puedo hacer. Demostradlo.

Dumas nos miró. En un combate se sentía muy seguro de sí mismo, pero ¿eso?

—Batirse en duelo está prohibido, pero esta apuesta me gustaría verla —dijo Bonaparte, quien disfrutaba con el tormento de un general que lo había desafiado durante la marcha.

—Me envenenaría con uno de sus juegos de manos, lo sé.

Silano extendió los brazos, sintiendo que tenía la victoria al alcance de la mano.

—Podéis registrarme de pies a cabeza antes de que nos sentemos a comer, general.

Dumas se dio por vencido.

—Bah. No cenaría con vos ni aunque fueseis Jesucristo, el diablo o el último hombre en la tierra. —Empujó su asiento hacia atrás y se puso en pie—. Mimid sus investigaciones si tenéis que hacerlo —se dirigió a la habitación—, pero os juro que en este maldito desierto no hay nada aparte de un montón de rocas viejas. Lamentaréis haber escuchado a estos parásitos, sea este charlatán o la sanguijuela americana. —Y con esas palabras salió de la habitación hecho una furia.

Silano se volvió hacia nosotros.

—Es más sabio de lo que se diría por su reputación, al haber rechazado mi desafío. Eso significa que vivirá para tener un hijo que hará grandes cosas, predigo. En cuanto a mí, sólo pido permiso para hacer indagaciones. No deseo ir a la caza de templos cuando el ejército marche río arriba. Os doy todo mi respeto, valientes soldados, y a cambio sólo pido una pequeña porción. —Me miró—. Tenía la esperanza de que podríamos trabajar juntos como colegas, pero al parecer somos

rivales.

—Simplemente no siento ninguna necesidad de compartir vuestras metas, o mis pertenencias —repliqué.

—Entonces vendedme el medallón, Gage. Decid vuestro precio.

—Cuanto más lo queráis, menos inclinado me siento a permitir que lo tengáis.

—¡Maldito seáis! ¡Sois un obstáculo para el conocimiento! —Esto último lo gritó al tiempo que dejaba caer la mano sobre la mesa, y fue como si una máscara hubiera caído de sus facciones. Lo que había tras ella era rabia, rabia y desesperación, mientras me miraba con ojos de implacable enemistad—. ¡Ayudadme o preparaos a soportar lo peor!

Monge se levantó de un salto, la viva imagen de la adusta admonición de lo establecido.

—¡Cómo os atrevéis, *monsieur*! Vuestra impertinencia no dice nada bueno de vos. ¡Me siento tentado de aceptar la apuesta que hicisteis!

Napoleón se puso en pie, claramente disgustado por el cariz que empezaba a tomar la discusión.

—Nadie va a comer cerdo envenenado. Quiero que el animal sea atravesado a bayonetazos y arrojado al Nilo esta misma noche. Gage, estáis aquí en vez de ocupar una celda en París por indulgencia mía. Os ordeno que ayudéis al conde Silano de todas las maneras que podáis.

Yo también me puse en pie.

—Entonces he de comunicar lo que no me decidía a admitir. El medallón ha desaparecido, perdido cuando caí por la borda en la batalla de Abukir.

Un zumbido de conversaciones se propagó por la mesa cuando todos se pusieron a cruzar apuestas sobre si yo estaba diciendo la verdad. Confieso que casi encontré agradable aquella repentina notoriedad, pese a saber que sólo podía traerme más problemas. Bonaparte frunció el ceño.

—No dijisteis nada de esto antes —dijo Silano escépticamente.

—No me enorgullezco de mi contratiempo —contesté—. Y quería que los oficiales aquí reunidos vieran el codicioso perdedor que sois realmente. —Me volví hacia los demás—. Este noble no es un estudioso serio. Sólo es un jugador frustrado que intenta obtener por la amenaza lo que perdió por las cartas. Yo también soy francmasón, y el Rito Egipcio del conde Silano es una corrupción de los preceptos de nuestra orden.

—Miente. —Silano estaba furioso—. No hubiese vuelto a El Cairo si no tuviera el medallón.

—Claro que hubiese vuelto. Soy uno de los sabios de esta expedición, no menos que Monge o Berthollet. Quien no ha vuelto es mi amigo, el escritor Talma, que desapareció en Alejandría cuando vos llegasteis.

Silano se volvió hacia los demás.

—Magia, otra vez.

Todos rieron.

—No bromeo, *monsieur* —dije—. ¿Sabéis dónde está Antoine?

—Si encontráis vuestro medallón, quizá pueda ayudaros a encontrar a Talma.

—¡Os he dicho que el medallón se ha perdido!

—Y yo he dicho que no os creo. Mi querido general Bonaparte, ¿cómo sabemos de parte de qué bando está este americano, este hombre que habla inglés?

—¡Esto es indignante! —grité, mientras me preguntaba secretamente de parte de qué bando debería estar y tomaba la firme resolución de estar de parte de mi bando, cualquiera que fuese este. Como había dicho Astiza, ¿en qué creía yo realmente? En los tesoros, las mujeres hermosas y George Washington—. ¡Batíos en duelo conmigo! —lo reté.

—¡No habrá duelos! —ordenó Napoleón una vez más—. ¡Basta! ¡Os comportáis como niños! Gage, tenéis permiso para dejar mi mesa.

Me puse en pie y le hice una reverencia.

—Quizá sea lo mejor. —Retrocedí hacia la puerta y salí de la habitación.

—¡Estáis a punto de ver lo serio que soy como estudioso! —me gritó Silano. Y luego oí que le decía a Napoleón—: Ese americano, no deberíais confiar en él. Ese hombre podría hacer que todos nuestros planes fracasaran.

Al día siguiente ya era más de mediodía cuando Ash, Enoc, Astiza y yo nos tomábamos un descanso junto a la fuente de Enoc mientras hablábamos de la cena y el propósito de Silano. Enoc había armado a sus sirvientes con garrotes. Por ninguna razón obvia, nos sentíamos asediados. ¿Por qué había recorrido toda aquella distancia Silano? ¿Cuál era el interés de Bonaparte? ¿Deseaba el general poderes ocultos también? ¿O magnificábamos lo que sólo era inocente curiosidad hasta convertirlo en una amenaza?

Nuestra respuesta llegó cuando hubo una breve llamada a la puerta de Enoc y Mustafá fue a abrir. Volvió no con un visitante, sino con una vasija.

—Alguien ha dejado esto.

El recipiente de color arcilla de unos sesenta centímetros de altura era grueso, y lo bastante pesado para que yo pudiera ver flexionarse los bíceps en los brazos del sirviente cuando lo llevó a una mesita baja y lo puso en ella.

—No había nadie y la calle estaba vacía.

—¿Qué es? —pregunté.

—Una vasija para el aceite —dijo Enoc—. No es costumbre entregar un regalo de esta manera. —Parecía un poco receloso, pero se levantó para abrirla.

—Espera —dije—. ¿Y si es una bomba?

—¿Una bomba?

—O un caballo de Troya —dijo Astiza, que se sabía sus leyendas griegas tan bien como las egipcias—. Un enemigo deja esto, nosotros lo llevamos dentro...

—¿Y unos soldaditos minúsculos saltan de la vasija? —preguntó Ashraf, divertido por la idea.

—No. Serpientes. —Astiza no había olvidado el incidente en Alejandría.

Ahora Enoc titubeó.

Ash se levantó.

—No te acerques a esa vasija. Ya la abriré yo.

—Usa un palo —dijo su hermano.

—Usaré una espada, y seré rápido.

Retrocedimos unos cuantos pasos. Usando la punta de una cimitarra, Ashraf rompió el sello de cera en el borde y levantó la tapa. Ningún sonido salió del interior. Así que, con la punta de su arma, Ash levantó la tapa muy despacio y la hizo caer al suelo. Una vez más, nada. Ash se inclinó hacia delante cautelosamente, hurgó en la vasija con la punta de la cimitarra... y saltó hacia atrás.

—¡Serpiente! —confirmó.

Maldición. Ya estaba harto de reptiles.

—Pero no puede ser —dijo el mameluco—. La vasija está llena de aceite. Puedo olerlo. —Volvió a acercarse cautelosamente y hurgó con la punta de la cimitarra—. No... esperad. La serpiente está muerta. —Parecía preocupado—. Que los dioses se apiaden de nosotros.

—¿Qué diablos pasa aquí?

El mameluco torció el gesto, metió la mano en la vasija y sacó de ella un puñado de cabellos mojados de aceite enredados con las escamas de un reptil. Cuando extendió el brazo, vimos un objeto redondo envuelto por los anillos de una serpiente muerta: una cabeza humana que chorreaba aceite.

Gemí. Era Talma, los ojos muy abiertos y la mirada perdida en la nada.



o mataron como un mensaje dirigido a mí —dije.

—Pero ¿por qué matarían a tu amigo por algo que dijiste que no tenías? ¿Por qué no te mataron a ti? —preguntó Ashraf.

Yo me estaba preguntando lo mismo. La cabeza del pobre Talma había pasado un tiempo sumergida en la vasija, y sus cabellos parecían algas de río. No quise ni pensar dónde podía estar

su cuerpo.

—Porque no se han creído lo que dijo —razonó Astiza—. Sólo Ethan sabe con certeza si el medallón aún existe y lo que podría significar. Quieren coaccionarlo, no matarlo.

—Pues es una forma condenadamente estúpida de hacerlo —dije con expresión sombría.

—¿Y de quiénes estamos hablando? —preguntó Enoc.

—Del beduino, Ahmed bin Sadr.

—Bin Sadr es un mandado, no un amo.

—Entonces tiene que ser Silano. Me advirtió de que debía tomármelo en serio. El conde llega aquí, y Antoine muere. La culpa es mía. Le pedí a Talma que investigara a Bin Sadr en Alejandría. Talma fue secuestrado, o siguió a Silano para espiarlo. Lo capturaron y se negó a hablar. ¿Qué sabría él? Y se supone que su muerte tiene que asustarme.

Ash me dio una palmada en el hombro.

—¡Pero él no sabe que eres todo un guerrero!

En realidad, yo era lo bastante humano para tener pesadillas durante un mes; pero eso no es lo que uno confiesa en momentos como aquel. Además, si de una cosa estaba seguro era de que Silano nunca se haría con mi medallón.

—La culpa ha sido mía —dijo Astiza—. Dijiste que tu amigo fue a Alejandría para investigarme.

—Eso fue idea suya, no mía o tuya. No te culpes.

—¿Por qué no se limitó a hacerme sus preguntas directamente?

«Porque tú nunca respondes del todo a lo que se te pregunta —pensé—. Porque te encanta ser un enigma». Pero no dije nada. Guardamos silencio durante un rato mientras nos debatíamos con las recriminaciones que no dejábamos de hacernos a nosotros mismos. A veces cuanto más inocentes somos, más culpables nos sentimos.

—Tu amigo no será el último en perecer si el conde Silano se sale con la suya —dijo Enoc finalmente, con voz lúgubre.

Sonaba como si el anciano supiera más de lo que había dejado traslucir.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí hay en juego mucho más de lo que piensas, o de lo que se te ha contado.

Cuanto más estudio el medallón, mayor es mi miedo, y más convencido estoy.

—¿De qué?

—Tu medallón podría ser alguna clase de pista o llave para abrir la puerta sagrada de una bóveda que lleva mucho tiempo oculta. El colgante ha sido buscado y disputado durante milenios, y entonces, su propósito todavía no descifrado, probablemente quedó olvidado en Malta hasta que Cagliostro supo de su existencia mientras estudiaba aquí y empezó a buscarlo. Maldice a los que no son dignos de tenerlo y los hace enloquecer. Tienta a las mentes brillantes. Se ha convertido en un acertijo. Es una llave sin cerradura, un mapa sin ningún destino. Nadie se acuerda de con qué guarda relación. Incluso a mí me tiene perplejo.

—Así que tal vez no sirva de nada —dije entre esperanzado y apenado.

—O su hora por fin haya llegado. Silano no te hubiese seguido hasta aquí después de llevar a cabo sus propios estudios si no abrigara ciertas expectativas.

—¿De encontrar un tesoro?

—Si sólo fuera eso. Existen los tesoros, pero también existe el poder. No sé cuál de las dos cosas motiva realmente a ese misterioso europeo y su Rito Egipcio; pero si el conde Silano llegara a descubrir lo que tantos han buscado, no sólo tendría la inmortalidad y riquezas inimaginables, sino acceso a secretos que podrían deshacer la misma textura del mundo. El hombre apropiado podría construir con ellos. El hombre inapropiado...

—¿Qué secretos?

Enoc suspiró mientras pensaba qué debía decirme. Por fin habló.

—El *Libro de Thoth*.

—¿El libro de qué?

—Thoth es el dios egipcio de la sabiduría y el conocimiento —dijo Astiza—. Vuestra palabra inglesa *thought*, que significa pensamiento, proviene de su nombre. Thoth es el tres veces grande, aquel al que los griegos llamaban Hermes. Cuando empezó a existir Egipto, Thoth ya estaba aquí.

—Los orígenes de nuestra nación son misteriosos —dijo Enoc—. No existe ninguna historia. Pero Egipto apareció antes que todo. En lugar de leyendas sobre un despertar gradual, nuestra civilización parece haber surgido de la arena completamente formada. No hay precedentes, y entonces los reinos aparecen de pronto dotados de todas las artes necesarias. ¿De dónde salió el conocimiento? Atribuimos este súbito nacimiento a la sabiduría de Thoth.

—Fue él quien inventó la escritura, el dibujo, la topografía, las matemáticas, la astronomía y la medicina —explicó Astiza—. No sabemos de dónde vino, pero dio inicio a todo lo que ha ocurrido desde entonces. Para nosotros es como Prometeo, que trajo el fuego, o Adán y Eva, que comieron de la manzana del árbol de la ciencia. Sí, la historia de vuestra Biblia sugiere un gran despertar similar; pero lo recuerda con horror. Nosotros creemos que en aquellos días los hombres eran más sabios y conocían cosas mágicas. El mundo era más limpio y feliz. —Señaló un cuadro

colgado en la pared de la biblioteca de Enoc. Era el retrato de un hombre con cabeza de pájaro.

—¿Ese es Thoth? —Había algo inquietante en las personas con cabeza de animal—. ¿Por qué un pájaro? Son más tontos que los burros.

—Es un ibis, y nosotros los egipcios encontramos muy hermosa la unidad de humanos y animales. —Su tono era un poco glacial—. También se lo retrata como un babuino. Los egipcios creían que no había marcadas diferencias entre humanos y animales, hombre y dios, vida y muerte, creador y creado. Todos son parte de uno. Es Thoth quien preside cuando nuestros corazones son pesados contra una pluma ante un jurado de los cuarenta y dos dioses. Debemos proclamar el mal que no cometimos, no vaya a ser que nuestra alma sea devorada por un cocodrilo.

—Comprendo —dije, a pesar de que no lo comprendía.

—A veces Thoth recorría el mundo para observar y disfrazaba su sabiduría mientras seguía aprendiendo. Los hombres lo llamaban «el Loco».

—¿El Loco?

—El bufón, el que hace jugarretas, el que dice la verdad —dijo Enoc—. Emerge una y otra vez. El dicho es que el loco buscará al Loco.

Yo empezaba a estar realmente nervioso. ¿No era eso lo que había dicho Sarylla, la gitana en el bosque francés, cuando me echó las cartas del tarot? ¿Podía ser que lo que yo había tomado por un vago disparate al que no di ninguna importancia hubiera sido una auténtica profecía? Sarylla también se había referido a mí como el loco.

—Pero ¿a qué viene todo ese interés por un libro más?

—No es otro libro, sino el primer libro —dijo Enoc—. Y supongo que estarás de acuerdo en que los libros pueden ser una fuerza que mueva el mundo, ya se trate de la Biblia, el Corán, las obras de Isaac Newton o los cantos de la *Ilíada* que inspiraron a Alejandro. Los mejores son una destilación de pensamiento, sabiduría, esperanza y deseo. Dicen que el *Libro de Thoth* consta de cuarenta y dos rollos de papiro, una mera muestra de los 36 535 rollos —cien por cada día del año solar— en los que Thoth puso por escrito su conocimiento secreto y luego escondió por todos los confines del mundo, para ser encontrados únicamente por los que fueran dignos de ellos cuando llegase el momento apropiado. Esos rollos contienen un resumen del más profundo poder de los maestros que construyeron las pirámides. Poderío. Amor. Inmortalidad. Alegría. Venganza. Levitación. Invisibilidad. La capacidad de ver el mundo como realmente es, y no como la ilusión salida de un sueño en la que vivimos. Existe una pauta que subyace a nuestro mundo, cierta estructura invisible que la leyenda dice puede ser manipulada para producir efectos mágicos. Los antiguos egipcios sabían cómo hacerlo. Nosotros lo hemos olvidado.

—¿Esa es la razón por la que todo el mundo busca el medallón tan desesperadamente?

—Sí. El medallón podría ser una clave para una búsqueda tan antigua como la historia. ¿Y si las personas no tuviesen que morir, o pudieran ser revividas en el caso

de que muriesen? Para un individuo, el tiempo por sí solo permitiría la acumulación de un conocimiento que lo haría dueño de todos los otros hombres. Para los ejércitos, significaría la indestructibilidad. ¿Cómo sería un ejército que no conociese el miedo? ¿Cómo sería un tirano cuya vida no tuviese fin? ¿Qué ocurriría si lo que llamamos magia no fuese más que antigua ciencia, guiada por un libro traído por un ser, o seres, tan antiguos y sabios que hemos perdido todo recuerdo de quiénes eran y por qué vinieron?

—Bonaparte no esperará que...

—No creo que los franceses sepan exactamente qué buscan o lo que podría hacer por ellos, o de lo contrario ya estarían desmontando nuestra nación. Hay historias, y con eso basta. No se pierde nada buscando. Bonaparte es un manipulador. Te ha puesto a trabajar en el problema, y a sabios como Jomard, también. Además está Silano, claro. Pero Silano es distinto, sospecho. Pretende trabajar para el gobierno francés, pero en realidad utiliza su apoyo en beneficio propio. Sigue los pasos de Cagliostro, e intenta averiguar si las leyendas son reales.

—Pero no lo son —objeté yo—. Quiero decir que todo esto es una locura. Si ese libro existe, ¿por qué no vemos alguna señal de él? La gente siempre ha muerto, incluso en el antiguo Egipto. Tienen que morir, para que la sociedad se renueve, para que los jóvenes sucedan a los viejos. Si no lo hicieran, la gente enloquecería de impaciencia. La muerte natural sería suplantada por el asesinato.

—¡Eres muy sabio para la edad que tienes! —exclamó Enoc—. Y has empezado a entender por qué unos secretos tan poderosos rara vez son usados y tienen que seguir durmiendo. El libro existe, pero no ha dejado de ser peligroso. Ningún mero mortal puede manejar poderes divinos. Thoth sabía que su conocimiento debía ser salvaguardado hasta que nuestro progreso moral y emocional equilibrase nuestra inteligencia y nuestra ambición, así que escondió sus libros en alguna parte. Pero el sueño no ha dejado de estar presente a lo largo de toda la historia, y podría ser que algunos fragmentos del libro hubieran llegado a ser descubiertos. Alejandro Magno vino a Egipto, visitó el oráculo y luego fue a conquistar el mundo. César y su familia triunfaron después de haber estudiado aquí con Cleopatra. Los árabes llegaron a ser la civilización más poderosa del mundo después de haberse adueñado de Egipto. En la Edad Media, los cristianos vinieron a Tierra Santa. ¿Por las cruzadas? ¿O por razones más profundas y secretas? Posteriormente, otros europeos empezaron a recorrer los lugares sagrados. ¿Por qué? Algunos afirmaban que en busca de artefactos cristianos. Algunos citan la leyenda del Santo Grial. Pero ¿y si el grial es una metáfora para este libro, una metáfora del colmo de la sabiduría en sí? ¿Y si representa la clase más peligrosa de fuego prometeico? ¿Alguna de las batallas que has presenciado hasta ahora te ha convencido de que los hombres estamos preparados para semejante conocimiento? Somos poco más que animales. Así que nuestra antigua orden despertó poco a poco de su letargo, temerosa de que tumbas enterradas hace mucho tiempo fueran a ser profanadas de nuevo, de que un libro de secretos largamente

perdido pudiera ser redescubierto. ¡Pero ni nosotros mismos sabemos exactamente qué es lo que custodiamos! Ahora los conjuradores impíos han venido con tu Bonaparte.

—Te refieres a los sabios.

—Y a ese otro conjurador, Silano.

—¿Entonces queréis destruir el medallón para que el libro no pueda ser encontrado?

—No —dijo Ashraf—. Ha sido redescubierto por una razón. Tu propia venida es una señal, Ethan Gage. Pero esos secretos son para Egipto, no para Francia.

—Nosotros tenemos nuestros propios espías —prosiguió Astiza—. Nos comunicaron que llegaría un americano con algo que podía ser una llave para el pasado, un artefacto que había estado perdido durante siglos y era una clave para poderes que llevaban milenios perdidos. Nos advirtieron de que sería mejor matarte. Pero en Alejandría tú mataste a mi dueño, y vi que Isis tenía otro plan.

—¿Quién os lo comunicó?

Astiza titubeó antes de responder.

—Los gitanos —dijo finalmente.

—¡Los gitanos!

—Una banda de gitanos nos previno desde Francia.

Me retrepé en mi asiento, anonadado ante aquella nueva revelación. Por Júpiter y Jehová, ¿también había sido traicionado por los gitanos? ¿Me habían distraído Stefan y Sarylla mientras se avisaba de mi llegada? ¿Qué clase de marioneta era yo? ¿Y eran las personas que me rodeaban ahora, esas personas que apreciaba y en las que confiaba, auténticos informadores que podían guiarme hasta un valiosísimo libro... o un nido de lunáticos?

—¿Quiénes sois?

—Los últimos sacerdotes de los antiguos dioses, que son manifestaciones terrenales de un tiempo y una raza poseedores de una sabiduría mucho mayor que la nuestra —dijo Enoc—. Sus orígenes y su propósito se han perdido en las nieblas del pasado. Somos nuestra propia clase de masonería, si quieres llamarla así, los herederos del principio y los guardianes del final. No sabemos con certeza qué se nos ha encomendado guardar, pero tenemos la misión de impedir que ese libro caiga en manos equivocadas. Las antiguas religiones nunca mueren del todo; simplemente son absorbidas por las nuevas. Nuestra tarea es descubrir la puerta antes de que unos oportunistas carentes de principios lleguen a descubrirla, y luego volver a cerrarla para siempre.

—¿Qué puerta?

—Eso es lo que no sabemos.

—Y queréis cerrarla sólo después de haber echado una mirada a lo que hay dentro.

—No podemos decidir qué es mejor hacer con el libro hasta que lo encontremos.

Deberíamos ver si ofrece esperanza o peligro, redención o perdición. Pero hasta que lo encontremos, vivimos con el miedo de que alguien mucho menos escrupuloso pueda encontrarlo primero.

Sacudí la cabeza.

—Entre que no fuisteis capaces de asesinarme en Alejandría y que andáis tan perdidos como yo, menudos sacerdotes estáis hechos —mascullé.

—La diosa hace las cosas cuando decide que ha llegado la hora de hacerlas —dijo Astiza serenamente.

—Y Silano también. —Miré gravemente a nuestra pequeña congregación—. Isis no ayudó al pobre Talma, y tampoco nos protegerá a nosotros. Me parece que aquí no estamos a salvo.

—Mi casa está bien vigilada... —empezó a decir Enoc.

—Y es conocida. Esa vasija de aceite nos dice que tu dirección ha dejado de ser un secreto. Tienes que mudarte, ahora. ¿O acaso piensas que Silano no vendrá a llamar a tu puerta si se siente lo bastante desesperado?

—¡Mudarme! No huiré del mal. No dejaré los libros y los artefactos que he tardado toda una vida en acumular. Mis siervos pueden protegerme. Y además, intentar trasladar mi biblioteca delataría el paradero de cualquier nuevo escondite. Lo que he de hacer es seguir adelante con mis investigaciones; y tú has de seguir trabajando con los sabios, hasta que sepamos dónde se encuentra esa puerta y la hayamos cerrado, antes de que Silano pueda entrar por ella. Competimos por el redescubrimiento. No nos rindamos ahora. —Enoc estaba furioso. Intentar convencerlo de que se escondiera sería como mover de sitio a un percebe.

—Entonces al menos necesitamos un lugar seguro para Astiza y el medallón —argumenté—. Ahora es una locura tenerlo aquí. Y si me atacan o me matan, es vital que no encuentren el medallón en mi persona. De hecho, si me secuestran, su ausencia podría ser lo único que me mantuviera con vida. Astiza podría ser utilizada como rehén. Hasta Napoleón ha reparado en mi, ejem, interés por ella. —Mantuve la mirada apartada de Astiza mientras lo decía—. Mientras tanto, Bonaparte se dispone a encabezar un grupo de sabios que irá a las pirámides. Puede que juntos descubramos algo que mantenga a raya a Silano.

—Uno no puede enviar a una mujer hermosa sola por el mundo —dijo Enoc.

—¿Entonces dónde pone uno a una mujer, en Egipto?

—Un harén —sugirió Ashraf.

Confesaré que me vinieron a la cabeza unas cuantas fantasías eróticas relacionadas con esa misteriosa institución. Tuve una visión de pequeños estanques para bañarse, esclavos que manejaban abanicos y mujeres medio desnudas hambrientas de sexo. Me pregunté si podría ir de visita. Pero si Astiza iba a un harén, ¿podría salir de él después?

—No me dejaré encerrar en un serrallo —dijo Astiza—. No pertenezco a ningún hombre.

Bueno, me perteneces a mí, pensé; pero no parecía el momento más adecuado para sacar a relucir el tema.

—En un harén, ningún hombre aparte del dueño puede poner los pies, o saber siquiera lo que ocurre allí dentro —insistió Ashraf—. Conozco a un noble que no huyó de los franceses, Yusuf al-Beni, y que no ha sido desposeído de su casa y su servidumbre. Tiene un harén para sus mujeres y podría dar refugio a la sacerdotisa. No como una joven del harén, sino en calidad de invitada.

—¿Podemos confiar en Yusuf?

—Se lo podría comprar, creo.

—No quiero estar en un sitio desde el que pierda de vista los acontecimientos, mientras me dedico a coser con un hatajo de bobas —dijo Astiza. Maldición, era independiente. Esa era una de las cosas que más me gustaban de ella.

—Tampoco querrás que te maten o te hagan vete tú a saber qué —repliqué yo—. La idea de Ashraf es excelente. Escóndete ahí como una invitada, con el medallón, mientras voy a las pirámides y Enoc y yo resolvemos este acertijo. No salgas a la calle. Compórtate como si el colgante no significase nada para ti, por si alguien lo ve en el harén. Nuestra mejor esperanza es que los ardides de Silano acaben con él. Bonaparte descubrirá lo que planea el conde y comprenderá que quiere esos poderes para sí mismo, no para Francia.

—Eso es tan arriesgado como dejarme sola —dijo Astiza.

—No estarás sola, estarás con un hatajo de bobas, como has dicho. Mantente escondida y espera. Yo encontraré ese *Libro de Thoth* e iré a buscarte.



a visita de Napoleón a las pirámides fue una excursión mucho más aparatosa que la visita que yo había hecho antes con Talma y Jomard.

Más de cien oficiales, soldados de escolta, guías, sirvientes y científicos cruzaron el Nilo y subieron hasta la meseta de Gizeh. Era como una gran merienda al aire libre, con una recua de burros cargados de esposas y amantes francesas acompañadas por una cornucopia de frutas, vino, dulces y viandas. Los parasoles fueron sostenidos bajo el sol; las alfombras, extendidas sobre la arena. Cenaríamos junto a la eternidad. Una ausencia notable fue la de Silano, que según me dijeron estaba ocupado con sus propias investigaciones en El Cairo. Me alegré de haber tenido la precaución de esconder a Astiza en un lugar donde estaría a salvo.

Mientras subíamos por la ladera le notifiqué la horrible muerte de Talma a Napoleón, para ver cómo reaccionaba y plantar en su mente la semilla de la duda acerca de mi rival. Desgraciadamente, mis noticias parecieron irritar a nuestro comandante más que conmocionarlo.

—¡El periodista apenas había empezado a trabajar en mi biografía! No debería haberse alejado tanto hasta que el país estuviera pacificado.

—Mi amigo desapareció cuando llegó Silano, general. ¿Es una coincidencia? Temo que el conde pueda haber tenido algo que ver. O Bin Sadr, ese merodeador beduino.

—Ese merodeador es nuestro aliado, *monsieur* Gage. Al igual que el conde, un agente del mismísimo Talleyrand. Silano me asegura que no sabe nada acerca de Talma, y en cualquier caso no tiene ningún motivo. ¿O sí que lo tiene?

—Dijo que quería el medallón.

—Que vos dijisteis haber perdido. En una nación de un millón de nativos descontentos, ¿por qué sólo sospecháis de las personas que están de nuestra parte?

—Pero ¿están de nuestra parte?

—¡Están de mi parte! ¡Cómo lo estaréis vos, en cuanto empecéis a resolver los misterios para los que os hemos traído aquí! ¡Primero perdéis el calendario y vuestro medallón, y ahora hacéis acusaciones contra nuestros colegas! ¡Talma murió! ¡Los hombres mueren en la guerra!

—Pero sus cabezas no son entregadas metidas en una vasija.

—He visto entregar partes del cuerpo mucho peores que una cabeza. Escuchad. Vos presenciasteis la derrota de nuestra flota. Nuestro éxito peligra. Hemos quedado aislados de Francia. Los rebeldes mamelucos han empezado a agruparse en el sur. La población todavía no se ha resignado a su nueva situación. Los insurgentes cometen atrocidades precisamente para sembrar la clase de terror y confusión que ahora veo en

vos. ¡Manteneos firme, Gage! Se os trajo para resolver misterios, no para crearlos.

—General, hago lo que puedo, pero está claro que la cabeza de Talma era un mensaje...

—Un mensaje de que el tiempo es vital. No puedo permitirme mostrar simpatía, porque la simpatía es una debilidad, y cualquier debilidad por mi parte invita a nuestra destrucción. Gage, he tolerado la presencia de un americano porque se me dijo que podríais sernos de utilidad para investigar a los antiguos egipcios. ¿Podéis verle algún sentido a las pirámides, sí o no?

—Lo estoy intentando, general.

—Conseguidlo. Porque en cuanto dejéis de serme útil, puedo hacer que os metan en un calabozo. —Miró más allá de mí, una vez hecha la admonición—. Ah. Son grandes, ¿verdad?

El mismo sobrecogimiento que yo había sentido en mi primera visita fue experimentado por otros cuando divisaron la Esfinge y las pirámides que se alzaban tras ella. La cháchara habitual cesó súbitamente cuando nos apiñamos en la arena como hormigas, la profundidad del tiempo súbitamente palpable. Las sombras que proyectaban sobre la arena parecían estar tan presentes como las mismas pirámides. Lo que yo experimentaba ahora no era la presencia de los fantasmas de los trabajadores y los faraones muertos hacía tantos siglos, sino más bien el sereno espíritu de las mismas estructuras.

Napoleón, sin embargo, escrutó los monumentos como un maestro de obras.

—Tan simples como si las hubiera construido un niño; pero no cabe duda de que tienen tamaño. ¡Fijaos en todo ese volumen de piedra, Monge! Construir la grande de aquí tuvo que ser como reunir un ejército. ¿Cuáles son las dimensiones, Jomard?

—Necesitamos encontrar la base y las esquinas, y aún no hemos terminado de cavar —respondió el oficial—. Cada lado de la Gran Pirámide mide por lo menos doscientos veinticinco metros y tiene más de ciento treinta y cinco metros de altura. La base cubre cinco hectáreas, y aunque las piedras usadas en la construcción son enormes, calculo que hay al menos dos millones y medio de ellas. El volumen es lo bastante grande para contener holgadamente cualquiera de las catedrales de Europa. Es la estructura más grande del mundo.

—Tanta piedra —murmuró Napoleón. Preguntó cuáles eran las dimensiones de las otras dos pirámides y se puso a hacer sus propios cálculos con uno de los lápices de Conté. Jugaba con las matemáticas como otros hombres habrían podido hacer garabatos—. ¿De dónde creéis que sacaron la piedra, Dolomieu? —preguntó mientras trabajaba.

—De algún lugar cercano —contestó el geólogo—. Esos bloques son de caliza, la piedra que forma el lecho rocoso de la meseta. Por eso parecen estar erosionados. La piedra caliza no es muy dura, y el agua la desgasta fácilmente. De hecho, las formaciones de piedra caliza suelen estar perforadas por cuevas. Aquí podríamos esperar cavernas, pero he de presuponer que esta meseta es sólida, dada la aridez.

Cuentan que dentro de la pirámide también hay granito, y tuvieron que traerlo de algún lugar situado a muchos kilómetros de aquí. Sospecho que la piedra caliza del exterior también vino de otra cantera en la que había roca de mayor calidad.

Napoleón nos mostró sus cálculos.

—Mirad, es absurdo. Con la piedra que hay en estas pirámides podrías construir un muro de dos metros de alto y un metro de grueso alrededor de toda Francia.

—Espero que no querréis que hagamos tal cosa, general —bromeó Monge—. Serían millones de toneladas que llevar a casa.

—Desde luego —rio Bonaparte—. ¡Al fin he encontrado un gobernante que eclipsa mis propias ambiciones! ¡Khufu, comparado contigo soy un enano! Pero ¿por qué no se conformó con abrir un túnel en la montaña? ¿Es verdad que los ladrones de tumbas árabes no encontraron ningún cuerpo dentro?

—No hay ningún indicio de que nadie llegara a ser enterrado dentro de la pirámide —dijo Jomard—. El pasaje principal estaba bloqueado por enormes tapones de granito que parecen haber custodiado... nada.

—Así que nos hallamos ante otro misterio.

—Quizá. O quizá fueron construidas con vistas a otros propósitos, que es mi teoría. Por ejemplo, la ubicación de la pirámide, tan próxima al decimotercer paralelo, da que pensar. Eso es casi exactamente una tercera parte de la distancia que separa el ecuador del Polo Norte. Como le estaba explicando aquí al amigo Gage, los antiguos insinúan que los egipcios podrían haber entendido la naturaleza y las dimensiones del planeta.

—En ese caso, le llevan ventaja a la mitad de los oficiales de mi ejército —dijo Bonaparte.

—Igualmente impresionante es el hecho de que la Gran Pirámide y sus compañeras estén orientadas hacia las direcciones cardinales norte, sur, este y oeste con una precisión bastante superior a la que obtienen habitualmente los topógrafos modernos. Si trazas una línea desde el centro de la pirámide hasta el Mediterráneo, atraviesa el delta del Nilo exactamente por la mitad. Si trazas líneas diagonales desde la esquina de una pirámide hasta la que se alza ante ella y las prolongas, una en dirección noreste y la otra en dirección noroeste, forman un triángulo que circunda el delta. El que las pirámides fueran construidas precisamente aquí no obedeció a ningún accidente, general.

—Interesante. Una ubicación simbólica para unir el Bajo y el Alto Egipto, quizá. ¿Se os ha ocurrido pensar que la pirámide podría ser una declaración política?

Jomard encontró muy alentadora aquella atención a sus teorías, de las que se habían burlado otros oficiales.

—También es interesante considerar el apotema de las pirámides —dijo con entusiasmo.

—¿Qué es un apotema? —pregunté yo.

—Si trazas una línea hacia abajo que pase por el centro de una de las caras de la

pirámide —explicó el matemático Monge—, desde la punta hasta la base, de modo que dividas su triángulo en dos, esa línea es el apotema.

—Ah.

—El apotema —prosiguió Jomard— parece medir exactamente ciento ochenta metros, o la longitud del estadio griego. El estadio era una medida de uso muy extendido que encontramos en todo el mundo antiguo. ¿Podría la pirámide ser un patrón de medida, o haber sido construida de acuerdo con un patrón de medida muy anterior al de los griegos?

—Posiblemente —dijo Bonaparte—. Pero usar esto como un palo de medir parece una excusa aún más absurda que una tumba para semejante monumento.

—Como sabéis, general, hay sesenta minutos en cada grado de una latitud o una longitud. Da la casualidad de que ese apotema también es una décima parte de un minuto de un grado. ¿Mera coincidencia? Y lo que es aún más extraño, el perímetro de la base de la pirámide es igual a medio minuto, y dos recorridos de la base a un minuto entero. Además, el perímetro de la base de la pirámide parece ser igual a la circunferencia de un círculo cuyo radio es la altura de la pirámide. Es como si los egipcios hubieran calculado las medidas de la pirámide para que contuvieran las dimensiones de nuestro planeta.

—Pero dividir la esfera terrestre en trescientos sesenta grados es una convención moderna, ¿no?

—Al contrario, ese número se originó en Babilonia y Egipto. Los antiguos eligieron trescientos sesenta porque significa los días del año.

—Pero el año tiene trescientos sesenta y cinco días —objeté yo—. Y un cuarto.

—Los egipcios añadieron cinco días sagrados cuando repararon en ello —dijo Jomard—, al igual que nosotros los revolucionarios hemos añadido festividades a nuestras treinta y seis semanas de diez días. Mi teoría es que los que construyeron esta estructura conocían la forma y las dimensiones de nuestro planeta e incorporaron esas dimensiones a la estructura para que no se perdieran, en caso de que el futuro trajese consigo un declive en el conocimiento humano. Preveían, quizá, las Edades Oscuras.

Napoleón parecía impaciente.

—Pero ¿por qué?

Jomard se encogió de hombros.

—Quizá para reeducar a la humanidad. Quizá simplemente para demostrar que lo sabían. Nosotros construimos monumentos en honor a Dios y la victoria militar. Puede que ellos construyeran monumentos en honor a las matemáticas y la ciencia.

A mí me parecía improbable que la gente de hacía tanto tiempo pudiera saber tanto y, sin embargo, había algo fundamentalmente correcto en la pirámide, como si sus constructores hubieran intentado transmitir verdades eternas. Franklin había mencionado una cualidad similar en las dimensiones de los templos griegos, y me acordé de que Jomard lo había relacionado todo con esa extraña secuencia de

números de Fibonacci. Volví a preguntarme si aquellos juegos aritméticos tendrían algo que ver con el secreto de mi medallón. Las matemáticas hacían que se me nublara la mente.

Bonaparte se volvió hacia mí.

—¿Y qué opina nuestro amigo americano? ¿Cuál es la perspectiva desde el Nuevo Mundo?

—Los americanos creen que las cosas deberían hacerse con un propósito —dije, intentando sonar más sabio de lo que era— somos prácticos, como dijisteis. ¿Cuál es el uso práctico de este monumento? Puede que Jomard esté en lo cierto cuando dice que todo esto apunta a que la pirámide es algo más que una tumba.

Napoleón no se dejó engañar por mis divagaciones.

—Bueno, la pirámide tiene una punta, de eso no cabe duda. —Reímos obedientemente—. Venid. Quiero echar una mirada dentro.

Mientras la mayoría de los integrantes de nuestra excursión se conformaban con una merienda al aire libre, un puñado de nosotros entramos por el oscuro agujero en la cara norte de la pirámide. Un portal de caliza marcaba el emplazamiento de la entrada original construida por los antiguos egipcios. Dicha entrada, nos explicó Jomard, sólo quedó revelada cuando los musulmanes se llevaron el recubrimiento de la pirámide para construir El Cairo; en tiempos antiguos estaba disfrazada por una puerta de piedra astutamente montada sobre bisagras. Nadie había sabido exactamente dónde se hallaba. Así que antes de que quedara revelada, los árabes medievales intentaron saquear la pirámide abriendo su propia entrada. En el año 820, el califa Abdulah al-Mamun, sabedor de que los historiadores mencionaban la existencia de una entrada en el lado norte, hizo que un grupo de ingenieros y canteros abrieran su propio túnel al interior de la pirámide con la esperanza de encontrar los pozos y corredores de la estructura. El azar quiso que empezaran por debajo de la puerta anterior. Fue esta excavación la que utilizamos para entrar.

Aunque sus conjeturas sobre la ubicación de la entrada estaban equivocadas, los árabes que excavaban el túnel no tardaron en dar con un estrecho pozo en el interior de la pirámide que había sido construido por los egipcios. De unos ochenta centímetros de altura, este pozo descendía desde la entrada original siguiendo un ángulo que Jomard había calculado tendría veintitrés grados. Los árabes se arrastraron hacia arriba, y encontraron la entrada original y un segundo pozo que ascendía dentro de la pirámide en la misma ladera por la que descendía el primero. La existencia de ese pozo ascendente nunca había sido mencionada en las antiguas crónicas, y se hallaba bloqueado por tapones de un granito demasiado duro para que los cinceles pudieran abrirse paso a través de ellos. Convencido de que había encontrado un camino secreto al tesoro, el califa ordenó a sus hombres que abrieran un túnel alrededor de los tapones a través de los bloques de piedra caliza más blanda

que los circundaban. El trabajo fue duro, asfixiante y ruidoso. El primer tapón de granito era sucedido por otro, y luego por un tercero. Tras considerables esfuerzos llegaron al pozo ascendente, pero descubrieron que ahora estaba obstruido por masas de piedra caliza. Resueltos a no darse por vencidos, excavaron incluso a través de eso. Finalmente, consiguieron pasar y encontraron...

—Nada —dijo Jomard—. Y sin embargo algo, que hoy mismo veréis.

Bajo la dirección del geógrafo, llevamos a cabo un reconocimiento de aquella confusión arquitectónica de entradas y pasillos que se cruzaban, y luego fuimos encorvados hasta llegar al pozo descendente que habían descubierto los árabes. La negrura al final de aquel pozo era total.

—¿Por qué una pendiente y no escalones? —preguntó Napoleón.

—Para hacer resbalar cosas por ella, tal vez —dijo Jomard—. O puede que esto no sea ninguna entrada sino que cumpla alguna otra función, como una cañería, o un telescopio apuntado hacia determinada estrella.

—El mayor monumento del mundo —dijo Bonaparte—, y no tiene ningún sentido. Aquí hay algo que se nos escapa.

Con la ayuda de antorchas llevadas por guías locales descendimos cautelosamente un centenar de metros, desplazándonos de lado para encontrar asideros. Los bloques tallados dieron paso a un pozo de lisas paredes que atravesaba el lecho rocoso de piedra caliza, y entonces el pozo terminó en una estancia a modo de caverna con un pequeño conducto y un suelo desigual. Parecía inacabada.

—Como podéis ver, este conducto no parece llevar a ninguna parte —dijo Jomard—. No hemos encontrado nada de interés.

—¿Entonces qué hacemos aquí? —preguntó Bonaparte.

—La falta de un propósito obvio da que pensar, ¿no os parece? ¿Por qué excavaron aquí? Y esperad, que la cosa no acaba aquí. Volvamos arriba.

Así lo hicimos, sudorosos y jadeantes. El polvo y el guano de los murciélagos nos mancharon la ropa. El aire dentro de la pirámide era caliente, húmedo y con olor a cerrado.

De nuevo en la unión de túneles y pozos, ascendimos por encima de nuestro punto de entrada original y entramos en el pozo ascendente tan laboriosamente excavado por los hombres de al-Mamun. Este subía en el mismo ángulo por el que descendía el pozo inicial y, una vez más, el techo era demasiado bajo para que uno pudiera ir erguido. No había escalones y la subida fue bastante penosa. Tras haber recorrido sesenta metros, emergimos acalorados y jadeantes en otro cruce de conductos. Ante nosotros, sin ninguna inclinación, había un pequeño pasadizo que desembocaba en una gran estancia de paredes desnudas y techo abovedado a la que los árabes habían puesto por nombre la Cámara de la Reina, pese a que nuestros guías nos dijeron que nada indicaba que ninguna reina hubiera sido enterrada allí. Nos arrastramos hasta ella y nos incorporamos. En uno de los extremos había una alcoba, posiblemente para una estatua o un ataúd puesto en posición vertical; pero estaba

vacía. La estancia era notable únicamente en su desnudez. Sus bloques de granito eran completamente lisos, cada uno pesaba buenas toneladas, y las juntas eran tan perfectas que no se podía deslizar ni un trozo de papel entre ellas.

—El techo abovedado quizá desvíe una parte del peso de la pirámide hacia las paredes de la cámara —dijo Jomard.

Napoleón, impaciente ante todas las sucias indignidades que estábamos soportando, nos ordenó en un tono muy seco que volviéramos al cruce donde el pozo proseguía su ascenso. Quería ver la Cámara del Rey que había encima.

El pasadizo hecho para enanos en el que había que arrastrarte se convirtió en uno para gigantes. El pozo ascendente se ensanchaba y subía para formar una galería inclinada que terminaba en un techo acanalado situado a casi diez metros por encima de nuestras cabezas. Nuevamente no había escalones; era como trepar por un tobogán. Afortunadamente, los guías habían atado una cuerda. Una vez más, la construcción era tan perfecta como simple. La altura de aquella sección parecía tan inexplicable como el pasadizo de antes hecho para enanos.

No pude evitar preguntarme si aquella estructura realmente había sido construida por seres humanos.

Un guía árabe alzó su antorcha y señaló el techo. Pude ver en él unas cuantas masas oscuras que interferían en la perfecta simetría del lugar, pero no se me ocurrió qué podían ser.

—Murciélagos —susurró Jomard.

Las alas temblaron y susurraron en las sombras.

—Démonos prisa —ordenó Napoleón—. Tengo calor y estoy medio asfixiado. — El humo de la antorcha apestaba.

La galería medía cuarenta y siete metros de largo, anunció Jomard después de haber desenrollado una cinta de medir; y, una vez más, no tenía ningún propósito obvio. Entonces terminó la ascensión y tuvimos que agacharnos para volver a avanzar horizontalmente. Finalmente entramos en la estancia más grande de la pirámide, construida al final, del primer tercio de la subida por la masa de la estructura.

La Cámara del Rey era un rectángulo carente de rasgos construido con enormes bloques de granito rojo, Una vez más, la simplicidad era extraña. El techo era plano y el suelo y las paredes carecían de adornos. No había ningún libro sagrado o dios con cabeza de pájaro. El único objeto era un sarcófago de granito negro sin tapa puesto de pie al fondo de todo, tan vacío como la misma cámara. Con sus dos metros de alto, casi un metro de ancho y ochenta centímetros de grueso, era demasiado grande para que pudiera haber cabido por la estrecha entrada por la que acabábamos de arrastrarnos, y tenían que haberlo puesto allí mientras se construía la pirámide. Pero Napoleón pareció intrigado por primera vez, y se dirigió hacia el féretro de roca para examinarlo atentamente.

—¿Cómo pudieron arreglárselas para ahuecar esto? —preguntó.

—Las dimensiones de la cámara también son interesantes, general —dijo Jomard

—. Mide diez metros de longitud por cinco metros de anchura. El suelo de la cámara representa un doble cuadrado.

—Vaya por Dios —dije yo, en un tono más burlón de lo que había pretendido.

—Jomard quiere decir que su longitud es el doble de su anchura —explicó Monge

—. Pitágoras y los griegos estaban muy interesados en la armonía de esos rectángulos perfectos.

—La altura de la cámara es la mitad de la longitud de la diagonal de la estancia —añadió Jomard—, o cinco metros con setenta centímetros. Gage, echadme una mano aquí y os mostraré algo más. Sostened este extremo de la cinta en esa esquina.

Así lo hice, Jomard extendió su cinta en diagonal desde la pared de enfrente, exactamente hasta la mitad de su longitud. Entonces, mientras yo sostenía el otro extremo de la cinta en mi esquina, Jomard atravesó la cámara con el suyo hasta que lo que había sido una diagonal quedó extendido a lo largo de la pared que yo ocupaba.

—*Voilà!* —exclamó Jomard, y los ecos de su voz resonaron por toda la sala de piedra.

Una vez más no mostré la emoción que se esperaba de mí.

—¿No lo reconocéis? ¡Es aquello de lo que hablamos en la cima de la pirámide! ¡El número áureo, o significado áureo!

Ahora lo vi. Si dividías esta sala rectangular en dos cuadrados, medías la diagonal de uno de esos cuadrados y ponías esa línea encima del lado largo de la cámara, el coeficiente entre esa longitud y lo que quedaba era el supuestamente mágico 1,618.

—Estáis diciendo que esta sala incorpora números de Fibonacci del mismo modo que lo hace la pirámide propiamente dicha —dije, en un tono que esperaba sonase lo más tranquilo posible.

Monge enarcó las cejas.

—¿Números de Fibonacci? Gage, nunca se me hubiese ocurrido imaginar que entendíais tanto de matemáticas.

—Oh, he acumulado unos cuantos datos aquí y allá.

—¿Y cuál es el uso práctico de esas dimensiones? —preguntó Napoleón.

—Representan la naturaleza —aventuré yo.

—Y contienen las unidades básicas de medida del reino egipcio —dijo Jomard—. En su longitud y proporciones, creo que la cámara establece un sistema de cubitos, del mismo modo en que nosotros podríamos diseñar el sistema métrico dentro de las proporciones de un museo.

—Interesante —dijo el general—. Aun así, construir algo tan enorme... Es un acertijo. O una lente, quizá, como una lente para enfocar la luz.

—Esa es la impresión que tengo yo —dijo Jomard—. Cualquier idea que tengas, cualquier plegaria que hagas, parece ser amplificada por las dimensiones de esta pirámide. Escuchad esto. —Inició un suave tarareo, que luego convirtió en un vigoroso cántico. El sonido creó extraños ecos que parecieron vibrar a través de nuestros cuerpos. Era como tocar una nota musical que luego quedaba suspendida en

el aire.

Nuestro general sacudió la cabeza.

—Salvo que esto enfoca... ¿qué? ¿Electricidad? —Se volvió hacia mí.

Si le hubiera respondido que sí con expresión majestuosa, probablemente me habría dado una recompensa. En lugar de eso, me quedé callado y lo miré con cara de idiota.

—El cofre de granito también es interesante —dijo Jomard, para llenar el incómodo silencio—. Su volumen interior es exactamente la mitad de su volumen exterior. Si bien parece haber sido hecho para acoger a un hombre o un féretro, sospecho que esas dimensiones tan precisas no son debidas a la casualidad.

—Cajas dentro de cajas —dijo Monge—. Primero esta cámara, luego el exterior de este sarcófago, luego el interior... ¿para qué? Tenemos un sinfín de teorías, pero ninguna respuesta que me parezca concluyente.

Miré hacia arriba. Sentía como si millones de toneladas pesaran sobre nosotros, amenazando con poner fin a nuestra existencia en cualquier instante. ¡Por una fracción de segundo tuve la ilusión de que el techo empezaba a descender! Pero no, parpadeé y la cámara estaba igual que antes.

—Dejadme —ordenó Bonaparte súbitamente.

—¿Qué?

—Jomard tiene razón. Siento poder aquí. ¿No lo sentís?

—Siento la pirámide opresiva y viva al mismo tiempo —ofrecí—. Como una tumba y, sin embargo, te sientes ligero, insustancial.

—Quiero estar a solas un rato aquí —nos dijo el general—. Quiero ver si puedo sentir el espíritu de este faraón muerto. Quizá su cuerpo se haya ido, pero su alma permanece. Quizá Silano y su magia son reales. Quizá pueda sentir la electricidad de Gage. Dejadme en la oscuridad con una antorcha apagada. Bajaré cuando esté listo.

Monge parecía preocupado.

—Quizá si uno de nosotros se quedara montando guardia...

—No. —Napoleón se encaramó al borde del sarcófago negro y se acostó en él, con la mirada fija en el techo. Nosotros lo miramos y él sonrió levemente—. Es más cómodo de lo que pensáis. La piedra no está ni demasiado fría ni demasiado caliente. Tampoco soy demasiado alto, ¿estáis sorprendidos? —Sonrió ante su pequeño chiste—. Y tampoco pienso quedarme aquí eternamente.

Jomard estaba nervioso.

—Ha habido casos de pánico...

—Nunca pongáis en duda mi coraje.

Jomard le hizo una reverencia.

—Al contrario, os saludo, mi general.

Así que nos retiramos obedientemente, y una antorcha tras otra desapareció a través de la baja entrada hasta que nuestro comandante se quedó solo en la oscuridad. Bajamos hasta la Gran Galería, siempre agarrados a la cuerda que nos servía de guía.

Un murciélago echó a volar y descendió hacia nosotros con un ruidoso aleteo; pero un árabe agitó una antorcha y la criatura ciega se apartó del calor, aleteó hacia arriba y volvió a quedarse inmóvil en el techo. Cuando llegamos al pozo más pequeño que descendía hasta la entrada de la pirámide, yo estaba empapado de sudor.

—Lo esperaré aquí —dijo Jomard—. Los demás id fuera.

No me hice de rogar. El día parecía iluminado con un millar de soles cuando salimos de la pirámide a la pendiente exterior cubierta de arena y escombros, entre nubes de polvo que brotaban de nuestras ahora muy sucias ropas. Sentía reseca la garganta y me dolía la cabeza. Encontramos un poco de sombra en el lado este de la estructura y nos sentamos a esperar mientras bebíamos sorbos de agua. Los miembros de la excursión que se habían quedado fuera estaban dispersos por las ruinas. Algunos hacían un circuito alrededor de las otras dos pirámides. Algunos habían levantado pequeños toldos y almorzaban bajo ellos. Unos cuantos habían escalado la estructura por encima de donde estábamos sentados, y otros competían para ver quién arrojaba una piedra más lejos.

Me enjugué la frente, agudamente consciente de que no me hallaba más cerca que antes de resolver el misterio del medallón.

—¿Toda esta mole de piedra para tres pequeñas estancias?

—No tiene sentido, ¿verdad? —dijo Monge.

—Siento como si hubiera algo obvio que no vemos.

—Pues yo tengo la impresión de que vamos a ver números, como dijo Jomard. Puede que la pirámide sea un acertijo pensado para mantener ocupada a la humanidad durante siglos. —El matemático sacó papel y empezó a hacer sus propios cálculos.

Bonaparte estuvo ausente una hora entera. Finalmente hubo un grito y nos apresuramos a ir a su encuentro. Al igual que nosotros, el general emergió lleno de polvo y parpadeó bajo el sol como si no pudiera ver antes de descender por los escombros hasta la arena de abajo. Pero cuando corrimos hacia él vimos que también estaba muy pálido, y tenía la mirada extraviada de un hombre que acaba de despertar de un sueño muy vivido.

—¿Qué os ha entretenido tanto rato? —preguntó Monge.

—¿He tardado mucho?

—Al menos una hora.

—¿De veras? El tiempo se desvaneció.

—¿Y?

—Me crucé de brazos dentro del sarcófago, como esas momias que hemos visto.

—*Mon Dieu*, general.

—Oí y vi... —Sacudió la cabeza como para despejársela—. ¿O no? —Se bamboleó.

El matemático lo agarró del brazo para sostenerlo.

—¿Oísteis y visteis qué?

Bonaparte parpadeó.

—Tuve una imagen de mi vida, o creo que era mi vida. Ni siquiera estoy seguro de si era el futuro o el pasado. —Miró a su alrededor, no sé si a modo de evasiva o para hacernos padecer un poco antes de hablar.

—¿Qué clase de imagen?

—Yo... era muy extraña. Me parece que no voy a hablar de esto. No voy a... —Entonces sus ojos se posaron en mí—: ¿Dónde está el medallón? —preguntó abruptamente.

Me cogió por sorpresa.

—Lo perdí, ¿recordáis?

—No. Os equivocáis. —Sus ojos grises parecían taladrarme con la mirada.

—Se hundió con el *Orient*, general.

—No. —Lo dijo con tal convicción que nos miramos sin saber qué decir.

—¿Queréis un poco de agua? —preguntó Monge, preocupado.

Napoleón volvió a sacudir la cabeza como si quisiera despejársela.

—No volveré a entrar ahí.

—Pero, general, ¿qué fue lo que visteis? —insistió el matemático.

—No volveremos a hablar de esto.

Todos nos sentíamos incómodos. Ahora que lo había visto aturdido, comprendí hasta qué punto dependía la expedición de la precisión y la energía de Bonaparte. El corso era imperfecto como hombre y como líder; pero tenía una presencia tan imperiosa, tan dominante en propósito e intelecto, que todos nos habíamos inclinado inconscientemente ante él. Nuestro comandante era la chispa de la expedición y su brújula. Sin él, nada de todo aquello estaría ocurriendo.

La pirámide parecía contemplarnos burlonamente desde lo alto, la cumbre perfecta.

—Necesito descansar —dijo Napoleón—. Vino, no agua. —Chasqueó los dedos y un edecán corrió a traerle una botella. Luego se volvió hacia mí—. ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

¿Habría perdido el juicio?

—¿Qué? —La confusión de Bonaparte me había dejado confuso.

—Vinisteis con un medallón y una promesa de encontrarle sentido a todo esto. Aseguráis haber perdido el medallón y no habéis cumplido vuestra promesa. Sentí algo ahí dentro, y quiero saber qué es. ¿Es electricidad?

—Posiblemente, general; pero no dispongo de instrumentos que me permitan decirlo con certeza. Estoy tan perplejo como todos.

—¡Y a mí me tenéis perplejo vos, un sospechoso de asesinato y un americano, que forma parte de nuestra expedición y parece no servir de nada y sin embargo está en todas partes! Empiezo a desconfiar, Gage, y os aseguro que no es nada cómodo ser un hombre en el que no confío.

—¡General Bonaparte, he hecho cuanto he podido por ganarme vuestra confianza, en el campo de batalla y aquí! Ponerse a hacer conjeturas sin fundamento no sirve de nada. Dadme tiempo para trabajar en esas teorías. Las ideas de Jomard son interesantes, pero no he tenido tiempo de evaluarlas.

—Entonces quedaos sentado aquí en la arena hasta que lo hayáis hecho. —Cogió la botella de vino y bebió.

—¿Qué? ¡No! ¡Tengo estudios que llevar a cabo en El Cairo!

—No volveréis a poner los pies en El Cairo hasta que podáis regresar y decirme algo útil acerca de esta pirámide. No viejas historias, sino para qué es y cómo se la puede controlar. Hay poder aquí, y quiero saber cómo acceder a él.

—¡Yo también! Pero ¿cómo voy a hacerlo?

—Se supone que sois un sabio, ¿verdad? Descubridlo. Usad ese medallón que fingís haber perdido. —Luego se fue.

Nuestro pequeño grupo lo vio marchar con estupefacción.

—¿Qué diablos le ha ocurrido ahí dentro? —dijo Jomard.

—Me parece que ha tenido alucinaciones en la oscuridad —dijo Monge—. Sabe Dios que yo no me quedaría solo ahí dentro. Nuestro curso tiene redaños.

—¿Por qué me ha tratado como si yo tuviera la culpa de todo? —El antagonismo de Bonaparte me había dejado muy afectado.

—Porque estuvisteis en Abukir —dijo el matemático—. Creo que la derrota lo reconcome por dentro mucho más de lo que está dispuesto a admitir. Nuestro futuro estratégico no es nada bueno.

—¿Y ahora he de acampar aquí sin apartar la mirada de esta estructura hasta que se haya calmado?

—Dentro de un par de días se habrá olvidado de vos.

—No hasta que su curiosidad haya sido satisfecha —nos dijo Jomard—. Necesito volver a leer las fuentes antiguas. Cuanto más sé sobre esta estructura, más fascinante me parece.

—Y más carente de sentido —gruñí yo.

—¿Estáis seguro, Gage? —dijo Monge—. Aquí hay demasiada precisión para algo carente de sentido, pienso yo. No sólo demasiado trabajo, sino demasiada reflexión. Al hacer más cálculos hace unos momentos, se me ha ocurrido otra correlación. Esta pirámide es un auténtico juguete matemático.

—¿Qué queréis decir?

—Necesitaré cotejar mis hipótesis con las cifras de Jomard, pero si extrapolamos la ladera de la pirámide hasta su cima original, cuando era un poco más alta de lo que es actualmente, y comparamos su altura con la longitud de dos de los lados, creo que llegamos a uno de los números fundamentales de las matemáticas: pi.

—¿Pi?

—La razón del diámetro de un círculo a su circunferencia, Gage, es considerada por muchas culturas como sagrada. Equivale aproximadamente a veintidós partes

divididas por siete, o 3,1415. El número nunca ha llegado a ser computado por completo, pero cada cultura ha intentado aproximarse lo máximo posible. Los antiguos egipcios lo calcularon en 3,160. La razón de la altura de la pirámide a dos de sus lados parece aproximarse mucho a ese número.

—¿La pirámide representa pi?

—Fue construida, quizá, para que se ajustara al valor egipcio de ese número.

—Pero, una vez más, ¿por qué?

—Una vez más nos topamos con antiguos misterios. ¿Verdad que es interesante que vuestro medallón incluya un diámetro dentro de un círculo? Lástima que lo perdierais. ¿O no lo perdisteis?

¿Interesante? Era una revelación. Durante semanas yo había viajado a ciegas. De pronto sentí como si por fin supiera con toda certeza hacia dónde apuntaba el medallón: la pirámide que tenía detrás.



e quedé de mala gana tal como se me había ordenado para ayudar a Jomard y Monge a hacer más mediciones de las pirámides, compartiendo la tienda que habían sujetado con estacas a corta distancia de la Esfinge. Después de haber prometido un rápido regreso, me inquietaba estar tan lejos de Astiza y del medallón, sobre todo con Silano en El Cairo. Pero si hacía caso omiso de la muy pública orden de Napoleón me arriesgaba a que me arrestaran. Además, sentía que empezaba a aproximarme al secreto. El medallón tal vez fuese un mapa que guiaba a otro pasaje dentro del gran montón de piedra. Luego estaba el 21 de octubre, una fecha del antiguo calendario perdido que yo había deducido tanto que podía tener alguna precisión o significado como carecer completamente de ellos, y aún faltaban dos meses para que llegara esa fecha. Yo no sabía cómo encajaban entre sí todas aquellas piezas, pero los sabios quizá pudieran dar con alguna otra clave. Así que envié un mensaje a la casa de Enoc, explicándole el aprieto en que me hallaba y pidiéndole que notificase mi retraso al harén de Yusuf. Al menos sabía qué era lo que debería estar buscando, añadí. El único problema era que no acababa de entenderlo.

Mi exilio temporal de la ciudad no fue del todo negativo. La casa de Enoc era opresiva y El Cairo, ruidoso; mientras que el silencio vacío del desierto era un alivio. Una compañía de soldados vivaqueaba en la arena para protegernos de los merodeadores beduinos y mamelucos, y me dije que en realidad quedarme allí un par de noches quizá sería lo más seguro para Astiza y Enoc, ya que mi ausencia desviaría la atención de ellos dos. Esperaba que Silano hubiese aceptado mi historia de que el medallón estaba en el fondo de la bahía de Abukir. No había olvidado al pobre Talma, pero la prueba de la identidad de su asesino y la venganza tendrían que esperar. En resumidas cuentas, lo que hice fue fingir, como tienden a hacer los humanos, que no hay mal que por bien no venga.

Como he dicho, hay tres grandes pirámides en Gizeh, y las tres tienen pequeños pasajes y cámaras que están vacías. La pirámide de Kefrén aún tiene la punta cubierta por la clase de revestimiento de piedra caliza que antaño proporcionaba una superficie de blancura impecablemente pulida a las tres estructuras. ¡Cómo tenían que haber brillado entonces, igual que prismas de sal! Usando instrumentos de topografía, habíamos calculado que la Gran Pirámide, cuando terminaba en una punta precisa, había tenido una altura de 144 metros, con lo que superaba en más de treinta metros al pináculo de la catedral de Amiens, la más alta de Francia. Los egipcios sólo utilizaron 203 hileras de mampostería para alcanzar esa prodigiosa altitud. Medimos la pendiente de su lado en cincuenta y un grados, precisamente lo que necesitaba para hacer que la altura y la mitad de su circunferencia igualaran tanto pi como la secuencia de Fibonacci a la que había recurrido Jomard.

Pese a esta inexplicable coincidencia, el propósito de las pirámides seguía eludiéndome. Como obras de arte, eran sublimes. En lo tocante a utilidad, parecían carecer de sentido. Allí había unos edificios tan lisos cuando fueron construidos que nadie podía permanecer de pie en ellos, llenos de corredores muy difíciles de recorrer para los humanos y conducentes a cámaras que nunca parecían haber sido ocupadas, y donde habían sido codificadas unas matemáticas que sólo un especialista en la materia podía entender.

Monge decía que probablemente todo había tenido algo que ver con la religión.

—Dentro de cinco mil años, ¿entenderá la gente el motivo que se esconde tras Notre Dame?

—Procurad que ningún sacerdote os oiga decir esas cosas.

—Los sacerdotes se han quedado anticuados; la ciencia es la nueva religión. Para, los antiguos egipcios, la religión era su ciencia; y la magia, un intento de manipular lo incomprendible. Con el paso de los siglos, la humanidad ha progresado desde un pasado en el que cada tribu y cada nación tenía su propio grupo de dioses hasta un tiempo en el que muchas naciones adoran a un solo dios. Con todo, existen muchos credos, y cada uno llama herejes a los demás. Ahora tenemos ciencia, basada no en la fe, sino en la razón y el experimento, y centrada no en una nación, o papa, o rey, sino en la ley universal. Da igual si eres chino o alemán, o hablas árabe o español: la ciencia es la misma. Por eso triunfará, y por eso la Iglesia temió a Galileo instintivamente. Pero esa estructura que hay detrás de nosotros fue construida por un pueblo determinado con unas creencias determinadas, y puede que nunca descubramos su razonamiento porque se basaba en un misticismo religioso que no podemos abarcar. Ayudaría que algún día pudiéramos descifrar los jeroglíficos.

Yo no podía estar en desacuerdo con esa predicción —después de todo, era un hombre de Franklin—, y aun así no pude evitar preguntarme por qué la ciencia, si tan universal era, no había barrido ya todo lo demás. ¿Por qué la gente aún era religiosa? La ciencia era inteligente pero fría, explicatoria y, sin embargo, silenciosa en las grandes cuestiones. Respondía al cómo pero no al por qué, y eso hacía que no colmara los anhelos de las personas. Yo sospechaba que la gente del futuro entendería Notre Dame, del mismo modo que nosotros entendemos un templo romano. Y, quizás, adoraría y temería de una forma muy parecida. Los revolucionarios en su fervor racionalista pasaban por alto algo, pensé, y lo que pasaban por alto era el corazón, o el alma. ¿Tenía cabida la ciencia para eso, o para las esperanzas de que existiera otra vida? Sin embargo, no dije nada de aquello y me limité a responder:

—¿Qué puede ser más simple que eso, doctor Monge? ¿Y si la pirámide no es más que una tumba?

—He estado pensando en eso y presenta una paradoja fascinante, Gage. Supongamos que se suponía que la pirámide iba a ser, al menos principalmente, una tumba. En sus dimensiones es donde radica el problema, ¿no? Cuanto más elaboradamente construyes una pirámide para resguardar una momia, más llamas la

atención sobre el paradero de la momia. Tiene que haber sido un dilema para los faraones que buscaban preservar sus restos por siempre jamás.

—Yo he pensado en otro dilema aparte de ese —dije—. El faraón esperaba que así nadie perturbara su reposo en la eternidad. Pero el crimen perfecto es aquel en el que nadie llega a percatarse de que ha tenido lugar. Si quisieras robar la tumba de tu señor, ¿qué mejor manera de hacerlo que llevándote el tesoro justo antes de que la tumba sea sellada, porque una vez sellada, nadie podrá descubrir el robo? Si esto era una tumba, confiaba en la lealtad de los que tendrían que cerrarla. ¿En quién podía confiar el faraón?

—¡Otro caso de fe carente de pruebas! —rio Monge.

Mentalmente, repasé lo que sabía acerca del medallón. Un círculo bisectado: quizás un símbolo de pi. Un mapa de la constelación que contenía la antigua estrella polar en su mitad superior. Debajo, un símbolo del agua. Señales que formaban un delta como una pirámide. El agua tal vez fuese el Nilo, y las marcas representaban la Gran Pirámide, pero ¿por qué no grabar un simple triángulo? Enoc había dicho que el emblema parecía estar incompleto; ahora bien, ¿dónde encontrar el resto? ¿La vara de Min, en algún templo olvidado hacía siglos? Parecía un chiste. Intenté pensar como Franklin, pero yo no estaba a su altura. Él podía jugar con los rayos un día y fundar una nación al día siguiente. ¿Podían las pirámides haber atraído el rayo y convertirlo en energía? ¿Era la estructura de la pirámide alguna clase de botella de Leyden? Yo no había oído un trueno o visto caer una gota de lluvia desde que habíamos llegado a Egipto.

Monge fue a reunirse con Bonaparte para el bautizo oficial del nuevo Instituto de Egipto. Allí los sabios trabajaban en todo lo imaginable, desde maneras de fermentar el alcohol o cocer el pan (con tallos de girasol, dado que Egipto carecía de la leña apropiada) hasta catalogar la fauna de Egipto. Conté había establecido un taller para sustituir el equipo, como las imprentas, que se había perdido con la destrucción de la flota en Abukir. Era la clase de genio de la mecánica aplicada que podía fabricar cualquier cosa a partir de cualquier cosa. Jomard y yo dedicamos nuestro tiempo a los rosados y el oro del desierto, donde desenrollábamos laboriosamente las cintas de medir, apartábamos los escombros y medíamos ángulos con la ayuda de bastones de topógrafo. Pasamos allí tres días con sus noches, viendo girar las estrellas alrededor de las puntas de las pirámides y debatiendo para qué podían servir los monumentos.

A la mañana del cuarto día, aburrido con aquel trabajo tan minucioso y todas aquellas especulaciones que no conducían a nada, subí a un altozano desde el que se podía divisar El Cairo al otro lado del río. Allí fui testigo de un curioso espectáculo. Aparentemente, Conté había conseguido fabricar suficiente hidrógeno para hinchar un globo. La bolsa de seda reforzada parecía medir unos doce metros de diámetro, y su mitad superior estaba envuelta en una red de la que colgaban cuerdas extendidas hacia abajo para sostener una cesta de mimbre. El globo sujeto por su amarra flotaba a unos treinta metros del suelo, y ya había congregado a una pequeña multitud. Lo

estudié a través del catalejo de Jomard. Todos los espectadores parecían europeos.

Hasta el momento los árabes habían mostrado muy poco interés por la tecnología occidental. Parecían considerarnos como una mera intrusión temporal obra de astutos infieles, obsesionados por los trucos mecánicos e incapaces de prestar atención a sus almas. Yo había recabado la ayuda de Conté para construir un generador de fricción accionado mediante una manivela con vistas a almacenar una reserva de electricidad en lo que Franklin llamaba una batería, y fui invitado por los sabios para darles una pequeña sacudida a algunos de los mulás de El Cairo. Los egipcios se cogieron de la mano obedientemente, le administré una descarga al primer mulá con la ayuda de mi botella de Leyden, y todos saltaron a su vez cuando la corriente pasó a través de ellos, provocando gran consternación y muchas risas. Pero después de la sorpresa inicial, parecieron más divertidos que sobrecogidos. La electricidad era magia barata, apropiada únicamente para los juegos de salón.

Fue mientras miraba el globo cuando vi que una larga columna de soldados franceses salía por la puerta sur de El Cairo. Su regularidad creaba un marcado contraste con las turbas de comerciantes y camelleros que se apelotonaban alrededor de las entradas de la ciudad. Los soldados marchaban en una línea de azul y blanco, los estandartes regimentales fláccidamente inmóviles en el aire caliente. Una fila siguió a otra en una reluciente hilera que ondulaba como un ciempiés, hasta que pareció haber una división entera. Una parte de la fuerza iba a caballo, y más monturas tiraban de dos pequeñas piezas de artillería de campaña.

Llamé a Jomard y este se reunió conmigo.

—Es el general Desaix —dijo después de haber ajustado el catalejo—, que parte en busca del escurridizo Murad Bey. Sus tropas van a explorar y conquistar una parte de Egipto que pocos europeos han visto nunca.

—Así que la guerra no ha terminado.

Jomard rio.

—¡Acordaos de que hablamos de Bonaparte! La guerra nunca terminará para él. —Continuó estudiando la columna, con la nube de polvo que precedía a los soldados como para anunciar su llegada. No necesité esforzarme demasiado para imaginar los juramentos bien humorados que estarían saliendo de sus bocas llenas de polvo—. Me parece que también veo a vuestro viejo amigo.

—¿Mi viejo amigo?

—Mirad, comprobadlo vos mismo.

Cerca de la cabeza de la columna había un hombre con turbante y túnica acompañado por una guardia personal de media docena de beduinos. Uno de sus esbirros le sostenía un parasol encima de la cabeza. Pude ver el delgado estoque que oscilaba sobre su cadera y el magnífico corcel negro que había adquirido en El Cairo. Alguien más pequeño cabalgaba a su lado, su figura oculta por la túnica.

Un siervo personal, tal vez.

—Adiós, y no tengáis ninguna prisa en volver.

—Lo envidio —dijo Jomard—. ¡La de descubrimientos que harán!

¿Había renunciado Silano a su búsqueda del medallón? ¿O se dirigía al templo meridional de Enoc en busca de la pieza que le faltaba? Vi a Bin Sadr también. Cabalgaba al frente de la guardia personal beduina, meciéndose tranquilamente sobre la grupa de un camello con su vara en la mano.

¿Había logrado eludirlos? ¿O huían de mí?

Volví a mirar la pequeña figura envuelta en la túnica y sentí una súbita inquietud. ¿Había sido demasiado obediente, me había quedado demasiado tiempo en las pirámides? ¿Quién era aquella persona que cabalgaba al lado de Silano?

«Sabía de él», me había confirmado Astiza.

Y nunca había llegado a explicarme qué había querido decir exactamente con eso. Cerré el catalejo.

—He de volver a El Cairo.

—No podéis ir allí, según las órdenes de Napoleón. Antes necesitamos una hipótesis que se tenga en pie.

Pero yo temía que algo desastroso había sucedido en mi ausencia, y comprendí que al permanecer demasiado tiempo alejado de El Cairo no había hecho sino posponer inconscientemente la tarea de resolver el misterio del medallón y vengar a Talma. Mi negativa a actuar de inmediato podía haber sido fatal.

—Soy un sabio americano, no un soldado raso francés. Al diablo con sus órdenes.

—¡Podría haceros fusilar!

Pero yo corría ya ladera abajo, y pasaba junto a la Esfinge para encaminarme hacia El Cairo.

La ciudad parecía más ominosa a mi regreso. En el preciso instante en que la división de Desaix dejaba vacías de tropas francesas algunas casas, regresaban miles de habitantes que habían huido después de la Batalla de las Pirámides. El Cairo empezaba a emerger de la conmoción que había significado la invasión para volver a ser el centro de Egipto. Conforme la ciudad volvía a llenarse, los habitantes recuperaban su urbana seguridad en sí mismos. Se comportaban como si la ciudad aún les perteneciese a ellos, no a nosotros, y eran mucho más numerosos. Si bien los soldados franceses aún podían obligar a dispersarse a los viandantes cuando pasaban a la carrera montados en sus asnos o iban de patrulla, estos se mostraban mucho menos dispuestos a apartarse del camino de un extranjero solitario como yo. Mientras me apresuraba por las estrechas callejas, conocí por primera vez la experiencia de recibir codazos y empujones. Volví a rememorar las rarezas de la electricidad, ese extraño hormigueo en el aire después de los experimentos de salón que tan eróticos encontraban las mujeres. Ahora El Cairo parecía electrizado de tensión. La noticia de la derrota en la bahía de Abukir había llegado a oídos de todo el mundo, y los francos ya no parecían invencibles. Sí, no cabía duda de que pendíamos de una cuerda, y yo

podía ver cómo empezaba a deshilacharse.

Comparada con el ajeteo de las vías adyacentes, la calle en la que estaba la casa de Enoc parecía demasiado tranquila. ¿Dónde se había metido todo el mundo? La fachada de la casa estaba tal como la había dejado yo, su rostro tan indescifrable como el de los egipcios. Pero al acercarme, enseguida percibí que algo iba mal. La puerta no estaba encajada en su marco, y entreví el intenso color amarillo de la madera astillada. Miré a mi alrededor. Sentía que unos ojos me observaban, aunque no pude ver a nadie.

Cuando llamé a la puerta, esta cedió ligeramente bajo mis puños. «*Salaam*». Un zumbido de moscas respondió al eco de mi saludo. Empujé la puerta, como si luchara contra la resistencia de alguien que la sujetaba desde el otro lado, y finalmente esta cedió lo suficiente para permitir que me escurriera por el hueco. Fue entonces cuando vi la obstrucción. Mustafá, el gigantesco sirviente negro de Enoc, yacía muerto contra la puerta, la cara destrozada por un disparo de pistola. La casa tenía el olor asquerosamente dulce de la muerte reciente.

Volví la mirada hacia una ventana. Unos intrusos habían hecho añicos la celosía de madera que la ocultaba.

Recorrí la casa, habitación por habitación. ¿Dónde estaban los otros siervos? Había manchas y rastros de sangre por todas partes, como si varios cuerpos hubieran sido arrastrados por el suelo tras la carnicería de la batalla. Las mesas habían sido volcadas; los tapices, rasgados; los cojines, arrojados al suelo y abiertos a cuchilladas. Los invasores buscaban algo, y yo sabía qué era. Mi ausencia no había salvado a nadie. ¿Por qué no había insistido en que Enoc se escondiera, en vez de quedarse con sus libros? ¿Por qué había creído que mi ausencia y la del medallón lo protegerían? Finalmente llegué a la sala de las antigüedades, parte de su estatuaria rota y algunos de sus féretros tirados al suelo, y luego a las escaleras que conducían a la biblioteca con su olor a viejo. La puerta había sido forzada. Más allá había oscuridad, pero la biblioteca apestaba a fuego. Muy afectado, encontré una vela y bajé.

El sótano era un caos que olía a humo. Las estanterías habían sido derribadas. Libros y pergaminos estaban esparcidos por el suelo como pilas de hojas otoñales, sus contenidos medio quemados aún tenuemente iluminados por el brillo de las ascuas. En un primer momento pensé que la habitación también estaba desprovista de vida; pero entonces alguien gimió. Hubo un susurro de papel y una mano emergió de entre los restos con los dedos penosamente agarrotados, como la víctima de una avalancha que intenta salir de la nieve. Le agarré la mano, sólo para causar un aullido de dolor. Dejé caer los dedos hinchados y aparté pilas de papeles ennegrecidos. Allí estaba el pobre Enoc, desplomado sobre un montón de libros que aún echaban humo. Lleno de quemaduras, tenía las ropas medio consumidas por el fuego; y las llamas le habían abrasado el pecho y los brazos. Se había arrojado a una hoguera de literatura.

—Thoth —gemía—. Thoth.

—Enoc, ¿qué ha pasado?

No podía oírme en su delirio. Subí a la fuente del piso de arriba y usé una antigua escudilla para llevarle un poco de agua, aunque la sangre derramada la había teñido de rosa. Le eché un poco de agua en la cara y luego le di a beber un sorbo. Enoc se atragantó, y a continuación chupó como un bebé. Finalmente sus ojos se enfocaron.

—Intentaron quemarlo todo. —Su voz era un gemido quejumbroso.

—¿Quiénes?

—Conseguí desasirme para correr hacia el fuego y no se atrevieron a seguirme. —Tosió.

—Dios mío, Enoc, ¿te arrojaste a las llamas?

—Estos libros son mi vida.

—¿Fue el francés?

—Los árabes de Bin Sadr. No dejaban de preguntarme dónde estaba, sin decir a qué se referían. Fingí que no lo sabía. Querían a la mujer, y dije que se había ido contigo. No me creyeron. Si no hubiera corrido hacia el fuego, me habrían obligado a decir más. Espero que la servidumbre no haya hablado.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Los sirvientes fueron llevados a los almacenes. Oí gritos.

Me sentía completamente inútil: un jugador que no se enteraba de nada, un diletante que se las daba de soldado, un sabio fingido.

—Yo he sido la causa de que te ocurriese todo esto.

—No has causado nada que los dioses no quisieran que ocurriese. —Gimió—. Mi tiempo ha llegado a su fin. Los hombres son cada vez más codiciosos. Buscan la ciencia y la magia para tener poder. ¿Quién quiere vivir en una época semejante? Pero el saber no es lo mismo que la sabiduría. —Me apretó el brazo—. Tienes que detenerlos.

—¿Detenerlos para que no hagan qué?

—Estaba en mis libros después de todo.

—¿El qué? ¿Qué es lo que buscan?

—Es una llave. Tienes que introducirla. —Ya casi no le quedaban fuerzas.

Me incliné sobre él.

—Enoc, por favor: Astiza. ¿Corre peligro?

—No lo sé.

—¿Dónde está Ashraf?

—No lo sé.

—¿Averiguaste algo sobre el veintiuno de octubre?

Me apretó el brazo.

—Tienes que creer en algo, americano. Cree en ella.

Entonces murió.

Me senté sobre los talones, sintiéndome extrañamente vacío por dentro. Primero Talma, y ahora esto. Había llegado demasiado tarde para salvar a Enoc, y demasiado tarde para enterarme de qué era lo que había descubierto. Usé los dedos para cerrarle

los ojos, temblando de rabia e impotencia. ¿Quedaba algo en aquella biblioteca para explicar el medallón? ¿Entre las cenizas, cómo lo iba a saber yo?

Apretado contra el pecho de Enoc había un volumen particularmente grueso, encuadernado en cuero y con los bordes ennegrecidos por las llamas. Estaba escrito en árabe. ¿Había sido de particular importancia en el desciframiento de nuestra empresa? Lo cogí y contemplé con ignorancia su delicada escritura. Bueno, quizás Astiza podría encontrarle algún sentido.

Si es que aún estaba en El Cairo. Ahora ya tenía una preocupante idea de quién era la pequeña figura oculta por la túnica a la que había visto cabalgar junto a Silano mientras las tropas de Desaix marchaban hacia el sur.

Nervioso y absorto en mis propias preocupaciones, volví a subir las escaleras y entré en la sala de antigüedades sin ninguna cautela. Eso casi me costó la vida.

Hubo un grito lleno de angustia y una lanza apareció como un rayo caído del cielo por detrás de una estatua de Anubis, el dios con cabeza de chacal. La lanza se estrelló contra mi pecho, el impacto me hizo retroceder y choqué con un sarcófago de piedra, el aire bruscamente expelido de mis pulmones. Mientras caía al suelo, aturdido, miré el asta de la lanza. Su punta había atravesado el libro de Enoc, y sólo las últimas páginas habían impedido que se me clavara en el corazón.

Ashraf estaba al final de la lanza. Abrió mucho los ojos.

—¡Tú!

Traté de hablar, pero sólo pude soltar un jadeo ahogado.

—¿Qué haces aquí? ¡Me dijeron que los franceses te tenían en las pirámides! ¡Pensé que eras uno de los asesinos, que había vuelto en busca de secretos!

Finalmente encontré aliento suficiente para hablar.

—Divisé a Silano cuando salía de la ciudad con el general Desaix, en dirección sur. No sabía qué significaba eso, así que volví lo más deprisa que pude.

—¡Casi te mato!

—Este libro me salvó. —Lo aparté a un lado, y la punta de la lanza con él—. Ni siquiera puedo leerlo, pero Enoc lo apretaba contra su pecho. ¿De qué trata, Ash?

Pisándolo con la bota para que no se moviera mientras le arrancaba la lanza, el mameluco se inclinó sobre el libro y lo abrió. Una nubecilla de fragmentos voló por el aire como esporas. Ashraf leyó un momento.

—Poesía —dijo, y lo arrojó a un lado.

¡Ah! Qué extrañas son las cosas con las que elegimos morir.

—Necesito ayuda, Ashraf.

—¿Ayuda? Tú eres el conquistador, ¿recuerdas? ¡El que trae la ciencia y la civilización al pobre Egipto! Y esto es lo que has traído a la casa de mi hermano: ¡una carnicería! ¡Todo el que te conoce muere!

—Fue un árabe, no un francés, el que hizo esto.

—Fue Francia, no Egipto, la que trastocó el orden de las cosas.

No había respuesta para eso, y yo no podía negar que me había convertido en

parte de ello. Oramos impulsados por la más práctica de las razones, y volvemos el mundo del revés.

Tragué aire.

—He de encontrar a Astiza. Ayúdame, Ash. No como prisionero, no como dueño y esclavo, no como sirviente al que pago un sueldo. Como un amigo. Como un guerrero a otro guerrero. Astiza tiene el medallón. La matarán por él tan brutalmente como mataron a Talma, y no confío en el ejército para buscar ayuda. Napoleón también quiere el secreto. Se quedará el medallón para sí mismo.

—Y se verá maldecido como les ocurre a todos los que lo tocan.

—O descubrirá el poder para esclavizar el mundo.

La réplica de Ashraf fue silencio, y me di cuenta de lo que acababa de decir sin pensar acerca del general al que había seguido hasta ahora. ¿Qué era Bonaparte realmente, un salvador republicano o un tirano en potencia? Yo había visto indicios de ambas cosas en su carácter. ¿Cómo hacía uno para distinguirlas? Ambas requerían encanto. Ambas requerían ambición. Y quizás una pluma en las balanzas de Thoth inclinaría el corazón de un líder en un sentido o en otro. Pero naturalmente daba igual, ¿verdad? Yo tenía que decidir por mí mismo en qué creía. Ahora Enoc me había dado un ancla: creer en Astiza.

—Mi hermano te ofreció su ayuda y mira adonde lo ha llevado eso —dijo Ashraf amargamente—. No eres un amigo. Hice mal al conducirte hasta El Cairo. Habría preferido morir en Imbaba.

Yo estaba desesperado.

—Entonces, si no vas a ayudarme como un amigo, te ordeno que me ayudes como mi siervo y cautivo. ¡Pagué lo que costaba adquirirte!

—¿Te atreves a reclamar mis servicios después de esto? —Sacó una bolsa y me la arrojó. Hubo una explosión de monedas que rodaron por el suelo de piedra—. ¡Escupo sobre tu dinero! ¡Ve! ¡Encuentra a tu mujer tú mismo! ¡He de preparar el funeral de mi hermano!

Así que estaba solo. Al menos tuve la integridad de dejar mi dinero donde se había esparcido, pese a saber cuan pocas monedas me quedaban. Cogí lo que había escondido dentro de un ataúd vacío: mi rifle largo y mi tomahawk algonquino. Luego volví a pasar por encima del cuerpo de Mustafá y salí a las calles de El Cairo.

No volvería a poner los pies allí.

La casa de Yusuf al-Beni, donde Astiza había sido ocultada en un harén, era más imponente que la de Enoc, una fortaleza con torretas cuyos salientes proyectaban oscuras sombras sobre la estrecha calle. Sus ventanas quedaban arriba de todo de la fachada, donde brillaba el sol y revoloteaban los gorriones; pero un enorme arco grueso como la entrada a un castillo medieval ensombrecía su puerta. Me detuve ante ella ataviado con mi disfraz. Había envuelto mis armas en una alfombra barata que

compré en el primer sitio que vi y me había vestido con ropas egipcias, por si los franceses me buscaban para llevarme de regreso a la pirámide con Jomard. Los anchos pantalones de montar y la *galabiyya* eran infinitamente más ligeros, anónimos y sensatos que la indumentaria europea, y llevar envuelta la cabeza proporcionaba una bienvenida protección contra el sol.

¿Llegaba demasiado tarde una vez más?

Llamé con los puños a la puerta de Yusuf y un portero de las dimensiones de Mustafá se encaró conmigo. Afeitado, enorme y tan pálido como oscuro había sido el sirviente de Enoc, llenaba el hueco de la entrada como una bala de algodón egipcio. ¿Tenían todas las casas de los ricos un trol humano?

—¿Qué quieres, comerciante de alfombras? —A esas alturas yo ya entendía el árabe.

—No soy ningún comerciante. Quiero ver a tu señor —repliqué en francés.

—¿Eres un franco? —preguntó el portero en la misma lengua.

—Soy americano.

—Aquí no —dijo el portero, y se dispuso a cerrar la puerta.

Intenté un farol.

—El sultán Bonaparte lo está buscando. —Bala de algodón se detuvo. Eso bastó para hacerme creer que Yusuf estaba en algún lugar de la casa—. El general tiene asuntos que tratar con la mujer que está aquí de invitada, la dama llamada Astiza.

—¿El general quiere una esclava? —El tono era de incredulidad.

—Astiza no es ninguna esclava, es una sabia. El sultán tiene necesidad de sus conocimientos. Si Yusuf se ha ido, entonces debes traer a la mujer para el general.

—Ella también se ha ido.

Era una respuesta que yo no quería creer.

—¿Tengo que traer un pelotón de soldados? El sultán Bonaparte no es hombre al que le guste que lo hagan esperar.

El portero sacudió la cabeza en un gesto de despedida.

—Vete, americano. Ha sido vendida.

—¡Vendida!

—A un mercader de esclavos beduino. —Se disponía a cerrarme la puerta en la cara, así que metí el extremo de la alfombra en el hueco para detenerlo.

—¡No podéis venderla, ella me pertenece!

El portero agarró el extremo de la alfombra con una mano que tenía el diámetro de una sartén de freír.

—Saca tu alfombra de mi puerta o la dejarás aquí —me advirtió—. Ya no tienes nada que ver con nosotros.

Roté la alfombra para que apuntara hacia su estómago y metí la mano por el otro extremo del cilindro de tela para agarrar mi rifle. El chasquido del percutor al ser amortillado fue claramente audible, y bastó para que el portero depusiese su arrogancia.

—Quiero saber quién la ha comprado.

Nos estudiamos en silencio, cada uno preguntándose si era lo bastante rápido para vencer al otro. Finalmente el portero gruñó.

—Espera.

Desapareció, dejándome solo para que me sintiera como un imbécil o un penitente. ¿Cómo se atrevía el egipcio a vender a Astiza?

—¡Yusuf, sal aquí ahora mismo, bastardo! —Los ecos de mi grito resonaron dentro de la casa. Esperé largos minutos, y tuve tiempo de preguntarme si simplemente me ignorarían. Si lo hacían, entraría a tiros.

Finalmente oí los pesados pasos del portero que regresaba. Su mole llenó la entrada.

—Es un mensaje del comprador de la mujer, y fácil de relatar. Dice que ya sabes lo que hace falta para volver a comprarla. —Luego la puerta se cerró de golpe.

Eso significaba que Silano y Bin Sadr la tenían en su poder. Y significaba que no tenían el medallón, y que no debían de saber que yo tampoco lo tenía.

Pero ¿no la mantendrían viva con la esperanza de que yo se lo llevaría? Astiza era una rehén, la víctima de un secuestro.

Me aparté de la entrada e intenté pensar qué podía hacer. ¿Dónde estaba el medallón? Acababa de preguntármelo, cuando algo diminuto silbó junto a mi oreja y cayó al polvo con un ruidito. Miré hacia arriba. Una mano femenina estaba cerrando la rejilla de una pequeña abertura en la celosía de una ventana muy por encima de mi cabeza. Recogí lo que habían dejado caer.

Era un paquetito de papel. Cuando lo desenrollé encontré el ojo dorado de Horus de Astiza y un mensaje escrito, esta vez en mi lengua y con la letra de Astiza. Leerlo bastó para levantarme el ánimo:

«*El muro sur a medianoche* —decía el mensaje—. *Tráete una cuerda*».



o había abismo más grande entre el ejército invasor francés y los egipcios que el tema de las mujeres. Para los musulmanes, los arrogantes francos estaban dominados por groseras hembras europeas que combinaban el exhibirse vulgarmente con imperiosas exigencias para poner en ridículo a todo hombre que entraba en contacto con ellas. Los franceses, a su vez, pensaban que el Islam encerraba a su mayor fuente de placer en suntuosas pero tristes prisiones, con lo que se privaba a sí mismo del titilante ingenio de la compañía femenina. Si los musulmanes pensaban que los franceses eran esclavos de sus mujeres, los franceses pensaban que los musulmanes tenían miedo de las suyas. La situación se tornó aún más tensa por la decisión de algunas mujeres egipcias de iniciar relaciones con los conquistadores y ser exhibidas, sin velo, con los brazos y el cuello al descubierto, en los carruajes de los oficiales. Esas nuevas amantes, aturcidas por las libertades que les habían otorgado los franceses, saludaban alegremente a las ventanas ocultas por separaciones ante las que trotaban sus carruajes. «¡Mirad nuestra libertad!», gritaban. Los imanes pensaban que éramos una influencia corruptora, los sabios pensaban que los egipcios eran medievales y los soldados simplemente querían los placeres de la cama. Aunque estaban bajo órdenes estrictas de no molestar a las mujeres musulmanas, no había ninguna prohibición similar contra pagar por ellas, y algunas estaban más que dispuestas a ser compradas. Otras damiselas egipcias defendían su virtud como vírgenes vestales y se negaban a conceder sus favores, a menos que un oficial prometiera matrimonio y vida en Europa. El resultado era una gran cantidad de fricciones y malentendidos.

La vestimenta como de saco de trigo que llevaban las mujeres musulmanas, pensada para controlar el deseo masculino, hacía objeto a cada hembra que pasaba, su edad y su silueta desconocidas, de una intensa especulación entre los soldados franceses. Yo no era inmune a tales discusiones, y en mi imaginación las glorias de la población femenina que moraba en la casa de Yusuf eran alimentadas por historias de Sherezade y *Las mil y una noches*. ¿Quién no había oído hablar del célebre serrallo del sultán en Estambul? ¿O de las hábiles concubinas y los eunucos castrados de aquella extraña sociedad, en la que el hijo de un esclavo podía crecer para llegar a ser un señor? Era un mundo que me esforzaba por entender. La esclavitud había llegado a ser una forma que los otomanos tenían de inyectar lealtad y sangre nueva en una sociedad traicionera y anquilosada; la poligamia había llegado a ser una recompensa a la lealtad política; la religión había llegado a ser un sustituto del esforzarse por intentar mejorar tus condiciones materiales. Y la lejanía de las mujeres islámicas las volvía aún más deseadas.

¿Seguía el medallón entre las paredes de un harén, aunque Astiza ya no lo

estuviese? Esa era mi esperanza. Astiza había persuadido a sus captores de que yo aún tenía el medallón, y luego había dejado un mensaje para que me fuese entregado en cuanto llegara. Qué mujer más inteligente. Encontré un hueco en un callejón donde esconder temporalmente mi rifle, que cubrí con mi alfombra, y fui a comprar una cuerda y provisiones. Si Astiza estaba prisionera de Silano, quería recuperarla. Ella y yo no habíamos llegado a tener una auténtica relación, pero aun así sentí una mezcla de celos, deseo de protección y soledad que me sorprendió. Astiza era lo más aproximado a una verdadera amistad que tenía yo. Ya había perdido a Talma, Enoc y Ashraf. No quería ni pensar en lo que iba a ser de mí si la perdía a ella también.

Mi tez europea bajo vestimenta árabe sólo atraía fugaces miradas distraídas, dado que el Imperio otomano era un arco iris de colores. Entré en el oscuro dédalo de corredores del bazar de Khan al-Khalili, el aire impregnado por los olores del hachís y el carbón de leña, las especias distribuidas en pilas que formaban brillantes pirámides de verde, amarillo y naranja. Después de comprar comida, una cuerda y una manta para las noches del desierto, llevé esos suministros a mi depósito improvisado y volví a partir para conseguir un caballo o un camello con el último dinero que me quedaba. Nunca había montado en este último, pero sabía que tenían más aguante para una persecución larga. La mente me hervía de preguntas. ¿Sabía Bonaparte que Silano se había llevado a Astiza? ¿Andaba el conde tras las mismas claves que yo? Si el medallón era una llave, ¿dónde estaba la cerradura? En mi premura y preocupación, me tropecé con una patrulla francesa antes de recordar que debía ocultarme entre las sombras.

Los sudorosos soldados ya casi me habían dejado atrás cuando su teniente se sacó súbitamente un papel de debajo del cinturón, me miró y dio la orden de alto.

—¿Ethan Gage?

Fingí no entender.

Media docena de cañones de mosquete se elevaron, en un movimiento que no necesitaba traducción.

—¿Gage? Sé que sois vos. No intentéis huir, o seréis abatido de un disparo.

Tan pronto me puse bien recto, me descubrí la cabeza e intenté un farol.

—Os ruego que no delatéis mi identidad, teniente. Estoy en una misión para Bonaparte.

—Al contrario, estáis arrestado.

—Sin duda cometéis un error.

El teniente miró la imagen en su papel.

—Denon hizo un rápido esbozo vuestro y el parecido es bastante bueno. Ese hombre tiene talento.

—Me dispongo a volver a la pirámide para proseguir mis estudios...

—Se os busca para investigación en el asesinato del erudito e imán Qelab Almani, quien también se hace llamar con el nombre de Enoc, o Hermes Trismegisto. Os vieron salir corriendo de su casa con un rifle y una pequeña hacha.

—¿Enoc? ¿Estáis loco? Estoy intentando resolver su asesinato.

El teniente volvió a leer.

—También estáis arrestado por ausentaros de las pirámides sin permiso, insubordinación, y por no llevar el uniforme.

—¡Soy un sabio! ¡No tengo uniforme!

—¡Manos arriba! —Sacudió la cabeza—. Vuestros crímenes os han superado, americano.

Me llevaron a un cuartel mameluco reconvertido en prisión militar. Allí las autoridades francesas intentaban clasificar a los insurgentes, pequeños criminales, desertores, estraperlistas y prisioneros de guerra que había traído la invasión. Pese a mis protestas fui arrojado a una celda con un muestrario políglota de ladrones, charlatanes y bribones de toda clase. Me sentí como si volviera a estar en un salón de juego en París.

—¡Exijo saber qué cargos se me imputan! —grité.

—Ser un inútil que no sirve para nada —gruñó el sargento que cerró la puerta.

El absurdo de encarcelarme por la muerte de Enoc sólo se veía superado por la calamidad de faltar a mi cita nocturna en el muro sur de la casa de Yusuf. Quienquiera que había dejado caer el ojo de Horus probablemente no tenía muchas ocasiones de ayudar a un extranjero del sexo masculino a acceder al harén. ¿Qué pasaría si se daba por vencido, y el medallón se perdía o era vendido? Mientras tanto, si Astiza estaba en manos de Silano y era llevada hacia el sur por la expedición de Desaix hasta el Alto Egipto, se alejaba un poco más de mí a cada hora que pasaba. En el único momento de mi vida en que no tenía un segundo que perder, me veía inmovilizado. Era para volverse loco.

Un teniente apareció al fin para introducir mi nombre en los libros de registro de la prisión.

—Al menos conseguí una entrevista con Bonaparte —supliqué.

—Más vale que os mantengáis lejos de su vista, a no ser que queráis ser fusilado de inmediato. Se os considera sospechoso de asesinato debido a comunicados anteriores que hablan de la muerte de una cortesana en París. Algo sobre deudas impagadas, también... —Estudió sus papeles—. ¿Una casera llamada *madame Durrell*?

Gemí para mis adentros.

—¡Yo no maté a Enoc! ¡Descubrí su cuerpo!

—¿Y comunicasteis la muerte sin más dilación? —Su tono era tan cínico como mis acreedores.

—Escuchad, toda la expedición podría verse amenazada si no completo mi trabajo. El conde Silano intenta monopolizar importantes secretos.

—No intentéis difamar a Silano. Fue él quien suministró las declaraciones juradas

de *madame* Durrell y un farolero sobre la clase de hombre que sois. Predijo vuestra predilección por la conducta desviada. —Volvió a leer—. Tenéis todas las características de un sádico.

Bien. Mientras yo sostenía una cinta métrica en las pirámides, Silano había puesto manos a la obra en El Cairo para dar realce a mi reputación.

—Tengo derecho a una representación legal, ¿no?

—Un abogado del ejército debería venir a veros dentro de una semana.

¿Me habrían echado una maldición? ¡Menuda ayuda para mis enemigos que me hallara entre rejas, incapaz de seguir al conde, rebatir los cargos o asistir a mi cita nocturna en el harén de Yusuf! El sol entraba en un ángulo muy bajo por la diminuta ventana de la celda, y la cena parecía consistir en un mísero puré de guisantes y lentejas. Nuestra bebida era agua de barril pasada; nuestro retrete, un cubo.

—¡Necesito una audiencia ahora mismo!

—Es posible que se os devuelva a París para que afrontéis los cargos allí.

—¡Esto es de locos!

—Mejor la guillotina allí que un pelotón de fusilamiento aquí, ¿no? —El teniente se encogió de hombros y se fue.

—¿Mejor en qué sentido? —le grité a su espalda que se alejaba, y me dejé caer al suelo.

—Toma un poco de puré —dijo un soldado, un aspirante a empresario al que habían pillado cuando intentaba vender un cañón a una chatarrería—. El desayuno es peor.

Bueno, yo había jugado y perdido, ¿no? Si no podía perder en París, no conseguía hacerme con una sola carta buena aquí. Claro que si hubiera hecho caso de las homilías de Franklin, ahora tendría una profesión honesta, pero su «acostarse temprano, levantarse temprano» parecía completamente contrario a mi naturaleza. Una de las cosas que me gustaban de Franklin era que no siempre seguía sus propios consejos. Incluso cuando ya estaba a punto de cumplir los ochenta, siempre optaba por pasarlo bien si había una hermosa dama a la vista.

No tardó en oscurecer. A cada momento, Astiza estaba más lejos.

Fue mientras me hundía un poco más en el pozo de la desesperación, con un pequeño conducto lateral de autocompasión y una verdadera mina de lamentaciones —al tiempo que intentaba ignorar el hedor de mis compañeros de celda—, cuando oí un siseo procedente de la ventana de la celda.

—¡Ethan!

¿Y ahora qué?

—¿Ethan? —La voz hablaba bajo y sonaba muy preocupada—. ¿El americano? ¿Está ahí?

Me abrí paso a través de mis compañeros de infortunio y pegué la cara a la pequeña abertura.

—¿Quién es?

—Soy Ashraf.

—¡Ash! ¡Creía que me habías abandonado!

—Recapacité. Sé que mi hermano querría que te ayudara. Tú y la sacerdotisa sois la única esperanza de mantener a salvo los secretos que él dedicó su vida a proteger. ¡Y entonces oí decir que te habían arrestado! ¿Cómo has conseguido meterte en tantos líos tan rápidamente?

—Es un talento que tengo.

—Ahora tengo que sacarte de ahí.

—Pero ¿cómo?

—Aléjate todo lo que puedas de la ventana, por favor. Y tápate los oídos.

—¿Qué?

—Echarse al suelo también podría ser una buena idea. —Ashraf desapareció.

Bueno, eso era ominoso. Los mamelucos tenían una manera muy directa de hacer las cosas. Me abrí paso a empujones hasta el rincón opuesto de la celda y me dirigí a los otros en la penumbra.

—Me parece que está a punto de suceder algo realmente espectacular. Haced el favor de venir a este lado de nuestro apartamento.

Nadie se movió.

Así que lo volví a intentar.

—Tengo un poco de *hachís*, y si sois tan amables de venir aquí...

Mis compañeros de celda formaron un magnífico escudo justo antes de que se oyera una terrible detonación. La pared de la celda debajo de la ventana salió despedida hacia dentro con una lluvia de piedras, y una bala de cañón voló sobre nuestras cabezas para estrellarse contra la puerta de madera y hierro. La puerta se flexionó, tembló y se desprendió limpiamente del marco para caer al suelo del pasillo con un estruendo metálico. La bala de cañón estaba incrustada en la madera como una pasa en un bollo. Los ocupantes de la celda yacíamos en un confuso montón conmigo arriba de todo, los oídos zumbándome y el aire lleno de polvo. Pero yo sabía reconocer la ocasión cuando la veía.

—¡Ahora! ¡Antes de que venga el alguacil! —grité.

Mientras los demás se levantaban del suelo y salían en tromba al pasillo, me arrastré en sentido contrario y salí de la celda por el agujero que Ash acababa de abrir en la pared. El mameluco me esperaba agazapado en las sombras. Llevaba un mosquete colgado del hombro, dos pistolas metidas en el fajín y una espada a la cintura. Reconocí las armas que le había confiscado cuando fue capturado. Bueno, adiós a mis trofeos.

—¿De dónde diablos has sacado un cañón?

—Estaba en el patio de aquí atrás, requisado como evidencia.

—¿Evidencia? Ah, sí, el soldado que intentó vendérselo a un chatarrero. ¿Lo dejaron cargado?

—Para usarlo contra los prisioneros, si trataban de escapar.

Hubo disparos de mosquete, y corrimos.

Corrimos por las oscuras calles como un par de ladrones, y recuperamos mis armas, cuerda y provisiones de donde las había escondido. Luego nos dedicamos a seguir con la mirada a la luna por el cielo, a la espera de que llegase la hora fijada. Mientras íbamos sigilosamente hacia el muro sur de la casa de Yusuf yo no estaba muy seguro de qué podía esperar. La gran puerta de madera que cerraba la entrada separada al harén de las mujeres en la parte de atrás era muy gruesa y tenía un gran cerrojo de hierro. No había manera de entrar por ahí. Así que lo único que pude hacer fue aguardar en silencio bajo una ventana del muro sur, con la esperanza de que ninguna de las patrullas francesas que recorrían la ciudad se tropezara con nosotros.

—Ahora también te he convertido a ti en fugitivo —susurré.

—Los dioses no te permitirían vengar la muerte de mi hermano por tu cuenta.

La noche se alargaba, y yo no veía ni oía nada desde las ventanas protegidas con separaciones que había arriba. ¿Llegaba demasiado tarde para la cita? ¿Había sido descubierta mi informante? Impulsivo e impaciente, al final me saqué del bolsillo el ojo dorado de Horus y lo arrojé hacia arriba en dirección a la abertura. Para mi sorpresa, no volvió a caer.

Lo que hizo fue bajar poco a poco sujeto a una hebra sedosa que descendió lentamente. Até mi cuerda a la hebra y vi cómo era izada hacia lo alto. Esperé un momento para que fuese atada, tiré de ella a modo de comprobación y planté los pies en la pared.

—Espera aquí —le dije a Ashraf.

—¿Piensas que mis ojos no son tan curiosos como los tuyos?

—El experto en mujeres soy yo. Tú sostén el rifle.

La ventana del harén quedaba a unos quince metros del suelo, y la portilla en su separación era justo lo bastante grande para que yo pudiera meter la cabeza y los hombros. Jadeando a causa de la expectación y el ejercicio, me escurrí por ella, con mi tomahawk en el cinturón. Después de todos los disgustos que me había deparado el día, estaba más que listo para usarlo.

Afortunadamente, unos brazos jóvenes y esbeltos me ayudaron a acabar de entrar en la habitación, y me pusieron de bastante mejor humor. Por lo que vi, mi anónima ayudante era bonita y joven, y estaba decepcionantemente vestida, incluso velada. Pero sus ojos almendrados habrían bastado para hacer que un hombre se enamorase de ella, así que quizás hubiera algo de método en la locura musulmana después de todo. El dedo de la joven fue al lugar donde estarían sus labios, en un gesto que me pedía silencio. Me entregó un segundo trozo de papel y susurró:

—Astiza.

—¿Fayn? —pregunté—. ¿Dónde?

Ella sacudió la cabeza y señaló el papel. Lo abrí.

«Está oculto para ser visto», decía en mi lengua, escrito con la letra de Astiza.

¡Así que no se había llevado el medallón! Miré a mi alrededor y reparé en media docena de ojos que no dejaban de mirarme, como animales desde un bosque. Algunas de las mujeres del harén estaban silenciosamente despiertas, pero al igual que mi joven guía iban vestidas para la calle, y eran tímidas como ciervas. Todas se llevaron los dedos a sus labios velados. El gesto no podía estar más claro.

Mis fantasías sobre estanques de límpidas aguas, desfiles de damiselas y diáfanas vestimentas se vieron decepcionadas. Las estancias del harén parecían más sencillas y abarrotadas que las salas públicas que yo había visto, y ninguna de sus ocupantes parecía acicalarse para la próxima visita nocturna de Yusuf. Era, comprendí, simplemente un ala segregada en la que las mujeres podían cocinar, coser y cotillear sin ninguna intrusión en el territorio masculino.

Me miraban con miedo y fascinación.

Recorrí la penumbra de sus alojamientos en busca del medallón. ¿Oculto para ser visto? ¿Se referiría a una ventana? Todas estaban protegidas con separaciones *mashrabiyya*. El harén tenía una gran sala central y un dédalo de estancias más pequeñas, cada una de ellas con una cama por hacer, un arcón en el que guardar la ropa y clavijas de las que colgaban prendas, algunas reveladoras y otras ocultadoras. Era un mundo del revés: todo el color vuelto hacia dentro, todo pensamiento confinado, todo placer encerrado.

¿Dónde lo habría escondido Astiza? Dentro de un zapato, un cañón, un orinal. Ninguno de esos sitios era «oculto para ser visto», me parecía a mí. Me incliné para levantar la colcha de una cama, pero la joven que me hacía de guía detuvo mi mano. Esperaban que fuese yo el que diera con él, comprendí, como demostración de que sabía lo que buscaba. Y entonces la obviedad de mi tarea me quedó clara. Me incorporé y paseé la mirada a mi alrededor con mayor osadía. Oculto a la vista de todos, había querido decir Astiza. Alrededor de un cuello, encima de una mesa, en...

Un estante para dejar las joyas.

Si existe una cosa universal en la cultura humana, es el amor al oro. Lo que aquellas mujeres jamás exhibirían en la calle se lo pondrían sobre la piel para Yusuf y las unas para las otras: anillos, monedas, brazaletes y abalorios, pendientes y ajorcas, tiaras y cadenas para ceñirse la cintura. Sobre una mesita de tocador había una cascada de oro, un delta amarillo, un tesoro como un pequeño eco del *Orient*. Y, en el centro, arrojado allí tan tranquilamente como una monedita en una taberna, estaba el medallón, su forma oculta por los collares que tenía encima. Bin Sadr y Silano nunca habían llegado a poner los pies allí, naturalmente, y nadie más se había molestado en mirar.

Lo desenredé de entre los collares. Al hacerlo, un enorme y aparatoso pendiente resbaló de la mesa y cayó al suelo y sonó como un gong.

Me quedé helado. De pronto otras cabezas se elevaron de las camas, sus caras con más años encima. La propietaria de una de ellas se llevó semejante sobresalto al

verme que brincó de la cama y se apresuró a envolverse en ropas de calle.

Habló secamente. La joven contestó llena de impaciencia. Fue el inicio de una conversación siseada en árabe hablado muy deprisa. Me dispuse a escabullirme hacia la ventana. La mujer mayor me hizo un gesto de que volviera a dejar el medallón en la mesa, pero lo que hice fue pasármelo por el cuello y hacerlo desaparecer dentro de mi camisa. ¿No era eso lo que esperaban que hiciese? Al parecer no. La mujer mayor soltó un alarido, y unas cuantas mujeres se pusieron a gemir y gritar. Un instante después oí el grito de un eunuco al otro lado de la puerta, y gritos masculinos procedentes de abajo. ¿Eso había sido el tintineo del acero al ser desenvainado? Era hora de marcharse.

Mientras corría hacia la ventana la mujer mayor intentó cortarme el paso, con un agitar de brazos y un revoloteo de anchas mangas que la hacían parecer un enorme murciélago negro. La empujé a un lado cuando sus dedos ya me arañaban débilmente el cuello. La mujer retrocedió entre chillidos. Una campana empezó a repicar, y hubo un disparo de alarma. ¡Habían despertado a toda la ciudad! Agarré el marco de la ventana y di una patada que hizo saltar la mitad de la separación de madera. Los trozos llovieron sobre el callejón con un ruidoso repiqueteo. Salí por la ventana y empecé a descender a lo largo de la cuerda. Vi cómo la puerta trasera se abría de golpe abajo y los sirvientes, armados con porras y azadones, salían en tromba por ella. Otros hombres irrumpieron en el harén detrás de mí. Mientras descendía, alguien empezó a tirar de la cuerda intentando subirla.

—¡Salta! —gritó Ashraf—. ¡Te cogerán!

¿Sabía Ashraf lo que pesaba yo? Y además no quería dejarme caer, porque se me acababa de ocurrir que la cuerda que había comprado aquella misma tarde podría sernos de utilidad. Me saqué el tomahawk del cinturón y corté por encima de mi cabeza. La cuerda se partió limpiamente y caí los últimos nueve metros, para aterrizar con un golpe sordo sobre algo blando y maloliente. Estaba dentro de un carro que Ash había hecho rodar hasta ahí para amortiguar mi caída. Me encaramé por el lado del carro, los restos de la cuerda apretados en mi mano, y me dispuse a luchar.

Hubo un estampido, la detonación del mosquete de Ashraf, y uno de los siervos lanzados a la carga desde la puerta trasera cayó de espaldas. Mi rifle fue depositado en mis manos y le disparé a un segundo hombre, y luego solté un grito de guerra indio y le aticé en la cabeza a un tercero con mi tomahawk. Los demás retrocedieron en confusión. Ashraf y yo huimos en dirección opuesta, saltamos un murete y echamos a correr por las callejuelas serpenteantes.

Los hombres de Yusuf vinieron en tropel tras nosotros, pero disparaban a ciegas. Me detuve a recargar mi rifle. Ash había desenvainado su espada. Ahora ya sólo teníamos que escapar de la ciudad...

—¡Allí están!

Era una patrulla militar francesa. Soltamos unos cuantos juramentos, dimos media vuelta y huimos por donde habíamos venido. Oí las órdenes francesas de apuntar y

disparar, así que agarré del brazo a Ash para lanzarnos de bruces sobre el polvo de la calle. Hubo un rugido, y unas cuantas balas silbaron sobre nuestras cabezas. Luego se oyeron gritos y alaridos delante de nosotros. Los soldados les habían dado a los hombres de Yusuf.

Nos arrastramos al amparo del humo hasta una calleja lateral. Ahora podíamos oír gritos de alarma y disparos en todas direcciones.

—¿Qué era esa excrecencia en la que caí? —le jadeé a Ash.

—Heces de burro. Has caído en los que los francos llaman *merde*, amigo mío.

Otra bala rebotó en un poste de piedra.

—No puedo discrepar.

Finalmente nos levantamos del suelo y corrimos agazapados hasta doblar una esquina. Luego trotamos hasta entrar en una avenida más ancha que discurría más o menos en dirección a la puerta sur. Parecía que habíamos logrado despistar a nuestros perseguidores más inmediatos.

—También hemos perdido mis provisiones. ¡Maldita vieja!

—Moisés encontró maná en el desierto.

—Y el rey Jorge encontrará migajas de bollo en su mesa del té; pero yo no soy él, ¿verdad?

—Empiezas a enfadarte por todo.

—Ya iba siendo hora.

Casi habíamos llegado al muro de El Cairo cuando un escuadrón de caballería francesa entró en nuestra calle. Iban en una patrulla de rutina y aún no nos habían visto, pero nos cortaban el paso.

—Escondámonos en ese hueco —sugirió Ashraf.

—No. Necesitamos caballos, ¿verdad? Ata nuestra cuerda a ese pilar de ahí, a la altura del hombro de un oficial montado. —Agarré el otro extremo e hice lo mismo en el lado opuesto de la calle—. Cuando yo dispare, prepárate para robar un caballo.

Fui al centro de la calle, me detuve ante la caballería que se aproximaba y agité mi rifle como si tal cosa para que pudieran verme en la oscuridad.

—¿Quién va? —gritó un oficial—. ¡Identificaos!

Le arranqué la gorra de la cabeza de un disparo.

Cargaron.

Corrí hacia un charco de sombra con el rifle colgado del hombro, salté para agarrarme a un poste y usé la inercia para encaramarme a un toldo y un alféizar. La patrulla de caballería lanzada al galope chocó con la cuerda. Los que iban delante fueron arrancados de sus sillas como marionetas, y colisionaron con la hilera de jinetes que los seguía. Los caballos se encabitaron, los hombres cayeron. Salté, derribando a un soldado de su asustada montura. Ashraf ya se había subido a otro caballo. Las pistolas abrieron fuego en la oscuridad, pero las balas zumbaron por el aire sin causar daño alguno. Nos apresuramos a alejarnos de la confusión.

—Los franceses empezarán a preguntarse del lado de quién estás —jadeó Ash

mientras iniciábamos nuestro galope, sin dejar de volver la cabeza para mirar a los soldados que gritaban.

—Yo también.

Cabalgamos en dirección a la pared y la puerta.

—¡Abridla de par en par! ¡Mensajeros para Bonaparte! —grité en francés. Los centinelas vieron las monturas y los arreos de caballería antes de que pudieran distinguirnos, inclinados sobre la grupa en nuestros atuendos árabes. Para entonces ya era demasiado tarde. Pasamos entre ellos como una exhalación rumbo al desierto que había más allá, y las balas zumbaron sobre nuestras cabezas mientras galopábamos para perdernos en la noche.

¡Estaba fuera de la ciudad, con el medallón en mi poder, libre para rescatar a Astiza, encontrar el *Libro de Thoth* y convertirme en dueño del mundo o, al menos, en su salvador!

Y ahora cada beduino, mameluco y soldado de la caballería francesa en Egipto me perseguiría.



El desierto egipcio al oeste del Nilo es un océano inexplorado de roca y arena, interrumpido por sólo unas cuantas islas de oasis. El desierto al este del Nilo y el sur de El Cairo —una meseta estéril separada del mar Rojo por montañas lunares— está aún más vacío, una sartén de freír aparentemente inmutable desde el nacimiento del mundo. El cielo azul palidece hasta una opaca calima en el horizonte que riela, y la sequedad amenaza con momificar a un intruso cada implacable atardecer. No hay agua, sombra, llamadas de pájaros, plantas, insectos y, aparentemente, tampoco final. Durante milenios, monjes y conjuradores se han retirado aquí para encontrar a Dios. Cuando huí sentí que lo había dejado muy atrás, en las aguas del Nilo y los grandes bosques verdes de mi patria.

Ashraf y yo cabalgamos en esa dirección porque ningún hombre en su sano juicio lo haría. Primero atravesamos la Ciudad de los Muertos de El Cairo, la colmena musulmana de tumbas blancas como espectros en la noche. Luego trotamos rápidamente a través de una cinta de verdes tierras de cultivo que seguía el Nilo, donde los perros ladraban a nuestro paso. Mucho antes de la salida del sol éramos puntos sobre una árida llanura. El sol subió por el cielo, cegador cuando nos desviamos hacia el este, y su arco fue tan lento que se convirtió en un reloj implacable. Las sillas de nuestras monturas capturadas tenían cantimploras que hicimos durar hasta mediodía, y entonces la sed pasó a ser el hecho central de la existencia. Hacía tanto calor que dolía respirar, y mis ojos se entornaban contra la blancura del desierto brillante como la nieve. Un polvo impalpable reseca labios, orejas, ropas y caballos, y el cielo era un peso que llevábamos sobre nuestros hombros y las coronillas de nuestras cabezas. La cadena del medallón me ardía en el cuello. El espejismo de un lago, la cruel ilusión ya excesivamente familiar a esas alturas, temblaba justo fuera de nuestro alcance.

«Así que esto es el Hades —pensé—. Así que esto es lo que les ocurre a los hombres que no saben ir por el buen camino, que beben, fornican y juegan a las cartas para ganarse el pan cotidiano». Anhelaba encontrar un trocito de sombra al que arrastrarme para dormir eternamente.

—Tenemos que ir más deprisa —dijo Ashraf—. Los franceses nos persiguen.

Miré atrás. Una larga estela de polvo blanco había sido atrapada por el viento y giraba en un lánguido embudo. En algún lugar debajo de ella había un pelotón de húsares que seguían las huellas de los cascos de nuestras monturas.

—¿Cómo podemos ir más deprisa? Nuestros caballos no tienen agua.

—Entonces tenemos que encontrarles algo de agua. —Señaló las jorobas ondulantes de colinas que parecían hogazas resquebrajadas.

—¿En un lecho de carbones encendidos?

—Incluso en un lecho de carbones encendidos puede esconderse un diamante. Perderemos a los franceses en los cañones y los *uadis*.

Instamos a nuestros cansados caballos a que apretaran el paso, nos envolvimos en las capas para protegernos del polvo y seguimos adelante. Entramos en los altiplanos, donde seguimos un laberinto de *uadis* arenosos como un hilo escapado del ovillo. La única vegetación era espino de camello reseco. Sin embargo, Ashraf buscaba algo y no tardó en hallarlo: una cornisa de roca desnuda calcinada por el sol a nuestra izquierda que conducía a una elección entre tres desfiladeros.

—Aquí podemos confundir nuestro rastro —me dijo.

Volvimos grupas entre un repiqueteo de cascos y fuimos a través de la mesa de piedra. Tomamos por el desfiladero de caliza del medio porque parecía más estrecho y menos hospitalario, y así los franceses quizá pensarían que habíamos ido en otra dirección. Hacía tanto calor que aquello era como cabalgar dentro de un horno. No tardamos en oír los gritos de frustración de nuestros perseguidores en el seco aire del desierto, mientras discutían sobre qué camino habíamos tomado.

Perdí todo sentido de la dirección y seguí dócilmente al mameluco. Los promontorios subían cada vez más arriba y pude empezar a distinguir los escarpados perfiles de auténticas montañas, cuya roca negra y roja contrastaba con el azul del cielo. Allí estaba la cordillera que separaba el valle del Nilo del mar Rojo. No había ni un solo punto de verdor o destello de agua. El silencio era inquietante, roto únicamente por los crujidos del cuero y los cascos de nuestras monturas. ¿Era este desierto —el hecho de que los antiguos egipcios pudieran ir andando desde el fértil Nilo hasta la nada absoluta— la razón por la que parecía haberles preocupado tanto la muerte? ¿Era el contraste entre sus campos y la arena que los rodeaba por todas partes el origen de la idea de una expulsión del Edén? ¿Era el erial un recordatorio de la brevedad de la vida y un aliciente para los sueños de inmortalidad? Ciertamente aquel calor seco momificaría los cadáveres de manera natural, mucho antes de que los egipcios lo hicieran como una práctica religiosa. Imaginé que alguien encontraba mi cascarón reseco dentro de unos cuantos siglos, mi expresión paralizada en una mueca de vasta pena.

Finalmente las sombras parecieron hacerse más largas; los sonidos de persecución, más tenues. Los franceses tenían que estar tan sedientos como nosotros. Yo estaba mareado, me dolía todo, sentía la lengua pastosa.

Nos detuvimos en lo que parecía una trampa hecha de roca. Grandes riscos se elevaban por todas partes alrededor de nosotros, la única salida era el estrecho desfiladero por el que acabábamos de cabalgar. Los imponentes muros finalmente eran tan altos, y el sol estaba tan avanzado, que proyectaban una sombra muy bienvenida.

—¿Y ahora que?

Ashraf desmontó envaradamente.

—Ahora tienes que ayudarme a cavar. —Se arrodilló sobre la arena junto a la

base de un risco, en una hendidura donde podría haberse acumulado una cascada si semejante absurdo pudiera existir allí. Pero quizás existía: la roca de encima estaba llena de manchas oscuras, como si el agua fluyera hacia abajo ocasionalmente. Ashraf empezó a abrir un agujero en la arena con las manos.

—¿Cavar?

—¿Habría enloquecido a causa del sol?

—¡Ven, si no quieres morir! Fluye un torrente una vez al año, o quizás una vez en una década. Siempre queda un poco de agua, como ese diamante en los carbones encendidos.

Me uní a él. Al principio el ejercicio parecía carecer de sentido, como si sólo sirviese para que la tierra caliente me quemara las manos. Pero poco a poco la arena empezó a volverse agradablemente fresca y entonces, asombrosamente, húmeda. Finalmente llegamos a un nivel en el que había verdadero líquido. El agua rezumó, tan impregnada de sedimento que era como sangre coagulándose.

—¡No puedo beber barro! —Extendí la mano para volver a cavar.

Ashraf me agarró del brazo y volvió a dejarnos sentados sobre los talones.

—El desierto pide paciencia. Esta agua puede haber venido de hace un siglo. Podemos esperar unos instantes más.

Ante mis ojos llenos de impaciencia, un líquido delicioso empezó a acumularse en la depresión que habíamos cavado. Los caballos piafaron y arañaron el suelo con los cascos.

—Todavía no, compañeros míos, todavía no —los calmó Ash.

Era el cuenco más estrecho que yo había visto nunca, y tan bienvenido como un río. Después de una eternidad nos inclinamos para besar nuestro charquito, como musulmanes que se prosternan con el rostro vuelto hacia La Meca. Mientras lamía y tragaba la sucia filtración sentí un estremecimiento y fue como si algo brillara dentro de mí. ¡Qué bolsas de agua éramos los humanos, tan impotentes si no se las rellenaba constantemente! Sorbimos hasta que hubimos apurado el agua haciendo que volviera a ser fango, nos sentamos en el suelo para mirarnos el uno al otro, y reímos. Nuestro ávido beber había creado un círculo de humedad limpia alrededor de nuestros labios, en tanto que el resto de nuestra cara estaba pintado de polvo. Parecíamos un par de payasos. Hubo una impaciente espera para que nuestro magro pozo volviera a llenarse y entonces llevamos a los caballos un poco de agua en las palmas de las manos, asegurándonos de que no bebieran más de la cuenta. Mientras caía la noche eso se convirtió en nuestro trabajo, llevar agua dentro de una alforja a las sedientas monturas, beber sorbos nosotros mismos y limpiarnos lentamente el resto del polvo de las manos y las cabezas. Empecé a sentirme levemente humano de nuevo. Las primeras estrellas asomaron en el cielo, y entonces caí en la cuenta de que llevaba un rato sin oír ningún sonido de persecución francesa. Entonces la panoplia completa de los cielos floreció en lo alto, y las rocas relucieron con destellos plateados.

—Bienvenido al desierto —dijo Ashraf.

—Tengo hambre.

Ashraf sonrió.

—Eso significa que estás vivo.

Empezaba a hacer frío, pero aunque hubiéramos tenido madera, no nos habríamos atrevido a encender una hoguera. Lo que hicimos fue pegarnos el uno al otro y hablar, ofreciéndonos mutuamente el pequeño consuelo que podía darnos compartir nuestra pena por Talma y Enoc, y una pequeña esperanza cuando hablamos de vagos futuros: con Astiza para mí, y con Egipto como un todo para Ash.

—Los mamelucos son unos explotadores, cierto —admitió él—. Podríamos aprender cosas de vuestros sabios franceses, como ellos aprenden de nosotros. Pero Egipto tiene que ser gobernado por gente que viva aquí, Ethan, no por francos de piel sonrosada.

—¿No puede haber una colaboración entre ambos pueblos?

—No lo creo. ¿Querría París un árabe en su consejo municipal, incluso si el imán tuviese la sabiduría de Thoth? No. Eso no forma parte de la naturaleza humana. Supón que un dios bajara del cielo con respuestas para todas las preguntas. ¿Lo escucharíamos, o lo clavaríamos a una cruz?

—Todos sabemos cuál es la respuesta a esa pregunta. ¿Así que cada hombre en su sitio, Ash?

—Y la sabiduría en el suyo. Creo que esto es lo que intentaba hacer Enoc, mantener la sabiduría de Egipto a buen recaudo en el lugar al que pertenece, como decidieron los ancianos.

—¿Incluso si ellos podían levitar rocas y hacer que la gente viviera eternamente?

—Las cosas pierden valor si es demasiado fácil hacerlas. Si cualquier hombre o nación pudieran edificar una pirámide con la magia, entonces la pirámide no es más notable que una colina. ¿Y vivir eternamente? Cualquiera que tenga ojos puede ver que eso va contra natura. Imagínate un mundo lleno de ancianos, un mundo con pocos niños, un mundo en el que no hubiese esperanza de progresar en la vida porque cada cargo estaba ocupado por patriarcas que habían llegado allí siglos antes que tú. Eso no sería un paraíso, sería un infierno de cautela y conservadurismo, de ideas rancias y dichos de tendero, de viejos agravios y desaires recordados. ¿Tememos a la muerte? Por supuesto. Pero es la muerte la que crea espacio para el nacimiento, y el ciclo de la vida es tan natural como el subir y bajar de nivel de las aguas del Nilo. La muerte es nuestro último y más grande deber.

Esperamos un día para estar seguros de que los franceses no se habían quedado a esperarnos. Entonces, suponiendo que la falta de agua los había obligado a regresar a El Cairo, nos pusimos en marcha hacia el sur, viajando de noche para evitar lo peor del calor. Seguimos una ruta paralela al Nilo, pero nos mantuvimos muchos kilómetros hacia el este para evitar ser descubiertos; aunque costaba mucho subir a lo

alto de aquellas colinas serpentinas. Nuestro plan era alcanzar a la columna principal de tropas de Desaix, donde cabalgaban Silano y Astiza. Yo perseguiría al conde como los franceses perseguían a los insurgentes mamelucos río arriba. Tarde o temprano rescataría a Astiza, y Ashraf podría vengarse de quienquiera que hubiese matado al pobre Enoc. Encontraríamos la vara de Min, descifraríamos el camino que llevaba al interior de la Gran Pirámide, y encontraríamos el largamente perdido *Libro de Thoth*, que pondríamos a salvo del oculto Rito Egipcio. Y entonces... ¿lo guardaríamos en un lugar secreto, lo destruiríamos o nos lo quedaríamos para nosotros? Ya cruzaría ese puente cuando llegara a él, como habría dicho el viejo Ben.

A lo largo de nuestro camino encontramos nidos de vida en el desierto, pese a todo. Un monasterio copto cuyos edificios rematados por cúpulas marrones brotaban como setas en un bosque de roca, un jardín de palmeras que prometía la presencia de un pozo. La costumbre mameluca de llevarse sus riquezas a la batalla reveló tener un propósito práctico: Ashraf había recuperado la bolsa que me arrojó y tenía monedas suficientes para comprar comida. Bebimos hasta la saciedad, compramos grandes odres de agua, y encontramos más pozos mientras seguíamos camino hacia el sur, espaciados como posadas en una calzada real invisible. Los frutos secos y el pan sin levadura eran simples pero te daban sustento, y mi compañero me enseñó a recubrirme los labios reseco con grasa de cordero para evitar que se me llenaran de ampollas. Empezaba a sentirme más cómodo en el desierto. La arena se convirtió en una cama, y mis holgadas vestimentas —lavadas del hedor a asno— atrapaban cada refrescante ráfaga de brisa. Allí donde antes yo sólo había visto desolación, ahora empezaba a ver belleza: había mil sutiles colores en las rocas sinuosas, todo un juego de luces y sombras contra la blancura de la caliza desmoronada por la erosión, y un magnífico vacío que parecía llenar el alma. La sencillez y la serenidad del desierto me recordaban a las pirámides.

De vez en cuando zigzagueábamos más cerca del Nilo, y Ashraf bajaba de noche a una aldea para hacer trueques como un mameluco por comida y agua. Yo me quedaba en lo alto de las colinas desérticas, desde donde podía divisar el sereno cinturón verde de las tierras de cultivo y el azul del río. A veces el viento me traía el sonido de un camello o el rebuzno de un burro, risas de niños o la llamada a la oración. Me sentaba en el límite, una presencia ajena que atisbaba dentro. Hacia el amanecer Ashraf regresaba conmigo, recorriamos unos cuantos kilómetros más y luego, cuando el sol asomaba sobre los riscos, quitábamos la arena a paletadas en lugares que conocía Ashraf y nos metíamos en viejas cuevas excavadas dentro de los riscos.

—Estas cuevas son tumbas de los antiguos —me explicaba Ash, mientras nos arriesgábamos a encender un pequeño fuego para cocinar lo que él nos había conseguido con sus trueques, usando carbón de leña comprado y haciendo bajar la comida con té—. Estas cavernas fueron abiertas hace miles de años. —Estaban medio llenas de la arena traída por el viento, pero aún eran magníficas. Columnas talladas

como haces de papiros sostenían el techo de piedra. Murales de vivos colores decoraban las paredes. A diferencia del granito desnudo de la Gran Pirámide, allí había una representación de la vida en un lugar de muerte, pintada en un centenar de colores. Jóvenes que practicaban la lucha libre; muchachas que bailaban y jugaban; redes que traían bancos enteros de peces; viejos reyes envueltos en árboles de la vida, cada una de cuyas hojas representaba un año; animales que vagaban por bosques imaginarios; embarcaciones que flotaban sobre ríos pintados donde los hipopótamos emergían de las aguas y nadaban los cocodrilos. El aire estaba lleno de pájaros. No había calaveras o cuervos tenebrosos como en Europa o América, sino pinturas que evocaban un Egipto más rico, libre y feliz que el que yo estaba atravesando ahora.

—Parece como un paraíso en aquellos días —dije—. Verde, sin demasiada gente, rico y predecible. No percibes un miedo a la invasión, o un temor a los tiranos. Es como dijo Astiza, mejor entonces que en ningún tiempo posterior.

—En las mejores épocas toda la tierra estaba unida río arriba hasta la tercera o la cuarta catarata —estuvo de acuerdo Ashraf—. Navíos egipcios zarpaban desde el Mediterráneo hasta Asuán, y las caravanas traían riquezas desde Nubia y tierras como Saba y lo que ahora los francos llamáis Somalia. Las montañas daban oro y gemas. Monarcas negros traían marfil y especias. Los reyes cazaban al león en la franja del desierto. Y cada año las aguas del Nilo subían de nivel para regar el valle y renovarlo con limo, tal como está haciendo ahora. La crecida llegará a su apogeo aproximadamente en la fecha que dijiste indicaba tu calendario, el 21 de octubre. Cada año los sacerdotes observaban las estrellas y el zodiaco para saber cuáles serían los momentos óptimos en que sembrar y recoger la cosecha y medían el nivel del Nilo. —Señaló algunas de las pinturas—. Aquí la gente, incluso los más nobles, llevan ofrendas al templo para asegurar la continuidad del ciclo. Por todo el cauce del Nilo había hermosos templos.

—Y los sacerdotes aceptaban esas ofrendas.

—Sí.

—Por una inundación que tenía lugar cada año de todas formas.

Ashraf sonrió.

—Sí.

—Esa es la profesión que quiero tener. Predecir que las estaciones llegarán, que el sol saldrá en el cielo y recoger la gratitud del pueblo llano.

—Con la salvedad de que aquello no era predecible. Algunos años no había inundación, y entonces llegaba la hambruna. Probablemente entonces no querrías ser un sacerdote.

—Apuesto a que tenían preparada alguna buena excusa para la sequía y le pedían a la gente que doblara el tributo. —Siempre he tenido buen ojo para el trabajo fácil y podría imaginar su ordenado sistema. Miré a mi alrededor—. ¿Y qué es esta escritura? —pregunté señalando las inscripciones que había sobre algunas imágenes—. No reconozco la lengua. ¿Es griego?

—Copto —dijo Ashraf—. La leyenda cuenta que los primeros cristianos se escondieron de la persecución de los romanos en estas cavernas. Somos los últimos en una larga cadena de fugitivos.

Otra pared atrajo mi mirada. Se diría que era una cuenta de algo, una serie de marcas hechas en la antigua lengua que ninguno de nosotros podía leer. Algunas parecían bastante sencillas: una marca para indicar 1, tres para 3, y así sucesivamente. Había algo familiar en esas marcas y cavilé en ello mientras estábamos acostados sobre la arena traída por el viento a través de la entrada, que llenaba la mitad de la cueva. Entonces se me ocurrió. Saqué el medallón.

—Ash, mira esto. Este pequeño triángulo de muescas en mi medallón... ¡se parecen mucho a las marcas que hay en esa pared!

La mirada de Ash fue del medallón a la pared.

—Cierto. ¿Y qué?

¿Y qué? Esto podía cambiarlo todo. ¡Si mi intuición era acertada, el extremo inferior del medallón no pretendía representar una pirámide, sino que representaba números! ¡Yo llevaba conmigo algo que contenía alguna clase de suma! Los sabios podían ser unos lunáticos que sólo tenían ojos para las matemáticas, pero mis semanas de aguantarlos empezaban a dar su recompensa: había visto un patrón que de otra manera hubiese podido pasar por alto. Cierto, yo no les encontraba mucho sentido a los números; parecían ser una agrupación aleatoria de unos, doses y treses.

Pero cada vez estaba más cerca de resolver el misterio.

Después de muchos días y kilómetros, llegamos a lo alto de un risco de piedra caliza cerca de Nag Hammadi, donde el Nilo se curvaba alrededor del promontorio y los verdes campos en la otra orilla. Allí, al otro lado del río, vimos lo que buscábamos. La división de soldados franceses de Desaix, tres mil hombres y dos cañones, formaba una columna de más de un kilómetro y medio de largo que marchaba lentamente junto al Nilo. Desde nuestro punto de observación eran insectos en un lienzo intemporal, que reptaban a ciegas sobre un relucir de óleos. Fue en ese momento cuando comprendí la imposibilidad de la tarea que se habían impuesto los franceses. Entonces percibí finalmente la vastedad no sólo de Egipto, sino del África más allá, una interminable sucesión de paisajes que hacía que la división francesa pareciese tan insignificante como una pulga en un elefante. ¿Cómo podía aquel pequeño charco de hombres someter realmente a ese imperio del desierto, erizado de ruinas y lleno de triebños montados a caballo? Era tan audaz como Cortés en México; sólo que Cortés tenía el corazón de un imperio al que apuntar, mientras que el pobre Desaix ya había capturado el corazón y ahora perseguía los brazos convulsos pero desafiantes, en un erial de arena. Su dificultad no era vencer al enemigo, sino encontrarlo.

Mi problema no era encontrar al enemigo, que tenía que estar en algún lugar de esa columna de soldados, sino cómo hacerle frente ahora que los franceses me consideraban un fuera de la ley. Astiza también estaba allí abajo, esperaba yo, pero

¿cómo podía hacerle llegar un mensaje? Mi único aliado era un mameluco; mi única vestimenta, túnicas árabes. Ni siquiera sabía por dónde empezar, ahora que teníamos la división a la vista. ¿Debería cruzar el río a nado y entrar al galope, exigiendo justicia? ¿O intentar asesinar a Silano desde detrás de una roca? ¿Y qué prueba tenía yo de que el conde realmente era mi enemigo? Si lo lograba, me ahorcarían.

—Ash, se me ocurre que soy como un perro que sigue un carro de bueyes, inseguro de qué voy a hacer con lo que persigo si logro alcanzarlo.

—Pues no seas un perro —dijo el mameluco—. ¿Detrás de qué andas realmente?

—La solución a mi acertijo, una mujer, venganza. Pero aún no tengo ninguna prueba de que Silano sea responsable de nada. Tampoco sé exactamente qué hacer con él. No temo encararme con el conde. Es sólo que no estoy seguro de cuál debería ser su merecido. Cabalgar a través del desierto ha sido más simple. El desierto está vacío. Carece de complicaciones.

—Y sin embargo, en última instancia a un hombre le es tan imposible ser uno con el desierto como a una embarcación ser una con el mar; ambos pasan sobre la superficie. El desierto es un lugar por el que atraviesas, no un destino, amigo mío.

—Y ahora nos acercamos al final del viaje. ¿Contará Silano con la protección del ejército? ¿Se me considerará como un fugitivo? ¿Y dónde estará acechando Ahmed bin Sadr?

—Sí, Bin Sadr. No veo a su banda allí abajo con los soldados.

A modo de respuesta, hubo un chasquido metálico sobre una roca cercana y el eco tardío del disparo de un arma de fuego. Una esquirla de roca voló por los aires y luego cayó al suelo.

—¿Ves como los dioses responden a todo? —observó Ashraf.

Me volví sobre mi silla. Al norte detrás de nosotros, desde las colinas de las que veníamos, había una docena de hombres. Vestidos con indumentaria árabe, montaban camellos y sus imágenes temblaban en el calor mientras se mecían con el trote de sus cabalgaduras. Su líder blandía algo demasiado largo para tratarse de un mosque; una vara de madera, supuse.

—Bin Sadr, el diablo en persona —murmuré—. Mantiene alejados a los incursores para que no hostiguen a los franceses. Ahora nos ha visto.

Ashraf sonrió.

—¿Viene a mí tan tranquilamente, habiendo matado a mi hermano?

—La caballería tiene que haberle pedido que nos siguiera el rastro.

—Mala suerte para él, entonces. —El mameluco parecía estar listo para cargar.

—¡Ash, quieto! ¡Piensa! ¡No podemos atacar a una docena de hombres a la vez! Me miró con desdén.

—¿Tienes miedo de unas cuantas balas?

Más nubecillas de humo se elevaron de los árabes que se aproximaban, y más surtidores de polvo brotaron de las rocas alrededor de nosotros.

—¡Sí!

Mi compañero alzó lentamente una de las mangas de su túnica, para revelar la tela limpiamente agujereada por una bala que casi había dado en el blanco. Sonrió.

—Sentí el viento de esta. Bien, en tal caso sugiero que huyamos.

Picamos espuelas y partimos al galope, para descender por la parte de atrás del risco y alejarnos del Nilo en un desesperado esfuerzo por interponer la mayor distancia posible y ponernos a cubierto. Nuestros caballos podían ir más deprisa que un camello en una galopada, pero los dromedarios tenían más resistencia. Podían pasar una semana sin agua, y luego beber un volumen de ella que mataría a cualquier otro animal. A la caballería francesa la habíamos dejado atrás sin problemas. Aquellos guerreros del desierto tal vez se mostrarían más persistentes.

Entramos al galope en un valle lateral, donde nuestros caballos se las vieron y se las desearon para no perder el equilibrio mientras los guijarros volaban en torno a sus cascos, y luego llaneamos en una frenética galopada, mientras intentábamos ignorar el nervioso ulular y los disparos ocasionales de nuestros perseguidores. Los beduinos no nos perdían de vista y la estela del polvo que levantaban flotaba tras ellos, suspendida en el aire inmóvil.

Durante una hora los mantuvimos a una buena distancia de nosotros, pero con el calor y la falta de agua nuestras monturas empezaron a cansarse. Llevaban días con poco que beber y sin que les diéramos de pastar, y lo acusaban. Subimos a lo alto de un risco calcinado por el sol y luego bajamos por el otro lado, con la esperanza de que eso confundiría a nuestros perseguidores; pero el polvo que levantábamos marcaba nuestra posición como un faro.

—¿Puedes frenarlos un poco? —me preguntó Ash finalmente.

—Estoy seguro de que puedo darles. Pero a la velocidad que vienen sólo podré hacer un buen disparo. Se tarda casi un minuto en recargar.

Nos detuvimos en una elevación del terreno y empuñé el rifle largo que llevaba colgado a través de la espalda. Su correa no había dejado de morderme el hombro durante quinientos kilómetros, pero ni por un solo instante sentí la tentación de librarme de aquel peso reconfortante. Mi rifle no se quejaba nunca y era mortífero. Así que ahora tomé puntería a través de mi silla de montar, la mira centrada en Bin Sadr porque sabía que matarlo pondría fin a la persecución. Estaba a sus buenos cuatrocientos pasos de distancia. No había viento, el aire era muy seco, un blanco que cargaba hacia mí..., y suficiente calor para que su imagen se estremeciese como una bandera que ondea. Maldición, ¿dónde estaba Bin Sadr exactamente? Apunté alto para compensar la caída de la bala, apreté el gatillo y disparé, con una detonación que hizo estremecer a mi caballo.

La bala tardó un buen rato en llegar. Entonces el camello rodó por el suelo.

¿Le había dado a Bin Sadr? Los beduinos que nos perseguían habían detenido sus monturas para formar un ansioso círculo, y los oímos gritar de consternación mientras hacían unos cuantos disparos pese a que estábamos fuera del alcance de los mosquetes. Salté a la grupa de mi montura y galopamos tan deprisa como pudimos,

con la esperanza de que haber comprado al menos un poco de tiempo. Ash miró atrás.

—Tu amigo ha empujado a uno de sus compañeros fuera de su camello y lo está montando. El guerrero que se ha quedado sin camello cabalgará con otro. Ahora serán más cautelosos.

—Pero Bin Sadr ha sobrevivido. —Nos detuvimos y volví a cargar mi rifle, aunque eso nos costó la mayor parte de la pequeña ventaja que habíamos conseguido. No quería verme enzarzado en un tiroteo, porque enseguida los tendríamos encima mientras yo recargaba—. Y siguen viniendo.

—Eso parece.

—Ash, no podemos hacerles frente a todos.

—Parece que no.

—¿Qué harán si nos capturan?

—Antes, sólo violarnos y matarnos. Pero ahora que has matado al camello de Bin Sadr, sospecho que nos violarán, nos atarán desnudos a unas cuantas estacas clavadas en el suelo del desierto y usarán escorpiones para atormentarnos mientras la sed y el sol nos matan poco a poco. Si tenemos suerte, una cobra nos encontrará primero.

—No me dijiste que nos harían todo eso antes de que disparara.

—No me dijiste que le darías al camello, no al hombre.

Entramos en un tortuoso desfiladero, con la esperanza de que no terminaría en un callejón sin salida como aquel en el que habíamos cavado buscando agua. Un arroyo seco o *uadi* le daba un suelo arenoso, y el cauce serpenteaba como una culebra. Pero el rastro que dejábamos no podía ser más obvio, y nuestros caballos tenían los flancos cubiertos de espuma.

—No voy a darle el medallón, ¿sabes? No, después de Talma y Enoc. Lo enterraré, me lo comeré o lo tiraré por un agujero.

—No cabalgaría contigo si pensara que fueras a dárselo.

El desfiladero terminaba en una empinada ladera de cascotes que subía hasta el borde del promontorio. Desmontamos y tiramos de las riendas, obligando a subir a nuestras exhaustas monturas. Estas avanzaron de mala gana unos cuantos metros sin dejar de sacudir la cabeza, y cuando ya no pudieron más se encabritaron y empezaron a dar coces. Nosotros estábamos tan exhaustos y trastornados como ellas. Resbalamos por la ladera, las riendas cada vez más tensas en nuestras manos. Por muy fuerte que tirásemos de ellas, nuestras monturas nos arrastraban hacia atrás.

—¡Tenemos que ir por otro camino! —grité.

—Es demasiado tarde. Si volvemos atrás nos toparemos con Bin Sadr. Dejémoslas marchar. —Las riendas volaron de nuestras manos y nuestros caballos bajaron al galope por la ladera, huyendo en la dirección por la que se aproximaban los árabes.

Quedarse sin montura en el desierto equivalía a la muerte segura.

—Estamos perdidos, Ashraf.

—¿Los dioses no te dieron dos piernas y los sesos para usarlas? Ven, que el

destino no nos ha llevado hasta tan lejos para librarse de nosotros ahora. —Empezó a subir por la ladera en el preciso instante en que los árabes doblaban el último recodo del camino detrás de nosotros, gritaban de triunfo y empezaban a hacer nuevos disparos. Fragmentos de roca hicieron explosión detrás de nosotros allí donde daba cada bala, y eso me dio una energía de la que no me sabía poseedor. Afortunadamente, nuestros perseguidores tenían que detenerse a recargar mientras nosotros subíamos pendiente arriba, y lo empinado de la ladera también sería un reto para los camellos. Escalamos el repecho final de la última colina y miramos alrededor, agotados y sin aliento. Era un paisaje de desolación, sin un solo ser vivo a la vista. Troté hasta el borde del siguiente desfiladero...

Y me detuve asombrado.

Allí, en una pequeña hondonada del terreno, había una masa de gente.

Agazapados, los blancos de sus ojos como un campo de ágatas, había al menos cincuenta negros; o habrían sido negros si no estuvieran cubiertos por el mismo fino polvo egipcio que nos recubría a nosotros. Estaban desnudos, llenos de llagas y moscas, y los habían unido con cadenas, tanto a los hombres como a las mujeres. Sus grandes ojos me miraban fijamente como desde máscaras de maquillaje escénico, tan atónitos de vernos como nosotros de verlos a ellos. A su lado había media docena de árabes con látigos y armas de fuego. ¡Negreros!

Los traficantes de esclavos permanecían agazapados con sus víctimas, sin duda perplejos por todo aquel tiroteo. Ashraf gritó algo en árabe y ellos respondieron, un excitado parloteo de voces. Pasado un instante, Ashraf asintió.

—Bajaban por el Nilo y vieron a los franceses. Bonaparte ha estado confiscando las caravanas y liberando a los esclavos. Así que subieron aquí para esperar a que hubieran pasado Desaix y su ejército. Entonces oyeron disparos. Están confusos.

—¿Qué deberíamos hacer?

Como réplica, Ash alzó su mosquete y disparó tranquilamente. La bala se incrustó en el pecho del líder de la caravana de esclavos y el hombre cayó de espaldas sin una palabra, con los ojos desorbitados por la conmoción; su cuerpo aún no había tocado el suelo cuando el mameluco ya disparaba las dos pistolas que acababa de empuñar, dándole en la cara a uno de los traficantes de esclavos y a otro en el hombro.

—¡Lucha! —gritó mi compañero.

Un cuarto esclavista se disponía a empuñar su pistola cuando lo maté sin pararme a pensar. Mientras tanto, Ash ya había desenvainado su espada y se lanzaba a la carga. En cuestión de segundos el hombre herido y un quinto esclavista estaban muertos, y el sexto corría por su vida para huir por donde había venido.

El súbito estallido de ferocidad de mi amigo me dejó estupefacto.

El mameluco fue hacia el líder, limpió su espada en las ropas del muerto y lo registró. Se incorporó con un aro de llaves.

—Estos esclavistas son unas alimañas —dijo—. No capturan a sus esclavos en la batalla, sino que los compran por unas cuantas baratijas y se enriquecen con la

miseria. Merecen morir. Recarga nuestras armas mientras yo les quito los grilletes.

Los negros se pusieron a gritar, y hubo tal agitación de empujones y codazos entre ellos que acabaron enredados en sus propias cadenas. Ash encontró a un par que hablaban árabe y dio unas cuantas órdenes. Los dos esclavos asintieron y les gritaron algo en su lengua a los demás. El grupo se calmó lo suficiente para permitir que los liberáramos, y luego a la indicación de Ash recogieron obedientemente las armas de los árabes, que yo recargué, y piedras.

Ashraf me sonrió.

—Ahora tenemos nuestro propio pequeño ejército. Te dije que los caminos de los dioses son inescrutables, ¿verdad? —Con una seña, llevó a nuestros nuevos aliados hasta lo alto del risco. Nuestra cuadrilla de perseguidores árabes tenía que haberse detenido en cuanto oyó los sonidos de combate al otro lado de la colina; pero ahora ya subían hacia nosotros, seguidos de bastante mala gana por los camellos que llevaban cogidos de las riendas. Ash y yo emergimos de entre las rocas y los secuaces de Bin Sadr gritaron tan triunfalmente como si acabaran de divisar un ciervo herido. Debíamos de parecer muy solos ante el pálido azul de la línea del cielo.

—¡Entrega el medallón y prometo que no os haré ningún daño! —gritó Bin Sadr en francés.

—Como si fuera a creerme tus promesas —musité.

—¡Pide clemencia o arderás como hiciste arder a mi hermano! —gritó Ashraf.

Y entonces cincuenta negros recién liberados aparecieron en lo alto del risco para formar una línea a cada lado de nosotros. Los árabes se detuvieron, perplejos, sin entender que habían entrado en una trampa. Ash ladró una seca orden y los negros soltaron un gran grito. El aire se llenó de piedras y trozos de cadena. Mientras tanto, nosotros dos disparamos, y Bin Sadr y otro hombre se desplomaron. Los negros nos pasaron las armas de fuego de los esclavistas muertos para que las disparáramos también. Beduinos y camellos, acribillados de rocas y metal, se pegaron al suelo entre gritos y gemidos de indignación y terror. Nuestros perseguidores bajaron a toda prisa por la empinada ladera entre una pequeña avalancha de cascotes, la puntería irremediamente echada a perder por lo precario de su posición. Las piedras que les arrojaban los negros fueron tras ellos, una lluvia de meteoritos de frustración súbitamente liberada. Matamos o herimos a varios en su confusa desbandada, y cuando los supervivientes se agruparon en un pequeño corro junto a la base del cañón, alzaron la mirada hacia nosotros como perros que acaban de padecer un severo castigo.

Bin Sadr se agarraba un brazo.

—El diablo siempre sabe cuidar de los que le sirven —gruñí—. Sólo lo he herido.

—Recemos porque se le infecte la herida —dijo Ashraf.

—¡Gage! —gritó Bin Sadr en francés—. ¡Dame el medallón! ¡Ni siquiera sabes para qué sirve!

—¡Dile a Silano que se vaya al infierno! —grité yo a modo de respuesta. Los

ecos de nuestras palabras resonaban a lo largo del desfiladero.

—¡Te daremos a la mujer!

—¡Dile a Silano que voy a ir por ella!

Los ecos se desvanecieron. Los árabes aún tenían más armas de fuego que nosotros, y a mí no me seducía nada la idea de encabezar a los esclavos liberados para librar una encarnizada batalla ahí abajo. Bin Sadr sin duda también estaba sopesando las posibilidades. Reflexionó en silencio, y luego montó trabajosamente. Sus seguidores también subieron a sus camellos.

Bin Sadr empezó a alejarse sin ninguna prisa, y de pronto hizo volver grupas a su camello y levantó la vista hacia mí.

—¡Quiero que sepas que tu amigo Talma gritó antes de morir! —dijo. La palabra «morir» reverberó en el desierto, con un sinfín de ecos que rebotaban contra las rocas.

Bin Sadr ya estaba fuera del alcance de mi rifle, pero aún podía centrarlo en mi mira. Disparé impulsado por la frustración, y la bala levantó una nubecilla de polvo treinta metros detrás de él. Bin Sadr rio, el sonido amplificado en el desfiladero, y luego se alejó al trote con los compañeros que le quedaban por el camino que habían seguido al venir.

—Tú también lo harás —murmuré.

Con nuestros caballos perdidos de vista, cogimos dos de los camellos de los traficantes de esclavos y dimos los otros cuatro a los negros liberados. Había suficientes provisiones para que el grupo pudiera iniciar el largo camino de regreso a su tierra natal, y también les dimos las armas de fuego capturadas para que pudieran cazar y mantener a raya a los esclavistas que sin duda intentarían volver a capturarlos. Les enseñamos cómo cargar y disparar, tarea que aprendieron con celeridad. Luego se agarraron a nuestras rodillas para darnos las gracias tan fervientemente que al final tuvimos que apartarles las manos. Los habíamos rescatado, cierto, pero ellos también nos habían rescatado a nosotros. Ashraf les dibujó una ruta a través de las colinas del desierto que los mantendría alejados del Nilo hasta que hubieran rebasado la primera catarata. Luego ellos siguieron su camino y nosotros seguimos el nuestro.

Era mi primera vez a lomos de un camello, una bestia ruidosa, malhumorada y más bien fea provista de su propia comunidad de pulgas y piojillos. Pero lo habían adiestrado bien y era razonablemente dócil, y llevaba un hermoso arnés de vivos colores. Siguiendo las instrucciones de Ash, me encaramé a su grupa cuando el camello se sentó en el suelo, y luego me agarré al pomo de la silla cuando se levantó con una lenta oscilación. Unos cuantos gritos de «¡Hut, hut!» y se puso en movimiento, para seguir a la bestia de Ash. Había un rítmico bamboleo al que tardabas un tiempo en acostumbrarte, pero no era del todo desagradable. Sentías como si fueras en un bote mecido por las olas. Ciertamente serviría hasta que

volviese a encontrar un caballo, y tenía que alcanzar a la fuerza expedicionaria francesa antes de que lo hiciera Bin Sadr. Seguimos la cresta del risco hasta un punto desde el que se divisaba uno de los transbordadores del Nilo, y a continuación descendimos para pasar al lado del río por el que avanzaba Desaix.

En la otra orilla cruzamos el rastro que dejaba el ejército, fuimos a través de un bosquecillo de plataneros y finalmente volvimos a entrar en el desierto por el oeste y fuimos hacia unas pequeñas colinas, describiendo un círculo alrededor de ellas en dirección al flanco del ejército. La tarde llegaba a su fin cuando volvimos a divisar la columna, acampada a lo largo del oscuro curso del Nilo. Las sombras de las palmeras datileras peinaban el suelo.

—Si seguimos adelante ahora, podremos entrar en sus líneas antes del ocaso — dije.

—Un buen plan. Adelante con él, amigo mío.

—¿Qué? —Yo estaba perplejo.

—He hecho lo que tenía que hacer. Te he librado de la cárcel y te he traído hasta aquí, ¿no?

—Más de lo que deberías. Estoy en deuda contigo.

—Como yo lo estoy contigo por haberme dado mi libertad, tu confianza y tu compañía. Hice mal en culparte de la muerte de mi hermano. El mal llega, ¿y quién sabe por qué? Existen fuerzas duales en el mundo, eternamente en tensión. El bien debe combatir al mal, eso es una constante. Y nosotros lo combatiremos, pero cada uno a su propia manera, porque ahora he de ir con mi gente.

—¿Tu gente?

—Bin Sadr tiene demasiados hombres para que pueda enfrentarme a él solo. Aún soy un mameluco, Ethan Gage, y en algún lugar del desierto está el ejército fugitivo de Murad Bey. Mi hermano Enoc se mantuvo con vida hasta que llegaron los franceses; y temo que muchos más morirán hasta que esta presencia extranjera sea expulsada de mi país.

—Pero Ashraf, yo formo parte de ese ejército.

—No. Tú tienes tan poco de franco como un mameluco. Eres algo extraño y fuera de lugar, americano, enviado aquí para servir al propósito de los dioses. No estoy seguro de cuál es el papel que has elegido interpretar, pero siento que debo dejarte solo para que lo hagas, y algo me dice que el futuro de Egipto depende de tu coraje. Así que ve a reunirte con tu mujer y haz lo que sus dioses te piden que hagas.

—¡No! ¡Éramos algo más que meros aliados, hemos llegado a ser amigos! ¿Verdad que hemos llegado a serlo? ¡Y ya he perdido a demasiados amigos! Necesito tu ayuda, Ashraf. ¡Venga a Enoc conmigo!

—La venganza llegará cuando los dioses lo quieran. Si no, Bin Sadr hubiese muerto hoy, porque tú rara vez fallas el blanco. Sospecho que él tiene otro destino, quizá más terrible. Mientras tanto, lo que necesitas es lo que ese conde Silano ha venido aquí a encontrar, y cumplir tu destino. Lo que suceda en los futuros campos de

batalla no podrá alterar el vínculo que hemos creado a lo largo de todos estos días. La paz sea contigo, amigo, hasta que encuentres lo que quiera que andas buscando.

Y con esas palabras él y su camello desaparecieron hacia el sol poniente; y yo me puse en camino, más solo que nunca, para encontrar a Astiza.



o sabía que entrar al galope en la división de soldados franceses de Desaix gritando que quería ver a Silano probablemente sólo serviría para que me arrestaran. Pero lo que me faltaba en poder lo compensaba en posesión: tenía el medallón; y mi rival, no. Sería mucho más fácil, comprendí, hacer que Silano viniera hacia mí.

Faltaba poco para que oscureciese cuando me dirigí, con los brazos en alto, hacia un pelotón de centinelas acampados. Unos cuantos soldados corrieron a mi encuentro armados con mosquetes, habiendo aprendido a sospechar de cualquier egipcio que se les acercara. Demasiados franceses incautos habían muerto en una guerra que se volvía cada vez más cruel.

Me lo jugué todo a que la noticia de mi huida de El Cairo aún no habría llegado a aquellos piquetes.

—¡No disparéis! ¡Soy un americano reclutado por el grupo de estudiosos de Berthollet! ¡He sido enviado por Bonaparte para proseguir mi investigación de los antiguos!

Los centinelas me miraron con sospecha.

—¿Por qué vais vestido como un nativo?

—¿Sin escolta, creéis que aún estaría vivo si no fuese vestido así?

—¿Habéis venido solo desde El Cairo? ¿Estáis loco?

—La embarcación en la que iba chocó con una roca y tiene que ser reparada. Yo estaba impaciente por llegar, así que decidí adelantarme. Espero que haya ruinas aquí.

—Lo reconozco —dijo uno—. El hombre de Franklin. —Escupió.

—Seguro que apreciáis lo que vale la oportunidad de estudiar el magnífico pasado —dije en tono jovial.

—Murad Bey se burla de nosotros, siempre unos cuantos kilómetros por delante. Lo vencemos. Y luego volvemos a vencerlo. Y luego lo vencemos otra vez. Cada vez sale corriendo y cada vez vuelve. Y cada vez unos cuantos más de nosotros nunca volverán a Francia. Y ahora esperamos en las ruinas mientras él se adentra un poco más en este maldito país, tan fuera de nuestro alcance como un espejismo.

—Si es que puedes ver el espejismo —intervino otro—. Mil soldados tienen los ojos llorosos con todo este polvo y el sol, y cien van con bastón porque han perdido la vista. Es como una escena cómica de una obra de teatro. ¿Listos para combatir? ¡Sí, aquí está nuestra fila de mosqueteros ciegos!

—¡Ceguera! Eso es lo de menos —añadió un tercero—. Hemos cagado dos veces nuestro peso entre aquí y El Cairo. Las llagas no se curan; las ampollas se convierten en forúnculos. ¡Pero si hasta se dan casos de plaga! ¿Quién no ha perdido media docena de kilos sólo en esta marcha?

—¿O llegado a estar tan caliente que no le importaría hacerlo con las ratas y los

burros?

A todos los soldados les gusta quejarse, pero estaba claro que la desilusión con Egipto crecía por momentos.

—Puede que Murad esté a las puertas de la derrota —dije.

—Entonces derrotémoslo.

Acaricié mi rifle.

—Ha habido momentos en los que mi cañón ha estado tan caliente como los vuestros, amigos.

Eso despertó su interés.

—¿Es el rifle largo americano? He oído decir que puede matar a un piel roja a mil pasos de distancia.

—No llega tan lejos, pero si sólo tienes un disparo, entonces este es el rifle que quieres. Hace poco le acerté a un camello a cuatrocientos pasos. —No había necesidad de contarles a qué había apuntado.

Los centinelas hicieron corro a mi alrededor. Los hombres encuentran unidad en admirar buenas herramientas y mi rifle, como he dicho, era una pieza magnífica, una joya entre la escoria de sus mosquetes reglamentarios.

—Hoy mi rifle está frío porque tengo otra tarea, no menos importante. He de conferenciar con el conde Alessandro Silano. ¿Sabéis dónde puedo encontrarlo?

—En el templo, supongo —dijo un sargento—. Creo que quiere vivir allí.

—¿Templo?

—Apartado del río, pasada una aldea llamada Dendara. Hemos hecho un alto para que Denon pueda hacer más dibujos, Malraux pueda medir más piedras y Silano pueda murmurar más hechizos. Qué circo de lunáticos. Al menos él se ha traído una mujer.

—¿Una mujer? —Intenté no revelar ningún interés particular.

—Ah, esa —asintió un soldado—. Me acuesto con ella en mis sueños. —Movié el puño arriba y abajo al tiempo que sonreía.

Contuve la inclinación de darle con la culata de mi rifle.

—¿Por dónde se va a ese templo?

—¿Tenéis intención de ir vestido como un bandido?

Me puse recto.

—Parezco un jeque, creo yo.

Eso les arrancó una carcajada. Me indicaron la dirección con el dedo y se ofrecieron a escoltarme, pero decliné la oferta.

—Necesito conferenciar con el conde a solas. Si no está ya en las ruinas y lo veis, dadle este mensaje. Decidle que a medianoche podrá encontrar lo que anda buscando.

Decidí jugar la carta de que Silano no me haría arrestar. Primero querría que yo encontrase lo que ambos estábamos buscando; y luego, que se lo entregara a cambio de Astiza.

El templo brillaba bajo las estrellas y la luna, un inmenso santuario con un techo de piedra sostenido por pilares. Tanto él como sus templos subsidiarios se hallaban rodeados por un muro circular de ladrillos de aproximadamente un kilómetro, erosionado y medio enterrado. El acceso principal del muro sobresalía de la arena como medio sumergido, con el hueco justo para pasar por debajo. Habían tallado en él dioses egipcios, jeroglíficos y un sol alado flanqueado por cobras. Más allá, el patio estaba lleno de dunas como olas en el océano. Una luna menguante arrojaba su pálida claridad sobre una arena fina como la piel de una mujer egipcia, sensual y esculpida. Sí, allí había un muslo, más allá de él una cadera, y luego un obelisco enterrado como un pezón sobre un pecho...

Había pasado demasiado tiempo lejos de Astiza, ¿verdad?

El edificio principal tenía una fachada plana, con seis inmensos pilares que brotaban de la arena para sostener el techo de piedra. Cada columna estaba rematada por la cara erosionada de una diosa de anchas facciones. O más bien cuatro caras: en cada pilar la diosa miraba en las cuatro direcciones cardinales, su tocado egipcio descendiendo tras unas orejas de vaca. Con su sonrisa de anchos labios y sus afables e inmensos ojos, Hathor tenía una serenidad bovina. Vi que el tocado estaba coloreado con pintura apagada, evidencia de que había habido un tiempo en el que toda ella estuvo coloreada. El abandono del templo era evidente por las dunas que habían entrado dentro. La fachada parecía un muelle que empieza a ser consumido por la subida de la marea.

Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie. Tenía mi rifle, mi tomahawk y ningún plan claro aparte de la idea de que aquel podía ser el templo que albergaba la vara de Min, que Silano podía reunirse conmigo allí y que yo podría divisarlo antes de que me viera.

Subí por la duna y pasé a través de la entrada central. Debido a la acumulación de arena, me encontré a no mucha distancia del techo en cuanto estuve dentro. Cuando encendí una vela que les había pedido a los soldados, la llama reveló un techo pintado de azul lleno de estrellas amarillas de cinco puntas. Parecían estrellas de mar o, pensé, la cabeza, brazos y piernas de hombres que hubieran pasado a ocupar un lugar en el cielo nocturno. También había una hilera de buitres y soles alados decorados con rojos, oro y azules. Rara vez miramos arriba y, sin embargo, todo el techo estaba tan intrincadamente decorado como la Capilla Sixtina. A medida que me adentraba en la primera y más grande de las salas, la arena empezó a ser menos abundante y el suelo descendía; lo cual me permitió hacerme una idea de lo altos que eran los pilares en realidad. El interior te hacía sentir como si estuvieras en un bosque de inmensos árboles, minuciosamente tallados y pintados con símbolos. Fui con el alma sobrecogida entre las dieciocho gigantescas columnas, cada una coronada por las plácidas caras de la diosa. Los pilares se volvían más gruesos conforme subían. Había una hilera de *ankhs*, la llave sagrada de la vida. Luego envaradas figuras egipcias presentaban ofrendas a los dioses. Había los indescifrables jeroglíficos, muchos

contenidos en óvalos a los que los franceses habían puesto por nombre *cartouches*, o cartuchos. Había tallas de pájaros, cobras, frondas y animales en movimiento.

En los extremos de esta sala el techo era aún más elaborado, y había sido decorado con los signos del zodiaco. Una inmensa mujer desnuda, con los miembros estirados como si fuesen de goma, se curvaba alrededor de ellos: una diosa del cielo, supuse. Pero la suma de todo aquello era impresionante y abrumadora, una capa de dioses y signos tan gruesa que era como caminar dentro de un periódico antiguo. Yo era un sordo en una función de ópera.

Estudí la arena en busca de huellas. Ni rastro de Silano.

Al fondo de esa gran sala había una entrada a una más pequeña, igualmente alta pero más íntima. Allí empezaba una serie de estancias, cada una de ellas adornada en las paredes y el techo pero carente de mobiliario desde hacía milenios, su propósito nada claro. Entonces un escalón conducía a otra entrada, y más allá había otra, cada habitación más pequeña y de techo más bajo que la anterior. A diferencia de una catedral cristiana, que se ensancha conforme uno avanza por ella, los templos egipcios parecían encogerse cuanto más te adentrabas en ellos. Cuanto más sagrado el recinto, más excluyente y falto de iluminación era, porque los rayos de luz sólo llegaban hasta él en raros días del año.

¿Podía ser ese el significado de mi fecha de octubre?

Las decoraciones eran tan maravillosas que por unos instantes olvidé mi misión. Tuve fugaces vislumbres de serpientes y flores de loto, embarcaciones que flotaban en el cielo y fieros y terribles leones. Había babuinos e hipopótamos, cocodrilos y pájaros de largo cuello. Hombres portadores de ofrendas marchaban en procesiones magníficamente decoradas. Mujeres ofrecían sus pechos como si fueran la misma vida. Deidades tan majestuosas y pacientes como emperadores se alzaban en poses de perfil. Parecía tosca e idolátrica aquella mezcolanza de animales y dioses con cabezas de animal y, sin embargo, entonces me di cuenta por primera vez de que los egipcios estaban mucho más próximos a sus dioses que nosotros de los nuestros. Los nuestros son dioses del cielo, distantes, ultraterrenos; mientras que los egipcios podían ver a Thoth cada vez que un ibis caminaba por una laguna. Podían sentir a Horus con cada vuelo de un halcón. Podían contar que habían hablado con un arbusto ardiente, y sus vecinos aceptaban la historia sin inmutarse.

Seguía sin haber ni rastro de Silano o Astiza. ¿Me habían enviado al sitio equivocado los soldados, o estaba entrando en una trampa? En un momento dado creí oír un eco de pasos, pero cuando agucé los oídos no había nada. Encontré unas escaleras y subí por ellas, ascendiendo en una serie de giros como un halcón que se eleva por el cielo. Esculpida en las paredes había una procesión ascendente de hombres portadores de ofrendas. Tenía que haber habido ceremonias allí arriba. Emergí al techo del templo, rodeado por un parapeto. Todavía inseguro de lo que andaba buscando, caminé entre pequeños santuarios edificadas sobre su terraza. En uno de ellos, pequeños pilares rematados por la diosa Hathor formaban una especie

de mirador que me recordó los parques parisinos. En la esquina noroeste había una puerta que conducía a un pequeño sagrario de dos habitaciones. La cámara interior estaba adornada con bajorrelieves que mostraban a un faraón o dios levantándose de entre los muertos en más de un sentido: su falo estaba erecto y triunfante. Me recordó al tumesciente dios Min. ¿Era aquella la leyenda de Isis y Osiris que había escuchado mientras navegábamos hacia Egipto? Un halcón flotaba sobre el ser que se disponía a resucitar. Una vez más, mi pobre cerebro no pudo detectar ninguna clave útil.

La cámara exterior, sin embargo, me produjo un hormigueo de excitación. En el techo, dos mujeres desnudas flanqueaban un espectacular relieve circular atestado de figuras. Después de estudiarlo un rato, decidí que el relieve tenía que ser una representación del cielo sagrado. Sostenido por cuatro diosas y ocho representaciones de Horus, el dios con cabeza de halcón —¿representaban los doce meses?—, había un disco circular de los cielos simbólicos, pintado con apagados tonos azules y amarillos. Volví a distinguir signos del zodiaco, no muy distintos de los que habían llegado hasta nosotros en tiempos modernos: el toro, el león, el cangrejo, los peces gemelos. En la circunferencia había una procesión de treinta y seis figuras, tanto humanas como animales. ¿Podía ser que representaran las semanas de diez días egipcias y francesas?

Estiré el cuello e intenté encontrarle algún sentido. En el eje norte del templo había una figura de Horus, el halcón, que parecía anclar todo el resto. Hacia el este estaba Tauro, el toro, que representaba la era en que habían sido construidas las pirámides. Al sur había una criatura mitad pez y mitad cabra, y cerca de ella un hombre que vertía agua de dos jarras: ¡Acuario! Este era el signo de la era futura, que llegaría dentro de unos siglos, y el símbolo para la crecida del Nilo que daba vida a Egipto. Acuario como el símbolo del agua en el medallón alrededor de mi cuello y Acuario como el signo en el calendario perdido del *Orient*, que yo había deducido indicaba el 21 de octubre.

El círculo del techo me recordó una brújula. Acuario estaba orientado hacia el suroeste.

Salí de la cámara y traté de orientarme. Una escalera de piedra conducía al parapeto en el borde posterior del templo, así que subí a echar una mirada. Hacia el suroeste había otro templo, más pequeño y deteriorado que aquel en el que me hallaba. Enoc había dicho que habría un pequeño templo de Isis, y dentro de él, tal vez, la misteriosa vara de Min. Más allá del segundo templo las dunas habían rebasado el muro que circundaba el recinto, y colinas lejanas relucían con destellos plateados bajo frías estrellas.

Acaricié el medallón que reposaba sobre mi pecho. ¿Podría encontrar la parte que lo completaba?

Un segundo tramo de escalones me llevó de vuelta al primer piso. La rectitud de su trazado era como el descenso en picado de un halcón que había subido en espirales al otro lado. Ahora hombres con ofrendas desfilaban hacia abajo. Una vez más me

hallaba en el templo principal, pero una puerta a un lado conducía nuevamente a las arenas del recinto sagrado. Levanté la mirada. La pared del templo principal se alzaba sobre mí, y cabezas de león sobresalían de ella como gárgolas.

Fui con el rifle preparado a la parte de atrás, hacia el templo más pequeño que acababa de divisar. A mi derecha, unas cuantas palmeras crecían de las ruinas del lago sagrado. Intenté imaginar aquel lugar en tiempos antiguos, con las dunas mantenidas a raya, las calzadas pavimentadas y relucientes, los jardines cuidados y el cabrilleo de las aguas del lago mientras los sacerdotes se bañaban en él. ¡Qué oasis tenía que haber sido entonces! Ahora eran ruinas. En la parte de atrás del templo doblé la esquina y me detuve en seco. Figuras gigantescas estaban talladas en la pared, nueve metros de alto. Un rey y una reina, adiviné por su tocado, ofrecían productos de la tierra a una diosa de generosos senos, quizás Hathor o Isis. La reina era una mujer esbelta y elegante con una imponente corona, los brazos al descubierto, las piernas largas y esbeltas. Llevaba una peluca trenzada y una cobra como una tiara dorada se alzaba sobre su frente.

—Cleopatra —jadeé. ¡Tenía que ser ella, si Enoc no se había equivocado! Estaba vuelta hacia su pequeño templo de Isis, ubicado unos veinte metros al sur del edificio principal.

Miré a mi alrededor. El recinto parecía estar desprovisto de vida, salvo por mí. Tuve la sensación de permanecer al acecho, a la espera. Pero ¿de qué?

El templo de Isis había sido construido sobre una terraza elevada, una pequeña duna de arena traída por el viento entre él y la talla de Cleopatra en el edificio principal. La mitad del pequeño templo era un santuario circundado por un muro como en el templo de mayores dimensiones del que venía yo. La otra mitad estaba abierta y en ruinas, una oscura masa de pilares y vigas expuestas al cielo. Trepé por los bloques rotos hasta llegar a la puerta de la sección amurallada.

—¿Silano? —La pregunta volvió a mí convertida en ecos.

Vacilante, entré. Estaba muy oscuro, sin otra luz que la que entraba por la puerta y dos aberturas practicadas en lo alto, tan pequeñas que sólo una paloma habría podido pasar por ellas. La cámara era más alta que larga o ancha, y claustrofóbica; y su olor, acre. Di otro paso.

Entonces hubo un súbito zumbido de alas y me agaché instintivamente. Un viento cálido me abofeteó, apagando mi luz. Una bandada de murciélagos revoloteó sobre mi cabeza entre un coro de chillidos, y sus alas duras me arañaron el cuero cabelludo. Un instante después los murciélagos ya habían salido del templo. Volví a encender mi vela con mano temblorosa.

Una vez más, las paredes estaban cubiertas de tallas y restos de antiguas pinturas. Predominaba una mujer que supuse Isis. No vi ningún indicio de Min o su vara, o de ninguna otra cosa, y me pregunté si no estaría yendo tras una pista falsa. Siempre sentía como si buscara a tientas en la oscuridad, rodeado de claves que ningún hombre razonable podía entender. ¿Qué se suponía que tenía que ver?

Reparé, finalmente, en que aquella cámara era considerablemente más pequeña que el perímetro cerrado del templo. Debería haber una segunda cámara. Salí al porche de piedra y vi que había una segunda puerta y otra cámara alta, aún más estrecha que la primera, e igual de sorprendente. Esta, no obstante, tenía una mesa de piedra, como un altar. El pedestal tendría las dimensiones de un pequeño escritorio, colocado en el centro de la cámara. Era sencillo, sin nada de particular, y yo podría haber pasado de largo junto a él si no hubiera sido porque entonces ocurrió algo muy peculiar. Cuando me incliné sobre el altar, la cadena que me rodeaba el cuello se abrió y quedó enganchada en el pedestal. El medallón se desprendió y cayó al suelo de piedra con un tintineo claramente audible. Esto nunca me había ocurrido antes. Solté un juramento; pero cuando me agaché para recuperarlo, vi algo que me dejó estupefacto.

Talladas en una de las losas del suelo había dos tenues uves mayúsculas, superpuestas como el compás y la escuadra. En el estilo egipcio eran geométricas y, sin embargo, el parecido no podía estar más claro.

—Por el Gran Arquitecto —murmuré—. ¿Puede ser?

—Me acordé del escrito de Enoc: «La cripta llevará al cielo».

Volví a colgar el medallón de la cadena y dejé caer el pie sobre la losa del suelo. Sentí que se movía. Debajo había algo hueco.

Me arrodillé lleno de excitación, mi rifle puesto a un lado, y hurgué con la hoja de mi tomahawk hasta que pude agarrar la losa. Se levantó como una pesada trampilla y exhaló una ráfaga de aire viciado, un anuncio de que llevaba mucho tiempo sin ser abierta. Cogí mi vela y me incliné sobre ella. La luz brilló bajo mis pies. ¿Podía haber algún tesoro? Dejé mi arma un instante y me deslicé por el hueco con los pies por delante, cayendo tres metros para aterrizar igual que un gato. El corazón me palpitaba en el pecho. Miré hacia arriba. A Silano no le habría costado nada volver a poner la trampilla en su sitio si me estuviese observando. ¿O esperaba a ver qué podía encontrar yo?

Unos pasajes llevaban en dos direcciones.

Otro despliegue de tallas. El techo acogía un campo de las estrellas de cinco puntas. Las paredes estaban repletas de dioses, diosas, halcones, buitres y serpientes dispuestas a atacar, un motivo repetido una y otra vez. El primer pasaje terminaba seis metros más allá, en un montículo de ánforas de barro; viejas vasijas cubiertas de polvo que no parecía probable contuvieran nada de valor. No obstante, sólo para asegurarme, partí una con mi tomahawk. Cuando se rompió por la mitad, levanté mi vela.

Y di un salto. Me devolvió la mirada el horrible rostro de un babuino momificado con la carne reseca, unas órbitas enormes y las mandíbulas llenas de dientes. ¿Qué diablos hacía allí? Rompí otra vasija y encontré otro babuino dentro. Otro símbolo, recordé, del dios Thoth. Así que esto era una especie de catacumba, llena de extrañas momias animales. ¿Eran ofrendas? Acerqué mi vela al techo para que la luz se

proyectara más lejos en la penumbra. Las vasijas de barro estaban amontonadas hasta allí donde llegaba la luz, y unas cositas minúsculas se movían en las sombras, alguna clase de insectos.

Di media vuelta y fui en dirección opuesta, por el otro pasaje. Estaba impaciente por salir de aquella cripta; pero si la clave de Enoc tenía algún sentido, entonces tenía que haber algo allí abajo. Ya no me quedaba mucha vela. Y entonces hubo más movimiento, algo que se arrastraba por el suelo alejándose de mí.

Miré con mi magra luz. Vi el rastro de una maldita serpiente en la arena y el polvo, y una grieta dentro de la que probablemente acababa de deslizarse. Empecé a sudar. ¿También estaba Bin Sadr ahí abajo? ¿Por qué se me había ocurrido dejar mi rifle?

Y entonces algo brilló.

El otro túnel también terminaba allí, pero ahora no había vasijas, sino un relieve de la entonces ya familiar figura priápica de Min, que probablemente había estado dotada de cierta fascinación para la sensual Cleopatra. Estaba tieso como un palo, con el miembro erecto y sorprendentemente brillante.

Min no había sido decorado con pintura, sino con oro. Su virilidad quedaba enmarcada por dos varas gemelas de oro conectadas con una bisagra en un extremo: mitad obscenidad, mitad herramienta de vida. Si uno no sabía de la existencia del acertijo del medallón, supondría que las varas doradas eran un mero adorno sagrado.

Pero yo sospechaba que Cleopatra podía haber tenido otra idea. Quizás había dejado aquella pieza en Egipto si realmente se llevó el otro medallón a Roma, para asegurar que su secreto permanecería en su país nativo. Tiré del miembro dorado hasta que se me quedó en la mano, y accioné la bisagra. Ahora las varas doradas formaban una v. Saqué el medallón, extendí los brazos y puse esta nueva v a través de ellos. Cuando formé el ahora familiar símbolo masónico, un compás cruzado con una escuadra, las muescas en los brazos del medallón encajaron. El resultado fue un diamante de brazos superpuestos, suspendido bajo el disco inscrito del medallón pero, naturalmente, sin la letra G europea, que los masones usaban para referirse al Dios anglosajón o a la swosis.

Espléndido. Había completado el medallón, y quizás encontrado uno de los símbolos fundamentales de mi propia fraternidad.

Pero seguía sin tener ni idea de lo que podía significar aquello.

—Ethan.

El sonido era muy tenue, casi como un murmullo del viento o un engaño del oído; aunque nada más oírlo supe que era la voz de Astiza, en algún lugar fuera del templo. La llamada fue tan electrizante como un rayo caído del cielo. Me colgué del cuello el medallón con su nueva complejidad, corrí por el pasillo, vi para mi alivio que la losa seguía inclinada y me escurrí rápidamente por el agujero y fuera del pozo de la cripta. Mi rifle estaba donde lo había dejado, intacto. Lo cogí y me agazapé en un rincón. Todo estaba en silencio, y me pregunté si no me habría imaginado la llamada de

Astiza. Fui hasta la entrada sin hacer ruido y eché una cautelosa ojeada fuera. Pude entrever a Cleopatra en la pared frente al templo principal, su forma tallada bañada por la luna.

—¿Ethan? —Era casi un sollozo, procedente de los pilares abiertos adyacentes al recinto en el que me encontraba.

Salí al porche del templo y avancé tan sigilosamente como un indio, el rifle listo para hacer fuego. En esa mitad de la plataforma del templo, las columnas subían hacia vigas horizontales que no sostenían nada y enmarcaban cuadrados de cielo. Pude ver las estrellas entre ellas. Un rostro distinto, ahora el de la serena Isis, había sido esculpido en el diseño del pilar.

—¿Astiza? —Mi voz creó ecos entre las columnas.

—¿Lo tienes?

Fui alrededor de un pilar y allí estaba ella. Me detuve, confuso.

La habían reducido a mi fantasía de una chica del harén, las piernas visibles a través del lino traslúcido de su vestido, cargada de joyas y con los ojos pintados. Había sido vestida para la seducción. Tenía los brazos levantados porque en sus muñecas había grilletes cuyas cadenas llevaban hasta una viga de piedra sobre su cabeza. La postura le elevaba los pechos al tiempo que la obligaba a tensar la cintura y las caderas, y el efecto general era de una erótica indefensión, el cuadro de una princesa en peligro. Me detuve, anonadado ante aquella aparición salida de un cuento de hadas.

—¿Está completo? —me preguntó Astiza con un hilo de voz.

—¿Por qué vas vestida así? —Era la más mundana de un centenar de preguntas que rebotaban como bolas de billar en mi mente, pero sentía que estaba en un sueño alucinatorio.

La respuesta fue la presión de la punta de una espada en mi nuca.

—Porque así distrae con su presencia —murmuró el conde Silano—. Tirad vuestro rifle, *monsieur*. —La espada me apretó la nuca con más fuerza.

Traté de pensar. Mi arma cayó al suelo con un golpe sordo.

—Ahora, el medallón.

—Es vuestro —dije—, si le quitáis las cadenas y nos dejáis huir.

—¿Quitarle las cadenas? Pero ¿por qué, cuando puede limitarse a bajar los brazos?

Y Astiza así lo hizo, pidiéndome disculpas con la mirada mientras deslizaba sus esbeltas muñecas fuera de los grilletes que no habían llegado a ser cerrados. Las cadenas se mecieron en el aire con un suave balanceo, un adminículo de utilería repentinamente vacío. Los velos de gasa le envolvían el cuerpo como una estatua clásica, y las prendas íntimas no hacían sino atraer la atención hacia los lugares que ocultaban. Astiza parecía avergonzada por su propia fraudulencia.

Una vez más, me sentí como un idiota.

—¿No os habíais dado cuenta de que ahora está conmigo? —dijo Silano—. Pero

vos sois americano, claro, demasiado directo, demasiado confiado, demasiado idealista, demasiado ingenuo. ¿Habéis recorrido toda esta distancia fantaseando con rescatarla? No es sólo que nunca entenderais el medallón, sino que nunca la entendisteis a ella.

—Eso es mentira. —Alcé la mirada hacia Astiza mientras lo decía, con la esperanza de recibir alguna confirmación. Ella permaneció inmóvil y temblorosa mientras se frotaba las muñecas.

—¿Lo es? —dijo Silano detrás de mí—. Repasemos la verdad. Talma fue a Alejandría para hacer preguntas acerca de ella no sólo porque era vuestro amigo, sino porque era un agente de Napoleón.

—Eso también es mentira. Talma era periodista.

—Un periodista que había hecho un trato con el corso y sus científicos, a quienes prometió no perderos de vista a cambio de tener acceso a los círculos que tomaban las decisiones. Bonaparte quiere que el secreto sea encontrado, pero no confía en nadie. Así que Talma podría venir si os espiaba. El periodista sospechó de Astiza desde el primer momento. ¿Quién era ella? ¿Por qué os seguía como una perrita obediente, sin que pareciese importarles que eso la obligara a desplazarse con un ejército o dejarse llevar a un harén? ¿Porque se había prendado de vos debido a vuestro torpe encanto? ¿O porque siempre ha estado en alianza conmigo?

No cabía duda de que al conde le gustaba alardear. Astiza no apartaba la mirada de las vigas del techo en ruinas.

—Mi querido Gage, ¿habéis entendido aunque sólo sea una de las cosas que os han sucedido? El periodista descubrió algo bastante inquietante acerca de nuestra bruja alejandrina: la información de vuestra venida no fue transmitida por los gitanos, como os dijo ella, sino por mí. Sí, permanecíamos en comunicación. Pero en lugar de ayudar a mataros, como había recomendado yo, Astiza parecía haber decidido utilizaros para descubrir el secreto. ¿Cuál era su juego? Cuando desembarqué en Alejandría, Talma pensó que podría espiarme también, pero Bin Sadr lo sorprendió. Le dije al muy idiota que podía unirse a mí contra vos y luego podríamos vender cualquier tesoro que encontráramos al mejor postor, ya fuese rey o general — ¡Bonaparte también!—, pero no hubo manera de razonar con él. Me amenazó con que iría a ver a Bonaparte y haría que el general nos interrogase a todos. Su valor como moneda de cambio quedó reducido a cero cuando vos insististeis en la ficción de que el medallón se había perdido. Ahora la última posibilidad que le quedaba era robárselo a quienquiera que lo tuviese y entregármelo, pero se negó. Al final, el pequeño hipocondríaco fue más leal de lo que os merecíais, y además resultó ser todo un patriota francés.

—Y vos no lo sois —dije con voz gélida.

—La Revolución le costó a mi familia todo lo que tenía. ¿Pensáis que me relaciono con la chusma porque me importa mucho la libertad? Fue su libertad la que me lo arrebató todo, y ahora voy a utilizarlos para recuperar todo lo que perdí. No

trabajo para Bonaparte, Ethan Gage. Bonaparte, involuntariamente, trabaja para mí.

—Así que me enviasteis a Talma en una vasija. —Tenía los puños tan rígidamente apretados que los nudillos se me habían puesto blancos. El cielo parecía dar vueltas sobre mi cabeza, las cadenas un péndulo como en algún truco de Mesmer. Sabía que sólo me quedaba una posibilidad.

—Una baja de guerra —contestó Silano—. Si me hubiera escuchado, habría llegado a ser más rico que Creso.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué vuestro farolero, que en realidad era Bin Sadr disfrazado, no se limitó a llevarse el medallón esa primera noche en París, en cuanto salí a la calle?

—Porque yo pensaba que se lo habíais dado a la fulana, y no sabía dónde vivía ella. Pero Minette no confesó tenerlo ni siquiera cuando el árabe la abrió en canal. Y mis hombres tampoco lo encontraron en vuestras habitaciones. Francamente, yo ni siquiera estaba seguro de su importancia, no hasta que hice más preguntas. Di por sentado que habría tiempo de sobra para despojaros de él en la cárcel. Pero vos huisteis, aliado con Talma, y ya ibais de camino a Egipto como un sabio —¡qué divertido!— antes de que yo tuviera la certeza de que la baratija era lo que todos habíamos estado buscando. Aún no sé dónde escondisteis el medallón aquella primera noche.

—En mi orinal.

Silano rio.

—¡Ironía, ironía! ¡La llave del mayor tesoro de la tierra, y vos la cubrís de mierda! Ah, qué payaso. Sin embargo, qué suerte tan increíble habéis tenido, al escapar de una emboscada en el camino a Tolón y en una calle de Alejandría, esquivar serpientes, salir ileso de grandes batallas e incluso encontrar el camino que os ha llevado hasta aquí. ¡La fortuna se empeña en sonreiros! ¡Y, sin embargo, al final acudís a mí trayendo el medallón, todo por una mujer que no permitirá que la toquéis! ¡La mente masculina! Astiza me dijo que lo único que teníamos que hacer era esperar, con tal de que Bin Sadr no diera con vos antes. ¿Llegó a dar con vos?

—Le disparé.

—¿De veras? Lástima. Me habéis creado muchos problemas, Ethan Gage.

—Sobrevivió.

—Pues claro. Bin Sadr siempre lo hace. No querréis volver a encontraros con él.

—No olvidéis que aún formo parte de la comitiva de sabios, Silano. ¿Queréis responder ante Monge y Berthollet por mi asesinato? Ellos tienen la confianza de Bonaparte, y él tiene un ejército. Os colgarán si me hacéis daño.

—Me parece que lo llaman defensa propia. —Empujó suavemente con la espada y sentí un pinchazo a través de mi túnica, y un hilillo de sangre me corrió por la espalda—. ¿O debería decir que intenté capturar a un fugitivo de la justicia revolucionaria? ¿O a un hombre que mintió sobre la pérdida de un medallón mágico para poder quedárselo? Cualquiera de las tres cosas servirá. Pero soy un noble con mi

propio código de honor, así que permitidme ofreceros clemencia. Sois un fugitivo acosado, sin amigos o aliados y ahora ya no sois ninguna amenaza para nadie, eso si es que lo fuisteis alguna vez. Así pues, a cambio del medallón os devuelvo... vuestra vida. Si prometéis contarme qué fue lo que descubrió Enoc.

—¿Lo que descubrió Enoc?

—¿De qué me estaba hablando?

—Vuestro ya muy debilitado mentor se arrojó a una hoguera para coger un libro antes de que pudiéramos torturarlo. Las tropas francesas estaban a punto de llegar. Bien, ¿qué contenía ese libro?

El villano se refería al libro de poesía árabe que Enoc estrechaba contra su pecho. Yo estaba sudando.

—Sigo queriendo a esa mujer.

—Pero ella no quiere estar con vos, ¿verdad? ¿Os ha contado que fuimos amantes?

Miré. Astiza había puesto las manos en uno de los grilletes que se balanceaban, como si necesitara agarrarse a algo para seguir en pie, y nos miraba con pena.

—Ethan, era la única manera —susurró.

Saboreé las mismas cenizas que tenía que haber mordido Bonaparte cuando supo de la traición de Josefina. Yo había recorrido toda aquella distancia... ¿para esto? ¿Para verme detenido a punta de espada por un aristócrata jactancioso? ¿Para ser humillado por una mujer? ¿Despojado de todo aquello por lo que había luchado?

—De acuerdo. —Me llevé las manos al cuello, levanté el talismán para que pudieran verlo y lo sostuve ante mí, donde se balanceó como un péndulo. Incluso de noche brillaba con una fría claridad. Pude oír cómo Astiza y Silano dejaban escapar una exclamación ahogada ante su nueva forma. Ellos me habían llevado por donde querían, y yo había encontrado la parte para completarlo.

—Así que realmente es la llave —murmuró Silano—. Ahora ya sólo nos falta entender los números. Me ayudarás, sacerdotisa. ¿Gage? Volveos muy despacio y dadme el medallón.

Así lo hice, y aproveché el movimiento para retroceder unos centímetros ante su estoque. Ahora lo único que necesitaba era un instante de distracción.

—No estáis más cerca de resolver el misterio que yo —le advertí.

—¿Ah, no? He resuelto más misterios que vos. Mi periplo por el Mediterráneo me llevó a muchos templos y bibliotecas. Encontré evidencias de que la llave estaría en Dendara, en el templo de Cleopatra. De que tenía que guiarme por el signo de Acuario. Y aquí al sur encontré el templo de Cleopatra, quien naturalmente adoraría a la bella y todopoderosa Isis, no a Hathor con su cara de vaca y sus tetas y orejas bovinas. Pero no se me ocurría dónde buscar.

—Hay una cripta con el dios fálico Min. Tenía la pieza que faltaba.

—Encontrarla ha sido toda una muestra de erudición por vuestra parte. Ahora, dadme esa baratija.

Me incliné lentamente sobre la punta de su estoque y le tendí el medallón. Silano se apresuró a cogerlo con avidez infantil, una expresión triunfante en el rostro. Cuando lo alzó, aquel símbolo de los francmasones pareció bailar.

—Es curioso cómo la memoria sagrada llega a ser transmitida incluso por aquellos que no entienden su origen, ¿verdad? —dijo.

Y fue entonces cuando lo lancé.

El tomahawk había estado guardado al final de mi espalda a sólo unos centímetros de la punta de la espada del conde, y me hacía cosquillas bajo la túnica que lo ocultaba. Sólo necesité un instante para sacarlo de su escondite, en cuanto Silano dejó de verme la espalda y alzó el medallón con una sonrisa de triunfo. La pregunta crucial, no obstante, era si Astiza iba a gritar en cuanto viese lo que yo estaba haciendo.

No había gritado.

Lo cual significaba que quizás no estaba del lado de Silano, después de todo; que aquel hombre era realmente un mentiroso; que yo no era tan idiota como se había creído.

Así que fui rápido, muy rápido. Pero Silano fue más rápido. Se agachó mientras el tomahawk silbaba junto a su oreja y giraba por el aire para caer sobre las arenas más allá de la terraza del templo. Con todo, el lanzamiento lo había desequilibrado lo suficiente para que tardara un instante en recuperarse. ¡Me bastó para coger mi rifle! Lo levanté...

Y Silano se inclinó hacia delante, ágil y seguro, y metió la punta de la hoja de su estoque en la boca del cañón.

—*Touché, monsieur Gage.* Y ahora hemos llegado a un punto muerto, ¿verdad?

Supongo que debíamos de parecer ridículos. Yo me había quedado paralizado, con el cañón de mi rifle apuntado hacia el pecho del conde, y él también era una estatua, perfectamente equilibrado, con su espada en la garganta de mi arma.

—Si no fuera porque yo —prosiguió Silano— tengo una pistola. —Deslizó la mano bajo su chaqueta.

Así que apreté el gatillo.

Mi rifle taponado estalló. El retroceso de la culata astillada me golpeó el hombro, y el cañón y el estoque hecho pedazos saltaron por los aires sobre la cabeza de Silano. Ambos caímos al suelo, yo con un zumbido en los oídos y la cara llena de los cortes que me habían hecho los trozos del rifle destrozado.

Silano aulló.

Y entonces se oyó un crujido ominoso y un sordo rumor.

Miré hacia arriba. Una viga de piedra precariamente equilibrada, ya medio desalojada de su antiguo punto de apoyo por algún terremoto ocurrido hacía mucho tiempo, se bamboleaba ante las estrellas. Reparé en que la cadena estaba enrollada alrededor de la viga, y Astiza tiraba de ella con todas sus fuerzas.

—Moviste las cadenas —dijo Silano estúpidamente, aturdido por la confusión

mientras miraba a Astiza.

—Sansón —respondió ella.

—¡Nos matarás a todos!

La viga resbaló de lo alto de la columna y cayó como un martillo, estrellándose contra un pilar de sustentación que también empezó a caer. Las columnas desgastadas por el paso del tiempo eran un castillo de naipes. Hubo un agudo crujir al que siguió un rugido cada vez más intenso, y todo el edificio empezó a ceder. Torcí el gesto y rodé por el suelo mientras toneladas de pesada roca se desplomaban de pronto, con un impacto que hizo temblar el suelo. Oí un sonido como el de una botella al ser descorchada cuando la pistola de Silano disparó su proyectil y trocitos de roca volaron por los aires como metralla. Pero la detonación quedó ahogada por el chirriar de las columnas que se inclinaban y caían al suelo. Entonces Astiza me ayudó a levantarme, y me empujó hacia el borde de la plataforma del templo entre el caos.

—¡Corre, corre! —gritó—. ¡El ruido atraerá a los franceses!

Saltamos, acompañados por la nube de polvo que salía del templo, y caímos sobre la arena justo cuando una sección de un pilar volaba sobre nosotros como un tonel fugitivo. Se estrelló contra los pies de Cleopatra. Silano gritaba y maldecía en la terraza hecha ruinas, su voz perdida entre el polvo y los escombros de las ruinas derrumbadas.

Astiza se agachó y me tendió el tomahawk que yo había lanzado.

—Puede que lo necesitemos.

La miré con asombro.

—Has hecho caer todo el templo.

—Silano se olvidó de cortarme el pelo. Y tampoco se acordó de guardarse el tesoro. —El medallón, enorme y tosco en su nuevo montaje, colgaba de su puño balanceándose como el juguete de un gato.

Sopesé el tomahawk.

—Volvamos dentro y acabemos con él.

Pero entonces oímos gritos en francés procedentes del extremo delantero del recinto del templo, y los disparos de señal de los centinelas. Astiza sacudió la cabeza.

—No hay tiempo.

Oímos más gritos y nuevos disparos, pero ninguna bala nos pasó rozando.

—Deprisa —dijo Astiza—. ¡El Nilo ya casi ha llegado al nivel máximo!

¿Qué significaba eso?

Lo único que teníamos era el tomahawk y el maldito medallón.

Y ahora también nos teníamos el uno al otro, claro. Pero ¿quién era aquella mujer a la que yo había rescatado, y que me había rescatado a mí?



l Nilo estaba crecido, marrón y caudaloso. Era octubre, el momento álgido de la inundación anual, y nos aproximábamos a la fecha que el calendario circular parecía sugerir. Astiza y yo robamos una pequeña embarcación y zarpamos río abajo, en dirección a la Gran Pirámide que Monge había sugerido como la clave del acertijo. Decidí que haría un último intento de encontrar la respuesta; y si no

lo lográbamos, seguiría mi camino hasta el Mediterráneo. En cuanto a si la extraña mujer que iba conmigo me seguiría, no tenía ni idea.

Cuando salió el sol, la corriente ya nos había alejado unos cuantos kilómetros del ejército de Desaix. Habría podido sentirme un poco más tranquilo de no haber sido porque entonces un correo francés que galopaba por la orilla se desvió tierra adentro para tomar un atajo en cuanto nos vio seguir las tortuosas curvas del cauce del Nilo. Sin duda, iría a comunicar que habíamos huido. Bajé la botavara para poner la vela latina, y la embarcación se inclinó con el viento y el siseo del agua mientras la subía. Pasamos junto a un cocodrilo que bostezaba, prehistórico y horrible. El agua relucía en sus escamas, y ojos velados por párpados amarillos nos observaron en una profunda contemplación de reptil. Después de Silano, parecía mejor compañía.

Formábamos una extraña pareja, yo vestido de árabe y Astiza con sus galas de tentadora, tumbada sobre las tablas sucias de barro de una pequeña falúa que apestaba a pescado. Apenas me había dirigido la palabra desde que habíamos huido del templo, y contemplaba el Nilo absorta mientras acariciaba el medallón que se había puesto al cuello con un aire de propietaria. Yo no le había pedido que me lo devolviera.

—He recorrido un largo camino para encontrarte —dije.

—Seguiste la estrella de Isis.

—Pero no estabas encadenada como fingías.

—No. Nada era como parecía. Le engañé, y también te engañé a ti.

—¿Conocías a Silano de antes?

Astiza suspiró.

—Había sido mi señor y mi amante, pero se volvió hacia las artes oscuras. Creía que la magia de Egipto era tan real como la química de Berthollet, y que si seguía los pasos de Cagliostro y Kolmer podría encontrar secretos ocultos aquí. Le daba igual el mundo y sólo pensaba en sí mismo, porque estaba amargado por todo lo que había perdido en la Revolución. Cuando me di cuenta de lo egoísta que era, tuvimos una terrible discusión. Huí a Alejandría y encontré refugio en la casa de un nuevo amo, el guardián. Los sueños de Silano eran superficiales. Alessandro quería los secretos de Egipto para que lo hicieran poderoso, incluso inmortal; así que jugué un doble juego.

—¿Te compró a Yusuf?

—Sí. Fue un soborno al viejo verde.

—¿Viejo verde?

—La hospitalidad de Yusuf no era enteramente altruista. —Vio el modo en que yo la miraba—. No te preocupes, no llegó a tocarme.

—Así que te fuiste con tu antiguo amante.

—Tú no habías vuelto de las pirámides. Silano me dijo que no te había encontrado en casa de Enoc. Ir con el conde era la única manera de hacer algún progreso en la resolución del misterio. Yo no sabía nada de Dendara, y tú tampoco. Ese lugar ha permanecido olvidado durante siglos. Le dije a Alessandro que tenías el medallón, y luego te dejé un mensaje para que lo encontraras en el harén. Ambos sabíamos que irías tras nosotros. Y entonces cabalgué libremente, porque los franceses habrían hecho demasiadas preguntas si hubiese estado atada.

¡Alessandro! No me agradó nada la familiaridad de que lo llamara por su nombre de pila.

—Y luego hiciste que un templo entero se le desplomase encima.

—Él cree en su propio encanto, como tú.

Como ella, que jugaba con ambos usándonos de medio para sus propios fines.

—Me preguntaste en qué creía, Astiza. ¿En qué crees tú?

—¿Qué quieres decir?

—Ayudaste a Silano porque también quieres el secreto.

—Claro. Pero para ponerlo a salvo, no para vendérselo a algún tirano ávido de poder como Bonaparte. ¿Te imaginas a ese hombre con un ejército de inmortales? En su época de máximo esplendor, Egipto era defendido por un ejército de sólo veinte mil hombres, y parecía inexpugnable. Entonces algo pareció suceder, algo se perdió y empezaron las invasiones.

—Ir con los hombres que asesinaron a Talma...

—Silano sabía cosas que yo ignoraba. Yo sabía cosas que él ignoraba. ¿Podrías haber encontrado el templo de Dendara del que hemos huido tú solo? Nosotros no sabíamos a cuál de los templos se referían los libros de Enoc, pero Silano lo sabía por sus estudios en Roma, Estambul y Jerusalén. Nunca habríamos encontrado los otros brazos del medallón, del mismo modo en que Silano no podía completarlo sin ti y Enoc. Tú tenías unas cuantas pistas y el conde tenía otras. Los dioses nos reunieron a todos.

—¿Los dioses, o el Rito Egipcio? No fueron los gitanos los que te dijeron que yo iba a venir a Egipto.

Astiza desvió la mirada.

—No entenderías la verdad ni aunque te la dijese. Alessandro mintió y envió un mensaje en el que decía que le habías robado el medallón. Yo fingí ayudarlo para poder utilizarlo. Sobreviviste a nuestro intento de asesinato. Entonces Enoc persuadió a Ashraf de que intentara encontrarnos en la batalla —tú, el hombre de la chaqueta verde, convenientemente subido a la cureña de un cañón— para que él pudiera ver

ese medallón por el que todos mostraban tanto interés. Todo lo que ha ocurrido desde entonces estaba previsto, salvo la muerte del pobre Talma.

Me daba vueltas la cabeza. Quizá sí que era un ingenuo después de todo.

—¿Así que para ti todos somos meras herramientas a las que emplear, yo por el medallón y Silano por sus conocimientos ocultos? ¿Él y yo somos iguales, estamos aquí para ser usados?

—No me enamoré de Silano.

—Yo no he dicho que estuvieras enamorada de él, he dicho... —Me callé. Astiza mantenía la mirada apartada de mí, rígida, temblorosa, sus finos cabellos ondeando al cálido viento que levantaba olitas en el río. ¿No estaba enamorada? De él. ¿Significaba eso que se había dado cuenta de que yo le iba detrás, que mi encanto no había pasado del todo inapreciado, que mis buenas intenciones no habían sido malinterpretadas? Pero entonces, ¿hasta dónde llegaban mis sentimientos hacia ella ahora? Quería que Astiza fuese mía, sí, pero ¿amarla? Ni siquiera la conocía, aparentemente. Y el amor era terreno verdaderamente peligroso para un hombre como yo, una perspectiva más sobrecogedora que una carga mameluca o la andanada de un navío de guerra. Significaba creer en algo, comprometerse a más que un instante. ¿Qué sentía yo realmente por aquella mujer que parecía haberme traicionado y quizá no lo había hecho?

—Lo que quiero decir es que yo tampoco he amado a nadie más —balbuceé. No era la más elocuente de las réplicas, desde luego—. Es decir, ni siquiera estoy seguro de que el amor exista.

—¿Cómo sabes que existe la electricidad, Ethan? —me preguntó ella, visiblemente exasperada.

—Bien. —Muy buena pregunta, ya que el ser invisible parecía formar parte de la naturaleza de la electricidad—. Por las chispas, supongo. Puedes sentirla. O un relámpago.

—Exacto. —Ahora me miraba con una sonrisa de esfinge, enigmática e inaccesible; salvo que esta vez la puerta por fin se había abierto y lo único que tenía que hacer yo era entrar por ella. ¿Qué había dado a entender Berthollet acerca de mi carácter? ¿Qué yo no era consciente de mi propio potencial? Ahora se me ofrecía una oportunidad de crecer, de comprometerme no con una idea, sino con una persona.

—Ni siquiera sé de qué lado estás —dije para ganar tiempo.

—Del tuyo.

¿Qué lado era ese? Y entonces, antes de que nuestra conversación pudiera llegar a alguna clase de conclusión aceptable para ambos, los ecos de un disparo resonaron a través de las aguas.

Miramos río abajo. Una falúa venía hacia nosotros, las jarcias tensas y la cubierta llena de hombres. Incluso a una distancia de trescientos metros, pude reconocer el brazo vendado de Ahmed bin Sadr. Por todo el té de China, ¿es que no había manera de librarse de ese hombre? No me había sentido tan harto de la compañía de alguien

desde que Franklin invitó a cenar a John Adams y tuve que escuchar sus irascibles opiniones sobre la mitad de los políticos de Estados Unidos.

No teníamos ningún arma aparte de mi tomahawk, y ninguna posibilidad, así que cogí el timón y puse rumbo hacia la orilla. Quizás encontraríamos una tumba en algún risco dentro de la que pudiéramos escondernos. Pero no, ahora un escuadrón de húsares de chaqueta azul y roja bajaba al galope por la ladera de una colina para venir a nuestro encuentro. ¡Caballería francesa! ¿Había logrado recorrer yo aunque sólo fuesen treinta kilómetros?

Bueno, mejor ellos que Bin Sadr. Me llevarían ante Bonaparte mientras que los árabes nos harían cosas en las que no quería ni pensar. Cuando viéramos a Napoleón, Astiza podía limitarse a decir que la había secuestrado, y yo lo confirmaría. Consideré coger el medallón de su hermoso cuello y arrojarlo al Nilo, pero no podía decidirme a hacerlo. Había invertido demasiado en él. Además, tenía tanta curiosidad como cualquiera por saber hasta qué podía conducirte. Era nuestro único mapa para el *Libro de Thoth*.

—Más vale que escondas eso —le dije.

Astiza se lo deslizó entre los pechos.

Encallamos en un banco de arena y fuimos hasta la orilla entre chapoteos. La falúa de Bin Sadr aún navegaba contra la corriente hacia nuestra posición, mientras los árabes gritaban y disparaban al aire. La docena de jinetes franceses se había desplegado en un semicírculo para que no tuviéramos posibilidad de escapar, y levanté las manos en señal de rendición. No tardamos en vernos rodeados de caballos cubiertos de polvo.

—¿Ethan Gage?

—Para serviros, teniente.

—¿Por qué vais vestido como un pagano?

—Se está más fresco.

Los ojos se le iban continuamente hacia Astiza, pero no se atrevía a preguntar por qué iba vestida de fulana. En 1798, aún no se habían perdido del todo los modales.

—Soy el teniente Henri de Bonneville. Quedáis arrestado por robo de propiedad estatal y destrucción de antigüedades, por asesinato, entrada ilegal y desorden público en El Cairo, y por intento de fuga, suplantación, espionaje y traición.

—¿Nada de asesinato en Dendara? Matamos a Silano, espero.

El teniente se puso rígido.

—El conde se recupera de sus lesiones y va a organizar una partida para unirse a nuestra persecución.

—Habéis olvidado el secuestro —dije, al tiempo que señalaba a Astiza con la cabeza.

—No lo he olvidado. La mujer, una vez rescatada, cooperará con la acusación o será interrogada.

—Es el cargo de traición el que me parece injusto —dije—. Soy americano. ¿No

tendría que ser francés para traicionar a vuestro país?

—Sargento, atadlos.

La falúa perseguidora atracó en la orilla y Bin Sadr y los supervivientes de su banda de asesinos llegaron a la carrera, abriéndose paso a empujones entre las monturas francesas como mercaderes en un bazar de camellos.

—¡Este hombre es mío! —rugió el árabe con un agitar de su vara terminada en una cabeza de serpiente.

Vi con cierta satisfacción que llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Bueno, si no podía enviar al cementerio a aquel par de canallas, entonces quizá podría mantenerlos alejados a picotazos, como estaban haciendo los franceses con Nelson.

—Veo que te has hecho marinero, Ahmed —lo saludé—. ¿Te caíste del camello?

—¡Irá en mi embarcación!

—Me temo que debo disentir, *monsieur* —dijo el teniente—. El fugitivo Gage se rindió a mi caballería, que lo buscaba para ser interrogado por las autoridades francesas. Ahora está bajo la jurisdicción del ejército.

—¡El americano mató a algunos de mis hombres!

—Esa es una cuestión que podréis discutir con él cuando nosotros hayamos terminado, siempre que quede algo a lo que dirigirse.

Bueno, eso era como para animar a cualquiera.

Bin Sadr frunció el ceño. Ahora tenía un forúnculo en la otra mejilla, y me pregunté si simplemente sería un problema de piel o si Astiza había vuelto a hacer otra de sus travesuras. ¿Podía ser que le hubiera hecho contraer la lepra, o tal vez la plaga?

—Entonces nos llevamos a la mujer —dijo, y sus hombres se apresuraron a asentir malévolamente.

—Me parece que no, *monsieur*. —El teniente dirigió una rápida mirada a su sargento, quien a su vez miró a sus hombres. Las carabinas que me habían estado apuntando se volvieron hacia la cuadrilla de Bin Sadr. Sus mosquetes, a su vez, se inclinaron hacia la caballería francesa. No tener a nadie apuntándome fue un considerable alivio, e intenté pensar cómo podía sacar provecho de ello.

—No os conviene tenerme por enemigo, francés —gruñó Bin Sadr.

—Sois un mercenario pagado que carece de autoridad —replicó el teniente en un tono muy seco—. Si no volvéis a vuestra embarcación ahora mismo, os arrestaré por insubordinación y luego pensaré si ahorcaros. —Miró imperiosamente a su alrededor—. Es decir, si puedo encontrar un árbol.

Hubo un largo momento de incómodo silencio, y el sol era tan intenso que parecía freírlo todo a nuestro alrededor. Entonces uno de los húsares tosió, y mientras caía al suelo con un estremecimiento oímos el estampido del disparo lejano que lo había matado, seguido por los ecos en las colinas del Nilo. Luego hubo más disparos, y uno de los hombres de Bin Sadr se desplomó con un gruñido.

Todas las armas de fuego se volvieron hacia el risco encima del río. Una hilera de

hombres había aparecido en lo alto y bajaba por él entre un ondular de túnicas y destellos de lanzas. ¡Era una compañía de mamelucos! Habíamos sido divisados por una unidad del escurrizado Murad Bey, y parecía que nos superaban en número, cinco a uno.

—¡Desmontad! —gritó el teniente—. ¡Formad una línea de escaramuza! —Se volvió hacia los árabes—. ¡Formad con nosotros!

Pero los árabes ya corrían hacia su falúa, y un instante después habían subido a bordo y apartaban la embarcación de la orilla.

—¡Bin Sadr, maldito cobarde! —rugió De Bonneville.

El gesto del árabe fue obsceno.

Así que ahora los franceses se dispusieron a hacer frente al ataque mameluco sin más efectivos que los suyos. «¡Fuego!». El grito del teniente provocó una descarga de balas salidas de las carabinas de caballería, pero no fue la clase de salva disciplinada que se espera de un cuadro de infantería francesa. Unos cuantos mamelucos cayeron, y un instante después los teníamos encima. Esperé sentir la acometida de una lanza, mientras me preguntaba qué probabilidades de salir con vida podía tener haciendo frente a tres enemigos al mismo tiempo en un estrecho tramo de orilla: el infortunado reverso de un trío de cartas en una partida de *brelan* con las apuestas al máximo, supongo. Entonces el mameluco que creía que iba a matarme se inclinó desde su silla de montar con el brazo extendido y me arrancó del suelo como a una uva. Grité, pero su brazo era un torno de acero alrededor de mi pecho. El mameluco galopó a través de las filas francesas directamente hacia la embarcación árabe, un grito de guerra en los labios conmigo colgado de su brazo, la espada enarbolada en la otra mano mientras guiaba su montura con las rodillas.

—¡Ahora vengo a mi hermano! ¡No huyas y lucha, víbora!

¡Era Ashraf!

Entramos en los bajíos, un círculo de salpicaduras en torno a nosotros, y Bin Sadr se volvió para hacernos frente desde la proa de su embarcación, él también con un solo brazo armado. Ash atacó y la vara de cabeza de serpiente fue a su encuentro. Hubo un ruido como de acero sobre acero, y comprendí que la vara tenía alguna clase de núcleo metálico. La furia de la carga del mameluco hizo que el árabe retrocediese con un gruñido; pero mientras caía entre sus secuaces, estos abrieron fuego y Ash se vio obligado a volver grupas. La embarcación entró en aguas más profundas. Un instante después nos alejábamos al galope, entre los gritos, alaridos y disparos de la batalla que se libraba tras nosotros. Fui depositado sobre la silla como un saco de trigo, aturdido y sin aliento, sin que pudiera ver gran cosa entre la nube de polvo que levantábamos. El oficial que nos había salvado ya estaba en el suelo, entreví, y un mameluco se inclinaba sobre él con un cuchillo en la mano. Otro húsar se arrastraba por el suelo con una lanza clavada en la espalda, resuelto a cortar el cuello a un enemigo antes de morir. La captura era peor que la muerte, y los soldados estaban vendiendo sus vidas lo más caras posible. Los árabes de Bin Sadr se alejaban por el

cauce del río, sin siquiera molestarse en hacer un fuego de apoyo.

Galopamos por la ladera de una larga duna y nos detuvimos en su cima, desde la que podías dominar el Nilo. Ash me soltó y me encontré con los pies en el suelo. Mientras me tambaleaba para no caer, vi que la sonrisa del mameluco contenía una sombra de dolor.

—Siempre estoy teniendo que rescatarte, amigo mío. Llegará el día en que mi deuda de la Batalla de las Pirámides habrá quedado pagada.

—Ya ha sido pagada de sobra —jadeé yo, y vi cómo otro caballo galopaba duna arriba y Astiza, acostada sobre la silla como acababa de hacer Ashraf conmigo, era bajada al suelo sin ninguna ceremonia por otro guerrero. Miré el río. La pequeña escaramuza había llegado a su fin, los franceses inmóviles en el suelo. Bin Sadr había izado la vela e iba río arriba hacia Desaix y Dendara, probablemente para comunicar mi probable masacre. Tuve la corazonada de que el muy bastardo se atribuiría mi supuesta muerte. Silano, no obstante, querría cerciorarse.

—Así que te has unido al bey —dije.

—Murad vencerá tarde o temprano.

—Acabáis de matar a una docena de hombres buenos.

—Del mismo modo que los franceses dieron muerte a mis buenos amigos en la Batalla de las Pirámides. En la guerra es donde mueren los hombres buenos.

—¿Cómo nos encontraste?

—Me uní a mi gente y os seguimos, pensando que Bin Sadr haría lo mismo. Tienes un talento natural para meterte en líos, americano.

—Y tú para sacarme de ellos, gracias. —Entonces vi una mancha de sangre en su túnica—. ¡Te han herido!

—¡Bah! Otro rasguño de un nido de serpientes, suficiente para impedirme acabar con ese cobarde, sí, pero no para matarme. —Pero vi que se inclinaba hacia delante, y supe que tenía que dolerle bastante—. Algún día caeré sobre Bin Sadr cuando se encuentre solo, y entonces veremos quién se lleva los rasguños. O quizás el destino le tiene reservada otra clase de miseria. Siempre me queda esa esperanza.

—¡Necesitas que te venden esa herida!

—Deja que le eche un vistazo —dijo Astiza.

Ashraf desmontó envaradamente y, con la respiración entrecortada y cara de sentirse bastante incómodo, dejó que la mujer le rasgara el torso de la túnica para inspeccionarle la herida.

—La bala te ha atravesado el costado como a un fantasma; pero estás perdiendo sangre. Espera, usaremos tu turbante para vendarla. La herida es seria, Ashraf. No volverás a cabalgar durante una temporada, a menos que estés impaciente por llegar al paraíso.

—¿Y dejar que dos incautos como vosotros anden solos por el mundo?

—Si esa es la voluntad de los dioses, que así sea. Ethan y yo tenemos que terminar lo que hemos empezado.

—¡Basta con que lo deje solo un instante para que se meta en algún peligro!

—Ahora yo cuidaré de él.

Ashraf pareció pensárselo.

—Estoy seguro. —Luego silbó. Dos magníficos corceles árabes subieron al trote por la ladera, ensillados y con las crines y las colas ondeando al viento. Yo nunca había tenido unas monturas tan soberbias—. Lleváoslos, entonces, y rezad una oración por los hombres que los montaron recientemente. Aquí tienes una espada de Murad Bey, Gage. Si algún mameluco intenta capturaros, enséñasela y os dejarán en paz. —Miró a Astiza—. ¿Vais a volver a las pirámides?

—Ahí es donde empieza y termina Egipto —dijo ella.

—Cabalgad lo más rápido que podáis, porque los franceses y sus árabes no tardarán en seguiros. Defiende la magia que lleváis con vosotros o destrúyela, pero no permitas que caiga en manos de vuestros enemigos. Ten, ponte esto para que te proteja del sol. —Le dio una capa, y luego se volvió hacia mí—. ¿Dónde está tu famoso rifle?

—Silano le clavó la espada. —Ashraf pareció perplejo—. Fue algo rarísimo. Silano metió la punta de su estoque en el cañón, y yo estaba tan fuera de mí que apreté el gatillo y mi viejo y querido amigo estalló. Le estuvo bien empleado a Silano cuando Astiza hizo que el techo se le desplomara encima, pero el muy bastardo sobrevivió.

Ashraf sacudió la cabeza.

—Silano sirve a Ras al-Ghul, y el dios demonio siempre cuida de los suyos. ¡Y algún día, amigo mío, cuando los franceses se hayan ido, tú y yo nos sentaremos y veremos si podemos encontrarle algún sentido a lo que me acabas de contar! —Subió a su montura con una mueca de dolor y bajó lentamente por la duna para reunirse con los demás, que lo esperaban entre los restos y los cadáveres de la guerra.

Galopamos hacia el norte tal como nos había dicho Ashraf, siguiendo el curso del río. Tendríamos que recorrer casi cuatrocientos kilómetros para volver a las pirámides. Había alforjas con pan, dátiles y agua en los caballos; pero a la puesta de sol ya estábamos exhaustos a causa de la galopada y la tensión, ya que no habíamos dormido la noche anterior. Nos detuvimos en una pequeña aldea junto al Nilo y sus habitantes nos dieron cobijo con la sencilla hospitalidad que muestran los egipcios habitualmente, después de lo cual nos dormimos antes de que hubiéramos podido terminarnos la cena. La caridad con que fuimos tratados era asombrosa, teniendo en cuenta que aquella gente había sido acosada a impuestos por los mamelucos y ahora se veía saqueada por los franceses. Pero aquellos campesinos tan pobres habían compartido con nosotros lo poco que tenían, y en cuanto nos quedamos dormidos nos cubrieron con sus delgadas mantas, después de haber curado los cortes y arañazos que habíamos recibido. Tal como les habíamos dicho, nos despertaron dos horas antes de los primeros albos del día y volvimos a ponernos en camino hacia el norte.

La segunda noche nos encontró doloridos aunque un poco más recuperados, y

buscamos nuestro propio cobijo en un palmeral al lado del río alejado de casas, humanos o perros. Necesitábamos pasar tiempo a solas. Desde el ataque de los mamelucos no habíamos visto fuerzas de ninguno de los dos bandos, sólo aldeas que vivían fuera del tiempo en su propio ciclo inmutable. Los habitantes salían a trabajar en sus balsas de juncos porque la crecida del Nilo ya había inundado sus campos, trayendo consigo limo fresco del misterioso centro del continente africano.

Usé un poco de pedernal y la espada de Ash para encender un fuego.

Cuando hubo anochecido del todo, la proximidad del Nilo pareció tranquilizadora, una promesa de que la vida seguiría su curso. Astiza y yo estábamos conmocionados por los acontecimientos de los últimos días y semanas, y éramos conscientes de que aquel interludio de tranquilidad no iba a durar mucho. En algún lugar al sur, Bin Sadr y Silano sin duda estaban descubriendo que no habíamos muerto e iniciaban su persecución. Así que agradecemos el silencio de las estrellas, el mullido abrazo de la arena y el cordero y la fruta que nos habían dado los habitantes de la última aldea.

Astiza había vuelto a sacar el medallón para llevarlo al descubierto, y tuve que admitir que le quedaba bastante mejor que a mí. Había decidido que confiaba en ella, porque hubiese podido advertir a Silano de mi tomahawk, o huido de mí con el talismán después de que se desplomaran las columnas del templo, o dejarme junto al río después del combate. No lo había hecho, y me acordé de lo que había dicho a bordo de la embarcación: que no había amado a Silano. Yo no había dejado de darle vueltas a la frase desde entonces, pero aún no estaba seguro de qué hacer con ella.

—¿No estás del todo segura de cuál es la puerta secreta que andamos buscando?
—le pregunté, en vez de abordar el tema.

Astiza sonrió con tristeza.

—Ni siquiera estoy segura de que deba, o pueda, ser encontrada. Pero ¿por qué iba a permitir Isis que llegáramos tan lejos si no tuviese una buena razón?

La experiencia me había enseñado que a Dios no le importan mucho las razones, pero no dije eso. Lo que hice fue armarme de valor.

—Ya he descubierto mi secreto —dije.

—¿Qué?

—Tú.

El fuego no daba mucha luz, pero aun así pude ver cómo Astiza se ruborizaba antes de volver la cabeza. Así que le puse la mano en la mejilla y la volví nuevamente hacia mí.

—Escucha, Astiza, he tenido muchos kilómetros de duro desierto para pensar. El sol tenía el aliento de un león y la arena me quemaba a través de las botas. Hubo días en los que Ashraf y yo vivíamos de barro y langostas fritas. Pero yo no pensaba en eso. Pensaba en ti. Si ese *Libro de Thoth* es un libro de sabiduría, quizá simplemente diga que encuentres lo que ya tienes, y que disfrutes de este día en lugar de preocuparte por el siguiente.

—Me sorprende que mi americano errante sea capaz de decir esas cosas.

—La verdad es que me enamoré de ti —confesé—. Casi desde el primer momento, cuando aparté los escombros que te cubrían y vi que eras una mujer. Sólo que me costaba admitirlo. —Y la besé, extranjero como era, y que me aspen si ella no me devolvió el beso, con mucho más entusiasmo de lo esperado. No hay nada como sobrevivir a un par de rasguños para unir a un hombre y una mujer.

Al parecer, Isis no es tan pacata como algunas de las divinidades modernas, y Astiza parecía tener tan claro como yo lo que quería. El medallón ya había combinado muy bien con sus ropas de harén hechas jirones; pero era una visión realmente espléndida sobre su cuerpo desnudo, así que dejamos que la luna se encargara de vestirnos, hicimos una pequeña cama con nuestras escasas posesiones y vivimos para aquella noche como si fuera la última.

La baratija pinchaba cuando se interpuso entre nosotros, así que Astiza se la quitó y la dejó por un tiempo en la arena. Su piel era perfecta como el desierto esculpido; su olor, delicioso como el del loto sagrado. Hay más misterio sagrado en el alma y la presencia de una mujer que en cualquier pirámide llena de polvo. La adoré como a un santuario y la exploré como a un templo, y ella me susurró al oído:

—Esto, por una noche, es la inmortalidad.

Luego, acostada boca arriba, se pasó la cadena del medallón en torno a los dedos y me señaló el cielo y su cuarto de luna.

—Mira —dijo—. El cuchillo de Thoth.



uestra cabalgada en dirección norte hacia El Cairo fue un viaje a través de las capas del tiempo. Montículos llenos de hierba se alzaban sobre los restos de antiguas ciudades, nos dijeron los campesinos. A veces las dunas revelaban la punta de un templo o santuario enterrado. Cerca de Minia pasamos ante dos colosales babuinos de piedra, gruesos y relucientes, su serena mirada alzada

hacia el sol naciente. Altos como dos hombres y envueltos en lo que parecían capas hechas de plumas, se elevaban ante nosotros majestuosos como nobles e intemporales como la Esfinge. Los monos gigantes eran manifestaciones, naturalmente, del misterioso Thoth.

Nos ahorramos tener que atravesar centenares de aldeas de adobe yendo por el confín del desierto junto a filas de palmeras datileras, como si la franja verde fuese un mar que lamía la playa. Dejamos atrás una docena de pirámides que no había visto antes, algunas que se habían desmoronado hasta ser poco más que colinas y otras que aún mostraban su geometría original. Fragmentos de templos cubrían la arena alrededor de ellas. Calzadas en ruinas descendían hacia el verdor de las tierras que circundaban el Nilo. Pilares que ya no sostenían nada se elevaban hacia el cielo. Astiza y yo íbamos dentro de nuestra pequeña burbuja, conscientes de nuestra misión y de que podía ser que nos persiguieran, pero extrañamente felices. Nuestra alianza nos ofrecía un refugio en el que resguardarnos de la preocupación y el peso de la responsabilidad. Dos se habían convertido en uno, la ambigüedad había sido reemplazada por el compromiso, y la carencia de objetivos había encontrado un propósito. Como sugirió Enoc, yo había encontrado algo en lo que creer. No en los imperios, los medallones o la magia, y no en la electricidad, sino en la asociación con la mujer que cabalgaba junto a mí. Todo lo demás podía empezar a partir de eso.

El trío de pirámides que era nuestra meta asomó finalmente del borde del desierto como islas que sobresalen del mar. Habíamos cabalgado sin parar con los descansos reducidos al mínimo para llegar allí el 21 de octubre, la fecha que yo pensaba tenía algún misterioso significado. El tiempo había refrescado. El cielo era una perfecta cúpula azul; y el sol, un carro guiado por un dios que nunca se olvidaba de llevar a cabo su diaria travesía del cielo. El Nilo crecido podía ser entrevisto a través de su cinturón de árboles. Pasaban las horas sin que los monumentos parecieran estar más cerca que antes. Entonces, cuando las sombras de la tarde habían empezado a alargarse, parecieron inflarse como uno de los globos de Conté, enormes, imponentes y sobrecogedores. Ahora se alzaban del suelo, como si su punta hubiese emergido del averno en una súbita erupción.

Esa imagen me dio una idea.

—Déjame ver el medallón —le pedí a Astiza.

Ella se lo quitó, el metal amarillo un fulgor de fuego bajo el sol. Miré las uves superpuestas de sus brazos, uno dirigido hacia arriba y el otro vuelto hacia abajo.

—Parecen dos pirámides, ¿verdad? Con las bases unidas y las cimas enfiladas en direcciones opuestas.

—O el reflejo de una sola en un espejo de agua.

—Como si debajo de la superficie hubiera tanto como encima de ella, igual que las raíces de un árbol.

—¿Piensas que hay algo debajo de la pirámide?

—Lo había bajo ese templo de Isis. ¿Y si el medallón representa no lo que hay fuera, sino lo que se oculta dentro? Cuando exploramos el interior con Bonaparte, los conductos seguían una pendiente como los lados de la pirámide. Los ángulos eran distintos, pero sus formas reflejaban los lados de la pirámide. ¿Y si esto no es un símbolo de la pirámide, sino un mapa de los conductos que alberga en su interior?

—¿Te refieres a los corredores ascendentes y descendentes?

—Sí. En el barco que me trajo a Egipto había una tablilla. —Acababa de acordarme de la tablilla del cardenal Bembo que Monge me había mostrado en la bodega del tesoro del *Orient*—. Estaba llena de niveles y figuras, como si se tratara de un mapa o un diagrama de algún lugar subterráneo con distintos niveles.

—Cuentan que los antiguos tenían libros en los que se explicaba a los muertos cómo burlar los peligros y los monstruos del averno subterráneo —dijo Astiza—. Thoth pesaría sus corazones, y su libro los guiaría entre las cobras y los cocodrilos. Si su libro estaba en lo cierto, emergerían al otro lado para entrar en el paraíso. Puede que haya algo de verdad en eso. ¿Y si los cuerpos enterrados en la pirámide realmente emprendían de alguna forma un viaje físico a través del subsuelo en el que debían pasar por una serie de pruebas?

—Eso podría explicar la ausencia de momias —reflexioné yo—. Pero cuando exploramos la pirámide confirmamos que su corredor descendente terminaba en un callejón sin salida. No vuelve a elevarse en dirección opuesta como este medallón.

—Eso es cierto en los corredores que conocemos —dijo Astiza, que había empezado a entusiasmarse con la idea—. Pero ¿en qué lado de la pirámide está la entrada?

—En el lado norte.

—¿Y qué constelación muestra el medallón?

—Alfa Draconis, que era la estrella polar cuando fueron construidas las pirámides. ¿Por?

—Sostén el medallón como si la constelación estuviera en el cielo.

Así lo hice. El disco circular quedó sostenido contra el cielo septentrional, y la luz que brillaba a través de las diminutas perforaciones creó la forma de Draconis, el dragón. Hecho esto, los brazos del medallón quedaron perpendiculares al norte.

—Si este medallón fuese un mapa, ¿en qué lados de la pirámide estarían los conductos? —preguntó Astiza.

—¡En el este y en el oeste!

—Lo cual quiere decir que en los flancos este u oeste de la pirámide quizás existan entradas que aún no han sido descubiertas —razonó Astiza.

—Pero ¿por qué no han sido encontradas? La gente ha trepado por todas las pirámides.

Astiza frunció el ceño.

—No lo sé.

—¿Y por qué todas esas referencias al signo de Acuario, al Nilo durante la crecida de sus aguas y a este momento del año?

—Eso tampoco lo sé.

Entonces vimos un retazo de blancura, como nieve, en el desierto.

Era un cuadro de lo más curioso. Oficiales franceses, ayudantes de campo y siervos estaban dispuestos en un semicírculo para una merienda al aire libre en el desierto, sus caballos y sus burros atados detrás de ellos. La comitiva estaba vuelta de cara hacia la pirámide. Una larga hilera de mesas de campaña había sido cubierta con blancos manteles de lino. Las velas de unas cuantas falúas hacían de toldos, con lanzas capturadas a los mamelucos como palos de tienda y sables de la caballería francesa clavados en la arena a modo de estacas. Copas de cristal francés y oro egipcio habían sido puestas sobre las mesas junto a la vajilla y la pesada cubertería de plata europea. Las botellas de vino fueron abiertas y empezaron a ser vaciadas. Había grandes fuentes llenas de fruta, pan, queso y viandas frías. Las velas estaban listas para ser encendidas. Sentados en taburetes plegables estaban Bonaparte y algunos de sus generales y científicos, absortos en una educada conversación. También vi a mi amigo Monge, el matemático.

Vestidos como íbamos con ropas árabes, un edecán vino a echarnos de allí como hubiese hecho con cualquier otro beduino curioso. Entonces reparó en el color de mi piel y en la hermosura de Astiza, sólo parcialmente cubierta bajo la capa hecha jirones con la que se había envuelto lo mejor que pudo. Le dedicó muchas más miradas a ella que a mí, claro está, y me dirigí a él en francés mientras lo hacía.

—Soy Ethan Gage, el sabio americano. Vengo a comunicar que mis investigaciones están a punto de concluir.

—¿Investigaciones?

—Sobre los secretos de la pirámide.

El edecán fue a murmurar mi mensaje, y Bonaparte se levantó de su taburete para mirarnos como un leopardo que acaba de divisar una presa.

—Es Gage, salido de la nada como un muñeco de resorte que asoma de su caja —les susurró a los demás—. Y su mujer.

Nos hizo señas de que fuéramos hacia allí y los soldados se comieron con los ojos a Astiza, quien mantuvo la mirada por encima de sus cabezas mientras caminaba con

todo el decoro que permitían nuestras vestimentas. Los hombres se abstuvieron de hacer comentarios groseros porque ahora había algo distinto en nosotros, diría yo, ciertas sutiles señales de asociación y respeto de las normas sociales indicadoras de que éramos una pareja, y Astiza debía ser respetada y dejada en paz. Así que apartaron de mala gana sus miradas de ella para volverlas hacia mí.

—¿Cómo es que vais vestido así? —preguntó Bonaparte—. ¿Y no desobedecisteis la orden que os di? —Se volvió hacia Kléber—. Creía que había desertado.

—El bribón se fugó de la cárcel y despistó a la patrulla que lo perseguía, si mal no recuerdo —dijo el general—. Desapareció en el desierto.

Afortunadamente, no parecían estar al corriente de lo acontecido en Dendara.

—Al contrario, he corrido grandes riesgos a vuestro servicio —dije alegremente—. Mi compañera estuvo prisionera de Silano y del árabe, Ahmed bin Sadr, que planeaban pedir un rescate por ella: su vida a cambio del medallón del que estuvimos hablando. Fueron el coraje de ella y mi propia determinación los que nos liberaron para que pudiéramos proseguir nuestros estudios. Vengo a hablar con el doctor Monge para consultarle sobre una cuestión matemática que espero arroje una nueva luz sobre las pirámides.

Bonaparte me miró, incrédulo.

—¿Me tomáis por idiota? Dijisteis que el medallón se había perdido.

—Lo dije únicamente para evitar que cayera en manos del conde Silano, porque a ese hombre le da igual lo que pueda ser de vos o de Francia.

—Así que mentisteis.

—Recurrí a esa argucia para proteger la verdad de aquellos que no sabrían usarla como es debido. Os ruego que me escuchéis, general. No estoy encerrado en una celda, no he sido capturado y tampoco estoy huyendo. He venido a veros porque creo que estoy muy cerca de hacer un gran descubrimiento. Ahora, lo único que necesito es la ayuda de los otros sabios.

La mirada medio divertida y medio furiosa de Bonaparte fue de mí a Astiza. La presencia de mi egipcia me proporcionaba una curiosa inmunidad.

—No sé si recompensaros o mandar que os fusilen, Ethan Gage. Hay algo en vos que me tiene perplejo, algo que va más allá de vuestros toscos modales americanos y esa educación de pueblerino que habéis recibido.

—Sólo intento hacer las cosas lo mejor que puedo, señor.

—¡Lo mejor que podéis! —Miró a los demás, porque yo acababa de darle un tema sobre el que pontificar—. No basta con hacer las cosas lo mejor que uno pueda, Ethan Gage. Uno siempre tiene que ser el mejor. ¡Yo hago lo que es preciso hacer para que se cumpla mi voluntad!

Le hice una reverencia.

—Y yo soy un jugador, general. Mi voluntad es irrelevante si las cartas no me son favorables. ¿Quién no pasa por toda una serie de mudanzas en su fortuna? ¿O acaso

no es cierto que vos fuisteis un héroe en Tolón, que luego pasasteis un breve período de tiempo en la cárcel después de la caída de Robespierre, y que acto seguido volvisteis a ser un héroe cuando vuestro cañón salvó al Directorio?

Bonaparte frunció el ceño un instante, luego se encogió de hombros como si admitiese que en eso yo tenía razón, y finalmente sonrió. No aguantaba a los idiotas, pero le encantaba el estímulo de una buena discusión.

—Cierto, americano. Muy cierto. Voluntad y suerte. En un día pasé de alojarme en un hotel barato de París y andar tan escaso de dinero que aún debía mi uniforme, a tener mi propia casa, carruaje y equipo. —Se dirigió a los demás—. ¿Sabéis lo que le ocurrió a Josefina? También acabó en la cárcel, destinada a la guillotina. ¡Por la mañana el carcelero se llevó su almohada, diciéndole que no la necesitaría porque al anochecer ya no tendría una cabeza que apoyar en ella! Pero unas horas después supimos que Robespierre había muerto, asesinado, que el Terror había terminado; y en lugar de ser ejecutada, Josefina quedó libre. Elección y destino: ¡a qué juego jugamos!

—El destino parece haber decidido atraparnos en Egipto —dijo un Kléber medio borracho—. Y la guerra no es ningún juego.

—Al contrario, Kléber, es el no va más de los juegos, con la muerte o la gloria como apuestas. Negaos a jugar, y sólo garantizaréis la derrota. ¿No es así, Gage?

—No todos los juegos tienen que ser jugados, general. —Qué raro era aquel hombre, que mezclaba la claridad política con la agitación emocional, y los sueños más inmensos con el más mezquino cinismo, para luego retornos a observar las mismas reglas. ¿Un juego? ¿Era eso lo que les decía a los muertos?

—¿No? La vida misma es guerra, y todos nosotros somos vencidos al final, por la muerte. Así que hacemos lo que podemos para volvernos inmortales. El faraón eligió esa pirámide. Yo elijo... la fama.

—Y algunos hombres eligen el hogar y la familia —dijo Astiza suavemente—. Viven a través de sus hijos.

—Sí, ellos no piden más. Pero ni a mí ni a los que me siguen nos basta con eso. Nosotros queremos la inmortalidad de la historia. —Bonaparte bebió un sorbo de vino—. ¡Habéis hecho de mí todo un filósofo durante esta cena! Fijaos en vuestra mujer, Gage. La fortuna es una mujer. Tomadla hoy, o mañana ya no la tendréis. —Sonrió peligrosamente, y una chispa de diversión bailó en el gris de sus ojos—. Una mujer muy hermosa —les dijo a sus compañeros—, que intentó dispararme.

—En realidad, general, era a mí a quien intentaba dar.

Bonaparte rio.

—¡Y ahora sois pareja! ¡Por supuesto que sí! ¡La fortuna también convierte a los enemigos en aliados, y a los desconocidos en confidentes! —Entonces se puso serio—. Pero no permitiré que vayáis por el desierto vestido de egipcio hasta que este asunto con Silano haya quedado aclarado. No entiendo qué clase de juego os traéis entre manos vos y el conde, pero no me gusta. Es importante que todos sigamos en el

mismo bando. Estábamos hablando de la próxima fase de nuestra invasión, la conquista de Siria.

—¿Siria? Pero Desaix aún está persiguiendo a Murad Bey en el Alto Egipto.

—Meras escaramuzas. Tenemos los medios para avanzar también hacia el norte y hacia el este. El mundo me aguarda, por mucho que los egipcios parezcan incapaces de entender cómo podría rehacer sus vidas. —Su sonrisa era tensa, su decepción evidente. Su promesa de tecnología y gobierno occidentales no había conseguido ganarse a la población. El reformador que yo había tenido ocasión de entrever en el gran camarote del *Orient* estaba cambiando, sus sueños de ilustración frustrados por la aparente cortedad de la gente que había venido a salvar. Los últimos vestigios de inocencia que le quedaban a Napoleón se habían evaporado en el calor del desierto. Ahuyentó a una mosca—. Mientras tanto, quiero que este misterio de la pirámide quede resuelto.

—Cosa que haré mucho más fácilmente sin la interferencia del conde, general.

—Cosa que haréis con la cooperación del conde. ¿No es así, Monge?

El matemático parecía perplejo.

—Supongo que eso depende de lo que *monsieur* Gage crea haber descubierto.

Y entonces hubo un rumor, como el de un trueno lejano.

Nos volvimos hacia El Cairo, sus minaretes un delicado encaje extendido al otro lado del Nilo. Entonces hubo otro eco, y luego otro. Era el estampido del cañón.

—¿Qué es eso? —preguntó Napoleón sin dirigirse a nadie en particular.

Una columna de humo empezó a elevarse en el azul del cielo. Siguieron cañonazos, un murmullo lejano, y luego apareció más humo.

—Algo pasa en la ciudad —dijo Kléber.

—Obviamente. —Bonaparte se volvió hacia sus edecanes—. Recoged todo este desorden. ¿Dónde está mi caballo?

—Me parece que podría tratarse de un levantamiento —añadió Kléber nerviosamente—. Han corrido rumores por las calles, y los mulás han llamado a la gente desde sus torres. No nos lo tomamos en serio.

—No. Son los egipcios los que no me han tomado en serio.

El pequeño grupo había dejado de prestarme atención. Los camellos se levantaron del suelo con un movimiento bamboleante, los caballos piafaron nerviosamente y los hombres corrieron a sus monturas. Los toldos empezaron a caer cuando los sables fueron sacados de la arena. Los egipcios se estaban sublevando en El Cairo.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el edecán, al tiempo que me señalaba con el dedo.

—Dejadlo por ahora —dijo Bonaparte—. ¡Monge! Vos y los sabios llevaos a Gage y la chica. Volved al instituto, cerrad las puertas y no dejéis entrar a nadie. Enviaré a una compañía de infantería para protegeros. ¡Los demás, seguidme! —Y partió al galope por las arenas en dirección a las embarcaciones que habían empleado para cruzar el río.

Mientras los soldados y los siervos recogían a toda prisa los últimos toldos y mesas, Astiza se hizo con una vela. Luego se fueron sin decirnos nada, siguiendo la estela de los oficiales. En cuestión de minutos nos habíamos quedado solos con Monge, acompañados únicamente por las pisadas de los asistentes a aquel banquete tan súbitamente esfumado. Era como si un torbellino acabara de pasar por allí y nos hubiera dejado sin aliento.

—Mi querido Ethan —dijo Monge al fin, mientras contemplábamos el éxodo hacia el Nilo—, no sé cómo os las arregláis para que los problemas siempre os sigan a todas partes.

—Os aseguro que no he dejado de intentar mantenerme alejado de ellos desde que salí de París, doctor Monge, con escaso éxito. —El sonido de la revuelta era un repiqueteo discordante cuyos ecos cruzaban el río.

—Venid, entonces. Nosotros los científicos mantendremos agachada la cabeza durante esta nueva emergencia.

—No puedo volver a la ciudad con vos, Gaspard. Mi sitio está aquí con esta pirámide. Mirad, tengo el medallón y estoy a punto de entenderlo, creo. —A un gesto mío, Astiza sacó el colgante. Monge se quedó muy sorprendido ante el nuevo diseño y su aparente simbolismo masónico.

»Como podéis ver —proseguí—, hemos encontrado otra pieza. Esta baratija es una especie de mapa, creo, de lugares ocultos escondidos en la Gran Pirámide, la que vos dijisteis que encarnaba a pi. La clave es este triángulo de incisiones en el disco central. En una tumba que hay al sur me di cuenta de que tenían que representar números egipcios. Creo que son una clave matemática, pero ¿de qué?

—¿Incisiones? Dejadme verlo. —Cogió el colgante que le tendía Astiza y lo estudió bajo una lupa de mano.

—Imaginad cada grupo de arañazos como un dígito —dije.

Los labios de Monge se movieron mientras contaba en silencio, y luego pareció sorprendido.

—¡Pues claro! ¿Por qué no lo he visto antes? La pauta es realmente extraña; pero resulta de lo más apropiada, habida cuenta del lugar en que nos encontramos. Oh cielos, qué decepción. —Me miró con compasión, y sentí que se me empezaba a caer el alma a los pies—. Gage, ¿habéis oído hablar alguna vez del triángulo de Pascal?

—No, señor.

—Se le llama así por Blaise Pascal, quien escribió un tratado sobre esta progresión de números ahora hace justo ciento cincuenta años. Pascal dijo muchas cosas sabias que siempre deberíamos tener presentes, como que cuanto más conocía a los hombres, más le agradaba su perro. Veréis, se trata de una progresión piramidal. —Cogió prestado el sable de un dragón y empezó a dibujar con él en la arena hasta obtener una pauta numérica que tenía este aspecto:

$$\begin{array}{cccccc}
 & & & & & 1 \\
 & & & & & 1 & 1 \\
 & & & & 1 & 2 & 1 \\
 & & 1 & 3 & 3 & 1 \\
 1 & 4 & 6 & 4 & 1
 \end{array}$$

—¡Ahí lo tenéis! ¿Veis la pauta?

Debí de parecer una cabra intentando leer a Tucídides. Gimiendo para mis adentros, me acordé de Jomard y sus números de Fibonacci.

—Salvo por los unos —dijo Monge pacientemente—, os daréis cuenta de que cada número es la suma de los dos números que lo flanquean por encima. ¿Veis ese primer 2? Encima de él hay dos unos. Y el 3: encima hay un 1 y un 2. Eso es el triángulo de Pascal. Es sólo el inicio de las pautas que podéis detectar; aunque lo que de verdad importa es que el triángulo puede ser extendido hacia abajo indefinidamente. Ahora, mirad los arañazos en vuestro medallón.

$$\begin{array}{cccc}
 & & & I \\
 & & & I & I \\
 & & I & II & I \\
 I & III & III & I
 \end{array}$$

—¡Es el inicio del mismo triángulo! —exclamé yo—. Pero ¿qué significa eso? Monge me devolvió el medallón.

—Significa que el colgante no puede ser una antigüedad egipcia. Lo siento, Ethan, pero si esto es un triángulo de Pascal, entonces toda vuestra búsqueda ha sido inútil.

—¿Qué?

—Ningún matemático de la antigüedad conocía esta pauta. No cabe duda de que tiene que ser un fraude moderno.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. ¿Un fraude? ¿Era ese uno de los trucos del viejo conjurador Cagliostro? Empecé a temer que todo aquel largo viaje hubiera sido en vano, y que Talma y Enoc hubieran muerto para nada.

—¡Pero parece una pirámide!

—O una pirámide parece un triángulo. ¿Qué mejor manera de hacer que una tosca joya antigua pueda pasar por un tesoro misterioso que relacionándola con las pirámides de Egipto? Sin embargo, probablemente fue el juguete o el amuleto de la buena suerte de algún estudioso, con pi y las patas de un compás. Quizá lo usaron para gastarle una broma pesada a alguien. ¿Quién sabe? Pero sospecho, amigo mío, que habéis sido víctima de algún charlatán. El soldado al que se lo ganasteis en esa partida de cartas, tal vez. —Me puso la mano en el hombro—. No tenéis por qué avergonzaros. Todos nosotros sabemos que en realidad no sois ningún sabio.

Yo notaba que todo me daba vueltas.

—Estaba seguro de que ya casi lo teníamos...

—Os aprecio, Ethan, y no quiero que os ocurra nada malo. Así que dejadme que os dé un consejo. No volváis a El Cairo. Sabe Dios qué estará ocurriendo allí. —El estruendo de los disparos se volvía cada vez más intenso—. Bonaparte sospecha que no le sois de ninguna utilidad, y la frustración está haciendo que se impacienta. Subid con Astiza a alguna embarcación que os lleve hasta Alejandría y embarcaos rumbo a América. Los británicos os dejarán pasar si les explicáis el motivo de vuestras acciones, cosa que vos sabéis hacer muy bien. Volved a casa, Ethan Gage. —Me estrechó la mano—. Volved a casa.

Yo estaba conmocionado, y me resistía a creer que todos mis esfuerzos hubieran sido en vano. Había estado tan seguro de que el medallón indicaba un camino al interior de la pirámide, y ahora el mayor matemático de Francia acababa de decirme que me habían timado. Monge me sonrió con tristeza. Entonces recogió sus escasas pertenencias, se subió al burro que lo había traído hasta allí y se alejó lentamente en dirección a la capital y su instituto, mientras los cañones rugían en la lejanía. Se volvió.

—¡Ojalá yo pudiera hacer lo mismo!

Astiza siguió a Monge con la mirada, y una mueca a medio camino entre la frustración y el desprecio asomó a su hermoso rostro. Cuando el matemático estuvo lo bastante lejos para que no pudiera oírnos, estalló.

—¡Ese hombre es un idiota!

Me quedé asombrado.

—Astiza, Monge tiene una de las mejores mentes de toda Francia.

—Que aparentemente está convencida de que la sabiduría empieza y termina en sus pomposas opiniones y las de sus propios antepasados europeos. ¿Podría él construir esta pirámide? Claro que no. Y, sin embargo, insiste en que quienes la construyeron entendían mucho menos de números que él, o ese Pascal.

—Monge no lo expresó de esa manera.

—¡Mira esos dibujos que hay en la arena! ¿Se parecen sí o no a la pirámide que tienes delante?

—Sí.

—¿Y sin embargo no tienen nada que ver con el motivo por el que estamos aquí? No me lo creo.

—Pero ¿cuál es la relación?

La mirada de Astiza fue de la arena a la pirámide, de la pirámide a la arena.

—Es obvia, me parece a mí. Esos números corresponden a los bloques de la pirámide. Un solo bloque en la punta, ahora desaparecido. Luego dos en su cara, luego tres, y así sucesivamente. Hilera tras hilera, bloque tras bloque. Si sigues esa

pauta, cada bloque tendrá un número. Ese Monge está ciego.

¿Podía ser que Astiza estuviese en lo cierto? Sentí una creciente excitación.

—Completemos unas cuantas hileras más.

La pauta no tardó en volverse más evidente. Los números no sólo crecían rápidamente cerca del apotema de la pirámide, la línea imaginaria que bisectaba la cara de la pirámide, sino que además se emparejaban hacia fuera a cada lado de ese punto central. La línea siguiente, por ejemplo, decía 1, 5, 10, 10, 5, 1. Luego 1, 6, 15, 20, 15, 6, 1. Y así sucesivamente, con cada hilera más grande que la anterior sin que los números dejaran de crecer. En la decimotercera hilera a partir de la punta, el número del centro era 924.

—¿Qué número estamos buscando? —pregunté.

—No lo sé.

—Entonces, ¿de qué sirve esto?

—Cobrará sentido en cuanto lo veamos.

Seguimos con nuestros cálculos. El sol descendía hacia el horizonte en el oeste y las sombras de la pirámide se volvían cada vez más largas. Astiza me tocó el brazo y señaló hacia el sur. Una pequeña columna de polvo subía del suelo por allí, en una clara indicación de que se aproximaba un grupo bastante numeroso. Me puse un poco nervioso. Si Bin Sadr y Silano habían sobrevivido, esa era la dirección por la que vendrían. Hacia el noreste se empezaba a ver el resplandor de incendios en El Cairo y oír el ahora rítmico rugir de la artillería francesa. Una batalla a gran escala estaba siendo librada en la supuestamente pacificada capital. Al parecer, Napoleón no tenía la situación tan controlada como quería creer. Vi que una gran bolsa redonda empezaba a ascender por el aire. Era el globo de Conté, sin duda llevando a bordo unos cuantos observadores que lo usaban para dirigir el combate.

—Será mejor que nos demos prisa —murmuré.

Empecé a hacer números más rápido, pero cada hilera añadida a la secuencia era dos números más larga que la anterior, y más complicada. ¿Y si cometíamos algún error? Astiza me ayudaba a añadir los números con la aritmética necesaria, sin dejar de murmurar en voz baja mientras calculaba con su ágil mente. Nuestra pirámide creció, número a número, bloque a bloque, como si estuviéramos duplicando su construcción sobre la arena. La espalda no tardó en dolerme, empecé a ver borroso. Números, números, números. ¿Era todo un fraude, como había dado a entender Monge? ¿Habían conocido los antiguos egipcios semejantes rompecabezas? ¿Por qué iban a inventar algo tan oscuro y dejar una pista para descubrirlo? Finalmente, unas ciento cincuenta hileras de bloques desde la punta, llegamos a una piedra que tenía los mismos dígitos que según el matemático eran el valor egipcio para pi: 3,160.

Me detuve, perplejo. ¡Pues claro! ¡El medallón era un mapa que indicaba cierto punto sobre la pirámide! La cara norte. Imagina un pozo y una puerta en las caras oeste o este. Recuerda pi. Busca un bloque con el valor de pi bajo ese antiguo juego de números. Sincronízalo con Acuario tal como los egipcios usaban el signo, para la

crecida del Nilo, y... entra.

Si no me había equivocado.

La cara oeste de la pirámide brillaba con destellos rosados cuando empezamos a subir por ella. La tarde tocaba a su fin, el sol bajo y grueso, como el globo de Conté. Nuestros caballos estaban atados abajo, y el estruendo de las detonaciones en El Cairo quedaba ahogado por la mole del monumento entre nosotros y la ciudad. Como antes, nuestro ascenso fue un duro trepar de hilera en hilera por aquellos bloques tan altos, empinados y desgastados por la erosión. Fui contando mientras trepábamos, con la esperanza de encontrar la hilera y el bloque que correspondían a pi, el número eterno codificado en las dimensiones de la pirámide.

—¿Y si los números remiten a las piedras que formaban la cara, ahora desaparecidas? —le dije a Astiza.

—Aun así se corresponderían con las del interior, espero. O las seguirían de cerca. Este medallón nos dirigiría a una piedra que lleva hasta el núcleo.

Acabábamos de llegar a la hilera número cincuenta y tres, y nos habíamos detenido a recuperar el aliento cuando Astiza señaló con el dedo.

—¡Ethan, mira!

Unos jinetes lanzados al galope acababan de doblar la esquina de la pirámide adyacente. Uno de ellos nos vio y se puso a gritar. Incluso a la tenue luz del ocaso me fue fácil distinguir las figuras vendadas de Bin Sadr y Silano mientras espoleaban con las riendas a sus monturas cubiertas de espuma. Si aquello no daba resultado, ya podíamos darnos por muertos; o por algo peor, si Bin Sadr convencía al conde de que le dejase hacer las cosas a su manera.

—Será mejor que encontremos esa piedra.

Contamos. Naturalmente, había miles de bloques en aquella cara oeste, y cuando llegamos al supuesto candidato, no nos pareció que se diferenciase en nada de sus congéneres. Allí había una roca erosionada por milenios de tiempo, de unas cuantas toneladas de peso y firmemente incrustada en la cara de la pirámide por el peso colosal que tenía encima. La empujé, tiré de ella y le di de patadas, sin efecto alguno.

Una bala rebotó en la pirámide.

—¡Para! ¡Piensa! —me apremió Astiza—. Tiene que haber una manera especial de hacerlo o cualquier idiota podría haberse tropezado con esta entrada por casualidad. —Alzó el medallón—. Tiene que guardar relación con esto.

Más balas llovieron alrededor de nosotros.

—Aquí arriba somos como blancos en una pared —murmuré.

Astiza miró fuera.

—No. El conde nos necesita con vida para que le contemos lo que hemos descubierto. Bin Sadr se lo pasará en grande haciéndonos hablar.

Cierto, porque ahora Silano les gritaba furiosamente a los que habían disparado y

les bajaba los mosquetes de un manotazo, para luego empujarlos hacia la base de la pirámide.

—Estupendo. —Empecé a manipular el medallón sin tener ni idea de lo que hacía. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que la segunda pirámide proyectaba sombra sobre la nuestra, su largo triángulo extendido a través de las arenas para subir por las capas de piedra hasta donde estábamos de pie y señalarnos con su punta. La piedra que la remataba estaba intacta, su punta más perfecta, y su ápice parecía cubrir de sombra un bloque situado unos cuantos lugares hacia la derecha y a unas cuantas hileras por debajo de aquella en la que estábamos. Cada día, a medida que el sol desfilaba a lo largo del horizonte, la sombra tocaría una piedra distinta, y hoy era la fecha que yo había deducido del calendario. ¿Nos habríamos dejado algún bloque cuando los contamos? Corrí pirámide abajo hasta el lugar donde terminaba la sombra y alcé el medallón hacia el sol. La luz brilló a través de los diminutos agujeros perforados, y la pauta estelar de Draconis apareció sobre la piedra cubierta de arena.

—¡Ahí! —Astiza señaló con el dedo. Una serie de minúsculos agujeros, o más bien señales hechas con la punta de un escoplo, cerca de la base de la piedra, reproducía la forma de la constelación en el medallón. Y debajo de ellos, la juntura entre nuestra piedra y la de abajo era ligeramente más ancha de lo habitual. Me incliné sobre ella y soplé para apartar el polvo que cubría aquella grieta casi imperceptible. También había ahí el más sutil de los símbolos masónicos esculpido en la piedra.

Pude oír cómo los árabes se hablaban a gritos mientras empezaban a trepar por la cara de la pirámide.

—¡Ríndete de una vez, Gage! —gritó Silano—. ¡Llegas demasiado tarde!

Yo podía sentir un leve hálito de brisa, aire que salía de alguna oquedad al otro lado.

—Está aquí —murmuré. Golpeé la piedra con la palma de la mano—. ¡Muévete, maldita seas!

Entonces me acordé de cómo otros habían llamado al medallón desde que lo gané. Una llave. Intenté deslizar el disco en la grieta, pero era ligeramente convexo y la parte más gruesa no entraba.

Miré hacia abajo. Ahora Silano y Bin Sadr también subían por la pirámide.

Así que invertí el colgante, en un giro que hizo oscilar los brazos conectados. Se quedaron pegados, yo agité el colgante, los brazos avanzaron un poco más hacia dentro...

De pronto hubo un chasquido. Como si un hilo tirase de ellos, los brazos del medallón se incrustaron más profundamente en la piedra, y el disco se partió para caer de bloque en bloque hacia Silano. Hubo un chirriar de piedra sobre piedra. Los hombres de abajo gritaban.

La piedra pareció perder todo su peso, y la vi elevarse una fracción de centímetro de la roca que había debajo. Empujé, y esta vez la piedra rotó y se desplazó hacia

arriba como si estuviera hecha de plumón, para revelar un oscuro conducto que avanzaba hacia abajo en el mismo precario ángulo del corredor descendente que yo había explorado con Napoleón. Un bloque de piedra de cuatro mil quinientos kilos de peso acababa de convertirse en una pluma. La llave había desaparecido dentro de la roca como tragada por esta.

Habíamos encontrado el secreto. ¿Dónde estaba Astiza?

Me volví en redondo. Astiza había ido pendiente abajo para recuperar el disco. La mano de Silano se cerró sobre su capa. Astiza logró soltarse de un brusco tirón que dejó al conde con un jirón de tela en la mano, y se apresuró a trepar pendiente arriba. Desenvainé la espada de Ash y corrí hacia ella para ayudarla. Silano sacó un nuevo estoque, con un brillo avieso en la mirada.

—¡Disparadle! —gritó Bin Sadr.

—No. Esta vez no puede hacer ningún truco con su rifle. Es mío.

Decidí reemplazar la delicadeza por la fuerza bruta nacida de la desesperación. Mientras el estoque de Silano silbaba a través del aire en dirección a mi torso, grité como un vikingo y dejé caer mi espada en un feroz mandoble dirigido hacia abajo como si fuese a cortar madera con ella. Yo estaba una hilera por encima de Silano, lo que me proporcionaba medio metro largo de ventaja, y fui tan rápido que el conde se vio obligado a trocar la estocada que iba a asestarme en una parada. El acero resonó contra el acero y la hoja del estoque de Silano se dobló bajo la fuerza de mi golpe, sin llegar a romperse pero curvándose contra su muñeca. Yo contaba con que aún la tendría dolorida de cuando había estallado mi rifle. Silano se volvió para que el estoque no se le escapara de la mano, pero el movimiento le costó perder el equilibrio. Con una maldición, el conde se bamboleó y chocó con algunos de los bandidos que habían subido a reunirse con él. Todos rodaron pirámide abajo e intentaron agarrarse a la roca para detener su accidentada caída. Yo lancé la espada como si fuese una jabalina, con la esperanza de atravesar a Bin Sadr, pero este se agachó y otro de los villanos, al que oímos gritar mientras caía, recibió la punta en su lugar.

Bin Sadr cargó pirámide arriba, y me atacó con la punta mortífera que sobresalía del extremo de su vara rematada por la cabeza de serpiente. Yo esquivé la acometida, pero no lo bastante deprisa. La hoja, afilada como una navaja, me hizo un corte en el hombro. Antes de que el beduino pudiera hacer girar la vara para hincarme la punta, una piedra le dio en la cara. Astiza, con la cabellera en desorden como la de una Medusa, se había puesto a arrojar fragmentos de pirámide.

Bin Sadr también estaba dolorido, ya que empuñaba la vara con un solo brazo debido a su herida de bala; y vi una ocasión de tomar la ofensiva. Agarré la vara y tiré hacia arriba, mientras Bin Sadr tiraba desesperadamente en dirección contraria al tiempo que parpadeaba bajo el bombardeo de rocas de Astiza. Entonces aflojé mi presa por un instante y Bin Sadr se inclinó peligrosamente hacia atrás, desequilibrado por mi treta. Volví a tirar, la vara se le escapó de la mano y Bin Sadr cayó varias

hileras de bloques. Tenía el rostro ensangrentado, y su preciosa vara era mía. Por primera vez vi un destello de miedo en los ojos del beduino.

—¡Devuélvemela!

—Es leña para el fuego, bastardo.

Astiza y yo nos retiramos al agujero que habíamos creado, nuestro único refugio, y nos arrastramos hacia dentro. Apoyándonos en las paredes del conducto para no resbalar, estiramos los brazos y tiramos de la piedra de la entrada. Bin Sadr aullaba de rabia mientras trepaba frenéticamente hacia nosotros. El bloque bajó con tanta facilidad como había subido, pero al girar recuperó su peso al tiempo que adquiría inercia, y se cerró en las narices del villano con un estruendo como el de un gran peñasco. En un instante quedamos sumergidos en la oscuridad.

Pudimos oír tenues aullidos de frustración, mientras los árabes golpeaban la puerta de piedra con los puños desde el exterior. Y luego oímos gritar a Silano, furioso y lleno de determinación:

—¡Pólvora!

Quizá no nos quedase mucho tiempo.

La negrura fue absoluta hasta que Astiza deslizó algo por uno de los lados del conducto, y vi brillar las chispas mientras encendía la vela que había cogido de la mesa de Napoleón. Todo estaba tan oscuro que el pozo pareció inflamarse con su tenue luz. Parpadeé y respiré profundamente mientras intentaba armarme de valor para el próximo paso. Vi que junto a la entrada había un nicho, y dentro de él, inclinada hacia arriba y conectada por un brazo provisto de una bisagra a la puerta de piedra por la que acabábamos de pasar, había una vara de oro. Era un objeto impresionante, de al menos cinco centímetros de grosor, y el oro probablemente le servía de revestimiento a algún material menos noble para protegerlo de la corrosión o la podredumbre. Parecía ser un mecanismo concebido para desplazar el peso de la puerta de piedra, concebido de tal manera que subiese y bajase como un pistón. Había un hueco donde se conectaba, y un largo pozo que descendía a través de él. Yo no tenía ni idea de cómo funcionaba.

Probé a tirar de la puerta. Estaba incrustada como un corcho, una vez más imposiblemente pesada. La retirada parecía imposible. Estábamos a salvo temporalmente y atrapados permanentemente. Entonces reparé en un detalle que no había observado antes. Alineadas a lo largo de la pared del conducto, como en una exposición de armas, había antorchas de broza bien seca, momificadas por el resecamiento.

Alguien quería que encontráramos nuestro camino hasta el fondo.



tra vez el conducto parecía haber sido diseñado más para que las almas resbalaran por él que para ser recorrido a pie por los hombres. Bajamos por la empinada pendiente, medio resbalando y medio clavando los pies en ella. ¿Porqué no había escalones? ¿Habrían utilizado los antiguos egipcios alguna clase de vagonetas o trineos que ascendían y descendían por él? ¿Pensaban sus constructores que nunca tendrían que hacer ese trayecto? ¿O había sido construido para criaturas o medios de transporte que no podíamos imaginar? En los primeros cincuenta metros dejamos atrás tres vacíos en el techo del conducto. Cuando levanté mi antorcha pude ver bloques de oscuro granito, suspendidos en lo alto. ¿Para qué serían aquellos bolsillos en el techo?

Continuamos el descenso. Finalmente los bloques de arenisca dejaron paso a paredes de piedra caliza, siempre impecablemente encajadas en verticales perfectas. Pasamos bajo la pirámide propiamente dicha y entramos en el lecho rocoso de la meseta de piedra caliza sobre la que había sido construida. El descenso nos adentraba cada vez más en las entrañas de la tierra, hasta que estuvimos muy por debajo del pasaje descendente que yo había explorado con Jomard y Napoleón. Entonces el pasaje empezó a serpentear. Una suave corriente de aire dejaba una voluta de humo de antorcha tras nosotros. Todo olía a roca reseca.

De pronto el pasaje se niveló para desembocar en un túnel de techo tan bajo que tuvimos que arrastrarnos a cuatro patas. El túnel se abrió pasado un trecho. Cuando nos incorporamos, levantamos la antorcha y vimos que estábamos en una caverna de piedra caliza. Un canal desgastado por el roce mostraba dónde había corrido el agua en el pasado. Los muñones de estalactitas pendían en las alturas. Si bien el techo era obra de la naturaleza, las paredes habían sido pulidas a cincel y cubiertas de jeroglíficos y dibujos esculpidos. De nuevo, nos fue imposible leer aquello. Las tallas mostraban a unas criaturas deformes y con fauces erizadas de dientes que obstruían pasajes serpenteantes llenos de lenguas de fuego y lagunas llenas de ahogados.

—El averno —susurró Astiza.

Alzándose a lo largo de la pared como centinelas protectores que te reconfortaban con su presencia había estatuas de dioses y faraones, los rostros orgullosos, los ojos serenos, los labios gruesos, los músculos poderosos. Cobras talladas flanqueaban los umbrales. Una hilera de babuinos formaba una corona cerca del techo de piedra. Una estatua del dios Thoth con cabeza de ibis se alzaba junto a la entrada del fondo, su pico estaba listo para entrar en acción como la pluma de junco que empuñaba, y su mano izquierda sostenía una balanza para pesar el corazón humano.

—Dios mío, ¿qué es este sitio? —murmuré.

Astiza no se separaba de mí. Hacía frío dentro de la caverna, y la sentí

estremecerse en sus diáfanos harapos.

—Me parece que esta es la auténtica tumba. No esa cámara de paredes desnudas en la pirámide que me describiste. Las leyendas de Herodoto, de que la verdadera cámara funeraria se encuentra debajo de la pirámide, podrían ser ciertas.

La rodeé con el brazo.

—¿Entonces, para qué construir una montaña entera encima de ella?

—Para esconderla, para indicar dónde estaba, para sellarla, para inducir a error — teorizó Astiza—. Era una forma de asegurar que la tumba siempre permanecería escondida, o de esconder algo más dentro de ella. Otra posibilidad es que tal vez los antiguos quisieran que la cueva siempre estuviera localizable, y por eso la marcaran con algo tan enorme que nunca llegaría a perderse: la Gran Pirámide.

—¿Porque la caverna era la verdadera última morada del faraón?

—O algo aún más importante.

Miré la estatua con cabeza de ibis.

—Te refieres al premio que buscan todos, ese mágico *Libro de Thoth* que contiene toda la sabiduría.

—Puede que este sea el lugar donde lo encontraremos, creo.

Reí.

—¡En ese caso, lo único que tenemos que hacer es encontrar la salida!

Astiza miró el techo.

—¿Crees que los antiguos ahuecaron este espacio?

—No. Nuestro geólogo Dolomieu dijo que la piedra caliza es erosionada por el agua que fluye, y sabemos que el Nilo no queda muy lejos de aquí. En algún momento del pasado, el río o un tributario suyo probablemente corría a través de esta meseta. Puede que tenga tantos agujeros como celdillas hay en un panal. Cuando los egipcios descubrieron esto, tuvieron un escondite ideal; pero sólo si podía ser preservado en secreto. Me parece que tienes razón. Construye una pirámide y todo el mundo mira la pirámide, no lo que hay debajo de ella.

Astiza me agarró del brazo.

—Los conductos de la pirámide que Napoleón exploró quizá sólo servían para convencer a los arquitectos y los trabajadores corrientes de que el faraón sería enterrado aquí arriba.

—Entonces algún otro grupo construyó el conducto por el que acabamos de pasar y talló esta escritura. Y bajaron aquí y regresaron, ¿no? —Intenté parecer muy seguro de mí mismo.

Astiza señaló con el dedo.

—No, no lo hicieron.

Y allá en la penumbra, justo detrás de los pies de Thoth, vi una alfombra de huesos y cráneos que llenaban la caverna de un extremo a otro. Sonrisas muertas y órbitas vacías. Un poco sobrecogidos, fuimos hacia allí para inspeccionarlas. Había centenares de cuerpos humanos, dispuestos en pulcras hileras. No vi ninguna marca

dejada por las armas en sus restos.

—Esclavos y sacerdotes —dijo Astiza—, que fueron envenenados, o a los que se les cortó el cuello, para que no pudieran propagar los secretos. Esta tumba fue su última tarea.

Empujé una calavera con la punta del pie.

—Esperemos que no sea la nuestra. Ven. Huelo agua.

Fuimos a través del osario, andando cautelosamente entre un repiqueteo de muertos, y entramos en otra cámara subterránea con un pozo en el centro. Allí una cornisa circundaba el pozo; y cuando miramos cautelosamente hacia abajo, la luz de nuestra antorcha se reflejó en el agua. No había duda de que era un pozo. Surgiendo de él para desaparecer dentro de un estrecho agujero en el techo, había una vara dorada idéntica a la que yo había visto cuando entramos en la pirámide. ¿Era la misma? La caverna podía tener una serie de curvas que nos llevaran directamente bajo la puerta secreta, así que ese conducto era el que controlaba el peso del bloque que se había elevado para franquearnos la entrada.

Extendí la mano y toqué la vara. Esta se meció suavemente hacia arriba y hacia abajo como si flotara. Miré con más atención. Abajo en el pozo, la vara sobresalía de una bola dorada del diámetro de un hombre que flotaba en el agua. La vara subiría o bajaría dependiendo del nivel del agua. En uno de los lados del pozo había un medidor tallado. Puse la mano alrededor de la fría y resbaladiza envoltura de la vara y empujé. La bola osciló.

—El viejo Ben Franklin habría disfrutado de lo lindo deduciendo qué es esto.

—Las marcas son similares a las de los metros del Nilo usados para medir la subida del río —dijo Astiza—. Cuanto mayor es la crecida, más abundantes son las cosechas de ese año, y mayores serán los tributos que impondrá el faraón. Pero ¿por qué medirlo aquí abajo?

—Porque esto está conectado con una corriente subterránea del Nilo —supuse—. Cuando el río crece, este pozo subirá, y el conducto lo hará con él.

—Pero ¿por qué?

—Porque es una puerta estacional —razoné—. Una cerradura ajustada a determinado momento. ¿Recuerdas que el calendario señalaba Acuario y la fecha de hoy, 21 de octubre? Quienquiera que crease la puerta de piedra por la que hemos pasado la concibió de tal forma que sólo pudiera ser abierta cuando la crecida del Nilo llega a su nivel máximo, por alguien que entendiera el secreto del medallón. Cuando el río sube, levanta ese globo, y ese eje es empujado hacia arriba. Tiene que levantar un mecanismo instalado arriba que puede sostener el peso del bloque de piedra de tal forma que, con la llave del medallón, este puede ser abierto. Durante la estación seca esta caverna permanece cerrada a cal y canto.

—Pero ¿por qué tenemos que entrar sólo cuando el Nilo está alto?

Acaricié la vara nerviosamente.

—Buena pregunta.

Reanudamos la marcha. La caverna serpenteaba de tal manera que yo ya no sabía en qué dirección avanzábamos.

Nuestras primeras antorchas se habían consumido y encendimos las siguientes. No soy de los que temen los lugares cerrados, pero allí abajo me sentía enterrado. ¡El averno de Osiris, ciertamente! Y entonces llegamos a una gran sala que empequeñecía a todas las que habíamos visto hasta el momento, una cámara subterránea tan descomunal que nuestras antorchas no eran capaces de iluminar el otro extremo. Lo único que podían hacer era proyectar un sendero de claridad sobre una oscura masa de agua.

Nos detuvimos en la orilla de un lago subterráneo, oscuro e inmóvil, techado de piedra. En el centro del lago había una pequeña isla. Un pabellón de mármol, sólo cuatro pilares y un techo, ocupaba su centro. Esparcidas alrededor de su periferia había estatuas, arcones y pilas de objetos más pequeños que relucían y centelleaban incluso a esa distancia.

—Un tesoro. —Intenté hablar en un tono lo más calmado posible, pero me salió como un graznido.

—Es tal como lo describía Herodoto —murmuró Astiza, como si aún no acabara de creérselo—. El lago, la isla... Esta es la verdadera última morada del faraón. Nunca descubierta, jamás expoliada. ¡Verlo es una bendición del cielo!

—Somos ricos —añadí yo, mi estado de iluminación espiritual no muy convencido de si podría hacer frente a la codicia del sentido común. No me enorgullezco de mis instintos comerciales, pero por todos los cielos que había pasado por un auténtico infierno durante los últimos meses y un poco de dinero sólo sería una compensación. Me sentía tan cautivado por todos aquellos objetos valiosos como lo había estado por las riquezas en la bodega del *Orient*. Su valor para la historia ni siquiera se me pasó por la cabeza. Yo sólo quería llegar al botín, recogerlo y salir de aquel sepulcro para irme bien lejos sin ser capturado por el ejército francés.

Astiza me apretó la mano.

—Esto es lo que daban a entender las leyendas, Ethan. Conocimiento eterno, tan poderoso que debía permanecer oculto hasta que los hombres y las mujeres hubieran llegado a ser lo bastante sabios para usarlo. En ese pequeño templo, sospecho, lo encontraremos.

—¿Qué encontraremos? —Yo no podía apartar la mirada de los destellos de todo aquel oro.

—El *Libro de Thoth*. La gran verdad oculta de la existencia.

—Ah, sí. ¿Y estamos preparados para sus respuestas?

—Debemos mantenerlo a salvo de herejes como el Rito Egipcio hasta que lo estemos.

Toqué el agua con la punta de la bota.

—Lástima que no tengamos ningún hechizo para andar sobre el agua, porque se diría que está bastante fría.

—No, mira. Hay una embarcación para llevar al faraón hasta el cielo.

Dispuesta junto al lago sobre una cuna de piedra, hermosa como una goleta, había una pequeña embarcación blanca de esbeltas líneas, con la proa y la popa elevadas como las que yo había visto en las pinturas de las paredes del templo. Tenía las dimensiones justas para transportarnos a ambos, y disponía de un remo dorado con el que impulsarla. ¿Y por qué no se había podrido con el paso de los siglos? Porque no estaba hecha de madera, sino de alabastro ahuecado con nervaduras de oro. La piedra pulida era traslúcida, su textura suave como el terciopelo.

—¿Crees que flotará?

—Un cazo de latón flotaría —dijo Astiza. Despacio y con mucho cuidado, llevamos la pequeña embarcación hasta las opacas aguas. Las ondulaciones se propagaron lentamente a través de aquel lago liso como un espejo.

—¿Crees que habrá algo vivo en estas aguas? —pregunté nerviosamente.

Astiza subió a bordo.

—Te lo diré cuando hayamos llegado al otro lado.

Subí a bordo de aquella embarcación delicada como el cristal, y la alejé de la orilla con la vara de Bin Sadr. Luego fuimos hacia la isla, remando lentamente mientras mirábamos por encima de la borda en busca de monstruos.

No había demasiada distancia que recorrer, ya que el templo era aún más pequeño de lo que me había parecido en un primer momento. Atracamos en tierra firme y bajamos de la embarcación para quedarnos boquiabiertos ante el tesoro de un faraón. Había un carro de guerra hecho de oro provisto de lanzas de plata, muebles de madera pulimentada con incrustaciones de ébano y jade, arcones de cedro, armaduras enjoyadas, dioses con cabeza de perro y recipientes de aceite y especias. El montículo relucía con los destellos de piedras preciosas como las esmeraldas y los rubíes. Había turquesa, feldespato, jaspe, cornalina, malaquita, ámbar, coral y lapislázuli. También había un sarcófago de granito rojo, sólido como una casamata, con una tapa demasiado pesada para levantarla sin una docena de hombres. ¿Habría alguien dentro? Yo no estaba demasiado interesado en averiguarlo. La idea de rebuscar en la tumba de un faraón no me atraía en absoluto; la de echar mano a una buena porción del tesoro, sí.

Pero Astiza no tenía ojos para nada de todo aquello. Apenas miró la espectacular acumulación de joyas, túnicas deslumbrantes, vasijas canópicas o bandejas de oro. Lo que hizo, como sumida en un trance, fue seguir un sendero recubierto de plata hacia el pequeño templo, sus pilares esculpidos en forma de Thots con cabezas de babuino. Yo la seguí.

Había una mesa de mármol bajo el techo de mármol. Sobre ella había una caja de granito rojo, abierta en un lado, y en su interior un cubo dorado con puertas doradas. ¿Todo eso para un libro o, más exactamente, para unos cuantos rollos de pergamino? Puse la mano sobre la pequeña asa de la puerta. Se abrió como si estuviera engrasada.

Metí el brazo...

Y no encontré nada.

Tanteé con la mano en todas direcciones y sólo sentí el tacto resbaladizo del recubrimiento de oro. Solté un bufido.

—Despídete de la sabiduría.

—¿No está ahí?

—Los egipcios no tenían más respuestas que nosotros. Todo es un mito, Astiza. Ella estaba atónita.

—Entonces, ¿por qué este templo? ¿Por qué esta caja? ¿Por qué esas leyendas? Me encogí de hombros.

—La biblioteca quizás era la parte menos complicada. Fue el libro lo que nunca llegaron a escribir.

Astiza miró a su alrededor con suspicacia.

—No. Lo han robado.

—Me parece que nunca estuvo aquí.

Astiza negó con la cabeza.

—No. Jamás hubiesen construido esa bóveda de granito y oro para no guardar nada en ella. Alguien ha estado aquí antes. Alguien de alto rango, con el conocimiento de cómo entrar en este lugar y, sin embargo, lo bastante lleno de rabia y orgullo para no respetar la pirámide.

—¿Y no se llevó todo este oro?

—A ese profeta no le importaba el oro. Lo que le interesaba era el otro mundo, no este. Además, el oro es como paja comparado con el poder de ese libro.

—Un libro de magia.

—De poder, sabiduría, gracia, serenidad. Un libro de muerte y renacimiento. Un libro de felicidad. Un libro que inspiró a Egipto para llegar a ser la nación más grande del mundo, y que luego inspiró a otros pueblos para influenciar al mundo.

—¿Qué otros pueblos? ¿Quién se lo llevó?

Astiza señaló con el dedo.

—Dejó su identidad tras de sí.

Allí, olvidado en uno de los rincones del templo de mármol, había una vara de pastor, o cayado. Tenía esa curva en el extremo que tan práctica resulta a la hora de agarrar a una oveja por el cuello. Su madera parecía maravillosamente preservada, y a diferencia de un cayado normal era notable por lo mucho que brillaba y el cuidado con que se había tallado, con un ángel alado en el extremo curvo y la cabeza de una serpiente en el otro. Hacia la mitad del cayado había dos querubines con las alas extendidas el uno hacia el otro, y una abrazadera que servía para sujetarlos a la vara. Aun así, no dejaba de ser un objeto modesto entre todo el tesoro de un faraón.

—¿Qué diablos es eso?

—La vara del mago más famoso que ha existido en la historia —dijo Astiza.

—¿Mago?

—Un príncipe de Egipto que se convirtió en libertador.

Me la quedé mirando.

—¿Estás diciendo que Moisés estuvo aquí abajo?

—Es la única explicación que encaja con los hechos.

—No. Es imposible.

—¿Lo es? Un criminal fugitivo que ha oído la voz de Dios sale del desierto con la extraordinaria exigencia de que se le permita ponerse al frente de los esclavos hebreos para llevarlos a la libertad, y de pronto tiene el poder de obrar milagros. Una habilidad que nunca había exhibido antes, ¿recuerdas?

—Ese poder le fue otorgado por Dios.

—¿De veras? ¿O por los dioses, bajo la apariencia de un solo gran Dios?

—Luchó contra los dioses egipcios, los falsos ídolos.

—Ethan, eran hombres que luchaban con hombres.

Sonaba como una maldita revolucionaria francesa. O como Ben Franklin.

—El salvador de su pueblo hizo algo más que llevarse consigo a los hebreos esclavizados y aniquilar al ejército del faraón —prosiguió Astiza—. Se llevó el talismán más poderoso del mundo, tan poderoso que unos esclavos que habían huido de sus hogares tuvieron el poder de conquistar la Tierra Prometida.

—Un libro.

—Un almacén de sabiduría. Recetas de poder. Cuando los judíos llegaron a su Tierra Prometida, sus ejércitos lo barrieron todo ante ellos. Moisés encontraba comida, curaba a los enfermos y abatía a los blasfemos. Vivió mucho más tiempo de lo normal. Algo mantuvo con vida a los hebreos en el desierto durante cuarenta años. Fue ese libro.

Una vez más intenté recordar las viejas historias bíblicas. Moisés había sido un esclavo hebreo rescatado por una princesa, criado como un príncipe, que mató a un capataz de esclavos en un ataque de rabia. Huyó, volvió décadas después, y cuando el faraón se negó a dejar marchar a su pueblo, Moisés hizo caer diez plagas sobre Egipto. Cuando el faraón perdió a su primogénito en la décima y peor de las calamidades, se dio por vencido y liberó del cautiverio a los esclavos hebreos. Y eso debería haber sido el final de la historia si el faraón no hubiera vuelto a cambiar de parecer y perseguido a Moisés y los hebreos con seiscientos carros de guerra. ¿Por qué? Porque descubrió que Moisés se había llevado consigo algo más que los hebreos esclavizados. Se había llevado el núcleo del poder de Egipto, su mayor secreto, su posesión más temida. Se lo llevó y luego...

Separó las aguas del mar.

¿Habían llevado ese libro de poder al templo de Salomón, supuestamente edificado por los antepasados de mis francmasones?

—No puede ser. ¿Cómo pudo entrar aquí y salir de la pirámide después?

—Fue a hablar con el faraón poco antes de que la crecida del Nilo llegara a su apogeo —dijo Astiza—. ¿Es que no lo ves, Ethan? Moisés había sido un príncipe egipcio. Sabía secretos sagrados. Sabía cómo entrar aquí y salir, algo que nadie más

se había atrevido a hacer. Ese año Egipto perdió no sólo una nación de esclavos, un faraón y un ejército. Perdió su corazón, su alma, su sabiduría. La esencia le fue arrebatada por una tribu nómada que después de cuarenta años de viaje la transportó a...

—A Israel. —Me senté en el pedestal vacío, sintiendo que todo me daba vueltas.

—Y Moisés, ladrón y profeta, nunca pudo entrar en la Tierra Prometida porque su Dios no se lo permitió. Quizá se sentía culpable por haberse apoderado de lo que tenía que permanecer oculto.

Clavé la mirada en el vacío. Aquel libro, o aquellos rollos de pergamino, habían estado desaparecidos durante los últimos tres mil años. Y ahora allí estábamos Silano y yo, a la procura de una bóveda vacía.

—Hemos estado buscando en el lugar equivocado.

—Puede que haya pasado a formar parte del Arca de la Alianza —dijo Astiza—, como las tablas de los Diez Mandamientos. ¡El mismo conocimiento y el mismo poder que levantaron las pirámides pasaron a los judíos, un oscuro pueblo ignorado por todos que se convirtió en unas tribus cuyas tradiciones dieron origen a tres grandes religiones! ¡Puede que haya ayudado a derribar las murallas de Jericó!

Todo me daba vueltas. ¡Herejía!

—Pero ¿qué razón podían tener los egipcios para enterrar un libro semejante?

—Lo enterraron porque sabían que el conocimiento siempre conlleva un riesgo, al igual que una recompensa. Puede usarse tanto para el mal como para el bien. Nuestras leyendas dicen que los secretos de Egipto procedían del otro lado del mar, de un pueblo que ya había sido olvidado cuando se construyeron las pirámides, y que Thoth se dio cuenta de que semejante conocimiento tenía que ser protegido a toda costa. Los humanos son criaturas que se dejan llevar fácilmente por la emoción, más inteligentes que sabias. Puede que los hebreos también se dieran cuenta de ello, dado que el libro ha desaparecido. Quizás aprendieron que usar el *Libro de Thoth* era una peligrosa temeridad.

Todo aquello me parecía increíble, claro está. Mezclar los dioses de la manera en que lo hacía Astiza era pura y simple blasfemia. Y yo soy un hombre moderno, un hombre de ciencia, un americano escéptico cortado por el mismo patrón que Franklin. Y, sin embargo, no podía evitar preguntarme si no existiría alguna fuerza divina que obraba a través de todas las maravillas del mundo. ¿Habría un capítulo de la historia de la humanidad que nuestra era revolucionaria había olvidado?

Y entonces oímos un retumbar lejano, un trueno prolongado que removi6 la atm6sfera con un viento lejano. La caverna rocosa tembl6 y pareció gruñir. Una explosi6n.

Silano había encontrado su pólvora.

Me levanté del pedestal mientras los ecos del sonido reverberaban a través de la

cámara subterránea.

—No has respondido a mi otra pregunta. ¿Cómo hizo Moisés para salir de aquí?
Astiza sonrió.

—Quizá nunca cerró la puerta por la que entramos y salió por el camino de entrada. O, lo que es más probable, existe más de una entrada. El medallón sugiere que hay más de un conducto, uno al oeste y otro al este, y que Moisés cerró la puerta del oeste tras haber entrado por ella para salir por la puerta del este. Sin duda, la buena noticia es que sabemos que salió. Hemos encontrado la manera de entrar, Ethan. También encontraremos la manera de salir. El primer paso es salir de esta isla.

—No hasta que me haya llenado los bolsillos.

—¡No tenemos tiempo para eso!

—Una mísera porción de este tesoro, y podemos comprar todo el tiempo del mundo.

Yo no tenía conmigo ninguna mochila o saco apropiados. ¿Cómo describir el rescate digno de un rey que intenté llevarme? Me cubrí el pecho con suficientes collares para darme un buen dolor de espalda y me llené las muñecas con más brazaletes que si fuese una cortesana de Babilonia. Me puse un cinturón de oro, me ceñí los pies con ajorcas, y hasta cogí los querubines de Moisés para metérmelos en los calzones. Aun así, apenas hice mella en el tesoro oculto bajo la Gran Pirámide. Astiza, en cambio, no tocó nada.

—Robar a los muertos no se distingue en nada de robar a los vivos —me advirtió.

—Con la pequeña diferencia de que a los muertos ya no les hace falta —razoné, dividido entre la repugnancia que me inspiraba mi codicia de occidental y ese instinto de obtener beneficios que no está dispuesto a dejar escapar la oportunidad que sólo se te presenta una vez en la vida—. Cuando estemos fuera necesitaremos dinero para acabar de encontrar ese libro —razoné—. Por el amor de Dios, al menos ponte unos cuantos anillos en los dedos.

—Trae mala suerte. La gente que roba una tumba suele morir.

—Sólo es una compensación por todas las penalidades que hemos tenido que soportar.

—Ethan, me preocupa que pueda haber una maldición.

—Los sabios no creen en las maldiciones, y un americano cree en la oportunidad cuando te está mirando a los ojos. No pienso dejarte hasta que no hayas cogido algo para ti.

Así que Astiza se puso un anillo con todo el placer de una esclava que se pone el grillete. Yo sabía que vería las cosas de otra manera en cuanto hubiésemos salido de aquella catacumba. Sólo ese anillo, con un rubí del tamaño de una cereza, equivalía a los ingresos de toda una vida. Subimos a la embarcación y remamos rápidamente hacia la orilla principal. Una vez en tierra firme sentimos temblores en la gran estructura que teníamos encima, y una serie de crujidos y chirridos correspondientes a los efectos secundarios de una explosión. Esperé que el imbécil de Silano no hubiera

usado tanta pólvora para hacer caer el techo.

—Tenemos que suponer que Bin Sadr y sus asesinos seguirán el mismo camino que tomamos nosotros, si ese barril de pólvora ha hecho lo que se esperaba de él —dije—. Pero el medallón mostraba una v con dos brazos, así que la otra ruta de salida tiene que ser el brazo este. Con un poco de suerte podremos salir por allí, cerrar la puerta y estar muy lejos antes de que los villanos se den cuenta de que nos hemos ido.

—Ellos también se sentirán cautivados por el tesoro —predijo Astiza.

—Tanto mejor.

Los inquietantes chirridos continuaban, acompañados por un siseo, como una cascada de arena que cae. ¿Había activado la explosión alguna clase de mecanismo antiguo? El edificio parecía estar vivo, y desaprobaba lo que se le había hecho. Pude oír gritos lejanos mientras los esbirros de Silano descendían hacia nosotros.

Con la vara de Bin Sadr aún empuñada, conduje a Astiza hacia un portal en el extremo este del lago. Tenía dos túneles, uno que bajaba y otro que subía. Tomamos el camino de subida. Como era de esperar, no tardó en llevarnos a un conducto ascendente situado enfrente del que habíamos usado para bajar. Este conducto subía en el mismo ángulo, enfilado hacia la cara este de la pirámide. Pero cuanto más arriba trepábamos, más ruidosos se volvían los crujidos y el siseo.

—El aire empieza a estar viciado —dije con preocupación.

No tardamos en ver por qué. Los vacíos en el techo que me habían llamado la atención mientras íbamos por el conducto oeste se repetían aquí, y ahora un tapón de granito descendía lentamente de la boca de cada uno como un oscuro molar brotado de una encía de piedra. Bajaban para sellar el pasaje y cualquier posible ruta de huida. Un segundo tapón descendía detrás del primero, y un tercero más allá de ese. La arena, en algún lugar de los mecanismos de la pirámide, tenía que haber operado como un contrapeso para mantener esas piedras inmóviles en su sitio. Ahora, con la interferencia de Silano, el mecanismo había sido activado para que dejase escapar la arena. Sin duda los portales también estarían cerrándose en el túnel por el que habíamos entrado. Podíamos quedar atrapados allí abajo junto con la cuadrilla de Bin Sadr.

—¡Deprisa! ¡Tal vez podamos deslizarnos por debajo antes de que se cierren! —Empecé a arrastrarme hacia delante.

Astiza me agarró del brazo.

—¡No! ¡Quedarás aplastado!

Forcejeé para soltarme aunque sabía que ella tenía razón. Podía ser que consiguiese rebasar el tapón más próximo, e incluso el que había más allá. Pero el tercero seguramente me aplastaría, o más probablemente me dejaría atrapado para toda la eternidad entre él y su hermano detrás.

—Tiene que haber otra ruta —dije, con más esperanza que convicción.

—El medallón sólo mostraba dos conductos —dijo Astiza, al tiempo que me obligaba a retroceder tirando de mis collares como un perro que llevase la correa—.

Ya te dije que nos traería mala suerte.

—No. Está ese túnel descendente que no hemos seguido. Los antiguos no se conformarían con taponar esto para toda la eternidad.

Descendimos a toda prisa por donde habíamos venido y volvimos a salir al lago subterráneo con su isla. Al ir hacia ella vimos un destello de luz que no tardó en confirmarnos lo peor. Varios árabes estaban en la isla de oro y plata, gritando con la misma alegría que había sentido yo mientras se peleaban entre ellos para hacerse con las mejores piezas. Entonces divisaron nuestras antorchas.

—¡El americano! —gritó Bin Sadr, y sus palabras crearon ecos a través del lago—. ¡El hombre que lo mate recibirá una porción doble! ¡Otra porción doble por traerme a la mujer!

¿Dónde estaba Silano?

No pude evitar agitar su vara ante el bastardo, como una capa ante un toro.

Bin Sadr y dos de sus hombres saltaron a la pequeña embarcación de alabastro, con lo que casi la hicieron volcar pero también la enviaron hacia nosotros propulsada por su inercia. Los otros tres se zambulleron en las frías aguas y empezaron a nadar.

A falta de otra elección, corrimos por el túnel descendente.

También parecía llevar vagamente hacia el este, pero adentrándose en la base de piedra caliza. Yo temía encontrarme con un callejón sin salida, como el corredor descendente que habíamos visto con Napoleón. Pero ahora otro sonido crecía poco a poco, el profundo rugido de un río subterráneo.

¡Quizás esa era la salida!

Llegamos a una escena sacada de Dante. El túnel terminaba en una repisa de piedra que daba a una nueva cámara subterránea, esta tenuemente iluminada por un leve resplandor rojizo. La fuente de la iluminación era un pozo tan profundo y lleno de neblina que no pude distinguir el fondo, pese a que un resplandor como el de un lecho de ascuas encendidas parecía emanar de sus profundidades. Era una luz ultraterrena, tenue pero palpitante, como un ombligo del Hades. Guijarros y arena resbalaban por los lados del pozo para ir hacia la luz. Algo misterioso se estaba moviendo allí abajo, enorme y pesado. Un puente de piedra agrietado, lleno de melladuras y sin barandillas, se arqueaba a través del pozo. Estaba recubierto de esmalte azul adornado con estrellas amarillas, como el techo de un templo puesto del revés. Si un resbalón te hacía caer del puente, nunca conseguirías salir de las profundidades del pozo.

Al final de la cámara el puente terminaba en una gran escalinata de granito mojado que brillaba tenuemente. Una cortina de agua corría por los escalones y caía dentro del pozo, posiblemente el origen de las nubes de vapor que se agitaban en su interior. En dirección a las escalinatas oí el rugir de un río. Si bien resultaba imposible verlo, supuse que había un desvío subterráneo del Nilo que corría dentro de un canal a través del otro extremo de la cámara como por una acequia de irrigación. El canal tenía que estar en lo alto de la escalinata mojada, más arriba que la

plataforma en la que nos encontrábamos, y se encontraba tan lleno de agua que una parte de ella rebosaba.

—Esa es nuestra salida —dije—. Ahora lo único que tenemos que hacer es llegar allí primero. —Pude oír que los árabes se nos acercaban desde atrás mientras trotaba hacia el puente y entraba en él.

De pronto, un bloque en el que había tallada una estrella cedió y la pierna se me metió por el hueco, con lo que estuve a punto de caer del arco para precipitarme dentro del pozo. Fue pura suerte que pudiera agarrarme al borde del puente y recuperar el equilibrio. El bloque hizo bastante ruido cuando chocó con el fondo, muy por debajo de mí. Miré hacia abajo dentro de la neblina rojiza. ¿Qué sería eso que se retorció en las profundidades?

—Por la madera de Ticonderoga, me parece que ahí abajo hay serpientes —dije con voz trémula, mientras me incorporaba para batirme en retirada. Al mismo tiempo pude oír los gritos de los árabes que se aproximaban.

—Es una prueba, Ethan, para castigar a aquellos que entran sin conocimiento. Hay algo erróneo en este puente.

—Obviamente.

—¿Por qué pintarían el cielo en la cubierta del puente? Porque aquí el mundo está del revés, porque... ¡El disco del medallón! ¿Dónde está?

Después de que Astiza lo hubiese recuperado de su caída por la cara de la pirámide, yo me lo había guardado en la túnica. Un recuerdo, después de todos aquellos apuros. Ahora lo saqué y se lo di.

—Mira —dijo—, la constelación de Draco. No es sólo la estrella polar, Ethan. Crea una pauta que tenemos que seguir. —Y antes de que yo pudiese sugerir que reflexionáramos un poco, Astiza pasó junto a mí para saltar a determinada piedra en el puente—. ¡Toca sólo las estrellas que están en la constelación!

—¡Espera! ¿Y si estás equivocada?

Hubo un retumbar de mosquete y una bala entró en la cámara para rebotar en las paredes de roca. Bin Sadr no se andaría con contemplaciones.

—¿Qué elección nos queda?

Seguí a Astiza, ayudándome con la vara de Bin Sadr para no perder el equilibrio.

Apenas habíamos empezado a caminar por el puente cuando los árabes salieron en tromba del túnel y se detuvieron al borde del pozo como habíamos hecho nosotros, sobrecogidos por la peculiar amenaza del lugar. Entonces uno de ellos avanzó a la carrera mientras gritaba «¡Tengo a la mujer!». Pero sólo había recorrido unos metros cuando otro bloque con estrella cedió y el árabe cayó, cogido por sorpresa y sin tanta suerte como yo. Su torso chocó con el puente, rebotó, gritó, arañó el borde del arco con los dedos y cayó: se estrelló contra el lado del pozo para resbalar hacia la penumbra entre una lluvia de rocas. Los árabes se asomaron al borde de la repisa para mirar. Algo se movió allí abajo, rápidamente esta vez, y el grito de la víctima quedó cortado en seco.

—¡Esperad! —dijo Bin Sadr—. ¡No les disparéis! ¿Veis? ¡Tenemos que pisar dónde lo hagan ellos! —Me estaba observando con tanta atención como yo observaba a Astiza. Entonces saltó, para caer donde lo había hecho yo. El puente se mantuvo firme—. ¡Seguidme!

Fue una danza extraña y bastante ridícula, en la que todos imitábamos los brincos de la mujer. Otro árabe puso el pie donde no debía y cayó aullando cuando otro bloque cedió, haciendo que todos quedáramos paralizados por un instante.

—¡No, no; ese de ahí! —chilló Bin Sadr, al tiempo que señalaba con el dedo. Entonces el juego mortal siguió su curso.

En el centro del puente no pude distinguir ningún fondo. ¿Qué clase de garganta volcánica era esa? ¿Era sellar aquel ombligo por lo que la pirámide había sido construida?

—Ethan, corre —rogó Astiza. Me esperaba para asegurarse de que yo pisaba las piedras estelares correctas, aunque eso también daba tiempo a Bin Sadr para localizarlas. Finalmente llegó a la escalinata mojada, se bamboleó un segundo a causa de la tensión y dio un último brinco, para aterrizar sobre la estrella polar. Llegué a la escalinata de granito con una zancada triunfal y me volví, la vara con cabeza de serpiente de Bin Sadr empuñada en mis manos para golpearlo. ¡Quizá lo vería cometer algún error!

Pero no, siguió avanzando con un brillo asesino en los ojos.

—Ya no tienes escapatoria, americano. Si me das mi vara, te dejaré para el final y así podrás mirar mientras tomamos a la mujer.

Estaba a sólo unos pasos de distancia de mí, sus tres supervivientes listos para lanzarse al ataque detrás de él. Si venían todos a la vez, yo no podría hacer nada.

El árabe se detuvo.

—¿Te rindes?

—Vete al infierno.

—Entonces disparadle —ordenó Bin Sadr—. Recuerdo cuáles son las últimas estrellas que hay que tocar. —Mosquetes y pistolas empezaron a ser alzados.

—Entonces toma —ofrecí.

Le arrojé la vara, lanzándola hacia arriba, pero de forma que Bin Sadr pudiese cogerla. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa. Estiró el brazo instintivamente mientras se inclinaba hacia delante con la rapidez de un reptil y su mano se cerró sobre la vara; y, al hacerlo, movió el pie izquierdo sin darse cuenta para no perder el equilibrio.

Un bloque clave cedió al final del puente.

Inmóviles como estatuas, los árabes oyeron el estruendo que hizo el bloque al rebotar en el fondo del pozo.

Entonces hubo un crujido, un sonido de roca que se hace pedazos, y miramos abajo. El bloque caído acababa de iniciar una rápida desintegración. La conexión del puente con los escalones de granito se disolvió cuando los bloques se salieron del

sitio, y el extremo que había quedado suelto empezó a inclinarse implacablemente dentro del pozo. Entonces Bin Sadr cometió un error fatal. Los esbirros del árabe gritaron y se batieron en retirada por donde habían venido. Mientras lo hacían, sin mirar dónde ponían los pies, otras piedras cedieron.

Bin Sadr saltó hacia los escalones de granito mojado.

Si hubiese soltado la vara, podría haberlo logrado, o al menos me habría agarrado y yo me hubiese visto arrastrado en su caída. Pero se aferró demasiado a su arma favorita. Su otro brazo aún no se había recuperado de la herida y estaba débil, su mano resbaló en la roca mojada y todo él empezó a resbalar hacia el abismo mientras intentaba sostenerse sin perder la vara. Finalmente la soltó a tiempo para agarrarse a una protuberancia de piedra que frenó su deslizamiento. La vara se perdió de vista en las profundidades. Ahora Bin Sadr pataleaba suspendido al borde del precipicio, con una cortina de agua fluyendo junto a él para disolverse en vapor. Mientras tanto, sus esbirros chillaron de terror cuando el puente rotó hacia abajo con un rugido y se desplomó hacia el infierno, llevándose los consigo. Los árabes se precipitaron al vacío entre una frenética agitación de miembros. Los vi desaparecer en la niebla.

Agarrado a su asidero, Bin Sadr miró a Astiza con los ojos llenos de odio.

—Ojalá hubiera degollado a esta puta como hice con la de París —siseó.

Empuñé mi tomahawk y me arrastré lentamente hacia abajo en dirección a los dedos de Bin Sadr.

—Esto es por Talma, Enoc, Minette y todos los inocentes a los que conocerás en el otro barrio. —Alcé la pequeña hacha india.

Bin Sadr me escupió.

—Te esperaré allí. —Luego se soltó.

Se precipitó por el lado del pozo, chocó con una ladera de arena y se hundió, sin un solo sonido, en la tenue neblina roja de abajo. Pequeñas piedras arrastradas por su caída cayeron tras él. Luego hubo silencio.

—¿Está muerto? —susurró Astiza.

Todo estaba tan silencioso que temí que Bin Sadr hubiera encontrado alguna manera de trepar hacia arriba. Me asomé a mirar. Algo se movía allá abajo, pero durante un rato lo único que pudimos oír fue el rugido del agua en lo alto de la escalinata mojada. Entonces llegaron tenuemente al principio los sonidos de un hombre que empieza a gritar.

A esas alturas yo ya había oído muchísimos gritos, tanto en la batalla como entre los heridos. Sin embargo, había algo distinto en aquel sonido, un alarido ultraterreno de un terror tan absoluto que se me hizo un nudo en el estómago cuando pensé en la cosa o cosas invisibles que lo motivaban. Los gritos siguieron y siguieron, cada vez más agudos, y supe con terrible certeza que la voz que oía era la de Ahmed bin Sadr. Pese a que éramos enemigos jurados, me estremecí. Bin Sadr estaba experimentando el terror de los condenados.

—Apofis —dijo Astiza—. El dios serpiente del averno. Bin Sadr acaba de

conocer aquello a lo que adoraba.

—Eso es un mito.

—¿Lo es?

Después de lo que pareció una eternidad los gritos se redujeron a un farfullar demencial. Luego cesaron. Nos habíamos quedado solos.

Yo temblaba de terror y frío. Nos abrazamos el uno al otro, toda retirada imposible, el rojo resplandor del pozo nuestra única luz. Finalmente subimos la escalinata mojada, su cascada impregnada por el olor del Nilo. Llegamos a un canal que corría a lo largo del último escalón. Las aguas del Nilo entraban a raudales por una abertura en forma de cañería en la pared de la caverna para llenar hasta los bordes el canal de piedra, y luego desaparecían dentro de otro túnel en el otro extremo de la escalinata. La corriente fluía con tal fuerza que no había ninguna posibilidad de ascender por ella. Nuestra única salida era ir en la dirección hacia la que corría el agua, dentro de un oscuro desagüe.

Vi que no había espacio suficiente para que pudiese haber aire.

—Me parece que Moisés no tomó este camino.



oisés era un príncipe egipcio que sabía cómo había sido construida esta cámara —dijo Astiza—. No puso en marcha los tapones de granito como el idiota de Silano. Salió por uno de esos conductos.

—Y cuando el nivel de las aguas está bajo, ese desagüe es una posible ruta de escape —dije yo—. Pero cuando llega la crecida de las aguas, el único momento en que esa puerta a la pirámide se abriría, el desagüe se llena a rebosar. No hay aire. Si entras, tienes que usar después la salida correcta o caes en la trampa.

—Pero entonces ¿a qué viene un puente que pone a prueba tu conocimiento de la constelación? —preguntó Astiza—. Tiene que ser posible salir por esta ruta, aunque sólo para hombres que conozcan sus peligros. Puede que esto fuese un último recurso para los arquitectos, por si un error los dejaba atrapados. Quizás es una prueba de fe que podamos salir de aquí.

—No puedes estar pensando en viajar por esa alcantarilla hasta el Nilo.

—¿Será peor que esperar una muerte lenta aquí dentro?

Astiza siempre sabía ir directa al corazón de las cosas. Podíamos pasar una eternidad sentados en aquellos escalones mojados mientras contemplábamos el puente roto y los tapones de granito en lo alto, o arriesgarnos con el desagüe. Pensé que quizá Thoth tenía sentido del humor. Allí estaba yo, fugitivo, con el medallón usado y roto, vencido en la carrera para hacerse con un libro legendario por un profeta del desierto de tres mil años antes, cansado, dolorido, enamorado y —si alguna vez podía llegar a usar el metal que llevaba colgado del cuerpo— fabulosamente rico. Es prodigioso lo bien que le sienta a uno viajar.

—Ahogarse es una muerte mucho más rápida que morir por inanición —confirmé.

—Te ahogarás si no te libras de la mayor parte de ese tesoro.

—¿Estás de broma? Si se supone que tenemos que saltar a ese desagüe, puede que el techo se abra más adelante. La salida al Nilo tal vez no quede muy lejos. No he llegado tan lejos para acabar con nada.

—¿Y a qué le llamas tú nada? —me preguntó Astiza con una sonrisa maliciosa.

—Bueno, aparte de ti. —Parecía que éramos pareja, ya que de otro modo ella nunca habría podido usar mis propias palabras para tenderme una trampa—. Sólo quería decir que siempre está bien disponer de una pequeña reserva financiera.

—Primero tenemos que salvar el mundo.

—Empecemos por salvarnos a nosotros mismos. —Contemplé la oscura y rápida corriente—. Antes de que lo intentemos, supongo que vale más que te bese. Sólo por si fuera la última vez.

—Una sensata precaución.

Así que lo hice.

Astiza me devolvió el favor con un entusiasmo que me dio toda clase de ideas.

—No —dijo ella, al tiempo que me apartaba las manos—. Esa será tu recompensa al otro lado. Cree en mí, Ethan. —Y con esas palabras, saltó por encima del murete, se zambulló en las aguas con un ruidoso chapoteo y se soltó. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba donde el techo tocaba el agua. Se llenó los pulmones por última vez, agachó la cabeza y desapareció.

¡Por las espuelas de Paul Reveré, aquella mujer tenía agallas! Y que me colgaran del árbol más próximo si estaba dispuesto a quedarme solo dentro de aquella tumba. Así que antes de que se me ocurriese filosofar un poco más sobre el asunto me zambullí; pero en lugar de flotar como un corcho, me hundí como un plomo hasta el fondo del desagüe.

Era el tesoro.

Me hallaba indefenso como una rata atrapada en una cañería, o una bala en un barril. Mi mano subió para arañar un techo mojado, en busca de aire, y no pude tocarlo. Mi cuerpo rebotaba a lo largo del fondo como un ancla. Maldiciendo mi suerte, o mi estupidez, empecé a arrancarme pendientes de oro, me vacié los bolsillos de piedras preciosas y liberé los brazos de los brazaletes que los cubrían. Dije adiós a un cinturón que valía el rescate de un rey, una ajorca con la que hubiese podido comprar una finca en el campo. Dejé caer los anillos como si fueran migajas de pan. Apenas me quitaba uno se perdía para siempre, o al menos desaparecía en el barro del Nilo o dentro del estómago de algún cocodrilo. Pero mi cuerpo recuperaba un poco de flotabilidad con cada frenético desechamiento. No tardé en verme libre del fondo para subir hacia lo alto de aquella insidiosa alcantarilla, esperando contra toda esperanza que encontraría una bolsa de aire mientras mis pulmones empezaban a arder. «¡No respire!» me grité silenciosamente a mí mismo. Sólo un instante más. Y un instante más...

Y más.

Y aún más, mientras me debatía para librarme de la riqueza.

El último tesoro cayó de mi cuerpo. Los pulmones me ardían, notaba los oídos a punto de reventar y no podía ver nada en la oscuridad.

Una cosa que temía especialmente era chocar con el cuerpo sin vida de Astiza, lo cual me habría causado una desesperación tal que hubiese aspirado el Nilo al interior de mis pulmones. A la inversa, era el pensar en ella aguardándome más adelante lo que mantenía mi resolución de salir con vida de allí. «¡Cree!».

Levanté el brazo desesperadamente una última vez, esperando tocar roca mojada, y encontré...

¡Nada!

Mi cabeza emergió a la superficie en el preciso instante en que el aliento emergía de mi boca. ¡Aire! La negrura aún era total, pero me llené los pulmones ávidamente. Entonces volví a chocar con el techo en una dolorosa colisión y volví a ser aspirado

hacia abajo dentro del aparentemente interminable e implacable conducto subterráneo. Aire, aire, sólo otra bocanada, Dios, cómo lo necesitaba, no podría aguantar mucho más... y de pronto mi cuerpo no pesó nada y cayó en el vacío cuando el agua se precipitó fuera del conducto por debajo de mí. Dejé escapar un grito de sorpresa y terror mientras caía, el estómago desaparecido, para acabar sumergido en un oscuro estanque. Emergí entre toses y balbuceos, parpadeé y vi que volvía a hallarme en una caverna de piedra caliza. ¡Podía respirar! Aún más asombroso, podía ver tenuemente. Pero ¿cómo? ¡Sí! ¡Había un poco de luz procedente del agua allá al fondo de la caverna, un atisbo del exterior! Me sumergí y nadé con todas mis fuerzas.

Y salí a la superficie en la orilla del Nilo.

Allí estaba Astiza, flotando boca arriba, con sus oscuros cabellos extendidos en un abanico, su ropa mojada traslúcida y su cuerpo pálido, en un bajío de cañas de papiro y flores de loto. ¿Estaba muerta, ahogada?

Entonces se dio la vuelta en el agua y me miró con una sonrisa en los labios.

—Te desprendiste de tu codicia y los dioses te dieron aire —se burló.

Cambiar la riqueza de Cresos por un poco de aire que poder respirar.

Thoth tenía sentido del humor.

Nadamos hasta un bajío lleno de juncos, descansamos un rato en el fondo fangoso con sólo las cabezas por encima del agua y empezamos a pensar, en lo que haríamos a continuación. La noche había transcurrido sin que supiéramos muy bien cómo y acababa de amanecer, el primer calor del sol en nuestras caras y un palio de humo sobre El Cairo. Podíamos oír las detonaciones de las escaramuzas. La ciudad aún estaba en plena revuelta declarada y Bonaparte aún estaba resuelto a aplastarla.

—Me parece que ya no soy bienvenido en Egipto, Astiza —jadeé.

—La pirámide está cerrada y el *Libro de Thoth* ha desaparecido. Aquí ya no podemos hacer más. Pero lo que está perdido todavía es un arma potente. Creo que necesitamos averiguar cuál fue su destino.

—¿No se lo vio por última vez en manos de un hebreo fugitivo llamado Moisés hace tres mil años? ¿Sin que se haya vuelto a hablar de él desde entonces?

—¿Sin que se haya vuelto a hablar de él? Y, sin embargo, Moisés levantó el brazo para separar las aguas del mar Rojo, curó a los enfermos con una serpiente de bronce, encontró comida procedente del cielo y habló con Dios. Todos sabían que era un mago. ¿Cómo aprendió semejantes poderes? ¿Y fueron únicamente los Diez Mandamientos que los hebreos llevaban consigo en el Arca de la Alianza los que les proporcionaron sus victorias, o contaban con otra ayuda también? ¿Por qué pasaron cuarenta años en el desierto antes de invadir su Tierra Prometida? Quizás estaban aprendiendo a usar algo.

—O quizá no tenían ninguna magia y tuvieron que hacer las cosas al viejo estilo,

organizando un ejército.

—No. ¿Qué es el libro, sino otra fuente del mismo conocimiento que tú y los otros científicos intentáis sacar a la luz ahora mismo? Ese libro podría dar a los sabios de cualquier nación el conocimiento para dominar el mundo. ¿Piensas que Silano y Bonaparte no se han dado cuenta de eso? ¿Piensas que no sueñan con tener los poderes de un hechicero o la inmortalidad de un ángel?

—¿Así que quieres que pasemos cuarenta años en el desierto buscando ese libro?

—En el desierto, no. Tú ya sabes dónde tiene que estar, igual que lo sabían los turcos y los romanos y los árabes y los cruzados y los templarios, que por eso miraban siempre en esa dirección: Jerusalén. Ahí es donde Salomón edificó su templo, y donde se guardaba el Arca.

—¿Y se supone que hemos de encontrar lo que ellos no pudieron? El templo fue destruido por los babilonios y los romanos tres o cuatro veces. El Arca, si no quedó destruida, huyó nadie sabe adonde. Es tan mítica como el Santo Grial.

—Pero nosotros sabemos qué andamos buscando. No es un grial, ni un tesoro, ni un arca.

Ya sabéis cómo son las mujeres. Hacen presa en una idea como un terrier y no la sueltan hasta que se te ocurre alguna manera de distraerlas. No entienden las dificultades, o piensan que siempre te tendrán a ti para encargarte del trabajo pesado si os encontráis con algún obstáculo.

—Una idea magnífica. Busquémoslo, después de que yo haya puesto en orden mis asuntos en América.

Nuestra discusión filosófica llegó a su fin cuando el estampido de un disparo de mosquete levantó un pequeño géiser de agua a cosa de medio metro de nuestras cabezas. Luego hubo otro disparo, y otro más.

Miré orilla arriba. En la cresta de una duna acababa de aparecer una patrulla de soldados franceses y, animado como un ciervo en celo, el conde Alessandro Silano. Mientras sus secuaces corrían al interior de la pirámide de la muerte, él había decidido prudentemente permanecer fuera.

—¡Los magos! —gritó—. ¡Cogedlos!

Bueno, diablos. El bastardo parecía indestructible; claro que probablemente él pensaría lo mismo de nosotros. Y naturalmente no tenía ni idea de lo que teníamos, o mejor dicho no teníamos. Astiza aún tenía el disco del medallón, y caí en la cuenta de que yo aún tenía los querubines de la vara de Moisés, incómodamente embutidos en mis calzones. Quizás aún conseguiría sacar unos cuantos dólares de todo aquello. Nos sumergimos en el río y empezamos a nadar hacia la orilla de El Cairo, con la corriente a nuestro favor para que hiciese crecer la distancia. Cuando los soldados llegaron a la orilla donde podrían apuntar mejor, nosotros ya estábamos fuera del alcance de sus mosquetes.

«¡A los botes, idiotas!», oímos que gritaba Silano.

El cauce del Nilo tiene unos ochocientos metros de anchura junto a las pirámides,

pero en el estado en que nos hallábamos parecía medio océano. La misma corriente que nos alejaba de Silano nos acercaba a los combates en el centro de El Cairo. Mientras recorríamos penosamente los últimos metros a través de la anchura del río, pude ver que una batería de artillería empezaba a desplegar sus piezas fuera de los muros de la ciudad, y que uno de los globos de Conté estaba suspendido en el aire a metro y medio del suelo. Lo estaban inflando para volver a usarlo como un puesto de observación. Era bonito de ver, de un patriótico rojo, blanco y azul, con piedras metidas en bolsas colgando de la barquilla para que sirvieran de lastre. El globo me dio una idea, y dado que andaba tan falto de aliento como un congresista de Virginia cuando se lo invita a hacer unas cuantas observaciones, tal vez fuese nuestra única posibilidad.

—¿Nunca has querido volar lejos de tus problemas?

—Nunca más que ahora. —Parecía una gatita medio ahogada.

—Entonces vamos a coger ese globo.

Astiza parpadeó para quitarse el agua de los ojos.

—¿Sabes cómo manejarlo?

—Los primeros aeronautas franceses fueron un gallo, un pato y una oveja.

Salimos de las aguas del Nilo y recorrimos sigilosamente su orilla, río abajo hacia Conté. Miré atrás. Los soldados de Silano nos pisaban los talones a bordo de sus botes. El conde gritaba y nos señalaba con el dedo para atraer la atención hacia nosotros, pero todas las miradas permanecían fijas en los combates de la ciudad. Saqué mi tomahawk, el otro trozo de metal que había logrado salvar en mi largo recorrido por el desagüe. Empezaba a parecer un poco desgastado por el uso.

—¡Ahora!

Cargamos. Si alguien se hubiera molestado en mirar en nuestra dirección, habríamos parecido dos lunáticos medio desnudos: empapados, embadurnados de arena, con la mirada extraviada y desesperados. Pero el combate nos proporcionó el instante que necesitábamos para cruzar el borde e interrumpir a Conté precisamente cuando su bolsa de gas quedaba hinchada del todo. Un artillero se disponía a subir a la barquilla de mimbre.

Astiza distrajo al célebre científico entrando en su campo de visión como una fulana que no ha tenido tiempo de ponerse presentable, en un salto que reveló sus encantos bastante más de lo que ambos hubiésemos querido. Conté era un sabio, pero también era un hombre, y se quedó tan estupefacto como si la mismísima Venus hubiera emergido de la media concha. Mientras tanto, yo corrí hacia el globo, me abalancé sobre el artillero y lo arranqué de la barquilla.

—¡Lo siento! ¡Cambio de destino!

El artillero se levantó del suelo para discutirme, obviamente confuso por mis restos de indumentaria egipcia. Para zanjar la cuestión, le di en la frente con la empuñadura de mi tomahawk y subí a la barquilla en su lugar. Unos cuantos soldados franceses habían desembarcado de su bote y se alineaban para dispararme una salva,

pero un Silano lanzado a la carga se interpuso en su línea de tiro.

—Lo siento, Nicolás, tenemos que coger prestado tu navío aéreo —le dijo Astiza a Conté mientras arrancaba del suelo la clavija que mantenía atada la cuerda de su ancla al suelo—. Son órdenes de Bonaparte.

—¿Qué órdenes?

—¡Salvar el mundo!

El globo empezó a ascender mientras la cuerda resbalaba por el suelo, y un instante después ya me encontraba demasiado arriba para que pudiese llegar hasta Astiza. Así que ella saltó y se agarró a la cuerda, con lo que quedó suspendida debajo de la barquilla cuando nos elevamos del suelo. Conté, que corría detrás de nosotros agitando los brazos, fue empujado a un lado por el conde que venía a la carrera. La cuerda que se retorció como una serpiente acababa de levantar un último zarcillo de polvo cuando el conde saltó para agarrarla él también. El súbito incremento de peso nos hizo descender bruscamente, y la barquilla quedó a cinco metros del suelo. Silano empezó a trepar por la cuerda a pura fuerza de brazos, tenaz como un bulldog.

—¡Astiza! ¡Deprisa, vamos!

El suelo se escurría bajo nosotros a una velocidad vertiginosa.

La ascensión de Astiza fue penosamente lenta, debido a lo cansada que estaba. Silano redujo rápidamente la distancia, los dientes apretados y los ojos dos ranuras de odio. Justo cuando la mano de Astiza se aproximaba a la mía, la agarró por el tobillo.

—¡Me ha cogido! —Lo pateó y Silano maldijo y se bamboleó, sin soltarse de la cuerda, y luego volvió a agarrarla por el tobillo—. ¡Es como una sanguijuela!

Me incliné sobre el borde de la barquilla para izarla.

—¡Te meteré dentro y cortaré la cuerda!

—¡Ahora tengo su otro brazo encima! ¡Está tan agarrado de mí como de la cuerda!

—¡Dale de patadas, Astiza! ¡Lucha!

—No puedo —gritó ella—. Me tiene rodeada con los brazos.

Miré abajo. Aquel demonio de hombre le apretaba las piernas como una serpiente constrictora, el rostro oscurecido por la determinación. Tiré, pero no pude levantarlos a ambos. Juntos, pesaban ciento cuarenta kilos.

—¡Contadme lo que habéis descubierto, Gage! —gritó—. ¡Dejadme entrar en la barquilla, o caeremos todos!

El globo volaba a unos treinta metros del suelo. Pasamos la orilla del Nilo y seguimos adelante sobre los bajíos. Conté corría por la orilla en pos de nosotros. Vi que una compañía de soldados franceses se volvía y contemplaba la escena con asombro. Habíamos pasado tan cerca de ellos que de haber querido hubiesen podido matarnos a todos con una sola salva.

—¡Es el anillo! —gritó Astiza—. ¡El anillo que me hiciste llevar! ¡Olvidé quitármelo! ¡Es la maldición, Ethan, la maldición!

—¡No existe ninguna maldición!

—¡Quítamelo!

Pero sus manos estaban rígidamente apretadas alrededor de la cuerda y fuera de mi alcance, y quitarle aquel estúpido anillo me era tan imposible como cortarle la mano. Mientras tanto Silano, agarrado a sus piernas, se encontraba aún más alejado de mí.

Eso me dio una idea.

—¡Coge mi tomahawk! —grité—. ¡Pártele la cabeza como a una nuez!

Astiza liberó desesperadamente la mano derecha, la que no llevaba el anillo, cogió al vuelo mi arma cuando la dejé caer y le lanzó un hachazo a Silano. Pero el conde nos había oído y, cuando Astiza intentó golpearlo, se dejó caer hasta que sus brazos se cerraron como un torno alrededor de sus tobillos, la cabeza fuera del alcance del arma. La hoja silbó junto a sus cabellos. Sostenida únicamente por un brazo Astiza resbaló casi un metro, la palma abrasada por la cuerda, hasta quedar fuera de mi alcance. Tiré de la cuerda con todas mis fuerzas, pero no pude izarla.

—¡Astiza! —gritó Silano—. ¡No lo hagas! ¡Tú sabes que aún me amas!

Fue como si las palabras la paralizaran por un instante, y también me dejaron conmocionado. La sombra de un recuerdo cruzó por los ojos de Astiza, y mil preguntas rugieron en mi extremo de la escena.

¿Silano la había amado? Astiza había dicho que no lo amaba, pero...

—¡No creas lo que te dice! —grité.

Astiza agitó el tomahawk con expresión desesperada.

—¡Ethan! ¡No podré seguir agarrada mucho más tiempo! ¡Sube la cuerda!

—¡Pesáis demasiado! ¡Tienes que hacerlo caer! ¡Los soldados están tomando puntería! ¡Nos matarán a todos a menos que podamos ascender!

Si me las ingeniaba de alguna manera para bajar hasta ella e intentaba librarla del peso de Silano, lo más probable era que los tres nos precipitásemos al vacío.

Astiza agitó las piernas, pero el conde se pegaba a ella como un percebe al casco de un navío. La vi resbalar otro palmo.

—¡Astiza, en cualquier momento dispararán!

Ella me miró con desesperación.

—No sé qué hacer. —Era un sollozo.

Seguimos nuestro torpe curso, demasiado pesados para ascender, mientras el Nilo brillaba abajo.

—Astiza, por favor —suplicó el conde—. No es demasiado tarde...

—¡Hazlo! ¡Nos van a matar!

—No puedo. —Respiraba entrecortadamente.

Astiza me miró con lágrimas en los ojos.

—Encuéntralo —susurró.

—¡Vamos!

Entonces, con una fuerza nacida de la desesperación, volvió el tomahawk hacia la amarra. La cuerda se partió con un chasquido.

Y en un instante, ella y Silano habían desaparecido.

Una vez libre del peso de sus cuerpos el globo salió disparado hacia arriba como el tapón de una botella de champán, elevándose tan deprisa que perdí pie y me desplomé sobre el fondo de la barquilla.

—¡Astiza!

Pero no hubo ninguna réplica, sólo gritos mientras la pareja se precipitaba al vacío.

Me incorporé justo a tiempo de presenciar una titánica zambullida en el río. Su caída había distraído a los soldados por un instante, pero ahora los mosquetes se volvieron al unísono hacia mí. Yo me alejaba rápidamente. Hubo una seca orden, un fogonazo de disparos y una enorme nube de humo se elevó del suelo.

Oí el zumbir de las balas, pero ninguna llegó a subir lo bastante para dar en el blanco.

Desesperado, estudié la superficie del río que se alejaba. El sol naciente me daba en los ojos y el Nilo era una deslumbrante bandeja de luz, cada olita un espejo. Allí, ¿había una cabeza, o tal vez dos? ¿Había sobrevivido alguno de ellos a la caída? ¿O sólo era un engaño de la luz?

Cuanto más forzaba los ojos, menos seguro estaba de lo que veía. Los soldados gritaban nerviosamente y corrían hacia la orilla. Entonces todo se volvió imposiblemente borroso, mi esperanza se esfumó, mis ambiciones quedaron reducidas a polvo y mi corazón, profundamente solo.

Por primera vez en muchos años, lloré.

El Nilo era plata fundida, y yo estaba ciego.

Seguí ascendiendo. Vi a Conté muy abajo, la mirada alzada con estupefacción hacia su tesoro perdido. Yo estaba tan alto como un minarete, con vistas panorámicas de los tejados humeantes de El Cairo. El mundo menguó hasta quedar reducido a juguetes, y los sonidos de la batalla se alejaron. El viento me impulsaba hacia el norte, río abajo.

El globo subió más alto que las pirámides, y luego tan alto como una montaña. Empecé a preguntarme si dejaría de subir alguna vez y si yo, como Ícaro, sería abrasado por el sol. A través de la calima matinal vi Egipto en toda su gloria serpentina. Una serpiente de verdor se prolongaba hacia el sur hasta perderse en la lejanía, como la estela de un navío en un océano de desierto marrón. Al norte, la dirección en la que me llevaba el viento, el verde se abría como un abanico hacia el delta del Nilo, donde las aguas marrones de la crecida creaban un vasto lago repleto de pájaros y puntuado por palmeras datileras. Más allá destellaba el mar Mediterráneo.

Todo estaba en silencio, como si lo que acabábamos de experimentar no hubiera sido más que un oscuro sueño lleno de estrépito. El mimbres de la barquilla crujía. Oí

gritar a un pájaro. Por lo demás, estaba solo.

¿Por qué le había hecho llevar el anillo? Me había quedado sin tesoro, y también sin Astiza.

¿Por qué no la había escuchado?

Porque necesitaba el dichoso *Libro de Thoth* para que metiera un poco de sentido común en mi dura mollera, pensé. Porque era el peor sabio del mundo.

Me dejé caer al suelo de la barquilla de mimbre, confuso y aturdido. Habían ocurrido demasiadas cosas. La pirámide estaba cerrada; Bin Sadr, muerto; el Rito Egipcio, derrotado. Había podido cobrarme cierta medida de venganza por las muertes de Talma y Enoc. Incluso Ash había ido a reunirse con su gente en un combate por Egipto. Y yo no había resuelto nada, salvo aprender en qué creía. En la mujer a la que acababa de perder.

«La búsqueda de la felicidad», pensé amargamente. Cualquier posibilidad de llegar a conocerla acababa de caer al Nilo. Yo estaba furioso, apenado, confuso. Quería volver a El Cairo y averiguar qué había sido de Astiza, costara lo que costara. Quería dormir durante mil años.

El globo no permitía ninguna de las dos cosas. La bolsa de gas había sido cosida a conciencia. A aquella altura hacía frío, mis ropas aún estaban mojadas, y tenía vértigo. Tarde o temprano aquel artefacto tendría que bajar, ¿y entonces qué?

Abajo el delta era un país de las hadas. Las palmeras datileras formaban majestuosas hileras; los campos, colchas de mil dibujos distintos. Los burros marchaban lentamente por antiguos caminos de tierra. Desde el aire todo parecía limpio, ordenado y tranquilo. La gente me señalaba con el dedo y corría en pos de mi avance, pero yo no tardaba en dejarlos atrás. El azul del cielo parecía más intenso. Estaba teniendo, pensé, un atisbo del cielo.

Seguí avanzando en dirección noroeste, al menos a un kilómetro y medio por encima del suelo. Pasadas unas horas divisé Rosetta en la boca del Nilo, y la bahía de Abukir donde la flota francesa había sido destruida. Alejandría estaba más allá. Cruzé la costa, cuyo oleaje era un festón de nata, y floté sobre el Mediterráneo. Bien, así que después de todo iba a ahogarme.

¿Por qué no habría renunciado yo al medallón una vida antes?

Y entonces vi un navío.

Mediterráneo adelante había una fragata que seguía un curso a lo largo de la costa, cerca de Rosetta, donde el Nilo desembocaba con su larga lengua de chocolate. El diminuto navío brillaba al sol y dejaba una estela de espuma tras de sí. El mar estaba puntuado de crestas blancas. Las banderas chasqueaban al viento.

—Lleva una enseña inglesa —susurré.

¿No le había prometido yo a Nelson que volvería con información? Muy a mi pesar, tenues pensamientos de supervivencia empezaron a resonar en mi cerebro.

Pero ¿cómo bajar? Me agarré a las cuerdas que sostenían la barquilla y trepé hasta la bolsa. Ya no tenía un rifle o un tomahawk con el que perforar la bolsa. Miré hacia

abajo. La fragata había cambiado de curso para interceptar el mío, y marineros del tamaño de insectos me señalaban con el dedo. Pero no me costaría nada dejarla atrás si no descendía al mar. Entonces recordé que aún tenía un cabo de vela y un trozo de pedernal. Debajo de la bolsa de gas había un collar de acero que servía para mantener unidas las cuerdas. Arranqué unas cuantas tiras de cáñamo y golpeé el collar con mi pedernal, hasta producir suficiente chispa para prender fuego a unos zarcillos de cuerda que a su vez inflamaron las tiras de cáñamo, lo que me dio llama para mi pábilo. Protegiendo la vela con la mano, levanté el brazo hacia la bolsa de gas.

Conté me había contado que el hidrógeno era inflamable.

Pegué la llama a la seda, la vi empezar a arder, hubo un guiño de luz...

Luego hubo como un alarido y un súbito golpe de aire caliente me dejó tendido en el suelo de la barquilla, chamuscado y aterrorizado.

¡La bolsa de gas se había incendiado!

Las llamas treparon por una costura con la rapidez de un reguero de pólvora que hirviese hacia el cielo. El globo no estalló, porque la erupción no era lo bastante violenta; pero ardía como una piña seca. Inicié un vertiginoso descenso, mucho más rápido de lo deseado. Las llamas cobraron fuerza y arrojé todo el lastre de piedras para que mi caída no fuese tan rápida. Apenas ayudó. La barquilla se bamboleaba violentamente mientras caíamos en espiral, seguidos por un reguero de fuego y humo. ¡Demasiado rápido! Las crestas de las olas se convirtieron en olas individuales, una gaviota pasó junto al globo, la bolsa en llamas empezaba a caer sobre mí, y yo podía ver la espuma en las crestas de las olas.

Me preparé para el impacto, y la barquilla se estrelló contra las olas con una violenta sacudida. Una enorme fuente de agua se elevó hacia el cielo y la bolsa acabó de caer justo detrás de mi cabeza, para ponerse a sisear ruidosamente cuando su calor entró en contacto con el Mediterráneo.

Afortunadamente, el fuego había consumido la mayor parte de lo que de otro modo hubiese sido un ancla empapada. La barquilla de mimbre empezó a llenarse de agua, pero muy despacio, y yo le había proporcionado a la fragata un faro que difícilmente podía pasar por alto. Ahora venía en línea recta hacia mí.

La barquilla se hundió cuando habían empezado a bajar una chalupa.

No tuve que mantenerme a flote más de cinco minutos antes de ser recogido.

Una vez más fui depositado, empapado y sin aliento, sobre las tablas de la cubierta ante unos cuantos tripulantes boquiabiertos y un joven contraestre que me miró como si yo fuese el hombre de la Luna.

—¿Y quién diablos sois vos?

—Un espía inglés.

—Sí, me acuerdo de él —dijo uno de los tripulantes—. Lo subimos a bordo cuando estuvimos en la bahía de Abukir. Siempre aparece donde menos te lo esperas.

—Por favor —tosí—, soy amigo de *sir* Sidney Smith.

—Sidney Smith, ¿eh? ¡Eso habrá que verlo!

—Ya sé que a la armada no le cae muy bien Smith, pero si me ponéis en contacto...

—Podéis contarle vuestras mentiras ahora mismo.

Poco después estaba plantado en el alcázar, tan dolorido, chamuscado, hambriento, sediento y consumido por la pena que pensé iba a desmayarme en cualquier momento mientras las gotas caían de mi cuerpo para mojar el suelo.

El ponche de ron que me dieron ardía como una bofetada en la cara. Supe que era invitado de Josiah Lawrence, capitán del HMS *Dangerous*.

Aquel nombre no era muy de mi agrado.

Y naturalmente, Smith se materializó. Vestido con el uniforme de un almirante turco, corrió al alcázar desde algún camarote inferior en cuanto se le comunicó la noticia de mi rescate. No sé cuál de los dos estaba más ridículo: si yo, la rata ahogada, o él, engalanado como un potentado oriental.

—¡Por Dios, pero si es Gage! —exclamó el hombre al que había visto por última vez en un campamento gitano.

—Este hombre asegura ser espía vuestro —anunció Lawrence con una mueca de disgusto.

—En realidad, prefiero considerarme un observador —dije yo.

—¡Corazón de roble! —gritó Smith—. Nelson me informó de que había contactado con vos después del Nilo, pero creíamos que no se os volvería a ver el pelo. —Me palmeó la espalda—. ¡Bravo, hombre, bravo! Supongo que lo lleváis en la sangre, ¿eh?

Tosí.

—Confieso que yo tampoco esperaba volver a veros.

—El mundo es un pañuelo, ¿verdad? Bien, espero que os habréis librado de ese dichoso medallón.

—Sí, señor.

—Enseguida supe que sólo os traería problemas. Nada más que problemas. ¿Y qué se sabe de Bonaparte?

—Ha estallado una revuelta en El Cairo. Y hay resistencia mameluca en el sur.

—¡Espléndido!

—No creo que los egipcios puedan vencerlo, no obstante.

—Les prestaremos ayuda. ¿Y habéis volado del nido de Boney igual que un pájaro?

—Tuve que tomar prestado uno de sus globos de observación.

Smith sacudió la cabeza con admiración.

—¡Así se hace, Gage! ¡Bien hecho, sí señor! Decidisteis que ya estaba bien de tanto radicalismo francés, supongo. Listo para volver con el rey y la patria, ¿eh? No, un momento, vos sois un colonial. Pero ahora veis las cosas desde la misma

perspectiva que los ingleses, ¿verdad?

—Prefiero pensar que veo las cosas desde la perspectiva americana, *sir* Sidney.

—Bien. Desde luego, desde luego. Pero no podéis capitular ante la indecisión en momentos desesperados, ¿verdad? Hay que creer en algo, ¿eh?

—Bonaparte habla de marchar sobre Siria.

—¡Lo sabía! ¡Ese bastardo no descansará hasta que haya ocupado el palacio del sultán en Estambul! Siria, ¿eh? Entonces más vale que pongamos rumbo hacia allí y les avisemos. Hay un pacha, ¿cómo se llama? —Se volvió hacia el capitán.

—Djezzar —contestó Lawrence—. El nombre significa «carnicero». Bosnio de nacimiento y encumbrado desde la esclavitud, se supone que es insólitamente cruel incluso para una región famosa por su crueldad. No hay bastardo peor en mil kilómetros a la redonda.

—¡Justo el hombre que necesitamos para pararles los pies a los franceses! —gritó Smith.

—No quiero tener más tratos con Napoleón —lo interrumpí—. Necesito saber si una mujer con la que estaba en Egipto sobrevivió a una terrible caída, y reunirme con ella si lo hizo. Después de eso, esperaba poder hacerme con un pasaje rumbo a Nueva York.

—¡Perfectamente comprensible! ¡Ya habéis cumplido con vuestra parte! Y, sin embargo, un hombre con vuestros recursos y vuestra capacidad para la diplomacia sería inestimable a la hora de prevenir a esos sucios extranjeros de que no tardarán en tener que plantarle cara a Bonaparte, ¿verdad? Quiero decir que, bueno, vos habéis tenido ocasión de ver muy de cerca su tiranía. Vamos, Gage, ¿no queréis ver el Levante? ¡Apenas a un tiro de piedra de El Cairo! ¡Ahí es dónde podréis averiguar qué ha sido de esa mujer vuestra! Podemos hacer correr la voz mediante todos esos espías que tenemos a sueldo.

—Quizás una indagación a través de Alejandría...

—¡Poned los pies en esa costa y os pegarán un tiro nada más veros! ¡O peor aún, os ahorcarán por espía y ladrón de globos! ¡Ah, los franceses ya estarán afilando su guillotina para vos! No, no; esa opción queda descartada. Ya sé que tenéis alma de lobo solitario, pero dejad que la armada del rey os ayude un poco para variar. Si la mujer aún vive, podemos enviar un mensaje a través de nuestros contactos en Palestina y organizar una incursión con una auténtica posibilidad de traerla de regreso. Admiro vuestro coraje, amigo mío, pero ahora lo que tenemos que hacer es pensar con la cabeza.

En eso tenía razón. Supongo que yo había quemado mis naves con Napoleón, y volver a Egipto sólo podía ser más suicida que valiente. Mi viaje en globo había dejado a Astiza al menos ciento cincuenta kilómetros hacia el sur, en El Cairo. Pensé que quizá podría seguirle la corriente a *sir* Sidney hasta que averiguara lo ocurrido. Una vez que hubiera puesto los pies en un puerto cercano como El Arish o Gaza, empeñaría los querubines que llevaba en la inglete para hacerme con un poco de

dinero. Luego una partida de cartas, un rifle nuevo...

Smith no paraba de hablar.

—Acre, Haifa, Jafa; todas ellas ciudades históricas. Sarracenos, cruzados, romanos, judíos... ¡Eh, sé de un sitio en el que podríais echarnos una mano!

—¿Una mano? —Era yo el que necesitaba su ayuda, no al revés.

—Alguien con vuestras habilidades podría entrar allí sin ser visto y echar una ojeada mientras hacemos indagaciones acerca de esa mujer. El sitio es ideal, tanto para vuestros propósitos como para los míos.

—¿Propósitos?

Smith asintió, la sonrisa tan ancha como la boca de un cañón mientras los planes crecían en su mente como un nubarrón de tormenta. Me agarró de los brazos como si yo hubiera caído del cielo en respuesta a todas sus plegarias.

—¡Jerusalén! —exclamó.

Y mientras yo meditaba en la voluntad de los dioses y la suerte de las cartas, la proa de nuestro navío empezó a virar.

NOTA HISTÓRICA

La invasión de Egipto por Napoleón Bonaparte en 1798 no sólo fue una de las mayores aventuras militares de todos los tiempos, sino que también supuso un momento crucial en la historia francesa, egipcia y arqueológica. Para Bonaparte, Egipto sería a la vez derrota y trampolín, ya que le dio la desesperación y la fama para adueñarse del poder absoluto en Francia. Para Egipto, la invasión francesa supuso el inicio de la era moderna tras siglos de dominación otomana y mameluca. No sólo abrió la puerta al comercio y la tecnología occidentales, sino que también marcó el inicio de una turbulenta era de colonialismo, independencia, modernización y tensión cultural que perdura en la actualidad. Para la arqueología, el que Napoleón incluyera a 167 sabios en su fuerza invasora supondría un hito decisivo. A principios de 1799, soldados franceses descubrieron una piedra en Rosetta con un texto en griego, demótico y escritura antigua que sería la clave para descifrar los jeroglíficos. Eso, combinado con la monumental *Description de Egypte* escrita por los sabios y publicada luego en 23 volúmenes entre 1809 y 1828, dio origen a la ciencia de la egiptología. Hizo que la era romántica se prendara de la moda egipcia y causó una fascinación a escala planetaria por el antiguo Egipto que ha continuado hasta nuestros días. Casi todo lo que sabemos sobre el antiguo Egipto ha sido descubierto desde la invasión de Napoleón.

La idea de que la Gran Pirámide de Gizeh operaba como algo más que una simple tumba, y de que su faraón tal vez estuviese enterrado en otro lugar, se remonta a los antiguos historiadores griegos Herodoto y Diodoro. El enigma no hizo sino crecer cuando los ladrones de tumbas árabes del siglo IX no hallaron ninguna momia, tesoro o inscripciones al profanar la tumba. Durante los últimos dos siglos ha habido una inacabable fascinación y un interminable debate acerca de las dimensiones, los misterios y significados matemáticos de la pirámide. Si bien algunos de los teóricos más dados a la especulación acusan a los egiptólogos tradicionales de estrechez de miras, y si bien algunos académicos llaman «piramidiotas» a quienes defienden las hipótesis más descabelladas, existe un serio debate académico sobre la estructura y el propósito de las pirámides. Los exploradores robóticos no dejan de descubrir nuevos misterios, y se sospecha que existen más cámaras ocultas. Las pirámides de Gizeh reposan sobre una meseta de piedra caliza que podría contener cuevas, y Herodoto hablaba de un lago o río subterráneo debajo de la estructura.

La ubicación geográfica exacta de la Gran Pirámide, su misteriosa relación con el tamaño de nuestro planeta, su relación con pi y las fascinantes correlaciones entre las dimensiones de sus cámaras y algunos conceptos matemáticos son todas ciertas. La

Secuencia de Fibonacci es un fenómeno real, visto en la naturaleza en pautas como las que describe Jomard, y el que la pirámide incorpora la sección áurea, o número áureo, también es cierto. El triángulo de Pascal es un concepto matemático real y proporciona muchos otros juegos de números que son mencionados en esta novela. Produce un valor bastante aproximado al egipcio para pi, aunque no voy a jurar que la pauta realmente conduzca a una puerta secreta. Me he tomado la libertad de permitir que mis sabios franceses adivinen unas cuantas cosas más sobre las matemáticas de las pirámides que las que quedaron de manifiesto inmediatamente durante la invasión de Napoleón. Si bien Jomard realmente publicó teorías fascinantes, algunos de los conceptos presentes en esta novela proceden de estudiosos posteriores, después de que hubiera sido posible llevar a cabo mediciones más precisas. Una fascinante y altamente polémica introducción a estos conceptos y un análisis exhaustivo de las matemáticas de las pirámides pueden encontrarse en *Secrets of the Great Pyramid*, el libro que Peter Tompkins y Livio Catullo Stecchini publicaron en 1971.

Esta novela sigue de cerca la primera historia de la invasión militar de Egipto por Bonaparte. La mayoría de los personajes son reales, incluido el niño de trece años Giocante Casabianca, cuya muerte en la batalla del Nilo inspiró el famoso poema del siglo XIX «*The Boy Stood on the Burning Deck*». Me he tomado la libertad histórica de hacer que el general Desaix apareciera en el templo de Dendara tres meses antes de que realmente llegara allí. El ejército hizo un alto en ese lugar a finales de enero de 1799, y el exhausto pintor Vivant Denon quedó tan fascinado por las glorias del templo que escribió: «Lo que he visto hoy compensa todas las miserias por las que he pasado». Unos días después, cuando la división francesa vio por primera vez las ruinas de Karnak y Luxor, las tropas se detuvieron espontáneamente, aplaudieron y presentaron armas.

Muchos de los detalles históricos utilizados en esta novela, como los globos de Conté, son ciertos. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre si Napoleón llegó a entrar en la Gran Pirámide y lo que le ocurrió si es que lo hizo; pero el autor se ha acostado en el sarcófago de granito como puede que hiciera Bonaparte, y halló la experiencia realmente única.

Este relato entretiene historia militar y política, tradición masónica, estudios bíblicos, especulación mística e información sobre el antiguo Egipto. Para una historia general de la invasión recomiendo el libro de 1962 de Christopher Herold *Bonaparte in Egypt*. De entre las fascinantes crónicas de la expedición escritas por testigos oculares, destacaría las del pintor Vivant Denon, el capitán francés Joseph Marie Mouret y el egipcio Al-Jabarti. Algunas de las citas atribuidas a Napoleón en esta novela están tomadas de la vida misma, aunque no todas fueron dichas durante la campaña egipcia. Sus palabras revelan a un hombre dotado de una fascinante complejidad.

Existen centenares de obras eruditas y de divulgación sobre la egiptología

científica. La literatura especulativa e histórica sobre las pirámides, los antiguos dioses y la magia egipcia también es vasta. Una buena introducción reciente a las teorías alternativas es *Pyramid Quest*, escrita en 2005 por Robert Schoch y Robert McNally. Un libro que menciona el nacimiento del Rito Egipcio de la francmasonería y ayuda a entender los anhelos místicos en la Era de la Razón es *The Last Alchemist*, la biografía de Cagliostro que Iain McCalman escribió en 2003. Una ambiciosa, a veces incoherente, pero realmente monumental obra sobre el misticismo es el clásico que Manly P. Hall escribió en 1928, *The Secret Teachings of All Ages*. Resume lo que los entusiastas llaman sabiduría hermética, por el dios Hermes, la adaptación griega del dios egipcio Thoth.

Debo los hechos que han inspirado esta novela a docenas de otros autores de ensayos, así como a la guía *Ruth Shilling* de *All One World Egypt Tours*, los guías egipcios Ashraf Mohie el-Din y Galal Hassan Marghany y el egiptólogo en ciernes Richard Mandeville, del Reino Unido. La parte de verdad que hay en esta novela es mérito suyo, mientras que las ficciones son todas mías. Como siempre, he de expresar mi gratitud a mi editor en Harper Collins, David Koral, por su apoyo y sus innumerables aportaciones, y a mi editora de galeradas, Vicki Haire; a Michael Shohl; a mi agente, Andrew Stuart; y a Jill Schwartzman, Jonathan Burnham y a mi esposa, Holly, ayudante y sufrida lectora de galeradas, quien se arrastró conmigo a través de las pirámides. Finalmente, agradezco la hospitalidad de la gente de Egipto, que tan orgullosa está de su herencia.